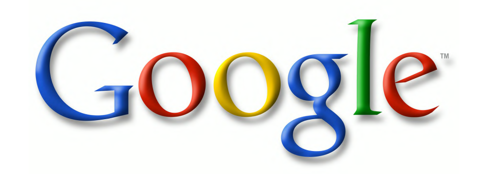




HISTORIA

DE LA

CAMPAÑA DEL PERÚ

EN 1838

POR

GONZALO BÚLNES

NTIAGO

[illegible]

[illegible]

HISTORIA

DE LA

CAMPAÑA DEL PERÚ

EN 1838

POR

GONZALO BÚLNES

SANTIAGO

IMPRENTA DE «LOS TIEMPOS»—CHIRIMOYO, 15

1878

INTRODUCCION

Hemos referido en otro lugar (1) la serie de incidentes desgraciados que motivaron la declaracion de guerra de Chile a la Confederacion Perú-Boliviana. No creemos necesario insistir sobre esos hechos que fueron la causa determinante de la espedicion del jeneral Blanco a Arequipa en 1837. Sin embargo de que las razones de la guerra se habian modificado por efecto de las circunstancias que entorpecieron la accion de Blanco, hai entre las dos espediciones un lazo de continuidad, la perseverancia de un mismo pensamiento, i hasta cierto punto el mismo fondo de razones comunes. El ejército que marchó al Perú a las órdenes de Búlnes, llevaba como el ejército de Blanco, la mision de derribar el poder militar creado por Santa-Cruz.

El Gobierno de Chile consideraba como una medida de seguridad la destruccion de ese poder vecino i colosal con bases militares, que habia conquistado el Perú i que estendia hácia el Ecuador sus miradas ambiciosas. Temia ademas que Santa-Cruz consiguiese realizar el pensamiento que, en su ambiciosa niñez aprendió del jeneral Bolívar, esto es, la creacion de un trono americano que habria sido una amenaza perpétua para nuestra seguridad i desarrollo futuros. La conducta de Santa-

(1) Causas de la guerra entre Chile i la Confederacion Perú-Boliviana, por Gonzalo Búlnes.—*Revista chilena*, 4.° vol.

Cruz, su lejislacion amoldada a ese objeto, la pompa indíjena de su corte, las prácticas monárquicas que se iban abriendo paso insensiblemente al traves de la ignorancia del pueblo; la creacion de un estado grande i fuerte, que no reconocia mas principio ni fin que la voluntad de su jefe vitalicio, daban fundamento i realidad a los temores abrigados por Chile.

Santa-Cruz presintiendo en Chile un enemigo de sus planes, se empeñaba en debilitarlo por medio de la anarquía. A la sazon residia en el Perú un grupo ilustre de chilenos que la marea de las revoluciones habia arrojado a sus playas, i que la mano vigorosa de Portales mantenia en el destierro. El Protector trató de convertirlos en instrumentos de sus dañadas miras, ofreciendo sucesivamente su apoyo a O'Higgins i a Viel para invadir a Chile, i despues al jeneral Freire que tuvo la debilidad de aceptarlo, empañando así una carrera de glorias i de merecimientos. La espedicion organizada bajo sus auspicios se hizo a la vela en 1836, turbando de un modo súbito e inesperado la paz interior de Chile. Los ajentes de ese trastorno incalificable eran las fuerzas navales del jeneral Santa-Cruz.

El Gobierno de Chile consideró este atentado como una declaracion de guerra *de hecho*, i procedió en consecuencia. Su enviado don Victorino Garrido, apresó en el Callao tres embarcaciones peruanas, i este acto de fuerza, agregado a la irritacion producida por la espedicion de Freire, creó entre los dos países un abismo de separacion, que fué colmado mas tarde con los cadáveres de 4,000 víctimas.

No es el momento de averiguar si el Gobierno de Chile tuvo razon para considerar como una declaracion de guerra *de hecho* el atentado de Freire, o si una nacion debe aguardar para adquirir la libertad de su accion i de su defensa, que la guerra le haya sido declarada *por una nota*. En otro lugar hemos apreciado la conducta del Gobierno de Chile en la aprehension de los buques por Garrido; bástenos por ahora repetir, que sin ese golpe de mano, Chile habria estado en la *imposibilidad absoluta* de resistir a las agresiones de Santa-Cruz.

La apreciacion de la política del Gobierno de Chile con la Confederacion, en nada afecta a la gloria de los ejércitos que invadieron el Perú. Saber si don Mariano Egaña tuvo o no razon

para declarar la guerra, era una cuestion a que el ejército debió permanecer estraño, so pena de mezclarse en los asuntos civiles que le deben ser siempre vedados. Lo contrario hubiera sido abrir la era de las revoluciones militares i de los pronunciamientos de cuartel. Felizmente, Chile pudo escapar a ese gran peligro que asomó su siniestra cabeza en Quillota en 1837 i que no fué señalado sino por el asesinato de don Diego Portales.

La primera espedicion confiada al jeneral Blanco Encalada, tenia por objeto desarmar el coloso de la Confederacion, como una satisfaccion de las ofensas pasadas i como una prenda de seguridad en el porvenir.

El jeneral Blanco se hizo a la vela en 1837 i algunos dias despues desembarcó con sus fuerzas en Quilca, caleta del Sur del Perú, donde tuvo la desgracia de perder la fragata *Cármen* que conducia entre otras cosas de la mayor utilidad, las herraduras de la caballada. De Quilca se trasladó a Arequipa atravesando un desierto de cuarenta leguas, donde los soldados rendidos por el cansancio i por la sed, se arrastraban por la arena del camino o se arrebataban unos a otros las cantimploras de agua.

En Arequipa se contrajo a reparar las pérdidas sufridas en el naufrajio de la *Cármen*, al mismo tiempo que el enemigo distrayéndolo con fementidas promesas de paz, reunia apresuradamente sus fuerzas, que acudian a su llamado desde el centro del Perú i desde el corazon de Bolivia. Reunido su ejército, Santa-Cruz se acercó a Arequipa donde habia permanecido largo tiempo el ejército de Chile presa de la indecision i de los contratiempos. Blanco no se consideró en estado de librar batalla i creyó servir mejor los intereses de su país, suscribiendo al siguiente convenio que se ha llamado Tratado de Paucarpata.

«El Jeneral don Manuel Blanco Encalada i don José de Irizarri, como Plenipotenciarios del Gobierno Chileno, acordaron con el Jeneral Santa-Cruz el tratado siguiente:

«En el nombre de Dios Todopoderoso, autor i lejislador de las sociedades humanas.»

«Deseando los gobiernos de la Confederacion Perú-Boliviana i de la República de Chile restablecer la paz i buena armonía que

de la Confederacion en tres plazos: el primero, de la tercera parte, a seis meses contados desde la ratificacion de este tratado por el Gobierno de Chile: el segundo a los seis meses siguientes; i el tercero despues de igual plazo.

12. El Gobierno de la Confederacion ofrece no hacer cargo alguno por su conducta política a los individuos del territorio que ha ocupado el Ejército de Chile, i considerará a los peruanos que han venido con dicho Ejército, como si no hubiesen venido.

13. El cumplimiento de este tratado se pone bajo la garantía de Su Majestad Británica cuya aquiescencia se solicitará por ámbos Gobiernos contratantes.

En fe de lo cual firmaron el presente tratado los supradichos Ministros Plenipotenciarios en el pueblo de Paucarpata a diez i siete de noviembre de mil ochocientos treinta i siete i lo refrendaron los Secretarios de las Legaciones.—*Manuel Blanco Encalada.—Ramon Herrera.—Anselmo Quiros.—Antonio José Irizarri.—Dr. Juan Gualberto Valdivia*, secretario de la Legacion Perú-Boliviana.—*Juan Henrique Ramirez*, secretario de la Legacion chilena.

«Andres Santa-Cruz, Gran Ciudadano, Restaurador, Capitan jeneral i Presidente de Bolivia, Supremo Protector de la Confederacion Perú-Boliviana, Gran Mariscal Pacificador del Perú, Jeneral de Brigada en Colombia, condecorado con las medallas de los Libertadores de Quito i de Pichincha, con la del Libertador Simon Bolívar i con la de Cobija, Gran Oficial de la Lejion de Honor de Francia, Fundador i Jefe Supremo de la Lejion de honor Boliviana i de la Nacional del Perú etc., etc., etc.

«Hallándose este tratado conforme con las instrucciones dadas por mí a los Plenipotenciarios nombrados al efecto, lo ratifico solemnemente en todas sus partes, quedando encargado mi Secretario Jeneral de hacerlo observar, imprimir i publicar. Dado en el cuartel jeneral de Paucarpata a diez i siete de noviembre de mil ochocientos treinta i siete.—ANDRES SANTA-CRUZ.—El Secretario Jeneral, *Manuel de la Cruz Mendez.*»

No entra en nuestro plan examinar esta pieza diplomática que ha dado márjen a tantas controversias, ni compararla con las circunstancias que pesaron sobre la mano de Blanco al

darle su aprobacion. Baste saber que el Gobierno de Chile le negó la suya i ordenó el apresto de un segundo ejército. Colocándose en su punto de vista especial el Gobierno de Prieto obró en conformidad con la lójica de su política i de sus actos anteriores.

El Ejército de Blanco no habia desquiciado la obra de Santa-Cruz ni siquiera amenguado su poder. Los peligros que determinaron la partida de la primera espedicion subsistian como ántes: el edificio colosal labrado por el poder i la ambicion, quedaba en pié más seguro que nunca, i Chile no habia recibido la satisfaccion a que aspiraba.

El tratado de Paucarpata léjos de disminuir la autoridad de Santa Cruz la robusteció de un modo insólito. Desde ese dia sus enemigos enmudecieron; la oposicion del Congreso de huquisaca no dejó oir en adelante su voz acusadora i el jeneral Lopez, jefe de la division de Tacna, fué a pagar en las masmorras del interior de Bolivia, el crímen de su oposicion i de su independencia. El Protector proclamó por primera vez la existencia oficial de la confederacion Perú-Boliviana, e hizo en seguida un viaje al traves del Perú, que podria llamarse con propiedad una escursion triunfal. El pueblo, las autoridades civiles i eclesiásticas, se disputaban su paso i sus favores i el recuerdo de Paucarpata, era lo que provocaba el entusiasmo nacional.

Ese redoblamiento de poder era, pues, lo contrario de lo que Chile buscaba en el azar de la primera campaña. Estas consideraciones inspiraron el decreto siguiente:

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE,

Santiago 18 de diciembre de 1837.

Considerando:

1.° Que el tratado celebrado en el pueblo de Paucarpata a 17 de noviembre del presente año, entre el Jeneral en Jefe del Ejército chileno don Manuel Blanco Encalada i don Antonio

José Irizarri, como plenipotenciarios del Gobierno de Chile, i los Jenerales don Ramon Herrera i don Anselmo Quiros, plenipotenciarios del Jeneral don Andres Santa-Cruz, no satisface las justas reclamaciones de la Nacion Chilena, ni repara debidamente los agravios que se le han inferido, ni lo que es mas, precave los males a que se ven espuestos los pueblos vecinos al Perú i Bolivia, cuya independencia i seguridad permanecen amenazadas;

2.° Que aun en los mismos artículos de este tratado que son favorables a Chile, se encuentran cláusulas dudosas i faltas de esplicacion, que harian del todo inútil las estipulaciones en su actual estado, i solo darian lugar, como debe temerse, a que despues de dilatadas e infructuosas contestaciones se renovase la guerra;

3.° Que los plenipotenciarios del Gobierno de Chile se han excedido en el otorgamiento del tratado, de las instrucciones que recibieron, como ellos mismos lo hicieron presente al jeneral Santa-Cruz al entrar en la negociacion, arreglándose a los principios de honor i de lealtad con que el Gobierno chileno les habia hecho esta especial prevencion.

Declaro: Que el Gobierno de Chile desaprueba el antedicho tratado; i que despues de ponerse esta resolucion en noticia del Gobierno del jeneral don Andres Santa-Cruz deben continuar las hostilidades contra el espresado Gobierno i sus sostenedores en la misma forma que ántes de su celebracion.

El Gobierno que desea ardientemente la paz i que está resuelto a renovar ahora mismo las negociaciones por un tratado, no omitirá sacrificios para obtenerla con tal ellos que sean compatibles con la independencia, la seguridad i el honor nacional, satisfecho de que una paz de esta clase es la única que conviene o que puede desear el pueblo chileno, i que le dan derecho a esperar la justicia de su causa, su constancia, la eficaz cooperacion de sus aliados, i los recursos que el favor de la Divina Providencia ha puesto a disposicion de su Gobierno.—PRIETO.—*Joaquin Tocornal.*

La segunda campaña tenia como la primera, por principal objeto, la destruccion del Protectorado de Santa Cruz, i además borrar por medio de las armas el aumento de popularidad adquirido en Paucarparta.

Bajo cierto punto de vista tenia un carácter mas decisivo aun que la anterior. La derrota del ejército chileno habria oscurecido por largo tiempo el crédito de Chile, i dejado nuestra seguridad a merced de la irritacion victoriosa de Santa-Cruz.

Hé aquí el doble objeto del nuevo llamamiento que hizo el Gobierno a la nacion i la doble responsabilidad que asumia el jeneral encargado de dirijir la empresa.

CAPÍTULO I

Operaciones navales

A fines de diciembre de 1837, se encontraba en Valparaiso, lista para darse a la vela, una escuadrilla de cinco buques (1), mandada por el capitan de fragata don Roberto Simpson i por los oficiales Bynon, Señoret, Martinez, Diaz i algunos otros. En aquellos mismos dias hizo rumbo a las costas del Perú, llevando la órden de hostilizar el litoral i de notificar al Gobierno Confederado la desaprobacion del tratado de Paucarpata.

Despues de una marcha feliz surjió en Arica, donde dejó la correspondencia de que era portadora i se dirijió al Norte.

Entretanto, habia tenido lugar en el Callao el apresamiento de la goleta chilena *Peruviana*, uno de los buques que fueron sorprendidos por don Victorino Garrido en la noche del 31 de agosto de 1836, i a que se referia por consiguiente la cláusula tercera del tratado de Paucarpata, que reza así: «El Gobierno de Chile se compromete a devolver al de la Confederacion los buques siguientes: la barca *Santa-Cruz*, el bergantin *Arequipeño* i la goleta *Peruviana*. Estos buques serán entregados a los ocho dias de firmado el tratado por ámbas partes, a disposicion de un comisionado del Gobierno Protectoral.»

(1) El *Aquiles*, la *Libertad*, la *Valparaiso*, la *Monteagudo* i el *Arequipeño*.

La *Peruviana*, que estaba ausente de Islai cuando se firmó el tratado, i que por consiguiente no pudo conocerlo con oportunidad, continuó hostilizando las costas del Perú, hasta que la escasez de agua obligó a su comandante don Tomas Ruedas, a enviar a tierra en Santa un bote con catorce soldados, que fueron sorprendidos i tomados. Ruedas se dirijió entónces a Pisco, donde supo por el Gobernador don José Revilla que la guerra habia terminado por el tratado de Paucarpata, pero se le hizo ignorar la cláusula especial que se referia a su embarcacion. El comandante chileno solicitó entónces los recursos suficientes para emprender su marcha, los que le fueron concedidos por el Gobernador de Pisco, pero solo para llegar al Callao, obedeciendo así las instrucciones del comandante militar de Ica, que le ordenaba «que por todos los medios se procurase asegurar la direccion de la goleta al Callao» (1).

El comandante Ruedas, ignorante de su situacion excepcional se hizo a la vela para el Callao bajo la fé de los tratados i de las insinuaciones amistosas de las autoridades de Pisco, i el 30 de diciembre, a las once de la noche, surjió en el puerto de su destino. Allí recibió la órden de atracar al costado de la fragata *Confederacion*, i deseando encubrir la violencia de esa medida con un fementido halago, se le ofreció al mismo tiempo sueldo i raciones para su tripulacion.

Ruedas se proveyó sijilosamente de bastimentos i de agua, i el 3 de enero, dia fijado para hacer la entrega del buque se lanzó repentinamente a mar abierta, en medio de un fuego nutrido de las baterías de tierra; pero la corbeta *Confederacion* salida en su alcance, la abordó despues de una resistencia infructuosa i temeraria. La aprehension de la *Peruviana* fué una verdadera celada, en que se hizo caer al franco i confiado Ruedas.

Sucedia esto en los primeros dias de enero de 1838, i este episodio naval fué el preludio de los importantes sucesos que costaron tantas lágrimas a Chile i al Perú.

Para apreciar con acierto los trabajos de la escuadrilla chi-

(1) Nota de Quimper al Gobernador de Pisco.—Ica, diciembre 23 de 1837.

lena, conozcamos la distribucion de la armada protectoral. Santa-Cruz no contando en el primer momento de su efímero triunfo con la vitalidad del pueblo chileno ni con la enerjía de su Gobierno, repartió su escuadra en todo el litoral del Perú. El bergantin *Junin*, que iba en camino de Cobija, desde que supo la desaprobacion del tratado, abandonó su rumbo i se dirijió a Islai a prevenir a la *Socabaya* i al *Fundador* que estaban surtos en aquella bahía. La corbeta *Confederacion* estaba en el Callao, reforzada con la *Peruviana*, su reciente conquista.

Luego que la escuadrilla chilena dejó en Arica la correspondencia de Chile, se dirijió al Norte i en su marcha avistó, frente de Islai, al bergantin *Fundador*, que a su vez servia de avanzada a la *Socabaya* i al *Junin*, estacionados en la bahía. El comandante Simpson se puso resueltamente en marcha hácia Islai, con tanta rapidez, que hubo de abandonar al *Arequipeño* i a la *Monteagudo*, que no podian seguirlo con la misma lijereza. Temiendo, sin embargo, que los buques contrarios se le escapasen durante la noche, avanzó a la corbeta *Libertad* que se consideraba la mas velera i fuerte. El enemigo por su parte no podia huir con la lijereza necesaria sin abandonar a su propia suerte al bergantin *Junin*, el ménos velero del convoi.

Entretanto, la corbeta *Libertad*, mandada por Bynon, habia roto el fuego contra toda la escuadrilla confederada, i hubiera perecido en lucha tan desigual, a no haber llegado oportunamente el comandante Simpson con dos embarcaciones, cuya sola presencia bastó para ahuyentar a los contrarios. Entretanto, la lentitud del bergantin *Junin* seguia entorpeciendo la fuga del convoi enemigo. El comandante Panizo que lo mandaba, concibiendo de súbito una resolucion audaz se precipitó con sus dos buques contra la escuadrilla chilena i por medio de un falso ataque dió tiempo a la fuga del *Junin*. En vano se empeñó Simpson por atraerlo a una batalla, pues Panizo se contentaba con maniobrar con rapidez para evitar sus fuegos. Llegada la noche, Panizo se refujió en el puerto de Islai, donde habia sido precedido por el *Junin*. Gracias a este ataque valeroso i oportuno, el enemigo consiguió salvar una de sus mejores embarcaciones. La oscuridad de la noche protejió su fuga i completó la obra del dia.

Despues de estos sucesos, la escuadrilla chilena acompañada por el *Arequipeño*, surjió en la isla de San Lorenzo (17 de enero) donde se le reunió la *Monteagudo*. La noche anterior habia zarpado del Callao con destino a Arica la fragata peruana *Confederacion*, conduciendo a su bordo al jeneral don José Ballivian i su familia. Simpson despachó en su alcance al comandante Bynon con la corbeta *Libertad*, al mismo tiempo que el mariscal Miller, a la sazon Comandante de Marina del Callao, enviaba a gran prisa aviso del peligro al jeneral Ballivian. Bynon se apoderó de la *Confederacion* despues de algunos disparos que apénas fueron contestados por el enemigo. El jeneral Ballivian levantando bandera de parlamentario, trató de hacer entender al comandante chileno que navegaba bajo la garantía del tratado de Paucarpata, a lo que contestó Bynon declarandolo prisionero de guerra.

Ballivian permaneció bajo custodia en la *Confederacion*, i el buque apresado marchó en convoi con la *Libertad* (1). La esposa i familia del jeneral prisionero fueron desembarcados en el Callao con la delicadeza i miramientos debidos a su condicion i esta conducta caballerosa arrancó elojios de los mismos organos oficiales del Protectorado (2).

Una parte de los oficiales regresó a su patria, sin mas garantía que la de su palabra de honor, i el resto, incluso Ballivian fueron conducidos a Valparaiso.

El Gobierno Protectoral no ocultó su desabrimiento por ese golpe que lo privaba simultáneamente de una embarcacion de guerra i de un soldado intrépido i prestijioso. Así lo manifestaron los reclamos del mariscal Miller que agotó en vano las súplicas i las razones por obtener la libertad del prisionero, llegando hasta reclamarlo por *ser miembro del Congreso de Bolivia!*

La escuadra bloqueadora continuó navegando a la altura de la isla de San Lorenzo hasta el 26 de enero.

(1) Parte de Bynon a Simpson.—Callao, enero 18 de 1838.

(2) «Severos para censurar la conducta del Gobierno de Chile, somos justos aplaudiendo la nobleza de sentimientos, la humanidad i la dulzura que el jefe de la escuadrilla Simpson ha manifestado en esta ocasion, procurando a la familia del jeneral Ballivian todo el alivio compatible con su desgracia i tratando bien a los demás individuos, sin consentir que se atentase a sus propiedades particulares.»—*Eco del Norte*, número 60.

Entretanto, el Comandante Simpson abrigaba el temor de que sus contendores de Islai se hubiesen dirijido a hostilizar las costas de Chile. En prevision de este peligro envió una division de su escuadra compuesta de la *Confederacion*, la *Monteagudo* i el *Arequipeño*, a Talcahuano a cargo de Bynon i el mismo se puso en marcha con los buques restantes a Valparaiso, a donde surjió algunos dias despues. (13 de febrero) Su temor no tenia fundamento: el enemigo no habia abandonado su fondeadero de Islai.

Miéntras se realizaban en el mar los sucesos que vamos narrando, el jeneral Santa-Cruz recorria los estados de la Confederacion i aprestaba su ejército para la campaña. Fué entónces cuando haciendo ostentacion de un poder que no tenia, declaró bloqueados los puertos de Chile, desde el 18 de agosto de 1838, a lo que respondió el Gobierno de Chile, decretando el bloqueo *efectivo* de los puertos del Callao, de Ancon i de Chorrillos.

En abril de 1838, zarpó de Valparaiso una flotilla de cinco embarcaciones a hacer efectiva la declaracion mencionada. Eran éstas la *Libertad* montada por el jefe de la escuadra don Cárlos García del Postigo; la *Valparaiso*, mandada por el comandante don Manuel Diaz; el *Aquiles*, por el comandante Bynon; el *Arequipeño*, por el comandante Hanson, i la *Colocolo* por don Leoncio Señoret. El resto de la escuadra permaneció en Chile al mando de Simpson, aprestándose para acompañar el convoi que debia conducir al Ejército Restaurador.

La flota bloqueadora tocó en Pisco (29 de abril) i continuó su marcha hácia el Norte. En ese momento estaban surtos en la bahía del Callao el bergantin *Fundador*, la *Socabaya*, el *Junin* i la *Yanacocha* (1). Postigo contrajo sus esfuerzos a impedir la comunicacion comercial de los puertos bloqueados i a vijilar los buques de guerra.

La escuadra permanecia de ordinario en San Lorenzo reconociendo las embarcaciones que arribaban al Callao i observando los trabajos de fortificacion de la plaza. El bloqueo sin embargo, no era tan rigoroso como lo hubiera deseado el almirante chileno. Su flotilla reducida no podia atenderlo con la

(1) Estado oficial publicado en el *Eco del Norte*, núm. 96.

prolijidad necesaria i su vijilancia era a veces burlada impunemente por los buques de las naciones poderosas.

A mediados de junio (el 19) la escuadra se movió hácia Huacho en demanda de agua, i al efecto desembarcó una parte de su tripulacion a las órdenes de don Félix Callejas, a quien veremos ocupar mas tarde un puesto importante entre los montoneros que creó el Ejército al rededor de Lima. La guarnicion del puerto se formó en batalla a corta distancia de la bahía, pero su arrogancia no resistió sino a los primeros tiros de la escuadra. La muerte del mayor Flores, herido por una bala de cañon, introdujo el pánico en la guarnicion peruana, que se retiró precipitadamente a Huaura, dejando el pueblo en poder de los chilenos.

Este acontecimiento feliz fué turbado por un triste suceso, que merece recordarse como una prueba del rigor con que sostuvieron los jefes chilenos la moralidad del Ejército. Un cabo de las tropas que desembarcaron en Huacho, se introdujo sin licencia a la casa de un industrial exijiéndole una contribucion de doscientos pesos, que le fué pagada por el hombre atemorizado; pero Postigo hizo devolver al individuo su dinero, i fusilar al cabo en presencia del pueblo, para que los que hubieran sido testigos de su crímen, lo fuesen de la reparacion. No era la primera vez que la justicia chilena hacia sentir su mano inexorable en las playas del Perú. El almirante Blanco hizo fusilar en Arica a un capitan de ejército por un crímen análogo. Tremenda reparacion que las circunstancias hacian necesaria, pero que debió parecer doblemente dolorosa por la ausencia de la patria, por la confraternidad de la causa i del peligro!

Despues de la ocupacion de Huacho, la escuadra bloqueadora volvió a la Isla de San Lorenzo donde permaneció durante el mes de julio, aguardando la llegada del Ejército Restaurador.

Dejemos a la escuadra en su activo i vijilante trabajo i trasportémonos a Valparaiso, donde, entre los tiernos adioses de la amistad i del patriotismo, se despedian tantos valientes que no deberian rever el suelo patrio: que dejaban con su marcha un vacío en tantas existencias i en otras un caudal de esperanzas!

CAPÍTULO II

Desde el fracaso de la primera campaña el Gobierno de Chile se hallaba dominado por un sentimiento de temor. Su entusiasmo por la guerra se habia calmado, i aunque comprendia la necesidad de espedicionar de nuevo al Perú, ya no le asistia ese ardor patriótico i confiado con que despidió la primera espedicion. Dejemos la palabra a los acontecimientos. Ellos nos irán mostrando la enerjía i perseverancia de Chile, su inquietud, sus pasajeros desalientos; impresiones conformes con la gravedad de la contienda i con los resultados vitales que se vinculaban a ella.

El 8 de febrero de 1838 fué nombrado don Manuel Búlnes, Jeneral en Jefe del nuevo Ejército Restaurador del Perú. Este nombramiento, si bien abria nuevos horizontes a su carrera militar, envolvia tambien una responsabilidad abrumadora. La espedicion del Perú tenia el carácter de todas las grandes empresas; el encargado de dirijirla jugaba en ella el todo por el todo: o volvia a su patria con los laureles de un costoso i sangriento triunfo, o jugaba en el azar de una batalla su crédito, su nombre i su carrera.

El teatro en que iba a arrojar el dado de su destino, acababa de ser ilustrado con el fracaso de una gran figura nacional i el patriotismo del país estaba sobresaltado e inquieto. Estas consideraciones hacian mas pesada aun su responsabilidad, hasta el punto que puede asegurarse que rara vez un jeneral

chileno ha echado sobre sus hombros una carga mas abrumadora.

Desde el primer dia, Búlnes se contrajo por completo al desempeño de su comision. Trasladóse al efecto a los valles de Quillota, de Melipilla i de Aconcagua donde se disciplinaba el ejercito, i puso el mayor empeño en la organizacion del Batallon Voluntarios de Aconcagua, que se formaba con los arrogantes hijos de aquel histórico valle.

Entretanto, los pueblos mas importantes de la República se disputaban el honor de figurar en la espedicion. Santiago organizaba a gran prisa el batallon que llevaria su nombre; la vigorosa actividad del coronel don José Ignacio García, creaba el escuadron de Carabineros de la Frontera, i sobre la base del tercer escuadron de Granaderos a Caballo se formaba el Escuadron de Lanceros. El interes con que toda la República favorecia la empresa contribuia a disipar la inquietud que preocupaba el espíritu de Búlnes i a levantar su ánimo a mejores esperanzas. Así lo escribia a su hermano, agregándole «que todos los cuerpos del ejército estaban en el mejor estado de disciplina i de moralidad.»

Apesar de que los preparativos se continuaban activamente i de que se hacian esfuerzos para que fuesen visibles, el proyecto de espedicionar nuevamente al Perú no estaba completamente resuelto en el ánimo del Gobierno. Mas bien que espedicionar se queria presentar a la vista del jeneral Santa-Cruz un gran cuadro de fuerzas para obtener de él mejores condiciones que las acordadas en Paucarpata. Hé aquí lo que a este respecto escribia Búlnes al dia siguiente de su nombramiento: «Mui reservado. No creo que haya espedicion apesar de que para entretener al público se asegura de todos modos. Viéndonos hablaremos largo» (1) Un mes mas tarde ratificaba sus sospechas diciéndole: «(2) Noto mucha frialdad en el Gobierno, hablándote reservadamente, i la hai segun me lo han dicho bajo mucho sijilo, pues solo se trata de ponerse en un estado amenazante para sacar de Santa-Cruz tratados ventajosos a Chile, haciendo entender que tendrá lugar nuestra marcha para ver si entretanto se presenta una coyuntura ventajo-

(1) Carta a don Francisco Búlnes, 9 de febrero de 1838.
(2) Carta del 13 de mayo de 1838.

sa, como ser el pronunciamiento de algun departamento del Perú o de algun jeneral con tropas, como hai datos puede suceder con Nieto que está en Trujillo, dispuesto, segun se dice, a levantar el grito contra Santa-Cruz.»

El auxilio esterior con que contaba el Gobierno de Chile no llegó jamás i sus esperanzas, alimentadas por su patriotismo, no pasaron de vanas ilusiones. Fué, pues, necesario oponer la guerra a la política del Protector, como una triste e indispensable solucion.

El Gobierno de Chile habia tenido noticias de que el Norte del Perú se segregaria en breve de la Confederacion Perú-Boliviana, i que el jeneral Orbegoso no estaba léjos de prestarse a representar el nuevo cambio político. A juzgar las cosas sin conocimiento de los hechos posteriores, podria creerse que desde ese momento la empresa de Chile perdia gran parte de su importancia, porque devuelto el Norte del Perú a su antigua independencia, el Sur no habria tardado en abandonar un réjimen que no habia entrado ni en sus afecciones ni en sus hábitos, i el equilibrio hubiese quedado restablecido. Pero en caso que el jeneral Orbegoso no hubiese conseguido agrupar a su alrededor al Norte i al Sur Perú, nuestro ejército aliado del suyo habria hecho entrar en su cauce natural al militarismo boliviano.

El Gobierno de Chile que solo aspiraba a sujetar a Bolivia en sus antiguos límites, envió secretamente al Perú a don José Antolin Rodulfo para que ofreciese a Orbegoso el reconocimiento de su puesto, si se confirmaban los rumores de separacion. Los esfuerzos del comisionado chileno fueron inútiles: Orbegoso se mantuvo en una situacion indecisa i espectante, i el Gobierno de Chile, cansado de esperar activó los preparativos de la segunda espedicion. Sin embargo, ántes de dar por cerradas aquellas negociaciones, transfirió los poderes de Rodulfo al jeneral Búlnes, que desempeñó su comision con tan poca ventura como Rodulfo.

El jeneral Búlnes se ajitaba en todas direcciones en demanda de recursos i de oficiales idóneos. No estará demás hacer notar que en la eleccion de los hombres no tomó en cuenta sus opiniones pasadas o presentes, sino su mérito i cualidades. Liberales i conservadores marcharon estrechamente unidos i esa

alianza iniciada en el peligro, fué sellada en la victoria! La formacion del Ejército restaurador fué pues el primer paso en el sendero de la reconciliacion.

Echemos una mirada a las tropas que a fines de marzo, solo aguardarban la órden de marchar.

El ejército espedicionario se componia de los batallones Santiago, Valparaiso, Colchagua, Voluntarios de Aconcagua, Carampangue, Portales i Valdivia; de los rejimientos de Cazadores i de Granaderos, del escuadron de Lanceros, de Carabineros de la Frontera i de un Escuadron de artillería (1).

Estas fuerzas ascendentes a 5,400 hombres estaban mandados por oficiales distinguidos i valientes. El principal i mas ilustre de todos era el jeneral don José María de la Cruz, que desempeñaba el cargo de jefe del Estado Mayor; era su segundo el coronel don Pedro Godoi. La artillería estaba a las órdenes del teniente coronel don Márcos Maturana; la caballería era mandada por el coronel don Fernando Baquedano, en clase de comandante jeneral, siéndolo a la vez del rejimiento de Cazadores a Caballo. Su émulo de glorias el rejimiento de Granaderos marchaba a las órdenes del coronel don Manuel Jarpa; Lanceros mandado por el comandante don Erasmo Jofré i Carabineros por el comandande don José Ignacio García. Los jefes de los batallones de infantería eran: Urriola (Colchagua), García (Portales), Sessé (Santiago), Valenzuela (Carampangue), Gomez (Valdivia), Vidaurre-Leal (Valparaiso) i Silva (Aconcagua).

Marchaban agregados a la espedicion algunos peruanos emigrados que componian la parte más ilustre del Perú en armas i letras. Los principales de entre ellos eran los jenerales Gamarra, Castilla, Lafuente, Vivanco i don Felipe Pardo. Su presencia en el ejército era indispensable para presentar nuestra empresa en su verdadero carácter, esto es, destinada a auxiliar a aquella parte del Perú que vivia con la vista puesta en el pasado independiente que la espada vencedora de Socabaya habia pretendido en vano, relegar a la historia i al olvido.

A principios de junio de 1838, la division espedicionaria se

(1) Placencia.—Diario del Estado Mayor.

puso en marcha para Valparaiso a donde se habia trasladado el Gobierno.

En el momento de partir recibió el jeneral Búlnes las «Instrucciones» que debian guiar su política i su conducta. Este documento de un carácter confidencial es el mejor testimonio de la rectitud de propósitos del Gobierno de Chile.

Al hablar de las Instrucciones, tenemos por único objeto, precisar el sentido político de esta campaña que ha sido desfigurado en nuestros dias. No nos mueve a hacerlo el deseo de justificar al Ejército Restaurador ni a su jeneral que indirectamente representaron esa causa, porque uno i otro al aceptar la responsabilidad de la empresa, no tenian para qué tomar en cuenta los antecedentes que la hubiesen orijinado. El deber del soldado principia donde concluye la tarea del diplomático. Su mision era sacar airoso a Chile de una empresa en que, buena o malamente, habia comprometido su dignidad i su crédito. La espada del guerrero no es la pluma del estadista.

En las Instrucciones se retratan con la mayor fidelidad el pensamiento i propósitos del Gobierno de Chile. La guerra tenia por objeto segun sus propias espresiones: «1.° Buscar su propia seguridad i la de las demás repúblicas limítrofes, en la destitucion del poder colosal que ha adquirido el jeneral Santa-Cruz con la usurpacion del Perú; 2.° Restituir a esta última República su independencia *para que sus habitantes se constituyan i organicen del modo que mejor convenga a sus intereses.*»

Por lo que toca al Perú, su espíritu i propósitos no podian ser mas elevados. Léjos de querer disminuir su riqueza i turbar su bienestar como se decia entónces, el Gobierno de Chile deseaba para el Perú el mismo órden i prosperidad que para Chile.

Hácesenos preciso esclarecer este punto, pues no ha faltado quien atribuya a la ambicion de un hombre o a rivalidades comerciales, esa guerra emprendida por consideraciones de un órden tan diverso. Si el Gobierno de Chile hubiese querido arrebatar su importancia a la aduana de Arica para monopolizar en Valparaiso el comercio del Pacífico, habria tratado de envolver al Perú en la anarquía, para que disminuyendo su comercio, disminuyese proporcionalmente la importacion de sus aduanas. Sin embargo, hé aquí sus ideas a este respecto. «Pa-

ra lógrar estos fines, dice, V. S., no puede ménos de conducirse de un modo quo concilie los intereses del Perú con los intereses de Chile i que deje bien puesto nuestro honor despues de la contienda. Si al dejar al Perú independiente del jeneral Santa-Cruz, lo dejásemos envuelto en guerra civil, o lleno de los elementos que deben producirla, caeria sobre nosotros una justa censura por no haber hecho otra cosa que sacar a un pueblo de las garras de la tiranía estranjera, para entregarlo a las de la discordia interior.»

Mas adelante añaden. «V. S. tendrá presente que siendo de grande interes para Chile, la prosperidad del Perú, su mejor organizacion i la estabilidad legal de sus gobiernos, ninguno de estos bienes podrá conseguirse si al retirarse de su país el ejército de Chile quedase el Gobierno peruano entregado a un ejército sin moral ni disciplina, que repitiendo las escenas desgraciadas que ha representado ántes en el Perú la fuerza armada, ponga a aquella República de peor condicion aumentando su descrédito i dando lugar a nuevas escandalosas intervenciones que alarmen a los estados vecinos.» Desear para el Perú la paz i prosperidad de Chile era elevarse encima de las susceptibilidades internacionales i colocarse en la rejion serena de los intereses i de la civilizacion de la América La misma elevacion se nota en su respeto por la propiedad peruana. «Aunque no puede negarse a Chile el derecho de echar mano de los recursos del país enemigo que va a invadir, como nuestro fin no es hacer adquisiciones territoriales en el Perú ni usar en toda su estension del derecho de la guerra, sino obrar en cuanto ella lo permita como verdaderos amigos del pueblo peruano que tiene un interes propio en las hostilidades contra su conquistador Santa-Cruz, V. S. no tomará propiedad alguna peruana a título de empréstito, contribucion ni otro alguna, sino en los casos absolutamente necesarios con toda la moderacion posible i cuando no exista un Gobierno Supremo que alivie a V. S. de esta odiosa atribucion.»

Por lo que hace al mando del ejército, punto importante por los debates a que ha dado lugar mas tarde entre chilenos i peruanos se le decia espresamente: «Las fuerzas peruanas que V. S. organice permanecerán *constantemente* bajo las órdenes de V. S. sin que por ningun motivo deban substraerse a ellas

hasta que V. S. se retire a Chile con la fuerza chilena de su mando.» «Por consiguiente, entónces i solo entónces (cuando haya un nuevo Gobierno en el Perú) podrán *las tropas peruanas* tener un jefe que se ponga a la cabeza de ellas, *pero este jefe estará siempre a las órdenes de V. S.* que como ya se ha dicho, ejercerá el mando de ámbos ejércitos hasta la evacuacion del Perú.»

En la parte política i administrativa se le recomendaba que favoreciese el establecimiento de una autoridad peruana independiente.

El 5 de julio recibió Búlnes un nuevo pliego de Instrucciones sobre un punto que solo habia sido tocado lijeramente en las del dia anterior. Esas prescripciones mas reservadas aun se referian al caso probable de un pronunciamiento en el Perú encabezado por el jeneral Orbegoso i eran mas o ménos las mismas órdenes que habia recibido el comisionado Rodulfo.

Hemos dicho que Búlnes recibió sus Instrucciones en Valparaiso el 4 i 5 de julio de 1838. A la sazon los cuerpos del ejército, con excepcion del Carampangue, estaban a bordo de los 26 trasportes que debian conducirlos al Perú (1). Una escuadrilla de cuatro buques de guerra la *Monteagudo*, la *Santa-Cruz*, la *Confederacion* i la *Janequeo* con 79 cañones escoltaban i protejian la espedicion.

El resto de la escuadra chilena mandada por el almirante Postigo, permanecia en el litoral del Perú espiando los movi mientos de la escuadra conferada.

Las tropas se embarcaron en medio del mayor entusiasmo vivando a Chile i a sus jefes i ese júbilo patriótico debió resonar en muchos espíritus alarmados como un eco precursor del triunfo.

Por fin, el 5 de julio pudo anunciar el jeneral Búlnes a sus soldados, que habia llegado el momento de despedirse de Chile. «Digamos un adios, les decia, a las costas de Chile, i no

(1) Trasportes que condujeron la tropa.—Fragatas: *Hermosa Chilena*, *Aguila* i *Margarita*.—Barcas: *Esperanza*, *Colcura* i *Pacífico*.—Bergantines: *Eleodoro*, *Cecilia*, *Napoleon*, *Jóven Victoria*, *Orion*, *Ovalle*, *Salvador*. *San Antonio*, *Orbegoso*, *Jóven Daniel*, *Gypsy*, *Señorense*.

Trasportes que conducian caballos.—Fragatas: *Neptone*, *Hope* i *Capitan Saldívar*.—Barcas: *Isabel*.—Bergantines: *Batyani* i *Azardoso*.—Goletas: *Teresa* i *Bergantin Hércules*.—(*Mercurio*, núm. 2,870).

volvamos a acordarnos ni de nuestros hogares, ni de nuestros hijos, ni de nuestras esposas, sino para honrarlas con la vista de nuestros laureles.» I dirijiéndose a los peruanos les espresaba con la mayor franqueza, el verdadero objeto de la espedicion.

«La independencia del Perú, única garantía de nuestra seguridad, i el castigo de las ofensas hechas al honor chileno por los actos temerarios i pérfidos del Presidente de Bolivia, fueron los grandes fines que debió llenar la espedicion de 1837. La que hoi está confiada a mi direccion, no solo debe conseguir estos preciosos objetos, sino tambien satisfaceros de la torpe burla que hizo de vuestros sentimientos patrióticos la capitulacion que terminó la campaña de Arequipa.

«La que yo emprendo, no tendrá, yo os lo juro, semejante resultado. La mision que he recibido de mi Gobierno es la única que se puede confiar a un ciudadano que no ha tenido ni quiere tener mas profesion que la de las armas: hacer la guerra a los enemigos de su patria. Esta guerra cuenta como fieles anuncios de un éxito feliz, la justicia de la causa, los esfuerzos de vuestro patriotismo i el conocido brio de los soldados chilenos. El desembarco en vuestras playas no se me presenta como el principio de una campaña, sino como el primer paso en la carrera de los triunfos. Mas si, como no es posible temerlo ni por un momento, algun capricho de la fortuna arranca la victoria al Ejército Restaurador, contad a lo ménos, con que la bastarda autoridad del conquistador del Perú, no se afianzará con mi firma sino con mi sangre.

«La independencia de vuestro hermoso país es el único objeto de nuestras aspiraciones; i vuestra inalterable amistad el único galardon con que queremos coronar nuestras fatigas. Léjos de nosotros la idea de exijir en cambio de este servicio, que os sometais a nuestra intervencion, que acepteis un caudillo dado por nosotros; que padezcais el mas lijero menoscabo en vuestra soberanía. Nò; la imparcialidad en vuestros negocios interiores, guiará constantemente la conducta del Ejército Restaurador, que no quiere cifrar su gloria en ejercer un reprobado imperio sobre vuestra voluntad, sino en conquistar por su moderacion vuestra gratitud i vuestra benevolencia.—Valparaiso, 5 de julio de 1838.—*Manuel Búlnes*.

El porvenir debia revelar cuanta sinceridad encerraba està declaracion hecha a la faz de la América. El jeneral Búlnes se embarcó en la corbeta *Confederacion*, i el 10 de julio el convoi que habia sido fraccionado anticipadamente en dos divisiones, mandadas alternativamente por Búlnes i Cruz, zarpò de Valparaiso con rumbo a Coquimbo a donde surjió el doce del mismo mes.

Allí permaneció cuatro dias, que aprovechó el Estado Mayor dictando algunas medidas relativas al desembarco i a la conduccion del armamento. «Por una órden jeneral comunicada al ejército el 21, dice *Placencia*, (1) se organizó éste en tres divisiones, nombrándose los respectivos comandantes jenerales. Se prescribió el sistema de marchas, el órden de campaña i de conducirse al frente del enemigo; se establecieron reglas para el servicio de campaña, para mantener el órden, vigor de la disciplina i para la conducta particular del soldado en lo relativo a su salud i bienestar.»

Entretanto el espíritu de la tropa no decaia. «El ejército va con el mismo entusiasmo con que salió de Valparaiso, decia Búlnes privadamente al jeneral Prieto, i esto me hace concebir las mas lisonjeras esperanzas de que la campaña tendrá un feliz resultado» (2). Con la misma fecha escribia a su hermano: «Todo el ejército va con el entusiasmo propio de los buenos chilenos. En moralidad i disciplina me promete mucho, pero su decision me anima cada vez mas i mas. Es respetable, porque pasa de 5,000 hombres bien equipados i pertrechados, así es que el resultado de la campaña me parece que corresponderá a los deseos de la nacion.»

Despues de un corto descanso en Coquimbo el convoi continuó su marcha hácia la Punta de Azua, donde supo que el jeneral Orbegoso habia segregado el norte del Perú de la Confederacion Perú-Boliviana. Este suceso llenó de gozo a los espedicionarios. La goleta *Janequeo* que habia sido portadora de esa noticia alhagüeña regresó al Callao, a comunicar a Postigo una órden del jeneral Búlnes para que se trasladase con la escuadra bloqueadora a la Isla de las Hormigas a aguardar la llegada de la espedicion.

(1) Diario citado, páj. 4.
(2) Carta de Búlnes a Prieto, Coquimbo, julio 20 de 1838.

Pero ¿qué grave acontecimiento habia modificado de improviso la situacion política del Perú? Separémonos por un momento del ejército chileno para asistir a la comedia que se representaba en Lima, entre Orbegoso i los jenerales bolivianos.

Desde tiempo atras cundia en las rejiones oficiales de Lima un descontento sordo contra la Confederacion i Santa-Cruz. El jeneral Orbegoso, es decir, el introductor del ejército boliviano en el territorio del Perú no se conformaba con la situacion relativamente humilde i subordinada que le habian creado los acontecimientos, descontento que fomentaban a su vez los jenerales Nieto i Vidal. A creer en la sinceridad de sus declaraciones posteriores, el jeneral Orbegoso se mantuvo alejado de ese foco revolucionario, sin sospechar siquiera los planes que se fraguaban a su alrededor. Sin embargo, parece difícil que dejara de percibir los manejos de su círculo inmediato, habiendo recibido de antemano proposiciones de Chile para el caso probable de una revolucion; pero como lo veremos en breve él se declaró arrastrado por ella mas bien que su autor.

El descontento que empezaba a manifestarse contra el réjimen Protectoral era esplotado por los altos dignatarios del gobierno de Lima, que se valian contra el de los mismos argumentos que habian despreciado i oido de boca de sus enemigos. Bastábales presentar la situacion del Perú como era en realidad para despertar una justa indignacion contra el sistema político que lo habia conducido a ese estado; bastábales hacer ver que las ciudades i los campos estaban ocupados por fuerzas estranjeras: que un jeneral boliviano resumia la plenitud del poder público, i por fin, como una suprema afrenta, que el estandarte de Junin i de Ayacucho habia sido reemplazado por un emblema que solo tremolaba en el Perú desde las matanzas de Yanacocha i de Socabaya.

El hogar de la revolucion era el cuartel jeneral de la division de Nieto; de allí partió la chispa que a guisa de fuego eléctrico corrio por todos los pueblos i villorrios del Perú. El jeneral Orbegoso, recien apercibido de lo que sucedia, salió de Lima a fines de julio con el objeto de desbaratar los planes de su jeneral en jefe. Hacia una semana a que se encontraba en el norte i no se daba todavía cuenta cabal de la empresa en que estaban comprometidos sus amigos mas cer-

canos i miéntras se ocupaba en recriminar a Moran sobre una cuestion pueril, el norte del Perú proclamaba su independencia de la Confederacion Perú-Boliviana.

Su altercado con Moran aunque de poca importancia lo arrastró a hacer declaraciones que arrojan mucha luz sobre su conducta indecisa e inverosímil. El principal o mas bien el único motivo de esa disputa fué, que habiendo ordenado Orbegoso que se le reuniese en Chancai el rejimiento de Húsares de Junin que habia dejado en Lima, el Consejo de gobierno se negó a cumplir su órden por temor de que le hubiese sido arrancada por los revolucionarios bajo la presion de la fuerza. Orbegoso se exasperó con esa negativa que consideró atentatoria a su dignidad, debiendo ver en ella solamente una advertencia sobre la realidad de los acontecimientos que se fraguaban a su alrededor. «Ud. debe conocerme, mi apreciado jeneral, decia en carta a Moran; digo esto porque tambien se me ha dicho de Lima que algunos creen que es posible que yo esté coactado, o que no obre con entera libertad hallándome en esta division. Tal impostura es indigna de alguno que conozca mi carácter i conozca que esta division i su jefe son el modelo de la subordinacion, de la moral i del patriotismo (1). Contestando en el mismo dia a otra carta del jeneral Moran que le anunciaba el pronunciamiento de Huaráz, le decia, «que el suceso de Huaráz es cosa de un pueblo i que no merece una grande importancia.»

El 27 de julio permanecia aun en Chancai, tratando de contener con medios débiles la inflexible resolucion de Nieto, i parece que llegó a creer desbaratada la revolucion. «Mire Ud., dice a Moran, que no hai la revolucion que Ud. piensa i que si llega a suceder es Ud. quien la hace.»

Aunque esta declaracion parezca inconciliable con los temores que abrigaba a su salida de Lima, pudo ser el resultado de las esplicaciones que le diera el jeneral Nieto, interesado en no entregar a su ánimo vacilante la direccion del movimiento, i así, miéntras Orbegoso se ocupaba en recriminar a Moran acusándolo de sedicioso, Nieto i Vidal separaban el Norte del Perú del poder del jeneral Santa Cruz.

(1) Carta de Orbegoso a Moran, Chancai, 26 de julio de 1838.

Realizado el movimiento no quedaba a Orbegoso otro partido que aceptarlo o retirarse del Perú: esto le aconsejaba su dignidad, aquello su ambicion: él optó por lo último. Haciendo entónces una confesion espontánea de su error, decia el mismo dia privadamente al jeneral Otero: «Sin los desagradables sucesos de Copacabana, yo escribiria ahora al jeneral Moran. *Los sucesos justificaron sus precauciones entónces injuriosas. Yo miraba con diferentes ojos.*» (1)

Una carta escrita algunos meses mas tarde al jeneral Otero (2) confirma esta declaracion. «Hai algunas enemistades que no ofenden, i tal vez honran, le dice. La de Ud. no es, ni ha sido para mí nunca de este jenero; por eso es que con gusto aunque enfermo, me dirijo a Ud. para hacerle algunas aclaraciones por medio de esta carta, que garantizo por mi palabra de honor, que ruego a Ud. guarde con el objeto de reconvenirme con ella, i aun a mis descendientes, si yo muero ántes que los sucesos de la revolucion se aclaren de suerte que no dejen alguna duda. *Repito a Ud. que es bajo mi palabra de honor cuanto voi a decir a Ud. en esta carta*, i que lo autorizo para que me desmienta con ella ante todo el mundo.»

«Por mas que se empeñen mis enemigos i tal vez mis amigos, en persuadirse que yo concurrí a la revolucion de julio, i aunque hayan datos que me condenan mucho en apariencia, aseguro a Ud. que nunca quise ni deseé la revolucion; *que no concurrí a ella sino que me apoderé de ella despues de hecha* i cuando no solo no era posible contenerla, sino que preveia que sus lavas iban a ensangrentar la República, i a entregarla sin remedio en los brazos de los invasores. Que me he despedido de Ud. en casa de nuestro compadre Riglos a las diez de la noche del 21 de julio, sin tener mas sospecha que la de que el jeneral Nieto estaba inclinado a dar el estallido. Que mi viaje a Chancai ha sido en la firme persuacion de que podria contener todo movimiento. Que he llegado hasta Huailas con esta sola idea i con este solo objeto. Que encontrada la revolucion aun no me he decidido hasta saber allí mismo, el mismo dia de mi llegada, 23 de julio, que todos los pueblos del

(1) Lima, 30 de julio de 1838. Carta de Orbegoso a Otero.
(2) Carta de Orbegoso a Otero, Lima, 30 de noviembre de 1838.

Norte estaban incontenibleme nte en la revolucion i que en el departamento de Junin iba a estallar. Que los cuerpos de policía en Lima i algo mas estaban tambien i que mi negativa a prestarme seria sin duda la señal de un desórden espantoso, cuyos resultados no se alcanzaban a prever. Aun así probé contener el torrente, conviniendo de entrar a su cabeza despues de haber batido al enemigo, i que sin los sucesos del jeneral Moran en Copacabana, pienso que habria habido lugar de batir al enemigo si hubiera habido prudencia. Los datos de haber pedido el batallon i ántes mi escolta me condenan. Pues sepa Ud. que el tal pedido fué inocente i que ciertamente estuve persuadido de poder batir una division chilena en Chancai, que me hicieron creer serian ocho buques que se presentaron en la tarde que llegó allí la division i que el pedido de mi escolta a Copacabana fué para seguridad de mi persona despues de los sucesos ocurridos.»

Mas adelante añade «Sepa Ud. tambien que despues de mi grave enfermedad no he escrito una letra a Rodiguez ni hé recibido una de él. Ultimamente, que no hai alguna carta mia ni persona que me haya oido favorecer con una sola palabra el proyecto de la tal revolucion, *que no quise, que no solicité, que no deseé, en que no consentí hasta el 29 de julio* en calidad de demorarla hasta batir al enemigo!»

Habrá muchos que se resistan a creer en la sinceridad de esta confesion, pero no nos es dado poner en duda la declaracion que hace un hombre contra sí mismo, pues esa carta es la confesion mas humillante que puede hacer un mandatario, de su incapacidad política. Puede creerse aun que puesta en lucha la defensa de su ambicion i de su orgullo, prefiriera sacrificar éste por encubrir aquella, i aunque su conducta se preste en apariencia a las suposiciones mas ofensivas i desdorosas, aceptamos sus palabras como la revelacion sincera de un hombre que supo conservar cierta dignidad en medio de sus errores i cuya vida autoriza para atribuir mas bien a falta de prevision que a malicia, su conducta en ese conflicto.

Las principales ciudades del Norte conmovidas por la influencia de los jefes revolucionarios no tardaron en secundar sus planes: Huaraz se declaró desligada de la Confederacion el 21 de julio; el departamento de la Libertad i su prefec-

to don Mariano Sierra, siguieron el 24 del mismo mes el contajioso ejemplo de Nieto i de Vidal.

Entre tanto Orbegoso que recibia sucesivamente en Chancai todas estas declaraciones permanecia indeciso, sin atreverse a asumir una actitud. Luchaban en su alma la fé que debia a Santa-Cruz i el deseo de recobrar su libertad; de un lado sus compromisos con el Perú, del otro el temor de verse abandonado de todos si desobedecia a ese mandato nacional. Lucha difícil en verdad, por que se encontraban en pugna su honor i su responsabilidad de un lado; el interes del país i el suyo propio del otro, porque si a todos era dado maldecir el sistema funesto que habia atado un país libre al carro de un triunfador estranjero, no así al jeneral Orbegoso, que habia sido el introductor de ese elemento estraño en la política i en la libertad del Perú. En su situacion angustiada le quedaba una salida honrosa; reconocer su error i resignar el mando; pero esa gran cualidad del mandatario que llama el desprendimiento, a mas de ser moneda escasa, requiere una alma mas grande i levantada que la que entónces gobernaba al Perú. Los acontecimientos entre tanto se precipitaban i la iresolucion de Orbegoso era un contrasentido en medio de aquella fiebre jeneral.

Fué necesario para modificar su actitud que la division de Nieto i una parte de la guarnicion de la capital se pronunciasen contra la Confederacion, i que el jeneral Moran, Comandante de las fuerzas de Lima, se retirase a Tarma con dos batallones peruanos i dos bolivianos.

Hubiérase creido que desde ese momento la espedicion chilena seria mirada con ojos simpáticos por el nuevo gobierno de Lima. Sucedió todo lo contrario: Orbegoso se armó respecto de Chile de una enerjía de que su vida no habia sido pródiga i que contrastaba con su dulzura hácia Santa-Cruz, lo que daba motivo para dudar de su buena fé o de que comprendiese el alcance de la revolucion de julio. Es de creer que el odio a Chile le fuese sujerido por el jeneral Nieto, que desde esa época negociaba ya con Moran, sobre el mejor modo de resistir a la Espedicion chilena. El autor de la flamante revolucion escribia confidencialmente a su principal enemigo al dia siguiente de realizada! «Véngase Ud. pues mi amigo, i tráigase esos batallones peruanos para que con mejor derecho defiendan la

Todo esto parecerá estraño al que no conozca la artéria habitual de la política peruana; para el que haya penetrado sus secretos, lo natural seria lo sorprendente: los enemigos se constituian en aliados i los aliados en enemigos. Cuando los ánimos estaban exaltados, e inflamadas las pasiones populares, Orbegoso no encontraba sino palabras de gratitud i de simpatía para su enemigo i de hostilidad para el país que hubiera podido servirle de aliado. La causa de Chile era la misma que la de Orbegoso; ámbos perseguian la desmembracion del Protectorado. ¿Qué razon podia invocar entónces el gobierno de Lima para declararse enemigo de Chile? ¿Acaso no necesitaba de su apoyo ó influia en su determinacion el temor de una nueva conquista? A lo primero bastará recordar que el ejército del Protector era superior al suyo en fuerzas i en recursos: a lo segundo, que semejante propósito no hubiese sido ni político ni siquiera racional, pues léjos de contribuir al engrandecimiento de Chile le hubiera acarreado su ruina i debilidad.

Era presumible, como dijo mas tarde Orbegoso, que la independencia del Perú se hubiese realizado con el asentimiento del Protector? Esta pregunta equivale a esta otra.—¿Es creible que los 12,000 soldados del jeneral Santa-Cruz se hubiesen dejado empujar a Bolivia por los 3,000 peruanos de Orbegoso?

Por lo demas la actitud de Santa-Cruz respecto de la revolucion se revelaba suficientemente en el leguaje de sus diarios i de sus jenerales, especialmente de Moran, de Otero i de Pardo de Zela, que amenazaban públicamente al gobierno de Lima, llamándolo *traidor*.

¿Por qué no veia el jeneral Orbegoso la realidad de su situacion que se presentaba tan clara? Daremos luego la esplicacion de esta duda.

El ejército chileno que vivaba entretanto desde los buques fondeados en Punta de Azua a los autores de la revolucion de Lima, no hubiese comprendido que en breve seria recibido como enemigo por sus aliados naturales de la capital.

El 31 de julio el gobierno de Lima notificó al almirante de la Escuadra chilena el cambio político del dia anterior, a lo que contestó Postigo holgándose por el movimiento operado i por

integridad del territorio amenazado *por los chilenos*, con quien no se hará la paz sino entran por tratados que nos sean mui honrosos» (1).

Orbegoso se encargó de esplicar al pueblo el sentido i alcance del movimiento, el mismo dia en que asumió su autoridad independiente. Hé aquí sus palabras. «¡Compatriotas! Vuestro grito unánime, vuestro mandato espreso, vuestras lágrimas, el triste estado del pais, sosteniendo una guerra desoladora, *cuyo pretesto* es la persona del Presidente de Bolivia, como dominador del Perú; la ruina progresiva de vuestra agricultura i de vuestro comercio, la decision de vuestros conciudadanos armados que no he podido retener, i últimamente los gritos de la naturaleza i de la humanidad me han hecho ceder a vuestro impulso a destiempo. Yo proclamo hoi, en nombre de vosotros, la independencia de este estado de toda dominacion estranjera. Convoco una Representacion nacional, que arregle vuestros destinos. *Me preparo a defenderos contra la invasion chilena*, si es que no cesa, como debe esperarse, habiendo cesado el motivo. Estos son los compromisos que tomo con vosotros. Tomad conmigo el de guardar el mayor órden i tranquilidad, i el de ayudar con vuestros esfuerzos los del ejército peruano, si es preciso que pelee defendiéndoos.»

«Amigos! Recibid, os ruego, el sacrificio que os ofrezco hasta de la esperanza que tenia de vivir tranquilo alguna vez. ¿Qué me resta ya que ofreceros?»—Esta declaracion hecha a la faz del Perú, importaba la promesa de continuar la guerra *contra la invasion chilena, cuyo pretesto era el Presidente de Bolivia como dominador del Perú*. Al mismo tiempo «daba las gracias a nombre de la nacion a la division boliviana existente en la capital por su buen comportamiento en el Estado» i le permitia que marchase a su país libremente.

Esta proclama era la aclaracion natural de un decreto supremo que esos nuevos enemigos de Santa-Cruz se habian apresurado a firmar en Lima! Dice así: «El Estado existe en guerra con la república de Chile entretanto no se haga la paz, lo que debe esperarse, supuesto que ha cesado el motivo *alegado* para la guerra.»

---

(1) Carta de Nieto a Moran, 30 de julio de 1838.

Todo esto parecerá estraño al que no conozca la arteria habitual de la política peruana; para el que haya penetrado sus secretos, lo natural seria lo sorprendente: los enemigos se constituian en aliados i los aliados en enemigos. Cuando los ánimos estaban exaltados, e inflamadas las pasiones populares, Orbegoso no encontraba sino palabras de gratitud i de simpatía para su enemigo i de hostilidad para el país que hubiera podido servirle de aliado. La causa de Chile era la misma que la de Orbegoso; ámbos perseguian la desmembracion del Protectorado. ¿Qué razon podia invocar entónces el gobierno de Lima para declararse enemigo de Chile? ¿Acaso no necesitaba de su apoyo ó influia en su determinacion el temor de una nueva conquista? A lo primero bastará recordar que el ejército del Protector era superior al suyo en fuerzas i en recursos: a lo segundo, que semejante propósito no hubiese sido ni político ni siquiera racional, pues léjos de contribuir al engrandecimiento de Chile le hubiera acarreado su ruina i debilidad.

Era presumible, como dijo mas tarde Orbegoso, que la independencia del Perú se hubiese realizado con el asentimiento del Protector? Esta pregunta equivale a esta otra.—¿Es creible que los 12,000 soldados del jeneral Santa-Cruz se hubiesen dejado empujar a Bolivia por los 3,000 peruanos de Orbegoso?

Por lo demas la actitud de Santa-Cruz respecto de la revolucion se revelaba suficientemente en el leguaje de sus diarios i de sus jenerales, especialmente de Moran, de Otero i de Pardo de Zela, que amenazaban públicamente al gobierno de Lima, llamándolo *traidor*.

¿Por qué no veia el jeneral Orbegoso la realidad de su situacion que se presentaba tan clara? Daremos luego la esplicacion de esta duda.

El ejército chileno que vivaba entretanto desde los buques fondeados en Punta de Azua a los autores de la revolucion de Lima, no hubiese comprendido que en breve seria recibido como enemigo por sus aliados naturales de la capital.

[illegible] de julio el gobierno de Lima notificó al almirante de [illegible] l cambio político del dia anterior, a lo que [illegible] por el movimiento operado i por

habia en tierra una division capaz de resistir a una sorpresa, i de protejer al resto del ejército que permanecia en los buques (1).

El desembarco se practicó con las mayores precauciones, estableciendo avanzadas, grandes guardias i ocupando militarmente las avenidas que conducian a Lima. La conferencia con el coronel Castro habia revelado a Búlnes la necesidad de proceder con excesiva prudencia: la carta de Orbegoso i la lectura de los decretos relativos a Chile, que pudo ver en los periódicos llegados recientemente, confirmaban sus temores.

El desembarco continuó al amanecer del siguiente dia con la misma fortuna del anterior i en pocas horas estuvo en tierra todo el ejército, excepto una compañía del Portales, 4 piezas de batalla i los soldados cuyos caballos habian perecido en la travesía.

---

(1) Los cuerpos desembarcados en la noche del 6 de agostos fueron: La columna de Cazadores, El Carampangue, Portales, Valdivia, Santiago, Colchagua, Escuadron de Carabineros, Escuadron de Lanceros i cuatro piezas de artillería (carta de Búlnes a su hermano, 30 de agosto de 1838.)

Pero el coronel Plasencia dice que esa noche desembarcaron solamente Cazadores a caballo, 2 compañía de Portales, 3 del Santiago, Carampangue, 2 piezas de artillería i otros piquetes.

CAPÍTULO III

Primeros movimientos militares.—Batalla de Guias.—Toma de Lima

Uno de los primeros actos de Búlnes despues de su desembarco en Ancon, fué dirijirse al pueblo peruano manifestándole el pensamiento que lo guiaba al ocupar su territorio, sus propósitos i los de su gobierno al iniciar esa campaña. «Cooperar a salvaros, les dice, completamente del dominio estranjero, afianzar con vuestra salvacion la seguridad de mi patria i *volver a su seno sin mas botin que vuestra benevolencia,* son los grandes objetos de la mision que se me ha encomendado, el blanco de mis ardientes deseos i la única gloria a que aspiran los guerreros de mi patria» (1).

Pero sus seguridades públicas i privadas no fueron bastantes a llevar la confianza al espíritu de las autoridades de Lima, que desde el dia del desembarco iniciaron una discusion que, si bien estéril en sus resultados, servirá para poner de manifiesto la conducta del gobierno peruano respecto de Chile. Encaminada mas bien a dar tiempo para el regreso de las divisiones bolivianas de Tarma, ántes que a hacer la paz, veremos que se pone en juego de un lado la argucia i sutileza que ha caracterizado siempre a la política del Perú, i del otro, la sinceridad

(1) Ancon 7 de agosto de 1838.

i la franqueza. Teniendo en su favor la superioridad del número i del poder, Búlnes procede con el respeto i miramientos que parecen mas propios de la debilidad que de la fuerza, i aun comprendiendo el artero manejo del enemigo, sigue tocando los resórtes de la paz i de la conciliacion, tendiendo una mano amistosa i fraternal hasta en el mismo campo de batalla.

Esta cadena de entrevistas i de decepciones nos dará a conocer el verdadero espíritu de Chile hácia el Perú i de éste hácia aquel. El jeneral en jefe del ejército peruano don Domingo Nieto, principal actor en este drama de intriga i sutileza, tenia a la sazon su cuartel jeneral en Chacra de Cerro, lugar situado a inmediaciones de Ancon, en el camino de Lima. Sus fuerzas ascendentes a 2,600 hombres aguardaban, en un desfiladero estrecho, la llegada de un batallon que debia conducir desde la provincia de Huaylas el jeneral don Francisco Vidal.

El ejército chileno aunque superior en número, pues constaba de 4700 hombres, (1) tenia contra sí las desventajas de ocupar un territorio estraño, desconocido i de un clima pernicioso. La caballada, recien salida de una larga navegacion, no tenia un manojo de pasto en ese valle arenoso, i el ejército carecia por consiguiente de la movilidad necesaria en la guerra. En cambio la division enemiga que tenia espedita su retirada en todo el territorio del Perú, que estaba acostumbrada al enfermizo clima de la costa i dotada de exelente caballería, podia reponer con la mayor facilidad las bajas del clima i de la guerra.

El mismo dia del desembarco marchó Castilla a Copacabana a conferenciar con Nieto, para inducirlo a emprender la guerra contra Santa-Cruz. Tenemos ya dos emisarios: a Castilla en Copacabana i a Garrido en Lima, luchando con la obstinacion de Orbegoso. Al siguiente dia regresaron ámbos. Castilla sin haber podido hablar con Nieto i Garrido confirmando la mala voluntad que existia en las altas rejiones de Lima contra el ejército chileno. Su discusion con el presidente del Perú rodó principalmente sobre el desembarco; pero el comisionado chile-

(1) El distinguido coronel don N. J. Prieto cuya opinion es digna de tomarse en cuenta, dice en un Diario que tuvo la bondad de escribir para nosotros, que quitando las tropas que quedaban a bordo, emfermos etc. el ejército chileno no tenia a la sazon sino 4,000 hombres.

no que tenia por único encargo arreglar las bases de la paz, alegó su falta de poderes para discutir ese punto, a que deliberadamente era arrastrado por el jeneral Orbegoso.

Apesar de que Búlnes comprendia que el objeto del enemigo era ganar tiempo para que llegasen las fuerzas de Vidal, envió nuevamente a Castilla al cuartel jeneral peruano acompañado del coronel Placencia, los que se reunieron con Nieto en Tambo Inga a corta distancia de Copacanaba. Nieto manifestó a Castilla su determinacion de mantenerse a igual distancia de Santa-Cruz i de Chile. En vano insistió Castilla sobre el contrasentido de esa actitud entre dos enemigos superiores en número, i sobre la igualdad de causa i de propósitos entre los esfuerzos de Chile i los del Nor-Perú. Armáronse combinaciones que se deshicieron un momento despues, prolongando una discusion que desde el primer momento tuvo el carácter de estéril.

Entre tanto el jeneral Búlnes, sin encontrar en Ancon lo necesario para su subsistencia, i propiamente empujado por la escasez de recursos, se situó el 8 de agosto con los batallones Carampangue, Colchagua, Valdivia, Portáles, Santiago, Columna de Cazadores, Escuadron de Carabineros, Lanceros i 4 piezas de artillería en el valle inmediato de Copacabana. El resto del ejército chileno quedó en Ancon a cargo del jeneral don José María de la Cruz, que se reunió dos dias despues al cuartel jeneral.

Miéntras se verificaban las negociaciones en la forma que vamos narrando, el ejército chileno era víctima de una hostilidad pérfida de parte del Gobierno peruano que cegaba las acequias que conducian el agua a su campamento i enviaba sécretamente vendedores de frutas nocivas, que el calor i la sequedad hacian mas apetecibles i que la tropa se disputaba a pesar de la vijilancia de los oficiales. Los hospitales empezaron a llenarse de enfermos i la diarrea a diezmar las filas.

Al mismo tiempo se hacian esfuerzos para presentar al Ejército restaurador como poseido de los apetitos del bandalismo i de la destruccion. Con ese objeto las autoridades de Lima hacian talar el campo que recorria en su marcha, para atribuirle la responsabilidad de esos estragos inútiles i se llegó hasta sembrar de cadáveres sacados de los hospitales el camino que

el ejército dejaba tras de sí, para hacer creer que eran otras tantas víctimas sacrificadas a sus instintos vengativos i feroces. Sin embargo, nada fué bastante para sacar al ejército de su moderacion habitual, ni al jeneral Búlnes de su resolucion de no precipitar la ruptura de las hostilidades. La historia americana no rejistra quizás en sus anales una invasion mas moral, mas respetuosa del derecho i de la propiedad del pueblo invadido, que la ocupacion del Perú por el ejército chileno en 1838!

Hallábase a la sazon colocado en un valle árido i mal sano, hostilizado por el enemigo del modo que dejamos referido; fuerte en número i en disciplina, sufriendo hambre a las puertas de la opulenta Lima! en una palabra, resistiendo a las ofensas i provocaciones de un enemigo mas débil por no comprometer la causa ni el objeto que lo habia conducido al Perú.

Proseguíanse entretanto las negociaciones, con el esclusivo objeto de dar tiempo a la llegada de Vidal i de que se destruyese el ejército chileno por las enfermedades. Búlnes, apesar de comprenderlo, nada omitia por evitar al Perú el luto de la sangre de Guias.

Pero volvamos la vista a las negociaciones. Hemos dicho en otro lugar que el Presidente Orbegoso se oponia al desembarco del ejército chileno. «La negativa del Gobierno peruano, contestaba el jeneral Búlnes (1) al desembarco, tendré la franqueza de manifestar que me deja traslucir la continuacion de una política que no hace a la nacion chilena la justicia que merecen sus jenerosos esfuerzos en favor de la independencia del Perú.» «Podia yo presumir, agrega, que cuando mi Gobierno no ha declarado la guerra sino al jeneral Santa-Cruz i cuando esta guerra no tiene mas objeto que el restablecimiento de la independencia del Perú, a que está ligada la seguridad de Chile, podia yo presumir, repito, que el enemigo del opresor de la República peruana fuese jamas considerado como enemigo de la República peruana? Confieso a V. S. que no alcanzo a percibir los motivos ni la tendencia de esta política. Sin embargo, no puedo aun figurarme que no nos avengamos,

(1) Lima, 30 de agosto de 1838.

cuando no abrigo la mas lijera pretension ofensiva al honor de la nacion peruana, ni perjudicial al mas pequeño de sus derechos.» «Pero al dar este paso, (el desembarco) añade, aseguro a V. S. que no hago mas que ceder a la imperiosa necesidad que hace imposible la conservacion de mi ejército en una playa desierta, i que ni por asomo debe mirarse este acto como una hostilidad contra la nacion peruana, ni contra el Gobierno que la rije.»

El coronel Porras, jefe del Estado Mayor del ejército peruano, contestó a sus observaciones (1) abriendo una discusion de principios que se avenia mal con la gravedad de esos momentos i reiterando como condicion indispensable de paz, que el ejército de Chile se retirase a Chancai, miéntras se reanudaban por un tratado las relaciones interrumpidas. Terminaba su nota exijiendo en forma de ultimatum «1.° Que la retirada o reembarque del ejército del mando de V. S. sobre la villa de Chancai será la condicion *indispensable* de todo pacto ulterior, i 2.° Que una vez retirado el ejército, *podrá permanecer seis dias en aquel canton,* donde el Gobierno cuidará de suministrarle los refrescos que necesite, *en el caso de que V. S. continúe, como es de esperar, manifestándonos las disposiciones amistosas i benévolas que ha protestado hasta aquí.*»

Búlnes no ocultó la estrañeza que le causaban ese tono i ese lenguaje, a la vez que su determinacion de no retirarse a la playa desierta en que se queria aniquilar su ejército por la escasez i las enfermedades. Terminaba su nota ofreciendo enviar comisionados para zanjar verbalmente una cuestion que tomaba cada dia un aspecto mas odioso. Su proposicion fué aceptada condicionalmente por el jefe peruano. «Siempre que esto, decia, guarde consonancia con las miras del Gobierno de V. S. i siempre que en reparacion del agravio inferido a la dignidad nacional, acceda el jeneral chileno a la proposicion hecha en mi anterior nota.»

¿Necesitamos decir que su propuesta fué considerada incompatible con la dignidad de Chile i con la mision del ejército?

En vista del mal éxito de las negociaciones escritas, Búlnes

(1) Ancon, agosto 8 de 1838.—Búlnes al Gobierno peruano.

recurrió nuevamente a una conferencia verbal con el jeneral Nieto, que se verificó en Chacra Grande el 13 de agosto. En la mañana de ese dia concurrieron ámbos jenerales llevando cada uno 200 soldados de escolta, que permanecieron frente a frente mientras sus jefes respectivos decidian quizás de sus existencias, en una modesta choza de campo. Repitiéronse en la discusion las razones tantas veces alegadas, i despues de una conferencia estéril i larga, Búlnes se retiró a su campamento convencido de la necesidad de obrar con mas resolucion i enerjía. Con ese objeto resolvió acercarse á Lima, para evitar que los cuerpos bolivianos bajasen de la Sierra en auxilio del jeneral Orbegoso.

En una de sus últimas notas Búlnes habia propuesto el nombramiento de comisionados, para hacer una suprema tentativa de paz, i al efecto se habian nombrado por parte del Perú a los señores Mendez i Villaran, i por la del ejército de Chile a los coroneles Garrido i Godoi. Los comisionados se reunieron en Tambo Inga i su conferencia fué tan estéril como la del dia anterior.

Las proposiciones que trasmitieron los enviados chilenos se reducian mas o ménos a los términos siguientes: el ejército chileno, en su carácter de auxiliar del Perú contra Santa-Cruz se comprometia a no omitir sacrificios para destruir la obra del Protector; Chile devolveria al Perú los buques apresados por Garrido a título de *prenda de paz*, manifestando de ese modo que su único objeto al apoderarse de ellos, habia sido evitar que Santa-Cruz pudiese inferirle nuevas i mayores ofensas; prometia ademas guardar una absoluta prescindencia en los asuntos internos del Perú. El Perú a su vez debia comprometerse á entrar en guerra con Santa-Cruz, a pagar sus sueldos al ejército chileno i a repatriarlo despues de terminada.

Los comisionados peruanos alegaron su falta de poderes para transar las diversas cuestiones que se suscitaban i convinieron en reunirse nuevamente al siguiente dia. Sin embargo, aquella misma noche i sin aguardar el fin de la conferencia, el jeneral Orbegoso declaró rotas las hostilidades. (1) El

(1) Chacra de Cerro, agosto 14 de 1838.

pacíficas que animaban al de Chile, sin perjuicio de proceder al desembarco. Búlnes ponia este paso preliminar fuera de toda discusion, conformándose así a aquel precepto de sus Instrucciones que dice: «Para ello (para entenderse con Orbegoso) V. S. desde su llegada a las playas del Perú, hará cuanto le sea posible por comunicarse con el citado jefe sin entorpecer por ningun motivo, a causa de esto, las operaciones militares.»

Aquella misma tarde recibió la siguiente carta de Orbegoso.

SEÑOR JENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE CHILE DON MANUEL BÚLNES

Lima, agosto 7 de 1838

Mui señor mio de mi mayor aprecio:

Contesto la estimada carta de Ud. de hoi, diciéndole que he recibido la que se sirve Ud. remitirme del Excelentísimo señor Presidente de Chile en que me trata de una otra anterior que no ha llegado a mis manos. El señor Garrido aun no ha venido, i como Ud. se sirve decirme que vá a verificar su desembarco en Ancon, he creido de mi deber manifestarle que la circunspeccion con que estoi obligado a mirar este delicado asunto, no me permite darle mi consentimiento, miéntras por resultado de la entrevista con el señor Garrido no se arreglen los términos.—Agradezco mucho la enhorabuena de Ud. por los acontecimientos que últimamente han tenido lugar, i siéndome mui grata esta ocasion para ofrecerme de Ud., me suscribo su atento seguro servidor Q. B. S. M.—*Luis José Orbegoso.*»

A pesar de esta carta, Búlnes se dirijió a la caleta de An[illegible] con i en la misma tarde procedió al desembarco. El ejérci[illegible] debilitado por el mareo i la navegacion, deseaba pisar cu[illegible] ántes tierra firme, i ese deseo natural era una nece[illegible] ineludible por el estado de la caballada i por el [illegible]miento jeneral de la tropa. La operacion empezó [illegible] arde del 6 de agosto, i a las 12 de la noche del

pacíficas que animaban al de Chile, sin perjuicio de proceder al desembarco. Búlnes ponia este paso preliminar fuera de toda discusion, conformándose así a aquel precepto de sus Instrucciones que dice: «Para ello (para entenderse con Orbegoso) V. S. desde su llegada a las playas del Perú, hará cuanto le sea posible por comunicarse con el citado jefe sin entorpecer por ningun motivo, a causa de esto, las operaciones militares.»

Aquella misma tarde recibió la siguiente carta de Orbegoso.

SEÑOR JÉNERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE CHILE DON MANUEL BÚLNES

Lima, agosto 7 de 1838

Mui señor mio de mi mayor aprecio:

Contesto la estimada carta de Ud. de hoi, diciéndole que he recibido la que se sirve Ud. remitirme del Excelentísimo señor Presidente de Chile en que me trata de una otra anterior que no ha llegado a mis manos. El señor Garrido aun no ha venido, i como Ud. se sirve decirme que vá a verificar su desembarco en Ancon, he creido de mi deber manifestarle que la circunspeccion con que estoi obligado a mirar este delicado asunto, no me permite darle mi consentimiento, miéntras por resultado de la entrevista con el señor Garrido no se arreglen los términos.—Agradezco mucho la enhorabuena de Ud. por los acontecimientos que últimamente han tenido lugar, i siéndome mui grata esta ocasion para ofrecerme de Ud., me suscribo su atento seguro servidor Q. B. S. M.—*Luis José Orbegoso.*»

A pesar de esta carta, Búlnes se dirijió a la caleta de Ancon i en la misma tarde procedió al desembarco. El ejército debilitado por el mareo i la navegacion, deseaba pisar cuanto ántes tierra firme, i ese deseo natural era una necesidad ineludible por el estado de la caballada i por el debilitamiento jeneral de la tropa. La operacion empezó al caer la arde del 6 de agosto, i a las 12 de la noche del mismo dia

habia en tierra una division capaz de resistir a una sorpresa, i de protejer al resto del ejército que permanecia en los buques (1).

El desembarco se practicó con las mayores precauciones, estableciendo avanzadas, grandes guardias i ocupando militarmente las avenidas que conducian a Lima. La conferencia con el coronel Castro habia revelado a Búlnes la necesidad de proceder con excesiva prudencia: la carta de Orbegoso i la lectura de los decretos relativos a Chile, que pudo ver en los periódicos llegados recientemente, confirmaban sus temores.

El desembarco continuó al amanecer del siguiente dia con la misma fortuna del anterior i en pocas horas estuvo en tierra todo el ejército, excepto una compañía del Portales, 4 piezas de batalla i los soldados cuyos caballos habian perecido en la travesía.

(1) Los cuerpos desembarcados en la noche del 6 de agostos fueron: La columna de Cazadores, El Carampangue, Portales, Valdivia, Santiago, Colchagua, Escuadron de Carabineros, Escuadron de Lanceros i cuatro piezas de artillería (carta de Búlnes a su hermano, 30 de agosto de 1838.)

Pero el coronel Plasencia dice que esa noche desembarcaron solamente Cazadores a caballo, 2 compañía de Portales, 3 del Santiago, Carampangue, 2 piezas de artillería i otros piquetes.

CAPÍTULO III

Primeros movimientos militares.—Batalla de Guias.—Toma de Lima

Uno de los primeros actos de Búlnes despues de su desembarco en Ancon, fué dirijirse al pueblo peruano manifestándole el pensamiento que lo guiaba al ocupar su territorio, sus propósitos i los de su gobierno al iniciar esa campaña. «Cooperar a salvaros, les dice, completamente del dominio estranjero, afianzar con vuestra salvacion la seguridad de mi patria i *volver a su seno sin mas botin que vuestra benevolencia*, son los grandes objetos de la mision que se me ha encomendado, el blanco de mis ardientes deseos i la única gloria a que aspiran los guerreros de mi patria» (1).

Pero sus seguridades públicas i privadas no fueron bastantes a llevar la confianza al espíritu de las autoridades de Lima, que desde el dia del desembarco iniciaron una discusion que, si bien estéril en sus resultados, servirá para poner de manifiesto la conducta del gobierno peruano respecto de Chile. Encaminada mas bien a dar tiempo para el regreso de las divisiones bolivianas de Tarma, ántes que a hacer la paz, veremos que se pone en juego de un lado la argucia i sutileza que ha caracterizado siempre a la política del Perú, i del otro, la sinceridad

(1) Ancon 7 de agosto de 1838.

i la franqueza. Teniendo en su favor la superioridad del número i del poder, Búlnes procede con el respeto i miramientos que parecen mas propios de la debilidad que de la fuerza, i aun comprendiendo el artero manejo del enemigo, sigue tocando los resortes de la paz i de la conciliacion, tendiendo una mano amistosa i fraternal hasta en el mismo campo de batalla.

Esta cadena de entrevistas i de decepciones nos dará a conocer el verdadero espíritu de Chile hácia el Perú i de éste hácia aquel. ¡El jeneral en jefe del ejército peruano don Domingo Nieto, principal actor en este drama de intriga i sutileza, tenia a la sazon su cuartel jeneral en Chacra de Cerro, lugar situado a inmediaciones de Ancon, en el camino de Lima. Sus fuerzas ascendentes a 2,600 hombres aguardaban, en un desfiladero estrecho, la llegada de un batallon que debia conducir desde la provincia de Huaylas el jeneral don Francisco Vidal.

El ejército chileno aunque superior en número, pues constaba de 4700 hombres, (1) tenia contra sí las desventajas de ocupar un territorio estraño, desconocido i de un clima pernicioso. La caballada, recien salida de una larga navegacion, no tenia un manojo de pasto en ese valle arenoso, i el ejército carecia por consiguiente de la movilidad necesaria en la guerra. En cambio la division enemiga que tenia espedita su retirada en todo el territorio del Perú, que estaba acostumbrada al enfermizo clima de la costa i dotada de exelente caballería, podia reponer con la mayor facilidad las bajas del clima i de la guerra.

El mismo dia del desembarco marchó Castilla a Copacabana a conferenciar con Nieto, para inducirlo a emprender la guerra contra Santa-Cruz. Tenemos ya dos emisarios: a Castilla en Copacabana i a Garrido en Lima, luchando con la obstinacion de Orbegoso. Al siguiente dia regresaron ámbos. Castilla sin haber podido hablar con Nieto i Garrido confirmando la mala voluntad que existia en las altas rejiones de Lima contra el ejército chileno. Su discusion con el presidente del Perú rodó principalmente sobre el desembarco; pero el comisionado chile-

---

(1) El distinguido coronel don N. J. Prieto cuya opinion es digna de tomarse en cuenta, dice en un Diario que tuvo la bondad de escribir para nosotros, que quitando las tropas que quedaban a bordo, emfermos etc. el ejército chileno no tenia a la sazon sino 4,000 hombres.

coronel Godoi, a nombre del jeneral Búlnes, contestó aceptando esa intimacion. (1)

Hé aquí una carta de Búlnes a Prieto sobre estos sucesos:

«Despues de haber tocado por mi parte todos los medios posibles para un avenimiento con el gobierno provisorio de Lima, hoi me dirije Orbegoso un oficio en que declara rotas las hostilidades. No tengo tiempo para detallar a Ud. todos los pormenores que han ocurrido en estos dias, que probarian a Ud. la insidiosa conducta del gobierno peruano i nuestra moderacion. Lo cierto es que hoi marcha el ejército con direccion a Lima, lleno del mayor entusiasmo i bellas disposiciones, i si es que el enemigo acepta el combate, el triunfo, es seguro. Su fuerza no pasa de 3,000 hombres. El ejército está en mui buen estado i ansioso por entrar en la lid a la que como digo a Ud. nos llama la pertinacia del gobierno de Lima.

Participaré a Ud. en primera ocasion los resultados que sin duda serán favorables; miéntras tanto, confíe Ud. en el ejército i en su siempre amigo.—*Manuel Búlnes.*»

Tal fué la discusion diplomática que tuvo lugar durante la permanencia del ejército chileno en Copacabana. En el cuadro que hemos trazado a la lijera, resalta la hostilidad del gobierno peruano i la prudencia del jefe chileno. Examinemos ahora mas detenidamente la conducta de cada uno. Qué razones podia alegar el jeneral Orbegoso para oponerse al desembarco del ejercito Restaurador? Si estaba subsistente la guerra entre Chile i el Perú como lo espresaba terminantemente el decreto de 30 de julio, el ejército chileno tenia perfecto derecho para invadir ese territorrio enemigo. O deseaba Orbegoso, que subsistiese la guerra sin sus efectos, o lo que es lo mismo, la guerra sin la guerra? Si estaba en paz con Chile, por qué se oponia al reposo, que no era otra cosa el desembarco, como su permanencia a bordo hubiera sido la destruccion de ese ejercito que habia salido de su patria a realizar lo que él mismo habia comenzado a ejecutar?

Para nadie era un misterio que la obra de la revolucion no duraria sino el tiempo que el ejército chileno permaneciese en el Perú, i nadie debia estar mas convencido de su precaria

(1) Copacabana, agosto 15 de 1838.

suerte que el jeneral Orbegoso, al contemplar la actitud amenazante del jeneral Moran que le reprochaba oficialmente su *traicion!* Qué hubieran podido hacer sus 3,000 hombres contra los 12,000 soldados del jeneral Santa-Cruz? Alegaba Orbegoso la independencia del Estado Nor-Perú, lo que ya era servir indirectamente los planes del conquistador. No habia razon histórica, ni política que lo autorizase para fraccionar al Perú en dos naciones. La nacionalidad peruana, constituida por las tradiciones históricas i sociales, es tan homojénea en las provincias del norte como en las del sur; el hijo de Arequipa tiene la misma parte en las tradiciones de su patria, como el hijo de Huaylas. La sangre peruana corre por las venas de uno i otro.

La division política del Perú habia sido concebida por Santa-Cruz para dominarlo mejor, introduciendo en el rivalidades i pasiones que amenguarian su robustez i fuerza. El mariscal Riva-Agüero, que fué presidente de un Estado en la Confederacion, i que, como es natural, conservaba por el Protector i su sistema un recuerdo de gratitud, reconoce sin embargo que el resultado de la division del Perú, fué crear en el seno del pais, nacionalidades distintas i rivales. Gobernar es dividir, apocar, disminuir debió decirse el jeneral Santa-Cruz al crear esa separacion ficticia en un pais unido por su topografía, civilizacion, tradiciones e historia.

Se prestaba pues a mas de una sospecha que el jeneral Orbegoso autorizase la subsistencia de esa divicion política creada para servir a Santa-Cruz. Añadíase a ésto la desconfianza que producian en el ejército chileno los términos afectuosos de la diplomacia peruana hácia el Protector, i que formaban contraste con la dureza de su lenguaje cuando se referia a Chile.

Habia, pues, sobrado motivo para dudar de la sinceridad de la revolucion i hacia tiempo que el almirante Postigo habia escrito a Búlnes con su jenial franqueza: «Por los papeles públicos te impondrás de lo ocurrido (la revolucion de Lima). *Esto lo han hecho de temor de la espedicion*, pero es necesario consultarlo todo bien con Cruz i Godoy para que no nos quedemos con que nos den las gracias, sino que nos reconozcan nuestros grandes sacrificios.»

En su conferencia con Nieto en Chacra Grande, Búlnes comprendió que los esfuerzos del enemigo se encaminaban a

dar tiempo de arreglar un convenio de ausilios con Santa-Cruz. Sus temores fueron plenamente confirmados.

En los mismos momentos en que se discutian entre ellos las bases de la paz, don Casimiro Olañeta, negociaba secretamente con Nieto un tratado de alianza que debia poner a disposicion de aquel, las tropas bolivianas de Tarma, i habíase arribado entre ellos a un pacto formal de defensa i de ataque contra el ejército chileno. Afortunadamente para la causa de Chile el convenio no pudo realizarse por la prevision i actividad de Búlnes. Sin su marcha hácia Lima, el jeneral Moran habria alcanzado a llegar en auxilio del ejército de Nieto.

Los documentos comprobantes de este hecho han sido revelados a la historia por una rara casualidad. No existian sino tres ejemplares de este tratado i estaban en poder de Nieto, de Santa-Cruz i de Olañeta. La copia que el Protector llevaba siempre consigo, fué encontrada en su cartera en el campo de batalla de Yungai.

Hé aquí la parte sustancial i copiada a la letra de este célebre documento:

«1.ª Habrá un armisticio entre las armas de la Confederacion i las que manda el señor jeneral Nieto por todo el tiempo que sea necesario para reunir un congreso en el norte i otro en el sur del Perú, que espresen libre i espontáneamente la voluntad nacional.»

«2.ª Si en este tiempo invadiese al norte la espedicion chilena, *irá en su ausilio una division de dos o tres mil hombres a las órdenes del señor jeneral Moran* miéntras dure la guerra, que terminada regresará a sus cantones. Esta fuerza será pagada mitad por el norte i la otra por el sur. *Si la espedicion chilena viniese al sur, el gobierno se defenderá por sí solo*, contando con que el del norte le hará la guerra en su territorio si por algun caso desembarcaren en el a consecuencia de una retirada o derrota.»

....

«7.ª En el caso de esta cesion (la de Tacna i Arica) ventajosa a la provincia por sus intereses i cuya separacion en nada perjudica al Perú, el gobierno boliviano se compromete a firmar un tratado de comercio el mas ventajoso para los departamentos del sur que tienen su comercio i su principal merca-

do en Bolivia. *Si se quiere se hará otro tratado de alianza para defenderse mutuamente de las agresiones de Chile,* mandándose ausilios recíprocos a las órdenes inmediatas de la autoridad reclamante o que declare el *causa federis.*»

....

«9.ª El excelentísimo señor gran mariscal don Luis José Orbegoso hará a su patria el sacrificio de retirarse a la vida privada, pudiendo el gobierno acordarle cuantas gracias i consideraciones sean indispensables a su servicios!» (1).

El jeneral Nieto contestó aceptando el tratado en su conjunto, si bien haciendo algunas salvedades que le exijian su doble carácter de ciudadano peruano i de amigo de Orbegoso (2).

Aparte de estas restricciones que no tocaban al fondo del tratado, el jeneral Nieto se manifestaba deseoso de unirse cuanto ántes con Moran para combatir a los chilenos. La paz un momento rota entre el Protector i el Nor-Perú, volvia a reanudarse en odio al ejército de Chile. Solo restaba que las fuerzas bolivianas bajasen de Tarma a consumar esa union.

Nótese que la respuesta de Nieto llevaba fecha del dia anterior a la batalla de Guias: en dos o tres dias mas el antiguo órden de cosas interrumpido por la revolucion de julio, habrá desaparecido de nuevo. El tratado llevaba oculto en sus entrañas un nuevo trastorno: arrojar a Orbegoso de la presidencia i del territorio del Perú. Si el jeneral Orbegoso hubiese podido comprender su verdadera situacion, viéndose burlado por Santa Cruz, i sacrificado por sus propios amigos, su orgulloso corazon habria sufrido las amarguras del remordimiento i del despecho. Justo castigo que le atraia su indecision, por haber querido guardar entre amigos i enemigos una actitud pusilánime, que cuadraba mal con la gravedad de esa situacion decisiva!

Hemos dicho que las hostilidades fueron declaradas rotas por el jeneral Orbegoso el 14 de agosto. Luego que se impuso Búlnes de esa repentina determinacion, manifestó a los peruanos que lo acompañaban la necesidad de acercarse a Lima. Los emigrados que representaban en un grupo corto pero

(1) El *Peruano*, 3 de julio de 1839.
(2) Carta de Nieto a Olañeta.—Portada del Callao, agosto 20 de 1838.

brillante, el resúmen de la historia del Perú con sus grandezas i sus desastres, se habian dividido en dos fracciones que reconocian alternativamente por jefes a Gamarra i a Vivanco. Víctimas i autores de casi todas las revoluciones del Perú, habian sido azotados alternativamente por sus olas, i la incostante fortuna los habia colocado sucesivamente en el timon i entre los náufragos. Los partidarios de Vivanco aprovecharon la libertad en que se les dejaba para abandonar al ejército chileno, alegando que su condicion de peruanos no les permitia batirse con un ejército de su propio pais i finjiendo creer que el jeneral Orbegoso defendia la causa de la independencia del Perú. Aquel dia se separaron del ejército, Vivanco, don Felipe Pardo, apesar de que habia sido el autor del *ultimatum* dirijido a Orbegoso, los Viveros, Martinez, Balta que debia ser mas tarde el héroe i la víctima de una terrible trajedia, Basagoitía, etc.

Los restantes fueron incorporados al ejército en la forma siguiente: «Don Agustin Gamarra, comandante jeneral de la division de reserva; el jeneral La-Fuente, primer jefe de vanguardia, el jeneral Castilla, su segundo; el coronel Placencia al Estado Mayor jeneral, el coronel Torrico, primer comandante de la columna de Cazadores; el coronel Deustua, segundo de la misma; el coronel Laiseca, comandante accidental del batallon Valdivia; el coronel Lerzundi agregado al escuadron Lanceros. Los demas jefes i oficiales tuvieron colocacion en otros cuerpos» (1).

Organizado el ejército i rotas las hostilidades, era llegado el momento de iniciar las operaciones militares. Búlnes notificó a Postigo su determinacion de atacar por mar al puerto del Callao. Las operaciones iban, pues, a abrirse simultáneamente por tierra i por mar.

Para mayor claridad empezemos por las operaciones del ejército. Las tropas enemigas ocupaban, como lo hemos dicho, un desfiladero cerca de Chacra Grande, situado a un cuarto de legua de Copacabana. Su posicion era demasiada fuerte por naturaleza para ser atacada de frente. El ejército peruano, engrosado recientemente con las tropas conducidas por Vidal, ascendia a 3,400 hombres más o ménos. Nieto se empeñaba

(1) Placencia.—Diario citado, páj. 9.

en atraer a sus posiciones al ejército chileno i el jeneral Búlnes, finjiendo obedecer al mismo pensamiento, salió de Copacabana por el camino real que conducia directamente al cuartel jeneral peruano. El enemigo se creia vencedor cuando vió con gran sorpresa que el ejército chileno hacia un movimiento de conversion i se inclinaba hácia Collique, lo que burlaba sus planes i flanqueaba su fuerte posicion. Nieto amenazado por su flanco descubierto, abandonó precipitadamente a Chacra Grande i se retiró a Asnapujio, posicion mas formidable aun que la anterior, situada a una legua de distancia del campamento de Collique. El jeneral Búlnes que no economizaba su vida en el peligro recorrió audazmente esa distancia al frente del ejército, soportando el fuego de las avanzadas i guardias de a caballo del enemigo. Nieto tentó en vano en Asnapujio el mismo recurso que tan mal le habia surtido en Chacra Grande, esforzándose por atraer de *frente* al ejército chileno a esa invencible posicion, a donde se habia retirado el jeneral San-Martin en 1821 como a un sitio inespugnable. Búlnes empleó la misma táctica que habia puesto en juego en su movimiento a Collique, avanzando contra Asnapujio en ademan de atacarlo, para distraer la vijilancia del enemigo sobre sus costados i tomar posecion del valle del Naranjal. Finjió en efecto asaltar el campamento enemigo con gran arrogancia i empuje, i cuando estuvo a corta distancia varió su marcha, desfilando por el costado del ejército contrario.

En este momento peligroso pudo el jeneral peruano haber cortado con un ataque rápido al ejército chileno diseminado en una larga estension. Nieto no supo aprovechar esa coyuntura que le habria asegurado el triunfo i el jeneral Búlnes que habia contado con su indecision, ocupó el valle del Naranjal dejando tras de sí, hácia la costa, al enemigo que le disputaba el camino de Lima. Pero antes de variar definitivamente su rumbo hácia este último punto, finjió un falso ataque contra la posicion de Asnapujio i un momento despues, como si quisiera renovar el combate, se replegó a retaguardia con sus fuerzas. Nieto preparó las suyas para resistirlo, i fué entónces cuando, aprovechando Búlnes ese momento de vacilacion o de confianza, tornó difinitivamente la ventajosa posicion de Asnapujio i anuló la superioridad que ella daba al ejército contrario. Así

fueron burlados los planes del enemigo por segunda vez i el ejército chileno acampó a una jornada de Lima.

Su gran posicion habia sido perdida para su defensa! «Este movimiento tan atrevido i sin duda uno de los mas difíciles que se practican en la guerra, dice Placencia, al frente i a la vista de un enemigo, dió a conocer al jeneral en jefe que no se habia engañado en sus cálculos i que debia contar con la victoria mas completa sobre un rival que no sabia aprovechar las coyunturas fujitivas que se presentan en las operaciones de una campaña, i que segun se llegó a espresar en tono enfático i burlesco, «no entendia tales movimientos, ni la táctica nueva que traian los miserables chilenos» (1).

Las privaciones del ejército se renovaban en cada campamento, i llegó el caso de que el coronel Godoy se viese en la necesidad de obtener de la amistad de un chileno residente en el Perú, 80 bacas para la subsistencia de la tropa.

Entre tanto habia llegado a Lima el jeneral Vidal i su oposicion a la política seguida por Orbegoso con el ejército chileno, comenzaba a pesar en su ánimo indeciso i vacilante. Dos influencias opuestas se disputaban su espíritu: los amigos de Santa-Cruz i del jeneral Nieto deseaban precipitar la guerra, al reves de otros que como Vidal habian abrazado de buena fé la Revolucion de julio i creian que no era posible consumarla sin el apoyo de Chile.

Orbegoso, que era demasiado débil para tomar una determinacion en medio de tan poderosos influjos, escuchaba sin embargo con respeto la palabra de Vidal.

Entre los que predisponian su ánimo contra la causa de Chile, era uno de los mas influyentes el Doctor don Juan García del Rio, antiguo ministro de Santa-Cruz. (2).

---

(1) Diario citado, páj. 11.

(2) Excmo. señor Presidente don Luis José Orbegoso.—Lima, agosto 15.—A las 9.—Mi amado jeneral i amigo:—No crea Ud. que los amigos de Ud. i del jeneral Nieto les hayamos atacado en parte alguna: *todos hemos tenido, es verdad, cierto recelo de que la diferencia intransijible con los chilenos se transijiese* al ver tanta demora i tanta conferencia; pero por lo demas no ha habido mas, créalo Ud. que un exceso de patriotismo por parte nuestra i demasiada intriga por la de los chilenos i partidarios de Gamarra, para dividirnos entre nosotros i sembrar la desconfianza en el pueblo que está en el mejor sentido. Tal es el descaro de estos malvados, que se hace necesario que Ud. encargue mucho al señor Rodriguez Piedra que no les tolere lo mas mínimo, i que proceda con mucha enerjía a enfrenar

Sin embargo el jeneral Vidal no desconfiaba de llegar a establecer un acuerdo entre los jefes enemigos, i con ese objeto se trasladó personalmente al cuartel jeneral chileno situado en el Naranjal. Búlnes se prestó a aceptar cualquier arreglo honroso que se le propusiera, pero, aleccionado con el recuerdo de las pasadas intrigas, se determinó a no interrumpir sus operaciones militares.

Los sucesos anteriores justificaban sobradamente esta desconfianza i su temor.

El mismo dia se dirijió a la Legua, lugar situado entre Lima i el Callao, deteniéndose algunas horas en Bocanegra para comunicarse con el jefe de la escuadra. El momento decisivo no debia tardar, i ya era tiempo de que se hiciese luz en una situacion que se hacia a cada momento mas insostenible i peligrosa!

Las promesas o las esperanzas del jeneral Vidal salieron de nuevo fallidas, i se redoblaron contra el ejército chileno las hostilidades hipócritas que lo habian acosado desde su llegada al Perú. «Llegó el caso, dice el jeneral Búlnes en carta confidencial a su hermano, de ponernos en la dura alternativa o de perecer de hambre i de sed, o de salir de este apuro, abriéndonos paso con espada en mano.» Ni sus proposiciones de paz, ni su moderacion, consiguieron doblegar el espíritu de Orbegoso, maliciosamente aconsejado por los ajentes de Santa-Cruz. El confiado mandatario trabajaba sin saberlo ni quererlo en favor de un réjimen de que acababa de desligarse con estrépito, burlando la fé de sus actos i de sus palabras.

Apesar de que el valle de la Legua a mas de ser pobre de por sí, habia sido talado de antemano por órden de Orbegoso, Búlnes aguardó allí dos dias i medio el resultado de las jes-

---

a los que en esta solemne circunstancia quieran resfriar el patriotismo. Si el Prefecto no cumpliese las órdenes de Ud. al efecto, es preciso, en mi concepto, dejar a un lado toda contemplacion i hacer que se encargue de la prefectura el coronel Guarda, pasando Pardo de Zela al Callao. La conservacion del órden en la capital es de suma importancia en el momento actual.

Instrúyannos Uds. de lo ocurrido, pues poco es lo que sabemos; mande Ud. los documentos o noticias necesarias, i aquí se escribirá en consecuencia para justificar la causa i para inflamar el patriotismo.

Saludo al jeneral Nieto, i me repito de Ud. mui afecto amigo i servidor.—*García del Rio*

tiones de Vidal. En todas las apreturas de la marcha, como en las escaseces de cada dia, acreditó el ejército chileno la moralidad i disciplina que lo harán siempre memorable. La vijilancia en este punto era tan estrecha, que en aquellos mismos dias fué castigado un soldado por haber sustraido de un árbol algunas frutas. Este hecho sucedió a las puertas de Lima i ese ejemplo de rigor bastó para evitar los exesos a que fácilmente se entrega un ejército vencedor cuando ocupa militarmente una plaza.

Búlnes reunió una junta de guerra en el campamento de la Legua, en que, despues de esponer su situacion i temores, terminó manifestando que estaba dispuesto a hacer la última tentativa en favor de la paz. Apoyada su opinion con el voto de todos los presentes, se acordó dirijir una nota a Orbegoso, llamándolo a la conciliacion, i acercarse mas a Lima para proveerse mas facilmente de viveres, e influir en su ánimo con la inminencia del peligro. Las intenciones del jeneral en jefe en aquel dia eran, pues, conciliadoras i para proceder conforme al acuerdo de la junta, ordenó a los oficiales de vanguardia no comprometer la accion aunque fuesen provocados i ni aun responder a los fuegos del enemigo.

El jeneral Nieto, flanqueado en Asnapujio, se habia retirado a una llanura situada en las inmediaciones de Lima i cortada con los tapiales que separan las numerosas chacáras que rodean a la capital. La posicion que habia elejido estaba dividida en su mitad por el ancho camino público que une a la Legua con la Portada del Callao. Llamánse así las puertas de las murallas que a guisa de coraza, ciñen i estrechan la ciudad de Lima.

El ejército peruano ocupaba el callejon medianero del valle, en el espacio comprendido entre la portada de Lima i la Legua.

Marchando en línea recta los ejércitos se habrian encontrado de frente i la lucha se habria comprometido aun a despecho de sus jefes.

El jeneral Búlnes que deseaba evitar al Perú ese momento doloroso, hizo desfilar su ejército por el flanco izquierdo de la posicion enemiga, inclinándose hácia Palao i la portada de Guias, desde donde pensaba enviar al jeneral Orbegoso la co-

municacion acordada en la junta de la Legua i dos cartas a los jenerales Nieto i Vidal (1).

(1) Señor Secretario Jeneral de S. E. el Presidente Provisorio de la República del Perú:—En la nota que con fecha de 15 del corriente dirijió en mi nombre el Jefe del Estado Mayor de este Ejército, contestando a la de 14 del mismo del Jefe del Estado Mayor del Peruano, en que a nombre de S. E. el Presidente Provisorio de la República declaraba rotas las hostilidades; se aseguró que al paso que yo aceptaba esta declaracion, siempre estaria dispuesto a entablar las negociaciones que por aquella medida quedaron interrumpidas.

Desde entónces no he cesado de dar pruebas inequívocas de que el sentimiento dominante de mi política, el mas análogo a las inspiraciones de mi corazon, i mas que todo, el que concilia las miras del Gobierno de Chile con el interes bien entendido del Perú, era el de preferir las vias de conciliacion al ruinoso medio de las armas.

Apesar del profundo dolor que han debido causarme las crueles cuanto inmerecidas imputaciones que las notas oficiales han inferido al Ejército que tengo la honra de mandar, tratándolo en desprecio de la verdad, i en ofensa de cuanto hai de mas respetable en la nacion ménos culta, de vándalo i desvastador; apesar que se ha procurado alarmar la poblacion de la capital, desnaturalizando sin el menor fundamento el objeto de mi noble mision, añadiendo para colmo de injusticia que este no era otro que imponer exacciones pecuniarias i ejercer una dominacion insoportable; i finalmente pintando a los soldados chilenos, a los entusiastas defensores de la independencia peruana, como sus mas encarnizados enemigos ansiosos de cometer todo linaje de tropelías, quiero dar la última prueba de la pureza de mis intenciones i del espíritu que me dirije.

A las puertas de la capital del Perú, que venero como he venerado la mas infeliz choza de su territorio, protesto a V. S. de nuevo mis ardientes deseos de entablar una negociacion en forma que haga desaparecer las diferencias que por una fatalidad nos dividen.

Me lisonjeo con la esperanza de que S. E. el Presidente, despues de una madura reflexion, aceptará esta sincera protesta, i que, considerando el buen estado de las fuerzas de mi ejército, no verá en ella otro objeto que el de evitar la lid a que el enemigo comun nos arrastra por medio de siniestras sujestiones, i cuyo resultado cualquiera que fuese deberia necesariamente ceder en perjuicio de los intereses de este país, bien digno de mejor suerte i preparar de nuevo la odiosa dominacion del jeneral Santa-Cruz.

Tengo el honor de saludar a V. S. con la mayor consideracion.—*Manuel Búlnes.*

—Señor don Domingo Nieto.—Mui señor mio i de mi consideracion.—El señor jeneral Vidal i posteriormente el señor Polar, me han asegurado que Ud. está siempre dispuesto a allanar los obstáculos que desgraciadamente impiden entendernos cuando mas lo reclama nuestro mutuo interes; yo me hallo poseido de estos mismos sentimientos; i para dar al gobierno del Perú i al mundo entero una irrefragable testimonio de mi constante deseo por la paz i buena intelijencia, dirijo al señor Presidente de la República una nota en que con franqueza le espreso esto mismo. Espero que Ud., apreciando debidamente la lealtad de mi carácter, influirá decididamente para que termine este estado de cosas a merced del cual crece el poder del enemigo comun.

Soi de Ud., su mas atento seguro servidor i amigo.—*Manuel Búlnes.*

—Señor don Francisco Vidal.—Mi jeneral i amigo apreciado:—He venido a este punto a romperme la cabeza con Uds. o a hacer la paz. Elijo

Las comunicaciones no pudieron llegar a su destino porque el jeneral Orbegoso comprometió imprudentemente la accion.

Ha llegado el momento de asistir al sangriento drama en que se vá a disputar la posesion de Lima.

El 20 de agosto dia anterior a la batalla de Guias, es decir, cuando el ejército chileno permanecia en la Legua, aguardando proposiciones de paz, Orbegoso presidia en Lima una junta de jenerales, convocada con el objeto de fijar su conducta en los acontecimientos que se preparaban. Nieto, sus amigos e iniciados en el secreto de las negociaciones con Olañeta, que aguardaban el próximo regreso de la division de Moran, sostuvieron la necesidad de mantenerse a la defensiva i ganaron a su parecer la opinion de la junta. Búlnes fué prevenido de esta determinacion i de su causa en el medio dia del 21. Esta noticia justificaba el movimiento por el cual se habia interpuesto entre la capital i las divisiones bolivianas de la sierra, i daba tiempo a que el jeneral Orbegoso escuchase el último llamamiento a la paz, que la razon, la humanidad i su propio interes le hicieran en el campo de Palao.

El Ejército chileno desfilaba entretanto en tres divisiones protejiendo su marcha con una vanguardia de 520 hombres mandada por los jenerales Castilla i La Fuente i por los coroneles Torrico i Lerzundi; pero cuyo verdadero jefe era el coronel don Fernando Baquedano. Componíase de un escuadron de Cazadores, de otro de Lanceros i de una columna de caza-

---

a Ud como a un patriota distinguido para que sea el intérprete de mi última resolucion.

Me ha dicho Ud. que haciendo yo una invitacion todo se allanaria. Va pues lo que Ud. deseaba, i solo resta que tratemos i que esto no sea para abusar de mi buena fé (como sucedió ántes) cuando esperaba ese gobierno la llegada de la division de su mando. Que no sea tampoco, mi querido amigo, para traer a Lima las tropas del conquistador, so pretesto de batallones peruanos, como fundadamente pienso.

Con mi franqueza acostumbrada esperaré a Ud. en mi cuartel, o donde Ud. quisiese. Puede Ud. venir autorizado por su gobierno para terminar definitivamente este negocio en el ménos tiempo posible. ¡Quiera Dios preservarnos de los males que diviso!

Trabaja Ud., mi amigo, por los intereses de su patria i por la justicia. Haga Ud. entender a ese ejército i a sus compatriotas que no he mudado mi campo para imponerles i que, aunque resuelto a salir del estado en que me hallo, de cualquier modo, no sabria qué escojer mi corazon, entre ser vencedor o vencido.

Penétrese Ud., mi amigo, de la sinceridad de mis sentimientos, suscribiéndome de Ud., atento i seguro servidor.—*Manuel Búlnes.*

dobles de infantería. El resto del Ejército seguia la direccion de la vanguardia.

Entre la posicion ocupada por las tropas chilenas i la portada de Guias, habia un desfiladero estrecho que conducia a una planicie pedregosa. Este sitio en que se libró la batalla, estaba limitado i defendido en su izquierda por una cadena de cerros de mediana elevacion desde cuyos flancos se dominaba el valle a tiro de fusil; a la derecha habia algunos cerrillos artificiales de piedra; cerraba el fondo de este cuadro la poblacion de Malambo, barrio ultra-riberano de Lima, como es la Chimba de Santiago, unida con la ciudad por un puente de cal i canto que es la prolongacion de una calle recta que conduce hasta el. Las altas i lejendarias torres de la histórica Lima, que asomaban sobre el campo de batalla sus cabezas arrogantes, serian los mudos testigos de ese torneo de abnegacion i de sacrificio.

La portada i alrededores del puente estaban provistos de viviendas que en caso necesario podian servir de trincheras para su defensa. La artillería enemiga instalada en el puente i en la altura de Monserrat dominaba con sus fuegos el valle que ocupaba el Ejército chileno. Desde allí presenciaba Nieto el desfile en columnas del enemigo, sin hacer ninguna demostracion hostil. En cambio el jeneral Orbegoso, que se habia marchado a la portada de Guias, dió órden que se le reuniese el Ejército que permanecia en la portada del Callao. Temeroso Nieto de que el Presidente quisiese comprometer la accion, le hizo suplicar por un ayudante que tuviese prudencia, a lo que contestó Orbegoso que abandonase todo temor a ese respecto.

Entre tanto asomaba la vanguardia chilena en el llano pedregoso situado en la terminacion del desfiladero, que bregaban por atravesar las divisiones llevando la artillería a su cabeza.

El Ejército peruano habia tomado la siguiente colocacion en Guias: «Cuatro compañías de cazadores se habian desplegado en guerrillas al frente, parapetadas detras de las tapias, las cuales apoyaban a los montoneros que rompieron el fuego: sobre su derecha i en la cima de la altura habian situado una compañía de granaderos, cuyos fuegos batian todo lo que estaba en el llano.»

«En el centro tenian dos batallones, 2.° de Ayacucho, Lejion

i la caballería, i sobre su izquierda el núm. 4, sirviéndole de reserva el 1.° de Ayacucho que ocupaba las murallas de Monserrat i el puente de la Ciudad, fortificado con tres piezas de artillería sostenidas por una compañía de infantería i doscientos tiradores con el nombre de Serenos, ventajosamente establecidos en los techos de las casas que dominan el puente, i en el mismo arco de éste» (1).

Una descubierta de 25 cazadores a caballo, mandada por el alférez don José Vicente Venegas, marchaba adelante de la vanguardia, i apénas entró en el callejon que conduce a la portada de Lima, cuando se vió atacada de improviso por un número considerable de guerrilleros, que se ocultaban tras de las murallas del camino. El oficial chileno habia recibido una órden tan estricta de no comprometer la accion, que no contestó al fuego de los contrarios, apesar de que dos de sus soldados habian caido gravemente heridos. El enemigo se engrosaba por instantes; pelotones de soldados dispersos en los campos acudian a carrera tendida en ausilio de sus compañeros i hacian nuevos estragos en las filas de esos soldados que caian sin defenderse, víctimas de su deber i de la consigna! El fuego se estendia i se hacia jeneral en las filas contrarias i una lluvia de balas caia sobre nuestra vanguardia indefensa.

El jeneral Búlnes, que se encontraba en la retaguardia cuando se oyeron los primeros disparos, corrió precipitadamente al lugar amagado e hizo decir al jefe de la avanzada que despejase el camino de los guerrilleros que lo obstruian. Al efecto, los cazadores de infantería se pusieron en marcha allegándose a la muralla, miéntras los escuadrones de Cazadores i de Lanceros avanzaban por medio del callejon.

Entretanto el resto del Ejército, que atravesaba con dificultad el desfiladero que conduce a la llanura, se esforzaba inútilmente por acudir en proteccion de la vanguardia, pues la artillería que marchaba adelante obstruia i entorpecia su paso. En ese momento el Ejército peruano abandonó la posicion que habia tomado algunas horas ántes i se precipitó con gran valentía i ardor sobre la vanguardia chilena que habia agotado sus municiones, pero que pudo ser socorrida a tiempo por la

(1) Placencia. Diario citado, pájina 16.

primera division mandada por el jeneral don José María de la Cruz, i que se componia de los batallones Portáles, Valparaiso, Colchagua, Carampangue, dos piezas de artillería i de un escuadron de Granaderos. Desde ese momento la lucha estaba empeñada, ni hubiera sido posible retardarla sin esponerse a una desorganizacion jeneral. Búlnes dió órden a Cruz que comprometiese la batalla decisiva. Dispuso ademas «que los batallones Carampangue i Colchagua atacasen en columna el centro de la línea enemiga, cuyo flanco protejido por el cerro en que apoyan su derecha i por algunas piezas de artillería colocadas en los baluartes de la izquierda, descubrian el flanco i la espalda de todas las tropas que estaban empeñadas en el combate (1).

Una compañía del Carampangue marchó a ocupar las alturas guarnecidas por la izquierda de la línea peruana, miéntras los coroneles don Manuel Garcia i Vidaurre Leal atacaban con sus cuerpos respectivos, el Portáles i el Valparaiso el flanco izquierdo del ejército contrario. El parte oficial de la jornada da cuenta en los términos siguientes de los principales movimientos al principio de la accion: «Dispuse que los batallones Colchagua i Carampangue, al mando de sus respectivos jefes el coronel Urriola i comandante Valenzuela, cargasen en columna cerrada sobre la derecha i centro de los enemigos; i que los batallones Portales i Valparaiso atacasen la izquierda mandados por sus comandantes» (2).

El ataque fué conducido con ímpetu i bravura, apesar de que el enemigo acababa de engrosar sus filas con un batallon de refresco conducido desde Monserrat por el jeneral Nieto. Chocábanse las masas de infantería con la misma enerjía con que se encontraban i despedazaban en el valle los escuadrones de caballería, sin que pudiese notarse ventaja por ningun lado. Las filas diezmadas por la muerte se volvian a cerrar i se notaba entre los sobrevivientes un aumento de valor i de desesperacion. Distinguíase entre todos el Escuadron de Húsares de Junin que escoltaba a Orbegoso, mandado por el coronel Mendez. El primer acto de esta jornada célebre se terminó a las cinco de la tarde con la retirada de los jenerales Nieto i

(1) Búlnes a su hermano.—Lima, 30 de agosto de 1838.
(2) Lima, 23 de agosto de 1838.

Orbegoso hácia Lima, donde permanecia el batallon Ayacucho. Los jefes vencidos se dispusieron a continuar la resistencia dentro de la ciudad. El jeneral Orbegoso pasó a la plaza del pueblo, adonde estaba la reserva, miéntras el jeneral Nieto organizaba la defensa del Puente de cal i canto, que une a Lima con Malambo. Las piezas de artillería colocadas en el lado de Malambo barrian con sus fuegos la calle recta que tenía que seguir el Ejército chileno para llegar hasta el. La nueva situacion del enemigo le era tan ventajosa, como fuera peligrosa para el Ejército chileno.

Deseoso, sin embargo, Búlnes de evitar a todo trance que los contrarios se rehiciesen dentro de la ciudad, hizo avanzar la division de reserva a cargo del coronel Godoi, apesar de ser su jefe titular el jeneral Gamarra i que se componia de los batallones Valdivia, Santiago i Aconcagua, de los escuadrones de Carabineros, Lanceros i Coraceros.

«Considerando, dice el parte oficial, que me esponia a perder las ventajas obtenidas hasta entónces permitiendo que el enemigo se rehiciese, teniendo un crecido número de sus mejores tropas sobre la reserva colocada en el centro de la poblacion, mandé avanzar a la 2.ª division a las órdenes del jefe de estado mayor interino, coronel don Pedro Godoi, con la órden espresa de atacar el puente a toda costa i desalojar al enemigo ocupando la plaza mayor de la ciudad. El batallon Valdivia, al mando de su comandante, con dos piezas de artillería a las órdenes del comandante Maturana, seguido por los batallones Santiago i Aconcagua i escuadron de Carabineros al mando de su comandante García i mayor Jofré formaban esta division. Valdivia marchaba a la cabeza de la columna i segun los informes del jefe de esta division nunca acreditó mas fundadamente este cuerpo la bien merecida opinion que siempre ha tenido» (1).

Los cuerpos avanzaron en el mayor órden, soportando de frente el fuego de metralla del enemigo, miéntras la caballería marchaba por el medio de la calle sin desorganizarse. La artillería de Maturana, dirijida con la precision i acierto que caracterizaba a este valiente soldado, contribuyó en gran mané-

(1) Parte de Guias.—Lima, 23 de agosto de 1838.

ra a despejar el camino que conducia al puente i a facilitar su acceso.

La division chilena soportaba a la vez los disparos del enemigo atrincherado en el puente i los que partian de sus casas i viviendas.

Sin embargo de tantas condiciones desventajosas consiguió forzar la posicion de las fuerzas contrarias, que se retiraron en confusion hácia la plaza mayor de la ciudad donde permanecia Orbegoso. Ántes de las ocho de la noche pudo el coronel Godoi plantar el estandarte victorioso de Chile en aquella posicion defendida con tanto valor como desventura.

Sin detenerse sino el tiempo preciso para guarnecer el puente persiguió al enemigo por las calles de Lima, con tanta actividad, que los fujitivos entraron a la plaza confundidos con sus incasables perseguidores. La batalla se decidió sin mas sacrificios: el batallon Ayacucho conducido por Nieto se dirijió precipitadamente al Callao; el escuadron de Húsares de Junin que no perdia aun la unidad i organizacion que habian arrancado la admiracion de su enemigo en el campo de Guias, se encaminó a Lurin donde lo veremos reaparecer en breve; el jeneral Vidal consiguió salvar algunos soldados que condujo a las provincias del Norte, miéntras el resto de aquel ejercíto, ayer no mas brillante, hoi presa del pánico, huia en todas direcciones arrojando sus armas.

El jeneral Orbegoso, ménos afortunado que Nieto i que Vidal, no alcanzó a huir oportunamente i hubo de permanecer oculto en la ciudad hasta el 30 de Agosto. De alli se dirijió disfrazado a la fortaleza de la Independencia, donde por no habersele reconocido, a causa de la oscuridad de la noche, fué recibido a balazos. Alejóse nuevamente de esos muros inhospitalarios i se ocultó en la orilla del mar: pero su mala fortuna lo persiguió aun en ese momento; una ola lo envolvió con sus aguas i estuvo apunto de arrastrarlo consigo. Por fin amaneció el siguiente dia i el jeneral Orbegoso, empapado i transido de frio, se presentó nuevamente a las puertas de la fortaleza, donde fué recibido con el respeto i ternura debidos a su dignidad i a su desgracia (1).

(1) Carta del jeneral Orbegoso a un amigo, que fué tomada por las avanzadas i que tenemos en nuestro poder.

Para que el triunfo de Guias fuera completo, era preciso impedir que los vencidos se reuniesen al ejército boliviano, i con ese objeto marchó a Chacra de Cerro i despues a la hacienda de Caballero el jeneral Castilla, llevando dos compañías del batallon Santiago i el Escuadron de Lanceros. Luego veremos el resultado é incidentes de su comision.

Tal fué la série de acontecimientos que trajeron la ocupacion de Lima por el ejército chileno. La posesion de la capital i el derramamiento de sangre, fué una triste necesidad a que no se resolvió el jeneral Búlnes sino despues de maduras i sérias vacilaciones. Su mision no era combatir al Perú, sino arrojar de él a Santa-Cruz i esa órden terminante era a la vez un mandato de su gobierno i de sus propios sentimientos.

Las relaciones amistosas fueron rotas por el enemigo. Nada dejó de hacer Búlnes por reanudarlas, i en el mismo campo de Guias hubiera envainado de nuevo su espada, a haberse prestado el jeneral Orbegoso a algun arreglo, que conciliase las lejítimas aspiraciones de Chile.

En la série de operaciones que hemos descrito nada se debe a la casualidad. Desde que el ejército Restaurador puso los pies en Ancon hasta que forzó las puertas de Lima, se nota la direccion esclusiva de una voluntad que marcha a un plan fijo, la lójica de un espíritu que, si bien desea i persigue la paz, trata de ponerse al abrigo de las combinaciones de su enemigo; que flanquea a Chacra de Cerro i a Asnapujio, que desfila por el costado del ejército Peruano en Palao para situarse en Guias: que marcha resueltamente a los alrededores de Lima, no para apoderarse de la ciudad, sino para impedir que lleguen a ella refuerzos bolivianos.

La noticia de Guias fué recibida con alegría en el cuartel jeneral de Santa-Cruz. Ese hecho desgraciado, le proporcionó la ocasion de ponderar los inconvenientes de la revolucion, que habia arrojado de Lima a la brillante division de Moran. Apénas llegó a su conocimiento el suceso del 21, se dirijió al Nor-Perú, ofreciendole nuevamente su apoyo.

«Yo deploro vuestra suerte, le decia, pero no pude evitarlo por los votos que se publicaron a *vuestro nombre.*» Le anunciaba ademas el nombramiento que hacia del mariscal Riva-Agüero para presidente del Estado Nor-Perú, apesar de que

aun no se habian hecho *a nombre* del pueblo peruano *votos contrarios* a los espresados en la revolucion de julio! (1),

(1) Hé aquí una relacion de la batalla de Guias hecha por los órganos oficiales del Protectorado:—Estado Mayor del Ejército del Norte.—Cuartel Jeneral en Tarma, a 24 de agosto de 1838.—A S. S. Iltma. el Prefecto del Departamento de Ayacucho.—Señor Prefecto:—Los señores jenerales don José de la Riva-Agüero, don Pio Tristan i don Juan Pardo de Zela, en comunicacion oficial fecha 23 del presente, avisan desde el pueblo de San Mateo, los sucesos desgraciados que han ocurrido en Lima entre las armas peruanas que mandaban los señores jenerales Orbegoso i Nieto, i los invasores del ejército chileno.

Desde el momento que desembarcó la espedicion chilena, propuso las condiciones mas humillantes al Perú, manifestando claramente que sus verdaderas intenciones no eran el equilibrio del continente, ni el engrandecimiento de la Confederacion, ni el poder amenazante de S. E. el Protector, sino miras inicuas cuyo objeto es la humillacion del Perú, la nulidad de su marina, el tratado de Salaverry, la abolicion del reglamento de comercio, el cobro de millones imajinarios i aun otras absurdas i ridículas pretensiones. El gobierno revolucionario de Lima, apesar de sus deseos de union con el ejército chileno, no obstante sus secretas intelijencias para vender al pais al estranjero; tantas fueron las exijencias, i tan exajeradas las pretensiones, que no pudo, sin perder para siempre su patria, consentir en su eterna ignominia i en una esclavitud mas vergonzosa que el mas degradante pupilaje. Despues de muchas conferencias en que no hubo ningun avenimiento razonable ni honroso, el jeneral Orbegoso no desistió de continuarlas, porque todavía libraba sus esperanzas al carácter de ausiliar que traia el ejército chileno: reposaba en esta credulidad i el 17 se hallaba situado en Asnapujio, i el enemigo en Collique. El 18, desde aquel punto marchó el jeneral Búlnes sin precedente notificacion de las hostilidades i mandó un ataque pérfido i repentino con una parte de su ejército, miéntras que con la principal se colocó entre el Callao i Lima. La escuadra chilena rompió con igual perfidia sus fuegos contra las baterías del Callao, i el jeneral Orbegoso se retiró entónces a la ciudad para defenderse allí reforzando la portada del Callao. Allí permanecieron ámbos ejércitos hasta el 21 en que el chileno pasó el Rimac i atacó la ciudad, entrando por la portada de Guias, despues de haber amenazado la del Callao donde se hallaba la mayor parte del ejército peruano. Una compañía de Cazadores resistió friamente el ataque hasta el puente, donde habia dos piezas de artillería que, con el fuego lento i remiso, contuvo la marcha de la columna chilena; pero luego todos abandonaron el puesto i el ejército chileno ocupó el mismo dia 21 la plaza mayor. Nada se sabe del jeneral Orbegoso. El jeneral Nieto con el primer batallon Ayacucho se hallaba ocupando las portadas del Callao i Monserrat, i se presume que se haya retirado a las fortalezas del Callao, donde habia víveres en abundancia para sostenerse. El coronel Mendez con su rejimiento de Húsares, en fuerza de mas de 400 plazas, habia tomado el camino de Lurin, i la demas fuerza se habia desbandado sin que los chilenos hubiesen tomado nada. Hé ahí, señor Prefecto, los resultados de una revolucion escandalosa i que producirá en el pais grandes males que recaerán sobre sus autores, principalmente el de haber abierto las puertas de la patria al estranjero que pudimos batir con gloria. Mui pronto serán castigados los agresores, i los acontecimientos de Lima servirán a los pueblos de una leccion, bien amarga en verdad, pero útil i saludable para mas tarde, i servirán tambien para que todos volemos a sostener nuestros sacrosantos derechos violados por cien

Hácesenos preciso referir un episodio naval, que aunque de fecha anterior a los acontecimientos que hemos narrado, creimos necesario reservar hasta este momento, para guardar la unidad de las operaciones militares. Se recordará que Búlnes comunicó en Bocanegra al almirante Postigo la ruptura de las hostilidades.

La Escuadra chilena se componia de dos divisiones: la primera mandada por el capitan de navío, don Cárlos Garcia del Postigo, i la segunda por el comandante don Roberto Simpson; i aunque mantenian entre sí una independencia relativa, la segunda se subordinaba a la primera cuando operaban reunidas. El almirante Postigo, impetuoso por carácter i temperamento, no podia ver con calma las lentitudes i paciencia empleadas por el jeneral Búlnes para no provocar la ruptura de las hostilidades. Conocedor del Perú i de sus hombres, por haber mandado en jefe, en distintas ocasiones la escuadra peruana, no cesaba de prevenirlo contra la sutileza i doblez habitual de sus procedimientos políticos. Varias veces pretendió atacar los buques peruanos del Callao, pero su impetuosidad se estrellaba en las intenciones pacíficas que animaban a Búlnes, i así, apesar de que sus medios de combate eran mui limitados, recibió con alegria la noticia de la ruptura de las hostilidades. «Las fuerzas sutiles de que puedo disponer en el dia, decia a Búlnes, consisten en las tres lanchas venidas de Ancon; la de esta corbeta i su falúa, i la del *Aquiles* con un bote del mismo buque.» Con tan débiles elementos se propuso arrancar del seno de la bahía del Callao las fuerzas navales del enemigo.

Efectivamente, el 17 de agosto entraban a la bahía a velas desplegadas i en actitud marcial la *Libertad* i el *Arequipeño*, conducidos por él. Las baterías rompieron sobre ellos un fuego vivísimo que era burlado por los buques chilenos con la lijereza de sus evoluciones. Sin embargo, una bala de a 24 lastimó

---

perfidias, por mil aleves manejos i por un millon de actos dolorosos con que el gobierno de Chile ha mandado al mundo un legado de vergüenza e ignominia.—Dios guarde a V. S. I.—*M. Armasa.*

Así escribia la historia la Cancillería Protectoral. Los hechos subsiguientes nos darán ocasion de hacer notar los errores i falsías de sus documentos públicos, i de probar que el parte de Guias guarda armonía con los de Matucana, de Buin, de Piura i de Yungai!

al *Arequipeño*, le mató un hombre i le hirió gravemente dos mas. Postigo continuó su reconocimiento en medio de una granizada de balas, i cuando hubo observado minuciosamente el estado de los fuertes i la situacion de los buques, el arrógante marino volvió proa a San Lorenzo, manteniendo alta en su buque la bandera de Chile, que salió ilesa de ese paseo temerario.

En la noche de ese mismo dia envió al mayor Angulo con tres lanchas cañoneras i al teniente Señoret con algunos botes, a apoderarse a viva fuerza de la corbeta *Socabaya* que estaba fondeada al costado del muelle. Dos horas de combate bastaron a esos hombres esforzados para rendir i sacar a remolque la embarcacion enemiga. Dirijiéronse entónces al *Fundador*, que no pudo ser conducido hasta San Lorenzo por haber sido barrenado aquel mismo dia. Este golpe de mano privó al enemigo de una embarcacion mas i dejaba la otra en situacion de no poder servirle sino despues de largas i costosas reparaciones.

Ya es tiempo de conocer los antecedentes del hombre designado por el Gobierno de Chile para dirijir una empresa de tan grandes consecuencias.

....

Como un resúmen i un comprobante de todo lo que hemos dicho en este capítulo, publicamos una carta íntima del jeneral Búlnes a su hermano, que si puede ser un desengaño para los que buscan en los documentos privados revelaciones i contrastes con los datos oficiales, es una prueba de la franqueza con que procedia el cuartel jeneral chileno a la faz del Perú.

SEÑOR DON FRANCISCO BÚLNES

Lima, agosto 30 de 1838

Querido hermano:

Desde Coquimbo me comprometí a escribirte de un modo tan estenso que pudiera sacarte de la ansiedad en que te considero, así como a los amigos, por las operaciones i primeros resultados de la campaña, i al verificarlo, te anunciaré que el 23 zarpamos de dicho puerto en direccion al punto de nuestro destino. La brisa con que nos hicimos a la vela no

era tan fresca que pudiesen salir con ella todos los buques, mucho ménos los mas pesados, o los que estaban algo atrasados en la operacion de hacer aguada, así es que para esperarlos i convoyarlos, tuvo que quedarse la fragata *Monteagudo* i el resto del convoi se mantuvo en facha cerca de dos dias a la altura de Copiapó; i esta demora agregada a la que ya habíamos sufrido en Coquimbo, no dejó de producir alguna ansiedad en mi espíritu. En fin, reunidos ya todos los buques, seguimos prósperamente nuestra navegacion hasta el 6 de agosto en que habiendo avistado la Escuadra bloqueadora del Callao, tuvimos la noticia de que el 29 del mes anterior se habia hecho un cambio en la administracion del norte del Perú, cuyo Estado se declaró independiente de la Confederacion Perú-Boliviana, quedando Orbegoso como Presidente Provisorio hasta la reunion de un Congreso que deberia verificarse en todo el mes de setiembre.

Sin embargo de que estas noticias se presentaban como favorables al primer aspecto, dispuse que todos los buques del convoi diesen fondo como a las 9 de la noche en el cabezo de la Isla de San Lorenzo. Al dia siguiente, cuando todo el ejército esperaba con el mayor alborozo verificar su desembarco en el muelle del Callao, porque era mui natural que se tuviesen por enemigos irreconciliables de Santa-Cruz a los autores de una revolucion, que a mas de desmembrar una parte considerable de su ejército, a las órdenes del jeneral Nieto, nos dejaba descubierta toda la costa del norte, se presentó a bordo de la *Confederacion* el coronel Castro con un oficio del secretario jeneral de Orbegoso, en el cual se trascribia una comunicacion del 3 dirijida al gobierno de Chile, dándole parte de este suceso. Mas, como ni en dicha comunicacion, ni en la conferencia que se tuvo con Castro, nada se traslucía que indicase la menor apariencia de una amistosa acojida al Ejército Restaurador, i ántes por el contrario en los primeros decretos del gobierno de Orbegoso se daba por subsistente el estado de guerra entre Chile i el Perú, me decidí a contestar la nota oficial que acababa de recibir, congratulándome por el feliz pronunciamiento que aseguraba el mejor éxito a nuestros esfuerzos reunidos, para acabar cuanto ántes con el usurpador de la independencia del Perú, felicitando al mismo tiempo al Presidente Provisorio, por haber recaido en él la eleccion como jefe del nuevo Estado que acababa de sacudir el yugo de la dominacion boliviana.

Por los mismos motivos de recelo que inspiraba una conducta tan sospechosa, ordené al mismo tiempo que Garrido pasase a Lima a desvanecer estas dudas, i que el convoi se dirijiese al puerto de Ancon, dando prévio aviso al gobierno de Lima de esta medida.

La mayor parte del convoi llegó a este puerto entre 6 i 7 de la noche, i en ella misma se dió principio a la operacion del desembarco, continuando éste con la mayor actividad hasta despues de las 12 en que me pareció conveniente suspenderlo, tanto porque ya habia en tierra una fuerza respetable para protejer su continuacion al dia siguiente, cuanto porque creí innecesario hacer trabajar tanto a las tripulaciones de todos los buques, i privar del descanso al resto del ejército. La columna de

Cazadores compuesta de las compañías de éstos, de todos los batallones (excepto la del Portales), el batallon Carampangue, el Portáles, el Valdivia, el Santiago, el Colchagua, i los escuadrones Carabineros i Lanceros con cuatro piezas de artillería, fuéron los primeros cuerpos del ejército que pisaron la arenosa i estéril playa de Ancon, i con ellos se cubrieron las principales avenidas por donde las tropas de Lima podian llegar, ya para impedir nuestros movimientos ulteriores, ya para disputarnos el desembarco si lográbamos verificar éste sin oposicion.

Al dia siguiente, 7 de agosto, desde mui temprano se prosiguió sin interrupcion el desembarco de hombres, caballos, municiones i pertrechos de toda especie, i como a las 5 de la tarde tomé el camino de la hacienda de Copacabana, distante dos i media leguas de Ancon, en la cual establecí mi cuartel jeneral, defendiendo el camino de la capital con los cuerpos que habian desembarcado primero. El jeneral Nieto ocupaba con sus tropas un desfiladero del mismo camino, a distancia de un cuarto de legua de nuestra posicion: su cuartel jeneral se hallaba a retaguardia en la hacienda llamada Chacra de Cerro a igual distancia del desfiladero.

El jeneral Cruz permaneció en Ancon hasta el dia 10 en que despues de haber reunido la demas tropa, caballos i parte del parque que no habia desembarcado hasta mi salida, tomó la vuelta del cuartel jeneral con los batallones Valparaiso i Aconcagua, un escuadron de Cazadores a Caballo, dos piezas de artillería, el parque i hospital, habiendo dejado a bordo la compañía de cazadores del Portáles, las cuatro piezas de batalla i la parte de caballería que se hallaba a pié por falta de caballos.

Desde el dia 9 al 15 se pasó el tiempo en ejercitar las tropas en ejercicios doctrinales i maniobras de línea, i se recibieron varios parlamentarios del jeneral Nieto, todos los cuales me protestaban que este se hallaba animado del mas vivo deseo porque se estableciesen entre nosotros las relaciones de amistad i buena intelijencia que eran indispensables para obrar de consuno contra el enemigo comun; pero en realidad su único objeto en provocar estas repetidas conferencias, era para dar tiempo a que mi pobre ejército se redujese insensiblemente a la nulidad, por las enfermedades que debian ser la consecuencia necesaria de toda clase de privaciones en un clima insalubre, i de la política infernal de Orbegoso i sus consejeros, quienes prohibian a los habitantes del pais que le llevasen todo jénero de provisiones, a escepcion de naranjas, plátanos i otras porquerías como éstas, que jeneralmente se tienen por mui nocivas. El se proponia al mismo tiempo dar lugar a que se le reuniese un cuerpo de reclutas conducido por el jeneral Vidal desde Huaylas; mas como yo me veia en el caso de ganar todo el tiempo posible para que se repusiesen los caballos que se hallaban en el estado mas miserable, despues de 40 dias o mas de navegacion, no vacilé un momento en aparentar que me dejaba seducir con la lisonjera esperanza de un pronto avenimiento, i por lo mismo me decidí el 14 a aceptar una entrevista, en la que si bien estaba persuadido que nada bueno debia resultar en beneficio de las

dos naciones, conocia sin embargo que tanto con este paso, como con todos los que le habian precedido, habia de convencer a los peruanos, a la América toda i al mundo entero, de los ardientes deseos del gobierno de Chile de zanjar todas las dificultades i obstáculos que se presentasen, anteponiéndo siempre los medios de conciliacion a los de devastacion i ruina.

Correspondió efectivamente el resultado a lo que yo me habia prometi- i despues de un debate en que no se hizo sino repetir lo que por medio de comisionados se habia dicho ya tantas veces, me retiré a mi campo con la firme resosolucion de moverlo al dia siguiente, adelantándome hácia la capital.

El 15 por la mañana, empezaron a moverse los cuerpos del ejército, segun el órden de marcha que se les habia dado en el puerto de Coquimbo, i casi al mismo tiempo de emprenderla, llegó un parlamentario con una nota oficial de Nieto, en la cual, despues de decirme que el Presidente Provisorio no habia accedido a las proposiciones que por mi parte se le habian hecho, se me anunciaba que desde aquel dia quedaban rotas las hostilidades.

A este reto insolente contesté como debia, es decir, aceptando, pero manifestando que en cualquier tiempo i circunstancia que me hallase, estaria pronto a entablar nuevas negociaciones, i concluir un tratado de alianza ofensiva i defensiva contra el jeneral Santa-Cruz.

El ejército alojó esa noche en la hacienda de Collique, distante como una legua de la posicion formidable i mui conocida de Asnapujio, ocupada ya por el enemigo despues de haber abandonado la de Chacra de Cerro que nosotros acabábamos de flanquear, rodeándola por su derecha. Aquí lo hice descansar i racionar lo mejor que se pudo i al dia siguiente 16 i 17, a las 11 de la mañana me puse en marcha con direccion al punto de Asnapujio, hasta que algunas de sus partidas avanzadas comenzaron a hacer fuego sobre nuestra vanguardia. Acabábamos de desfilar entónces por callejones formados por tapias de potreros, i desembocaba el ejército en una pampa, donde a vista del enemigo le hice desplegar en batalla, habiendo hecho retirar primero las partidas que nos habian hecho fuego con una sola mitad de Cazadores desplegada en guerrilla. Despues de un alto de tres cuartos de hora, continuó su marcha el ejército, presentando el flanco izquierdo al enemigo i a las 4 de la tarde se alojó el ejército en la hacienda del Naranjal, media legua distante del flanco izquierdo de Asnapujio, dejando así burlados por dos veces los proyectos del jeneral Nieto, cuyo plan era atraernos a posiciones, elejidas por él mismo.

El 18 por la mañana, ántes de abandonar este campo se presentó en el el jeneral Vidal, quien manifestó la mejor disposicion para el arreglo definitivo de la paz, fundada en los mutuos intereses de las dos partes, i que para el efecto estaba trabajando eficazmente, i habia tenido bastante influjo para hacer que se removiesen del gobierno algunos individuos que tenian el mayor empeño en que la cuestion se decidiese por la fuerza de las armas. El ejército, sin embargo, emprendió su marcha con di-

reccion a Bocanegra, i en este punto mandé hacer alto i poner señales a nuestra escuadra para que viniese a tierra el comandante Simpson e informarle de los movimientos ulteriores del ejército. Supimos entónces por él que era cierta la noticia que Vidal nos habia dado, de que en la noche del 17 se habia apoderado nuestra marina de la corbeta *Socabayà* i de cuatro lanchas cañoneras, habiendo echado ántes a pique los mismos enemigos el bergantin *Congreso*.

Al caer la tarde de este dia 18, establecí el cuartel jeneral en la *Legua*, punto intermedio entre Lima i el Callao, esperando, segun las protestas reiteradas de Vidal, que por parte de Orbegoso se me harian algunas proposiciones razonables que darian lugar a una discusion franca i al ajuste de un tratado en que, dejando aparte cualquier punto dudoso, quedasen decididos todos aquellos que directamente se encaminasen a abrir cuanto ántes la campaña contra el déspota de Bolivia, objeto primordial al que ámbas partes debian sacrificar cualquiera otro interes, i el gobierno de Lima, ese fantasma de honor nacional ofendido, con que han tratado de fascinar al pueblo los promotores de esta guerra escandalosa, siendo así que al precipitarnos en ella no han tenido otra mira que la de atraer sobre los chilenos el odio universal a despecho de la moderacion i sufrimientos heroicos que han desplegado desde que pusieron el pié en las playas del Perú. Vanas, sin embargo, fueron mis esperanzas, como lo serán siempre las de quien, como yo, descubra los deseos de llegar sin rodeos i con la mejor buena fé al objeto que se propone. Obcecado Orbegoso con la idea de mantener a toda costa una autoridad usurpada, i arrastrado por la influencia de los estranjeros, estaba resuelto, sin duda, a tentar todos los medios de seduccion para hacer creer a los incautos que el Ejército Restaurador no era mas que una horda de vándalos i su jeneral un Atila destinado a devastar la tierra por donde transitase, llevando a sangre i fuego cuanto se opone a su marcha. Para la ejecucion de este plan infernal habia tenido tiempo de arrasar el pais que íbamos a atravesar i privándonos hasta del agua siempre que pudo cortar las acequias que la llevaban a nuestro campamento, debió llegar mui luego el caso de ponernos en la dura alternativa o de perecer devorados de hambre i de sed, o de obligarnos a salir de este apuro, abriéndonos paso con espada en mano.

En tan doloroso conflicto, i despues de haber permanecido en la mas completa inaccion los dias 19 i 20 sin recibir la menor noticia de Lima, creí que ya no quedaba otro recurso, sino llevar mi ejército delante de sus mismas puertas i probar desde allí si la voz de la razon i de la humanidad, podia reducir a nuestros enemigos a entrar en sí, volviendo a tocar de nuevo los medios de conciliacion. Con este objeto dí órden para que el ejército se preparase a marchar inmediatamente i entretanto hice poner una nota oficial dirijida a Orbegoso i una carta a Nieto, invitándolos nuevamente a que se abrieran las relaciones amistosas que habian quedado interrumpidas en Copacabana, por la intimacion inesperada de estar rotas las hostilidades.

Las tropas de Nieto ocupaban i defendian la parte del camino del Callao, comprendida entre la portada de este nombre i la Legua; i como todo este espacio está cortado a derecha e izquierda por un sin número de tapias, acequias i obstáculos de toda especie, i las murallas de la ciudad en el mejor estado, en vez de emprender la marcha de frente, me diriji por el flanco izquierdo, por la portada de Guias, por donde el ataque no seria tan mortífero en el caso de resolverme a adoptar este partido que he reputado siempre como el último i mas desesperado a que pudieran reducirme.

Serian las dos i media de la tarde, cuando la vanguardia, despues de haber salvado un desfiladero bastante largo i difícil, desembocó en una especie de pampa pedregosa a cuya retaguardia se estiende una línea de alturas casi paralelas a la direccion de la muralla en que está la portada de Guias.

La anchura de este pedregal será de 10 a 12 cuadras con corta diferencia i gran parte del terreno hasta mui cerca de las murallas está cortado por tapias, acequias i montones de piedra formados artificialmente, dejando solo un callejon como de 40 varas de ancho que conduce directamente a la portada de Guias.

El flanco derecho de este desfiladero i casi todo el pedregal están dominados por una cadena de cerros al alcance de fusil i miéntras la primera division estaba empeñada en el paso del camino estrecho que habia dejado atras la vanguardia, hice que algunas compañías de cazadores desplegadas en guerrillas se preparasen a reconocer i despejar el camino del frente, para dar lugar a que el ejército se acampase en la línea de cerros de retaguardia. Miéntras tanto, las piezas de artillería que venian a la cabeza de la primera division marchaban lentamente i tenian detenida a aquella a mas de un cuarto de legua de la vanguardia; los enemigos emboscados i parapetados en los potreros que teníamos al frente i en las alturas de nuestra izquierda, rompieron un vivo fuego sobre nosotros, i fué preciso desplegar la columna de cazadores a derecha e izquierda del callejon, por el cual mandé avanzar el primer escuadron de Lanceros i uno de Cazadores a caballo. Los cazadores de infantería sostuvieron el fuego por espacio de hora i media, siempre ganando terreno i desalojando al enemigo de sus parapetos, llegaron hasta la puerta de Guias, habiendo sido protejidos en su marcha por los escuadrones de caballería i cazadores que con sus cargas contra mas de 500 caballos enemigos impidieron que estos cayesen sobre nuestra infantería.

Empero, consumidas ya las municiones de ésta, i no siendo posible emprender la retirada sin un peligro inminente de una completa derrota por nuestra parte, tomé el partido de empeñar la batalla jeneral, disponiendo que los batallones Carampangue i Colchagua atacasen en columna el centro de la línea enemiga, cuyos flancos protejidos por el cerro en que apoyaba su derecha, i por algunas piezas de artillería, colocadas en los baluartes de la izquierda, descubrian el flanco i la espalda de todas las tropas que teníamos empeñadas en el combate. Los enemigos se man-

tenian siempre firmes en su ventajosa posicion i la batalla continuaba todavía indecisa. A este tiempo i deseando poner término de una vez a esta escena de horror, ántes que cerrase la noche hice adelantar por nuestra derecha los batallones Portales i Valparaiso i ocupar las alturas de la izquierda por una compañía del Carampangue. El enemigo comenzó entónces a flanquear i verificó su retirada hácia la plaza mayor, a donde tenia como de reserva el batallon Ayacucho i nosotros no podíamos penetrar sinó por el puente que separa el barrio o poblacion de Malambo de la mayor i principal parte de la ciudad.

El dia estaba ya cerca de su fin i considerando que no podia, sin esponerme a perder las considerables ventajas que hasta entónces habia adquirido, permitir que el enemigo se rehiciese reuniendo un crecido número de sus mejores tropas en el centro de la poblacion, mandé avanzar inmediatamente la columna de reserva al mando del coronel Godoi, compuesta de los batallones Valdivia, Santiago i Aconcagua, del escuadron de Carabineros de la Frontera i de dos piezas de artillería. Esta columna venció todos los obstáculos que se opusieron a su marcha, i despues de arrojar al enemigo del puente tomando las tres piezas de artillería que lo defendian, entró i se alojó en la plaza a las 8 de la noche, terminando así esta jornada memorable; en que la mayor parte de las tropas de Orbegoso han sido despedazadas completamente, habiendo mas de 1,000 hombres entre muertos, heridos i prisioneros, segun las noticias i relaciones que hasta ahora han podido recojerse.

La division de reserva alojó el dia siguiente 22 en el cuartel de Santa Catalina i el resto del ejército, que durmió por la noche en el mismo campo de batalla, atravesó triunfante toda la poblacion i saliendo despues por la portada de Guadalupe, sentó su campo en la hacienda de Santa Beatriz. Desde aquí dispuse que el jeneral Cruz pasase el 23 a ocupar la chácara de Baquijano con los batallones Portales i Valparaiso, el escuadron Carabineros i dos piezas de artillería, siendo de la mayor importancia impedir toda comunicacion de tierra con los castillos del Callao, como igualmente la reunion en este punto de los dispersos.

En el mismo dia 23 el pueblo de Lima proclamó la Constitucion sancionada por la Convencion Nacional, pidiendo el restablecimiento del Consejo de Estado i la presidencia del señor Salazar i Baquijano, conde de Vista-Florida como Presidente del mismo Consejo.

Mas este acto de soberanía nacional por el cual se hubieran restablecido todas las autoridades constitucionales, que existian al principio de 1835, no ha podido producir los saludables efectos que de él debian esperarse, puesto que el señor Baquijano se ha negado a aceptar este nombramiento, bajo el pretesto especioso de no poder entrar en nuevos compromisos ántes de responder a la nacion sobre los actos de su gobierno hasta el tiempo de la revolucion.

En vista de esta renuncia i estando el pueblo en una completa acefalía, se reunieron el Cabildo i varias otras personas i nombraron al jeneral Gamarra Presidente Provisorio de la República, a quien tienes hoi

trabajando con el interes que corresponde para ver como salir del apuro en que la intriga i la perfidia mas descarada nos ha llegado a poner.

Creo que pronto tendré el gusto de volverte a escribir lo que vaya ocurriendo. Saluda a mi compadre Ossorio, Arteaga, Letelier, Pozo, Cámpos i demas amigos; manda la presente o copia a mi amigo Urrutia diciéndole que O'Higgins está bueno i toda su familia.

Adios, pues, amado Francisco; siempre dispon de tu amante hermano.

MANUEL BÚLNES.

CAPÍTULO IV

El jeneral don Manuel Búlnes.—Sus primeros años (1799-1838.)

No es cosa fácil fijar a la lijera la fisonomía moral de un hombre que abraza dos épocas i dos períodos históricos; que pertenece por su cuna a la colonia, por su juventud a la guerra de emancipacion i por su edad madura a los mas grandes acontecimientos de nuestra vida independiente.

El jeneral Búlnes educado, desde su primera niñez, en el revuelto seno de la sociedad chilena, ajitado ya por las primeras ráfagas de la revolucion, supo sobreponerse a las circunstancias mas críticas, i hacerlas servir en provecho de su gloria. En su juventud precoz, hubo de independizarse de los lazos de la sangre, sin perder por eso el tesoro de tiernas afecciones que eran el patrimonio de su alma; lanzarse, desde niño, en la arena ardiente de los combates, donde obtuvo distinciones a que no podia aspirar su ambicion infantil: tomar, desde la edad de 20 años, la responsabilidad de una lucha de que era jefe, valiéndole esa prueba impuesta a su juventud i a su cordura, que se pusiesen de relieve las notables cualidades de mando que harian su celebridad. Una vida entera sacrificada por su patria; amenazada su existencia a todo momento, en los combates diarios de que están sembradas las guerras de Benavides i de Pincheira: organizador mas tarde del ejército, a que imprimió el

sello indeleble del respeto de las leyes: hé aquí los títulos que podia exhibir en 1838 cuando se le nombró jeneral en jefe del 2.° ejército Restaurador del Perú.

Desde ese dia, el teatro de su acciones varió por completo. Sus servicios oscurecidos en el Sur, se desarrollaron en un campo abierto a las miradas del mundo, iluminado con los rayos de la gloria, del patriotismo i de la ansiedad del pueblo chileno.

Desde el dia de su vuelta a Chile, sus trabajos fueron de otra especie i sirvieron para poner de manifiesto la fecundidad de su espíritu lleno de recursos, en las mas difíciles situaciones políticas. Diez años de una presidencia feliz i próspera i la campaña gloriosa i terrible con que cimentó el órden público en 1851, completan la lista de su servicios i el cuadro variado de su vista.

Búlnes, como Prieto, como Rivera, como Cruz, como Freire, era orijinario de Concepcion, donde nació el 25 de diciembre de 1799. Su padre, fué el capitan del ejército español don Manuel de Búlnes, cuyos antecesores, oriundos del norte de España, habian tenido cuidado de hacer acreditar en Chile «la pureza de su sangre sin mezcla de mala raza.»

Su madre, doña Cármen Prieto, era hermana del ilustre jeneral don Joaquin Prieto i del abogado don José Antonio, uno de los propagadores mas intelijentes de la idea revolucionaria en Chile, que pudo escapar al castigo de las autoridades españolas, segun dice Gay, por el ascendiente poderoso de su familia.

En ese hogar brillante, pasó el jóven Búlnes los primeros años de su turbulenta niñez.

Entraba apénas en la vida, por la puerta de la adolescencia, cuando la tormenta revolucionaria empezó a azotar todos los ámbitos del país, i a introducir la ajitacion i la sozobra en el seno de los mas apacibles hogares. El de Búlnes era el reflejo de esa violenta situacion.

Su padre, ligado a la causa de España por sus compromisos militares, contrastaba por sus opiniones con el entusiasmo revolucionario que herbia en la familia de Prieto, i de que se habia hecho partícipe su propia esposa. Con el objeto de neutralizar esa influencia, el capitan Búlnes alistó a su hijo en un bata-

llon realista a la edad de 13 años, pero el jóven oficial abandonó el servicio por las sujestiones de su madre.

Envióle despues a Santiago a cargo del marques Encalada, que lo incorporó en el Colejio Azul, establecimiento que fué disuelto por los españoles despues de la batalla de Rancagua, siguiendo la suerte de muchas instituciones que habian jerminado al suave pero débil calor de la patria vieja.

A su regreso a Concepcion, estableció un negocio de comercio en Talcahuano, al lado de otro jóven llamado Ramon Castilla, que comenzaba su ruidosa carrera bajo los mismos auspicios.

En aquella época, el coronel Ordoñez visitaba con frecuencia la casa de su padre en Concepcion i no habia tardado en apercibirse que tenia contra sí la mejor porcion de ese hogar. Algunas indiscreciones de juventud le habian revelado que los hijos Búlnes participaban de las opiniones de su madre.

En esos mismos dias, el jóven don Manuel Búlnes tuvo ocasion de recordar sus palabras indiscretas, al ser arrancado de su casa a media noche i trasportado con su hermano Francisco, con los Alempartes i con muchos otros, a la Quiriquina, *por haber sido educado de un modo peligroso.*

Este delito imajinario le valió algunos meses de prision. La aprehension de los jóvenes de Talcahuano fué a los ojos de los españoles, turbados con la derrota de Chacabuco, una medida preventiva destinada a sofocar el sentimiento nacional que comenzaba a despertarse en el Sur. Probablemente con ese mismo objeto se intentó dejarlos perecer de hambre. En estas medidas tan crueles como inútiles, un observador sagaz habria podido conocer que el poder español tocaba a su fin. El rigor desordenado e inconducente, es signo inequívoco de confusion i de debilidad.

Los desterrados de la Quiriquina, entregados a su propia suerte, errantes en medio de sus bosques despoblados, se alimentaron durante algunos dias con animales salvajes, despues con yerbas i acabaron por hacer balsas formadas de troncos, atadas con enredaderas silvestres, en que se lanzaron a la mar. La mayor parte naufragó; pero Búlnes i su hermano pudieron ganar la costa. Su sumision ordinaria a su padre se borró momentáneamente en su espíritu, enardecido con sus

recientes sufrimientos, i sin obedecer mas que a su propio entusiasmo i a los intereses de su venganza, corrió a enrolarse en el ejército vencedor de Chacabuco, que el jeneral O'Higgins habia conducido desde el Norte.

O'Higgins, que era amigo de su familia, le dispensó desde ese dia una solicitud bondadosa, i empezó por nombrarlo Porta-estandarte del Rejimiento de su escolta. Se acercaba para el jóven oficial la ocasion de vengar sus sufrimientos de la Quiriquina. El ejército patriota mandado por el jeneral frances don Miguel Brayer, que obraba bajo la inspeccion de O'Higgins, se preparaba a asaltar la plaza de Talcahuano, donde se habia encerrado el coronel Ordoñez con las fuerzas españolas. El resultado de ese combate sangriento, fué funesto para el ejército chileno. Búlnes permaneció durante la batalla a las órdenes de su ilustre jefe, el coronel Freire, aguardando su momento, al pie del rastrillo que debia abrirle el camino de Talcahuano.

El ejército chileno se puso en retirada hácia Santiago, perseguido con intrepidez por el coronel Ordoñez, que consumó en Cancha-Rayada la obra de Talcahuano. Búlnes sufrió como todos sus compañeros los efectos aciagos de esa nueva derrota. Creyó perdido a su hermano que quedó en el campo de batalla, hasta la mañana del siguiente dia, debiendo su salvacion a una circunstancia milagrosa, i sintió como todos los defensores de la patria sus dolorosas angustias. Pero el dia de la reparacion estaba próximo. Maipo apagó con su radiosa luz el tenue resplandor de esas jornadas. Búlnes se batió en este combate célebre a las órdenes de Freire, lo que le valió el grado de teniente, el cordon de plata de los vencedores i un sitio en la villa de San Bernardo, que se fundaba a la sazon.

Las derrotas de Talcahuano i de Cancha-Rayada, fueron el resultado de la inactividad del jeneral San Martin para perseguir a los vencidos de Chacabuco. Deseoso ahora de reparar ese error que le fuera tan fatal, envió en alcance de los fujitivos de Maipo una division a cargo del jeneral arjentino don Antonio Gonzalez de Balcarce, de que formaba parte el teniente don Manuel Búlnes.

La esperiencia de Chacabuco, si no fué del todo estéril, no fué tampoco bien aprovechada. San Martin, obedeciendo a un

sentimiento de nacionalidad, confió la espedicion a su compatriota Balcarce, hombre el ménos adecuado para llenar su mision. Iba agregado al Rejimiento de Cazadores, en clase de capitan, el guerrillero arjentino don Miguel Cajaravilla.

Balcarce hizo marchar a la vanguardia a Cajaravilla i a Búlnes con una compañía de cazadores, para hacer mas eficaz la persecucion de los vencidos, que corrian desbandados hácia el sur, donde el coronel Sanchez organizaba apresuradamente la resistencia.

En esos mismos dias el capitan don Manuel de Búlnes, se habia apoderado momentáneamente del Parral con fuerzas españolas i retirádose a Chillan, donde hacia de segundo jefe del coronel Lantaño. Cajaravilla puso sitio con sus fuerzas a Chillan i solicitó su rendicion, por medio del teniente Búlnes, que fué enviado en calidad de parlamentario. El jefe de la plaza delegó a su vez al capitan Búlnes, para que manifestase su resolucion de batirse, i por ese estraño conjunto de circunstancias, el padre i el hijo se encontraron, en aquel momento, representando dos causas rivales. Su entrevista fué tierna i sencilla: el capitan Búlnes le estrechó con efusion entre sus brazos i se contentó con decirle que solo le exijía la lealtad a sus compromisos i a su palabra, i puesto que la habia empeñado con la causa revolucionaria, la sirviese con honradez i fidelidad. Poco tiempo despues se alejó de Chile para morir en el estranjero!

La espedicion del jeneral Balcarce fué no solo estéril, sino fecunda en males i peligros. Al abrigo de su inactividad, de su ningun conocimiento del territorio ni de los hombres, prendió la simiente de la guerra con que Benavides azotó durante tres años el sur de la República. Balcarce regresó a Santiago con aires de pacificador, dejando en Concepcion al jeneral don Ramon Freire con el Rejimiento de Cazadores, de que formaba parte el teniente Búlnes.

Benavides se encargó de dar en breve razon a los que no veian en la espedicion de Balcarce sino un paseo militar, sin mérito ni ventajas. Una columna rebelde llevó sus depredaciones hasta las inmediaciones de Santa Juana, donde se encontraba el jeneral Freire, i fué batida en Curalí por cuarenta

cazadores, entre los cuales se encontraba Búlnes (24 de abril de 1819).

La guerra comenzada en Curalí se estendió antes de mucho a todo el sur de la República, inflamando a su contacto las pasiones incandescentes de la guerra de la Independencia, i despertando los apetitos de venganza i de sangre que bullian en el alma de los vencidos. Freire, llamado a Arauco por las necesidades de la guerra, llevó consigo a Búlnes que estuvo a su lado en el paso peligroso del rio Carampangue, disputado por el enemigo (mayo 1819).

Despues de mil alternativas de triunfos i de derrotas, de combates i de encrucijadas, que marcaron esa guerra con siniestro sello, el teniente Búlnes se encontraba a fines del año de 1819, a las órdenes del capitan don Manuel Quintana i Bravo en la plaza de Yumbel.

Era Quintana un soldado del antiguo cuño, áspero, inflexible, sin mas instruccion que la ordenanza militar, cuyos rijidos preceptos habían llegado a encarnarse en sus hábitos i a formar en él una segunda naturaleza. Hallábase en Yumbel en 1819 en los momentos en que Benavides, acompañado de Pico i de su siniestro cortejo de guerrilleros subalternos, marchaba a la cabeza de 500 hombres al asalto de la plaza.

Quintana defendió a Yumbel con la enerjía propia de su carácter. Ocupaba una posicion defensiva, que equilibraba en parte la desproporcion numérica de sus fuerzas, ascendentes a 111 hombres, entre cazadores, infantes i artilleros.

Benavides, cansado de batirse i convencido de la inutilidad de la lucha, se retiró de Yumbel con sus fuerzas.

Entretanto, Búlnes habia sido designado para ocupar un puesto peligroso, i encontrádose en medio del combate, frente a frente, de hombre a hombre, con el famoso Mariluan. Trabóse una lucha personal entre el valeroso araucano i el jóven oficial, que hubiera perecido sin el auxilio inesperado de un soldado de cazadores.

Su conducta comenzó a llamar desde ese dia la atencion de sus compañeros de Rejimiento, i a crearle el prestijio de que gozó mas tarde. El jeneral Freire empezó tambien a mirar con interes a ese jóven de 19 años, que era a la sazon un muchacho apuesto, alto, corpulento, de figura varonil. La suavidad

de su sonrisa i la afabilidad de sus maneras, neutralizaban la aspereza i vigor de su fisonomía infantil. Sus ojos azules, sus cabellos rubios i crespos, le daban ya el esterior de un irlandes, como ha dicho mas tarde un ilustre escritor. Sobresalia entre todos sus compañeros por su ajilidad i su destreza de jinete. Freire lo ocupó desde entónces en comisiones importantes, que no guardaban relacion, ni con su puesto humilde ni con su corta edad.

A la sazon el departamento de Coelemu era victima de las montoneras del enemigo, que aterrorizaban sus campos con el espectáculo de sus venganzas. La vida i hacienda de los pobladores estaba a merced de Contreras o de Silva, de Chavez o de Pereira, satélites oscuros de Benavides, pero tan crueles como él.

Búlnes encargado por Freire de restablecer la seguridad en el departamento, consiguió aprehender al guerrillero José María Silva, que era uno de los mas poderosos i temidos. Refiérense tambien a esta época las acciones de guerra de las Lanzas i de Queltreu, que menciona su hoja de servicios, pero de que no encontramos huellas en los archivos oficiales.

El éxito de su primera comision le valió el cargo de teniente gobernador del departamento de la Florida, hostilizado en ese momento por el temible montonero don José María Pereira. Búlnes habia recibido órden espresa de fusilarlo donde lo encontrase. Caer prisionero i morir en el cadalso eran cosas sinónimas en esa guerra.

Búlnes fué bastante feliz para devolver en poco tiempo la tranquilidad a los habitantes del departamento, apresando despues de una resistencia enerjica i sangrienta al guerrillero Pereira, con toda su gabilla (30 de junio de 1820).

El gobierno de O'Higgins que seguia desde Santiago con una atencion solícita los incidentes de la guerra del Sur, miraba ya con interes la corta pero brillante carrera del teniente Búlnes. La aprehension de Pereira le proporcionó la ocasion de manifestarle oficialmente su simpatía.

«Valparaiso, agosto 3 de 1820.—Su Excelencia el Director Supremo por el parte número 2 que V. E. se sirve incluirle en su recomendable nota del 10 del pasado julio, queda enterado del bravo i feliz choque que, con el asesino Pereira, tuvo el te-

niente del Rejimiento de la escolta directorial, don Manuel Búlnes. Sírvase V. S. prevenir a este bravo i distinguido oficial que sus servicios, tanto en la disolucion de la partida de Pereira como en su aprehension i en los demas que ha prestado, ínterin se halla operando aisladamente, son considerados por el Gobierno con el mas alto aprecio, como que sabe preferir i premiar el verdadero mérito, i para que este oficial tenga un testimonio que siempre le evidencie esta verdad, S. E. se ha dignado conferirle el grado de capitan del ejército con fecha 1.° del corriente, cuyo despacho será remitido con oportunidad. Esto me ordena el Supremo Director comunique a US. en contestacion, para los efectos consiguientes.—Dios guarde a US.—*José Ignacio Zenteno.*»

Esta manifestacion doblemente significativa en aquella época de tirantez oficial, era el mayor premio a que podia aspirar un adolescente de 20 años.

Pero la hora de la prueba se acercaba. Pangal seria el contrapeso de la brillante defensa de Yumbel; una hora aciaga estaba a punto de sonar para el valeroso ejército que sostenia la campaña del Sur. El coronel español don Juan Manuel Pico, militar dotado de cualidades superiores, proseguia a mediados de setiembre de 1820 la guerra de que era jefe ostensible su compañero Benavides. Su ejército sorprendió en Pangal una division chilena mandada por el coronel O'Carrol, que pereció a tiempo para no presenciar la derrota i fuga de su columna. El Escuadron de Cazadores mandado por el comandante don José María de la Cruz, i de que formaba parte Búlnes en clase de capitan, se retiró a Concepcion, conservando, en cuanto era dable, en esos momentos angustiados, la unidad de sus filas i su organizacion.

La conducta de Búlnes en esta jornada infausta estuvo a la altura de sus hechos anteriores. «Su propio caballo, dice Vicuña Mackenna, refiriéndose al del capitan Zorondo de Dragones, sirvió empero a otro jinete digno de heredarlo. Fué éste el ayudante de Cazadores, don Manuel Búlnes, que habia hecho prodijios de valor i cansado de tal manera su montura en la refriega, que si su primo Cruz no lo proteje, perece como O'Carrol en manos de los guerrilleros. La conducta de ese jóven capitan habia sido tan conspiscua en esa prueba, que en

medio de las aclamaciones de todos sus camaradas, el jeneral Freire lo nombró desde aquel dia su ayudante de campo, que de esta suerte se designaba sin saberlo un sucesor, cuando mas altos destinos llegaran para ámbos» (1).

La derrota de Pangal dió aliento a Benavides para llevar sus hordas victoriosas hasta las calles de la atemorizada Concepcion, i obligó al jeneral Freire a encerrarse con las fuerzas patriotas en la plaza de Talcahuano, a que puso sitio el enemigo.

Despues de una incomunicacion de dos meses, la guarnicion, que habia sostenido un choque ventajoso en las Vegas de Talcahuano (25 de noviembre de 1820), se preparaba dos dias despues a romper el cerco ominoso de las hordas vencedoras. Los ejércitos se encontraron en la Alameda de Concepcion (27 de noviembre) i despues de una resistencia infructuosa, Benavides se retiró en desórden hácia el interior de Arauco, donde siempre encontraba simpatías i hospitalidad.

La guerra sufrió una paralizacion momentánea, miéntras las fuerzas del enemigo se organizaban nuevamente. El jeneral Freire, a su vez, aprovechó la tregua en reprimir las correrias de las montoneras i en devolver a algunos valles la seguridad perdida. Con ese objeto fué enviado Búlnes a Rafael, a las órdenes del comandante don José María de la Cruz.

Encontrábase obrando aisladamente con 30 cazadores (2) cuando el ejercito de Benavides, rehecho ya de su derrota de Concepcion, repasaba de nuevo el Bio-Bio, con rumbo a Chillan o hácia Cauquenes, que en ese punto estaba aun indeciso e irresoluto.

En el mismo tiempo, el jeneral don Joaquin Prieto, nombrado jefe de la segunda division de operaciones en el Sur, que el Director O'Higgins habia creado, para oponer una barrera en el Maule a las incursiones victoriosas de Benavides, se habia acercado a Chillan. Desde allí proseguia la guerra que sostenia a su vez Freire desde Concepcion, si bien por distintos medios, usando la astucia de preferencia a la fuerza; poniendo así en trasparencia un sistema opuesto al que Freire habia adoptado hasta entónces.

(1) Guerra a muerte.
(2) Parte de Barnechea a Freire.—Concepcion, setiembre 22 de 1821

En los últimos dias del año de 1820, Freire marchó a Santiago dejando en su puesto al jeneral Prieto, acompañado de Búlnes, que se le habia reunido algun tiempo ántes.

En esas circunstancias se supo en el cuartel jeneral de Prieto que el enemigo iba en marcha de Chillan. La ocasion era por demás brillante para ilustrar su corto mando con la terminacion de la guerra, en que se habia gastado su glorioso rival. Salió, pues, en busca de Benavides que se encontraba en la rinconada de Cato i que al saber su aproximacion repasó el Ñuble i se situó cerca de Chillan.

La vanguardia de su division, compuesta de un escuadron de tiradores «que debia desplegarse al frente de la línea para principiar el tiroteo» era mandada por Búlnes. La vanguardia sorprendió el campamento de Benavides, en circunstancias en que su tropa hacia un movimiento de flanco (1.° de octubre de 1821). Búlnes, lijero como el rayo, cayó de improviso sobre él, i el enemigo viendo cortada su línea, temiendo quizás la proximidad del ejército de Prieto, aturdido además por ese ataque tan brusco e inesperado, volvió caras i trató vanamente de repasar el Ñuble.

Entretanto, el jeneral Prieto que habia oido los disparos de la avanzada, precipitó su marcha i alcanzó al enemigo vencido i en desórden en las Vegas de Saldias; pero marchando en tal estado de confusion i de pánico, que las fuerzas patriotas tomaron sin la menor resistencia un gran número de prisioneros i acuchillaron a su guisa i sin peligro a esas hordas despavoridas.

El combate de Vegas de Saldias puso término a la guerra de Benavides, i arrebatando a este caudillo célebre, el respeto i la confianza de los suyos, lo obligó poco despues a buscar asilo en el mar, de donde fué sacado para ser conducido al patíbulo de Santiago. Vegas de Saldias es ademas un rasgo de valor que enaltece la personalidad militar del capitan Búlnes, cuya estrella brillante comenzaba ya a despertar zozobras i recelos.

La casualidad i la fortuna quisieron que estuviese reservado a ese jóven capitan de 21 años, terminar en un solo dia la guerra, que duraba ya tres años, i en cuyo sangriento palenque se habian medido viejos i gloriosos nombres.

La muerte de Benavides no puso término a los esfuerzos

agonizantes de los españoles en el Sur de Chile. La lucha continuó bajo la mano intelijente i vigorosa del coronel Pico, i más tarde, bajo los auspicios de los Pincheiras, que alcanzaron tan alta i sombría celebridad como Vicente Benavides.

Los restos desordenados del enemigo se refujiaron despues del combate en su asilo habitual de Arauco, principalmente en la reduccion de su poderoso aliado, el cacique Mariluan. Prieto, por su parte, interesado en impedir su reorganizacion, envió apresuradamente *a la tierra* (Arauco) como se decia entónces, al capitan don Manuel Búlnes con una division compuesta de 485 hombres.

El número e importancia de esa columna, que no guardaba relacion con su graduacion ni con su edad, era un alto honor dispensado a su juventud i a sus servicios.

Tendriamos que salir del marco que nos hemos impuesto, si quisíesemos referir los incidentes que señalaron esa campaña con un sello pintoresco i dramático. La columna de Búlnes, vagando por los terrenos incultos del interior de Arauco, sin armas de fuego, sin abrigo, protejiéndose del sol i de la lluvia en sus bosques espesos, suministra el asunto de un drama. Obligado a proporcionarse su sustento, hubo dias i semanas en que los soldados se alimentaron con las manzanas silvestres que tanto abundan en esa rejion. Al fin de algun tiempo de correrias incesantes, los soldados, cubiertos de harapos, tenian que usar para vestirse, las mantas i bayetas que sacaban a los indios que morian en los combates o que caian prisioneros.

Búlnes salió de Nacimiento para el interior i derrotó en el cerro de Gualeguaico al coronel Pico despues de una resistencia valerosa. (26 de Noviembre de 1821). Pocos dias despues tuvo lugar un nuevo combate en Niblinto donde Pico fué tambien derrotado. De Niblinto Búlnes se puso en marcha hácia el Cautin donde vivian las reducciones indíjenas mas feroces i temidas. El cacique Curiqueo, que las mandaba, armó una falanje de mocetones que se ha hecho subir a 4,000 i se reunió con las fuerzas vencidas en Gualeguaico i Niblinto, con que el coronel Pico pretendia cubrir aun la sombra errante de su antiguo poder.

El sangriento encuentro tuvo lugar en las márjenes del Cautin. Desgraciadamente para la historia, el parte oficial de Búl-

nes sobre la accion de Cautin, se ha estraviado. Sábese, sin embargo, de un modo positivo, que sucedió a mediados de diciembre; que despues de un récio combate de seis horas pereció el famoso i terrible Curiqueo con 200 de los suyos; que a causa de su muerte i de su derrota, se sometieron las reducciones rebeldes de Boroa i de Meliague.

Debió ser, ademas, un combate de grande importancia, porque en esos mismos dias escribia Freire a O'Higgins, que, a consecuencia de ese triunfo, la guerra «podria terminar mui en breve»; que Mariluan, atemorizado con el terrible ejemplo de Curiqueo, habia solicitado la amistad de Búlnes, i que éste, en prenda de la buena fé con que habia aceptado sus proposiciones de paz, le habia devuelto una de sus mujeres que le retenia prisionera (1). Terminada su obra, Búlnes regresó a Nacimiento.

La campaña terminada en Cautin, habia llenado el objeto que se tuvo en vista al enviarla. En poco mas de un mes, el coronel Pico habia sufrido tres reveses i las lejiones vencedoras habian llevado el terror i la victoria hasta el seno indómito de Arauco. Esta triple gloria no se habia adquirido sino a fuerza de grandes sufrimientos: los soldados volvian enfermos, desnudos; su jefe en tal estado de abandono, que no fué conocido por el jeneral Freire en Concepcion.

En estas circunstancias llegó la noticia de que el coronel don Vicente Bocardo se encontraba acampado con sus fuerzas en las márjenes de Bio-Bio, acompañado de tres mil emigrados mas o ménos.

El jeneral Freire dió órden a don Clemente Lantaño que se encontraba en Tucapel, i a Búlnes que estaba en Nacimiento, para que marchando por distintos caminos, tratasen de envolver el campamento de Bocardo. Lantaño, llevando una compañía de infantería del batallon número 7. i alguna caballería, salió de Tucapel el 21 de noviembre i se situó en Santa Bárbara. Desde allí trató de comunicarse con Bocardo, que permanecia en la ribera opuesta, i efectivamente, aquella misma noche los jefes contrarios se hablaban a voces, desde las opuestas márjenes del histórico rio. Lantaño le ofreció el indulto de

(1) Parte de Freire a O'Higgins.—Concepcion, 17 de enero de 1822.

Freire si se rendia con sus fuerzas; pero el desconfiado guerrillero exijió i obtuvo que se le hiciesen esas mismas promesas por escrito.

El campamento de Bocardo era un agrupamiento confuso de los elementos mas diversos. Sus tolderías salvajes, guarecian indistintamente a las indiadas de Coliman; a nueve clérigos comprometidos por la causa real, revueltos con una poblacion errante de 3,000 almas, compuestas de hombres, mujeres i niños de todas edades. Bocardo habria aceptado, sin titubear, el indulto que le ofrecia espontáneamente Lantaño, sino fuera por el temor que le inspiraban los indios aliados. Disputado por esos sentimientos contrarios, se encontraba dos dias despues de su conversacion con Lantaño, en la misma perplejidad que al principio.

En esas circunstancias llegaba al angosto i torrentoso vado de Coihue la division del capitan don Manuel Búlnes, cuya presencia bastó para decidir el ánimo perplejo de Bocardo. Viéndose rodeado de enemigos, solicitó la confirmacion del indulto que le fué concedida, i aquella misma tarde, el coronel Bocardo, uno de los últimos representantes de la causa real en el sur de Chile, pasaba el Bio-Bio en balsas con sus tropas i emigrados, para ponerse al amparo de la palabra empeñada de los jefes patriotas. La indiada de Coliman se retiró a la montaña, a donde fué inutilmente perseguida por el ayudante don José Ignacio García (1).

Las familias i oficiales del campamento de Bocardo fueron enviados a Tucapel a cargo de una compañía de infantería, miéntras las divisiones patriotas se ponian en marcha hácia el interior, ajitado aun por la vigorosa actividad del coronel Pico, que se encontraba en Pile con el resto de sus fuerzas i 600 indios.

Búlnes se dirijió contra él i lo puso en fuga despues de una serie de ataques, infructuosos al principio, pero coronados de éxito al fin.

El jeneral Freire, que seguia desde Concepcion los incidentes de esta lucha con el interes propio de su responsabilidad i de su patriotismo, escribia al gobierno a consecuencia de estos su-

(1) Parte de Búlnes a Freire.—Quilapalo, marzo 28 de 1822.

cesos: «Yo me tomo la satisfaccion de recomendar a V. S. la meritoria comportacion de este distinguido oficial (se refiere a Búlnes) i demas que lo acompañan, como así mismo son dignos de igual demostracion la tropa de que se formó esa espedicion, cuyo valor i sufrimiento debe ser mirado i ponderado entre los que sepan distinguir el patriotismo voluntario con el servilismo forzado» (1).

En recompensa de servicios tan señalados, el gobierno lo ascendió a sarjento mayor, i poco despues lo honró con la órden de la lejion de honor.

A la sazon, Búlnes no habia cumplido 23 años i su reputacion, engrandecida por sus triunfos recientes, rivalizaba ya con la de los jefes mas prestijiosos. Despues de su gloriosa i fugaz campaña al interior, permaneció algun tiempo mas en la frontera, i al decir de Alberdi, (2) i de su hoja de servicios, obtuvo una nueva e importante victoria en Choronaico. Pasó despues a Yumbel donde permaneció hasta comienzos del año de 1823, sin tomar parte en el movimiento militar que cambió el gobierno i la faz de la República.

A fines del año de 1822 comenzaron a manifestarse, los primeros síntomas de la revolucion, que debia trastornarlo todo, i [a que no tardó en adherirse el jeneral Freire, cansado del abandono en que, a su decir, se mantenia al ejército del sur. Freire, que manifestaba a Búlnes una deferencia que no le era habitual, le escribió solicitando su concurso i llegó hasta hacerle ofrecimientos capaces de despertar el orgullo en el alma mas bien templada. Búlnes, enemigo por sistema de las revoluciones permaneció tranquilamente en Yumbel, aguardando el desenlace de los acontecimientos.

Como es sabido, la revolucion victoriosa golpeó a las puertas del palacio del gobierno, i el director O'Higgins, cediendo a un movimiento de desinteres que honra al hombre, pero que no justifica al mandatario, arrojó las insignias del poder supremo, entre las manos ávidas de los amotinados. Búlnes permaneció durante ese tiempo moviéndose de Yumbel al Biobio, i obteniendo por medio de alhagos e insinuaciones amisto-

(1) Concepcion, abril 20 de 1822 Freire al gobierno.
(2) Vida del jeneral Búlnes, páj. 21.

mas la alianza de los indíjenas, mas preciosa hoi que nunca por el desguarnecimiento de la frontera.

Esta larga guerra, a la vez que la pobreza del gobierno, habia traido por consecuencia una inseguridad jeneral en toda la república. Las ciudades i valles mas importantes estaban a merced de los bandidos, que tenian franca la retirada i la impunidad, acojiéndose a las partidas ambulantes de Pincheira. La ciudad de Talca era una de las mas amenazadas, i el presidente Freire, necesitando una persona de enerjía, capaz de restablecer la tranquilidad, nombró al mayor Búlnes gobernador de ese partido.

Poco tiempo despues, los indios i especialmente Mariluan, comenzaba de nuevo su guerra secular, i el mayor Búlnes tuvo que regresar a la frontera por llamado de su jefe, que lo consideraba «necesario i apetecible po rsu práctica en esa guerra i conjunto de buenas cualidades» (1). Sus trabajos de esa época, como la historia de sus sufrimientos i triunfos, pasan desapercibidos para el historiador moderno, que encuentra solo imperceptibles huellas de esos hechos, en el confuso e incompleto cáos de los archivos oficiales. Diremos a este respecto, que si es fácil rehacer a la vista de documentos, la historia de la República durante la admistracion de O'Higgins, es sumamente difícil historiarla desde 1823.

El arreglo con que se manejaron los archivos públicos, cesó con la revolucion victoriosa, i la administracion de Freire, sea porque no tuviese a su lado a un oficinista del talento de Zenteno, o porque los lazos de la administracion pública comenzaran a relajarse, no dió a ese arsenal de nuestras glorias la atencion a que es acreedor. Sabemos, sin embargo, que en mayo de 1824, el teniente coronel don Manuel Búlnes se encontraba al mando de las fuerzas fronterizas, espedicionando en las reduciones de Mariluan i en las tierras de Collico i de Quechereguas, (2) mas o ménos al mismo tiempo que la guarnicion de Talca, sublevada contra su jefe, pedia a gritos a su antiguo gobernador el comandante Búlnes.

Este movimiento de cuartel era la consecuencia dolorosa pe-

(1) Nota de Rivera.—Concepcion, 1.° de enero de 1824.
(2) Parte de Rivera.—Concepcion, mayo 28 de 1824.

ro lojica, de la revolucion que habia colocado a Freire en el puesto supremo.

Las revoluciones, por bien dirijidas que sean, sientan el precedente fatal de la fuerza i de la justicia personal. Las mismas razones de abandono i desnudez que alegó Freire para venir sobre Santiago con el Ejército del sur, invocaban hoi los amotinados de Talca. El gobierno, se vió en la necesidad de prestar atencion a sus reclamos, ordenando que la compañia fuese puesta a las órdenes de Búlnes, lo que no pudo cumplirse inmediatamente por estar espedicionando en Arauco.

La sublevacion de la guarnicion de Talca fué seguida de un movimiento análogo en Chillan, i la desorganizacion fué sucesivamente cundiendo en las filas de todo el ejército.

La abdicacion del jeneral O'Higgins traia envuelta en su ropaje de aparente grandeza el desprestijio de la autoridad pública, que nunca debe ser mas vigorosa i resistente que en el nacimiento i formacion de los paises.

Hemos alcanzado a la época tan dramática como sangrienta, en que los tres hermanos Pincheiras asolaban con sus guerrillas una parte importante de la república. Sucesores de Benavides i aliados del coronel Pico, seguian la sangrienta tradicion de estos temidos caudillos. El secreto de su poder i de su duracion, estaba en el descontento jeneral de los ánimos contra el gobierno central, a quien acusaban de abandono; en el disgusto de la tropa que no recibia su salario i que sostenia la campaña en el mayor estado de desnudez i por fin, en la complicidad cobarde de los que temian atraerse con su hostilidad la venganza de las guerrillas. «Las tropas han vivido desnudas, sin comer mas que una miserable racion de trigo, sin pagarse,» decia el intelijente Rivera, alarmado con este estado de cosas. «El fin de todo, añadia, es que dentro de poco nos hemos de quedar sin soldados» (1).

El jefe ostensible de la guerra, era *el coronel* don José Antonio Pincheira. Este hombre oscuro, de humilde orijen, sin cualidad sobresaliente, que no poseia siquiera como Benavides sus facultades innatas de organizacion, se habia convertido en un personaje espectable i temido. Era el centro de la guerra a que

(1) Parte de Rivera.—Concepcion, abril 3 de 1824.

dió su nombre; el brazo que movia las partidas dispersas que asolaban una gran estension de la república.

Los jenerales que se sucedieron durante once años en el mando del ejército del sur, trataron en vano de poner término a esa guerra sangrienta i destructiva; pero sus esfuerzos se estrellaron en la escesiva movilidad del enemigo. Los Pincheiras, astutos i desconfiados, vivian a caballo, rodeados de precauciones, prontos siempre para la fuga.

Favorecialos tambien la naturaleza del terreno i su admirable conocimiento de la topografía i de las localidades.

Sus compañeros vivian como ellos, al pié de sus lijeros caballos de montaña, sin tener mas lazo de conexion entre sí que el instinto del robo i la satisfaccion de sus venganzas. Indisciplinados, altaneros en la paz, eran incontenibles en el momento del saqueo.

Certeros como el ave de rapiña para divisar su presa i veloces como ella para asaltarla, los Pincheiras vagaban por los campos desiertos i atemorizados, deteniéndose en cada pueblo en que hubiera alguna familia indefensa que asesinar o una mujer que llevar a sus *malales*, para aumentar el número de sus concubinas.

Su movilidad les permitia escapar casi siempre al castigo de sus crímenes i refujiarse a tiempo en las guaridas impenetrables que les servian de asilo. Dueños absolutos del territorio en que fraguaban el plan de sus correrias sanguinarias, se paseaban sin el menor obstáculo por todo el valle central de la cordillera, i aparecian sucesivamente en Alico, en Antuco o en San José de Maipo, desde donde alarmaron a Santiago con la humareda de sus fogatas!

Su ejército se componia de los desertores del ejército regular, de los antiguos compañeros de Benavides, de los presidarios i criminales que escapaban a la accion de la justicia, de un gran número de campesinos, movidos ora por la pobreza de la época o por sus instintos feroces, i por fin, de los indios cuyo terrible ausilio imprimia un sello mas abominable aun, a sus triunfos pasajeros i temidos.

Hé aquí el nuevo enemigo que se ofrecia a la actividad de Búlnes i el nuevo cuadro que se presentaba a su espíritu i al del pais.

En esas circunstancias le sobrevino una enfermedad que lo mantuvo alejado de la lucha durante algun tiempo i que le impidió acompañar al jeneral Freire en su feliz ataque a Chiloé.

Elevado a coronel, le cupo el honor de crear el rejimiento de Granaderos a Caballo, i de ser el padrino de fuego de ese cuerpo, que daria tanto lustre a las armas de la República.

A la sazon, el jeneral don José Manuel Borgoño, que habia sucedido a Rivera en el mando del ejército del sur, alhagado con la idea de dar el golpe definitivo a la guerra de los Pincheiras, preparaba un movimiento combinado de tres divisiones sobre el territorio de los pehuenches, i confió su mando a tres oficiales de su mayor confianza; a Beauchef, a Búlnes i a Carrero.

El jefe de la espedicion debia ser el coronel Beauchef, soldado tan distinguido como valiente, frances de oríjen, que comenzó su carrera en el ejército de Napolen I i la concluyó gloriosamente en Chile, sirviendo en Talcahuano a las órdenes de Brayer, en Valdivia a las de Cohcrane i en Chiloe a las órdenes de Freire. Carrero era un antiguo oficial de Benavides que se habia adherido a la causa de la patria.

El jeneral Borgoño, que trataba de ilustrar su mando en el sur con una victoria decisiva, habia vijilado con el mayor interes los preparativos de la espedicion.

Su pensamiento era envolver el campamento de Pincheira, situado en la confluencia de los rios Malbarco i Neuquen, atacándolo simultáneamente con tres divisiones venidas por distintos lados.

La division del coronel Búlnes, la ménos numerosa de las tres, compuesta de tres compañias de infanteria i de un escuadron de caballeria, penetró a la cordillera por el boquete de Longaví, para reunirse con el coronel Beauchef en la cordillera del Yeso.

No olvidaremos de mencionar en este cuadro de los principales elementos de la campaña, la guerrilla del comandante don Domingo Salvo. Era éste un antiguo oficial de Benavides, mestizo de india i de español, que habia llegado a adquirir un conocimiento tan cabal del territorio, de las costumbres i de los recursos de los indíjenas, que se habia hecho indispensable en toda operacion de esta naturaleza.

El último dia del año de 1826, el coronel Beauchef salia del Portillo, lugar situado al norte del Maule, con una columna de 280 hombres del batallon Pudeto i 260 Cazadores mandados por el comandante Puga.

Despues de una marcha fatigosa, al traves de las gargantas de los Andes i de los valles salvajes de la rejion intermedia de la cordillera, el coronel Beauchef llegó al punto de su destino. Carrero que debia reunírsele marchando por el opuesto lado, sufrió un atraso de muchos dias que contribuyó en gran parte al fracaso de la espedicion. Búlnes, apesar de haber tenido que abrirse paso en Naquivito, a filo de sable, llegó al lugar convenido el mismo dia que habia sido fijado por Beauchef.

Entretanto, el enemigo que habia sido prevenido con anticipacion tuvo tiempo de entregarse a la fuga, burlando así las esperanzas del jeneral Borgoño i la vijilancia i trabajos de las divisiones.

En el verano de 1828, Borgoño organizó una segunda espedicion, mandada por el coronel Búlnes, que se internó por el boquete de Antuco con un escuadron de Granaderos, tres compañías de infantería i con el ausiliar indispensable de estas espediciones, con el teniente don Domingo Salvo.

A la sazon, Pincheira se encontraba en las márjenes del rio Agrio con 300 soldados i 200 indios. Búlnes, «despues de haber superado los obstáculos de esas cordilleras, elevadas i fragosas» sorprendió el campamento de los indíjenas, i les arrebató una parte del botin que traian de sus malones, lo que movió a éstos a salirle nuevamente al encuentro en el valle de las Damas.

La caballería chilena bastó para ponerlos en fuga, dejando 27 muertos. Búlnes, siguiendo su marcha, cayó de improviso sobre Alhoy-Malal, donde se habia acampado Pincheira, pero su ataque corrió la suerte de los anteriores: el feroz guerrillero, prevenido a tiempo pudo escapar esta vez, como tantas otras, al castigo de sus delitos i continuar sembrando la muerte i el terror en todas las comarcas que asolaban sus partidas. La division chilena regresó a Antuco poco tiempo despues, trayendo 300 personas rescatadas a la esclavitud, que con el escarmiento del enemigo, era el preciado fruto de esa espedicion de dos meses.

A la sazon se preparaban en toda la República los elementos de la conflagracion civil que debia estallar en breve. El jeneral Prieto, que era el alma de ese movimiento, se ganó la adhesion del coronel Búlnes, que le estaba estrechamente ligado por los lazos de la gratitud i de la familia. Incorporado en el ejército de Prieto, Búlnes marchó sobre Santiago en calidad de comandante jeneral de caballería. Despues de algunos incidentes que no nos es posible recordar en el interes de la brevedad, obligó en la cuesta de Prado al comandante don Gregorio Amunátegui a entregarle dos piezas de artillería, con su dotacion de soldados que traia desde Valparaiso, i el 24 de diciembre de 1829 se encontraba con el ejército del Sur formado en línea en el campo de Ochagavía. Cuatro meses mas tarde decidia con las vigorosas cargas de los Granaderos conducidos por él, la jornada de Lircai, que aseguró el predominio político del partido Conservador i el triunfo del jeneral Prieto.

Elevado a jeneral, a consecuencia de estos sucesos, fué enviado al Sur en calidad de jeneral en jefe. Desde ese dia, su accion es tan variada que no nos seria posible trazar un cuadro de sus trabajos sin prolongar desmesuradamente este bosquejo biográfico, de por sí bastante largo. Nos contraeremos, pues, a recordar los sucesos de importancia en que tuvo participacion personal.

Sus primeras atenciones, como las de todos los jenerales que le habian precedido en su puesto, se contrajeron a perseguir las guerrillas de los Pincheiras, cuyo vandalismo sangriento asolaba las comarcas mas prosperas de la República. La lista de sus crímenes se aumentaba cada dia en una proporcion alarmante, i su audacia crecia con la impunidad. Búlnes tuvo la fortuna de ilustrar el primer año de su mando con la destruccion definitiva del enemigo i con la terminacion de la guerra.

En el verano de 1831 salió de Chillan con una division de 800 hombres con rumbo a las Lagunas de Pulanquen (o Coyamuelo), a cuyas inmediaciones estaban acampados los Pincheiras con el grueso de sus fuerzas.

El camino que era preciso recorrer para llegar hasta ellos, era casi impracticable por su fragosidad i aspereza. Búlnes se

internó sijilosamente a la cordillera por el camino de la Vinilla, i envió desde allí una partida avanzada de 30 granaderos a cargo de un oficial Rojas, mui práctico de esa guerra i de esos lugares. Entretanto, el grueso de la columna marchaba con las mayores precauciones, para no ser percibida por los pobladores de los campos, que no habrian tardado en dar aviso a los Pincheiras.

Hasta entonces, todas las espediciones habian fracasado por la imposibilidad de llegar sin ser vistas ni sentidas, hasta los vivaques improvisados de un enemigo tan precavido i veloz. Búlnes consiguió superar esos inconvenientes.

La vanguardia de Rojas cayó de improviso sobre Roble Huacho i aprehendió a Pablo Pincheira con siete de los suyos, que fueron fusilados sin esperar la llegada de Búlnes. Entretanto, el resto de la columna seguia el camino de la vanguardia, i cuatro dias despues de su partida de Chillan (14 de enero) se encontraba, a media noche, en frente del campamento de José Antonio Pincheira, que habia tomado las precauciones minuciosas que le eran habituales.

Búlnes dividió su columna en tres cuerpos que atacaron simultáneamente los flancos del campamento, para impedir la fuga del enemigo.

La infantería lijera formaba el ala izquierda, los granaderos de infantería el fondo, i la caballería la derecha. En esta disposicion se puso en marcha hácia las Lagunas. A corta distancia de este lugar, la division sorprendió una partida avanzada de los montoneros; pero no pudo impedir que dos de ellos llevasen a los suyos, la noticia de su aproximacion i del peligro. Pincheira tuvo tiempo de saltar sobre su montura, ántes que las columnas chilenas rompiesen por todas partes un fuego espeso i nutrido.

La indiada, pasado el primer momento de estupor, cayó con intrepidez sobre la caballería, pero fué rechazada con grandes pérdidas, pereciendo, victimas de su bravura, tres caciques afamados, que eran con los Pincheiras el alma de la defensa i de la guerra.

Solo José Antonio Pincheira, con 66 hombres, consiguió huir de la derrota, trepando un cerro áspero i encumbrado que

se alza al frente de las Lagunas. Con ese grupo escaso i desmoralizado, prolongó algunos dias mas su vida errante.

El éxito del ataque habia sido completo: 250 hombres armados quedaron prisioneros, junto con 300 familias numerosas que habian arrastrado durante mucho tiempo una vida errante i esclava. Los indios huian en todas direcciones, faltándoles el apoyo que les daba unidad e iniciativa, i este rudo escarmiento fué bastante, para que los caciques de las reducciones mas hostiles ofreciesen espontáneamente su sumision, devolviendo como prenda de paz, las familias que habian arrebatado a sus hogares en sus malones a los pueblos, i las jóvenes que habian robado a sus esposos i a sus padres.

Despues de una serie de incidentes que seria largo recordar, José Antonio Pincheira, el único sobreviviente de los tres hermanos, se presentó a Búlnes en Chillan, i desde entónces vive pacificamente en un cortijo de la provincia del Ñuble.

Así terminó, con la espontánea rendicion del último de sus jefes, la guerra que los Pincheiras sostuvieron durante 11 años. La historia de sus crímenes, de sus correrías, marcadas con un reguero de sangre, no se borrará fácilmente del recuerdo de los pueblos fronterizos, cuya existencia incierta estaba diariamente amenazada por sus temerarias incursiones. El conjunto de sus crímenes ha llegado a formar en los pueblos del sur una sangrienta leyenda, que nadie recuerda sin horror.

La division vencedora regresó al pueblo de Antuco, recojiendo a su paso un gran número de cautivos, que le eran entregados por los indios aterrorizados.

No haremos la relacion detallada de los servicios del jeneral Búlnes en los años comprendidos desde 1832 hasta 1838, por que nos veríamos obligados a prolongar este bosquejo, i a darle la estension de un libro. Bástenos delinear la fisonomía jeneral de sus trabajos de esa época, valiéndonos de una pluma ilustre i querida.

«Ese estado de cosas, dice Alberdi (refiriéndose a la inseguridad de la frontera por las incursiones de los indios) subsistente con algunas intermitencias e interregnos hasta 1832, tenia graves inconvenientes para la república. Los indios no respetaban aquella designacion, saliéndose con harta frecuencia de sus límites territoriales; los dones exijidos con cre-

ciente exorbitancia, eran gravosos al erario nacional. La paz habia llegado a ser mas cara que la guerra. Convenia, pues, a la dignidad e interes de Chile, acabar con ese estado de cosas. Con este fin se abrieron nuevas hostilidades, a que dieron lugar algunos actos de espoliacion ejercidos por los salvajes en setiembre de 1832, siendo uno de ellos el robo de un considerable número de ganado hecho al señor Nolasco del Rio por los indios del cacique Mariluan, en el departamento de los Anjeles. El jeneral Búlnes, director inmediato de esa guerra, precipitada por un acto de impericia del comandante accidental de la frontera, sin dejar de emplear los medios militares mas recibidos, puso con preferencia en ejercicio el sistema empleado en la India i otros paises asiáticos para la sumision de pueblos no civilizados, que consiste en la práctica de ofensivas alianzas contraidas con caudillos del linaje i territorio del adversario. Serviánle en este sentido poderosamente los numerosos indios *pehuenches* tomados prisioneros en la campaña del año precedente contra los Pincheiras, i convertidos por el prestijio del triunfo en disciplinados soldados. Estos aliados debian ocupar los boquetes de los Andes, para estorbar la evasion hácia los campos arjentinos de los araucanos, una vez empezadas sobre ellos las operaciones del ejército. Conforme al plan concebido, el jeneral Búlnes convocó en diciembre de 1832 en la plaza militar de Nacimiento, un parlamento jeneral de indios, al que asistieron ochenta i seis caciques. Muchos de ellos, habitadores de los llanos araucanos, se comprometieron con el jeneral Búlnes a apoyar las operaciones dirijidas contra los perpetradores de las últimas depredaciones.

«Antes de abrirse la campaña, a principios de 1833, el jeneral Búlnes quiso poner a prueba la sinceridad de sus aliados araucanos, casi siempre mudable i tornadiza, de que tenia motivos nuevamente conocidos para desconfiar. Los aliados, en efecto, procedian de mala fé: el ejército estaba destinado a ser víctima de una traicion horrenda i lo mas desagradable para el jeneral Búlnes, fué el saber que esta maniobra tenia orijen en sujestiones de los enemigos políticos de la administracion de esa época. Las operaciones proyectadas fueron deferidas en consecuencia, i el jeneral en jefe, adoptando un plan diverso, calculado sobre los datos mas recientes, puso en marcha una division que

en pocos dias deshizo las reducciones de Mariluan, rescató infinitas familias cautivas, arrojó a los enemigos hasta remota distancia, desde donde imploraron la paz, que obtuvieron a mediados de 1833.

«No habia pasado un mes cuando un nuevo ataque perpetrado por los araucanos, en las haciendas de varios vecinos de los Anjeles, saqueadas infamemente, dió lugar a la renovacion de la guerra por las fuerzas del ejército comandado por el jeneral Búlnes. Durante todo el año i el siguiente de 34, fué recomenzada la guerra muchas veces a causa de las incesantes i audaces provocaciones de los bárbaros, i terminada otras tantas con victorias progresivamente importantes. El jeneral Búlnes, a fin de economizar la efusion de sangre chilena, empleó en los últimos tiempos, como medio principal de hostilidad, el estímulo i fomento de las divisiones que a la sazon reinaban entre los distintos caciques enemigos. La actividad rara que adquirió aquella guerra intestina por medio de la intervencion clandestina i diestramente manejada del poder civilizado, llenó de espanto a los bárbaros, abismados ante los estragos ejecutados por sus propias manos. Completado su aturdimiento con los destrozos del terremoto esperimentado a principios de 1835, que sembró de escombros el suelo que ellos acababan de sembrar de cabezas humanas, se arrodillaron humildes para pedir al ejército la paz que le fué otorgada por su jeneral en jefe. Su terror trascendió a otras tribus, que tambien solicitaron la clemencia del gobierno nacional; renunciaron a sus antiguas exijencias, que hacian tan costosa su amistad; concedieron grátis sus simpatías i su obediencia, i nos cedieron una porcion de territorio, llevando su frontera hasta la línea que forman los fuertes de Tucapel, Nacimiento i Santa Bárbara.

«Todo esto fué debido a la actividad, perseverancia i capacidad del jeneral Búlnes, que concibió i dirijió las infinitas i complicadas operaciones de esa última guerra, de dos años, con mano habilísima e incansable constancia. Pero, todo esto es poco repecto de otras ventajas que el fin de esa guerra trajo a la república en jeneral. No solamente se absorbian en esa interminable lucha, las mas gruesas sumas de la renta nacional, sino que la presencia de esos ejércitos, siempre armados i en actitud militante, ofrecia grave peligro a la libertad del pais, i un mo-

tor constante de guerra i revueltas intestinas. Así se vió que a su disminucion consiguiente, sucedieron los progresos de la renta que pudo aplicarse a mas útiles destinos i la cesacion definitiva de los tumultos anárquicos, casi siempre apoyados por divisiones del ejército nacional. Conviene notar que el ejército perdió esa actividad peligrosa, no solo por su disminucion, sino tambien por los arraigados hábitos de disciplina i subordinacion adquiridos, casi por primera vez, bajo la direccion séria i austera del jeneral Búlnes.

«A mas de estas ventajas, el resultado obtenido procuró a la república la facilidad de contraer su atencion a dos cuestiones de interes capital: la primera de honor i de interes que ya se resolvió, la segunda de interes i de honor que se resolverá mas tarde. Aludo en aquella a la cuestion del Perú, ventilada desde 1836, i en ésta a la gran cuenta presente para Chile, de la posesion definitiva i completa de su territorio interior. Todavía los indios araucanos tienen desposeido el patrimonio del estado de mas de mil leguas cuadradas de territorio, superficie equivate mas o ménos a una mitad de la Béljica. Los cuatro reinos italianos de Parma, Modena, Luca i Monaco no tienen juntos tanto territorio como el ocupado en Chile por los araucanos. Ese pais con sus poblaciones actuales, solo es una ciudadela de guerra, fecundo manantial de secuaces para las contiendas civiles, i suelo estéril para la industria i riqueza jeneral. La solucion de esta interesante cuestion, término principal del programa de cualquiera administracion chilena que en lo futuro se apellide progresista i civilizada; su solucion, decimos, cuenta ya con los mas bellos antecedentes, en los resultados obtenidos ántes de la guerra del Perú, bajo la direccion del jeneral Búlnes.»

Hemos alcanzado a la época, en que la espedicion del jeneral Blanco Encalada volvia de las playas del Perú, con el convenio de Paucarpata. Ya sabemos que ese tratado célebre, fué desaprobado por el gobierno de Prieto i que Búlnes fué nombrado jeneral en jefe del segundo ejército Restaurador del Perú. La aceptacion de ese puesto equivalia a jugar en una campaña incierta i desproporcionada, el crédito de su nombre i de su carrera. Hé aquí la terrible prueba que hemos querido trasmitir, en estas pájinas, al recuerdo de la posteridad.

El jeneral Búlnes tenia a la sazon 38 años i su reputacion rivalizaba ya, con las mas esclarecidas de la república. Sus servicios de toda especie habian sido siempre coronados de éxito, sin que una sola derrota empañase el brillo juvenil de su espada. Cúpole en suerte poner el sello a la obra de la independencia, esterminando en Vegas de Saldias las fuerzas de Benavides i en Pulanquen los últimos restos del poder español. Cabríale en breve el honor de levantar el crédito militar de Chile a una altura a que no habia alcanzado jamas, i poniendo despues su intelijencia al servicio de la paz, rejir durante diez años la suerte de la república. I luego, cambiando la toga del majistrado por la espada del militar, poner de nuevo su prestijio en la balanza de la legalidad i del órden público, que gracias a sus esfuerzos de esa época, ha llegado a radicarse en Chile i a desarrollar a su sombra bienhechora la libertad, que es hija de la paz.

CAPÍTULO V

Columna de Castilla.—Primeros trabajos de Gamarra en Lima.—Espedicion de La-Fuente al norte

Al rayar el alba del 22 de agosto, se notaba una ajitacion estraña en el campamento chileno. Los batallones, cubiertos con el polvo i manchados con la sangre de la víspera, iban a recibir el premio de su bravura i de sus esfuerzos, tomando posecion de la ciudad de Lima.

En las primeras horas de ese mismo dia, el ejército chileno desfiló tranquilamente, entre la portada de Guias i la de Guadalupe, soportando las miradas, a la vez irritadas i curiosas, de todas las clases de la poblacion. Las casas i azoteas se veian coronadas de jente, que llegaron a usar contra él de hostilidades de hecho sin sacarlo, por eso, de su actitud digna i decorosa.

Los partidarios de Santa Cruz hubieran deseado que se entregase a manifestaciones hostiles contra el pueblo de Lima, para justificar las acusaciones interesadas que propalaban contra su moralidad i disciplina. El ejército, léjos de cometer el menor abuso, desfiló con el mismo respeto con que hubiera podido hacerlo en Chile, un dia de formacion o de fiestas públicas.

La moralidad de la invasion chilena en el Perú, ha arrancado elojios a sus mismos enemigos. Lo que decimos de la segunda campaña, es tambien aplicable a la primera. El almi-

rante Blanco, pagaba caballerosamente la habitacion que elijió para sí en Arequipa i dió un terrible ejemplo de rigor, fusilando en las playas de Arica a un capitan de su ejército, por haberse hecho reo de un despojo, en los almacenes de aduana de aquel puerto. Del mismo modo procedió el almirante Postigo con el individuo de la escuadra que exijió arbitrariamente una contribucion de guerra a un comerciante de Huacho.

La represion de los jefes chilenos contra todo acto que pudiese menoscabar el crédito del ejército, fué ejemplar i rápida. Gracias a ella, pudo Búlnes recordar, con orgullo, al cónsul jeneral de Norte América «el ejemplo de moral i disciplina que la noche del 21 del pasado dieron (los chilenos) al mundo entero, al ocupar a Lima por asalto, i ésto apesar de que las tropas de las naciones que se tienen por mas cultas, en tales momentos de conflicto i de horror se entregan a excesos mui lamentables.»

Los estranjeros imparciales se apresuraron a añadir el testimonio de su aprobacion a esa conducta ejemplar, i el cónsul de los Estados Unidos, haciéndose el órgano de esa espresion de justicia, decia en su respuesta: «El insfrascrito, etc..., aprovecha esta ocasion para presentarle (al jeneral Búlnes) los mas altos testimonios del estado de disciplina i de moral que el señor comandante en jefe tan justamente merece, como tambien las fuerzas bajo su mando, despues de tomar la capital por asalto i durante su residencia en ella» (1).

La marcha del ejército chileno por las calles de Lima duró poco tiempo; pues habiendo salido nuevamente de la ciudad por la portada de Guadalupe, formó su campamento en la hacienda de Santa Beatriz. Aquel mismo dia marchó a Baquijano, en el camino del Callao, una division compuesta de los batallones Valparaiso i Portales, Carampangue i Aconcagua, del escuadron de Carabineros i de dos piezas de artillería, a cargo del ilustre soldado don José María de la Cruz. La situacion de esta fuerza, entre Lima i el Callao, tenia por objeto impedir la comunicacion de las dos plazas: evitar que la guarnicion del Callao cayese de sorpresa sobre el campamento chileno i que pudiese engrosarse con los fujitivos de Guias que vagaban a la

(1) Nota de 5 de setiembre de 1838.

sazon por los campos inmediatos a la capital. Al mismo tiempo salió la columna de Castilla, de que hicimos mencion en el capítulo anterior, con el objeto de cortar el camino del norte a los fujitivos, i de ponerse al habla con el jeneral Vidal, que manifestaba ideas benévolas respecto del ejército chileno.

A la sazon, el jeneral Búlnes, ocupado por múltiples atenciones, trataba de organizar en Lima una autoridad pública, que asumiese el poder en lo civil como él lo representaba en lo militar, i para que el nuevo gobierno fuese el resultado de una eleccion tan jeneral, como lo permitian las circunstancias, se apresuró a confirmar a los peruanos, en el mismo campo del triunfo, las promesas que les habia hecho, desde Valparaiso i desde Ancon.

«Estoi entre vosotros, les dijo, despues del triunfo que ayer obtuvo el ejército de mi mando sobre las tropas que condujo al combate la mas inaudita alevosía. Mi corazon no puede gozarse en una victoria comprada a costa de la sangre de los peruanos, que por un estravío fatal pelearon contra sus amigos i defensores.—Bien pronto vereis los documentos, que atestiguarán al Perú i al mundo entero, que he hecho cuantos sacrificios pueden hacerse, para evitar la cruenta escena de que este pueblo desventurado fué testigo. Me situé a media legua de los muros de esta capital, dispuesto a repetir mis ardientes deseos de entablar las negociaciones, que los intereses del Perú i Chile reclamaban imperiosamente; pero por una fatalidad de que vuestros mandatarios serán responsables ante el mismo cielo, se trabó la lid, partiendo los primeros tiros de las filas de los que defendian la plaza.

Limeños: Habeis presenciado la conducta de mis soldados en los momentos del triunfo; habeis visto a esos mismos soldados que la impostura os pintaba como una horda de frenéticos bandidos. *Os protesto solemnemente que no tendré la menor intervencion en vuestros destinos. Sois libres de elejir a vuestros gobernantes.*

Limeños: Tranquilizaos, volved a vuestras ordinarias ocupaciones, i estad seguros de que el ejército de Chile, será el sostenedor mas firme del órden i yo el primero en respetar las leyes e instituciones peruanas».—*Manuel Búlnes.*

Hubo muchos que acojieron las aseveraciones de su proclama, con la desconfianza natural del que ha sido víctima del engaño de sus mandatarios i ese pueblo, acostumbrado a ser siempre burlado, no alcanzaba a comprender que se pudiese oir la verdad, de boca de una autoridad militar. Su mismo esfuerzo para ser creido i la conformidad de todas sus palabras, eran consideradas como la espresion de un plan. «Trasportado, decia el jeneral Búlnes a su hermano, a un mundo nuevo en que se juega la mas artera e infernal política, tengo momentos de volverme loco. Este país acostumbrado a ser siempre engañado por sus mandatarios, vive de mentirosas ilusiones i rara vez cree lo verdadero.»

Apesar de la desconfianza que se le manifestaba, nada dejaba de hacer para devolver la tranquilidad a los espíritus. Con este objeto se dirijió, el mismo dia de la ocupacion de la capital, al Prefecto del departamento, como al representante mas elevado del poder civil, invitándolo a ejercer sus funciones con la misma independencia que tenia ántes de la batalla de Guias i al pueblo de Lima a elejir en completa libertad el gobierno de su agrado (1). Fué mas léjos aun, en sus manifestaciones de paz i de cordialidad, pues devolvió espontáneamente al Prefecto de Lima, por medio del coronel don Juan Crisóstomo Torrico, los prisioneros de Guias.

La capital continuaba entretanto en acefalía: el jeneral Or-

---

(1) Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador del Perú.—Lima, 22 de agosto de 1838.—Al señor Prefecto del Departamento.—Cuando me dirijia con el ejército de mi mando, a situarme a media legua de esta capital, con el objeto de manifestar al Señor Presidente provisorio mis constantes deseos de allanar los obstáculos que impedian llevar a efecto la convencion interrumpida por la declaracion de estar rotas las hostilidades por parte del gobierno provisorio, las tropas que ocupaban la capital se avanzaron i atacaron como enemigo a un ejército, que tenia sobrados títulos para ser tratado como un aliado natural.

Desgraciadamente, se empeñó la lucha i su resultado, despues de algunas víctimas, ha sido la derrota de las tropas mandadas por el Jeneral Orbegoso i la fuga de este.

En este estado debo dirijirme a V. S. *para que por su medio sepa el pueblo limeño i todo el departamento, que la mision confiada por el Gobierno de Chile al ejército Restaurador, es destruir el poder ominoso del jeneral Santa Cruz, i de ningun modo mezclarse en la política de este pais.*

En esta intelijencia V. S. puede disponer que las autoridades establecidas ejerzan sus funciones, hasta que la nacion, en uso de su soberanía, delibere sobre su suerte futura, en la seguridad de que yo i el ejército chileno respetaremos sus resoluciones.—*Manuel Búlnes.*

begoso estaba oculto, aguardando una ocasion oportuna para trasladarse al Callao; Nieto se habia encerrado en las fortalezas i solo quedaba en Lima el Prefecto don Manuel Rodriguez Piedra que, por el mal estado de su salud, no habia podido huir de la capital.

La municipalidad i el Cabildo eclesiástico, únicas corporaciones que estuviesen en estado de funcionar, se reunieron con algunos vecinos i declararon restablecida la constitucion de 1834, es decir, que hicieron volver repentinamente al Perú al réjimen anterior a la revolucion de Salaverry. Con arreglo a aquella lei fundamental, correspondia la presidencia del Estado, al jeneral don Luis José Orbegoso i en su defecto, al anciano vice-presidente del Consejo don Manuel Salazar i Baquijano, conde de Vista florida. La residencia de Orbegoso era desconocida. Creíasele jeneralmente en el Callao, a pesar de que aun permanecia oculto en Lima, saboreando el pan del proscrito en el seno de su patria i de su ciudad natal. En su defecto se dirijieron a Salazar i Baquijano, que era el designado por la lei; pero Salazar *que preferia el destierro al gobierno,* habia salido de su casa, por no apersonarse con la comision. El acuerdo le fué comunicado por escrito. El se escusó de aceptarlo, alegando que no le era lícito desempeñar un puesto, sin dar cuenta a la nacion de lo obrado en el anterior.

Estos fútiles pretestos, no estaban a la altura de las circunstancias, ni eran dignos del encumbrado ciudadano designado para remediar los peligros de esa angustiosa situacion. El jeneral Búlnes, que no aguardaba semejante respuesta, habia enviado un ayudante a significarle su respeto hácia toda autoridad que emanara de la voluntad nacional. El enviado no anduvo mas afortunado que la comision, lo que añadido a su débil i fugaz escusa, hizo creer que su carácter no estaba a la altura del cargo que se le ofrecia i que su conducta fuese tenida, a lo ménos, por estraña i pusilánime.

Toda esa noche permaneció Lima en una situacion aguda e indecisa, sin mas autoridad que una guarnicion chilena, encargada del mantenimiento del órden. El resto del ejército continuaba acampado en Santa Beatriz, excepto la division de Cruz, que ocupaba ya su puesto de honor i de sacrificio al pié de las

fortalezas del Callao, comenzando asi el sitio memorable que debia durar mas de dos meses.

Recibida la renuncia de Salazar, la Municipalidad se reunió nuevamente con las corporaciones que la asistieron en su primer acuerdo i designó con ellas, la autoridad suprema de la república. Este honor recayó en el gran mariscal de Piquiza, don Agustin Gamarra, que habia acompañado al ejército restaurador desde Chile i que era sin disputa la personalidad mas remarcable entre los emigrados peruanos. Su larga i tempestuosa vida política lo señalaban desde tiempo atrás a la atencion de la América i su talento, a la vez que su prática administrativa le creaban una posicion excepcional entre sus compañeros de destierro i de emigracion. Su eleccion tenia todo el aparejo legal que aquel momento permitia, pues no indicando la constitucion de 1834 quien debiera suceder al vice-presidente en su ausencia o negativa, los electores quedaban en libertad de designar a cualquier ciudadano. Gamarra aceptó el puesto con la seguridad del marino avesado a las borrascas, o del mandatario acostumbrado al peso de situaciones tan graves. El nuevo Presidente, cuyo poder provisorio duraria hasta la reunion de un congreso, ofreció el olvido de todo lo pasado, e invitó a la union a todos los peruanos (1).

Háse dicho que la eleccion del jeneral Gamarra fué solo un espediente, dirijido a encubrir, con un manto de legalidad, la designacion arbitraria hecha por el jeneral Búlnes i se le ha reprochado, en todo tiempo, su informalidad. El nombramiento de Gamarra, léjos de ser un motivo de satisfaccion para Búlnes, contrariaba espresamente un precepto de sus instrucciones. «V. S. no debe permitir, *dicen testualmente,* que ninguno de los emigrados peruanos que acompañan a la espedicion, intrigue a fin de ser elejido por los pueblos como cabeza de un Gobierno Supremo.» «Ademas de eso, agregan, apareciendo dueño de la autoridad uno de los jefes emigrados, la nacion peruana creerá que es un candidato protejido por Chile i podrá mirar con prevencion nuestras intenciones en la presente contienda, i aun los mismos jefes que están a las órdenes de Santa-Cruz, no tendrán estímulo para abandonar las banderas

(1) Lima, agosto 25 de 1838.

enemigas viendo ocupado el puesto que pudiera escitar su ambicion.

«Estos graves intereses deben hacer que V. S. duplique toda la vijilancia, sagacidad i enerjía de que sea capaz, para impedir que ninguno de dichos emigrados se apodere del poder supremo, salvo las circunstancias estraordinarias que pueden ocurrir.»

La designacion de Gamarra contrariaba este encargo terminante, i apesar de que el jeneral Búlnes conocia los méritos superiores que adornaban su alma de mandatario i de soldado, no hubiera podido favorecer una eleccion que pugnaba con sus instrucciones. Por consiguiente, ese nombramiento léjos de ser una prueba de su intervencion en los negocios internos del Perú, lo es de su prescindencia i neutralidad. Es justo agregar, que despues de la separacion de algunos ilustres emigrados en Ancon, i de la renuncia de Salazar i Baquijano, no habia mas candidato posible a la presidencia del Perú, o mas bien, de Lima, que el jeneral Gamarra.

Por lo que toca a la informalidad de su eleccion, si bien es cierto que no está revestida de todos los requisitos indispensables en una época tranquila i normal, es tan legal como lo permitian las circunstancias. No incurriremos en el error de juzgar este hecho conforme a la práctica normal de los pueblos representativos, porque ello equivaldria a confundir la guerra con la paz. En aquel momento el Perú estaba despedazado por cinco mandatarios, que se disputaban mútuamente los jirones de su antiguo poder i la voz de la Restauracion no era escuchada sino en la ciudad de Lima. Faltaban a la capital sus ordinarias autoridades i encontrábase de improviso sin gobierno ni lei. Sus vecinos mas pudientes habian huido al estranjero o a las provincias, arrastrando consigo la influencia i la autoridad; quedando en Lima, solo la Municipalidad i el Cabildo Eclesiástico. Exijir, en ese momento, las formalidades legales de una eleccion, valia tanto como condenar a la ciudad de Lima a permanecer sin autoridad nacional, hasta que el resto del Perú pudiese contribuir a ella, u obligar al ejército chileno a tomar durante ese largo intérvalo el mando político i militar de la capital.

Esa forma de eleccion era, pues, la única posible dadas las circunstancias en que se efectuó.

El jeneral Gamarra, o mas propiamente sus electores, no hicieron tampoco una revolucion; recojieron el poder abandonado por Orbegoso entre los despojos de Guias. De este modo se creó en Lima el gobierno nacional de que tanto necesitaba el jeneral Búlnes, para armonizar los intereses de la política con las necesidades de su ejército.

Antes de conocer los resortes de la nueva administracion, sepamos qué pasaba en las fortalezas del Callao, donde su altivo Gobernador, el coronel Guarda, habia conseguido comumunicar a los suyos la enerjía que rebosaba su alma de soldado.

El mismo dia del desastre de Guias, el jeneral Nieto se encerró con el batallon 1.° de Ayacucho en esa plaza histórica i rebelde donde se le reunieron algunos soldados fujivos. Sus orgullosas almenas, que solo una vez han escuchado el grito de victoria de sus asaltantes, eran a la sazon una amenaza para los vencedores de Lima o por lo ménos un obstáculo para sus ulteriores operaciones. Mandaba la plaza el coronel don Manuel de la Guarda, soldado intrépido i empecinado, cuya niñez se habia deslizado en los azares i en las glorias de la guerra de la independencia; era su segundo, el coronel don Francisco Javier Panizo.

Díjose entónces i despues, que cuando, en la noche del 21, se presentó el jeneral Nieto a golpear las puertas de fierro del castillo, el coronel Guarda descontento con su conducta de aquel dia, se negó a reconocer su autoridad, si bien recibió el batallon que conducia, lo que obligó a Nieto a retirarse al Norte con algunos oficiales que le permanecieron fieles. Sea o no cierta esta version, Nieto salió del Callao en aquellos mismos dias en un buque mercante que lo condujo a Supe. Allí trabajó inútilmente por sublevar la opinion del Norte del Perú contra el ejército chileno; pero ni su prestijio, ni el título de Presidente delegado que decia tener de Orbegoso, fueron bastantes para producir el menor entusiasmo por su causa.

La situacion política de esas provincias no estaba bien definida. Disputadas alternativamente por la influencia de Nieto i de Vidal, no sabian si plegarse al ejército chileno a quien temian o a la Confederacion que les era aborrecible. Tampoco

podian olvidar que con su concurso espontáneo, se habia fraguado el arma que arrojó a Santa-Cruz del Norte del Perú, ni podia ocultárseles que detras del ejército peruano asomaban su cabeza amenazante las divisiones bolivianas.

Estas consideraciones contrariaban los esfuerzos de Nieto. Sus efímeras autoridades no encontraban apoyo ni obediencia i nadie pagaba las contribuciones con que debia ponerse en pié de guerra el ejército que se proponia formar. De Supe pasó a Pativilca, donde se hallaba a la sazon el jeneral Vidal con cien hombres. Allí permaneció solo el tiempo necesario para nombrar un comandante militar, con órden de imponer a la provincia una contribucion de guerra de 50,000 pesos i de doscientos caballos, i él se dirijió a Trujillo, cuyo prefecto era el coronel don Juan Bautista Mejía.

En aquellos mismos dias, el jeneral Lafuente era nombrado en Lima Jeneral en jefe del ejército nacional, designacion que se daba en los papeles oficiales de la nueva autoridad, al ejército en proyecto que se trataba de formar. Lafuente se trasladó a Trujillo a remover las autoridades nombradas por Orbegoso i a contrapesar la influencia de Nieto. Esas provincias desgraciadas, que debian soportar todo el peso de la guerra, era el teatro en que se jugaba la lucha de superioridad i de influencia entre los partidarios de Santa-Cruz i de Chile.

Nieto habia conseguido agrupar a su alrededor una pequeña division con que se puso en marcha para Trujillo. Sus fuerzas improvisadas se componian de una columna de infantería i de algunos húsares de caballería medianamente armados. Al mismo tiempo daba órden al batallon cívico de Cajamarca que marchase a reunírsele a Trujillo, i con esos elementos creia ya tener un núcleo respetable de fuerza i de asimilacion. Desgraciadamente para su causa, los soldados estaban ajitados por las mismas zozobras que preocupaban a todo el Nor-Perú, i si bien algunos habian acudido al llamamiento de su antiguo jeneral, no era por cierto para servir de nuevo a los planes del Gobierno de Bolivia.

Algunos partidarios influyentes de la Restauracion esplotaron este sentimiento i consiguieron introducir la desconfianza en los mismos cuarteles, en que se reclutaba el nuevo ejército. El batallon de Cajamarca se negó a obedecer i la sublevacion

cundió hasta en la tropa que conducia Nieto. La columna trabajada por los partidarios de la causa de Chile, se manifestaba reacia i descontenta. Declaróse el antagonismo entre las fuerzas de caballería i las de infantería, que vinieron a las manos en Virú, cerca del rio Santa. Despues de un combate corto los húsares pusieron en fuga a la infanteria i marcharon en seguida a Trujillo a ofrecer sus servicios al jeneral Lafuente. Nieto, abandonado de todos, se embarcó en Santa con rumbo aparente a Guayaquil.

La situacion del Perú era, a la sazon, mas crítica que en ningun otro momento de su borrascosa historia: destrozado por las facciones, soportando sobre sus hombros estenuados el peso de dos ejércitos formidables; disputado por cinco presidentes que le exijian alternativamente el concurso de su sangre i de su fortuna! Nieto, con el carácter de Presidente provisorio, recorria las provincias del Norte en demanda de brazos i de dinero: Orbegoso, encerrado en el Callao, separaba de la gran unidad nacional ese puerto industrioso e importante: el mariscal Riva-Aguero, nombrado por Santa-Cruz presidente del Estado Nor-Perú en contraposicion a Orbegoso, permanecia en Jauja, dominando con las divisiones bolivianas la Sierra, sus pueblos i riquezas: Gamarra, dueño de Limá. tenia que atender a las necesidades de su propio puesto i del ejército chileno: el jeneral Tristan desempeñaba la Presidencia del Estado Sur-Perú, i dominando a todos, escepto a Gamarra, el jeneral Santa-Cruz, que estaba en el Cuzco haciendo desfilar los batallones que marchaban a Tarma, donde iba a situarse el cuartel jeneral boliviano. Dejamos a una de estas raquiticas autoridades fuera de la escena; pero sin que las provicias que lo arrojaron de sí abandonasen su antigua desconfianza contra la causa de Chile. Tal era mas o ménos la situacion del Perú al dia siguiente de Guias!

Dijimos en otro lugar que el jeneral Castilla habia salido de Lima, con una columna compuesta de un escuadron de artillería i de dos compañías del batallon Santiago. El primer dia de marcha alojó en Chacra de Cerro, en el mismo sitio en que el ejército chileno, habia flanqueado la division de Nieto. Entre tanto los dispersos de Guias, huian en todas direcciones, siguiendo en grupos reducidos el camino de sus respectivos pue-

blos. Castilla, cuya mision era mas bien política que militar, hacia lo posible por comunicarse con el jeneral Vidal i con los jefes peruanos que tenian influencia en la opinion de las provincias del Norte. De Chacra de Cerro pasó a la hacienda de Caballero, que está situada en el camino de Chancai, donde permaneció algunos dias reuniendo caballos para montar a los soldados de infantería, que por su falta de calzado no pudiesen (1) resistir a las marchas de a pié.

Pero si su comision era de paz lo era tambien de vijilancia, i en Caballero redujo a prision a los señores Ross, Hercelles i Rodriguez, cuya influencia en el norte i comprometimientos con Orbegoso, podian traer sérios perjuicios a la causa chilena (2).

Rodríguez se comprometió a ayudarle en su comision i a suministrarle recursos, en cambio de su libertad, a lo que accedió Castilla enviando al efecto a Chancai al coronel Lerzundi, con 50 soldados de caballería, para recibir lo convenido. Entre tanto continuaba su marcha a Huacho, llevando a caballo una parte de su desnuda infanteria. Asistido eficazmente en Huacho, por el chileno don José Toribio Perez, entabló comunicaciones con el jeneral Vidal i con el Prefecto Mejía.

Sus trabajos oportunos contribuyeron, en gran manera, a desbaratar los planes del jeneral Nieto, provocando en su ejercito la rebelion que lo condujo al estranjero. Al mismo tiempo solicitaba una conferencia de Vidal, que no tuvo lugar por haberse marchado éste a Huaraz, i obtenia del coronel Mejía, Prefecto

(1) «La infantería se halla mui maltratada, decia Castilla a Búlnes; una parte de ella sin zapatos i como no tiene mas que el vestuario blanco que traen en el cuerpo, lleno de mugre, no se pueden hacer muchas marchas con ellos».—Carta de Castilla a Búlnes.—Caballero, 27 de agosto de 1838.

(2) «Anoche tomé a los señores Ross, Hercelles i Rodriguez que dicen marchaban a sus haciendas del Convento i Guaito. Como estas personas son bien conocidas, las puse en seguridad inmediatamente: en ella permanecen, escepto el último que me ha hecho ofrecimientos de caballos e influir para la reunion de los dispersos en Chancai. Como este no tiene, segun entiendo, compromisos como los otros, me ha parecido conveniente que nos sirvamos de él, i acaba de marcharse a Chancai.

«Voi a mandar al coronel Lerzundi con dos mitades de caballería, para el cumplimiento de lo que Rodriguez ofrece i ver si puede hacer algo relativamente a lo que Ud. se propuso al hacer salir esta tropa. Yo permanezco aquí cerrando este camino i esperando las órdenes de Ud. i las noticias de Lerzundi para obrar conforme a ellas.»—Carta de Castilla a Búlnes.

de la Libertad, su adhesion leal a la causa de la Restauracion. Estos intelijentes trabajos, que decidieron en favor del gobierno de Lima a los hombres mas influyentes del Nor-Perú, contribuyeron a arrebatar a Nieto el resto de prestijio que le quedara en esas provincias. La cooperacion de esta parte del Perú, sirvió para modificar la opinion del resto del pais sobre la empresa de Chile i para habilitar al ejército chileno un campo de retirada, en que habia de encontrar ántes de mucho, una opinion benévola, un clima favorable i por fin la victoria.

Allí permaneció Castilla hasta fines de setiembre, trabajando el espíritu de los pueblos, e invitando fraternalmente a la concordia a hombres i causas que jamás debieron marchar separados. Poco despues volvió a Lima a desempeñar el ministerio de la guerra, puesto que le designaba el nuevo gobierno en premio de su intelijencia i servicios.

Entretanto, Lima permanecia envuelta en un círculo de fuego i de hostilidad: atacada de un lado por las fortalezas del Callao, del otro por las fuerzas bolivianas de la Sierra; sus alrededores sembrados de montoneras i de guerrillas, a que daba vida, en el Sur, el Escuadron de Húsares de Junin. Esta guerra incoherente i mortífera, era dirijida, desde el Cuzco, por la hábil i poderosa mano del jeneral Santa-Cruz. El Protector utilizaba ademas su permanencia en el Cuzco, comunicándose con Orbegoso i ofreciéndole que las cuestiones suscitadas por la revolucion de julio, serian arregladas por el voto libre del Perú, despues de la partida de los chilenos. Orbegoso, que habia sido víctima tantas veces de promesas análogas, creyó nuevamente en su palabra, sin imajinarse que existia un tratado secreto para hacerlo abandonar la presidencia del Perú. La resistencia de las fotalezas del Callao, si bien no podia causar temor al ejército chileno, lo obligaba a permanecer inactivo en Lima.

La plaza del Callao representó un papel negativo durante la ocupacion de la capital. Su guarnicion era demasiado escasa para correr el albur de una batalla; pero bastante fuerte para que el jeneral Búlnes tuviese que contar con ella, ántes de emprender cualquiera operacion de importancia.

La division boliviana de Tarma constaba, a la sazon, de 4

batallones de infantería i de un escuadron de caballería. La calidad de la tropa i sus jenerales, a la vez que sus formidables posiciones, duplicaban su poder i su fuerza.

Santa-Cruz, que era el alma de esta lucha, en quien todo converjia, ejército, finanzas, administracion, i que todo lo abarcaba con sus admirables cualidades de organizador, permanecia el Cuzco. Habia pedido a Bolivia la flor de su ejército, que venia ya en camino, i organizaba a gran prisa en las provincias del Sur del Perú i en Bolivia nuevos batallones, para completar la guarnicion de los pueblos; para aumentar el ejército del Centro, que mandaba Cerdeña, i el del Sur, colocado a las órdenes de Braun.

Orbegoso entretanto, reducido a la impotencia, resistia todavía en nombre de la Independencia del Perú entre esos dos ejércitos formidables!

En la parte del Sur dominaba, sin contrapeso, el Escuadron de Húsares de Junin, que al favor de su movilidad recorria las provincias de Ica, de Cañete i de Pisco sembrando por doquier el odio i la hostilidad contra los vencedores de Guias.

Tal era la situacion jeneral del ejército chileno i los peligros que le circundaban en Lima. Hasta ese momento la causa de la Restauracion no salia de los muros de la capital, i si bien no carecia de adhesiones aisladas en el resto del Perú, ninguna parte del pais se habia sacudido todavía del poder de sus antiguos dominadores.

Ya es tiempo que dirijamos la vista a Chile, que seguia con mirada inquieta las peripecias de la lejana lucha.

En el mes de setiembre fueron conocidos en Valparaiso los sucesos que mediaron entre el desembarco i la ocupacion de Lima, i algunos dias ántes se habia sabido el pronunciamiento de los pueblos del Norte contra la dominacion del jeneral Santa-Cruz. Esta noticia fué acojida en toda la República con la misma alegría que despertó en la escuadra espedicionaria. La revolucion del Nor-Perú fué considerada tan ventajosa para nuestra causa como un triunfo propio, i así hubiera sido, si una fatal obstinacion no se hubiera negado a abrir las puertas de la paz al ejército que era su aliado natural.

El Gobierno chileno creyó, desde ese momento, que podia contar con el concurso del Perú, i que el ejército peruano que

habia acompañado a Santa-Cruz, abandonaria a la voz de sus jefes las banderas confederadas. El desengaño fué naturalmente mas cruel cuando se tuvo conocimiento de la accion de Guias. Abandonando por fin toda ilusion respecto de la cooperacion del Perú, se percibió el peligro en toda su intensidad. Solo entónces comprendió el Gobierno que no debia confiar sino en sus propios recursos, i fué entónces, cuando haciendo un vigoroso esfuerzo sobre sí mismo, preparó la partida de una division ausiliar de 800 hombres i de 200 caballos, mandada por el comandante don Isaac Tomphson.

En esos mismos dias la poblacion de Valparaiso presenció el embarque de la division, en los buques *Rancagua*, *Isabel* i *Azardoso* que la condujeron al Perú (1).

En el mismo convoi, marcharon a Lima, don Mariano Egaña i don Miguel de la Barra con comisiones importantes que no tardaremos en dar a conocer.

Junto con el envio de este refuerzo el gobierno anunciaba al jeneral Búlnes, que estaba dispuesto a hacer todos los sacrificios necesarios para salir airoso de la empresa en que se habia comprometido i que quedaba adiestrando el batallon cívico de Chillan, para enviárselo en el momento necesario (2). Esta firme resolucion debió contribuir a fortalecer el espíritu del jeneral en jefe, rodeado a la sazon en Lima de las mas graves preocupaciones políticas i militares.

La misma escuadrilla que conducia a los ausiliares llevaba a Búlnes un caballo de batalla que le enviaba el gobierno de Chile, en testimonio de su aprobacion, por la manera como habia conducido las negociaciones que precedieron a la accion de Guias i por su conducta en esta batalla (3).

---

(1) El número de reclutas era de 650 i en Valparaiso llegó a 800 por habérsele agregado 150 voluntarios que allí tomaron servicio.

(2) Nota del gobierno a Búlnes, 6 de octubre de 1838.

(3) Santiago, octubre 5 de 1838.—Por los partes de V. S. de 22, 23, 26 i 30 de agosto último, que he elevado a noticia del Presidente, se ha impuesto S. E. de los inesperados sucesos que han ocurrido en el norte del Perú desde el arribo de V. S. a sus costas.

S. E. ha visto, con no ménos indignacion que dolor, la conducta del Presidente Provisorio, jeneral Orbegoso, que sucesivamente perjuro a todas las causas, ha coronado la larga serie de sus infidencias, comprometiendo la suerte de su patria en la desatinada guerra que ha hecho a la Espedicion Restauradora.

El jeneral Orbegoso es el único responsable de la sangre de los defen-

El gobierno de Chile se hizo esta vez el órgano de la opinion nacional. La prensa de todo el pais aprobó, con entusiasmo, la conducta del ejército chileno, en los difíciles dias que mediaron entre el desembarco i la ocupacion de Lima; alabó unánimamente la circunspeccion con que se habian dirijido los debates i el valor i moderacion del ejército en el asalto de la ciudad. Ya conocemos las principales líneas de la inmediata situacion creada al Perú i al ejército chileno por la batalla de Guias. Réstanos determinar la posicion respectiva del ejército vencedor con el gobierno de Gamarra.

El ejército de Chile no ocupaba a Lima como conquistador. Su primer paso despues de la ocupacion de la capital, habia sido un acto de sumision a la autoridad establecida. Enviado al estranjero a combatir al jeneral Santa-Cruz, su mision no

sores de la independencia peruana, forzados por él a esgrimir unos contra otros las armas que debieron haberse dirijido esclusivamente contra el enemigo comun.

En medio de tan amargo sentimiento, el Presidente ha visto con la mayor satisfaccion todos los pasos dados por V. S. desde su desembarco, ya para ponerse en armonía con el gobierno peruano, ya para proveer a la ejecucion de la grande empresa encargada a V. S.

En cuanto a lo primero, S. E. es de opinion que la conducta de V. S. ha sido un modelo de leal franqueza, moderacion i dignidad, i me es grato añadir que esta es la voz unánime de los chilenos i de los estranjeros imparciales.

Perdida toda esperanza de reconciliacion con un hombre que traicionaba sus deberes mas sagrados, haciéndose instrumento ciego de los ajentes del jeneral Santa Cruz, se vió V. S. en la dura necesidad de hacerse justicia con las armas, i sus operaciones bajo este segundo aspecto han merecido igualmente la aprobacion universal. La victoria de 21 de agosto ha añadido un nuevo timbre a las armas chilenas, i el Gobierno vé en ella un feliz presajio de los sucesos gloriosos que deberá la República a la acertada direccion de V. S. a su denodado patriotismo, i al de los oficiales i tropa que manda.—V. S., a nombre de la Patria i del Presidente lo espresará así a todos los individuos del Ejército.

Iguales demostraciones hará V. S. al jefe de la Escuadra Nacional i a las personas empleadas en ella, por los servicios que han prestado a la República, i especialmente a los que en la brillante accion del 14 se apoderaron de los últimos restos de las fuerzas navales del enemigo.

El gobierno está profundamente penetrado de la magnitud de la obra que le ha confiado a V. S., i no se le ocultan las dificultades de todo jénero que le cercan, pero al mismo tiempo está seguro de que nada habrá insuperable a la bizarría de los chilenos estimulada por esas dificultades mismas i por la recompensa de gloria que les espera.

La República, la América tienen fijos los ojos en el Ejército Restaurador: el gobierno dirijirá toda su atencion a sostenerlo con oportunos ausilios, i la justicia de la causa que defiende le asegura la proteccion del cielo.—Dios guarde a V. S.—*Joaquin Tocornal.*—Al Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador.

podia estenderse hasta el Perú, sino en cuanto fuese un lugar de tránsito para llegar hasta su enemigo. El ejército se consideraba en guerra con el Protector, i no con el Perú, i por eso su política respecto de los peruanos fué siempre pacífica i conciliadora. En todo el curso de la campaña revistió solamente el carácter de ausiliar del Perú, en la reconquista de su independencia i si en la batalla de Guias midió sus armas con el ejército peruano, fué porque, en esos momentos, Orbegoso habia unificado su causa con la del jeneral Santa-Cruz. El ejército Restaurador se encontró en ese época en una situacion análoga a la que tuvo el ejército de Colombia en 1826 o a la que atravesó el Perú cuando mantuvo en su seno al ejército ausiliar de San-Martin en 1820.

Pero si el ejército chileno respetaba la independecia del gobierno peruano exijia tambien el respeto de la suya. El jeneral Búlnes tenia sobre sus soldados todos los derechos privativos de su puesto, sin que nadie pudiese intervenir en su economía, organizacion, etc. En las operaciones de la guerra, en las marchas, en el plan de campaña, en todo aquello que pudiera afectar a su propia responsabilidad, al honor de sus soldados o al éxito de la guerra, Búlnes obraba en completa independencia. Responsable como era ante la nacion por el resultado de la campaña, era óbvio que tuviese un poder incontestable para dirijirla; no se comprende la responsabilidad sin la libertad de accion. Pero si ambos conservaban su libertad recíproca, el gobierno peruano estaba ligado al ejército chileno por las obligaciones naturales que ligan a un país con un ejército ausiliar, como son, alimentarlo, vestirlo, alojarlo; en una palabra, satisfacer las necesidades de su vida. El ejército chileno habria podido proporcionarse todo esto por sí mismo en la capital como en el resto del país; pero corria el peligro de confundir su causa con una verdadera invasion.

Con lo dicho creemos dejar definida la posicion del Ejército Restaurador respecto de la administracion peruana. Réstanos conocer la manera como llenaba el jeneral Gamarra los deberes de su nueva situacion. La primera de las obligaciones del reciente gobierno de Lima, era crear fuerzas nacionales para apoyar las operaciones del ejército chileno. Con este objeto habian salido de la capital comisiones militares al norte i sur de la

república, encargadas de conquistar la adhesion de los pueblos i de obtener de ellos soldados i recursos.

Tales eran las obligaciones mutuas que pesaban sobre el gobierno de Gamarra i sobre el ejército de Chile. A mas de estos deberes imperiosos, Gamarra tenia que atender a las necesidades peculiares de su puesto. Veámosle en esta tarea complicada i difícil, desplegando todos los recursos de su talento político i administrativo.

Pudiera creerse que las medidas políticas de su administracion, salen del marco esclusivamente militar a que hemos resuelto ceñirnos; pero si se piensa en la estrecha relacion que existe entre la guerra i las finanzas, por ejemplo; en el apoyo que una buena política presta a una causa militar, se comprenderá la necesidad de conocer los medios de que se valía el jeneral Gamarra para fortalecer en el Perú la causa del ejército chileno.

Gamarra organizó su gobierno, sin pérdida de tiempo, i en la designacion de sus ministros comenzó a dar pruebas del espíritu de conciliacion que llevaba al poder. Su blandura con los antiguos partidarios de Orbegoso hacia contraste con las medidas de rigor que empleaba con los de Santa-Cruz, demarcando así la separacion que se esforzaba por hacer el Ejército chileno entre peruanos i protectorales. Su ministerio quedó compuesto del modo siguiente: don Manuel Ferreyros ocupó el ministerio de hacienda; don Bernardo Soffia interinamente el de la guerra, i don Benito Lazo, ministro del último gabinete de Orbegoso, fué designado para el de gobierno i de relaciones esteriores. Soffia fué remplazado por el jeneral Castilla algun tiempo despues.

Gamarra creyó que este ministerio de trabajo i de conciliacion seria el núcleo de union de todos los peruanos. Cada uno de los designados tenia antiguos títulos que exhibir; todos una vida corrida en los azares de la política i un cabal conocimiento de los hombres i de las cosas del Perú. Pero el nombramiento mas importante fué el del jeneral don Antonio Gutierrez de La-Fuente, como jeneral en jefe del ejército peruano.

El jeneral don Juan José Salas fué enviado algunos dias despues a restablecer la tranquilidad turbada en los valles de Ica, de Cañete i de Pisco i a fomentar la creacion de tropas peruanas. Sus operaciones que tuvieron lugar, casi simultaneamente

en el norte i en el Sur, prepararon las que debia iniciar en mayor escala el Ejército Restaurador i en este sentido, tienen tambien su lugar en el cuadro de la campaña. Las daremos a conocer en breve. Bástenos, por ahora, mencionar estos dos nombramientos que figuran entre los actos mas importantes del nuevo gobierno de la capital.

Entretanto, luchaba Gamarra con toda clase de dificultades para alimentar i vestir al Ejército Restaurador. Su situacion en Lima era difícil i precaria. El pueblo limeño que és talvez, entre todos los de América, el que rinde mas culto al lujo aparatoso i fantástico, echaba de ménos el antiguo fausto del jeneral Santa-Cruz i lo comparaba con la pobreza i afanes que mecian la cuna de la nueva autoridad. El recuerdo del Protector, que llevaba consigo el rango, la fortuna i los honores, en el sistema político que habia fabricado para su uso, no podia ménos que contrastar desfavorablemente en su espíritu impresionable i movedizo. Añadíase a ésto, el rencor inestinguible que se abrigaba en el alma de los partidarios de Orbegoso, contra el ejército de Chile.

En cambio de estos recuerdos de antigua fortuna si bien de antigua humillacion ¿qué se ofrecia hoi a su vista? Un gobierno luchando con la pobreza, pidiendo, de todos lados, el pan para el ejército que le servia de apoyo. Este descontento obligaba al jeneral Gamarra a redoblar su astucia i afabilidad con el pueblo que tan reacio se manifestaba a secundar su causa. Por eso, no se contentó con la prueba de benignidad que habia dado en la formacion de su gobierno sino que, para demarcar mejor las miras conciliadoras de su política, hizo que sus ministros se dirijesen a los hombres mas conspicuos del partido vencido, evocando los recuerdos de una gloria comun, e invitándolos a la union. El mismo se dirijió a Orbegoso ofreciéndole que tomase su puesto en cambio de ciertas condiciones, que no fueron aceptadas (1).

---

(1) «1.ª Que mantendria en vigor la proclamacion que se ha hecho de la constitucion i el establecimiento de los cuerpos ya organizados, i los que deben convocarse en seguida.

«2.ª Que declarará solamente la guerra al usurpador del Perú hasta lanzarlo del territorio de la República, i reducirlo a la impotencia de hacer una nueva invacion.

«3.ª Que dicha guerra se hará en alianza i combinacion con el ejército

Pero, si el jeneral Gamarra no estaba dispuesto a ceder voluntariamente a su rival su penoso i envidiado cargo, se esforzaba, de todos modos, por ganar a su causa a los que permanecian en actitud hostil. Con este objeto hizo escribir, oficial i privadamente, a los jefes que no le eran adictos usando alternativamente palabras de rigor de clemencia. Al mismo tiempo que los llamaba al servicio i a la reconciliacion conminaba, con terrible penas, a los vencidos de Guias que no se presentasen a la autoridad de Lima (1).

Pocos dias despues los invitaba nuevamente a la union (2).

---

de Chile, segun las convenciones amigables que al efecto se acuerden, en atencion a que el Perú no puede presentar por ahora las fuerzas suficientes para batir al enemigo por sí solo.

4.ª Que no llamará al despacho de los ministerios ni a los destinos que tengan relacion con la política del pais a los ajentes o adictos conocidos del jeneral Santa-Cruz.

(1) Decreto de 26 de agosto, Lima.

(2) El ciudadano Agustin Gamarra, Gran Mariscal, Presidente Provisorio de la República.—Considerando:—I. Que la reconciliacion jeneral de los peruanos, es entre las atenciones del gobierno, una de las que mas seriamente ocupa sus conatos.

II. Que la administracion provisoria está decidida a no renunciar medio alguno que coadyuve a tan laudable fin, pues los principios que han de reglar su conducta son los mas fraternales i francos.

III. Que el gobierno quiere remover cuantos obstáculos pudieran detenerle en la senda de la union, estinguir todos los jérmenes de discordia, i hacer desaparecer los recuerdos i los testimonios de las desavenencias i agravios que han atormentado a la República:

I deseando ardientemente que los peruanos que han pertenecido a la carrera de las armas, i en sus familias respectivas, reine una union sincera i cordial, que destruya las quejas i las recriminaciones abortadas por las guerras civiles: bien satifecho de que la representacion nacional aprobará las providencias del gobierno con tan importante objeto; he venido en decretar lo siguiente:

«Art. 1.° Habrá entre todos los militares peruanos un olvido recíproco inviolable de las discordias i luchas en que desgraciadamente se han visto envueltos.—Ninguno recordará, en adelante, el partido a que perteneció en las contiendas domésticas, ni reprobará la conducta de sus compañeros, cualquiera que haya sido el gobierno u opiniones que hubiesen defendido.

«Art. 2.° Todos los militares peruanos, que de cualquiera procedencia se hubiesen presentado al gobierno, en comprobante de sus deseos por la union i por libertar a su patria del yugo estranjero, son reconocidos en los empleos i grados que hubiesen disfrutado, exhibiendo sus credenciales que servirán de regla para sus antigüedades. Todos tienen derecho a las colocaciones i mandos de su profesion, conforme a su mérito.

«Art. 3.° En ninguna hoja de servicios ni filiacion se incluirá ni mencionará campaña ni funcion de guerra, habida en las disenciones domésticas i se prohiben las medallas i condecoraciones nacidas de ellas.

«Art. 4.° Todos los inválidos, de cualquiera clase, que hasta la fecha

En seguida, se dirijió, en los siguientes términos, a las partidas de guerrillas que asolaban los alrededores de la capital. «Prevéngase al Prefecto del departamento que haga saber a todos los vecinos de Lima que han pertenecido a las partidas de campo o guerrillas, que se restituyan a sus casas con la mayor confianza, regresando a la ciudad, o que, dejando los lugares en que esten retraidos, vuelvan tranquilos i continuen sus tareas libremente. Recomiéndesele que no perdone garantías, seguridad, ni medio alguno para conseguir su gratitud, asegurándoles que los que hayan tenido graduacion militar o mando serán considerados en sus mismos empleos, ocupados i atendidos como buenos peruanos, cualesquiera que hayan sido sus compromisos u opiniones; pues el gobierno se propone unir todos los ánimos i lograr, con la reconciliacion mas firme, que todos opogan su existencia a la dominacion estranjera que el honor i la libertad del Perú exije destruir.—Publíquese.—GAMARRA.—P. O. de S. E.—*Bernardo Soffia.*»

Dijimos, que uno de los primeros actos de Gamarra habia sido llamar a la reconciliacion a los jefes mas conspicuos del enemigo. Don Benito Lazo escribió al coronel Guarda, gober-

---

de este decreto se hallen en posecion de cédulas que acrediten los goces dados a su invalidez, seguiran disfrutandolos sin escepcion alguna i no podrá hacerse recuerdo de la funcion de armas en que se inutilizaron ni de la causa que defendieron, porque cualquiera que haya sido no les perjudicará para la continuacion de sus pensiones.

«Art. 5.° Los militares inválidos, que perseguidos por la dominacion estranjera existan sin goce alguno, tienen derecho incuestionable a solicitar la pension que les toque segun la lei del caso.

«Art. 6.° Quedan en su vigor i fuerza todas las pensiones de viudedades, i demas procedentes del montepio. El gobierno respeta i proteje en la posecion de ellas, a cuantas personas las tengan declaradas hasta el dia, i asegura que continuarán gozándolas, sin que se traiga a consideracion la causa que hubieren defendido los militares, cuya pérdida dió mérito a dichas asignaciones.

«Art. 7.° En consonancia con lo prescrito en el art. 5.° sobre inválidos, las viudas u otras personas a quienes toque montepio por fallecimiento de los militares que perecieron en la lucha con el usurpador, harán sus reclamaciones conforme a la lei vijente.

«Art. 8.° Será estensivo a la marina nacional el presente decreto, en todas sus partes, i el gobierno lo someterá a la aprobacion del congreso.

«El oficial mayor del ministerio de guerra i marina, encargado de su despacho, cuidará del cumplimiento de este decreto, i de mandarlo imprimir, publicar i circular.

«Dado en el palacio del supremo gobierno en Lima, a 31 de agosto de 1838.»—*Agustin Gamarra.*

nador de las fortalezas del Callao, manifestandole la necesidad de unirse para contrarrestar a Santa-Cruz. En el mismo sentido escribió al jeneral Nieto, invocando sus largos servicios en favor de la libertad del Perú, sin que en uno ni otro caso fuese escuchada su palabra.

Su política esterior, de escasa importancia en todo lo que no se referia a Chile o a la República Arjentina, se redujo al restablecimiento de las relaciones amistosas con estos paises, i al efecto, se habilitó para el comercio la caleta de Chorrillos, miéntras durase la resistencia armada del puerto del Callao.

Al mismo tiempo que el gobierno estaba absorvido en estas serias atenciones, circulaban en Lima noticias alarmantes, que contribuian a mantener despierta la inquietud natural del pueblo i de la guarnicion. Un oficial perteneciente al batallon Cuzco, de la division de Otero, desertado de su cuerpo, llevó a Lima la noticia de una gran revolucion efectuada en la Paz, por el jeneral Ballivian contra el jeneral Santa-Cruz, lo que motivó la salida al sur, de un buque chileno, encargado de hacer indagaciones sobre ese hecho, que a ser cierto, habria variado, como por un golpe de majia, la faz de la situacion. Búlnes recibió, a su vez, una comunicacion oficial de Chile que le anunciaba la próxima ocupacion de Arequipa por la division del jeneral Braun.

Por otros conductos llegaba a sus oidos, la noticia de que Moran movia sus fuerzas sobre Lima, i que las divisiones de la Sierra se habian engrosado con algunos batallones bolivianos.

Los enemigos del nuevo gobierno, esplotaban estos rumores manteniendo así a la capital en contínua zozobra. Los espías, que se enviaban en todas direcciones, eran a veces comprados por el enemigo o incapaces, de formarse concepto en las indagaciones, de por sí delicadas, que se les encargaban.

Los chilenos residentes en Lima, partícipando de los mismos sentimientos que animaban al ejército, ofrecieron sus servicios al jeneral en jefe, por el tiempo que durase la guerra. Búlnes quiso dar a su conducta, toda la publicidad digna de su merecimiento, i con ese objeto obtuvo del jeneral Gamarra que la inscripcion de los voluntarios se hiciese por decreto supremo.

La misma atencion que al ejército prestaba el gobierno a las finanzas, que se han llamado tan apropiadamente el nervio de la guerra. Sus jenerales i comisionados levantaban contribuciones, que exijian a veces en su recaudacion el empleo de medidas violentas, lo que contribuia a desprestijiar la causa de la Restauracion. Otro tanto hacian las autoridades contrarias i el infeliz Perú, soportaba así, doblemente, el peso de la guerra i de la anarquía!

Pero si el jeneral Santa-Cruz decretaba nuevas contribuciones, era para acrecentar i robustecer su poder, miéntras la menesterosa autoridad de Lima, necesitaba de ese dinero para vivir, como los pulmones necesitan del aire para respirar. El intelijente ministro Ferreyros tocaba cuantos recursos le sujeria su larga práctica; pero sus esfuerzos se estrellaban en la resistencia del pueblo i en el peligro de violentarlo. Santa-Cruz, por el contrario, que dominaba aun la mayor parte del Perú i a Bolivia, no tropezaba en su accion con ninguno de los inconvenientes que esterilizaban los esfuerzos de su enemigo, lo que añadido a su talento administrativo, al órden i método que de tiempo atras habia introducido en la recaudacion de las finanzas, hacian que su causa tuviese el doble poder, de la fuerza militar i del dinero. En cambio, Gamarra, que apénas tenia lo suficiente para los gastos mas indispensables, hubo de reducir en un 50% el sueldo de los empleados, civiles i de finanzas, escluyendo solo al ejército, que soportaba sobre sus robustos hombros, el peso de esa situacion i de sus peligros.

La circunspeccion i economía que estas medidas indican, son dignas del mayor elojio, lo mismo que sus intelijentes trabajos por devolver *la vida al cadáver*, como llamaba familiarmente al Perú. No puede decirse otro tanto del decreto impolítico e injusto, con que quiso castigar la adhesion del comercio de Lima hácia el jeneral Santa-Cruz. Dice así:

«Art. 1.° Todos los comerciantes estranjeros que espenden por menor sus mercaderías, cerrarán sus establecimientos dentro del perentorio e improrogable término de ocho dias.

«Art. 2.° Los que no lo verificasen, quedarán de hecho sujetos a sufrir, en proporcion, todos los gravámenes que se impusieren a los naturales.

«3.º Se prohibe en los almacenes la venta de mercaderías por menor; los individuos que aun continuasen verificándolo, sufrirán la pena a que haya lugar.

«Art. 4.º Corresponde al tribunal del consulado vijilar sobre el puntual cumplimiento de este decreto, i promover ante el gobierno las mejoras i arreglos que demande el actual estado del comercio.

«Dado en el palacio del supremo gobierno en Lima, a 30 de agosto de 1838.»—*Agustin Gamarra.*

El diario oficial de Chile guardó sobre este decreto el mas profundo silencio, i el gobierno pidió a Búlnes que obtuviese su revocacion, la que se consiguió sin dificultad (1).

Hemos enumerado a la lijera, los principales obstáculos que limitaban la accion de Gamarra i los medios de que se valía para dominarlos. Estudiando, imparcialmente, el cuadro jeneral de su administracion, no puede ménos de reconocerse, en la nueva autoridad, un conocimiento cabal de su situacion i un deseo eficaz e intelijente de dominarla. (2) Tal fué,

---

(1) «Lo que tiene V. S. que hacer en el particular, segun el concepto del Presidente, es intervenir amigablemente porque todas las providencias de la administracion peruana relativas a los estranjeros, sean tan suaves i conciliadoras como lo permita la seguridad pública. Una conducta diferente, produciria muchos mas embarazos que ventajas, porque complicaria de un modo mui desagradable nuestra situacion, exasperando las prevenciones de los estranjeros i suscitando controversias delicadas con sus respectivos ministros i cónsules.

«En cuanto al decreto que prohibe a los estranjeros el comercio del menudeo, lo ha leido con el mayor sentimiento en los periódicos peruanos, porque le ha parecido la medida mas altamente impolítica. V. S. se empeñará cuanto pueda en que el gobierno peruano la revoque.»—Nota de don Ramon Cavareda, Santiago, octubre 17 de 1838.

(2) La carta que publicamos a continuacion revela, mejor que nada, la situacion del ejército chileno en Lima, en los dias inmediatos a su triunfo i las dificultades que embarazaban su accion.

SEÑOR DON FRANCISCO BÚLNES

Lima, setiembre 6 *de* 1838

Querido hermano:

Habiéndote hecho en mi anterior una relacion circunstanciada de lo ocurrido en la campaña, hasta la batalla que tuvo lugar el 21 del pasado réstame decirte que nuestras operaciones están reducidas al sitio del Ca

bosquejado a grandes rasgos, el gobierno de Gamarra en los 46 dias que mediaron entre su elevacion al poder i su retirada al norte. Restanos dar a conocer, el resultado de las comisiones militares enviadas en distintas direcciones.

llao, donde se refujió Orbegoso: a algunas compañías que he mandado a Trujillo, Ica i otros puntos, a fin de asegurarme de las provincias del norte. La vanguardia de Santa-Cruz, compuesta de 4 batallones i un cuerpo de caballería, está situada en Jauja, 50 leguas distante de esta capital. Yo habria marchado sobre ella, si no fuese preciso asegurar mi retaguardia, desalojando a los enemigos del Callao, cuyo sitio estrecho con rigorosidad.

Tengo las mas fundadas esperanzas de tomar, en algunos dias mas, dicha plaza, ya por el hambre, que mui luego empezará a sentirse o por el descontento de su guarnicion, de que estoi al cabo, por los oficiales, que casi diariamente desertan i se me presentan, aprovechando para ello la oportunidad primera.

Para salir de este embarazo, que en las circunstancias nos retardan las operaciones, he tentado algunos medios de conciliacion con Orbegoso, que no han tenido efecto por su inaudita incapacidad. No me seria difiícil tomar la plaza por asalto, pero costaria la pérdida de 50 o 100 valientes, que no me son indiferentes i que no podria reemplazar, a la distancia que nos separa de nuestros bravos compatriotas.

Este pais reducido, de antemano, a la mas completa miseria i entregado en el dia a 5 Presidentes que, con escepcion de Gamarra, son otros tantos saqueadores, me presenta mil dificultades para continuar mi campaña, i aun para atender al ejército en sus diarias i urjentes necesidades. Mis embarazos se aumentan, en proporcion de la absoluta carencia de brazos ausiliares, porque no tengo ni aun un secretario que me alivie de las penosas tareas de la diplomacia con los ajentes estranjeros, residentes en ésta: de la política con el gobierno establecido i de la direccion del ejército que se me ha confiado. Ello es que todo debo hacerlo i lo hago a costa de mil fatigas i asíduo trabajo, que si continúa por mucho tiempo, temo redunde en perjuicio de mi salud......

Los celos de este pais i sus aparentes temores, hijos de la falta de ilustracion, hace a sus habitantes mirarnos como enemigos. Siempre alimentando celos infundados, hacen esfuerzos para persuadirse que Chile quiere engalanarse con la conquista de su territorio, que sin duda en otro tiempo seria rica joya.

Tal vez abusan de la moderacion, que me es característica, i que se ha trasmitido al ejercito todo. Me autoriza a creerlo así, la historia de esta llamada República, que no ha conocido otros gobiernos que los de hecho i que por sus inmundos manejos la han reducido a la mas espantosa miseria. Es tal el estado de la capital, que con dificultad podré tener de ella un peso para socorrer i valer al ejército. No son mas alha-

La barca *Santa-Cruz* i el bergantin *Príncipe Bateani*, que conducian al jeneral La-Fuente i a su columna, surjieron en Trujillo con los 56 Cazadores i las 2 compañías del Carampangue sacadas de Lima. Ocupada la provincia de la Libertad, La-Fuente se dirijió a sus habitantes esplicándoles el objeto de su venida, en una proclama, que por su moderacion estaba arreglada al tono del gobierno de Lima. «La comision que traigo, les decia, es de paz i de conciliacion. Vengo a proclamar la union entre todos los peruanos de todos los partidos i de todos los colores, por que esta es la base de la política del gobierno que me envía; vengo a calmar los temores i recelos que a fuerza de falsedades i calumnias, han procurado esparcir los ajentes de la usurpacion; vengo a impedir que seais víctimas de los caprichos i odios personales de una faccion incomprensible; vengo a anunciaros que ya queda restablecido el réjimen constitucional, que teneis garantías i sois hombres libres, i vengo por fin, a afianzar nuestra amistad, que con imposturas groseras i torpes maniobras, nos la querian arrebatar nuestros tercos enemigos» (1).

La ocupacion de Trujillo se efectuó sin ningun esfuerzo de su parte, pues las autoridades de Orbegoso no habian conseguido poner al pueblo en actitud de resistirle. Ya conocemos cuan estériles fueron los trabajos de Nieto i sabemos tambien, que el termino de su corta campaña, fué embarcarse para Guayaquil, despues que su propia guardia se sublevó contra él.

---

güeñas que estas mis esperanzas para el resto de mi campaña, considerando que las provincias donde debo continuarla, han estado entregadas al pillaje de los sátrapas subalternos: al desórden de la guerra civil, etc. Cuando te he indicado en globo mis ocupaciones no debes estrañar no te escriba de mi letra, sin embargo de que mi salud se conserva sin la menor alteracion. Ojalá pueda yo saber que tú gozas de igual beneficio en la persuacion de que soi tu mas amante hermano.

MANUEL BÚLNES.

Mil recuerdos afectuosos a Letelier i Arteaga.

En esta carta se han hecho algunas alteraciones, pero simplemente de forma, para quitarle juicios de un carácter personal i secreto, que por lo demas no interesan a la historia.

(1) Proclama de La-Fuente.—Trujillo 8 de setiembre de 1838.

Desde ese momento, el Norte del Perú se encontró sin mas autoridad constituida que la que organizaba el jeneral Lafuente. Sus hombres mas conspicuos, como el jeneral Vidal i Mejía, se adhirieron a la causa de la Restauracion i promovieron un cambio político en las provincias del Norte. Cajatambo se pronunció, en el mes de setiembre, contra el jeneral Orbegoso, manifestando su invencible horror por la Confederacion.

Mas o ménos en el mismo tiempo, el departamento de Huaylas se adhirió a la causa del ejército chileno. El coronel don Juan Bautista Mejía fué designado, por el pueblo de Huaraz, para trasmitir a Orbegoso su deseo, de que renunciase en Gamarra, el poder ilusorio que conservaba en el Callao (1). Orbegoso le contestó, con la mayor dureza, que se negaba a recibirlo, porque el jefe de una plaza puede recusar como plenipotenciario al que haya desertado su causa. A consecuencia de este rechazo, la ciudad de Huaraz, tomando una actitud mas arrogante i decidida, declaró que se desligaba para siempre de sus compromisos con Orbegoso.

Igual cosa habia sucedido en Piura i en Amazonas, que como las provincias citadas, se separaron con estrépito de la Confederacion.

El jeneral Lafuente, dueño del departamento de la Libertad i de las provincias limítrofes, puso todo su conato en organizar dos batallones de infantería que llevarian, uno el nombre de Huaylas i el otro el de Cazadores del Perú. La base de organizacion de esas fuerzas, fueron las tropas chilenas que lo acompañaban.

(1) Prefecto comisionado por el departamento de Huailas.—Lima, octubre 2 de 1838.—Excmo Señor Gran Mariscal don Luis José Orbegoso.—Exelentísimo Señor.—El departamento de Huailas, que dió el primer grito de libertad e independencia, para sacudir el yugo del opresor estranjero, i que puso en manos de V. E. la noble empresa de salvar al Perú de la esclavitud, quiere ahora remunerar sus servicios, dándole ocasion de ostentar una sublime virtud.— Quiere manifestar al mundo que V. E. se ha consagrado esclusivamente a la patria, i que igualmente complacido i subordinado obedece sus preceptos, ya lo obligue a mandar o ya se lo prohiba.

A mi me ha cabido la alta i distinguida honra, de ser el espresamente nombrado cerca de V. E. para poner en sus respetables manos, como lo hago, los adjuntos impresos i la nota orijinal, cuya contestacion aguarda con impaciencia aquel benemerito pueblo, para colocar a V. E. en el distinguido lugar que le ha preparado en el templo de la fama.—Dios guarde a V. E. Exelentísimo Señor.—Juan Bautista Mejía.»

Los hechos que vamos a narrar, relativos a la mision de Lafuente en Trujillo, tuvieron lugar en los primeros dias de octubre de 1838 i son por consiguiente posteriores a la batalla de Matucana. Sin embargo, a riesgo de perturbar la unidad histórica de esta relacion i en el interes de su mayor claridad, preferimos darla a conocer, ántes que ese célebre hecho de armas.

Hemos dejado al jeneral Lafuente en Trujillo, adonde habia llegado sin disparar un tiro. Los pronunciamientos sucesivos de las ciudades i de las tropas, habian aniquilado, por sí solo, al ejército contrario i dejado a Lafuente de dueño absoluto del territorio, que Nieto no habia sabido o no habia podido defender. Los favorables acontecimientos que precedieron su entrada a Trujillo, allanaron un camino que no carecia de tropiezos ni de peligros. Desde allí envió Lafuente algunas comisiones militares a recorrer la provincia, con el objeto de sacar recursos i de estender la autoridad del jeneral Gamarra. El teniente coronel don José Félix Iguain, fué enviado a Paita con esa doble comision, que fué el pretesto de la serie de acontecimientos que pasamos a referir.

Al mismo tiempo que se preparaba la partida de Iguain, surjió en Paita el buque que conducia al jeneral Nieto, burlando la promesa, que habia hecho a Lafuente, de embarcarse para Guayaquil (1). Su presencia i el influjo de sus amigos, consiguieron producir un cambio favorable a su causa, que se manifestó por medio de actas, en que se espresaba la resolucion de permanecer neutral en la contienda de Chile i de Santa-Cruz. Hallábase el pueblo en estas disposiciones, cuando se presentó, en sus alrededores, el comandante Iguain, delegado de Lafuente (2).

El coronel Razuri, que representaba en ese momento la autoridad del pueblo, le manifestó la determinacion recientemente tomada, por estar sus vecinos cansados, dice la nota, de sacrificios infructuosos i de promesas que jamas se

(1) La Fuente a Gamarra.—Trujillo, setiembre 10 de 1838.—«Acaba de llegar don José Felix Castro, trayendome las protestas del jeneral Nieto, de que ya renuncia a sus proyectos i se retira a Santa a buscar un buque que lo lleve a Guayaquil porque así lo exije su honor. De consiguiente el órden queda definitivamente establecido.»

(2) 7 de setiembre de 1838.

cumplen. El pueblo estaba armado, deseoso de defender con su sangre lo que llamaba en su jerga politica, su *soberanía* e *independencia natural.* Iguain, cuyas fuerzas eran escasas comparadas con las de Razuri, se contentó, aquel dia, con protestar de esa determinacion i enviar entretanto apresurado aviso a Lafuente, del inesperado rumbo que tomaban las cosas en Paita. Lafuente temió que esa evolucion, fuese el primer paso hacia la hostilidad declarada i se embarcó para Sechura con la infantería, miéntras la caballería seguia, por tierra, la misma direccion.

La ciudad de Payta está a corta distancia de Piura i de Catacaos. Estos pueblos, de escasa importacia, estan situados sobre el rio de Piura, que pone un límite de vejetacion al desierto arenoso de Sechura, i que forma, por el costado del mar, una vasta ensenada, llamada bahía de Sechura, en cuyas inmediaciones está situado el puerto de este nombre. Allí se reunieron las fuerzas de La-Fuente, aguardando el resultado de la mision de un parlamentario que se habia enviado a Paita. Su presencia, produjo una viva irritacion en el populacho amotinado, que estuvo a punto de asesinar al emisario de paz.

Entretanto, el teniente coronel Iguain habia efectuado su reunion con el jeneral La-Fuente, el que informado del resultado de la mision de su parlamentario, se adelantó a Catacaos para imponer con su presencia al pueblo de Piura; pero Catacaos habia sido ocupado por el coronel Razuri, como delegado de Nieto, con 230 infantes i 250 cívicos de caballería. Aunque estas fuerzas eran mas numerosas que las contrarias, se componian en su mayor parte de negros reclutas, sin la menor instruccion militar. La-Fuente, apesar de estar seguro de la victoria, se esforzó por evitar el derramamiento de sangre, ofreciendo a Razuri el mando de la provincia en cambio de su reconocimiento del gobierno de Lima. Aquel dia se consideró zanjada la cuestion por la aceptacion de Razuri. Sin embargo, al siguiente dia se deshizo todo lo acordado en el anterior i los dos campos se prepararon para venir a las manos. En esos momentos se presentó en la avanzada el Coronel Razuri con bandera de parlamentario.

La-Fuente le renovó sus protestas de paz i Razuri que tenia un conocimiento cabal de sus fuerzas i del enemigo, accedió

nuevamente a ellas, comprometiendose a obtener la adhesion de sus soldados. «A las cuatro de la tarde dice La-Fuente convinimos en que Razuri, puesto otra vez a la cabeza de sus insubordinadas tropas, tomase su campamento inmediato al mio, i que la municipalidad i una comision de personas notables, pasase a mi campamento a arreglar definitivamente nuestras diferencias» (1). Pero las diarias negociaciones i las idas i venidas de Razuri al cuartel jeneral del enemigo, habian despertado sospechas en su campo, i debilitado su prestijio entre los suyos, que no querian oir hablar de paz ni de convenio amistoso.

Un oficial boliviano llamado Urbina, trabajaba entre tanto el espíritu de la tropa durante la ausencia de Razuri, robusteciendo sus temores i sospechas, de tal modo que, cuando Razuri se les presentó nuevamente solicitando su adhesion al convenio de paz pactado con La-Fuente, la tropa indisciplinada prorrumpió en esclamaciones amenazándole de muerte. Urbina era el alma que comunicaba la indignacion a esos soldados ignorantes, que no tuvieron mas tarde la escusa de una porfiada defensa. El coronel Razuri, que estuvo a punto de ser víctima de sus soldados, se refujió en el cuartel jeneral de La-Fuente solicitando que se le considerase como prisionero.

Esta conducta que manifestaba la resolucion de resistir por las armas, obligó a La-Fuente a avanzar con sus fuerzas sobre el pueblo de Piura. Ni el número, ni el apoyo efectivo que les prestó el populacho, bastó para dar enerjía á la resistencia de esa columna, que se habia manifestado tan enérjica un momento ántes, con su jefe indefenso. Despues de un combate de cortos instantes, la tropa peruana se puso en fuga, dejando segun dice el parte oficial, 30 muertos i 70 prisioneros i huyendo los demas en el mayor desórden.

Este episodio de la campaña de la Restauracion, si bien insignificante como suceso militar, trajo por consecuencia la pacificacion del norte del Perú. Desde ese dia, ocupó La-Fuente sin oposicion la provincia de la Libertad i pudo obtener de ella algunos recursos de guerra que sirvieron al ejército chileno en el curso de la campaña. La ocupacion del norte, preparó al

(1) La-Fuente al Gobierno.—Piura, 5 de octubre de 1838.

Ejército Restaurador un campo de accion, que está llamado a desempeñar un papel importante en el curso de esta historia. En él recuperó el soldado su salud perdida en Lima i el ejército encontró la victoria en sus gargantas de granito.

Forzoso será volver la vista a Lima i concentrar nuestra atencion en las dos grandes entidades militares, que debian decidir la contienda. Para terminar esta ojeada rápida sobre el gobierno de Gamarra, deberíamos referir los episodios pintorescos que ilustraron la permanencia de Salas en la provincia de Ica. Sin embargo, creemos consultar mejor la claridad de esta relacion, dando a conocer ántes ese acto de heroismo, que se llamó la batalla de Matucana, donde el batallon Santiago recibió un glorioso bautismo de fuego i que tiene un doble significado moral, por ser el primer encuentro en que se midieron soldados i jefes chilenos, con tropas i jenerales bolivianos.

CAPÍTULO VI

Batalla de Matucana

El jeneral don Manuel Búlnes permanecia en Lima, miéntras tenian lugar los sucesos que hemos visto desarrollarse en el norte. Las atenciones que cercaban su espíritu, eran mas graves que las que atormentaban el ánimo inquieto del jeneral Gamarra, pues, a los deberes de su puesto militar, se habian añadido complicadas atenciones políticas e internacionales. Recientemente se habia suscitado una discusion enojosa con los ministros diplomáticos estranjeros i especialmente con el de Inglaterra i el jeneral chileno bastante apremiado con las obligaciones de su penoso puesto, tenia que hacer a la vez de jeneral, de diplomático i de propio secretario. Abrumado con el peso de este incesante trabajo, habia solicitado del gobierno de Chile, el envío de una persona competente en la diplomácia i de otra que, por sus estudios, estuviese en situacion de desempeñar la secretaría jeneral del ejército. Al efecto le fueron enviados para el primer cargo el ministro de justicia don Mariano Egaña i para el segundo don Miguel de la Barra.

Llegado a Lima don Mariano Egaña en un momento, en que las discusiones diplomáticas hubiesen sido estemporáneas i en que era preciso hablar el lenguaje de la guerra, que no el de la paz, su mision no tuvo resultado positivo. Cúpole, sin embargo, encontrarse en Huacho cuando el coronel Wilson, a

nombre de Santa-Cruz hizo proposiciones de paz al jeneral Búlnes. Egaña tenia el carácter de Ministro Plenipotenciario de Chile cerca del Gobierno del Perú, es decir, de intermediario entre el Ejército Restaurador i Gamarra, título que indica suficientemente la verdadera situacion del ejército chileno en Lima.

Desde los primeros momentos de su permanencia en Lima, el jeneral Búlnes tuvo que atender a las partidas de guerrillas del enemigo, que asolaban los campos inmediatos a la capital i se apoderaban de los animales, víveres i recursos, de cualquiera especie, que pudiesen servir al ejercito Restaurador. De esa manera, Lima se encontraba aislada del resto del Perú, siéndole preciso, para comunicarse con las provincias, enviar comisiones militares, que no podian desprenderse sin peligro del núcleo del ejército. Gamarra fomentó a su vez la creacion de montoneras que debian ejercer, con el enemigo, el mismo jénero de hostilidades i activó la creacion de fuerzas peruanas. El coronel Frisancho organizó con los fujitivos de Guias, un batallon que llevó el nombre de Cazadores del Perú i el coronel don Juan Crisóstomo Torrico otro, que se llamó Lejion Peruana, en memoria del glorioso cuerpo en que habia hecho sus primeras armas, en 1822, en defensa de la independencia del Perú. Estos batallones, tanto por su composicion como por su escaso número, pues constaba cada uno de ellos, de 250 hombres mas o menos, eran incapaces de corresponder a las necesidades i peligros del momento. En la época a que nos referimos (principios de setiembre de 1838) Frisancho habia reunido escasamente dos compañías i el coronel Torrico otras dos.

Las guerrillas continuaban su obra desvastadora i sus correrías se hacian cada dia mas temibles por el apoyo que les prestaba el ejército boliviano. Tenia éste su cuartel jeneral en Tarma, adonde refluian los batallones que habia sacado Santa-Cruz desde el corazon de Bolivia.

Sabíase ademas en Lima, que las fuerzas bolivianas operaban su concentracion en la Sierra i se temia que el jeneral Santa-Cruz se resolviese a caer de sorpresa sobre la capital, lo que habria puesto en sérios conflictos al ejército chileno, acosado por un populacho hostil, por la plaza del Callao i por el ejército asaltante.

Para conjurar este peligro se ordenó la salida de Lima, hacia San Pedro Mama, de una columna compuesta de una compañía de Cazadores del Colchagua, de 12 soldados de caballería i de la compañía de infantería que habia organizado en Lima el coronel Frisancho. El principal objeto de esta pequeña espedicion, era impedir la reunion de motoneras que se hacia en San Pedro Mama, bajo la direccion del mariscal don Guillermo Miller, i estacionarse en el camino de Tarma, para evitar que las divisiones bolivianas cayesen de sorpresa sobre la capital. Iba al mando de la columna el coronel Torrico i lo acompañaban los coroneles Frisancho i Plasencia, encargado éste, de dirijir sus marchas. Ocupado San Pedro Mama, lugar situado en el camino de la Sierra, los coroneles Torrico i Plasencia, volvieron de nuevo a la capital, dejando en San Pedro Mama al coronel Frisancho, con la compañía peruana.

A su regreso, se supo en Lima que las fuerzas de Tarma intentaban dar un asalto sobre la capital i tanto con el objeto de cerciorarse de la verdad de este rumor, como de entorpecer su marcha, en caso que se confirmara (1), se puso en camino para Matucana, una columna de 212 hombres del Santiago, con su comandante don José María de Sessé, i una compañía peruana, mandada por el coronel Torrico.

Agregóse ademas a la division, el coronel Plasencia, encargado, como en la espedicion anterior, de arreglar el servicio i las marchas.

Era este último, un hábil militar español al servicio del Perú, que unia la intelijencia a una gran instruccion militar. Su conocimiento del territorio, de los recursos i de los hombres del Perú, fueron de la mayor utilidad en el curso de la campaña.

Táctico hábil, de un talento militar superior, su presencia en el ejército fué mas que útil, indispensable, como lo ha sido para la posteridad el *Diario Militar* de la campaña, escrito por

(1) «Con el objeto de cerciorarme de los movimientos del enemigo situado en Jauja i de inutilizarle algunos puentes i caminos, para que si intentase venir a la capital, como se decia, invirtiesen algunos dias en su compostura, se dispuso que el comandante del Santiago don José Sessé, con 200 hombres, i el coronel Torrico con 60, fuesen a situarse a Matucana distante 18 leguas de Lima».—Oficio de Búlnes al gobierno.—Lima 18 de setiembre de 1838.

La subsistencia del ejército, en esos lugares, era una de las mayores dificultades que se oponian a su marcha, pues las fuerzas bolivianas habian ahuyentado de su camino, las poblaciones i sus ganados.

De San Pedro Mama la columna avanzó a Surco donde llegó dos dias despues. El enemigo entorpecia su marcha con la carencia de víveres i con la destruccion de los caminos, lo que hacia doblemente difícil el avance de la division (1).

Por fin el 17 de setiembre, llegó la columna espedicionaria a Matucana, aldea situada en medio de la Sierra, es decir, de la rejion comprendida, entre las dos grandes cadenas de montañas que cortan a lo largo el territorio del Perú. La aldea de Matucana, capital hoi de la provincia de Huarochiri era, a la sazon, un pobre villorrio, perdido entre las altas montañas de esa rejion. El valle, que le sirve de asiento, está cortado, a lo

---

to aun. Las voces que corren, son de que el núm. 4° ha bajado a Matucana; otros añaden que todas las fuerzas se mueven por las quebradas en direccion a Lima i otros que solo ha recibido Miller de 200 a 300 infantes i una mitad de caballería. Todas estas noticias carecen de datos positivos i es menester estar solamente a lo que uno vea, haciendo los movimientos con la mayor circunspeccion.

Con seis montoneros, con los caballos cansados, he hecho esta mañana la descubierta, i siento en el alma el no poder reconocer con prolijidad los puntos de vanguardia. La tropa come carne fresca, camotes o choclos i está a la sombra: de noche tomamos una fuerte posicion que cubre nuestra linea de comunicacion, asi es que puede Ud. descuidar que no se empleará en movimientos inútiles i que en todo evento, nos retiraremos de la Quebrada, inutilizando puentes i caminos i poniendo a los enemigos si intentan descender por ella, en la alternativa de retrogradar ó invertir muchos dias en su recomposicion.

Deseo mi jeneral que Ud. se conserve bueno i que disponga de este su affmo. S. Servidor.—Q. B. S. M.—A. Placencia.

(1) Señor Jeneral en Jefe don Manuel Búlnes.—Surco setiembre 16 de 1838.—Mi apreciado Jeneral.

Anteayer tuvimos noticias ciertas de Matucana i nos pusimos en marcha para Cocachacra a donde llegamos sin haber ocurrido novedad. Esta mañana continuamos la ruta i a la legua i media de este punto, nos encontramos con el camino cortado. Averiguada despues esta ocurrencia hemos sabido que los montoneros de Jimenez lo inutilizaron i que despues obligaron a los habitantes de este pueblo a que se retirasen ocultando sus ganados i víveres. Mañana estaremos en Matucana i segun veo, me parece que no podremos permanecer allí mas de dos dias por falta de subsistencia.—Miller segun se nos acaba de anunciar, está en San Mateo, sin fuerzas bolivianas ni peruanas, quedando falsificadas todas las especies que han propagado sobre la bajada del núm. 4 de Bolivia etc. etc.

La tropa come regularmente i se cuida cuanto es posible. Deseo que Ud. lo pase bien i disponga de su Atento i S. S.—Q. B. S. M.—A Placencia.

largo, por el camino de San Mateo, que conduce a Lima i que divide al pueblo en dos partes casi iguales. El Rimac, que baja de los cerros, precipita sus cenagosas aguas por uno de sus costados i ántes de arrojarse al mar, besa las plantas de la ciudad de Lima. Un puente de madera, colocado sobre el rio, une al pueblo con unas alturas escarpadas situadas a la izquierda, que por su colocacion, rio de por medio, sirvieron de punto de retirada al enemigo.

En esa aldea humilde, de pobre i modesta apariencia, adornada por la naturaleza, mas que por la mano del hombre alojaba el 17 de setiembre la columna chilena.

Entre tanto, llegaban a Matucana las noticas mas alarmantes: decíase que el batallon núm. 4.° de Bolivia, conducido por Otero, venia en ausilio de las guerrillas de Miller; ponderábanse, con toda apariencia de razon, las fuerzas de que Miller disponia, pues parecia incompatible con la dignidad de gran mariscal del Perú, el tener solo a sus órdenes, partidas de montoneros, sin ninguna fuerza organizada. Ya sabemos que lo único que habia de efectivo en estos abultados rumores, era que Otero venia en proteccion de Miller con 4 compañías escojidas, i que Miller se habia situado en Carampona con las guerrillas i una compañía del núm. 4.° de Bolivia; pero esas noticias no podian ménos de llevar la alarma a los jefes de la division.

En la mañana del siguiente dia, se notaba en las filas la alegría patriótica que, en esa fecha memorable, (18 de setiembre) irradia del corazon de todo buen chileno. La columna espedicionaria, que sufria los desabrimientos de una marcha pesada i fatigosa, en defensa de la dignidad de Chile, tenia doble motivo para festejar ese dia de tantos recuerdos.

Los apacibles habitantes de la aldea, retraidos del ejército, observaban esas manifestaciones de júbilo sin tomar parte en ellas, porque allí como en todo el resto del Perú, el Ejército Restaurador no encontró sino desconfianza i hostilidad. Habia en medio del pueblo, una pobre iglesia, que presentaba su frente a un sitio eriazo que llamaremos la Plaza de la ciudad, la que a su vez tocaba por un costado, con el camino público de San Mateo, que se estiende paralelamente al cauce del Rimac.

En la opuesta ribera, hai algunos montes de elevacion va-

riada, unidos al pueblo por un puente llamado de Chacaguara, de que ya hicimos mencion. El comandante Sessé, habia ordenado que se dijese una misa de gracias en celebracion de aquel dia i la division, que debia solemizarla, cargó sus armas con pólvora, para hacer las salvas de costumbre. Estas medidas, que parecerán obra del descuido i de la imprevision, fueron tomadas por Sessé en vista de las noticias tranquilizadoras recojidas la noche anterior por los espías, que aseguraban que Otero no se habia movido de Tarma i que Miller habia marchado hácia Carampona con todas las fuerzas disponibles, lo que por el momento ponia a la columna, al abrigo de todo peligro. Esto no impidió que se tomasen las precauciones habituales de la guerra i gracias a ellas, se evitó la division una derrota segura.

Las compañías del batallon Santiago, que asistian a la misa con un recojimiento digno de su fe i de su patriotismo, eran como todo el batallon, de formacion reciente. Habíanse llenado sus filas, con los hijos de la entónces entusiasta Santiago i completádose en Valparaiso, cuando el batallon estaba a bordo del buque que lo conducia al Perú. Su comandante era un jóven recien llegado al ejército, que poseia una cultura superior a la de sus compañeros de profesion. Educado en España, a donde habia hecho sus primeras armas, enrolándose, como oficial, en el cuerpo nobiliario de los Guardias de Corps que escoltaban a Fernando VII, habia aceptado, mas por entusiasmo i decision, que por verdaderas inclinaciones militares, el puesto que le ofreciera en el Ejército Restaurador su tio, el Presidente Prieto.

Desde la llegada de la columna a Matucana, el coronel Placencia habia entablado negociaciones con el jefe de las montoneras en aquel lugar, llamado Jimenez i obtenido de él una promesa por escrito, de que no hostilizaria al Ejército Restaurador. Descansaba la columna en estas seguridades sin saber que su enemigo espiaba, desde su asilo de Chicla, el momento oportuno de caer sobre ella. Los espias, que mantenia en el campamento chileno, le habian hecho concebir la esperanza de apoderarse de ella por sorpresa.

Las fuerzas bolivianas mandadas por el jeneral Otero, por el coronel Quiroz i por el comandante San Jinés, se

componian de cuatro compañías de cazadores, pertenecientes a los batallones Pichincha, Arequipa, 3.° i 4.° de Bolivia, cuyo número ascendia a 480 hombres. Una gruesa partida de guerrillas, de que tambien formaban parte las montoneras de Jimenez, protejian sus operaciones. Las fuerzas contrarias se componian de 212 hombres del batallon Santiago i de 60 peruanos.

Eran las doce del dia i la tropa restauradora asistia a la funcion relijiosa, en la estrecha capilla de la aldea, cuando se sintieron los disparos de los centinelas colocados en la avanzada.

Al mismo tiempo que los soldados salian precipitadamente de la iglesia para descargar sus armas, el coronel Torrico marchó en proteccion de la avanzada, con los 60 hombres de la Lejion peruana.

Estas fuerzas reducidas, fueron envueltas por el enemigo i luego empujadas, en la mayor confusion, hasta las filas del batallon Santiago (1).

Esta retirada precipitada, estuvo a punto de comprometer el éxito de la batalla. El desaliento, que se comunica en la guerra como el entusiasmo, pudo ganar fácilmente el espíritu de la division.

Los soldados bolivianos atacaron con ímpetu el frente de la columna chilena i no pudiendo dominar la enerjía de sus oponentes, se repartieron por los costados, con ánimo de envolverlos; pero el comandante Sesé empleando la misma táctica dividió tambien sus tropas: la compañía de granaderos, mandada por él mismo, atacó las fuerzas del enemigo, que venian por la derecha: dos compañias recibieron órden de despejar el callejon medianero del pueblo, que habia sido ocupado por los contrarios i la compañía de cazadores mandada por el coronel Placencia atacó la fuerza boliviana que venia por la izquierda. Una reserva escasa quedó en la plaza, protejida por la iglesia.

(1) En tanto que esto se efectuaba (el descargue de las armas) la columna boliviana de operaciones, compuesta de las compañias de cazadores de los batallones núm. 3.° i 4.° de los de Pichincha i Arequipa arremetió sobre la que se le opuso, con un arrojo temerario. Esta tuvo que ceder al número i los enemigos penetrando por las calles, llegaron hasta las casas contiguas a la plaza, donde se hallaban formadas las compañias del referido batallon.—Parte de Placencia al ministro de la guerra del Perú.—Matucana, setiembre 19, a las 5 de la mañana.

Este ataque simultáneo, dirijido con resolucion i acierto, desalentó al enemigo, que no esperaba encontrar tanta resistencia. Las tropas bolivianas reculaban incesantemente i ántes de un cuarto de hora, dice el parte oficial (1), habian sido desalojadas del pueblo. Las compañías en retirada se rehicieron detras de las cercas i tapias, que habia en los afueras de la poblacion i resistieron allí durante cuatro horas de un fuego activo. Ni el calor del dia, ni las desfavorables circunstancias en que se proseguia la lucha, amenguaron el ardor i enerjía de los contrarios. Los soldados chilenos a su vez redoblaban su ardimiento al grito de ¡Viva Chile! Viva el 18 de setiembre!

La lucha se continuaba en cada vivienda, en cada cuarto i mas que un combate organizado, era un horrible pujilato en que unos cuantos hombres, presa de la desesperacion, defendian i sacrificaban alternativamente sus vidas, con la misma enerjía i desenvoltura. «Jamas se ha visto, dice el coronel Placencia (2) refriega mas sangrienta i en la que se halla disputado con tanto furor el terreno. Se luchó algun rato cuerpo a cuerpo, se allanaron las casas, en que por grupos se habian parapetado i todos los esfuerzos de sus oficiales no bastaron a rehacerlas i ménos a disiparles el terror pánico que se les habia sabido inspirar.»

Las compañías del Santiago ganaban, sin embargo, terreno en medio de esa vorájine de fuego. Despues de un combate obstinado, en que se prodigó el valor por ámbas partes, las columnas bolivianas se replegaron a un cerco inmediato al puente del Rimac, que el jeneral Otero habia señalado a sus tropas como punto de reunion en caso de un descalabro. Reunidas allí con el resto de las compañías, que se habian batido con igual valor, si bien con la misma desventura, sostuvieron todavía el combate un largo rato. La posicion elejida para la defensa, daba fácil acceso al puente de madera que comunicaba con la opuesta orilla del rio i era por consiguiente la mas apropiada para el caso de una retirada forzosa. El fuego se continuaba aun por ámbas partes, cuando se incorporó en la linea chilena la reserva, que habia quedado en la plaza. Su presencia con-

(1) El parte oficial del comandante Sessé.—Matucana, setiembre 19 a las 5 de la mañana.

(2) Diario, paj. 241.

tribuyó a decidir este combate, cuyo éxito no era ya dudoso. El enemigo abandonó su nueva posicion i se retiró precipitadamente el otro costado del rio, donde reunió sus despedazados restos sobre las alturas inespugnables que dominan el cauce del Rimac.

Desde allí condujo Otero los restos desorganizados de su columna al valle de San Mateo, mientras la division chilena se ocupaba en los sagrados deberes que la humanidad impone al vencedor: el cuidado de los heridos i los honores debidos a los muertos. La falta de caballería impidió la persecucion de los vencidos, lo que disminuyó notablemente la influencia de este triunfo i puede asegurarse que en tal caso, la mayor parte de la columna habria caido en manos de los vencedores (1). Baste saber que en el corto trecho que media entre el cerco i el puente, los soldados de infantería, fatigados por un combate de cuatro horas, tomaron sin embargo mas de 20 prisioneros. El enemigo dejó en el campo de batalla 50 muertos, 30 prisioneros, cien fusiles i otros pertrechos de guerra. La division chileno-peruana perdió, segun el parte oficial, 45 hombres entre muertos i heridos. Sin embargo aquí, como en otras ocasiones, manifestarémos nuestras dudas, respecto de los datos que sobre este punto arroja el parte oficial. Es una costumbre, tan lamentable como inveterada del ejército chileno, ocultar i disminuir el número de los muertos i de los heridos. Durante la campaña del Perú se agravó esta mala práctica, tan antigua como nuestro ejército. Probablemente se queria evitar que el desaliento se apoderase del ejército i sobre todo de Chile, que seguia con la mayor inquietud, sino con miedo, las peripecias de la lucha.

El jeneral Búlnes dando cuenta a su Gobierno de este suceso, decia:

«Yo felicito al Gobierno i a mi patria, por un suceso tan glorioso i que tanta influencia debe tener en el pronto i buen éxito

(1) «I si en ese momento de crísis, dice Placencia (se refiere a la fuga del enemigo) se hubiera podido disponer de una mitad de caballería, el fruto de esta gloriosa jornada hubiera sido mas completo.—Parte de Placencia.

«Los enemigos, dice Sessé, se pusieron en tan vergonzosa fuga, por las casi inaccesibles cumbres de la quebrada que no llevaban por el camino de su retirada natural ni 50 hombres reunidos.»—Parte de Sessé.

de la campaña que me está encomendada, i me congratulo de tener que recomendar a la consideracion de S. E. a los individuos de la division vencedora en jeneral, por su lealtad i valor i en particular al digno comandante del batallon Santiago don José María de Sessé, a los capitanes don Antonio Gomez Garfias i don Manuel Tomas Tocornal, al ayudante mayor don Juan de la Cruz Larrain, teniente don Francisco Lizardi i subteniente don José Miguel Salinas, estos dos ultimos heridos i al cabo 1.° del primer Escuadron de Lanceros Pascual Parra. Mui digna tambien de elojio ha sido la intrepidez del subteniente don Francisco Barros Moran, que murió honrosamente en el campo de batalla» (1).

Tal fué el combate de Matucana; accíon reñida i de heroicos episodios, que si no tuvo resultados decisivos en la campaña de la restauracion, contribuyó a fortalecer la moral del ejército chileno i a abatir, en proporcion el orgullo desmedido de los vencedores de Yanacocha i de Socabaya; fué una palabra de aliento para el Ejército Restaurador i una severa leccion para os que se creian invencibles. Bolivia, debió recibir con un dolor mezclado de espanto, la noticia de que 500 de sus mejores soldados, habian sido despedazados i puestos en fuga por 272 hombres del Ejército unido.

Santa-Cruz, comprendiéndo el efecto desastroso de esa consideracion, tocó el recurso, sino mui orijinal, ordinariamente de buen efecto, de cantar victoria en vez de deplorar su derrota; de sofocar el alborozo i entusiasmo del enemigo con gritos i clamoreos de triunfo. Sabia que nada es mas fácil, que esplotar el patriotismo de los pueblos, alhagando su vanidad o sus pasiones. Los espíritus exitados por el patriotismo no hicieron alto en las circunstancias del combate; en que Otero habia sorprendido el pueblo de Matucana para apoderarse de él, conjuntamente con su guarnicion i que habia tenido que retirarse a la otra orilla del rio, dejando la aldea en poder de la columna enemiga.

Todos los pueblos de Bolivia rivalizaron en entusiasmo por el triunfo, echando a vuelo las campanas de sus templos i celebrándolo con ceremonias relijiosas. El diario oficial

(1) Búlnes al Gobierno.—Lima, 21 de setiembre de 1838.

de Santa-Cruz soplaba ese regocijo i lo hacia estensivo a Bolivia i al Perú. «Cada dia que pasa, decia el Eco del Protectorado refiriéndose al suceso de Matucana, es un triunfo para la causa nacional i cada dia crece mas el cipres de muerte con que hemos de adornar las víctimas del ejército chileno, en cambio de los laureles que vinieron a recojer, imprudentes, en una tierra de patriotismo, erizada de bayonetas i en donde el aliento que respiramos compuesto de odio i de execracion, es mortífero para los estranjeros, que con planta impura pisen nuestro suelo. Así lo pronosticamos largo tiempo hace i a cada instante van cumpliéndose nuestros presajios de muerte para el invasor i nuestros pronósticos de victoria i gloria para nuestros bravos».

Estas palabras enfáticas, dirijidas a perturbar el criterio de la opinion pública llenaron su objeto (1).

Muchos hombres sinceros creyeron en la realidad del triunfo de Matucana i no faltaria quien lo sostuviese hoi, si una feliz casualidad no hubiese restituido a la historia, un curioso documento que resuelve i aclara toda duda. Es un oficio privado del jeneral Santa-Cruz al jeneral Otero, sobre la accion de Matucana, de que daremos cuenta en breve. El jeneral Otero tampoco quiso quedarse atrás en el entusiasmo jeneral: sabia que bajo el réjimen de la Confederacion, era ménos peligroso ser vencido que confesar su derrota: aquello obraba sobre el ánimo de los soldados, esto sobre la opinion entera del pais. El

(1) Hé aquí las reflexiones que sujiere al *Araucano* la relacion del suceso de Matucana, publicado en el *Eco*: «Contrayéndonos ahora a la relacion que él hace de lo sucedido en Matucana, los 212 chilenos i 60 peruanos que se hallaban en aquel pueblo, el dia de la sorpresa, ascienden en sus columnas, al número de 600 hombres. El jeneral Otero, dando parte de esta accion al jeneral en jefe del ejército del norte, dice que eran 400 poco mas o menos; pero al *Eco* no le ha agradado la incertidumbre del poco mas o menos, i ha preferido establecer un número fijo, interpretándolo por 200 hombres mas. Otero dice, que los nuestros en su sorpresa, no tuvieron tiempo sino para parapetarse en el cementerio de la iglesia i en el cabildo (a), donde resistieron su primer ataque; i luego confiesa honestamente su propia fuga, añadiendo que al cabo de media hora de fuego se retiró con los suyos. Nada de esto hai en el *Eco*. En él solo encontramos un choque vigorosamente sostenido durante tres horas en el pretendido cementerio, al fin de las cuales la entrada de la noche, obligó a Otero a suspenderlo, para volver a comenzarlo el dia siguiente. Por desgracia, sus valerosas intenciones no pudieron realizarse, porque

(a) En Matucana ni hai cementerio ni hai cabildo. No hai mas que una plaza sin paredes ni parapetos.

Protector sabia tambien que es el privilejio i el castigo de los gobiernos militares no tener mas base de apoyo, que el prestijio de sus armas.

La Confederacion debia durar lo que la gloria militar de Santa-Cruz i por eso confesar una derrota, hubiese sido como arrancar las bases del edificio levantado con tanto trabajo. Los gobiernos que quieran apoyarse en causas fortuitas i no en las simpatías i en el amor de su pais, no debieran olvidar estos sencillos preceptos de la razon i de la historia.

Penetrado el jeneral Otero de los intereses i necesidades del réjimen a que servia, envió al jeneral Herrera el siguiente parte oficial.

Columna de operaciones.—Matucana, Setiembre 19 de 1838. —A S. S. I. el jeneral en jefe del ejército del norte.—Señor jeneral: Como anuncié a V. S. I. desde Chicla, me puse en marcha, a las 6 de la mañana del 18, sobre este pueblo, adonde supe que estaba el enemigo *en fuerza de 400 hombres poco mas o ménos*. A las doce del dia llegué a él, sin que el enemigo hubiese tenido el menor aviso de mi marcha. Inmediatamente dispuse el ataque habiéndome colocado en la altura del Panteon con 250 hombres, de que se componia mi columna de avanzada, pues dejé el resto de 150 a retaguardia.

---

los chilenos, validos de la oscuridad, emprendieron, segun el *Eco*, su retirada (a). Otero la sintió i tomó las medidas necesarias para impedirla; pero estas medidas debieron ejecutarse con mucha lentitud, porque cuando vinieron a marchar sobre los nuestros, hallaron ya los *puentes destruidos*, siendo de notar que desde Matucana a Lima no hai mas puente que el de San Pedro de Mamá. Los diez muertos que tuvo la partida chilena los cuenta el *Eco* por cincuenta i uno, a que deben agregarse seis prisioneros. Pero, lo mas gracioso es que, componiéndose de 60 hombres toda la columna peruana que los acompañaba, el mismo verídico escritor dice, que se dispersaron de ella mas de cien al comenzar el fuego, de los cuales se presentaron a Otero 62. Hé aquí los brillantes resultados que tuvo aquella jornada para las armas protectorales. El señor jeneral Otero no se ha olvidado de recomendar el brillante comportamiento i serenidad de sus señores oficiales i tropa. La lástima es que hubiesen sido solamente remisos, cuando se trató de perseguir a los fujitivos.

El *Eco* nada dice de los 50 muertos, 30 prisioneros, 120 fusiles, mas de 200 capotes, cartucheras, banderolas i cornetas que dejaron los suyos en el campo, como trofeos de su impertérrito valor. Pero el jeneral Otero ha sido un poco mas franco, pues al menos ha confesado que tuvo algunos dispersos, cuya reunion i la necesidad de dar descanso a su tropa fueron las causas que le estorbaron seguir las huellas a los chilenos.»

(a) Los chilenos estuvieron en Matucana hasta el dia 19. Por consiguiente, no pudieron haberse retirado en la noche del 18.

Los enemigos en su sorpresa, no tuvieron mas tiempo que para parapetarse en el cementerio de la iglesia i en el cabildo, adonde pudieron resistir mi primer ataque; lo que visto por mí, *i no queriendo forzar esos puestos*, que sin gran perdida no podia conseguir, ordené que la compañía, mandada a esa operacion, se retirase a su primera posicion, despues que en media hora de fuego obligó a las guerrillas enemigas a refujiarse todas al cementerio i cabildo que ocupaban con sus fuerzas principales.

En esta disposicion i queriendo sacar al enemigo de sus atrincheramientos, *finjí una retirada* para ver si lo conseguia, mas no pude lograr que saliesen de las tapias del pueblo; *hasta que llegada la noche se retiró*, quemando los puentes a su retaguardia, tan luego que los pasaba, i siguiendo su marcha precipitada hasta Coca-Chacra. Como lo principal del ataque fué sobre el pueblo se me dispersaron algunos soldados, que me fué preciso reunir como se verificó en la misma noche, dando tambien descanso a la tropa, que desde Tarma habia venido a marchas forzadas, por lo que, i por haber el enemigo destruido los puentes, *no me fué posible perseguirlo* como lo haré hoi con las partidas que ya he destacado.

El resultado de esta jornada ha sido que el enemigo ha perdido mas de 50 muertos, mayor número de heridos que lleva consigo, entre los que se cuentan tres oficiales i un cadete; quedando en nuestro poder casi toda la compañía de peruanos, tomados en la accion del 21 de agosto, que se dispersó i se ha venido a reunir a nosotros. Por nuestra parte, no se ha perdido jefe ni oficial alguno, muerto ni prisionero. De tropa hemos tenido 12 muertos i 22 heridos; esperando dar a V. S. I. en seguida el parte detallado.—Entre tanto no puedo ménos de recomendar a V. S. I. el brillante comportamiento de los valientes de esta columna, que apesar de los parapetos del enemigo, llevaron sus bayonetas hasta los pechos de los que solo al abrigo de una pared, podian oponerles alguna resistencia. En el parte detallado haré ver a V. S. I. el mérito particular que cada uno contrajo. Dios guarde a V. S. I.—*Francisco de Paula Otero.*

Como se vé, esta nota anuncia el envío próximo de otra comunicacion detallada, en que se darán los pormenores del com-

bate. En efecto, Otero envió al jeneral Quiroz, secretario del Protector, dos nuevas notas con fecha 23 i 24 de setiembre, que esponian menudamente los sucesos que la del 19, no hacia sino abarcar en globo.

El jeneral Santa-Cruz, demasiado sagaz para dejarse tomar en la red en que habian caido incautamente todos sus partidarios, saboreaba en secreto el acibar del despecho i de la verguenza. Finjiendo tomar parte en el regocijo público, enviaba secretamente al jeneral Herrera que le habia trasmitido los partes de Otero la nota siguiente que, como otros documentos oficiales, fué encontrada en su cartera en el campo de batalla de Yungai

«Cuzco, octubre 3 de 1838.—I. S. J.—He tenido el honor de elevar al conocimiento de S. E. el Supremo protector, la que V. S. dirijió con fecha 23 i 24 a cerca de los sucesos ocurridos en Matucana i en San Pedro *que S. E. no ha visto con agrado. Por primera vez han vuelto la espalda al enemigo nuestras tropas i no puedo dejar de observar que ni las combinaciones de V. S. han sido bien formadas, ni la operacion bien ejecutada.* No encuentra tampoco S. E. exactos los avisos de paisanos con respecto a los muertos del enemigo ni a la considerable disminucion de su fuerza. *Sin ser dueños del campo i retirándose nuestras partidas a su presencia,* claro es que nada ha podido saberse de positivo i es a S. E. mui sensible no tener un conocimiento verdadero del resultado de aquellas ocurrencias. En consecuencia S. E. ha mandado que solo se publique en el Eco una relacion de éllas, no creyendo a propósito los partes que se le han dirijido. Finalmente, tengo órden de recomendar a V. S. I. las precauciones que se le encargáron en sus instrucciones principales, pues ellas no estan en oposicion a las anteriores autorizaciones que le ha pasado S. E. oficial i privadamente. Dios guarde a V. S. I.—*A Quiroz.*

Esta nota esplica, mejor que nada, los ordinarios resortes de la política protectoral. Miéntras se hacia celebrar con fiestas públicas en Bolivia la jornada de Matucana; miéntras el *Eco* conducia por do quier, la noticia del triunfo i de sus gloriosos incidentes, el jeneral Santa-Cruz reprendia secretamente al jeneral que se hábia dejado vencer en Matucana! Gran leccion que debe aprovechar el historiador de esa época, para no fiarse en la palabra oficial, de ordinario engañosa!

Volvamos la vista a la columna boliviana vencida en Matucana. Dijimos que la division chilena permaneció en la aldea la noche de su triunfo, libre ya de inquietudes, pues el jeneral Otero abandonó en la misma tarde del combate, la posicion que habia tomado despues de él i se retiró con sus fuerzas a San Mateo, por el camino de Tarma. Las noticias recojidas por Torrico de boca de los prisioneros, estaban acordes en asegurar que el mariscal Miller, aguardaria a la division chilena en San Pedro Mama, con una compañía del número 4.° de Bolivia i algunas montoneras. Esas fuerzas diminutas, habian sido colocadas por Otero entre Matucana i Lima, en prevision de la derrota de la division chilena i para cerrarle el paso.

En la mañana del 19, cuando los primeros rayos del sol empezaban a colorear las altas cimas de los cerros de Matucana, la columna vencedora se ponia en movimiento, hácia el Sur, para caer de sorpresa sobre las fuerzas de Miller. Miller, situado en Carampona, ocupaba una posicion estratéjica que le permitia atender, con igual oportunidad, a San Pedro Mama i a Matucana, ya fuera para apoyar a Otero en caso de un descalabro, o en el caso contrario, para sujetar en su fuga a la columna espedicionaria. A corta distancia de San Pedro Mama i sobre uno de los afluentes del Rimac, está situada la aldea de Santa Eulalia.

La avanzada mandada por los coroneles Torrico i Placencia se colocó en el puente de madera echado sobre el cauce del riachuelo.

Al amanecer del siguiente dia, (21 de setiembre) las tropas cayeron de sorpresa sobre la fuerza estacionada en el puente. Las compañías chilenas, tomaron entónces colocacion sobre una altura que dominaba el campamento del enemigo i rompieron sus fuegos conjuntamente con la compañía peruana, obligando a los contrarios a retirarse. El coronel Placencia que salió en su persecucion no pudo darles alcance (1). Este tiroteo insignificante restableció la seguridad en el camino de Lima i fué el último esfuerzo hecho por el enemigo, contra los jóvenes i esforzados vencedores del Santiago.

Miéntras se verificaban, léjos de Lima, estos gloriosos suce-

(1) Parte de Placencia, *Mercurio*, 2,957.

sos, llegaban a la capital noticias alarmantes sobre la situacion de la columna espedicionaria. Decíase que el jeneral Otero traia consigo el batallon número 4.° de Bolivia i una gruesa partida de montoneras, lo que a ser cierto, habria puesto en serios conflictos a la division chilena. El ejército estaba inquieto i el jeneral Búlnes, que comprendia toda la influencia moral de esa empresa, se hallaba dominado por patrióticas angustias. En virtud de esos informes envió una fuerte division, compuesta del veterano batallon Valdivia i del Escuadron Carabineros de la Frontera a las órdenes del coronel Godoy, por el mismo camino, que pocos dias ántes, habia llevado la columna de Torrico i de Sessé. Godoy llegó a Chaclacayo, punto intermedio entre Lima i San Pedro Mama, donde se encontró con la columna espedicionaria que venia ya de regreso. Las dos divisiones marcharon reunidas a la capital, donde fueron recibidas con el doble entusiasmo que despertaban las inquietudes de la ausencia i la alegría de la victoria.

«El triunfo obtenido últimamente por Sessé, decia el jeneral Búlnes a su hermano, apreciable jóven que siento no conozcas, me tiene lleno de contento. El debe contribuir para nuestras operaciones sobre el ejército de Bolivia, influyendo en la moral del soldado por el temor que les ha inspirado la valentía de los nuestros» (1).

Algunos dias despues, confirmando la buena impresion que habia producido en el ejército el suceso del 18, le decia:

«El ejército se mantiene con el entusiasmo i orgullo que le da su valor, i en esto confío para pronosticarte que mi campaña será corta i feliz» (2).

Al mismo tiempo anunciaba a sus soldados, ese primer triunfo, con una mezcla de orgullo i de esperanza:

«Vuestros compañeros de armas, les decia, los valientes del batallon Santiago, en union de los no ménos valientes i fieles peruanos, avanzados en Matucana para observar los movimientos del enemigo, han solemnizado el siempre memorable i venturoso diez i ocho de setiembre, aniversario de la independencia de Chile, esterminando del modo mas completo, las tropas que sojuzgan al Perú.

(1) Carta de Búlnes a sn hermano, 21 de setiembre.
(2) Carta de 28 de setiembre a don Francisco Búlnes.

«Soldados: Ya ha principiado la campaña con el opresor de dos Repúblicas hermanas i si en la primera accion ha bastado un corto número de vosotros, para triunfar de duplicadas i escojidas fuerzas, en todas las demas que se sucedan obtendrán iguales resultados vuestro valor i disciplina; porque para la gloria de Chile e independencia del Perú cada dia de batalla será un diez i ocho de setiembre.

Soldados: Preparaos para nuevos combates, en que tendreis que contrarestar mayores fuerzas i miéntras que en union con vuestros compañeros de armas, los independientes peruanos recojeis nuevos laureles, no ceseis de repetir los testimonios de fraternidad i moderacion que habeis dado al pueblo, cuya integridad i derechos habeis venido a restaurar; bien seguros que en tan marcial empresa será el primero en daros el ejemplo, vuestro jeneral.—*Manuel Búlnes.*—Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Lima, 21 de setiembre de 1838.»

El gobierno peruano, no quiso ser ménos entusiasta que el ejército chileno, en sus manifestaciones de aplauso i al efecto ascendió a jeneral al coronel Torrico i honró con una condecoracion militar especial, a los oficiales i soldados que tomaron parte en el combate. El gobierno de Chile no descuidó, por su parte de tributar su agradecimiento a los vencedores del Santiago (1). La noticia del triunfo fué recibida en Chile con el regocijo natural, a la gravedad de la causa que se sostenia i a sus grandes intereses i el gobierno haciéndose intérprete del entusiasmo jeneral, decretó un ascenso para los oficiales que hubiesen tomado parte en la accion i un escudo de honor para los

(1) El Gobierno de Chile espresó sus sentimientos en esta nota.—Señor Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador.—Santiago, octubre 17 de 1838.—Con la mas agradable satisfaccion se ha enterado el Gobierno, por el contenido de la nota de US. fecha 21 del pasado, del triunfo que obtuvo sobre el enemigo la division situada en el pueblo de Matucana.

Este triunfo que por las desfavorables circunstancias que lo precedieron ha dado pruebas evidentes de la serenidad i denuedo de los bravos que concurrieron a él, es la leccion mas severa que puede recibir el enemigo, de lo que deberá esperar del incontrastable valor del ejército del mando de US. en el curso de la próxima campaña.

S. E. me encarga recomendar a US. mui particularmente, manifieste a su nombre i al de la nacion, el mas vivo reconocimiento a los bravos que con tanto valor i denuedo llenaron sus deberes en aquella jornada, dejando así bien puesto el honor de la nacion a que pertenecen, a cuyo efecto dará US. publicidad a esta nota en la órden jeneral.—Dios guarde a US.—*Ramon Cavareda.*

oficiales i tropa, con un mote que dice así: «La patria reconocida a los vencedores de Matucana, el 18 de setiembre de 1838.»

El pueblo de Valparaiso colectó fondos para festejar el triunfo con regocijos públicos i variando despues de parecer, en cuanto al destino de la cantidad colectada, resolvió invertirla en caballos i en el enganche de 200 hombres que marcharian a incorporarse al Ejército Restaurador. Tres dias bastaron para reunir 3,475 pesos, en el pueblo de Valparaiso, suma considerable en aquel tiempo.

Las alhagüeñas noticias del Perú i el público regocijo no alcanzaban a estinguir el temor patriótico del gobierno de Chile, que comprendia que el combate de Matucana, era solo el comienzo de otros mas peligrosos i decisivos.

Un gran trecho lo separaba aun del término feliz de la campaña, en que se debia jugar su propia suerte i el honor del pais. Grandes i nobles intereses, que esplican su inquietud febril, su ansiedad i tambien su desaliento! (1).

---

(1) No estará demas consignar aquí, por via de recuerdo, la conducta de la respetable señora doña Mercedes Moran de Barros, al saber el trájico fin de su hijo, el subteniente Barros Moran, muerto en Matucana. Este hecho, da una idea del estado de la opinion en aquel tiempo i de la sublime entereza de esa madre chilena. Sin dejarse abatir por la terrible nueva, la señora Moran de Barros, ennobleciendo su dolor con el patriotismo, no se acordó sino de la patria amenazada, para sacrificar en sus aras el cariño de madre, el mas noble i tierno de los sentimientos humanos cuando se sabe comprender i renunciar.

La señora Moran se dirijió al Ministro de la Guerra don Ramon Cavareda, haciendo presente «que aunque su corazon estaba penetrado de un acerbo dolor, ha advertido que es chilena i que toda se debe a la patria» i ofreciendo para el servicio militar los únicos cuatro hijos que le quedaban. Este rasgo de enerjía, en nada desmerece de los actos mas encumbrados de civismo i es digno de recordarse como una prueba de la exaltacion de la opinion i como un hermoso ejemplo de virtud republicana.

CAPÍTULO VII

Espedicion de Salas.—Búlnes en Lima.—Retirada al Norte. Conferencias de Huacho

Al mismo tiempo que la columna Restauradora obtenia la victoria en la aldea de Matucana, una division del ejército chileno, continuaba al pié de las fortalezas del Callao, ese sitio iniciado al dia siguiente dia de Guias, i que se continuaba, a la sazon, con la misma abnegacion i desventura. Ajustándonos a un estricto órden histórico, deberíamos darlo a conocer, a medida de los hechos que vamos narrando; pero en el interes de la claridad, preferimos dejar su relacion para un próximo capítulo. La misma consideracion nos obliga a postergar el conocimiento de las cuestiones diplomáticas que se suscitaron en Lima, una de las cuales habia tomado las proporciones de un conflicto internacional. En esas discusiones delicadas i graves, en que una sola palabra o un momento de irritacion, podian traer las mas funestas consecuencias, veremos brillar, de un lado la circunspeccion i la enerjía del que defiende su derecho, i del otro, la violencia que caracteriza a la fuerza.

Desde el suceso de Matucana la tranquilidad no volvió a ser turbada en la rejion comprendida entre Lima i la Sierra, sino por una que otra montonera, temerosa i desorganizada. No sucedia lo mismo en el Sur, donde las guerrillas apoyadas por el

Escuadron de Húsares de Junin, asolaban las provincias de Ica i de Pisco.

Dijimos que el jeneral don Juan José Salas, fué designado para ocupar ese valle con fuerzas iguales a las que llevara el jeneral Lafuente a la Libertad, i en efecto, la corbeta de guerra *Valparaiso* trasportó a Pisco su columna, compuesta de dos compañías del batallon Colchagua, de 50 cazadores a caballo desmontados i del cuadro de un batallon, que se debia formar con los naturales de los valles ocupados. Junto con las tropas chilenas desembarcaron en Pisco 30 hombres, entre oficiales i soldados, pertenecientes a la dotacion de la *Valparaiso* (1). Quedaba, pues, la embarcacion con una tripulacion escasa, si bien se habian agregado a su número ordinario, el cuadro peruano i 14 hombres, recien enrolados, que fueron dejados a bordo por la desconfianza que inspiraba su fidelidad. Pero, ¿cuál era la situacion de las provincias que Salas llevaba encargo de pacificar i de tranquilizar?

La rejion en que habia desembarcado es una faja de tierra, que se estiende al Sur de Lima, entre las cordilleras i el mar. Su suelo pródigo i feraz, es famoso, sobre todo, por sus fecundos viñedos. En esa tierra de promision, como la llama un jeógrafo eminente (2), corren algunos rios, de poca entidad, que trazan en su camino una línea de verdura, i que parecen arrastrar consigo la vejetacion i la vida. En esa rejion está situada la ciudad de Ica, al Sur-Este del puerto de Pisco i a una distancia casi igual, del mar i de los Andes. Cañete, fundado sobre el rio que le da su nombre, es otro de los pueblos mas importantes de esos valles, que en la época a que nos referimos, estaban mandados por el comandante jeneral don Estanislao Correa. El Escuadron de Húsares de Junin, que fué conducido allí despues de la derrota de Guias, sirvió, merced a los esfuerzos de los coroneles Correa i Arrisueño, para la organizacion de las numerosas guerrillas, que asolaban toda esa rejion.

El jeneral Santa-Cruz, empeñado, entretanto, en reunir todo

(1) Los mas importantes de ellos, eran el sarjento mayor del ejército del Perú, don N. Garrido, cuatro oficiales del cuadro peruano, el comandante de la *Valparaiso*, don Manuel Diaz, los oficiales chilenos don José Anacleto Goñi i don Juan de Dios Manterola.

(2) Paz-Soldan, Jeografía del Perú.

su ejército en la Sierra, fomentaba la guerra de montoneras, para alejar de sí la atencion del ejército chileno. De ese modo las guerrillas de Correa, obedecian al mismo pensamiento i se hallaban dentro del mismo plan, que las guerrillas del Este, a que el mariscal Miller habia dado organizacion i unidad. Correa habia conseguido tambien, introducir cierta disciplina en esas partidas ambulantes, compuestas las mas veces de hombres que solo persiguen la satisfaccion de su lucro i de sus pasiones. El Escuadron de Húsares de Junin, que habia servido para su organizacion, les servia a la sazon de apoyo. Las montoneras recorrian, impunemente, todo el territorio comprendido entre esa rejion i Lima, sin encontrar un enemigo al paso.

En estas circunstancias, desembarcaba en Pisco el jeneral Salas, encargado de obtener de esos campos, los hombres i el dinero de que tanto necesitaba el nuevo gobierno, a la vez que de contrarrestar la preponderancia de las fuerzas de la Confederacion. Salas no se detuvo en Pisco sino el tiempo necesario para organizar su marcha a Ica que, por su situacion en medio del valle, era el verdadero centro de accion i el lugar mas amenazado. Púsose en efecto en marcha hácia el interior, dejando en Pisco al comandante Diaz de la *Valparaiso*, con los 30 hombres de su tripulacion, sin haber indagado, de antemano, la situacion del enemigo. Su precipitada marcha tuvo funestas consecuencias.

El comandante Diaz, ménos precavido aun que el jeneral Salas, cediendo a un exeso de confianza, que nada justifica, permanecia en el puerto, ofreciendo a su vijilante rival la tentacion de un golpe de mano fácil i provechoso. Salas llegó a Ica sin divisar al enemigo. Seguia éste, entre tanto, con la mayor avidez, las etapas de su imprudente marcha i cuando creyó que la columna chilena se habia alejado bastante, marchó hácia Pisco por sendas estraviadas i cayó de sorpresa sobre la guarnicion (23 de setiembre).

Las fuerzas asaltantes, mandadas por el coronel Correa se componian de 150 hombres de caballería i de algunos guerrilleros. La guarnicion chilena les resistió durante toda la noche con un fuego sostenido, que debió causar algunas bajas en las filas contrarias. Esa lucha empeñada sin ninguna esperanza de éxito, consiguió, siquiera, salvar el honor del coman-

dante chileno, ya que no es dado poner al abrigo de una justa censura, la confianza imprevisora que lo puso en la necesidad de rendir su columna, despues de haber agotado sus municiones.

El parte oficial de los contrarios, rindiendo un justo testimonio a su enerjía, realza este descalabro, ya que no lo justifica. La rendicion tuvo lugar, dice, «despues de haber hecho una brillante defensa, sosteniendo un fuego mui vivo por 12 horas i últimamente constituyendose prisioneros con todos los honores de la guerra». El mayor Garrido mas afortunado que sus demas compañeros, consiguió huir, miéntras los prisioneros eran llevados a Huasaguasi i ofrecidos en espectáculo a los pueblos, para fortalecer su entusiasmo por la confederacion. Santa-Cruz que se hallaba en Cargua-Cargua, cuando recibió la noticia de la sorpresa de Pisco, debió celebrar con un entusiasmo proporcionado à sus recientes sufrimientos, ese primer triunfo de sus armas(1).

La corbeta Valparaiso, que no habia abandonado su fondeadero, se encontró, por este incidente, mandada por el piloto don Andres J. Montes de quien solicitó, en el mismo dia, una entrevista el coronel Correa, para tratar sobre la devolucion de los 14 individuos que habian sido enrolados por el jeneral Salas; pero el desconfiado J. Montes, temiendo que la invitacion fuese una celada, para completar el triunfo, se negó a aceptarla e hizo rumbo al norte a donde comunicó al ejército chileno la noticia del desastre. Entre tanto, el jeneral Salas luego que fué informado de lo sucedido, se puso en marcha hácia Pisco, creyendo sorprender a la columna vencedora; pero esta habia abandonado el pueblo con anticipacion.

El acertado ataque de Pisco, inspiró valor al escuadron de

---

(1) Como una prueba de la mala fé habitual de los documentos oficiales emanados de la Cancillería Protectoral, publicamos una parte de la contestacion dada por el jeneral Quiroz, a nombre de Santa-Cruz, al coronel Correa, por el asalto de Pisco.

«He tenido el honor de poner en conocimiento de S. E. el Supremo Protector, con el parte de V. S. I. de 24 de setiembre a que contesto, el ataque hecho por *doce flanqueadores* del Rejimiento Húsares a los *cuarenta soldados* de marina que atrincherados en la aduana de Pisco, bajo las órdenes del capitan de la corbeta *Valparaiso* i otros oficiales, fueron obligados a entregarse prisioneros al Rejimiento Húsares, *que llegado a aquel al siguiente dia se preparaba al asalto*, etc.»

Húsares, que se hallaba aun bajo la impresion desmoralizadora de la batalla de Guias.

Las hostilidades, que desde ese dia empezó a ejercer contra el jeneral Salas, tuvieron la complicidad i el apoyo de casi todos los habitantes de esa rejion, que le servian alternativamente de soldados i de espías. Allí, como en todo el resto del Perú, la causa de Chile tuvo que luchar con las dificultades de su situacion i con las hostilidades de los pueblos; pero ni el conocimiento del territorio, ni las conexiones de que disponia en todo el pais, fueron bastantes para evitar a ese escuadron peruano, algunos serios contratiempos. Fué uno de ellos, el combate de la Sierpe (4 de octubre) en que el coronel Lopera, con 46 Cazadores del ejército de Chile, deshizo en una ventajosa posicion, a un número mayor de peruanos i de montoneros. El ataque, que duró tres horas i que se continuó en varios puntos a la vez, fué sostenido por los chilenos con una audacia, que el peligro mismo parecia acrecentar (1). Los Húsares vencidos, se refujiaron en Cañete, pueblo situado entre Pisco i Lima.

Entretanto, Salas habia enviado aviso al jeneral Búlnes de estas ocurrencias i determinádose, por éste, la partida del teniente coronel Arancibia, con una compañía peruana montada, a Lurin, punto inmediato a Lima, para cerrar el paso i la fuga a los Húsares, si Lopera conseguia dispersarlos.

El coronel Lopera permanecia, a la sazon, en Chincha, aldea situada frente a las famosas guaneras que le dan su nombre, indagando los movimientos i situacion del enemigo. Luego que fué informado de su retirada a Cañete, se puso sijilosamente en marcha hácia ese lugar, pero no consiguió sorprenderlo, porque una avanzada, colocada en las orillas del rio que baña el pueblo, divisó a tiempo su columna (12 de octubre). Apesar de esto, el escuadron peruano se puso en fuga despues de una corta resistencia (2).

Desde ese dia los Húsares, desmoralizados i vencidos, se dispersaron, en todas direcciones, para no reunirse mas. Solo un grupo de 60 hombres, que consiguió salvar su organizacion, fué a engrosar las partidas de guerrillas.

(1) Parte de Salas Manterola, 5 de octubre de 1838.
(2) Parte de Salas.—Cañete, 12 de octubre de 1838.

A esta guerra, que pudiéramos llamar organizada, por haber mediado en ella fuerzas regulares, sucedió la guerra de emboscadas i de montoneras, de sorpresas i de encrucijadas, que si bien está adornada con el colorido dramático que acompaña a esta clase de incidentes, está tambien señalada con los ordinarios males, que le son inevitables. Obrando en un territorio enemigo, desprendidos de su centro de autoridad, fraccionados las mas veces en pequeños grupos, muchos de sus actos van acompañados de un triste cortejo de espoliaciones i de crímenes.

La situacion de las fuerzas restauradoras, en ese valle i en ese momento, era la siguiente: la compañía peruana de Arancibia, ocupaba a Lurin; Lopera permanecia en Cañete; el coronel Laiseca con algunas fuerzas, acampaba en los alrededores de Ica. Al norte de Lima, el mayor don José F. Callejas del Ejército Restaurador, encargado de inspeccionar el éste de la capital, se hallaba en el camino de Canta, adonde habian aparecido algunas guerrillas enemigas, i aunque el verdadero destino de sus fuerzas era el norte, su excesiva movilidad le permitia aparecer sucesivamente en el norte i en el sur.

Las guerrillas enemigas sufrieron una serie de reveses, que les arrebataron sin mayor esfuerzo su importancia i poder. Los mas notables fueron, la derrota que sufrió Nestares en las orillas del rio Macas (17 de octubre), la sorpresa de la guerrilla de Buitron, por el coronel Lopera, en que toda la partida, sin escepcion del jefe, quedó muerta o prisionera; el combate en que Arancibia deshizo la guerrilla formidable de Leon (19 de octubre) (1), i por fin, la victoria del coronel Laiseca en Macacona sobre la guerrilla de Pola, que encontró allí su tumba. Esta serie de triunfos provocó una reunion jeneral de las guerrillas desorganizadas que, poniéndose a las órdenes del montonero Vives, tentaron contra su feliz enemigo, un último i supremo esfuerzo. Dirijiéronse contra el coronel Lopera, que habia infrinjido los mas duros reveses al escuadron de Húsares i que se encontraba, a la sazon, en el pastoso valle de Lucumo, reponiendo su caballada.

(1) «El comandante Arancibia dando parte de este suceso refiere en su nota oficial que habiendo exijido a sus soldados que tomasen su rancho, le contestaron que querian pelear i no comer.»

Atacado de improviso, no tuvo tiempo sino de ponerse al frente de 20 hombres del Colchagua, para dar lugar a que los soldados ensillasen sus caballos. El combate se mantenia indeciso, pero la llegada de los cazadores bastó para que el enemigo se pusiese en fuga, dejando el campo sembrado de 38 cadáveres i abandonando, para siempre, toda idea de resistencia. Este fué el último encuentro, en que las guerrillas enemigas se atrevieron a medirse con los soldados chilenos. Escarmentadas en todas ocasiones i desorganizadas, se desvandaron, llevando a sus hogares el terror por el ejército chileno i en el fondo de sus pechos, el rencor que produce la derrota.

Tal fué la serie de operaciones que tuvieron lugar al sur de Lima, para desinfectar esas provicias de la presencia de las guerrilas. Su destruccion importaba un contratiempo para la causa enemiga porque, desde ese momento, el ejéreito chileno podria proporcionarse, con ménos sacrificios, los víveres i recursos de que tanto necesitaba en la capital. La victoria tuvo, ademas, por resultado la adhesion de algunos jefes enemigos a la causa de la Restauracion (1).

Los contratiempos, sufridos por la Confederacion en el sur de Lima fueron, como el combate de Matucana, los signos precursores de la gran catástrofe. La estrella del Protectorado, que en 1837 habia llegado a su zenit, comenzaba a sumirse en ese abismo insondable de desgracia, que empieza en Matucana i termina en Yungai!

Salas regresó a Lima, poco tiempo despues, donde se reunió con el Ejército Restaurador, que preparaba ya su movimiento hácia el norte. Apesar de sus esfuerzos, no habia conseguido desempeñar sino a medias su comision, pues el batallon que llevaba encargo de formar, volvia trayendo en todo, 150 reclutas, de fidelidad tan dudosa, que el jeneral Castilla solicitó de Búlnes que fuesen embarcados en un buque de guerra, para impedir su desercion.

La condicion del ejército chileno habia variado, a la sazon, en Lima: el odio enjendrado por la derrota de Guias i por la ocupacion de la capital, habia cedido su lugar, a un sentimiento mas moderado i a un juicio mas equitativo.

---

(1) El mas importante fué el coronel Cavareda.

La transformacion política del norte o mas propiamente, los trabajos de los jefes i autoridades de la Restauracion en las provincias del norte, le aseguraban un lugar de retirada i un ventajoso teatro, para sus futuras operaciones. El establecimiento en el sur, de una autoridad nombrada por el gobierno de la capital, cegaba la fuente de que habia obtenido tantos recursos el Ejército Protectoral.

El Este, que por su configuracion topográfica se prestaba a sostenimiento de una larga guerra, habia presenciado el rud escarmiento, que la division de Otero sufriera en Matucan i al Oste las fortalezas del Callao, privadas de toda comunic cion esterior i consumiéndose en su resistencia, sentian ajitar en su seno, las convulsiones de la escasez, i del cansancio. E era el hermoso lado del cuadro, que habian trazado, en parte, desarrollo natural de los acontecimientos i la espada del ej cito chileno. Veremos, mas tarde, los males profundos, que tardaron en aquejar su situacion i en hacerla insostenible.

Las siguientes cartas del jeneral Búlnes, ofrecen una apreciacion seria i razonada, de la situacion del ejército chileno en Lima, en aquel momento.

SEÑOR DON FRANCISCO BÚLNES

Lima, setiembre 21 de 1838

Mi querido hermano:

Los papeles públicos que te acompaño, te impondrán de los favorables resultados què se van adquiriendo a consecuecia de las operaciones emprendidas despues de la batalla del 21 del pasado, hasta la cual te dí cuenta en mi anterior, detallándote menudamente lo acaecido desde que partí de esa. El pronunciamiento del norte, a mas de proporcionarme, a mi retaguardia, un campo vasto para maniobrar, en el inesperado caso de un revez, me facilitará algunos recursos para abrir mi nueva campaña, tan luego como obtenga la rendicion del Callao.

El triunfo obtenido últimamente por Sessé, apreciable jóven, que siento no conozcas, me tiene lleno de contento. El debe

contribuir mucho para nuestras operaciones sobre el ejército de Bolivia, influyendo en la moral del soldado, por el terror que les ha inspirado la valentía de los nuestros.

El Callao se mantiene, aun, por la proteccion que le prestan los estranjeros, que abiertamente son decididos por Santa-Cruz. Por los pasados, que son cuantos pueden hacerlo, sabemos el descontento de su guarnicion, la que, en las salidas que hace, siempre lleva la peor parte, llegando nuestra suerte a tal grado, que en dos mil cañonazos que nos habrán disparado hasta hoi, no nos han herido un solo individuo, con dicha arma. Sin embargo, la tal plaza es un padrastro que me impide abrir la campaña contra el ejército de Santa-Cruz, que aun permanece en el valle de Jauja, mandado por Herrera; a no ser así estaria mui adelantado i talvez por concluir la guerra, siéndome propicia la suerte, como lo es hasta aquí.

Trasportado, como me encuentro, a un mundo nuevo en que se juega la mas artera e infernal política, tengo momentos de volverme loco. Este país acostumbrado a ser siempre engañado por sus mandatarios, vive de mentirosas ilusiones i rara vez cree lo verdadero.»

Lima, setiembre 28 de 1838.

«Mi querido hermano: Aunque te escribí una bastante estensa, cuatro o seis dias há, por la vía de Valparaiso, tengo el gusto de repetirte ésta, manifestándote, de este modo, el inmenso cariño que te profeso. Con la espresada iban algunos papeles públicos que te ilustrarian en muchos permenores, de los sucesos que han tenido lugar en la campaña; mas, siendo probable que ésta llegue primero, te repito otra coleccion. A la esposicion que ellos hacen del estado de las cosas, agregaré que hoi contamos con otro departamento o provincia, que es la de Huaylas, pronunciada a nuestro favor; que tengo muchas probabilidades de la pronta rendicion del Castillo, i que a no ser la pequeña pérdida de 30 marineros, que han sido sorprendidos i tomados en Pisco por la imprudencia i falta del co-

mandante Diaz de la *Valparaiso,* que se situó con ellos en el pueblo, todo seria prosperidad hasta el dia. Esta pequeña pérdida, que será reparada mui pronto con ventaja, es un átomo respecto de las ganancias que hemos obtenido en cuantos planes me he propuesto, i de los cuales han resultado el pronunciamiento de todo el territorio de la república, que ántes reconocia a Orbegoso: la accion de Matucana, etc.

El ejército se mantiene con todo el entusiasmo i orgullo que le da su valor i en esto confio para pronosticarte que mi campaña será corta i feliz.»

A la sazon, circulaba, con insistencia, en Lima el rumor de que el jeneral Santa-Cruz, movia sus divisiones de la Sierra sobre la capital. La hora decisiva parecia próxima a sonar, lo que ponia al jeneral Búlnes en la necesidad de regularizar su situacion con el gobierno de Gamarra. Con ese objeto lo invitó a entablar negociaciones i le previno, de antemano, el espíritu que llevaria a la conferencia, manifestándole, de nuevo, su determinacion invariable de no intervenir en las cosas del Perú (1). Gamarra nombró, como su plenipotenciario, al ministro de gobierno don Benito Lazo i Búlnes se decidió a entenderse, por sí mismo, con el delegado del Peru.

---

(1) Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Lima, 10 de octubre de 1838.—Señor Ministro de Estado en el departamento de la Guerra del Perú:—En vista de las difíciles circunstancias, que han rodeado al Gobierno, desde el dia de su instalacion, me he abstenido de hacerle presente, que es de absoluta necesidad el establecer por medio de una convencion, las principales condiciones a que debe ligarse el Gobierno del Perú, por lo que respecta a la subsistencia i haberes de la Escuadra i Ejército Restaurador, pues no sabiendo cuáles sean los sentimientos de S. E. a este respecto, juzgo que será conveniente que se espresen de un modo esplícito, para que, en todo tiempo, haya constancia de ellos i poder dar cuenta a mi Gobierno de haber cumplido en esta parte sus Instrucciones.

Penetrado S. E., coms debe estarlo tambien el pueblo peruano, de que la mision del Ejército de mi mando, no es ni puede ser otra, que la de libertar al Perú de la dominacion del jeneral Santa-Cruz, no se atribuirá el objeto que motiva esta nota. a pretensiones indebidas i enormes a esta República; debiendo asegurar a US. que si no puedo desentenderme de la subsistencia de un ejército, que si está pronto a derramar su sangre, lo está igualmente, a sufrir toda clase de privaciones a trueque de devolver al Perú sus perdidos derechos.

Así, pues, si S. E., como lo espero, conviene en la necesidad de realizar el tratado que propongo, estoi pronto a entenderme con la persona que S. E. nombre al efecto, haciéndome saber cuál sea este i el lugar i hora en que debe verificarse la reunion.—Dios guarde a US.—*Manuel Búlnes.*

La conferencia no dió lugar a ningun incidente notable i asemejóse mas a una conversacion amistosa, que a una discusion diplomática. Animado el uno, de las mejores intenciones respecto del Perú, i el otro del agradecimiento a que su gobierno era deudor, no tardaron en llegar a un arreglo, basado sobre las instrucciones del jeneral en jefe, si bien haciendo algunas modificaciones, exijidas por la situacion política del país. El gobierno del Perú se comprometió a pagar los trasportes que habian conducido al ejército; a dar al soldado chileno un sueldo mensual de diez pesos, que era el mismo que percibia el soldado peruano i a suministrarle el alimento i toda especie de recursos, durante su permanencia en el Perú. En cambio de estas concesiones, el ejército ofrecia sus servicios; la devolucion de la barca *Santa-Cruz* i del bergantin *Arequipeño*, que fueron sorprendidos por Garrido en el Callao en 1836 (1).

---

(1) En la ciudad de Lima, capital de la república peruana, a doce de octubre de mil ochocientos treinta i ocho: reunidos los señores don Manuel Búlnes, Jeneral en Jefe del Ejército de Chile, Restaurador del Perú, i don Benito Laso Ministro de Estado en el departamento de Gobierno i Relaciones Esteriores, mediante la autorizacion que ha hecho a éste S. E. el Presidente Provisorio de la República, Gran Mariscal don Agustin Gamarra, la que ha sido legalmente reconocida por el señor Jeneral en Jefe; a efecto de celebrar un convenio militar de subministros a dicho Ejército Restaurador durante la presente guerra que sostienen la República de Chile i la parte libre de la Peruana al Jeneral Santa-Cruz, hasta lanzarlo del territorio de ésta i reducirlo a la impotencia, de tentar una segunda invasion, han acordado en los artículos siguientes:

Art. 1.° El Gobierno del Perú, se obliga a proporcionar al Ejército Restaurador i Escuadra, sin cargo alguno al de Chile, los recursos de todo jénero que haya de menester para las operaciones de la campaña, debiendo empezar a correr por cuenta del espresado Gobierno, los gastos orijinados por el Ejército desde su desembarco.

Art. 2.° Los sueldos de los soldados, cabos i sarjentos del Ejército i los de los oficiales de mar i marineria de la Escuadra de Chile, serán los mismos que disfrutan en aquella República los de sus respectivas clases, siendo ademas de cuenta del Gobierno del Perú, suministrarles el rancho, hospitalidades i el vestuario para la tropa, sin cargo alguno ni descuento de sueldos o haberes de ella.

Art. 3.° Los sueldos i gratificaciones de los jefes, oficiales i empleados en el Ejército i Escuadra de Chile, serán los mismos que gozan en el Perú, los de sus respectivas clases, siempre que no sean inferiores a los que disfruten por los reglamentos de aquella República, o por los que se les señale en sus respectivos nombramientos o despachos, en cuyo caso disfrutarán los que en dichos reglamentos, nombramientos i despachos se les asignen.

Art. 4.° Tanto el pago de los jefes, oficiales i empleados a que se refiere el artículo anterior, como los de la tropa i marinería correrá por cuenta del Gobierno del Perú i sin cargo alguno al de Chile desde el mes inclusive, en que zarpó la espedicion de Valparaiso.

La creencia, tan jeneralizada en el gobierno como en Lima, de la apertura próxima de la campaña, puso al jeneral Gamarra en la necesidad de dictar el siguiente decreto:—Ministerio de Guerra i Marina.—El ciudadano Agustin Gamarra.—Considerando:—I. Que la perfecta organizacion del ejército i su buena direccion, requieren una autoridad que centralice el mando i sea el órgano inmediato de las deliberaciones del gobierno.

II. Que la rapidez del servicio i el impulso que han menester todas las operaciones de la guerra, exijen asimismo la reunion de las fuerzas peruanas i chilenas, bajo un jefe que sea el único que se dirija a la autoridad suprema.

III. Que no me permiten, por ahora, las graves atenciones de la administracion, dedicarme de cerca a las tareas, que demandan el cargo de jeneral en jefe de las fuerzas unidas.

Art. 5.° El Gobierno del Perú queda obligado a pagar el valor a que ascienden los fletes de los trasportes que han conducido al Ejército Restaurador, tan luego como se lo permitan las circunstancias, poniendo en arcas de la Comisaría del Ejército el espresado valor, o a disposicion del Gobierno de Chile.

Art. 6.° El Gobierno del Perú se obliga a trasportar de su cuenta a Chile el Ejército, cuando se haya terminado la campaña.

Art. 7.° El Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador, pone a disposicion del Gobierno del Perú, la barca *Santa-Cruz* bergantin *Arequipeño* en el estado de armamento en que se encuentra, no pudiendo por ahora, hacer igual devolucion de la corbeta *Socabaya*, por no haber recibido autorizacion de su Gobierno para verificarla, la que se ofrece a solicitar.

Art. 8.° Los refuerzos de tropas que por via de reemplazo o aumento del Ejército Restaurador, vinieren de la República de Chile, serán considerados por lo que respecta al goce de sueldos i demas subministros, en la mismo forma que se previene en los artículos de este convenio.

Art. 9.° Los artículos de guerra i boca i los subministros de cualquiera naturaleza que se hagan, en lo sucesivo, por el Gobierno de Chile, bien sean para el uso i consumo del Ejército, o por via de préstamo o suplemento al Gobierno del Perú, será de cargo de éste su abono a los precios que los espresados artículos tuvieren de costo.

Art. 10. El presente convenio se observará por todo el tiempo que el Ejército Restaurador i Escuadra de Chile, se empleen en hacer la guerra al jeneral Santa-Cruz i sus sostenedores, en defensa de los derechos i seguridad de la República del Perú; i solo podrá alterarse por medio de la celebracion de un tratado de alianza que de hecho existe entre las dos Repúblicas.

En fé de lo cual firmaron el presente convenio por duplicado, sellándolo con sus respectivos sellos en el dia de la fecha citada arriba.—(L. S). MANUEL BÚLNES.—(L. S.)—BENITO LASO.—Palacio del Supremo Gobierno en Lima, a 14 de octubre de 1838.—Ratifico el presente convenio. —AGUSTIN GAMARRA.—El Ministro de Estado i del despacho de Guerra i Marina.—*Ramon Castilla.*

IV. Que en la próxima campaña debo ejercer el supremo mando militar i dar direccion al ejército.

V. Que en la persona del jeneral don Manuel Búlnes se reunen todas las calidades eminentes, que son necesarias para el árduo cargo de jeneral en jefe.—Decreto:

Artículo único.—El jeneral don Manuel Búlnes, queda nombrado jeneral en jefe del Ejército unido restaurador.

El ministro de Estado, del despacho de la guerra, queda encargado del cumplimiento de este decreto, i de comunicarlo a quienes corresponda.

Dado en el palacio del supremo gobierno en Lima, a 15 de octubre de 1838.—AGUSTIN GAMARRA.—P. O. de S. E.—*Ramon Castilla.*

Este decreto, era la consecuencia natural del tratado firmado, tres dias ántes, entre Búlnes i Lazo. Desde el momento que el ejército de Chile aparecia como ausiliar del gobierno de Lima, el jeneral en jefe necesitaba *aparentemente* que su nombramiento fuese aprobado, por lo que en lenguaje oficial tenia que llamarse, autoridad suprema del Perú, reservándose como lo mandaba la Constitucion, la *direccion* de la guerra.

Sin embargo, este hecho ha dado lugar a interpretaciones erróneas i servido de apoyo a una escuela, que solo persigue el desconocimiento de los servicios prestados por Chile al Perú en 1838.

Esos patriotas de nuevo cuño, no pudiendo borrar de sus anales los nombres inmortales de Buin, de Yungai, etc., han resuelto fabricar una historia ex-profeso, en la cual se dice, que el ejército chileno de 1838 no fué sino el instrumento que dirijió la mano de Gamarra, o de Castilla; que el jeneral Búlnes hizo los oficios de un buen subordinado de los jefes peruanos, con mas algunas necedades sobre su conducta personal en algunas batallas, especialmente en Yungai, de que nos ocuparemos mas adelante (1).

La insistencia de estas falsas aseveraciones, nos pone en la necesidad de esclarecer con detencion este punto.

---

(1) El mas notable de esos demoledores de la historia, es el señor Valdivia, de quien ha podido decir el señor Vicuña Mackenna con su gracia peculiar: que las historias del canónigo Valdivia se asemejan a las alforjas de nuestros campesinos, porque en ellas cabe todo, incluso el haber querido probar que las glorias de 1838 i 1839 son glorias peruanas.

La creencia, tan jeneralizada en el gobierno de la apertura próxima de la campaña, puso al rra en la necesidad de dictar el siguiente decret de Guerra i Marina.—El ciudadano Agustin Ga siderando:—I. Que la perfecta organizacion de buena direccion, requieren una autoridad que cent do i sea el órgano inmediato de las delibera bierno.

II. Que la rapidez del servicio i el impulso q ter todas las operaciones de la guerra, exijen a nion de las fuerzas peruanas i chilenas, bajo u único que se dirija a la autoridad suprema.

III. Que no me permiten, por ahora, las de la administracion, dedicarme de cerca a mandan el cargo de jeneral en jefe de las f

---

Art. 5.° El Gobierno del Perú queda obliga ascienden los fletes de los trasportes que han taurador, tan luego como se lo permitan las ci arcas de la Comisaría del Ejército el espresad Gobierno de Chile.

Art. 6.° El Gobierno del Perú se oblig Chile el Ejército, cuando se haya terminad

Art. 7.° El Jeneral en Jefe del Ejércit cion del Gobierno del Perú, la barca *Sa ño* en el estado de armamento en que ahora, hacer igual devolucion de la corb bido autorizacion de su Gobierno para licitar.

Art. 8.° Los refuerzos de tropas qu del Ejército Restaurador, vinieren de siderados por lo que respecta al goce la mismo forma que se previene en

Art. 9.° Los artículos de guerra ra naturaleza que se hagan, en lo sean para el uso i consumo del mento al Gobierno del Perú, ser que los espresados artículos tuv

Art. 10. El presente conven Ejército Restaurador i Escua al jeneral Santa-Cruz i sus s guridad de la República del celebracion de un tratado Repúblicas.

En fé de lo cual firmar dolo con sus respectivos s MANUEL BÚLNES.—(L. bierno en Lima, a 14 d —AGUSTIN GAMARRA rra i Marina.—*Ramo*

Léjos de nosotros el menguado propósito de arrebatar al jeneral Gamarra, la pura gloria a que se hizo acreedor en la campaña de 1838. Su práctica militar, su conocimiento de los hombres i de las cosas del Perú, sirvieron eficazmente al ejército chileno, como sus consejos oportunos ilustraron i determinaron con frecuencia el proceder del jeneral Búlnes.

Aparte de esta inflencia amistosa, jamas pretendió Gamarra hacer predominar su voluntad sobre la del jeneral chileno, que dirijió la campaña con toda la independencia, que exijia su responsabilidad.

Del decreto parece desprenderse que el jeneral Gamarra se consideraba autorizado, para tomar la direccion del ejército chileno. Sin embargo, ¿de dónde arrancaba ese derecho?

¿Habia alguna comunicacion del gobierno de Chile, que permitiese a su jeneral, investir al presidente del Perú con el mando del ejército, i si ese decreto no existia, podia el jeneral Búlnes, sin incurrir en el delito de traicion, delegar sus funciones i poder en una autoridad estranjera? No existen mas órdenes del gobierno de Chile, a este respecto, que las mui terminantes insertas en sus instrucciones. «Pero en cualquiera de estas circunstancias, dicen; de cualquiera de estos modos que se establezca un gobierno peruano (o por la adhesion de algun jefe de Santa-Cruz, o por la de Orbegoso o Nieto) V. S. deberá conservar siempre el mando, de todas las tropas chilenas i peruanas.» «Las fuerzas peruanas que V. S. organice, permanecerán, constantemente, bajo las órdenes de V. S., sin que por ningun motivo, deban sustraerse a ellas, hasta que V. S. se retire a Chile con la fuerza chilena de su mando.» «Cuando haya un gobierno supremo, ya estos obstáculos podrán desaparecer, porque la autoridad de ese gobierno i la de V. S. podrán asistirse mútuamente. Por consiguiente, entónces i solo entónces, podrán las *tropas peruanas* tener un jefe que se ponga a la cabeza de ellas; *pero este jefe estará siempre a las órdenes de V. S., que como ya se ha dicho, ejercerá el mando de ámbos ejércitos hasta la evacuacion del Perú.*»

I como si se hubiese querido no dejar lugar a duda sobre este punto, el gobierno reiteraba el sentido de estas prescripciones, en el mismo documento, con estas palabras:—«*Para todos los casos* tendrá V. S. entendido, *que todos los emigrados pe-*

ruanos deben considerarse como agregados al ejército espedicionario, *i sujetos enteramente a la autoridad de V. S.*»

Diríase que estas declaraciones, fueron dictadas para responder, con anticipacion, a los erróneos conceptos a que habian de dar lugar mas tarde. No existiendo, volvemos a repetir, un decreto contrario a estos, el jeneral Búlnes no habria podido, sin incurrir en rebelion, reducir a nada las órdenes de su gobierno.

¿Puede deducirse, de esto, que el jeneral Gamarra pretendió revestirse con un poder que no le pertenecia? De ningun modo. Los términos del decreto, están arreglados a la situacion respectiva del gobierno peruano i del ejército chileno. Este, al emprender sobre el Perú, no deseaba aparecer como conquistador, sino como ausiliar. Para ello, necesitaba reconocer una autoridad pública, para no ejercerla por sí mismo; acatar a un gobierno para no serlo a su vez. Pero, ese reconocimiento no pasaria de ser un acto vano i efímero, sino se respetaban en la nueva autoridad, los atributos que le son peculiares, i que la Constitucion del Perú le prohibia espresamente delegar, como es la suprema direccion de los ejércitos ausiliares que habiten en el territorio nacional.

Desconocer la superioridad del gobierno peruano, que representaba a su país, habria sido colocarse encima de la nacion i convertirse, por el mismo hecho, en superior, en dominador, o lo que es lo mismo, en conquistador. El jeneral Búlnes, necesitaba, so pena de aparecer bajo esta última faz, reconocer la autoridad suprema que representaba la soberanía del Perú. Su ejército enviado al estranjero, segun las reiteradas declaraciones de su gobierno, a *ausiliar* al Perú, no podia colocarse encima de él, sin incurrir en el delito de usurpacion i de conquista. En este sentido, para obrar dentro de su dignidad i de la constitucion, hubo de reservarse el presidente Gamarra ese vano título que cubria su autoridad, i que se llamó *direccion* de la guerra. Esta, es por lo demas, la práctica usual en casos análogos.

Pero se desprende de esto, que el presidente Gamarra tuviese la libertad *efectiva* de nombrar a otro, que al jeneral Búlnes, jeneral en jefe del ejército unido? o que tuviese el derecho de cambiarlo cuando la guerra *no fuese dirijida* conforme a su plan o ideas?—Evidentemente que no.

Por lo que hace a las fuerzas peruanas, ya conocemos las

el plan de campaña no estaba determinado, i se reunió cuando ya habia un plan, cuando el ejército marchaba a reculones hácia San Miguel, atrayendo al ejército protectoral.

Pero, a qué insistimos sobre un punto a que el mismo jeneral Gamarra, se encargó de responder, en términos que importan un desmentido a todas las aserciones interesadas que se han repetido mas tarde. El jeneral Castilla, su ministro de la Guerra, decia oficialmente al gobierno de Chile, dándole cuenta de la batalla de Yungai: «A pesar de que el presidente provisorio de la república peruana, gran mariscal, don Agustin Gamarra, ha concurrido en persona a todos los sucesos de la campaña, i estuvo tambien presente en la batalla que ha restituido al pais su independencia i derechos, sin embargo, el presidente me manda declarar, paladinamente, ante las repúblicas Americanas i ante el mundo entero, que todo es debido a los talentos, práctica en la guerra i jenio previsor del gran mariscal de Ancach, jeneral en jefe del Ejército Unido: bien está que el presidente se reservó siempre la suprema direccion de la guerra, conforme a la constitucion del pais; pero quiso, de propósito, dejar desarrollarse i brillar las admirables prendas militares de aquel ilustre jefe, i ninguna mira privada tiene S. E. cuando confiesa, en honor al mérito relevante i al valor, que una sola disposicion, un solo paso, no ha sido dado por el jeneral en jefe, en todo el curso de la campaña, que no haya merecido su mas completa aprobacion: en una palabra, señor ministro, es la espada victoriosa del jeneral Búlnes, la que ha demolido el trono de hierro del ominoso Protector de la Confederacion Perú-Boliviana» (1).

No podríamos emplear términos mas enérjicos en defensa de nuestra opinion, que las audaces afirmaciones de un escritor estranjero, nos ha puesto en la necesidad de sostener.

Nada faltaba, pues, para abrir la campaña sino que el Protector abandonase su escarpado e innaccesible campamento. Su larga permanencia en el Cuzco, habia tenido por objeto i por resultado la concentracion de sus fuerzas, a la vez que el establecimiento de guarniciones militares en toda la rejion que dejaba a su espalda.

---

(1) Huaraz, enero 29 de 1839.

La necesidad de dominar, en su ausencia, los elementos de conflagracion que existian en el seno del Perú i de Bolivia, lo obligaba a dejar tras de sí algunos de sus mas prestijiosos jenerales. Al efecto, habia armado i puesto en pié de guerra a las guardias cívicas i guarnecido a Arequipa, con una division de milicianos i de reclutas a cargo del ilustre mariscal de Zepita, don Blas Cerdeña. El jeneral Braun, al mando de otra division, resistia en la frontera meridional de Bolivia a los esfuerzos impotentes del jeneral Heredia, que mandaba algunas fuerzas arjentinas.

En los primeros dias de octubre, el jeneral Santa-Cruz abandonó, por fin, el Cuzco i se dirijió a Tarma acompañado de don Casimiro Olañeta i del jeneral Quiroz, con el estado mayor i el batallon núm. 1 de la Guardia, donde se reunió con las divisiones de Otero i de Moran. La llegada de cada batallon; un movimiento cualquiera de tropa, daba pretesto i oríjen a las noticias alarmantes que circulaban en Lima. Los jefes bolivianos contribuian a propagarlas, para mantener despierto el entusiasmo del Callao i de Lima.

La permanencia del ejército chileno en la capital, ejercia una influencia perniciosa en su salud. Atacado, alternativamente, por el clima i por las enfermedades crónicas de la estacion, los hospitales se poblaban de enfermos, que se aumentaban, cada dia, en una proporcion alarmante. La division sitiadora del Callao, suministraba el mayor continjente a este triste número.

El mes de octubre tocaba ya a su término i el Ejército Restaurador permanecia en Lima, presa de la incertidumbre en que lo mantenia la actitud, a la vez, jactanciosa e indecisa del ejército boliviano. En esas circunstancias, llegó a la capital un parlamentario del jeneral don Ramon Herrera, jefe de las divisiones bolivianas acampadas en Tarma, con una comunicacion encabezada así: «Cuartel jeneral en marcha» solicitando un canje de prisioneros. El objeto verdadero del envío del parlamentario, era inspeccionar el ejército chileno, infundir aliento a los defensores del Callao i a los Santa-Crucistas de Lima. Búlnes observó con él las precauciones de la guerra i contestó negándose al canje a que se le invitaba (1).

(1) Hé aquí esas comunicaciones:—Cuartel Jeneral en marcha, a 20 de octubre de 1838.—Al señor Jeneral en Jefe del Ejército chileno.—

Esa comunicacion datada «Cuartel jeneral en marcha» ¿significaba que el Protector venia en marcha sobre Lima, o era, simplemente, una estratajema, dirijida a alentar el ánimo decaido de los sitiados del Callao? O era acaso, una manera disimulada de mantener al ejército chileno, en la espectativa de un próximo ataque?

Creyóse, por el mayor número, que el jeneral Santa-Cruz se habia decidido a salir de su inmovilidad de dos meses i que habia llegado el momemto de iniciar las operaciones decisivas.

Mas o ménos, en la misma época de la llegada del parlamentario, fué aprehendido por el jeneral Santa-Cruz, un sarjento peruano, que estaba, desde largo tiempo, al servicio de Chile, i aquien habia salvado la vida en Santiago, siendo ministro de Bolivia, durante la administracion Pinto. Prevalido de ese recuerdo, que estimaba como una garantía de fidelidad, el Pro-

---

Señor Jeneral:—S. E. el Protector de la Confederacion, se ha dirijido, dos veces, al Gobierno de Chile, proponiendo canje, por los prisioneros tomados en la corbeta de guerra *Confederacion* i creo que, hasta la fecha, no se ha recibido contestacion alguna de aquel gabinete. Como el objeto de S. E., i por consiguiente el mio, ha sido i es hacer siempre la guerra ahorrando todos los males posibles, creo uno de mis primeros deberes, el aliviar la dura suerte de los prisioneros, restituyéndolos a sus banderas.

Bajo este concepto, i habiendo tomado las tropas de mi mando, dos jefes, cinco subalternos i treinta i siete saldados del ejército de US., propongo un canje, clase por clase, con el comandante de la corbeta *Confederacion* French, el teniente Valle-Riestra, los prisioneros del 21 de agosto, i los cazadores que, casualmente cortados se tomaron en Matucana, por las fuerzas de US.

Yo no dudo que US. admita una propuesta semejante i que en su consecuencia se pueda acordar el dia i modo del canje de los presentes i el tiempo en que deban darlo los ausentes. Si US. estuviera facultado para disponer de los prisioneros que están en Chile, podrá hacerse el canje de todos con los que existen en nuestro poder desde la espedicion pasada, al mando del Excmo. señor jeneral don Manuel Blanco Encalada, cuyo número excede en mucho a los nuestros.—Dios guarde a US.—*Ramon Herrera.*»

(Contestacion.)—«Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Lima, octubre 20 de 1838.—Al Jeneral don Ramon Herrera, en marcha cerca de Lima.—No pudiendo considerar, como prisioneros de guerra al comandante i tripulacion de la goleta *Peruviana*, ni tampoco a los individuos del Ejército Restaurador, que por sus enfermedades quedaron el año pasado en Arequipa, no me creo en el caso de aceptar el canje, que me propone, en la nota de hoi, el señor jeneral a quien me dirijo.

Por lo que respecta al comandante, oficiales i marinería de la corbeta *Valparaiso*, no me es posible adoptar, en estos momentos, una resolucion, porque a mas de no tener marineros que devolver, militan otras consideraciones, que no juzgo del caso referir.—Dios guarde a US.—*Manuel Búlnes.*»

tector lo hizo regresar disfrazado a Lima, con un gran número de proclamas, para ajitar la opinion pública en vista de su próxima marcha sobre la capital.

El sarjento fué aprehendido por Búlnes, i tanto por su relacion, como por las sospechas a que se prestaba la llegada del parlamentario, creyó efectivamente que el ejército boliviano venia sobre la capital, i trasladó su campamento a la Casa de Pólvora, situada en el camino que conducia al cuartel jeneral del enemigo. Gamarra i Búlnes emplearon, a la vez, los medios de seduccion i de rigor con la plaza del Callao, sin que por uno ni otro camino se consiguiese doblegar la altiva resolucion de sus defensores. Egaña se dirijió tambien al jeneral Orbegoso con el mismo resultado.

Todo se subordinaba, entónces, en el ánimo de Búlnes, al sitio del Callao. Si la plaza enemiga se rendia, podia esperar a Santa-Cruz en algun campo aparente, vecino de la ciudad; en el caso contrario, no habria podido permanecer en Lima, sin separar de sus fuerzas, el dia del combate, una division numerosa, para contener a la guarnicion del Callao, lo que añadido a la superioridad numérica del ejército enemigo, compuesto de 7,000 hombres, a los estragos que las enfermedades habian hecho en las tropas chilenas que tenian, a la sazon, mas de 1,000 enfermos en hospitales, ponian al ejército restaurador en la imposibilidad de tentar el azar de una batalla. Agréguese a estos inconvenientes, de por sí insuperables, que «la fuerza peruana estaba compuesta de soldados bisoños, sin la moral necesaria para un choque» (1).

El jeneral Herrera, a la sazon, jeneral en jefe del ejército protectoral, decia años mas tarde, refiriéndose a la retirada de Lima:

«Búlnes no podia aguardarnos; tenia Santa-Cruz de 7 a 8,000 hombres, que estaban combinados con el Callao, por medio de cohetes, para salir con una gruesa batería de artillería a tomar su retaguardia, a lo que se agrega el odio de la ciudad de Lima.—Habria sido aquella una situacion desesperada.»

La alarma suscitada por la llegada del parlamentario se disipó, con las informaciones, mas exactas, que se tuvieron sobre

(1) Diario citado, páj. 44.

la situacion del enemigo, porque se supo que a pesar de sus amenazas i de las noticias de sus partidarios, no abandonaba aun el campamento de granito que ocupaba en las alturas de la Sierra.

Búlnes, temió que el objeto de esas falsas alarmas, fuese obligar al ejército chileno a permanecer en Lima, donde se consumia lentamente por el clima i las enfermedades. Tal era, en efecto, el pensamiento del enemigo, segun la franca confesion del mismo jeneral Herrera.—«Despues de la ocupacion de Lima, dice, convinimos en situarnos en Jauja con todo el ejército, i dejar que los chilenos se aniquilasen por sí solos» (1).

En esas circunstancias, salió de Lima, hácia el Este, una espedicion, mandada por el coronel Godoi, por el mismo camino que llevó algunos meses ántes la division de Sessé, para recojer informaciones, sobre la situacion del enemigo. La columna se componia de una compañía del Valdivia, una de la Lejion Peruana, i de los Escuadrones de Carabineros i de Lanceros. Godoi se cercioró en San Pedro Mama, de que el ejército contrario permanecia en sus antiguas posiciones, i a consecuencia de esto regresó a Lima, trayendo algunas mulas que sirvieron en el curso de la campaña.

La situacion del ejército chileno en Lima se habia hecho insostenible: las filas se diezmaban i el peligro aumentaba en proporcion. La estadía del jeneral Santa-Cruz en la Sierra, tenia, para él, efectos mas decisivos i ménos aleatorios que los de una batalla. Sin fatigar a su ejército en inútiles marchas; sin esponerlo a los azares i peligros de un combate, desmoronaba insensiblemente el poder i la fuerza de los contrarios.

El temperamento de Lima obraba en sus filas con mas eficacia que sus cañones. Nada será capaz de dar idea, del estado de quebranto en que se hallaba la salud del ejército.—«Ayer remití, decia el coronel Urriola a Búlnes (2), todos los enfermos a Chorrillos, quedando solo cinco, que por su natural estado solo podian caminar en carros que no habian. Hoi tene-

(1) Conversacion del jeneral Herrera, con don Benjamin Vicuña Mackenna en 1865, que éste apuntó en aquella época i que ha tenido la bondad de prestarnos.

(2) Octubre 21 de 1838.—Urriola a Búlnes.

mos ya nuevamente el hospital lleno, esto es, pasan de 100, con los que hai en las cuadras.»

El mismo dia la division del jeneral Cruz, tenia en los hospitales de Bellavista 191 enfermos.

No era mas halagueña la situacion del resto del ejército. «Deseo mucho, le decia el coronel Urriola (1), que usted medite el grado de impotencia a que vamos caminando para abrir la campaña, para que lo remedie sin pararse en medios. Segun mi mal modo de entender, juzgo que hemos venido a vengar el honor nacional, i mi opinion es que con las puntas de las bayonetas saquemos los recursos necesarios, i marchemos al enemigo dando al diablo a Orbegoso i su castillo, a Lima i su Gamarra. Esto debe hacerse pronto, so pena de que nos lleve a nosotros. Venido Santa-Cruz, todos rendirán la cerviz, i si no lo hacen, volveremos a tener otro 21. Cada dia perdemos mas que si nos estuviéramos batiendo, i yo entiendo que aquí tiran para su raya i poco les importa que nos lleve Satanas, por uno u otro camino.»

Copiamos, espresamente, estas palabras en que campea mas la exasperacion, que la calma, por que reflejan la impresion que dominaba entónces en el ejército chileno.

Abrumado con el peso de la guerra, cuyo fin se alejaba mas i mas de su vista, consumido por las enfermedades, mal alimentado, imputaba su miseria a la inercia sino a la ingratitud del gobierno peruano.

Gamarra, tan abrumado como Búlnes con el peso de estas consideraciones, habia acariciado el pensamiento de marchar sobre Tarma, donde se creia que no se habian reunido aun, sino 3,700 hombres (2).

Este plan temerario habria comprometido que no mejorado la suerte del ejército, pues, a mas de que las fuerzas bolivianas ocupaban formidables posiciones, el territorio del tránsito esterilizado, de antemano, por las guerrillas, no ofrecia recursos para la subsistencia del soldado. Olvidaba tambien el presiden-

(1) Octubre 26 de 1838.—Urriola a Búlnes.

(2) Señor Jeneral don Manuel Búlnes.—Mi querido Jeneral:—«Unos amigos de Tarma, dan estas noticias. 3,700 hombres son el total de los que tiene Herrera. Si esto se confirma, mañana podremos largarnos sobre Jauja. Yo iré con Ud. dejando un consejo de Gobierno. Mañana hablaré a Ud. personalmente su amigo.—*Gamarra.*»

te, que la guarnicion del Callao, se habria apoderado de la capital, robustecídose con los elementos que hubiese sacado de ella i operado de concierto con el jeneral Santa-Cruz.

A juicio de Búlnes, la necesidad mas premiosa era curar su ejército enfermo i buscar un campo de batalla en que no fuese preciso separar de sus fuerzas una gruesa division. Las razones que aconsejaban a Santa-Cruz permanecer en la Sierra, invitaban al ejército chileno a salir de Lima. Buscarlo en su asilo inespugnable, hubiese sido mas imprudente que aguardarlo en la capital.

Búlnes se resolvió, por fin, a abandonar la red en que lo habian sujetado, las bravatas i amenazas del enemigo i retirarse a las provincias del norte, donde la causa de la restauracion contaba con algunas simpatías.

La porfiada hostilidad de la capital i del clima, no existia en esas provincias, cuyo temperamento es mas aparente para los soldados chilenos i cuyo suelo accidentado, se presta mejor a las combinaciones de la guerra (1). Tampoco existian en el norte, esas grandes aglomeraciones de poblacion i de hostilidad como la ciudad de Lima, que pueden decidir el buen o mal éxito de una jornada. El jeneral Búlnes, temia que se renovasen en Lima, las sangrientas jornadas de Arequipa de 1835, cuando el populacho se precipitó sobre el ejército del jeneral Salaverry, causando un derramamiento de sangre peruana, a la vez, inhumano e infructuoso.

La retirada estaba, pues, decidida. Deseando, sin embargo, Búlnes conocer la opinion de sus jefes mas inmediatos, los convocó a una junta de guerra, donde se rechazó unánimemente la opinion de esperar al enemigo en Lima, i prevaleció la de fijar un sitio en los alrededores de la capital, para el caso de que fuese necesario empeñar una batalla. Esta determinacion fué ratificada por otra junta, reunida algunos dias despues (2).

---

(1) El pensamiento de retirarse al norte, era antiguo en el Jeneral en Jefe, como lo prueba su carta de 20 de setiembre a don Francisco Búlnes

(2) La siguiente relacion de lo ocurrido en los consejos de guerra, es hecha por uno de sus miembros:—«El 29 en la noche, dice Placencia, se celebró en Palacio una junta de guerra a la cual asistieron S. E. el Presidente, el jeneral en jefe, el jeneral Cruz, el intendente jeneral del ejér-

Hé aquí la idea que inspiró la retirada al Norte, esplicada por el jeneral Búlnes a su hermano (1).

---

cito don Victorino Garrido, el jeneral ministro de la guerra, don Ramon Castilla, el jeneral Torrico i el coronel Placencia.

En ella se espuso, que si estando el ejército enemigo en marcha sobre la capital, convendria dar una batalla a su vanguardia o retaguardia, o si seria mas oportuno retirarse al norte, con todo el ejército, o dividirlo para hacer una incursion por el sur.

Despues de una larga discusion, en que cada uno de los señores de la junta espuso sus reflexiones i se inculcó en lo desventajoso que era esperar al enemigo a vanguardia de una ciudad, teniéndose que abandonar el bloqueo de una plaza, cuya guarnicion podia unirse a Santa-Cruz, o cuando ménos, levantado el bloqueo, molestar impunemente i con suceso nuestra retaguardia, cortando, ademas, nuestra comunicacion con el norte i con nuestros buques: se resolvió de comun acuerdo, que para alucinar al enemigo se delineara i marcara una posicion a vanguardia en que se le hiciese conocer que el ejército unido estaba resuelto a esperar, que se reconociese otra a retaguardia sobre Asnapujio para ocuparla o batirse en caso que Santa-Cruz, obrase con rapidez o bruscamente sobre nosotros: que si no llegaba este caso supuesto que la opinion nos era desfavorable i contábamos en los hospitales 1,200 enfermos; en el batallon Ausiliares, solo reclutas i en la fuerza peruana, soldados bisoños sin la moral necesaria para un choque, el partido mas seguro i militar era ocupar con todo el ejército, desde Huaraz hasta Trujillo, dejar franco el paso a Santa-Cruz, para que entrase en la capital i se decidiese de una vez el problema de si Orbegoso entregaba o sostenia la fortaleza del Callao, i ponerlo en la necesidad de que nos buscase i desmembrase sus fuerzas, ya por las guarniciones que dejaria en el castillo i ciudad, o ya por las innumerables bajas que esperimentaria en desertores i enfermos en una marcha dilatada, miéntras nosotros, en posesion de un terreno que nos proporcionaria la subsistencia i cuya localidad, por sus accidentes, era ventajosa para la defensiva, podríamos reponer nuestros enfermos, reforzar el ejército chileno con los ausilios que su gobierno ofrecia mandar, aumentar i organizar el ejército peruano, i obrar posteriormente segun lo exijiesen las circunstancias.

Ademas de estas razones tan justas i fundamentales, S. E. el Presidente les dió mas gravedad, añadiendo que el ejército en la disposicion en que estaba, esto es, lleno de enfermos, sin la movilidad necesaria, sin vestuario i sin base de operaciones no podia pasar al otro lado de la cordillera, ya fuese por la via de San Mateo o por la de Canta, en cuyo supuesto era mas conveniente trasladarnos a Huaraz, ora para abrir, de nuevo, la campaña, a su debido tiempo, ora para esperar a los enemigos si decididamente nos buscaban (a).

«El 3 de noviembre se reunió en palacio, otra junta de guerra a la que asistieron S. E. el Presidente, los señores jenerales Búlnes, Cruz i Castilla, el señor ministro Egaña i secretario jeneral Barra. Se presentó el mismo proyecto que en la sesion anterior i quedó definitivamente resuelto el movimiento al norte, en caso que Santa Cruz, situado sobre la capital obrase con lentitud, siguiera su plan antiguo i favorito de contemporizacion i nos diese el tiempo necesario para reembarcar el ejército (a).

(1) Carta de Búlnes a su hermano.—Supe, noviembre 23 de 1838.
(a) Diario, páj. 44.
(a) Diario, páj. 50.

«Empezaré por hablarte de las razones que motivaron nuestra retirada, i despues de cómo se llevó a efecto.

Como a pesar, de las bravatas i del entusiasmo de que se decian llenos los bolivianos i de su deseo de pelear i vencer, estábamos ciertos, de que Santa-Cruz no abandonaba las fuertes posiciones de la quebrada, donde no podia ser batido ni buscado, i que su plan era tenernos como sitiados por la falta de recursos, dejando que las enfermedades, que en ésta estacion aumentan en Lima i la costa, redujesen al ejército a la última estremidad; que, por otra parte, teníamos a retaguardia al Callao, que sabíamos a ciencia cierta que se conservaba por Orbegoso para entregarlo a Santa-Cruz; resolvimos abandonar la capital, retirándose los enfermos i los cuerpos peruanos al departamento de Trujillo, i los cuerpos del ejército restaurador al de Huaylas, con el objeto de organizar el ejército i crear nuevas fuerzas en la estacion de las lluvias, para abrir la campaña, pasadas éstas, con un ejército respetable i poderoso, porque los soldados chilenos en un temperamento semejante al de Chile, no se enfermarán, i los enfermos recobrarán su salud. Entretanto, los bolivianos, mas débiles que nosotros, llenarán los hospitales, i Santa-Cruz, que aunque presuma nuestro plan de operaciones, no lo sabe a punto fijo, se halla en serios conflictos sin saber qué hacerse. Si permanece en Lima, sufre el efecto de las enfermedades i teme que una division le inquiete el Sur, obligándole a hacer una contramarcha ruinosa en el tiempo de las aguas, en que perderá una tercera parte de sus tropas. Si subdivide su ejército, tambien es cierta su ruina. Una prueba del conocimiento que él tiene de lo crítico i peligroso de su situacion, es que no ha dejado medio que tocar para hacer la paz, para lo cual ha dado carta blanca al Encargado de Negocios de Su Majestad Británica, quien ha estado en mi campamento de Huacho; pero como ésta no puedo ni quiero aceptarla, sin que la Confederacion de los tres estados quede enteramente disuelta, creo que no tendrá lugar.

«Para aumento de alarmas, el jeneral Santa-Cruz no cuenta con tanta opinion como ántes, pues pasan de doscientos los que han emigrado de Lima con el ejército, entre los cuales sujetos de bastante suposicion i los partidarios de Orbegoso están sumamente descontentos con el Protector, por el desaire

que ha hecho a aquel jeneral, a pesar de que le entregó el castillo i su guarnicion. De modo que el movimiento debe traernos grandes ventajas políticas i militares.»

Desde el dia en que se decidió la retirada, todo fué actividad en el campamento Restaurador. Muchos peruanos comprometidos se prepararon a abandonar sus hogares i a seguir la suerte del ejército chileno. En los cuarteles se hacian, con la misma actividad, los últimos aprestos. Los enfermos eran conducidos a Chorrillos, i los que, por la gravedad de sus dolencias, no podian marchar a pié, eran llevados en carretas o en mulas, algunos en camillas.

La idea de la Patria i de su defensa, era lo único que inspiraba enerjía a esos hombres, doblegados por la fatiga i el dolor. Embarcáronse en Chorrillos en un buque-hospital (la barca *Colcura*), que los condujo al Norte.

Entre tanto, los jenerales Gamarra i Torrico i el coronel Placencia, designados para elejir el sitio en que el ejército chileno debia tomar su campamento, adoptaron un punto inmediato a Asnapujio, tomando por base la chacara de Quiroz, a donde los cuerpos se trasladaron sucesivamente. El jeneral Cruz, que habia vuelto a ocupar su antiguo puesto de Jefe del Estado Mayor, se retiró allí con una fuerte division (1). Los Escuadrones de Cazadores, de Lanceros i de Carabineros, se colocaron a retaguardia de la infantería i la artillería ocupó a Ansieta. Al dia siguiente, los batallones variaron nuevamente su colocacion de la víspera, para situarse a menor distancia entre sí, de modo de poder verificar su reunion en cinco minutos (2).

Entretanto, la escuadra hacia sus últimos aprestos. En Lima i en Chorrillos se empleaba una infatigable actividad: aquí para recibir i trasportar al ejército, allí para enviar a la costa los enfermos, equipajes, bagajes de la artillería, en una palabra, todo lo que pudiera dañar a su lijereza i movilidad. Los cañones que habian servido para el sitio del Callao, fueron tambien trasportados a los buques.

(1) Componíase de los batallones Colchagua, Santiago, Valdivia, Cazadores del Perú, Ausiliares i Lejion.

(1) Los puntos designados para este nuevo movimiento fueron Quiroz, Menacho, Casa de Pólvora, Agustino i Ansieta.—Diario militar.

Santa-Cruz, que estaba informado por sus adhesiones i espías de cuanto sucedia en Lima, se preparaba, con la misma priesa del ejército chileno, a moverse sobre la capital; pero temiendo Búlnes, que esa actividad fuese una nueva estratajema, envió al coronel Placencia (2 de noviembre) hácia Chaclacayo, con los batallones Valdivia, Lejíon Peruana i 50 caballos de carabineros, a indagar lo que habia de efectivo en los planes del enemigo. «Esa columna, dice su propio jefe, siguió la ruta indicada hasta Vitarte, en donde quedó el batallon Lejion con el mayor don Juan Vargas, para apoyar, en caso de necesidad, al Valdivia, que la continuó hasta Huanchiguaylas. En este punto supo el espresado coronel, que unos montoneros llevaban arreando porcion de ganado vacuno, i dejando en él al Valdivia, los siguió con la caballería i la compañía de cazadores de dicho batallon, al mando del mayor Gomez. El capitan Gatica, que mandaba la caballería, los alcanzó en el monte de Guascata, i despues de un corto cambio de balas, el montonero Rayo abandonó la presa que conducia al cuartel jeneral enemigo, i la columna regresó, por la tarde, al campo con mas de mil cabezas de ganado vacuno, cuyo artículo nos era de bastante necesidad para las operaciones posteriores que se habian proyectado» (1).

Este hecho, de mucha mas importancia de lo que parece a primera vista, fué debido esclusivamente al arrojo del distinguido capitan de Lanceros don Rosauro Gatica. Los animales que se quitaron al enemigo, sirvieron para la mantencion del ejército en todo el curso de la campaña.

Los preparativos de la marcha continuaban, entre tanto, con la misma actividad, i puede asegurarse, sin exajeracion, que en esos dias de prueba, el jeneral Búlnes estuvo en todas partes, ordenando i haciendo ejecutar sus órdenes, empleando los cortos instantes que le dejaran libres las ocupaciones del servicio militar, en sostener la dignidad de Chile contra los ajentes estranjeros. Entre tanto el ejército, que habia sido engrosado con el batallon Ausiliares llegado recientemente (2), i con las columnas volantes que venian a reunírsele, recibió la órden de estar pronto para marchar el 8 de noviembre.

(1) Placencia.—Diario militar, páj. 49, noviembre de 1838.
(2) El 20 de octubre de 1838.

En la tarde del siguiente dia, los batallones chilenos, que durante los dos meses i medio que duró la ocupacion de Lima, pudieron mostrarse como ejemplo de subordinacion i de moralidad, desfilaron, silenciosamente, por las calles de la capital, dejando en ella el batallon Valdivia i el 2.° escuadron de cazadores a caballo, a las órdenes del jeneral Castilla, encargado de protejer a los rezagados, a la vez que la salida del ejército.

El jeneral en jefe, seguia la marcha grave i decorosa de sus columnas, dominado por una impresion de tristeza que se trahicionaba en su semblante.

Venia, en seguida, un grupo de 200 peruanos, mas o ménos, afectos a Gamarra que abandonaban su ciudad, sus bienes i ese precioso bien del alma, los seres del hogar, a la represalia de los *libertadores* bolivianos.

El pueblo se mostró impasible ante ese noble cortejo. Cegado por la idea de que Chile queria arrebatarle su independencia, vió con placer la marcha i la separacion de los chilenos (1).

Las columnas desfilaron por el puente de Lima, que su heroismo habia inmortalizado i se situaron cerca de Asnapujio, en el mismo sitio que ocupaba Nieto, cuando el Ejército Restaurador marchaba sobre la capital (2).

---

(1) Los muchachos de Lima cantaban estos versos a la pasada del ejército:

Sobre estos muros
Sobre estas torres,
Lamento i lloro
De noche i dia,
De los peruanos
La sangre ilustre,
Que el araucano
Derramó en Guias.

Gamarra impío,
Traidor, cobarde
Esta es tu patria,
Do haces alarde
De felonía.

(2) Al señor Ministro de la Guerra de Chile.—(Reservado.)—Huacho, a 21 de noviembre de 1838.—«Agotados los medios de obtener la posesion, o la neutralidad, al ménos, de las fortalezas del Callao, despues del último paso sin efecto dado con este fin por el Ministro Plenipotenciario de la República; empeorada nuestra situacion por las contínuas bajas que causaban, en el ejército las enfermedades de esos climas, hasta

En la noche de ese mismo dia, se presentó nuevamente à sus puertas el jeneral Búlnes, deseoso de observar por sí mismo, la fisonomía de la ciudad i de sacar del medio de ese pueblo hostil, la pequeña columna que habia confiado a Castilla. En efecto, algunas horas despues, salian los últimos soldados de Chile, conducidos en persona por el jeneral en jefe i se reunieron en la mañana del siguiente dia, con el resto de sus compañeros en la posicion de Asnapujio.

Un momento despues de su llegada, el ejército se trasladó al valle de Copacabana, que tambien le era conocido. La retirada hácia la costa, fué en sentido inverso, por el mismo camino que habia seguido, dos meses ántes, para llegar a Lima.

Entre tanto, el jeneral Castilla marchó a la capital con una compañía de granaderos a caballo, para informarse, de la llegada del jeneral Santa-Cruz. Cuatro hombres mandados por el comandante Ponce, penetraron audazmente hasta la plaza

el estremo de tener mas de mil hombres fuera de combate, no podia ménos de crecer, en porporcion de estos males, la impaciencia con que deseábamos todos ir al encuentro del enemigo: las tentativas i correrías de que V. S. tiene noticia, i los varios reconocimientos obrados posteriormente se dirijian a este objeto. Pero las posiciones que ocupaba el enemigo en las gargantas de la Sierra, aunque bastantes cercanas a la capital para incomodarnos i ofendernos casi impunemente, eran del todo inexpugnables, como se habia comprobado por nuestras partidas de descubierta i como es del todo manifiesto a cualesquiera que conozca medianamente el terreno. Nos hallábamos, pues, de todo punto imposibilitados para tomar la iniciativa, i debíamos limitarnos a esperar que nos atacasen en Lima o sus alrededores, cosa mas que dudosa, i donde nòs encontrábamos rodeados de montoneras que agotaban o destruian todos los recursos i que impedian la llegada de ellos del interior, i en medio de espías i de enemigos mas o ménos encubiertos, que esparcian a manos llenas proclamas i otros papeles en contra nuestra, i que inventaban todos los dias mil rumores i alarmas siniestras. La opinion, que poco ántes parecia convertirse gradualmente en nuestro favor, no podia ya hacer progresos, sino en sentido opuesto con la próximidad del jeneral Santa-Cruz en persona i a la cabeza de un ejército disciplinado i numeroso, fomentando las esperanzas de sus partidarios, e infundiendo temor en casi todos los ánimos de los limeños. Nos hallábamos en la incertidumbre de si se prolongaria tan penosa situacion, permaneciendo el enemigo en sus inespugnables puestos, i dejando que se consumara nuestra destruccion por las enfermedades, escasez i la opinion, o si se determinaria a librarnos el combate en terrenos poco convenientes para nuestra caballería, con las fortalezas del Callao a nuestra retaguardia, hostilazadas constantemente por las numerosas partidas de montoneras, i sacrificados en caso de desgracia por la plebe de Lima, tan adicta a Orbegoso. Era, pues, necesario decidirse a salir de tan triste dilema; pero no lo hice sin consultar úna junta a la que concurrieron el Presidente de esta República i su Ministro de la Guerra, i en la que se acordó la evacuacion de Lima (que siempre ha sido considerada como un punto anti-militar)

mayor de la ciudad i trajeron la noticia de no haber avistado enemigos. Casi al mismo tiempo se retiraba de Copacabana a Chancai, el jeneral Gamarra con un escolta de húsares peruanos, para acopiar víveres i forrajes para la caballería, que debia pasar por allí en breve.

Por fin, en la mañana del 11 de noviembre, el ejército chileno levantó nuevamente su campamento, dejando en Copacabana toda la caballería a las órdenes del jeneral Castilla. El mismo dia se embarcó en Ancon la infantería i la artillería, sin que esa riesgosa operacion fuese señalada por ningun incidente desgraciado, lo que fué debido, en gran parte, a la vijilancia personal de Búlnes.

A las cuatro i media de la tarde, dice el minucioso *Diario Militar* se hallaban a bordo diez batallones, la artillería i una parte de los víveres. El jeneral Castilla, que permanecia en

---

i el movimiento hácia este puerto, que se obró el 8 del corriente en el momento mas oportuno i del modo mas conveniente, como lo han comprobado los posteriores acontecimientos. Pero nuestra mancion en Huacho i en Huaraz debia ser pasajera, a causa de lo mal sano del clima i del plan que se habia premeditado de internarnos hácia la Sierra con el objeto de establecernos en un clima mas sano i análogo a nuestros soldados, miéntras pasa la estacion de las aguas para poder obrar en aquellas rejiones i se curan nuestros enfermos. A estos se les ha enviado al departamento de la Libertad, a donde se encuentran medios suficientes para su restablecimiento: allí tambien han ido a organizarse i disciplinarse las tropas peruanas; i en cuanto al grueso del ejército chileno, empezará a moverse hoi mismo con direccion a Huaraz, capital del departamento de Huailas, a donde ya se ha encaminado el Presidente de la República, a fin de preparar al ejército cuarteles, subsistencias, ropas de abrigo i demas recursos de que necesite durante su permanencia en aquel departamento, i para emprender la campaña en la Sierra. Esta se abrirá en el mes de marzo venidero, época en que termina la estacion de las lluvias en aquellas rejiones. Entretanto se arreglará i disciplinará nuestro ejército, aumentándose con las altas de los hospitales; i el ejército peruano no solo logrará estos beneficios, sino tambien el incremento de dos batallones mas. Con semejante accesion de fuerzas, nos encontraremos en estado de obrar con ventaja en estos lados de la Sierra, i de emprender al mismo tiempo por la parte del sur en combinacion con el batallon Chillan que se enviaria de Valparaiso i como 300 caballos que pido a V. S. para nuestra caballería, formando el todo, una division de 3 a 4,000 hombres, con que podia penetrarse hasta el Cuzco, o la Paz segun conviniera. Tal es, señor Ministro el plan en globo que me he propuesto; ni seria posible detallarlo mas a V. S., porque su ejecucion i pormenores están sujetos, como todas las cosas de la guerra, a mil contrastes i continjencias. Solo me resta el recomendarlo a V. S. i solicitar, como lo hago por su respetable intermedio la alta i benévola cooperacion de S. E. el Presidente de la República.—Tengo el honor de reiterar a V. S. las seguridades de mi mas distinguida consideracion.—*Manuel Búlnes.*»

Copacabana se situó con 15 hombres, en Chacra de Cerro desde donde pudo ver por sí mismo, que todo el ejército boliviano avanzaba en columnas compactas en direccion de su campamento Sin embargo, cuando llegó al valle de Cocachacra, se contentó con hacer algunos movimientos i evoluciones, desperdiciando, así, la mas brillante ocasion de tentar a la fortuna con probabilidades de buen éxito.

¿Qué se proponia Santa-Cruz al permitir que el ejército chileno, se embarcase libremente en Ancon, i al no obligarlo a aceptar un combate en condiciones desfavorables? Es difícil responder con exactitud a esta pregunta.

Segun dijo mas tarde el jeneral Herrera, el Protector desde que tomó, en Santa Eulalia, el mando de su ejército, manifestó la resolucion de empeñar, en las puertas de Lima, una batalla decisiva. Sin embargo, noticiado, el mismo dia 8 de noviembre, de que el ejército chileno salia de la capital, por el puente del Rimac, Santa-Cruz, léjos de precipitar su marcha, se acampó en el mismo lugar en que habia recibido la noticia.

¿Cuál es, pues, la esplicacion de esa conducta indecisa i contemporizadora?

Hé aquí lo que dice a este respecto el distinguido coronel Placencia:

«Esta lentitud calculada del jeneral Santa-Cruz, sin avanzar fuertes reconocimientos sobre nuestra retaguardia, como es costumbre en todos los ejércitos del mundo, i máxime cuando por los transeuntes de Chancai a la capital, debia saber a punto fijo nuestra situacion i nuestros intentos, prueba hasta la evidencia que temió medir sus fuerzas con las del ejército unido.—Por comprobante de este acerto, podemos alegar que el reembarque de un ejército, a corta distancia de otro enemigo, es una de las operaciones mas difíciles que se practican en la guerra, i que no podemos suponerlo tan estúpido, que ignore la historia militar moderna, en que se refiere el modo como Soult marchó sobre el ejército ingles, mandado por John Moore, que se embarcaba en la Coruña, i de la manera que se modifican las máximas que nos trasmiten nuestros antecesores.»

Puede ser tambien, i esto nos parece mas probable, que el

Protector, abrumado con las dificultades de la empresa, creyese mas posible, en ese momento, llegar a una solucion de paz por medio de las negociaciones, a que lo invitaba el jeneral O'Higgins, que no por medio de las armas.

Entre tanto, el jeneral don José María de la Cruz que habia presenciado el embarque de los cuerpos, se habia reunido con el jeneral Castilla en el Tambo de Ancon, desde donde emprendieron su marcha sobre Chancai, con la caballería, miéntras la escuadra hacia rumbo al puerto de Huacho, donde debia reunirse el ejército chileno (1).

El mismo dia de su llegada a Lima, el jeneral Santa-Cruz habia contestado en estos términos a las insinuaciones del jeneral O'Higgins.

SEÑOR DON BERNARDO O'HIGGINS

Lima, noviembre 11 de 1838

Mi estimado amigo:

La carta de Ud. fecha 10 que acabo de recibir, es la espresion de los nobles sentimientos de un patriarca de la revolucion americana. Quiero responderla de la manera franca que exije el gran asunto de su contenido.

Me lisonjeo de que Ud. que conoce mis sentimientos de mui atras i testigo de mi política desde que mando en el Perú, ha tenido muchos motivos de juzgar de mis intenciones i de cuan injustamente se me han hecho acusaciones indebidas con res-

(1) «La retirada tuvo lugar el 8 por la noche, decia Búlnes a su hermano don Francisco, habiendo desfilado por dentro de Lima todos los cuerpos con el mayor órden i tranquilidad, escepto la division sitiadora del Callao, al mando del jeneral Torrico.

Aquella noche acampamos en Asnapujio. El 9 nos situamos en Copacabana, donde permanecimos hasta el 11 por la mañana, que pasó la infantería a Ancon a verificar su embarque, que concluyó a la caida de la tarde, sin haber sido inquietada esta operacion.

La caballería, al mando del jeneral Castilla, quedó a retaguardia en Copacabana, a una legua, poco ménos, del ejército enemigo, que fuerte de ocho batallones i cuatro escuadrones no osó atacarlo, a pesar de que el jeneral Castilla provocó con unos pocos soldados a la caballería enemiga.»

Carta de Búlnes.—Supe, noviembre 28 de 1838.

pecto a Chile. No tengo, por lo mismo, ningun estímulo a continuar esta guerra que considero tan funesta a los pueblos de la Confederacion, como para los de Chile i mas funesta, para el crédito de la América.

En consecuencia, i en comprobante de estos sentimientos he admitido, con mucho gusto, la proposicion que Ud. se ha servido hacerme con el noble carácter de ciudadano de ámbos pueblos, que no pueden dejar de reconocer en Ud. el mejor amigo de su bienestar, como ha sido el fundador de su libertad. Contando con estas mis disposiciones que son invariables, cualesquiera que sean las circunstancias, puede Ud. creerme siempre mas dispuesto a hacer la paz que a continuar la guerra.

Si yo lograse, ademas, que el pueblo chileno se persuada de que nunca fuí ni soi su enemigo, quedaría mas satisfecha mi ambicion que con victorias sangrientas que no desea i que desdeña su afectísimo amigo i mui atento servidor.—*Santa-Cruz.*»

Los sentimientos espresados en esta carta, revelan que el Protector comenzaba a abrigar temores por el resultado de la guerra i a inclinarse a la paz. El jeneral Búlnes alimentaba, por su parte, el mismo pensamiento, lo mismo que su Gobierno, como lo probaremos en breve. Parecia, pues, que en aquel momento se estuviera mui cerca de una solucion i en realidad se estaba tan léjos de ella, como al principio de la guerra. La dificultad insuperable, en que todas las negociaciones se habian estrellado, se presentaba aun, entera, amenazante; era la union de Bolivia i del Perú, sirviendo a los planes monárquicos del jeneral Santa-Cruz.

¿Se prestaría, hoi, el Protector a deshacer, por sí mismo, ese sistema grandioso a que vinculaba sus esperanzas i poder? Resistiría su autoridad a ese sacudimiento súbito, que seria tomado por sus enemigos como un signo de debilidad? Tal era la cuestion.

A su vez el pais, que habia comprometido su crédito militar i sus recursos, por obtener la disolucion de ese poder amenazante, ¿consentiría en abandonar la partida, cuando estaba mas cerca de obtener el triunfo? Qué justificacion habria tenido esa guerra, llevada al estranjero, si el ejército chileno se hubiese retirado espontáneamente a su pais?

Hé aquí los términos del problema que se iba a debatir en Huacho entre el Cónsul Jeneral de Inglaterra, Mr. Bedford Wilsson, delegado por el Protector, i don Mariano Egaña como representante de Chile. Antes de asistir a ese debate célebre, dirijamos la vista a los ejércitos rivales.

La escuadra surjió en Huacho, adonde se reunió con la caballería, que el jeneral Cruz habia conducido por tierra.

El dia anterior a su embarque en Ancon, Lima habia sido ocupada por el ejército boliviano, conducido en persona por el Protector.

El pueblo lo recibió con entusiasmo i alborozo; cubriendo de flores su camino, al decir de sus diarios i aclamándolo como a su redentor. Su primer paso despues de su llegada, fué presentarse en el Callao, cuyas puertas le fueron abiertas, miéntras el jeneral Orbegoso ganaba apresuradamente un buque de guerra frances, que lo condujo al estranjero. Así terminaba esa traji-comedia que se llamó la defensa del Callao.

Sin embargo, el Protector no se consideraba satisfecho en medio de esas ovaciones populares. Conocia que la retirada habia mejorado la condicion del enemigo, i por eso se habia apresurado a aceptar la mediacion del jeneral O'Higgins.

Para la mejor intelijencia de las negociaciones de Huacho, nos será preciso dar a conocer el espíritu e ideas que el Jeneral en Jefe i el Ministro Egaña llevaron a la conferencia. Bástenos, para eso, revelar los propósitos del Gobierno de Chile a este respecto, i los deseos que espresaba a su jeneral.

Al despedir la segunda espedicion, el Presidente Prieto confiaba en el apoyo del Perú, como en uno de los elementos mas importantes de triunfo. La noticia de Guias hizo caer la venda que cubria su vista engañada, i le reveló, de improviso, una situacion erizada de peligros.

Desde ese dia, disminuyó su entusiasmo por la guerra, i la idea de un fracaso traia abrumado su corazon de soldado i de mandatario. La seguridad que Búlnes le manifestaba, no alcanzaba a tranquilizarlo i por el contrario, le reiteraba sus deseos de ver terminada la campaña por una solucion pacífica, que dejase a salvo el honor nacional.

Don Mariano Egaña, a la sazon su Ministro de Justicia, iba encargado de manifestar verbalmente a Búlnes, la inquietud

i deseos del Presidente i de su Gabinete. Las siguientes palabras, que encontramos en una carta de Prieto, dan a conocer, mejor que nada, las angustias patrióticas que atormentaban su ánimo.

«Dios te saque bien, mi amado Manuel, de ese infierno en que nuestra credulidad i patriotismo te ha metido, de que te juro me arrepentiré eternamente, pues cada dia me arrepiento mas de este chasco, del cual no veo la hora de verte libre con honor, como te lo he anunciado desde mi primera carta, despues de la accion del 21 de agosto. Todo nos ha faltado, hijo mio, principiando desde la base que era la opinion de esos malditos pueblos con que nos hicieron contar i que a cualesquiera habrian engañado, creyéndolos con sentimientos racionales, como todos los del mundo conocido; pero hoi falta todo i se pierden los cálculos mas prudentes i meditados» (1)

Aunque la fecha de esta carta es posterior a las negociaciones, ella anuncia el envío de otras en que se espresan los mismos temores.

En estas circunstancias llegaba a Huacho la fragata inglesa *President*, conduciendo a su bordo al plenipotenciario del jeneral Santa-Cruz Mr. Bedford Wilsson. Como dijimos en otro lugar, don Mariano Egaña acompañaba al ejército de Chile en calidad de Ministro Plenipotenciario cerca del gobierno de Gamarra, circunstancia que unida a su vasta i asentada reputacion diplómatica, lo designaba para ser el órgano de Chile en esa discusion memorable.

En la primera reunion el ministro Wilsson, ofreció suscribir a la paz en cambio de las siguientes condiciones.

1.° Chile i la Confederacion, se comprometen a *igualar* sus fuerzas navales i terrestres, como a aumentarlas i disminuirlas en proporcion recíproca; 2.° Chile se obliga a restablecer en sus aduanas el sistema de los derechos diferenciales.

Aceptada esta proposicion la Confederacion Perú-Boliviana, hubiera quedado sancionada de hecho.

Sus encontradas exijencias eran, pues, inconciliables: Chile exijia la disolucion de la Confederacion; Wilsson no aceptaba siquiera el debate sobre este punto.

---

(1) Prieto a Búlnes.—Carta de diciembre de 1838.

Tal fué el resúmen de las condiciones jenerales de paz en el primer dia de la conferencia.

Examinemos con alguna detencion las proposiciones del enemigo. La primera, dirijida a igualar el poder naval i terrestre de los dos paises, era, simplemente, una burla grotesca, hecha al sentido práctico i al patriotismo del Ministro Egaña. La superioridad de Chile sobre la Confederacion, consistia, ante todo, en su escuadra. Gracias a ella, habia podido llegar al Perú en demanda de su dignidad ultrajada i ejecutar su retirada a las provincias del Norte, que le aseguraba la victoria. En aquel mismo momento le habria sido fácil variar, nuevamente, el teatro de la guerra, enviando una parte de su ejército al sur i cansando al enemigo con las fatigas de una continuada marcha. La exijencia de Santa Cruz equivalia, pues, a pedir que el gobierno de Chile abandonara la única arma que le inspiraba respeto.

Por lo demás, ¿quién habria podido asegurar, en aquel dia, que la propuesta de Santa-Cruz fuese sincera; que la conferencia de paz, no fuese un recurso para salir de una situacion angustiada, o la paz misma, una tregua entre dos guerras? En este caso Chile habria armado, por si mismo, la mano de su enemigo, entregándole el mas precioso de sus elementos de defensa i de triunfo. Parece inútil decir que don Mariano Egaña rechazó perentoriamente la primera proposicion.

La segunda, era una manera solapada de empequeñecer los esfuerzos de Chile a los ojos de la América, dándoles un carácter mercantil. Los órganos oficiales del Protectorado, habian puesto un singular empeño en probar, que el motivo oculto de la guerra, era arrebatar a las aduanas del Perú una importancia perjudicial para la de Valparaiso. Ya hemos visto que las Instrucciones del jeneral en jefe, que citamos de preferencia por su carácter confidencial, le ordenaban fomentar i ayudar a la creacion de un buen ejército, que asegurase el órden interior del Perú.

Hé aquí sus palabras: «V. S. tendrá presente que siendo de grande interes para Chile la prosperidad del Perú, su mejor organizacion i la estabilidad legal de sus gobiernos, ninguno de estos bienes podria conseguirse si al retirarse a su país el ejército de Chile, quedase el gobierno peruano entregado a un

ejército sin moral ni disciplina, que repitiendo las escenas desgraciadas que ha representado ántes en el Perú la fuerza armada, ponga a aquella república de peor condicion, aumentando su descrédito i dando lugar a nuevas i escandalosas intervenciones que alarmen a los Estados vecinos.»

Traducido esto a prosa vulgar quiere decir: dirija Ud. sus esfuerzos a que el Perú se tranquilice, a que prospere, a que ahogue los jérmenes anárquicos que bullen en su seno, para que la paz se consolide i venga con ella el ramaje que la afianza i fecunda, es decir, el intercambio, el comercio, o lo que es lo mismo, la riqueza de sus aduanas.

Ni en la correspondencia del Presidente de Chile, o de sus ministros con el jeneral en jefe: ni en las comunicaciones oficiales reservadas, encontramos, siquiera una palabra, que autorice ese rumor propagado por el enemigo. En cambio, en todas ellas, se espresa invariablemente como la única razon de la guerra, el temor que inspiraba a Chile la política absorvente i monárquica del jeneral Santa-Cruz. Chile daba solo una importancia secundaria, a las dificultades comerciales habidas con el Perú en 1836 i por eso pudo decir, con justicia, don Mariano Egaña al plenipotenciario de Santa-Cruz, que la segunda proposicion de paz salia de la cuestion; que era un simple detalle cuyo arreglo debia ser posterior al tratado.

En este estado se suspendieron las negociaciones el primer dia. La conferencia, solo habia servido para revelar la profundidad del abismo, que mediaba entre los dos paises. Sin embargo, los plenipotenciarios convinieron en reunirse, en el mismo lugar, al siguiente dia. Renovóse la discusion, con el mismo sincero deseo por parte de Egaña de llegar a un arreglo amistoso, i por parte de Wilson, con un interes manifiesto de terminar la contienda.

El Ministro de Chile abordó nuevamente el debate exijiendo la disolucion *temporal* de la Confederacion i el retiro de su ejército a Bolivia, miéntras se consultaba al Perú sobre la subsistencia del réjimen protectoral, debiendo, regresar a su país el ejército de Chile, para que se espresase libremente la voluntad nacional. Era, en otros términos, devolver al Perú su soberanía i hacerlo juez de sus propios destinos.

No era posible proceder con mas respeto hácia los derechos

de un país i demostrar mejor, con los hechos, que el americanismo no era una virtud desconocida, en el ilustrado gobierno que rejia la suerte de Chile. Así cumplia el ejército chileno su palabra empeñada con el Perú i ofrecia a Santa-Cauz una ocasion brillante, de cumplir la suya. A su ministro tocaba manifestar que sus declaraciones habian sido sinceras.

Consideraciones de otro jénero realzaban la propuesta de Egaña. Chile se entregaba, por ellas, en manos de sus enemigos: olvidando su hostilidad i la del mandatario encargado de llamar al Perú a las urnas,que lo habria sido el jeneral Orbegoso i en su ausencia, don Manuel Salazar i Baquijano; fiaba, en fin, a manos enemigas, *pero peruanas*, la solucion de la contienda. ¿Qué prueba mas elocuente de la elevacion de sus miras i de la nobleza de sus propósitos?

Wilson se negó a aceptarla, diciendo que el Protector no podia derogar, por sí solo, los acuerdos *soberanos* de las asambleas de Huaura i de Sicuani, pero convencido de la firmeza de Egaña, convino en rebajar sus exijencias, proponiendo la siguiente transaccion: Chile retirará su ejército del Perú i la Confederacion sus tropas bolivianas, pero no las peruanas; *las autoridades de la Comfederacion subsistirán hasta tanto que el Perú haya espresado su voluntad.*

Esto equivalía a decir que las autoridades de la Confederacion elejirian un congreso, sin que fuese perturbada su accion por el influjo i vijilancia del ejército chileno. Aceptado este acuerdo, el mismo ejército de Chile, habria contribuido a robustecer el poder de Santa-Cruz con la sancion popular.

Pero ¿qué especie de fatalidad perseguia i esterilizaba los trabajos de los diplomáticos interesados en la paz? Por qué, estando animados ámbos de un sincero deseo de llegar a un arreglo, no conseguian sino demostrar la necesidad de la guerra por la imposibilidad de la paz?

Es que la cuestion habia entrado a ese período de gravedad, en que la pluma del diplomático, es un emoliente demasiado suave para el mal; a una de esas situaciones sin salida que solo la fuerza de las armas puede resolver. Chile se habia comprometido demasiado, para que le fuera dable retroceder sin desdoro. Sus ejércitos enviados al Perú; su erario exauto con los preparativos de la guerra; el entusiasmo que habia sabido

despertar por ella en todos los ámbitos del país; las espectativas alhagüeñas del momento, le impedian hacer esos sacrificios i concesiones, a que puede suscribir un país cuando no ha arrojado, aun, su crédito en el tablero de la guerra. Esa *solucion honrosa* de que hablaba Prieto a Búlnes no existia; el huracan de las pasiones exitadas por la guerra la habia borrado, como el viento del desierto borra con sus arenas ardientes, las huellas que ha trazado la marcha del viajero.

Santa-Cruz, a pesar de que deseaba la paz, no podia suscribir a la disolucion de la confederacion sin esponerse a las mas funestas consecuencias El conquistador militar es vulnerable en el talon como el cuerpo de Aquíles: créese el amo de su ejército i es muchas veces su esclavo.

Sus intereses están subordinados a la opinion de sus soldados i léjos de ser la voluntad que dirije, es el instrumento de ajenas ambiciones.

Santa-Cruz tenia que contar con ese ejército cuyo entusiasmo guerrero habia inflamado en tantas ocasiones, i por eso, aunque conviniese a su situacion actual, suscribir al moderado convenio de paz propuesto por Egaña, hubo de continuar la guerra.

De comun acuerdo se suspendieron las negociaciones frustrando así, las esperanzas que se vinculaban en ellas (1). Hé aquí lo que escribia Búlnes sobre ellas, al jeneral O'Higgins:

SEÑOR JENERAL DON BERNARDO O'HIGGINS.

Huacho, noviembre 8 de 1838.

Mi respetado jeneral i amigo de todo mi aprecio:

La paz es un bien tan importante, sobre todo para pueblos que se hallan en las circunstancias en que están Chile i el Perú, que es imposible no desearla ardientemente. El Gobierno de Chile la ha querido i la quiere hoi lo mismo, así como sus ajentes, que satisfacemos con esto, no solo sus instruccio

(1) *Eco del Protectorado*, número 481, i *Araucano*, número 436.

nes, sino tambien los votos de nuestro corazon; pero hai distintas clases de paz, i cuando se atraviesan intereses vitales para un pueblo, no puede hacerse otra paz que la que asegure la existencia i el honor nacional.

Chile no tiene pretensiones exajeradas, i defiende una causa eminentemente justa, cual es la de su independencia i seguridad; causa que arrastra las simpatías de todos los pueblos americanos, para quienes no hai esperanza de seguridad, tranquilidad e independencia, si se tolerase la conquista de los Estados vecinos, i se reconociese el derecho de irlos, a mano armada o bajo cualquier pretesto, o con cualquier nombre, incorporándolos a un solo Estado.

Nunca habia creido que estábamos mas cerca de terminar nuestra contienda por un avenimiento, que en las circunstancias actuales. Una sola cuestion grave podia alejar la paz, i ésta parecia terminada, desde que el jeneral Santa-Cruz habia ofrecido pública i solemnemente, no violentar a los pueblos del Perú, para que adoptasen la Confederacion, sino por el contrario, dejarlos en completa libertad para decidir de su suerte. Aprovechando esta feliz oportunidad, se ha propuesto, por parte del Gobierno de Chile un medio de concluir inmediatamente la guerra, admitiendo la misma promesa de aquel jefe; pero he recibido el triste desengaño de ver que un ofrecimiento tan esplícito i notificado al universo, en los papeles oficiales del Gobierno Protectoral, no debia entenderse en su sentido obvio i como suena, sino de un modo que, en último resultado, significase que los pueblos del Perú habian de querer precisamente la Confederacion.

Tomar por base de un avenimiento, la promesa formal de que el Perú habia de decidir, en absoluta libertad, de su suerte i convenirse en que esta decision emanase de Congresos reunidos por el mismo jeneral Santa-Cruz, o lo que es lo mismo, por los jefes que él nombrase, seria una burla indigna de la justicia i circunspeccion con que debe procederse, cuando se trata de la suerte de las naciones. Mas justo, i sobre todo, mas sensato seria suscribir el reconocimiento liso i llano de la Confederacion Perú-Boliviana, que fundar este reconocimiento en una manifiesta ilusion.

Por parte del Gobierno de Chile se ha propuesto para ter-

minar la guerra, el medio de dejar al Perú en libertad, retirándose de su territorio los ejércitos belijerantes i quedando el país bajo la autoridad nacional que debe rejirlo, segun la Constitucion Política que existia ántes de lo que se llama Confederacion. Desechado este arbitrio, no hai embarazo por nuestra parte en admitir otro que se le sostituya i que concilie los intereses esenciales i el honor de ámbas naciones.

Cuál sea éste, no se me ocurre, por ahora, porque en el que he propuesto solo encuentro conseguidos estos objetos. Vuelvo a repetir que nos animan los mas sinceros i ardientes deseos de paz, i que en cualquiera circunstancia me encontrará Ud. dispuesto a admitir toda proposicion que se me haga sobre este particular, siempre que, como dejo espuesto, sea compatible con los intereses esenciales que Chile no puede abandonar.

Se han equivocado mucho los que han llegado a creer que en esta guerra fatal, han tenido parte rivalidades comerciales u odio a alguna persona, asi es que aprecio, como debo, la jenerosa declaracion que hace el jeneral Santa-Cruz, de que jamas le han animado rivalidades contra el pueblo chileno.

Solo me resta, mi respetado jeneral, rendir a Ud. las gracias mas espresivas, por los pasos dignos de un americano i de un chileno, que se toma la pension de dar, a fin de cortar nuestra desgraciada desavenencia.

Los agradezco sobre manera i serán del mismo modo agradecidos por todos sus compatriotas i por cuantos se interesen en el bien de la humanidad. Suplico a Ud. que no deje de continuar sus buenos oficios sobre este particular, i que siempre que pueda, honre con sus comunicaciones, dirijidas a este objeto, a su atento i obediente servidor.—*Manuel Búlnes.*»

Esta carta fué enviada a Lima, por medio del Ministro de Gobierno don Benito Laso, que en esos mismos dias regresó al Sur, en el *Arequipeño.*

A riesgo de interumpir el órden histórico, seguiremos los incidentes de la mision de Egaña hasta su regreso a Chile.

Terminadas las conferencias de Huacho, el ejército chileno continuó su marcha hácia el interior i el Ministro Egaña quedó a bordo de la corbeta de guerra *Confederacion*, donde permaneció hasta fines de noviembre, colocado en una situacion incierta i anómala.

Su mision diplomática habia terminado de hecho en Huacho, i su estadía a bordo de un buque, espuesto a las emerjencias de la guerra, era incompatible con su caracter de enviado de paz. Amenazado a cada momento, de ser sorprendido por los corsarios enemigos, Egaña, cuyo temperamento no estaba organizado para los afanes de la guerra, pasó algun tiempo presa de las mayores inquetudes (1).

El buque que lo conducia recorrió la costa del Perú hasta Santa, ántes de regresar a Chile, adonde llegó a mediados de diciembre en una escuadrilla de tres embarcaciones de guerra.

La mision de Egaña desempeñada con talento i lucidez, solo sirvió para probar que habia pasado el momento de las discusiones diplomáticas. Ni su reputacion, ni su talento, ni su posicion escepcional, fueron bastantes para evitar a la América el sangriento drama que debia representarse en breve.

Antes del regreso de Egaña se supo en Chile la retirada al norte, que se prestó a apasionados comentarios contra el ejército. El temor que invadió al público se comunicó al gobierno,

---

(1) Señor don Manuel Búlnes.—A bordo de la *Confederacion*, Samanco a 29 de noviembre de 1838.—Mi apreciadísimo jeneral i amigo:—Me tiene Ud. en este puerto siguiendo mi destino incierto i mui penoso, sin que estas penas i molestias sirvan de provecho a nadie. El 5 del entrante diciembre se cumplen los quince dias que debo permanecer aquí, i suspiro por volverme, porque ¿qué hago? ¿para qué sirvo aquí?

Yo veo que ha de ser necesario despachar un buque a Chile para traer víveres, repuestos navales i otros ausilios. Yo deseara irme en la *Isabel*, pues los buques de guerra, han de ser todos preciosos aquí. La *Isabel* tiene la ventaja de llevar bandera inglesa, i por consiguiente, ofrecer mas seguridad, aun cuando, alguno o algunos de los buques que ha armado el enemigo, se hubiesen dirijido o dirijiesen a las costas de Chile.

Ahora se consulta a Ud. sobre despachar dicha *Isabel* a llevar víveres a los buques bloqueadores del Callao. Estos víveres podria llevarlos otro buque, i yo irme en la *Isabel*. En fin, Ud. vea, lo que fuere mas conveniente.

Don Benito Laso, no alcanzó a llegar al Callao, porque cuando estaba próximo a aquel puerto, se encontró con el *Aquiles* que hizo volver al *Arequipeño* en que iba Laso, por el temor de los buques enemigos. Así es que no ha entregado la carta de Ud., que llevaba para don Bernardo O'Higgins.

Puede Ud. disponer que se duplique i se remita por tierra el duplicado. Si Laso vuelve al Callao, como piensa hacerlo en el buque que conduzca víveres a aquel puerto, llevará el ejemplar que tiene aquí.

Dias há, que me siento indispuesto del vientre i lastimada una pierna por un furioso golpe que me dí. Deseo que Ud. lo pase mui bien i que todas las cosas vayan con felicidad. Entretanto, me repito a las órdenes de Ud., como su mas atento i afectísimo servidor Q. B. S. M.—*Mariano de Egaña*.—Mil espresiones al amigo Garrido i demas señores.

contribuyendo a fomentarlo la alegría que manifestaban los diarios del jeneral Santa-Cruz. «No sé por donde principiar, decia Prieto a Garrido, para manifestar a Ud. el alboroto en que se puso aquí la multitud al llegar la noticia de la retirada de nuestro ejército a esos puntos del norte i entrada del enemigo en Lima.» I mas o ménos en la misma fecha, decia a Búlnes.

«Por un descuido mio, de no haber hecho publicar la resolucion de la junta de guerra de retirarte sobre el norte, que me anunciaste en tu apreciable última del 4 de noviembre, se han aprovechado los estranjeros para alborotar el pueblo, del paso que ellos bien conocen, como los que estamos en antecedentes, que nos es ventajoso.»

Sin embargo, el gobierno de Chile, no se dejó dominar por esa contrariedad aparente, i ordenó el alistamiento inmediato del batallon cívico de Chillan i de dos escuadrones de granaderos, cuyo jefe el coronel don Justo Arteaga, aguardaba en Talcahuano la órden de darse a la vela, cuando se recibió la noticia del triunfo de Yungai.

Ha llegado el momento de conocer las operaciones que tuvieron lugar por mar i tierra contra la plaza del Callao, durante la ocupacion de la capital. En ese sitio largo i obstinado, es decir, en la prueba i en el sufrimiento, veremos resaltar mejor las virtudes del soldado chileno, a la vez que la moderacion i espíritu conciliador del gobierno peruano.

Pero, antes de referir ese episodio de la Restauracion, séanos permitido bosquejar, a la lijera, la fisonomía moral del jeneral Santa-Cruz, que se reposaba a la sazon en Lima, entre los aplausos de la multitud i el incienso de sus aduladores, de los desabrimientos de su permanencia en el Cuzco.

Dejamos al Ejército Restaurador en marcha hácia la Sierra: la retirada estaba consumada, solo faltaba iniciar la campaña.

Lima fué el teatro en que el ejército chileno exhibió las raras cualidades que lo harán siempre memorable. A los golpes repetidos del odio i de la mala voluntad popular, opuso la constancia i el respeto: la dignidad a las injurias; a la tenacidad de sus enemigos una constacia infatigable para resistirles durante dos meses, dia a dia, al pié de las fortalezas del Callao que le servian de trincheras, en alojamientos húmedos i mal

sanos, diezmados por las enfermedades, atormentados por la escasez de víveres. Dura i lamentable situacion a que solo pudo poner término la retirada a las provincias del norte, que fué motivada, en gran parte, por la porfiada resistencia del Callao!

CAPÍTULO VIII

El jeneral Santa-Cruz (1).

El jeneral don Andres Santa-Cruz, logró fijar en un tiempo la atencion i las miradas de la América. Colocado al frente de un pais, azotado, de ordinario, por la anarquía i el desórden, su gobierno coincidió con una pacificacion jeneral i tomósele por muchos, como el símbolo de la paz i de la legalidad. Esa obra de reparacion fué turbada por su ambicion inquieta, que pudiendo contentarse con el honor de ser el organizador de su patria, invadió injustamente el Perú; lo conquistó con un ejército poderoso; lo avasalló por medio de la fuerza, i distrajo desde ese dia en la conquista i en la guerra, la atencion que debió prestar a los trabajos de la administracion i de la paz. Lo que hemos dicho, basta para comprender que no era una figura de talle ordinario i que poseia cualidades notables de organizador i de gobernante.

Santa-Cruz era mestizo. Su madre era la cacica de Güarina, doña Francisca Calaumana, que pretendia ser descendiente de los Incas del Perú; i su padre el correjidor de la aldea del mismo nombre don Andres Santa-Cruz.

(1) En la apreciacion de los hechos mas culminates de la vida de Santa-Cruz, hemos seguido la opinion de algunos historiadores de Bolivia i del Perú i particularmente la del señor don Mariano Paz-Soldan, que enriquece en la actualidad la literatura americana con su Historia del Perú Independiente.

Apesar de que el jeneral Santa-Cruz, esplotó en el curso de su vida la supuesta jenealojía de su madre, haciéndola servir en sus planes monárquicos, no hai motivos serios para aceptar esa suposicion, que nos parece de todo punto antojadiza.

En ese hogar humilde i apartado sorprendió a Santa-Cruz el año de 1811: esa época de grandes resoluciones, en que los niños, los ancianos i hasta las mujeres, creian necesario definir su actitud, tener una opinion, sobre la gran contienda, que inflamaba a los antiguos Estados del vireinato de Charcas. El hijo del correjidor de Güarina, tomó partido por la causa de España, alistándose en el ejército real, que mandaba la sazon el jeneral Goyeneche.

La estrella afortunada que habia de guiar, mas tarde, su marcha por la vida no asomaba aun, en el borrascoso cielo de 1817: sus primeros pasos no fueron señalados por la victoria.

Ese mismo año, el gobierno de Buenos Aires, envió a Bolivia, a insinuaciones del congreso de Tucuman, una columna de 500 hombres mandada por el teniente coronel don Gregorio Araos. Un destacamento de estas fuerzas, a cargo del capitan don Juan José García, sorprendió i tomó prisionero en Tolomosa, a inmediaciones de Tarija, un escuadron de caballería mandado por el capitan don Andres Santa-Cruz. Al dia siguiente el jóven prisionero fué enviado, en clase de parlamentario, a solicitar la rendicion de Tarija que tambien se obtuvo, i despues se le relegó con sus nuevos compañeros a las Bruscas, presidio ordinario, a la sazon, de los prisioneros de guerra (1). Santa-Cruz huyó del destierro i llegó a Buenos Aires de donde regresó a su partia pasando por Rio Janeiro i Panamá.

En esa época la hoguera de la revolucion habia llegado a tomar tal incremento, que iluminaba con sus resplandores todos los ámbitos del continente. Reincorporado al ejército español, fué nombrado coronel del escuadron de milicias de Carabaillo, i enviado en la division del jeneral irlandes don Diego O'Reilly, que fué vencido i tomado prisionero en el cerro de Pasco (6 de diciembre de 1820) por el jeneral Arenales.

Santa-Cruz, que veia ya con inquietud vacilar la causa i el

(1) Apuntes para la Historia de la Revolucion del Alto Perú.

trono de los vireyes, aprovechó aquella coyuntura para entregarse al jeneral arjentino don Juan Lavalle, comprendiendo, con su natural astucia, que los intereses de España en América, estaban definitivamente perdidos. Su desercion pasó desapercibida entre la de muchos otros, que ocupaban puestos espectables.

San Martin que acojia con bondad, si bien con oculta desconfianza, a los partidarios de la última hora, agregó a Santa-Cruz en su grado de coronel al ejército revolucionario.

Su trato insinuante i afable, su astucia, su intelijencia despierta, le cautivaron el corazon del caudillo arjentino, hasta el punto, que ántes de un año de su rendicion en Pasco, era designado por él para conducir a Colombia una division ausiliar de 1,600 hombres, compuesta de dos batallones de infanteria i de dos escuadrones de caballería.

Este refuerzo habia sido solicitado por el jeneral Sucre, que queria vengar su desastre de Ambato (21 de setiembre de 1821), arrojando a su vencedor, el jeneral español Aymerich, de los valles de Pasto i de Quito.

La fortuna sonreia, en ese momento, a los patriotas: el jeneral Sucre borró sobradamente el recuerdo de Ambato, venciendo en Pichincha a Aymerich, con la ayuda de la division peruana de Santa-Cruz (abril de 1822). A consecuencia de este suceso, Santa-Cruz fué ascendido a jeneral en Colombia i en el Perú, i honrado con altas distinciones.

En el mismo año regresó a Lima en una division numerosa mandada por el jeneral Sucre, que desocupado ya de sus atenciones en Colombia, llevaba hácia el Perú la guerra i la victoria. Desde esa época tomó una parte activa i considerable en todos los acontecimientos.

En 1823 gobernaba el territorio independiente del Perú una junta emanada del congreso, que carecia de la enerjía que solo puede dar la unidad de mando. En esa época, los habitantes de Lima i del Callao, sufrian el brusco choque de dos grandes desastres, Torata i Moquegua, que traian abatidos los ánimos i vacilante la causa de la revolucion. Los jefes del ejército, a cuya cabeza estaba Santa-Cruz, por renuncia del honrado jeneral Arenales que no quiso tomar parte en esa intriga, obtuvieron por fuerza del congreso la deposicion de la junta

i su reemplazo por el jeneral don José de la Riva Aguero, que tampoco debia durar largo tiempo.

El cambio fué bien aceptado i Santa-Cruz sirvió, en esa ocasion, a los verdaderos intereses del Perú vigorizando la autoridad pública, a la vez que se sirvió a si propio, arrebatando al jeneral Sucre el prestijio i la influencia preponderante que tenia en el ánimo de la junta. Riva Aguero que le debia su elevacion i que era su amigo, no tardó en premiar sus servicios.

Obligado a encerrarse en el Callao por la aproximacion del jeneral Canterac, que bajaba de Jauja con 9,000 soldados sobre Lima, Riva Aguero, reducido al recinto de una plaza, i minado por la oposicion interior, envió sin embargo al sur la escuadrilla revolucionaria, a molestar los puertos españoles, i aprestó una espedicion de 500 hombres al mando de Santa Cruz. Esta division, a la que debia agregarse la del jeneral Sucre con 3,000 colombianos, i que debia reunirse en Arica con las fuerzas auxiliares de Chile, que mandaba el jeneral don Francisco Antonio Pinto, ocuparia el sur del Perú i Bolivia; distraeria al enemigo de su atencion sobre el Callao i lo alejaria de las provincias centrales i de la capital. Santa-Cruz fué el encargado de dirijir la campaña i de mover esos resortes poderosos.

Para que el plan de operaciones concebido por el jeneral Riva Agüero, produjese todos sus resultados, hubiera sido necesario que la espedicion se ejecutase con las divisiones de Santa-Cruz i de Sucre, pero el desconfiado Santa-Cruz, temiendo que la reputacion de Sucre, oscureciese la suya se acompañó solo del jeneral Gamarra, que llevó como segundo jefe. Por esa enemistad personal, por esa ambicion menguada de un hombre, estuvo en grave peligro la independencia del Perú.

Antes de darse a la vela la espedicion, el jeneral Santa-Cruz se presentó en el congreso, i en medio de esa asamblea, que representaba al Perú, «juró morir o volver con la corona del triunfo» (1).

La division desembarcó en Arica i se puso en marcha hácia el Desaguadero, rio fronterizo que desemboca en el lago de

(1) Paz-Soldan, Perú Independiente.

Titicaca i que separa al Perú de Bolivia. Allí se dividió en dos cuerpos de tropas, uno de los cuales, mandado por él, se situó cerca del Desaguadero, miéntras el otro a las órdenes de Gamarra se puso en marcha a Oruro.

Entre tanto, el jeneral español Valdes reunia apresuradamente sus fuerzas i marchaba hácia el Desaguadero, aumentando su division con las columnas situadas en los pueblos del tránsito. El virey La Serna, a su vez, que tenia su campamento en Sicuani, reunia tambien sus fuerzas con la misma celeridad que Valdes, i miéntras las tropas españolas se reunian i se engrosaban, Santa Cruz separaba del grueso de su ejército una fuerte columna. Este segundo error acabó de desbaratar esa espedicion que venia perdida desde Lima. Santa Cruz intentó sin embargo, un ataque contra el ejército de Valdes que estaba acampado en Zepita, i despues de un combate dudoso se replegó a sus posiciones del Desaguadero. Valdes se retiró inmediatamente a Sicuani donde permanecia el virey, cuyo ejército se engrosó ademas con una division de 1,500 hombres, que mandaba Olañeta. Solo entónces comprendió Santa-Cruz la enormidad de su doble falta militar, i se puso en marcha hácia Oruro para reunirse con Gamarra i retroceder en seguida, con toda su division a Arequipa, donde se encontraba el jeneral Sucre. Las dos divisiones ascendentes a 7,000 hombres, por haberse aumentado con las guerrillas de Lanza, retrocedieron de Oruro a la costa, perseguidas por el virey, dominadas por el pánico, arrojando las armas, vencidas ántes de combatir i dispersándose en su fuga, hasta el punto que no llegaran a Arica sino 1,300 hombres, último resto de esa division brillante que representa uno de los esfuerzos mas vigorosos hechos por el Perú en favor de su independencia (1).

La division chilena mandada por el jeneral Pinto, no encontró a quien ausiliar a su llegada a Arica, i el coronel Benavente i no Pinto como se ha dicho, se vió en la necesidad de degollar sus caballos, antes de regresar a Chile. El jeneral Pinto mereció por su conducta en esta campaña, las felicitaciones calorosas de Bolívar.

Esta espedicion frustrada, por la mala direccion del jeneral

(1) Cortés, Historia de Bolivia.

Santa Cruz, no bastó sin embargo para amenguar su prestijio. La proteccion que le dispensaba el jeneral Bolivar, fué bastante para acallar la justa censura que recayó sobre sus actos; la luz de ajena gloria ocultaba i encubria su persona. A pesar de sus intrigas para contrarestar la influencia de Sucre en el gobierno del Perú, Santa Cruz se habia granjeado las simpatías de Bolívar, como se ganara años ántes las de San Martin, i al abrigo de esa doble gloria proseguia el logro de su poderosa ambicion. Poco tiempo despues firmaba como jefe del E. M. J. el parte oficial de la batalla de Junin. A esta jornada célebre sucedió en breve la de Ayacucho, que puso el sello a la independencia del Perú i sepultó para siempre el poder de los vireyes.

Los paises independientes, divididos bajo el punto de vista de su mayor sujeccion a la metrópoli, rompieron su antigua organizacion con arreglo a sus nuevas necesidades, i se crearon de entre los antiguos estados, paises independientes, que nacieron al abrigo de la nueva libertad. Bolivia se independizó de la República Arjentina, de que habia formado parte integrante i proclamó su soberanía a la faz de la América i del mundo.

El jeneral Bolívar, a cuyo jenio audaz se atribuian estas grandes conquistas, continuaba gobernando en el Perú. Habiendo salido de Lima para visitar la nueva república que llevaba su nombre, delegó sus funciones en un consejo de gobierno, cuya presidencia confió al jeneral Santa Cruz.

Santa-Cruz, interesado todavía en conservar su amistad secundó en Lima todas sus miras, aun aquellas que provocaban con justicia, la oposicion del Perú. A su regreso a Lima, el Libertador condecorado ya, con el título de Padre de la Patria que le diera un congreso, hubo de ponerse en marcha para Colombia dejando en Lima la misma junta de gobierno.

A esta época se refiere un incidente curioso en la vida del futuro Protector de la Confederacion Perú-Boliviana. Convencido el Libertador, de la necesidad de dotar a Bolivia de una salida al mar, le cedió el puerto de Arica i el litoral de Tarapacá, pensamiento que no pudo realizarse por la oposicion de Santa-Cruz. De ese modo quedó condenada Bolivia, a vivir en el círculo de hierro que ahoga su espansion de pueblo libre i

que la mantiene incomunicada del resto del mundo. Las blancas cimas de sus montañas i los desiertos arenosos de su costa, son el magnífico atahud, que sofoca la poderosa vitalidad de su raza.

Alejado Bolívar del Perú, Santa-Cruz comenzó a trabajar ocultamente por arrebatarle su influencia. Una revolucion, sancionada luego por el voto de un congreso, declaró subsistente la Constitucion de 1823, medida que importaba una hostilidad abierta contra el Libertador; declaró vacante la Presidencia del Perú, que desempeñaba en propiedad Bolívar i Santa-Cruz por delegacion, i convocó a elecciones para un nuevo congreso. Santa-Cruz, que habia sido el instigador de estas medidas, se vió envuelto en las redes de sus propias maquinaciones.

El congreso elijió de presidente al jeneral La-Mar, uno de los militares más distinguidos de la época, i Santa-Cruz despechado con ese desaire i burlado en sus propósitos, aceptó el cargo de ministro plenipotenciario del Perú en Chile, que le ofreció La-Mar, para alejarlo de su lado.

Las estrechas relaciones de amistad que ligaban a Santa-Cruz con Bolívar, dan hasta cierto punto, la esplicacion de su futura conducta. Al historiador que penetre en los detalles de su vida, le cabe descifrar este curioso problema histórico, que se oculta en las profundidades de la conciencia humana. Saber qué influencia tuvo Bolívar en el ánimo de Santa-Cruz; qué accion ejerció sobre su espíritu i sobre sus ideas políticas; qué parte le cupo en los ulteriores proyectos de confederacion i de monarquía americana, etc., es un problema, que no podemos sino insinuar en estos rápidos apuntes. Bástenos hacer notar algunas analojías que encaminan en su solucion.

Bolívar desarrolló los sentimientos de Santa-Cruz por la influencia de su prestijio i de su talento i además ofreciéndole el Ducado de Lima, en el imperio americano que se proponia formar i que mecia en su espíritu, el doble impulso de su ambicion i de su gloria.

«Con el jeneral Santa-Cruz, (decia Bolívar reservadamente a su plenipotenciario en el Perú), lleve Ud. mucha armonía, i cuando lo vea Ud. inquieto por su suerte, porque los chismosos puedan decirle que le preparo el Ducado de Bolivia a Sucre, que crea sobre mi palabra de honor que le destino el de

Lima, castigando así a Gamarra de sus pasadas infidencias» (1). Bolívar se hizo otorgar el título de presidente *vitalicio* del Perú, lo que lo encaminaba a sus planes sin descubrir sus intenciones.

Sin embargo de su inmensa popularidad, el partido republicano comprendió el alcance de esa medida. «Los republicanos del Perú, dice Bilbao, (2) al ver en esa Constitucion, la instalacion de una monarquía disfrazada con la palabra República, no tuvieron coto para espresar sus juicios i acusar al Libertador de enemigo de la Libertad i si se quiere de contraventor a los principios por los cuales se habia derramado la sangre americana.»

La idea de Confederacion, que no era, sino el medio apropiado de realizar la monarquía es un simple remedo de la federacion de Estados, que realizara Bolívar, i que dominara su voluntad omnipotente. Hé aquí los principáles puntos de ese problema a la vez sicolójico e histórico, que entregamos al estudio de los historiadores, en cuya resolucion se probaria la filiacion de ideas, que trajeron la Confederacion Perú-Boliviana, i como consecuencia, la guerra, en cuya relacion estamos empeñados.

Su papel como diplomático en Chile pasó desapercibido. En 1828 el jeneral Sucre que gobernaba en Bolivia desde 1825, estuvo a punto de perder la vida, tratando de sofocar, con su presencia, un motin militar, al mismo tiempo que el jeneral Gamarra, situado en el Desaguadero con un ejército peruano, se aprovechaba de ese pretesto, para invadir el territorio boliviano, declarando que iba a interponerse *entre la víctima i sus asesinos!*

Sucre se retiró de Bolivia, recomendando como su sucesor al jeneral Santa-Cruz, que tenia tambien el apoyo de Gamarra. Cuando Santa-Cruz venia de viaje desde Chile para hacerse cargo del gobierno de Bolivia, estalló una nueva revolucion en Chuquisaca, proclamando presidente al jeneral don Pedro Blanco, que apénas tuvo tiempo de asumir la primera majistratura, cuando cayó bajo el golpe de asesinos, que le qui-

(1) Pruvonena, páj. 182.
(2) Vida del jeneral Salaverry, páj. 66.

taron la vida. El autor del atentado contra Blanco, fué el coronel Armaza, que fué en brebe llamado a desempeñar el ministerio de la Guerra de la nueva administracion despues de ser ascendido a jeneral, lo que hizo creer a muchos, que Santa-Cruz no fuera del todo inocente, en el atentado que arrebató a su rival el mando i la existencia.

La llegada de Santa-Cruz a Bolivia fué saludada con trasportes del mas puro regocijo. Tomósele como el símbolo de la union de todos los bolivianos, i en efecto, sus primeros pasos fueron señalados por la moderacion i la concordia. Sin embargo, desde esa época trabajaba ya, secretamente, en favor de la institucion política que se llamó mas tarde Confederacion Perú-Boliviana.

A su paso por el sur del Perú, habia creado lójias masónicas, bajo la advocacion de San Juan de Jerusalen, con el objeto de fomentar las ideas de federacion del Sur-Perú con Bolivia. La lójia central fundada en las O.·. del Titicaca, tenia ramificaciones en Puno, Arequipa i el Cuzco. Estas instituciones, nacidas i desarrolladas en el mas impenetrable misterio vivian con la mirada puesta en el Perú, aguardando el momento propicio de realizar la federacion. Con ese objeto provocaban desórdenes, atizaban las revoluciones, mantenian el descontento, en una palabra, hacian todo aquello que pudiera facilitar el paso al H.·. Arístides (Santa-Cruz). La lójias eran un hogar de revolucion permanente, sistemática, i Santa-Cruz se habia convertido en un elemento de desórden; en un obstáculo, para la tranquilidad de sus vecinos.

La necesidad de preparar a Bolivia para la invasion del Perú, lo movió a velar por la administracion. Su conquista no habria sido sólida sin un ejército fuerte i sin rentas bien organizadas. Favorecióle en estos trabajos su carácter económico i arreglado, su espíritu naturalmente organizador i oficinista. Santa Cruz tenia ideas mas correctas sobre administracion, que la jeneralidad de sus compatriotas.

Su vijilancia se estendió a todo. Creó nuevas oficinas, reformó las antiguas, introdujó el órden en la recaudacion e inversion de las rentas, fomentó el adelanto material de los pueblos. abriendo caminos, construyendo puentes sobre los rios; ... labra, un organizador nada comun.

Al lado de estas buenas cualidades debemos señalar otras que afean i empequeñecen su carácter. Entronizó la práctica de los regalos nacionales, haciéndose dar propiedades por los congresos i, recibiendo, a su paso por los pueblos, los donativos que le ofrecian los habitantes temerosos de incurrir en su desgracia. La noticia de un viaje del Protector, o de un miembro de su familia, era solemnizado con *Te-Deums*, que las autoridades eclesiásticas cantaban entre sumisas i atemorizadas: con banquetes, que las mas veces pagaba el Erario nacional; con ofrendas, a que contribuian todos los vecinos, cualquiera que fuese su opinion política, por no incurrir en la persecucion de las autoridades.

Sin embargo de estos grandes defectos, el jeneral Santa-Cruz mantenia la vijilancia sobre la administracion, i en este sentido es uno de los mandatarios mas distinguidos que hayan tenido Bolivia i el Perú.

Sus cualidades positivas i prácticas, no alcanzaban a sofocar completamente, la inclinacion natural de su raza, hácia lo aparatoso i brillante. Su espíritu indíjena, soñaba con la realizacion de la monarquía de Bolívar, sin comprender los inconvenientes que constituian su imposibilidad. Con ese objeto trataba de anexarse el Perú, para orlar cuanto ántes sus sienes con la corona de los vireyes, o con la borla roja de los Incas. En sus delirios de ambicion creíase un nuevo Manco-Capac como lo decian en la prensa sus ajentes. Toda su política como presidente de Bolivia, fué trabajar en la anexion del Perú. Las lójias i sus amigos, esparcieron la semilla del árbol que seria regado con torrentes de sangre.

Estos persistentes trabajos no tardaron en dar resultado. En 1834 los jenerales Nieto i Gamarra que se diputaban, con las armas en la mano, el dominio del Perú, nombraron comisionados para llegar a un advenimiento, i el coronel Escudero, delegado de Gamarra, propuso una transaccion concebida en estos términos: «Los departamentos de Ayacucho, el Cuzco, Puno i Arequipa se segregarán del Perú i formarán un Estado bajo la presidencia de Nieto: el norte del Perú adoptará una situacion análoga a la del sur, i el jeneral Santa-Cruz, presidente de Bolivia, tendrá el Protectorado de los tres países. Era la primera vez que la idea de la Confedeaacion Perú-Boliviana

se exhibia, en todo su alcance, ante los ojos del Perú. El jeneral Nieto rechazó esas propuestas, lo que obligó a Santa-Cruz a postergar su realizacion.

La primera tentativa frustrada, fué en breve seguida de otras. A consecuencia de los acontecimientos de 1834, el jeneral Gamarra se vió en la necesidad de abandonar el Perú i de refujiarse en Bolivia.

Retiróse a la provincia de Cochabamba, que mandaba, a la sazon, el jeneral don Ramon Herrera. Santa-Cruz entre tanto, observaba con la mayor ansiedad la situacion del Perú, espiando el momento de entrar en escena. Esa oportunidad, que su ambicion inquieta buscaba en vano desde tiempo atras se le presentó por fin.

En 1835 el jeneral Salaverry se sublevó contra Orbegoso i el movimiento, apénas iniciado, tomó el carácter de una revolucion nacional. Los departamentos mas importantes de la República, secundaron la oposicion de Lima, hasta el punto de de que Orbegoso empujado hácia el sur por el oleaje popular, hubo de refujiarse en Arequipa, que era el único lugar del Perú que aceptara, aun, su autoridad disminuida i vacilante.

El jóven e impetuoso Salaverry tenia el prestijio de su juventud i de su valor, al reves de Orbegoso que era tenido por hombre débil i pusilánime. Santa-Cruz temia el triunfo de Salaverry, pues si bien conocia sus defectos, nacidos en su mayor parte de su inesperiencia i de los afanes de una juventud borrascosa, tenia en cambio, un fuerte sentimiento de patriotismo. Peruano ante todo, Salaverry no se habria prestado jamás, a las vergonzosas transacciones de Orbegoso, i su gobierno hubiera sido un vallado contra los antiguos proyectos de Santa-Cruz. La revolucion de Salaverry significaba la resistencia del Perú contra los planes de conquista de Bolivia, que ya eran conocidos de todos.

En estas circunstancias el jeneral Herrera reanudó las relaciones interrumpidas de Santa-Cruz con Gamarra, que, como dijimos, permanecia en Cochabamba. Santa-Cruz ofreció ausilios a Gamarra para invadir el Perú, con la espresa condicion de que los Estados del sur se declararan independientes i se colocaran bajo su proteccion. Gamarra salió de Bolivia, de

acuerdo con Santa-Cruz, llevando como únicas armas de guerra su prestijio i una gruesa suma de dinero.

Al mismo tiempo el jeneral Orbegoso habia enviado a Bolivia un plenipotenciario, con ámplios poderes, a solicitar el ausilio de Santa-Cruz i a instigaciones del jeneral Quiroz, tan enemigo de Gamarra como el mismo jeneral Orbegoso, se hizo un pacto de alianza i de proteccion armada, entre Orbegoso i Santa-Cruz.

Gamarra, que pasó a ser víctima de los dobles manejos del presidente de Bolivia, comenzó a usar con él de la misma duplicidad. En el mismo dia escribia a Santa-Cruz haciéndole protestas de amistad, i a Salaverry ofreciéndole apoyar su causa. Las negociaciones del ajente de Orbegoso, tuvieron por resultado el célebre tratado de 15 de junio de 1835, firmado en la Paz, que fué la piedra angular de la futura confederacion.

En virtud de el, Santa-Cruz pasó el Desaguadero a la cabeza de un ejército brillante i disciplinado, i desde ese dia comenzó la humillacion del Perú. Sus destinos pasaron a manos de un jeneral estranjero: sus ejércitos fueron anonadados en los campos de batalla: sus ciudades recibieron guarniciones bolivianas: sus congresos sintieron la mano opresiva del estranjero. Los empleos de toda jerarquía, fueron ocupados por ajentes i favoritos del Protector; en fin, su libertad fué maniatada al carro triunfante del invasor.

A este precio reconquistó Orbegoso su puesto de presidente del Perú.

El ejército boliviano, mandado por Santa-Cruz, venció en Yanacocha al ejército de Gamarra i despues en Socabaya al jeneral Salaverry. Este soldado intrépido, profugo despues de la derrota, se entregó voluntariamente en Islai a las autoridades confederadas. Llevado a Arequipa, fué sometido a un consejo de guerra irrisorio i despues fusilado con el jeneral Fernandini, i seis coroneles.

No fué solo un hombre el que cayó exánime en el patíbulo de Arequipa: fué la nacionalidad peruana; fué el Perú, en una palabra, que dejó de existir desde ese dia en su calidad de pueblo soberano e independiente.

Poco tiempo despues fué fraccionado en dos partes, i esa division sancionada por los congresos de Huaura i de Sicuani,

elejidos bajo la proteccion boliviana. Santa-Cruz, en su calidad de Protector de los tres Estados, mantenia sobre ellos un verdadero tutelaje. Realizada la Confederacion en el hecho, creó instituciones adecuadas al nuevo réjimen.

La Confederacion Perú-Boliviana era una creacion fastuosa, pero sin base. Faltábale lo único que puede dar estabilidad a las instituciones: el apoyo i la simpatía popular. Considerada bajo el punto de vista político, era una forma de gobierno verdaderamente monstruosa, concebida para servir a un solo hombre, a cuyos piés debia ajitarse sin libertad, un pueblo de siervos. Era la entronizacion del sistema militar en los destinos de Bolivia; la fuerza bruta sobreponiéndose a los derechos i libertades de la nacion.

La base de esa institucion política era la fuerza, representada en un numeroso ejército. Santa-Cruz que tenia sobrada malicia, para no comprender los inconvenientes de su sistema, daba una atencion preferente a las finanzas, para poder mantener un gran ejército, i a este, para que diese vida i estabilidad a su gobierno. La Confederacion era la monarquía disfrazada. Santa-Cruz era, en realidad, el Rei del Perú i de Bolivia, i como su ambicion se estendia en la proporcion de su fortuna, comenzó a trabajar en el Ecuador, por los mismos medios que le habian traido por resultado la anexion del Perú.

Portales fué, entre todos los gobernantes americanos el primero que descubrió el alcance de sus ocultas miras i desde tiempo atras, repetia en su intimidad: «*El cacique del Perú nos va a dar mucho que hacer!*» Portales temió la fundacion a nuestras puertas de un imperio poderoso, protejido por la Europa: dirijido por un hombre ambicioso i superior; defendido por un ejército que constaba, a la sazon, de 12,000 soldados i que podia subir a 20,000. La idea republicana hubiera corrido grave peligro en América, si la Confederacion de Santa-Cruz hubiese llegado a asentarse en las costumbres nacionales: Chile habria pasado a la categoria de una nacion insignificante i débil, oscurecida por el brillo de su temible vecina, i nuestra seguridad habria quedado a su merced.

Decimos que los planes de Santa-Cruz eran protejidos por la Europa monárquica, i en efecto, el rei de Francia, que no veia de buen grado, la fundacion i prosperidad de Repúblicas

que serian, tarde o temprano, un peligro para el prestijio secular de su monarquía, distinguia i protejia a Santa-Cruz (1). Los enviados diplomáticos de la Europa fueron los mas decididos partidarios que tuvo en Lima i Luis Felipe le envió la gran cruz de la lejion de honor.

Santa-Cruz, que conocia las disposiciones del gobierno de Prieto respecto de su obra, trabajó secretamente con los emigrados chilenos del Perú para incitarlos a invadir a Chile, i debilitarlo por la anarquía. Con ese objeto esplotó la irritatacion del jeneral Freire contra el gobierno que lo mantenia en el destierro, i trajo la guerra a Chile sin prévia notificacion, enviando los buques de su escuadra, para fomentar la discordia civil.

Cuando vió la actitud del gobierno i del pueblo chileno, i su decision por la guerra, hizo algunas tentativas en favor de la paz; pero el gobierno de Chile que veia el peligro, no en uno que otro atentado aislado, sino en el réjimen que los hacia necesarios: en el hombre que necesitaba de ellos para consolidar su obra i que veia en un porvenir, no mui lejano, una nacion fuerte, monárquica, militarizada, constituyendo un peligro para el que cayera en su desgracia, se resolvió con inquietud, pero con enerjía, a impedir la consolidacion del sistema i del hombre.

La confederacion, era una institucion política concebida para servir al Protector i para ahogar los derechos de todos sus subordinados. No estará demas repetir aquí, lo que decíamos en un trabajo estenso, que consagramos a las causas de esta guerra (2).

«Conforme al art. 7.º del Pacto de Tacna, el gobierno de la

(1) A este respecto nos refirió, muchas veces, don Francisco Javier Rosales, en Paris, que el año de 1839, cuando se recibió en Francia la noticia de la batalla de Yungai, el Rei Luis Felipe, lo hizo llamar a Tullerías, i le comunicó la noticia con muchos pormenores, diciéndole que no habia podido creer en ella al principio, porque la empresa de Chile le habia parecido desesperada i desigual i manifestando que estaba cuidadosamente impuesto de todos los incidentes de la guerra. Este interes del Rei por una empresa tan lejana, agregado a la conducta de su ministro, a la distincion con que honró a Santa-Cruz, i a lo que decia la opinion pública en aquella época, dan motivos para creer en la realidad del apoyo del Rei de los franceses.

(2) Causas de la guerra entre Chile i la Confederacion Perú-Boliviana, por Gonzalo Búlnes.

Confederacion residia en los tres poderes, judicial, lejislativo i ejecutivo jeneral. Cuáles eran los vínculos de union, i las garantías de recíproca independencia que existian entre ellos?

Dos cámaras desempeñaban las funciones lejislativas: la de senadores i la de representantes. La primera, compuesta de 15 miembros era elejida por el Protector, de una lista que le presentaban los electores de departamentos; el senado era en realidad nombrado por él.

Por su constitucion misma, el primer cuerpo lejislativo de la nacion, estaba condenado a ser un simple sátelite del Protector. La cámara de representantes, compuesta de 21 miembros, era elejida por el congreso jeneral, de una lista que le presentaban las Repúblicas confederadas. Esta asamblea no tenia sino una independencia aparente, porque el protector se reservaba el derecho de disolverla «cuando manifiesta e indudablemente se apoderara de la cámara un espíritu de desórden que amenazase la paz interior de la Confederacion.»

El Protector estaba encargado de espiar el espíritu de la asamblea i tenia la facultad de disolverla, cuando no le agradase ese espíritu.

Veamos la posicion que ocupaba el poder judicial, en esta estravagante organizacion.

Los empleados judiciales, de toda jerarquía, estaban sometidos al juicio del Senado i del tribunal supremo de la Confederacion. Si alguno de ellos era acusado por delitos cometidos en el desempeño de su puesto, el tribunal de cada república nombraba un miembro de su seno, que reunidos formaban el tribunal supremo. Cada uno de estos tres individuos debia su puesto, en su respectivo tribunal, al Protector de la Confederacion i ese deber de gratitud, era un lazo traidor tendido a la libertad e independencia de sus fallos.

Eu resúmen, los tres poderes, lejislativo, ejecutivo i judicial dependian directa o inderectamente del Presidente de la Confederacion. Las sabias instituciones que son en los paises libres el antemural de su libertad civil, eran, bajo ese réjimen, la careta que cubria el ilimitado poder del jeneral Santa-Cruz.

Los tres Estados, que se titulaban libres en su accion interior, o *confederados*, no tenian siquiera el derecho de elejir su presidente respectivo. El jeneral Santa-Cruz los nombraba directa-

mente, sin que interviniera en su eleccion el pueblo o los poderes nacionales.

Lo que hacia aun mas estraña esa organizacion despótica i orijinal, era la irresponsabilidad del Protector, en todo caso que no fuera de traicion o de retencion indebida del poder.

El Protector se reservaba, ademas, el derecho de ser *reelejido indefinidamente de diez en diez años!*

Tal era el sistema político imajinado por el presidente Santa-Cruz, para reunir a Bolivia i al Perú bajo un réjimen comun. En esta organizacion singular, el Protector era todo: el pueblo nada. El Protector nombraba los presidentes de cada Estado: el pueblo los aceptaba, sin tomar parte en su nombramiento. El Protector escojia los senadores sobre una lista presentada por los electores de departamentos, i disolvia el congreso de representantes, cuando las quejas del pueblo incomodaban sus oidos.

Este monstruoso sistema de gobierno, fué bautizado con el nombre de Confederacion Perú-Boliviana; título inexacto, puesto que no habia Confederacion, sino tres Estados reunidos en uno, sirviendo a los planes i a la política de un hombre irresponsable. Este complicado mecanismo, estaba calculado para servir a la ambicion de Santa-Cruz i la base de la ambicion es la fuerza.»

Como administrador, volvemos a decirlo, Santa-Cruz se elevó a una altura, a que no ha llegado hasta hoi, ningun otro mandatario de Bolivia.

Sus trabajos lejislativos se resintieron de la precipitacion con que fueron hechos. Los códigos, bautizados con su nombre, fueron redactados de prisa, sin madurez, pues mas que fundar una lejislacion civil propia, con el estudio que la materia requiere, se queria deslumbrar al pueblo i a la América, con el espectáculo de un solo hombre, que hacia a la vez de militar, de político, i de codificador.

Pero, en fin, i cualesquiera que hayan sido sus defectos como gobernante, no ha llegado aun el momento de pronunciar un juicio definitivo sobre ese hombre, que llenó durante algunos años la América, con la fama de su nombre. Para juzgarlo con acierto, i aplicarle el único criterio digno de la historia, seria necesario ponerlo en relacion con su país i con su tiempo; com-

parar sus cualidades i defectos con las de sus contemporáneos; conocer el valor i las pasiones de sus amigos, el carácter moral de sus enemigos; en una palabra, estudiar los elementos complicados que obran sobre el hombre i sobre el mandatario, que deciden de sus acciones i que influyen en su vida.

Parece inútil decir que ni con mucho, pretendemos haberlo juzgado con esa exactitud. Faltan, aun, los elementos indispensables para llevar a cabo ese trabajo. No conocemos una sola biografía del jeneral Santa-Cruz. ¡Los hechos principales de su vida, comienzan, recien, a ser iluminados por la pura luz de una historia imparcial. En cambio, su correspondencia privada permanece en el secreto, único guia que podria conducirnos en el oscuro laberinto de esa alma, que tuvo como las majestuosas montañas de Bolivia, plateadas cimas i oscuros abismos!

CAPÍTULO IX

Sitio del Callao

Aunque el sitio que nos proponemos dar a conocer, no fué marcado con los grandes acontecimientos que señalaron la 2.ª campaña de la Restauracion es, sin embargo, un episodio digno de figurar en esta guerra, ilustrada por el valor i la constancia.

Dijimos al hablar de la batalla de Guias, que el jeneral peruano don Domingo Nieto, se refujió en el Callao con el batallon núm. 1 de Ayacucho, conducido por el coronel Morales. Aparte de este refuerzo inesperado, los castillos tenian una guarnicion propia, que ascendia próximamente a 500 hombres, mandados por el distinguido coronel don Manuel de la Guarda.

Esta fuerza permaneció sin moverse de las trincheras, durante la batalla de Guias, por temor de un ataque repentino del ejército chileno.

Las tropas conducidas por Nieto, ascendian a 700 hombres, las que añadidas a la guarnicion, formaban un conjunto de 1,200 soldados de infantería i caballería. Esta fuerza, si bien insuficiente para emprender ninguna operacion contra el Ejército Restaurador, era mas que lo que se necesitaba para defender los castillos.

Los principales jefes peruanos, que sostuvieron la resistencia

fueron el jeneral Orbegoso, que no se reunió con los suyos sinó el 31 de agosto: el jeneral Nieto, que estuvo solo en los principios del sitio, por haberse embarcado para las provincias del norte, donde trató en vano de inflamar el patriotismo, o de obtener recursos: el coronel Guarda, soldado intrépido i distinguido; el coronel don José Gabriel de los Rios, que llegó al Callao, a mediados de octubre; el comandante Morales, jefe del batallon Ayacucho, i el coronel don Javier Panizo, segundo de Guarda en este porfiado sitio.

Tan luego como el jeneral Nieto llevó al Callao la noticia de lo acaecido en Lima, las puertas de la plaza se cerraron, para impedir la entrada al vencedor. Apesar de que su graduacion militar lo designaba para ser el jefe del Callao, se dijo entónces, que el coronel Guarda se habia negado a reconocerlo en su calidad de jeneral en jefe. El presidente Orbegoso, cuya suerte era un misterio para ámbos belijerantes, permanecia en Lima, oculto en casa de un amigo, espiando una oportunidad segura para dirijirse al Callao. Desde su asilo furtivo le fué dado, talvez, oir o presenciar las bulliciosas manifestaciones, con que se celebraba el advenimiento al poder de su eterno enemigo el jeneral Gamarra. No creemos necesario insistir en los desabrimientos que hubo de sufrir para llegar al Callao, ni en la pura alegría con que fué, por fin, recibido entre los suyos.

Las fuerzas de Orbegoso ocupaban, como lo hemos dicho, los castillos del Callao. El mas importante de ellos era la fortaleza de la Independencia, grandioso i sombrío edificio, rodeado de altas murallas que solo de trecho en trecho, dejan ver las bocas de los cañones que le sirven de defensa.

A corta distancia de él hai otro, mas pequeño, llamado Castillo del Sol, i cerca de ámbos, un depósito artificial de agua, que está protejido por el Castillo de la Independencia.

Los fuegos de los castillos abrazan, por consiguiente, una parte de la bahía; cubren el pueblo, i abarcan alguna estension fuera de él. El sitio para ser eficaz, tenia pues que hacerse simultáneamente por tierra i por mar.

Sin embargo, ántes de principiar las operaciones militares Búlnes tentó los medios de conciliacion. La rendicion del Callao, habria tenido, en ese momento, una doble importancia polí-

tica i militar. Por una parte habria conseguido realizar esa union del Perú a Chile, que deseaba tan vivamente el Ejército Restaurador i por otra le habria evitado la vijilancia que estaria obligado a guardar sobre la division sitiada. La resistencia de Orbegoso ponia al jeneral Búlnes en la necesidad de mantener en Lima el grueso de su ejército, i le impedia separar de su lado una division numerosa.

Debióse a esta circunstancia, que los triunfos de esa época no tuviesen influencia decisiva en el éxito de la campaña. La victoria de Matucana fué alcanzada por una corta division; las de las provincias de Ica, de Cañete i de Piura, por pequeños cuerpos desprendidos del grueso del Ejército. Este no podia operar en masa, porque necesitaba mantener una fuerte guarnicion al pié de los castillos, i esta necesidad fué, como dijimos, la causa determinante de la retirada al norte.

Convencido el jeneral Búlnes del grave inconveniente que oponia a sus planes la resistencia armada del Callao, invitó a la paz, en repetidas ocasiones, al jeneral Orbegoso i agotó en favor de la concordia los recursos conciliatorios. Orbegoso se negó a escuchar toda proposicion amistosa, miéntras no se le diese el título de presidente del Perú, lo que Búlnes no hubiera podido hacer, sin desconocer la autoridad de Gamarra. Esa cuestion de forma, de palabras, ocultaba en su fondo las gravísimas dificultades que se oponian a todo arreglo amistoso.

Repetiremos aquí lo que dijimos de las conferencias de Huacho. Los acontecimientos, mas fuertes que la voluntad de los hombres, hacian imposible toda solucion pacífica. Orbegoso no trataria con Búlnes, miéntras no se le restituyese el alto puesto que le arrebató la batalla de Guias, lo que equivalía a exijir de él, que desconociese todo lo obrado desde ese momento.

Algo hemos dicho de las negociaciones habidas, i no creemos necesario insistir en ese cambio de notas i de cartas confidenciales, en que se tocaron sin fruto, en repetidas ocasiones, las nobles i delicadas fibras del honor, del patriotismo i de la amistad. Búlnes, Gamarra, Laso i Castilla, se dirijieron sucesivamente a Orbegoso i a Guarda, manifestándoles la inutilidad de la resistencia i su responsabilidad, manteniendo la plaza en provecho del hombre a quien recientemente habian

repudiado. El gobierno peruano agotó, por su parte, el diccionario de los alhagos, para restituir al seno de la naciente patria a la guarnicion rebelde; pero todo fué en vano. La fuerza de las cosas esterilizaba sus tentativas jenerosas. Habia, por lo demas, un tratado secreto entre Nieto i Olañeta, para entregar de nuevo el ejército peruano al presidente Santa-Cruz, befando, así, los sentimientos espresados en la revolucion de julio, i la fé pública de sus solemnes declaraciones!

Los esfuerzos de don Benito Laso para reducir a la obediencia a Guarda, o a Nieto, fueron tan estériles, como las tentativas de Gamarra o de Búlnes, para con el jeneral Orbegoso. La conducta altanera de Orbegoso, cuadraba mal con las actuales circunstancias del Callao. Su resistencia para escuchar toda proposicion de paz, seria un timbre que honraria su carácter de mandatario i de hombre, si no hubiese tenido por resultado, su sumision a Santa-Cruz. Esa enerjía aparente, que contrastaba con los antecedentes de su vida, era una nueva prueba de su debilidad. Sus jefes inmediatos, comprometidos con el Protector, abusaban de su buena fé, haciéndole creer que defendia la Independencia del Perú, cuando ya estaba firmado el tratado de alianza o de sumision con el conquistador del Perú!

En los primeros dias de su eleccion, el jeneral Gamarra hizo comunicar a Guarda, por medio de su ministro don Benito Laso, los últimos sucesos de la capital, creyendo, como se creia en Lima, que el jeneral Orbegoso se encontrara en las fortalezas desde la tarde del 21 de agosto. En esa nota se hacia un llamamiento a sus servicios i a su patriotismo i se le invitaba a la fraternidad i a la union. «Si lo que no espera S. E. vacilara V. S. un momento en seguir esta senda, daria ocasion a glosas mui pocos favorables e indignas de su honor conocido.

Se diria que no pudiendo sostenerse el castillo, sin la esperanza de un ausilio i no contándose otro que el del ejército que manda el presidente de Bolivia, se ponia V. S. en oposicion con la emancipacion proclamada de la autoridad protectoral i con la libertad absoluta de la República. Sabe S. E. que un crímen de traicion a la patria, no puede jamás encontrar cabida en el alma de V. S.; i así es que se lisonjea de te-

ner bien pronto a su lado la persona de V. S. para ayudarle en la causa de la salvacion del Perú» (1).

El coronel Guarda, contestó a Búlnes i no a Laso, diciéndole que no se arreglaria jamás con un ejército «manchado con la sangre de los peruanos» (2).

(1) Nota de 26 de agosto de 1838.

(2) «República peruana.—Fortaleza de la Independencia, agosto 27 de 1838.—Señor don Manuel Búlnes, Jeneral en Jefe del Ejército de Chile.—Habiendo recibido en la noche de ayer una comunicacion firmada por don Benito Laso, quien habla en ella a nombre de don Agustin Gamarra, apellidándole jefe provisorio del Perú, me creo, mas por urbanidad que por deber, en la necesidad de dirijirme a US. para hacerle saber, que miéntras las fuerzas que US. manda pisen el territorio peruano i mui particularmente los departamentos del norte, que la espedicion chilena encontró gozando de perfecta independencia, con un gobierno propio i nacional, nombrado por la voluntad soberana de los pueblos, no reconocerá el que suscribe otra autoridad que la que ejerce el Excmo. señor Presidente don Luis José Orbegoso, o la que tenga a bien nombrar el congreso convocado por el mismo señor Presidente i a pedimento de los espresados departamentos.

Consecuente con estos principios, de los que no me separaré jamás, porque ellos están trazados por el sentir racional de mi país, no entablaré comunicacion de ningun jénero, con la persona o personas que bajo el influjo de las armas de US., manchadas ya con sangre de los peruanos, se finjen falsamente autoridades nacionales.

En conclusion, señor jeneral, existiendo la autoridad de que dependo, será con ella, con quien, en adelante, podrá US. entenderse o, con la persona que elija S. E. para dimitir en ella el mando que ejerzo.

Con este motivo, me ofrezco a US., como su mui obediente servidor Q. B. S. M.—*Manuel de la Guarda.*»

Hé aquí la respuesta de Búlnes:

«Señor Jeneral don Luis J. Orbegoso.—Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Lima, a 1.° de setiembre de 1838.—La comunicacion que a nombre de V. S. I. me ha dirijido don Manuel de la Guarda, me proporciona la oportunidad de llamar la atencion de V. S. I. sobre los puntos importantes de que he tratado, desde el momento que me acerqué a las playas del Perú, no con el objeto de hollar su territorio, sino de libertarle del poder del jeneral Santa-Cruz i sus sostenedores.

Desgraciadamente no hemos podido entendernos, porque V. S. I. no ha querido: mas, estoi cierto que podremos hacerlo si se trata a mi ejército como aliado del Perú, i si francamente se atribuye asimismo los males que yo he procurado evitar, i que V. S. I. ha dejado de precaver. Sin conceder a V. S. I. que la eleccion del gran Mariscal don Agustin Gamarra por presidente provisorio de esta república, se haya hecho en la forma i modo que se me dice en su espresada comunicacion, puedo asegurar a V. S. I. que no he tenido parte directa ni indirecta en ella, i que ha sido obra de los ciudadanos, que léjos de estar subyugados por las bayonetas de mi ejército, han gozado de toda la plenitud de sus derechos. Lo sabe todo el pueblo de Lima, i V. S. I. no puede ignorarlo.

Mi conducta ha sido en esta ocasion, i protesto que lo será siempre, tan leal como desinteresada, porque, repito que, a ello me obligan las instrucciones de mi gobierno i los sentimientos que han guiado todas las acciones de mi vida, jamás manchada con ningun acto de perfidia, i el respeto que merecen los destinos de un pueblo libre. No solo las proclamas que

Orbegoso entró en comunicaciones con el jeneral Santa Cruz, i si bien no podia ya creer en la sinceridad de sus promesas, su odio por el ejército chileno era tan vivo, que estaba resuelto a entregar nuevamente su autoridad i el Perú al presidente de Bolivia. El Protector le aseguraba, en sus cartas que penetraban furtivamente al Callao, su respeto por el voto soberano, que habia desligado el Nor-Perú de la Confederacion Perú-Boliviana i Orbegoso, a pesar de tener sobrados motivos para no aceptar sus declaraciones sin beneficio de inventario, dió nuevamente crédito a sus palabras i perseveró en la resistencia con mas decision i enerjía. Así fué que la tentativa en favor de la paz, hecha oficialmente por el jeneral Gamarra, fué tan inútil como habian sido las sujestiones amistosas de Castilla, de Laso i de Búlnes.

Uno de los primeros actos públicos del jeneral Gamarra, fué solicitar del coronel Guarda el reconocimiento de su autoridad i como éste se negara, espidió un decreto compeliéndolo (1)

V. S. I. me cita, sino todas mis comunicaciones oficiales i particulares que han visto la luz i todos mis actos, son los fieles intérpretes de mis sentimientos.

Tan fácil me fuera, señor jeneral, probar al universo entero, mi ninguna injerencia en los actos que pertenecen al gobierno i pueblo peruano, como difícil le seria a V. S. I. justificar que no ha permitido que se usurpe la autoridad que ha ejercido a nombre de ese mismo pueblo, cuya soberanía ha sido vilipendiada i cuyo territorio ha sido despedazado.

Por mi parte, he dado, i estoi dispuesto a dar testimonios irrefragables de veneracion a las leyes i autoridades del país; i si a mi llegada a esa capital hubiese hallado otra autoridad superior al prefecto, a ella me hubiese dirijido, porque, repito, i no me cansaré de repetirlo, que mi mision no es de intervenir en la política del país, i consiguientemente a este principio no he podido venir a remover las autoridades peruanas existentes, ni a presentar candidatos que las reemplacen.

Esto sentado, de ningun modo me corresponde discutir ni ménos resolver la cuestion que forma el punto principal de su nota; pudiendo V. S. I. dirijirse a quien corresponde en la firme certeza que mis principios de una absoluta no intervencion no se alterarán jamás.

No obstante, con el fin de dar a V. S. I. una prueba inequívoca de mis deseos de que se realice un advenimiento por el que podamos obrar de consuno contra las fuerzas del jeneral Santa-Cruz, ahorrando la efusion de una sangre preciosa i evitando repetir escenas que son el escándalo del mundo civilizado, estoi pronto a escuchar toda proposicion que tienda a realizar este objeto.—Dios guarde a V. S. I.—*Manuel Búlnes.*»

(1) El ciudadano Agustin Gamarra.—Considerando:—I. Que establecido el gobierno peruano, todos los ciudadanos están obligados a obedecerle, para mantener el órden público i defender la libertad e integridad del territorio.

II. Que esta obediencia comprende a los jefes, oficiales i demas individuos que se han encerrado en las fortalezas del Callao.

por última vez, a someterse al órden de cosas nuevamente creado. Si en el plazo de 24 horas, dice ese documento, la guarnicion del Callao no reconoce al gobierno de Lima, será considerada como sediciosa.

El coronel Guarda manifestó, en esta ocasion, la tenacidad en que habian de estrellarse, en adelante, todas las tentativas de paz, i desde ese momento la guerra quedó declarada de hecho, entre el gobierno de Gamarra i la plaza del Callao.

El jeneral Búlnes, apesar de que estaba suficientemente autorizado para bloquear cualquier puerto del Perú cuando lo creyese necesario, (1) aguardó, sin embargo, que el gobierno peruano, declarase rotas las hostilidades para comenzar las su yas. Esta facultad, confiada por decretos anteriores, le fué renovada en lo relativo al Callao, en la declaracion de guerra del gobierno de Chile al jeneral Orbegoso (2) i en el decreto de bloqueo.

Esta resolucion, lo repetimos, venia a confirmar una autorizacion anterior, en cuya virtud habia dado principio el jeneral Búlnes al bloqueo del puerto i de la plaza.

Al dia siguiente de la ocupacion de Lima, una hermosa division, mandada por el jeneral don José María de la Cruz, salió del cuartel jeneral chileno en direccion al Callao, con el objeto de impedir que los vencidos de Guias, se uniesen a la

---

III. Que obstinados en la desobediencia se han negado a las repetidas invitaciones que se les han hecho, de parte del gobierno.

IV. Que conforme con estas razones, deben ser considerados como amotinados, decreto:

Art. 1.° Se compele por última vez al jefe, oficiales i demas individuos existentes en las fortalezas del Callao, a que obedezcan al gobierno i se pleguen al ejércite peruano, a fin de sostener la independencia nacional.

Art. 2.° Queda en estado de sitio i bloqueo la fortaleza del Callao, i se reputarán como sediciosos todos los individuos de cualquier clase i condicion, que se hallen en ella, siempre que dentro de 24 horas no depongan las armas, obedeciendo al gobierno, proclamado en esta capital, para obrar de consuno contra el enemigo comun.

Art. 3.° Los que prestasen cualquier clase de ausilios a los refujiados en las fortalezas, serán reputados como cómplices de los sediciosos, i sufrirán las penas, que designa el art. 26, tít. 10 de la Ordenanza Jeneral del Ejército. El oficial mayor del Ministerio de Guerra i Marina encargado de su despacho cuidará de dar cumplimiento a este decreto, mandándolo imprimir, publicar i circular. Dado en el Palacio del Supremo Gobierno en Lima, a 31 de agosto de 1838.—AGUSTIN GAMARRA.—P. O. de S. E.—*Bernardo Sofiia.*

(1) Decreto de 30 de julio de 1838.

(2) Declaracion de 17 de octubre de 1838.

guarnicion de los castillos. Componíase de los batallones Portales, Carampangue, Valparaiso, i del escuadron Carabineros de la Frontera. Las fuerzas de Cruz permanecieron algunos dias en Baquijano sin tomar la ofensiva, aguardando la espiracion del término señalado por Gamarra para la rendicion de la plaza. Otro tanto hacia en el mar la primera division de la Escuadra, mandada por el almirante Postigo, que debia combinar sus operaciones con las del jeneral Cruz.

Entretanto, tenian lugar en el interior de la plaza algunos incidentes que contribuyen a precisar la fisonomía de esta célebre guerra. La guarnicion, luego que se vió privada de toda comunicacion esterior, empezó a abandonar las fortalezas i a desertarse, a medida que las circunstancias se lo permitian.

Al mismo tiempo el jeneral Nieto se preparaba para verificar su viaje al norte que realizó a fines de agosto.

Hemos referido en otro lugar esa fujitiva i desgraciada campaña, que abrió una incurable brecha a su autoridad ya bastante amenguada. Este soldado ditinguido, dotado de talento i de valor, recorrió a salto de mata las provincias del norte, abandonado de los suyos, prófugo i estranjero en su misma patria, estableciendo a su paso efímeras autoridades que nadie respetaba, i contribuciones, mas efímeras aun, que nadie pagaba.

El coronel Guarda permanecia, entretanto, en el Callao, alentando con su enerjia el patriotismo vacilante de los defensores del castillo. Pero echemos una mirada a las fuerzas sitiadoras.

La plaza estaba envuelta en un círculo de fuego i de cañones; rodeada por tierra por los soldados de Cruz, i por el lado del mar por la primera division de la Escuadra mandada por Postigo.

La Escuadra chilena se componia de dos divisiones, que estacionaban, alternativamente, en Chorrillos i en el Callao, mandada ésta por Postigo i aquella por Simpson, i aunque mantenian entre sí una independencia relativa, la division de Simpson se ponia a las órdenes de Postigo, cuando obraban reunidas. Era éste, un apuesto i altivo marino, hijo del capitan de fragata de la Real Armada, don Isidoro García, marqués del Postigo, i de doña Manuela de Búlnes, tia carnal del jeneral en jefe. Su educacion en España; su niñez, corrida en los azares de

los mas grandes combates marítimos de que fueron testigos los primeros años de este siglo; su conocimiento de los hombres del Perú, cuya Escuadra habia mandado en jefe durante el gobierno del jeneral Salaverry, le señalaban un lugar encumbrado en nuestra marina naciente. Sus relaciones de familia, su intelijencia, su temerario valor, todo, en fin, parecia designarlo para ocupar el alto puesto que desempeñaba a la sazon. La division mandada por él era fuerte, por la calidad de las embarcaciones, sino por su número.

La segunda, (1) mandada por el capitan de fragata don Roberto Simpson, que permanecía en Chorrillos, estaba especialmente encargada del cuidado de los trasportes (2). El resto de la Escuadra estaba repartido: la corbeta *Valparaiso* se aprestaba para marchar a Pisco, conduciendo al jeneral Salas; la barca *Santa-Cruz* i el trasporte *Príncipe Bateani*, habian conducido recientemente al jeneral La-Fuente i su columna a las provincias del norte del Perú. La division de Postigo, encargada del bloqueo marítimo, mantenia una activa vijilancia sobre las embarcaciones de la bahía del Callao, miéntras la de Simpson, protejia a los trasportes, la aduana i el resguardo recientemente establecidos en Chorrillos.

El jeneral Orbegoso no carecia de algunas embarcaciones menores, que suplian su escaso poder con su numerosa dotacion. Tenia, ademas, bajo la proteccion de sus castillos, al bergantin *Congreso* que habia sido desaparejado con antelacion.

Las fuerzas sútiles de la plaza podian burlar impunemente la celosa vijilancia de Postigo. En realidad el bloqueo no existia para esas pequeñas embarcaciones, sino por el peligro que las amenazaba en caso de ser vistas ó sentidas. La situacion de Postigo era, mas o ménos, la del leon de la fábula: bastante fuerte para luchar con un enemigo poderoso, no podia evitar que las fuerzas sútiles del Callao, se deslizasen hasta sus robustos flancos, i tentasen un asalto al abordaje, prevalidas de su superioridad numérica. Para contrarestar este peli-

(1) Componíase de la corbeta *Socabaya*, corbeta *Libertad*, bergantin *Aquiles*, bergantin *Arequipeño*, goleta *Janequeo*, goleta *Colocolo*, i los trasportes *Hércules* i *Eleodoro*.

(2) Estos eran la fragata *Monteagudo*, la fragata *Confederacion*, fragata trasporte *Capitan Saldívar*, i los trasportes *Hope*, *Colcura*, *San Antonio*, *Cecilia*, *Sonorense* i *Teresa*.

gro que lo traia inquieto, le era preciso soportar un activo trabajo de vijilancia a que no resistió su salud. Su temperamento altivo no estaba organizado para esa lucha de prudencia i fuera tan propio para asaltar con sus débiles embarcaciones los castillos formidables que tenia delante de sí, como incapaz de sobrellevar ese trabajo de paciencia i sin gloria!

Por el lado de tierra mandaba las fuerzas el jeneral don José María de la Cruz, cuyo nombre ilustre aparecerá con frecuencia en estas pájinas. Le servian de ayudantes don Rafael Soto-Aguilar i don Andres Gazmuri. La artillería que se componia de dos pequeñas piezas al principio, i despues de dos cañones de a 24, estaba mandada por el teniente don Estévan Faes, jóven oficial, que acababa de salir de las aulas de la Escuela Politécnica de Francia. Faes tenia bajo sus órdenes a los alféreces don José Manuel Molina i don Saturnino Brieba.

Los batallones de infantería estaban mandados por sus respectivos comandantes, que lo eran, del Valparaiso, don Juan Vidaurre-Leal; del Carampangue, el comandante don Jerónimo Valenzuela, que encontró digna i gloriosa muerte en la batalla de Yungai; del Portales, el teniente coronel don Manuel García.

Los principales jefes subalternos eran: en el Valparaiso, el sarjento mayor don Manuel Tomas Martinez; en el Carampangue, don Manuel Zañartu; en el Portales, don Juan Torres.

El terreno que rodea a los castillos, llamado el Gramadal, es húmedo i pantanoso, lo que hacia doblemente pesado el servicio de las fuerzas sitiadoras.

Completaba la division el escuadron de Carabineros de la Frontera, formado i dirijido por el teniente coronel don José Ignacio García, i por el valiente i distinguido jefe don José Erasmo Jofré.

Es preciso añadir a este cómputo de fuerzas, el formidable poder de los castillos. Las fortalezas del Callao han sido en todo tiempo un lugar inespugnable, que han sujetado, como una montaña de granito, el embate de las revoluciones. Cuando el Perú entero ha sido presa de la revuelta; cuando las oleadas de la indignacion popular han arrasado e invadido todo, se han detenido impotentes, en esas murallas formidables, que debieron aparecer en esos momentos, como la imájen de la

Patria, dominando con su ceño sombrío, el espectáculo de confusion i de sangre, que se representaba a sus piés.

Solo una vez la plaza del Callao ha sido tomada por asalto; cuando el temerario Salaverry sofocó, en su propio seno, el grito de revolucion lanzado por el batallon Maquinguayo, i ese hecho mismo fué debido, en gran parte, a la superioridad numérica de los asaltantes.

Las condiciones no eran las mismas en la época que narramos. El jeneral Orbegoso tenia consigo 1,200 hombres aguerridos. Sus castillos impedian el acceso de la bahía a los buques chilenos, a la vez que abarcaban una gran distancia por el lado de tierra. Los sitiadores sufrian los efectos del clima, nocivo a su salud, i se resentian de todos los males que acarrea a un ejército la ausencia de su patria.

Gamarra instaba vivamente a Búlnes para que se apoderase de la plaza i añadia a sus amonestaciones verbales las de sus cartas privadas. «No diga Ud., mi querido jeneral, que soi majadero; conviene mucho tomar posesion del pueblo del Callao. Esto contristará mucho a los sitiados i tardarán mucho ménos en rendirse» (1). En otra ocasion, agregaba: «He visto los papeles del jeneral Cruz; es preciso estrechar mucho el sitio i que de la bahía salgan los buques mercantes i pasen a Chorrillos.»

Búlnes, que no desconocia la fuerza de estas observaciones escribia a su hermano: «Para salir de este embarazo, (la permanencia forzosa en la capital) que en estas circunstancias nos retarda la operaciones, he tentado algunos medios de conciliacion con Orbegoso, que no han tenido efecto por su inaudita incapacidad. No me seria difícil tomar la plaza por asalto; pero costaria la pérdida de cincuenta o cien valientes que no me son indiferentes i que no podria reemplazar por la larga distancia que me separa de nuestros bravos compatriotas» (2). Esto i el temor de sufrir un rechazo, que le habria acarreado las mas graves consecuencias morales, eran los verdaderos motivos de su inmovilidad.

Tal era la situacion jeneral de los contendientes, sus medios

(1) Gamarra a Búlnes, setiembre 2 de 1838.
(2) Búlnes a don Francisco Búlnes, setiembre 6 de 1838.

de accion i el espíritu que animaba a los principales jefes cuando empezó el sitio. Veamos ahora los incidentes i sucesos que lo hacen digno de recuerdo.

La tarea impuesta al patriotismo del jeneral Cruz, consistia en impedir el abastecimiento de la plaza. Pero por ser pasiva i espectante, su situacion no era ménos laboriosa. Su vijilancia necesitaba ser mui activa, para impedir que se deslizasen en ese gran círculo, individuos o efectos que sirviesen a los sitiados; debia ademas ser ambulante i de todo momento, trabajo penosísimo que no será bien comprendido sino por los que conozcan esa inhospitalaria localidad, ora seca como el desierto, ora pantanosa i húmeda.

A causa de esto, la division sitiadora comenzó a sufrir, desde los primeros dias, los efectos perniciosos que causaron despues tantos vacíos en sus filas. «Hoi marchan cincuenta i tantos enfermos, decia Cruz a Búlnes el 2 de setiembre, i dejo otros, por si es posible conseguir venga el médico que tengo pedido.» «A las avanzadas, es de necesidad suministrarles aguardiente, diariamente; pues, a mas de situarse en un lugar húmedo, tienen que atravesar mas de diez cuadras de agua.»

A estos gravísimos inconvenientes se añadia la insuficencia de las fuerzas sitiadoras para abarcar la estensa línea que debia incomunicar el Callao del resto del Perú. «Ya he dicho a Ud., escribia el jeneral Cruz a Búlnes, la necesidad que hai de mas fuerzas para cubrir la línea; sin ella es inoficiosa esta division en este punto, porque no alcanzá a satisfacer su objeto. Por eso ha podido entrarse anoche Orbegoso al castillo i se entrarán cuantos quieran, i si Ud. no ha tenido otro acuerdo, seria mejor emplear nuestras fuerzas de otro modo mas útil, persiguiendo a Miller, etc.»

El físico i el moral de la division se resentia con ese trabajo estéril e incesante, sin gloria, sin brillantes episodios, sin ninguna de esas condiciones que realzan la guerra a los ojos del soldado i que lo hacen amarla. Los únicos incidentes del sitio en sus primeros dias, se redujeron a encuentros parciales de piquetes de tropa, o a la aprehension de espías o de conductores de víveres.

Entretanto, el coronel Guarda enviaba partidas de observacion que se aproximaban a la division sitiadora. Una de ellas

compuesta de ocho hombres (1) que habia conseguido apoderarse de tres individuos pertenecientes al ejército, fué atacada i puesta en fuga por un piquete de soldados chilenos. Este insignificante suceso dió lugar a que se redoblasen las precauciones por parte de los sitiadores, i a establecer emboscadas que se mantenian ocultas, para sorprender las que enviaba Guarda en busca de recursos.

El sitio se prosiguió durante algunos dias, sin dar lugar a ningun incidente notable; reduciéndose simplemente a la vijilancia mas activa por parte de la division chilena, i a la inaccion por parte de los sitiados. El apresamiento de una carreta con víveres o de algun emisario sospechoso, jeneralmente estranjero, era lo único que venia a turbar aquella abrumadora inaccion.

Los mismos pequeños incidentes se repetian en el mar. El comandante Postigo, ejercia en la bahía del Callao la severa vijilancia que observaba en tierra la division de Cruz; pero sus esfuerzos eran burlados, impunemente, por el apoyo que los estranjeros prestaban a la causa de Orbegoso. «El Callao se mantiene aun, decia el jeneral Búlnes (2), por la proteccion que le prestan los estranjeros que abiertamente son decididos por Santa-Cruz.»

Sin embargo, el descontento i la desmoralizacion cundian en la plaza. En los primeros dias de setiembre se desertaron del Callao los oficiales don Francisco Socada i don Ramon López, i tras de ellos, algunos soldados i clases, que confirmaron unánimemente el disgusto que reinaba en la guarnicion.

Una parte de los oficiales, que seguian la suerte de Orbegoso, habian creido, al encerrarse en los castillos, servir a la causa de la integridad del Perú. En aquel momento, ese error de concepto no podia existir para nadie; el Protector se habia encargado de descorrer el velo que cubria sus miras ambiciosas, espidiendo un célebre decreto de ascensos, que hemos de manifestar en breve. Esos servidores leales, si bien engañados, de la Independencia del Perú, no podian aceptar, sino a despecho, i obligados por la fuerza, que se befasen públicamente los nobles sentimientos de que se habian constituido guardianes.

(1) El 3 de setiembre.
(2) Carta a su hermano, setiembre de 1838.

Pero, ¿qué decreto era ese que venia a cambiar bruscamente la faz de la situacion? Hélo aquí:

Andres Santa-Cruz, Supremo Protector de la Confederacion Perú-Boliviana, etc., etc.—Considerando:—I. Que el deber principal de todo Gobierno es premiar los hechos distinguidos de los ciudadanos, i considerar los servicios que se presten a la Patria.

II. Que la defensa patriótica de los castillos del Callao, es un acto de los mas meritorios que contraen los jefes, oficiales i tropa que allí resisten los ataques del enemigo, desechando las intrigas i sujestiones de que se han valido, decreto:

Art. 1.° Los coroneles don Manuel Guarda i don Francisco Javier Panizo, son ascendidos a la clase de jenerales de brigada, en atencion a su brillante comportamiento, en los dias 21 i siguientes, en que el Ejército chileno atacó la ciudad de Lima i las fortalezas del Callao.

Art. 2.° Son igualmente ascendidos, el capitan de fragata don Juan José Panizo, a capitan de navío; el capitan de corbeta don Domingo Valle-Riestra, a capitan de fragata; el teniente coronel de caballería don Enrique Pareja, a coronel; i el teniente de navío don Miguel Saldívar, a capitan de corbeta.

Art. 3.° El Gobernador de la plaza mandará al E. M. J. una razon circunstanciada, con el respectivo informe, de los jefes, oficiales i tropa, que mas se hayan distinguido, para premiar sus servicios con los honores i ascensos a que sean acreedores.

Mi secretario jeneral queda encargado de la ejecucion de este decreto i de mandarlo imprimir, publicar i circular. Dado en el Palacio protectoral del Cuzco, a 18 de setiembre de 1838. *Andres Santa-Cruz.*

Este decreto, si bien traia la confirmacion oficial de la alianza oculta de Orbegoso i de Santa-Cruz, venia solo a ratificar un hecho que Búlnes habia previsto desde tiempo atras. ¿Qué actitud asumió Orbegoso, en presencia de esa declaracion pública, que importaba un desmentido a todas sus promesas i actitud reciente? Sintióse ofendido por ese poder altanero, que usurpaba su autoridad, o se conformó con ese retroceso brusco, a la época anterior al pronunciamiento de julio? Es indudable que Orbegoso debió sentir el golpe que, con mano certera,

le dirijió su astuto i aventajado rival; pero ya sea por las influencias que cercaban su espiritu débil, o porque su actitud reciente con el ejército chileno, no le permitiese volver sobre sus pasos, es lo cierto, que ni entónces ni despues se dejó oir de sus labios una palabra de protesta, i que la pluma que firmó los decretos de julio no volvió a estampar una declaracion hostil, al hombre que lo convirtió en juguete de su ambicion (1). Cualquiera que fuera el sentimiento que dominara su al-

---

(1) En el *Araucano* del 26 de abril de 1839, se publicó la siguiente proclama de Orbegoso a sus soldados, desde la fragata *Andrómeda*, cuya autenticidad nos parece dudosa, i a que por lo mismo, no nos atrevemos sin nuevas pruebas, a dar cabida en nuestra obra.

«Conciudadanos! Cuando os dirijí mi última proclama, ¡qué distante me hallaba de ser víctima de la mas atroz traicion! Creíame en el recinto sagrado, que asilaba el pabellon peruano, rodeado de guerreros que aun en la mayor desgracia sostendrian con entusiasmo el honor nacional. ¡Quién lo creyera! Estos malvados parricidas, han abierto las fortalezas del Callao al tirano de Bolivia, comprados con los ascensos que les ha dado, i corrompidos con el oro estranjero ¡han frustrado las esperanzas de los libres, que, engañados por cartas del boliviano, disfrutaban la grata idea de ver algun dia reunida la representacion nacional, segun la Constitucion jurada!

¡Compatriotas! Cayó la funesta venda que nos puso Santa-Cruz, autorizando a los jenerales Guarda i Panizo, para que me despojasen del mando el mismo dia que ocupó la capital: lo repito, se quitó la máscara de amistad, desprendimiento i buena fé. El hizo tremolar el pendon de la Confederacion, que aborreceis, i lo ha guarnecido con bolivianos de su confianza, mui seguro de que teniendo la llave del Perú, ni vosotros ni yo nos opondríamos a la conquista. ¡Miserable! El no ha tenido política para ocultar su vergüenza i planes hasta el fin: merece ser ahogado por el torrente de la opinion, i bajar a la tumba execrado hasta de sus mismas creaturas. Peruanos: os hago manifestacion de mi fé pública: creí que vuestros caros intereses serian respetados; que jamás se vulneraria el sistema dominante del siglo, i que sin empeños onerosos se cumplirian vuestros votos, esperando mantenerme a la defensiva hasta que se realizacen: por esto me negué a la alianza con Chile; mas hoi veo con dolor que todos servimos no a la Patria sino al estranjero, que cuenta con nuestra esclavitud. Sí, nosotros hemos ayudado a nuestros verdugos a remachar los grillos que nos pusieron: basta de error. Debemos llorar la sangre nuestros compatriotas, como vertida por el tigre que sobre el monton de de víctimas se lame, saborea i erguido se lanza sobre otras con furia implacable.

Amigos! Yo os conjuro que abriendo los ojos ante el precipicio en que va a sumirse la Patria, depongais odios i resentimientos pasados. El jeneral Gamarra es peruano, i me lleva la ventaja de haber conocido primero al fementido usurpador. Aun es tiempo de salvar esta Patria mutilada i espirante: unámonos al ejército aliado, i con nuestro pecho formemos un baluarte que reciba el golpe mortal que va a descargar el pérfido ambicioso boliviano.

Así lo espera con firmeza vuestro desgraciado jeneral, que os ama con ilimitada gratitud.—*Luis José Orbegoso.*—A bordo de la fragata *Andrómeda* en el Callao, 12 de noviembre de 1838.»

ma, Orbegoso continuó la defensa del Callao con la misma enerjía que ántes.

La dureza del sitio doblegó la salud del jeneral Cruz que se tuvo que retirar a Lima, dejando en su puesto vacante al coronel del batallon Voluntarios de Aconcagua don Pablo Silva. Los solícitos cuidados del jeneral O'Higgins, en cuya casa se hospedó, le devolvieron la salud i le permitieron aceptar, de nuevo, el penoso puesto que habia desempeñado con tanto acierto como abnegacion. Era difícil reemplazar dignamente a Cruz en el mando de la division sitiadora. Dotado de un carácter minucioso, el vijilante soldado se imponia por si mismo del estado de la tropa i de la exactitud en la ejecucion de sus órdenes. Inflexible en la disciplina, incansable en el deber, tenia, sin embargo, Cruz los defectos de estos relevantes méritos. Su severidad rayaba a veces en terquedad; descendia por si mismo a los últimos detalles de la ejecucion, arrebatando su actividad i su iniciativa a los jefes subalternos: Sereno en el servicio como en el combate, su valor era proverbial en la filas, i si bien puede citarse como un ejemplo raro de esa serenidad majestuosa a que nada conmueve, no sabia, sin embargo, comunicar el entusiasmo que inflama el corazon del soldado i que forma al héroe.

Los servicios del jeneral Cruz en la campaña de 1838, fueron tan notorios que se nos hace preciso dar a conocer su vida i antecedentes. En su carrera militar, que contaba a la sazon cerca de 30 años de servicios, diez de los cuales habian sido de lucha incesante contra los seculares dominadores de su país, resplandecen las nobles cualidades que formaban el tipo de su carácter: su lealtad, su jenerosa entereza de soldado i de ciudadano; la firmeza de sus convicciones i de sus amistades.

Nacido en Concepcion en la alborada de la Independencia, no tardó en seguir su suerte con la abnegacion que es fácil de encontrar en las grandes crísis de los pueblos, que tienen el privilejio de conmover el alma humana hasta en sus cimientos.

Concepcion, que se habia dejado avanzar por Santiago en el entusiasmo de la primera hora, reparaba su momentáneo olvido, enviando a las lejiones independientes un núcleo de jóvenes esforzados, que serian mas tarde honra i prez de su ciudad natal. Cúpole en suerte encontrarse en los mas memorables

combates de la revolucion: en Rancagua, en el Roble, en el sitio de Chillan, en Quilo, en Membrillar, en Tres Montes, en Talcahuano, en Quechereguas, en Cancha Rayada, i por fin, en Chacabuco, i en Maipo, como oficial del rejimiento de Cazadores a caballo. Sus relaciones de familia, pues era hijo del jeneral chileno don Luis de la Cruz i de doña Josefa Prieto, pertenecientes a las familias mas encumbradas de la aristocrática Concepcion, lo señalaron, desde temprano, a la atencion del gobierno i de sus compañeros.

Enviado al sur en 1818, en esa desgraciada campaña que dirijió el jeneral Balcarce contra los vencidos de Maipo, permaneció en Concepcion con su jefe, el jeneral Freire, despues del regreso de Balcarce a Santiago. Encontróse sucesivamente a las órdenes de Freire i de Prieto en casi todos los combates que inmortalizaron la guerra de Benavides: en el Pangal donde su caballería fué destrozada: en el sitio de Talcahuano i despues en la batalla de la Alameda de Concepcion, donde el rejimiento de que formaba parte reconquistó, con usura, el prestijio que le arrebatara la derrota de Pangal. Omitimos un sin número de encuentros en el interes de la brevedad.

Cuando el ejército del sur marchó sobre Santiago en 1830, el jeneral Cruz secundó, por convicciones i por amistad, a su primo el jeneral Prieto i se contó entre los vencedores de Lircai i de Ochagavía. Guardó, entónces, su espada vencedora que solo se habia desenvainado en defensa de la libertad esterior i del órden público, i desempeñó el ministerio de la guerra, durante la administracion Prieto. La declaracion de guerra de Chile a la Confederacion Perú-Boliviana lo encontró gozando del reposo a que sus servicios eran acreedores. Cruz fué nombrado jefe del estado mayor de la segunda campaña, puesto en que lo encontramos a la sazon. Búlnes lo habia arrancado a sus funciones, para darle el mando de la division sitiadora, que por su exesiva vijilancia necesitaba una persona de sus raras cualidades.

El jefe encargado de reemplazarlo, durante su ausencia, fué el comandante del batallon Aconcagua, don Pablo Silva, soldado antiguo, que pertenecia a esas gloriosas huestes que ilustraron los campos de Chacabuco i de Maipo. Dos años despues formó parte de la Espedicion Libertadora que condujo el jene-

ral San Martin al Perú i se encontró en la batalla de Cerro en que el esforzado Arenales deshizo al jeneral O'Reilly.

Enviado despues al sur, como ayudante del jeneral Alvarado, estuvo a su lado en los aciagos dias de Torata i de Moquegua, i mas tarde acompañó, tambien en clase de ayudante, al jeneral Santa-Cruz a su campaña de Intermedios, lo que le valió el grado de teniente coronel del ejército del Perú. Tal era el hombre encargado del mando de la division sitiadora, durante la enfermedad del jeneral Cruz.

Hasta mediados de setiembre, las operaciones al rededor de la plaza continuaron con la vijilancia i puntualidad que caracterizó todo el sitio, sin que hubiese tenido lugar ninguna funcion de armas. Sin embargo, el 18 de ese mes, en el mismo dia en que el jeneral Santa-Cruz, firmaba en su palacio del Cuzco los ascensos de Guarda i de Panizo, i en que el jeneral Otero sufria un duro rechazo en Matucana, el coronel Guarda rompió, durante nueve horas, un fuego incesante e inofensivo sobre la division chilena.

Pasado este simulacro de combate comenzó a reinar, de nuevo, al rededor de la plaza la tranquilidad abrumadora, que habia señalado el sitio desde su principio. En el dia los soldados hacian la guardia fuera del alcance de los castillos, i en la noche se aproximaban a los fuertes, para hacer mas rigoroso el bloqueo. Un escuadron de caballería ocupaba las avenidas que conducian a la fortaleza, miéntras una guardia escojida vijilaba incesantemente el depósito de agua que servia a los sitiados i que se llamó por esto *la avanzada del agua.*

Este trabajo prolijo i fatigoso, era burlado por la complicidad de los jefes de las estaciones navales de Francia i de Inglaterra principalmente, que proveian durante la noche a los castillos de cuanto necesitaban para su defensa. Su complicidad no se daba siquiera, en el último tiempo, el trabajo de encubrirse!

El único síntoma favorable que fuera esperanza para el ejército, era que el descontento tomaba cada dia mayores proporciones dentro de la plaza, desde que se supo a punto fijo que la resistencia era en provecho del jeneral Santa-Cruz, i no de la integridad del Perú. Cruz que estaba impuesto de estas disposiciones envió secretamente al Callao, con el objeto de fo-

mentarlas a don Braulio Jimenez, emisario hábil i activo, que en pocos dias se puso de acuerdo con algunos oficiales para protejer su fuga. El coronel Silva le dió, con ese objeto, doce soldados de cazadores, pero la tentativa no pudo realizarse.

En esas circunstancias, sobrevino un suceso inesperado que la hizo innecesaria.

En la noche del 26 de setiembre, tres oficiales peruanos, los capitanes don Manuel Canseco, don Juan Pablo Chocano i el teniente don Juan José Linche, se presentaron a las avanzadas chilenas, anunciando que tres compañías de infantería i muchos oficiales, estaban comprometidos a abandonar la causa de Orbegoso, tan luego como pudiesen burlar la vijilancia de Guarda.

Al dia siguiente i como una confirmacion de los anuncios de la víspera, se presentó al coronel Silva el ayudante del jeneral Guarda, don Mateo Gonzalez Melgarejo, confirmando las noticias del dia anterior, i anunciando que la tropa de infantería de los castillos estaba confabulada para sublevarse; pero que temia la resistencia que habria de encontrar entre los artilleros i los marinos (1).

Esta série de deserciones, sino graves i trascendentales en sí, revelaban el malestar profundo que aquejaba a la plaza. La alegría i el interes manifestados, por los poquísimos conocedores de estos sucesos, se median por la importancia que hubiera tenido la rendicion del Callao. El plan de los compro-

(1) «Señor Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador del Perú. —Bella-Vista, a 27 de setiembre de 1838.—Como a las cuatro de la tarde se me ha presentado el teniente ayudante del jeneral Guarda, don Mateo Gonzalez Melgarejo, que amante a su Patria, i no queriendo pertenecerle al jeneral Santa-Cruz, viene a tomar servicio en el ejército combinado, i anuncia haber dejado preparada en el castillo una revolucion, que debe estallar esta noche o mañana, i para la cual debe servir la infantería que guarda la fortaleza; la cual descontenta en estremo, solo tiene en oposicion la fuerza que componen los marinos i artilleros. Tambien participa que los sentimientos de don N. Sanjines son favorables a la causa del Perú i Chile, i que una carta que dirijió a US. fué obligado a firmarla por los jefes de la fortaleza.

En conformidad de esta noticia he dispuesto que se cubra perfectamente la línea del sitio, desde la boca del rio hasta Boca-Negra, redoblando las fuerzas de las avanzadas; pero descubierto por la falta de los 50 hombres de caballería que US. quedó de remitirme, me veo forzado a pedirlas con instancia, pues que la poca tropa de esta arma que tengo a mi disposicion, no me da seguridad en la la línea de observacion.—Dios guarde a US.—*Pablo Silva.*»

metidos consistia en solicitar de Búlnes, por medio de los oficiales conductores de aquellas noticias i de estas esperanzas, que simulase de noche un falso ataque contra la plaza, al favor del cual abandonarian las filas.

La desercion continuó en los dias siguientes. «A las doce de la noche, como es la hora en que te escribo, marcho para el Callao (decia Búlnes secretamente a su hermano), de donde se pasan cuatro oficiales, diciendo que mañana se vendrá la mayor parte de la guarnicion, cuya desercion ha quedado combinada viniendo ellos a anunciármela para que no los reciba como a enemigos. Si ello es cierto, aun tendré tiempo de anunciártelo» (1).

En efecto en la noche del 29 de setiembre se dirijió al Callao una columna de infantería i de artillería, a cargo del coronel Silva, a ejecutar el movimiento convenido, i finjió con ese objeto, un falso tiroteo, que no tuvo mas resultado que causar la muerte de un granadero del enemigo (2).

El coronel Silva no desmayó aun en su propósito. Nuevos avisos venian a confirmarle la exactitud de las noticias trasmitidas por los oficiales peruanos. Aquella misma noche penetró con algunas fuerzas al pueblo del Callao, guiado por esa mujer singular que llevó mas tarde en nuestro ejército el nombre de *Sarjento Candelaria.*

Candelaria Perez, marchaba a la cabeza de la columna con una osadía superior a su sexo, señalando el camino i el peligro. Sin desmayar, ántes bien infundiendo enerjía, llegó hasta las puertas del castillo, donde retó en alta voz a los sitiados a que salvasen sus impenetrables murallas. Candelaria, era tan esforzada en el peligro, como amable i caritativa en el vivaque. Despues de haber prodigado su existencia en el combate, la prodigaba en la curacion de los heridos.

Singular destino el de esta mujer! Fué en un dia la admiracion i el objeto de entusiasmo de un pueblo, i mereció mas tarde que el Congreso de Chile, derogando el órden lójico i natural de las cosas, la nombrase sarjento de Ejército. En su olvidada tumba ha podido escribir un poeta:

(1) Carta de Búlnes a su hermano.—Lima, 28 de setiembre de 1838.
(2) Nota de Silva a Búlnes.—Bella-Vista, 29 de setiembre de 1838.

«Yace bajo esta cruz, llave del cielo
Una mujer heróica, estraordinaria,
Honra de Chile en el peruano suelo,
La harto infeliz sarjento Candelaria,
Recordando a Yungai con santo celo
Alce el pueblo por ella su plegaria,
I rinda al recordar su noble historia,
Llanto a sus penas i a su nombre gloria!»

La tentativa frustrada en dos ocasiones se renovó en el medio dia del 30 de setiembre. Silva condujo sus soldados hasta la línea en que se habian situado los cuerpos peruanos, i comenzó el falso tiroteo que debia ser la señal de la desercion. El enemigo respondió con flojedad, i cuando manifestaba por sus movimientos que se inclinaba a realizar lo convenido, retrocedió a la voz de un oficial que temió talvez el castigo de los que no habian tomado parte en el complot (1).

Así terminó esta infructuosa tentativa, que pudo tener los mas favorables resultados. El jeneral Guarda, que debió apercibirse del peligro en que habia estado su causa, redobló des-

(1) «Señor Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador del Perú.—Bella-Vista, 30 de setiembre de 1838.—Mi jeneral:—Tengo la honra de participarle que anoche estuve en el Callao i he rejistrado cuanta calle i rincon tiene el puerto, i cada dia me confirmo en que es absolutamente necesario el estrechar el sitio, por lo que si Ud. opina como yo, i quiere recomendarme esta obra, yo le aseguro de que mañana quedan encerrados todos estos i, en pocos dias capitularán.

Mas es preciso que se remitan, sin dilacion, los útiles que se piden en la adjunta lista, que sin esto no se podrá lograr el plan propuesto. Hoi a las doce del dia salió el batallon del castillo, se formó cerca del pueblo i luego hizo armar pabellones. Luego que observé esto, me creí justamente conseguido lo que esperamos, hice salir las compañías de cazadores i una fuerza de artillería, i habiéndolos hecho avanzar hasta un lugar proporcionado les hice formar un falso tiroteo, de modo que conocieran que era para llamarlos: todo del modo que habíamos combinado con los oficiales Canseco i Gonzalez.

Luego tomaron las armas i se dirijieron a nuestro frente, adelantando la compañía de granaderos, i luego uno de los oficiales que andaban montados, hizo retirar a la compañía i contramarchar a todo el batallon. Eso me ha dado a conocer que si tienen inclinacion a pasarse, les falta el valor o resolucion para hacerlo.

Repito que no hai mas medio que estrechar el sitio i por esto lograrán estos mejor oportunidad, porque anoche yo mismo he visto desde el muelle a una patrulla de doce hombres que vijilaba por el círculo de los castillos, i estos son relevados a las doce de la noche, i teniendo la libertad de salir a esa hora, claro es que pueden con facilidad pasarse a nosotros, estando de firme en el Callao. Es cuanto por ahora tiene que noticiar a US. su A. S. S. Q. B. S. M.—*Pablo Silva.*»

de entónces la vijilancia que ejercia sobre la guarnicion. Otro tanto hizo el jeneral Búlnes, temeroso, a su vez, de que esta serie de anuncios i de tentativas frustradas fuesen una estratajema destinada a burlar su prevision.

En los primeros dias de octubre, el jeneral Cruz, restablecida su salud, volvió a asumir el mando de la division sitiadora.

El sitio, que como lo hemos visto, se prosiguió con actividad por el lado de tierra, fué estrechado con igual rigor por el lado del mar. Ya conocemos los principales incidentes del bloqueo terrestre hasta principios de octubre. Dirijamos la vista a la division de la Escuadra chilena que cruzaba en la bahía del Callao.

Como hemos dicho mas arriba, el crucero de la bahía traia fatigado al almirante Postigo, que estaba obligado a vijilar de dia i de noche la entrada i la salida del puerto. Los dias corrian con una monotonía desesperante para esos pobres marinos, obligados a velar a toda hora i sin divisar el término de su penosa tarea. El jeneral Búlnes, debidamente autorizado, habia ordenado el bloqueo marítimo del puerto del Callao desde el 1.° de setiembre, i anunciado oficialmente a los ajentes estranjeros, esa resolucion dictada por la necesidades de la guerra. Los ministros diplomáticos comenzaron por solicitar una próroga de cinco dias, que Búlnes concedió sin dificultad, sin imajinarse que tenia por objeto ponerse de acuerdo para no respetar el bloqueo. Esta determinacion injustificable venia a aumentar las contrariedades que cercaban la causa de Chile, i Búlnes que deseaba evitar una complicacion que le seria funesta, ordenó (16 de octubre) a Postigo, que suspendiese los efectos del bloqueo para los buques ingleses, franceses i norteamericanos.

No es del caso dar a conocer las comunicaciones cambiadas con este motivo en que parece que se hubiese querido oponer el contraste de la moderacion a la violencia. Penetrando a esa curiosa discusion, invadiríamos una materia, que debe ser el tema del próximo capítulo. Bástenos, por ahora, consignar los hechos i resultados a que ella dió lugar.

Los diplomáticos de Lima se fundaron en razones especiosas para negar al jefe de las fuerzas chilenas el derecho de hacer la guerra a la plaza enemiga, alegando que el Callao reco-

nocia la autoridad de Orbegoso i no la de Santa-Cruz, contra quien solo iba enderezada la campaña. Su hostilidad no se detuvo aquí, pues continuaron provocando nuevas dificultades i discusiones hasta que, por fin, arrojando la máscara de una mal encubierta neutralidad, intimaron órden de *no moverse* a la fragata que montaba el almirante Postigo. Luego veremos cómo pudo el jeneral Búlnes poner atajo a esa conducta arbitraria.

Deseábamos dejar sentados estos hechos para que se comprendan mejor las dificultades, de toda especie, que se oponian al sitio del Callao.

Así se sabrá valorizar la magnitud del sacrificio i la noble entereza del ejército que llevó a término la empresa. Esta série de contratiempos i de decepciones habian labrado un profundo cansancio en el espíritu del ejército. El hastio comenzaba a apoderarse de los ánimos, en presencia de las dificultades casi insuperables de la empresa.

Disculpemos a esos enérjicos soldados, si una que otra vez se sintieron tocados por el ala del desaliento, i si en su situacion miserable i angustiada, se escapó de sus labios una palabra de censura contra el gobierno que los envió al sacrificio! El desaliento no halló cabida sino por corto tiempo en sus pechos de fierro: fué cuando el sitio del Callao se prolongaba sin término; cuando las filas se diezmaban con las enfermedades i el ejército, se aniquilaba sin combatir; cuando a mas de Santa-Cruz i de Orbegoso se alzaba amenazante la escuadra inglesa, surta en el Callao, i cuando los ministros de Francia i de Estados Unidos, favorecian ese atentado contra la soberanía i la neutralidad!

La resolucion de los ministros mencionados lo condenaba a la inmovilidad en Lima, resultado mas importante para Santa-Cruz que el que hubiera podido obtener en los azares de una batalla campal.

La actividad del jeneral Cruz, hecho nuevamente cargo del sitio, corria parejas con la del coronel Guarda, que al mando de pequeñas partidas recorria los sitios avanzados de la línea como Chacra de Cerro i el Naranjal. En esa época, mediados de octubre, fué reemplazado, el escuadron de Lanceros, cuyas cabalgaduras estaban fatigadas por uno de granaderos al mando de Jarpa.

Entre tanto, Orbegoso permanecia en el Callao, contestando a los llamamientos a la paz, con la arrogancia del hombre que se resiste a obedecer a la voz de los acontecimientos; pero por uno de esos retornos sobre sí mismo, tan propios de la hidalguía de su raza, invitaba al jeneral Cruz que fuese por las *tardes a tomar el fresco* a la fortaleza i a reposarse de las fatigas del sitio (1).

El mes de octubre habia trascurrido, sin llevar ningun acontecimiento inesperado a la fatigosa vida de los sitiadores, ni a la suerte de los sitiados.

Decidida la retirada al norte, Búlnes dió el mando de la division al jeneral Torrico, i llevó a Lima al exacto i minucioso jeneral Cruz, que tan útil le habia de ser en aquellos momentos. La division sitiadora continuó desempeñando el penoso servicio que soportaba desde dos meses.

Sin embargo, Torrico no queria abandonar ese sitio, sin tentar a la fortuna con un golpe de audacia, i al efecto, en la noche del 12 de noviembre ocupó el pueblo del Callao con 400 hombres i lo desocupó al dia siguiente; pero dejando en la ciudad el Escuadron de granaderos a caballo.

Esa noche, fué enviado a custodiar *la avanzada del agua*, el subteniente don Manuel Antonio Marin, con un piquete de 25 soldados del batallon Valparaiso. Al rayar el alba del siguiente dia, salieron del castillo dos compañías enemigas escoltando algunos carretones cargados de vasijas que iban a hacer, como de ordinario, su provision de agua.

Marin, que se habia apercibido de su marcha, desplegó sus soldados en guerrillas i rompió el fuego, cuando los contrarios estaban a corta distancia. Oido el tiroteo por los soldados de la fortaleza hicieron fuego con sus grandes piezas sobre el sitio que defendia el piquete chileno, el que apesar de estar comprometido en una lucha desigual i envuelto alternativamente por las balas de la artillería i de una numerosa infantería, resistió valientemente, hasta que el enemigo se retiró a las fortificaciones, sin haber logrado el objeto que se proponia.

Por fin, en los primeros dias de noviembre, la division sitiadora como todo el resto del ejército, tomó el camino de An-

(1) Carta de Cruz a Búlnes.—Octubre 15 de 1838.

con para dirijirse al norte. El abandono del sitio era una medida estratéjica que entraba en el plan jeneral de la campaña. Sin embargo, ántes de retirarse de Lima el jeneral Búlnes tentó de nuevo la paz con Orbegoso, por medio de don Mariano Egaña, que le repitió en esa ocasion lo que tantas veces se le habia dicho en el curso de las negociaciones; razones que por ser repetidas no perdian de su fuerza ni de su verdad. Ofrecióle aun enviar a don Miguel de la Barra para que lo instruyese verbalmente de los honrados propósitos del jeneral Búlnes (1).

---

(1) Publicamos a continuacion solo la respuesta de Orbegoso, por no habernos sido posible obtener la carta de Egaña:

«Señor don Mariano Egaña.—Fortaleza de la Independencia, 7 de noviembre de 1838.—Mui señor mio i de mi consideracion:—He recibido su apreciable carta de 5 del corriente, en que se sirve anunciarme haber sido nombrado por el Gobierno de Chile, Ministro Plenipotenciario en el Perú, i que su primer i mas importante encargo ha sido solicitar la concordia entre las dos naciones, i en consecuencia se sirve Ud. manifestarme sus deseos de que yo reuna mis esfuerzos i cooperacion a la causa que defiende el ejército chileno, que dice Ud. que es en especialidad la causa del Perú.

El Perú, señor, habia tenido la fortuna de recuperar su independencia en todos los departamentos del norte, por solo la voluntad de sus hijos. Tenia ademas, un ejército puramente nacional, aunque poco numeroso, para sostener sus derechos en el caso de que fuesen atacados; caso que no se esperaba en razon de que todos los documentos públicos del Gobierno de Chile aseguraban que la guerra que hacia a los pueblos que componian la Confederacion Perú-Boliviana, era solo a la dominacion del jeneral Santa-Cruz, que no existia ya sobre estos departamentos al tiempo de la invasion del ejército chileno.

Si Ud. se toma la molestia de leer una nota dirijida de mi órden, por el Ministro de la Guerra al señor Jeneral en Jefe del Ejército de Chile, desde mi Cuartel Jeneral de Chacra de Cerro, en 10 de agosto último, encontrará en ella todos los principios de mi política, como Presidente de la República, en conformidad con los votos de todos los peruanos. No incluyo una copia de esta nota, porque estoi seguro de que la encontrará Ud. impresa en la coleccion de las comunicaciones pasadas entre el Gobierno del Perú i el Jeneral en Jefe del Ejército de Chile, desde el 7 hasta el 21 de agosto, en que tuvo lugar la batalla de Guias, i en que el ejército peruano sufrió un contraste en su defensa contra la invasion.

Desde entónces no hai motivo alguno para variar los principios de política adoptados por el Gobierno peruano i por los departamentos del norte. Ellos pronunciaron sus votos, espontánea i enérjicamente por su independencia; estaba convocado el Congreso que debia disponer de sus destinos i sin la invasion i el suceso de la batalla de Guias habria tenido lugar la instalacion el 24 de setiembre último. Estos mismos pueblos se creyeron i aun se creen bastante fuertes para sostener sus derechos i no han concedido a nacion alguna el de intervenir en sus destinos, ni querido admitir la alianza que ofreció el señor Jeneral en Jefe del Ejército de Chile: alianza de que no teníamos necesidad; que no creíamos decorosa, mucho ménos cuando jamás la solicitamos i cuando solo buscábamos i queríamos paz con todos los pueblos de la tierra.

S. E. el Presidente de Bolivia no habia dado hasta el 21 de agosto, ni

Esta última indicacion no corrió mejor suerte que la primera. Orbegoso se negó toda transaccion. «Con lo dicho, he manifestado a Ud., decia a Egaña, en contestacion a su citada estimable carta, los deberes que me imponen mi posicion i mis principios, restándome solo añadirle, que está publicada mi resolucion firme de no entrar de modo alguno con el ejército de Chile, en otro tratado, que no sea desocupar el territorio peruano sin exijir condicion alguna, así como hacer la guerra con todos los esfuerzos peruanos posibles a S. E. el jeneral Santa-Cruz, si se negare a permitir la libre reunion de la representacion nacional, o si de algun modo la coactase, i que él con fecha 20 de setiembre, desde el Cuzco, me ha asegurado está mui convenido con todos los artículos de la publicacion a que me refiero.» Qué poco tiempo habia de trascurrir entre estas seguridades i su brutal desmentido!

---

sé que haya dado despues, prueba alguna, de sofocar por la fuerza, la voluntad de mis compatriotas. Al contrario (apesar de la incomunicacion a que me tiene reducido el sitio puesto a esta fortaleza, por el Ejército de Chile), he recibido algunas cartas suyas con la solemne manifestacion de resignarse a la voluntad nacional, asegurándome, por su honor, que no tiene interes alguno en sostener la Confederacion, ni ningun otro sistema, que pueda ser mal admitido por los pueblos, ofreciéndome un arreglo razonable fundado en la base de la voluntad nacional.

He visto tambien, entre otros documentos, el núm. 125, de su papel ministerial, *Eco del Protectorado*, del 26 de setiembre, asegurándo en él haber mandado un Ministro Plenipotenciario cerca de este Gobierno para arreglar amistosamente i por vias legales cualesquiera diferencias i establecer las relaciones futuras de los Estados.

Aunque se han publicado algunas proclamas suyas i de uno de sus jenerales que indicaban, sino oposicion a los sucesos de julio último, desaprobacion de aquellos actos i disgusto por ellos; sus documentos posteriores i las cartas de que acabo de hablar, han probado que aquellos primeros pasos solo argullen el acaloramiento que produjo la complicacion de las circunstancias con la invasion chilena.

Pero aun cuando contra los datos que acabo de referir: contra el conocimiento del estado de la oposicion de todos los pueblos del Perú: contra el sistema de todas las secciones de América, i contra el voto de todos los hombres liberales del mundo, S. E. el Presidente de Bolivia se empeñase en violentar la pronunciada voluntad de los peruanos por su independencia i empeñase para ello, su ejército i hasta los mismos peruanos que están en él, no por eso, yo como jefe del Gobierno de mi Patria, i obrando con el voto i la decision de ella, uniria las armas que tengo el honor de mandar a las del Ejército de Chile, ni a otro alguno que estuviese haciéndonos la guerra

El Perú, ahora no conoce otro enemigo que al Ejército de Chile, que le ha invadido, que ha derramado la sangre de sus hijos, que ha atacado su independencia precisamente al tiempo que la habia recuperado sin guerra, sin estrépito i sin coalicion. Razones son estas, señor, para que yo como Jefe de la Nacion, los jefes, oficiales i tropa que en esta fortaleza

Antes de una semana el jeneral Orbegoso, burlado por Santa-Cruz buscaria refujio en un buque frances i en el destierro! Esta fué la última tentativa hecha en favor de la paz ántes de levantar el bloqueo.

La division sitiadora siguió la suerte del ejército: su infantería se embarcó en Huacho i el Escuadron de Granaderos se reunió con el resto de la caballería, que condujo por tierra el jeneral Cruz. Este soldado ilustre debia coronar sus honrosos servicios al frente del Callao, conduciendo a Huacho toda la caballería chilena i desfilando, con fuerzas escasas, a la vista del ejército de Santa-Cruz.

Tal fué el sitio del Callao, que si fué escaso de episodios brillantes, no es por eso menos honroso para el Ejército Restaurador. Aunque el cuadro de las privaciones de la division sitiadora, no pasará a la historia adornado con el brillante colorido de Buin o de Yungai, la entereza con que soportó sus sufrimientos i su enerjía, serán siempre dignos de recuerdo.

El resultado de tantos sacrificios, fué servir a los planes del jeneral Santa-Cruz, en virtud del convenio secreto que existia entre él i los sitiados. Esta connivencia oculta, es una mancha

---

i en los demas puntos no ocupados por las armas invasoras sostienen el honor i los derechos nacionales hagan la guerra con constancia al Ejército de Chile, hasta lograr arrojarlo de nuestro suelo. Todos los peruanos cumpliremos este deber, de que no puede haber razon que nos haga prescindir.

Con lo dicho, he manifestado a Ud., en contestacion a su citada i estimable carta, los deberes que me imponen mi posicion i mis principios, restándome solo añadirle que está publicada mi resolucion firme, de no entrar de modo alguno con el Ejército de Chile en otro tratado que no sea desocupar el territorio peruano sin exijir condicion alguna, así como hacer la guerra con todos los esfuerzos peruanos posibles a S. E. el jeneral Santa-Cruz, si se negase a permitir la libre reunion de la representacion nacional o si de algun modo la coactase, i que él, con fecha 20 de setiembre, desde el Cuzco, me ha asegurado que está mui convenido con todos los artículos de la publicacion a que me refiero.

Es con sentimiento que no recibo en esta fortaleza al señor Barra, quien se sirve Ud. decirme que haria las esplicaciones que deseara. Nada puedo tratar ni entender en los asuntos de la Nacion, como un jeneral peruano puramente, sino como Jefe de ella. Seria conceder al Ejército de Chile el derecho de deponer por la fuerza de las armas a la suprema autoridad del país, para subrogarla por otra: convenir en algun acto de cualquiera naturaleza que indicase consentir en una tal violacion del derecho público.

Con estos sentimientos i los de mi mui sincero i distinguido aprecio a la persona de Ud., me suscribo su atento servidor.—*Luis José Orbegoso*.»

que afea la conducta, por lo demas noble i valerosa, del jeneral Guarda. Sus sacrificios i los de la guarnicion no iban encaminados a defender la nacionalidad peruana contra el ejército chileno, sino a sostener la preponderancia de Bolivia contra la soberanía de su patria. El sitio empezado el 31 de Agosto, terminó el 8 de noviembre, dos dias ántes de la entrada triunfal de Santa-Cruz a Lima. Las ovaciones populares no hicieron olvidarse al Protector de los servicios de que era deudor a la guarnicion, que acababa de coronar su obra, arrojando léjos de sí al jeneral Orbegoso, que hubo de asilarse en el buque francés *Andrómede* que lo condujo a Guayaquil.

Este fué el último acto de la vida pública del jeneral Orbegoso. Desde ese dia desaparece de la escena política i del Perú, i solo vuelve a él para morir, algunos años mas tarde, consumido por una cruel enfermedad adquirida en el destierro. Antes de despedirnos definitivamente de este mandatario iluso i crédulo, pero jeneroso: víctima siempre de las sujestiones de una camarilla interesada; pero animado en el fondo de nobles i puras intenciones, echemos a la lijera una mirada en torno de su vida.

Don Luis José Orbegoso, era orijinario de la provincia de Huamachuco, situada entre los departamentos de Cajamarca i de Huaylas, i nació en 1795. Su familia era de las mas opulentas del Perú. El jóven Orbegoso hizo sus primeros estudios en Trujillo i los completó en Lima, adquiriendo la escasa i rutinaria instruccion que se daba en las aulas de la Universidad de San Cárlos.

Sus disposiciones militares lo determinaron a enrolarse, siendo mui jóven, en el ejército español, de donde se separó desde la llegada de la espedicion libertadora del jeneral San-Martin. Orbegoso tuvo el mérito, que no fué comun en el Perú, de abandonar desde la primera hora las ventajas de su posicion escepcional, i de correr los peligrosos albures de una lucha, que inflamaba el amor de la libertad.

Al reves de otros que no se plegaron a la causa de la Revolucion sino, cuando vencedora en los campos de batalla, daba honores i prestijio al que se cobijaba a su sombra, Orbegoso fué su defensor abnegado, desde la época en que la incertidumbre mecia su aislada cuna.

En 1820, secundó al marques de Torre-Tagle, prefecto de Trujillo, en la proclamacion de la independencia de las provincias del norte, i un año despues era nombrado por el jeneral San-Martin, sarjento mayor del ejército del Perú. Al año siguiente era ascendido a coronel.

«Formó el escuadron veterano *Invencibles de Trujillo*, empleando en su formacion fuertes sumas de su propio peculio. A la cabeza de este escuadron prestó los mas eficaces servicios en la campaña del norte. Cuando las urjencias de los gastos de la guerra, hacian temer que fracasasen los esfuerzos del patriotismo en la causa de la Independencia del Perú, Orbegoso, cediendo a su natural civismo, hizo ofrenda a la junta patriótica de Trujillo, de la que era presidente, *de sus haciendas, fincas i cuanto poseia, con la única calidad que se le restituyesen los cascos de sus propiedades, luego que hubiere desaparecido para siempre el enemigo*» (1).

Este es el hermoso lado de esa existencia consagrada en sus principios al servicio de su patria, i tan mal aconsejada al fin!

En 1833 fué elejido presidente del Perú, pero el jeneral Gamarra, que miraba ya con disgusto a su competidor de mas tarde, aprovechó los elementos que le daba su reciente estadía en el poder, para proclamar al jeneral Bermudez. La guerra civil que fué su consecuencia, despues de muchos episodios largos de contar, terminó con el abrazo de Maquinhuayo, en que los enemigos de la víspera se reconciliaron i abrazaron, en el mismo campo que habian elejido para destruirse. Digno término de una guerra entre hermanos! Porque ese ejemplo no ha sido imitado mas tarde en el Perú, i porque el historiador, que penetra en los detalles de su lamentable historia, se ha de encontrar siempre en presencia, de ambiciones desencadenadas i de matanzas sucesivas?

Desde que Orbegoso ocupó la presidencia, el jeneral Santa-Cruz trabajó incesantemente en su espíritu i en el país, para provocar su intervencion armada. La revolucion de Salaverry le suministró el pretesto, i Orbegoso, a trueque de conservar su puesto, solicitó el auxilio del conquistador, que espiaba

(1) Cortés, Diccionario Biográfico Americano.

ávida pero pacientemente su presa, en las encumbradas mesetas de la Paz.

El ejército boliviano le devolvió la sombra del poder augusto que habian tenido los presidentes del Perú, i se conservó para sí la realidad del mando. Orbegoso tuvo la triste gloria de ver a su patria fraccionada i humillada por la mano del hombre, a que habia abierto las puertas del Perú.

Los sucesos posteriores son conocidos. En el espacio de tres años que mediaron entre el tratado de la Paz i los hechos que narramos, cuántos acontecimientos habian modificado la situacion del Perú! Una invasion armada habia sentado sus reales en todo el territorio, i hacia pesar en todas partes la mano i la intelijencia de su poder: las relaciones diplomáticas se habian resfriado al principio con los paises vecinos, i producido la guerra con la República Arjentina i Chile: i por fin, como el supremo desenlace de tantos males, el ejército chileno ocupaba la capital del Perú, i el antiguo presidente, que solo habia encontrado el recinto de un castillo para refujiar su esquilmado poder, se hallaba a bordo de la fragata *Andrómeda* que lo debia conducir a Guayaquil.

Dejémosle partir en paz, respetando sus estravios i atenuando sus errores, porque tuvo esa falta del mandatario, pero esa virtud del hombre, que se llama la sencillez del corazon.

Orbegoso fué, como gobernante, un hombre sin malicia i manejable; pero cuando su naturaleza conseguia sobreponerse a los intereses i a las sujestiones de su círculo, descubria un alma dotada de jenerosidad i de hidalguía. No hagamos coro a sus enemigos, que lo vieron embarcarse en el Callao, con una sonrisa de desden, ni participemos de la irritacion de sus amigos.

Deploremos sí, el estravío de esa naturaleza inclinada al bien, pero que no tuvo la enerjía de realizarlo!

Libre ya la guarnicion i el Protector del hombre que representaba la revolucion de julio, pudieron entregarse sin inquietud a los trasportes del mas exaltado júbilo. Santa-Cruz se trasladó el 16 de noviembre al Callao, a felicitar a sus defensores i recibió de sus habitantes una ovacion entusiasta, como la que obtuvo en Lima. Pocos dias despues, queriendo honrar los servicios de los que habian mantenido la plaza en su pro-

vecho, los decoró con una medalla que llevó por mote *Lealtad i Gloria*

Así terminó en medio del júbilo i de los honores, un sitio empezado al dia siguiente de una derrota i proseguido durante dos meses en condiciones igualmente duras para ambos combatientes. Si el polvo de oro arrojado por el Protector a los ojos de la guarnicion pudo cegar la vista de muchos i alhagar su amor propio, la historia imparcial, ajena a esas falsas vanidades, encontraria esa conducta digna de su respeto i de sus recuerdos, si hubiese llevado en vista defender la independencia del Perú i no servir a un sistema que tendia a usurpar sus libertades en provecho de un hombre. En cambio, los sacrificios que soportaron los soldados chilenos al pié de las fortalezas tuvieron por objeto la defensa de la soberanía de un pueblo americano. Esta diferencia de causa constituye tambien una diferencia de glorias.

CAPÍTULO X

Cuestiones diplomáticas

Las relaciones oficiales del gobierno de Gamarra con los ministros diplomáticos residentes en Lima, no habian sido completamente cordiales. Los enviados estranjeros eran afectos al jeneral Santa-Cruz, que habia sabido granjear su amor propio con una obsequiosidad que echaban de ménos en sus relaciones con el jeneral Gamarra. Amigo del fausto i de la vanidad pomposa, Santa-Cruz ostentaba, con orgullo, las condecoraciones que habia recibido de algunos gobiernos de Europa, lo que contribuia a levantar su prestijio ante un pueblo ávido por carácter de esas vanidades pueriles, i a manifestar a los ajentes diplomáticos el alto aprecio que daba a la distincion de sus gobiernos. Ambicioso de popularidad, soñaba con el prestijio de una fama universal, i no descuidaba para obtenerla, esos pequeños arbitrios de cortesía i de consideracion con los ministros diplomáticos, a quienes el agradecimiento convertiria, mas tarde, en los heraldos de su popularidad en los países de ultra-mar.

Con ese objeto, honraba con una amistad especial al ministro ingles en Lima, Sir Bedford Wilson i prodigaba sus mejores favores al Cónsul jeneral de Francia, de quien habia recibido la gran cruz de la Lejion de Honor, que le enviara Luis

Felipe. Sus miramiento i consideraciones alcanzaban a todos los europeos residentes en el territorio de la Confederacion.

El cuerpo diplomático de Lima era numeroso i por lo jeneral bien escojido. Aunque en el rápido cuadro que estamos trazando no figurarán sino aquellos que mas se distinguieron por su hostilidad contra la causa de Chile, no debemos olvidar a los que tuvieron el buen sentido de respetar la neutralidad de sus puestos i los deberes que imponen.

Empezando por las naciones europeas, figuraba en primer lugar el Encargado de negocios de la Gran Bretaña, coronel Bedord Hinton Wilson, que habia sido compañero de Bolívar, i merecido de él un recuerdo especial en su testamento.

Debíase quizas a esta circunstancia el afecto intenso que profesaba a Santa-Cruz, que como hemos dicho, habia sido en una época el protejido de Bolívar. Wilson, fué durante la ocupacion de Lima por el Ejército Restaurador, no solo el amigo de confianza de Santa-Cruz, sino el jefe visible de su causa i de su partido, con la misma fidelidad con que fué despues su negociador en las conferencias que tuvieron lugar en Huacho, i que ya hemos referido.

El representante de Francia era M. Armando Saillard, el empecinado gascon, que habia dado muerte en un duelo en Valparaiso al jóven i simpático vizconde d'Espenville, suceso que ha sido referido en pájinas palpitantes de animacion, por el mas brillante de nuestros escritores nacionales (1). Saillard era tan enemigo de Chile como su colega Mr. Wilsson, i fué su cooperador eficaz en la triste cruzada que emprendió contra el Ejército chileno. La ciudad de Hamburgo estaba representada por el cónsul Christian Hellmann.

Los ajentes diplomáticos de América eran, de Estados Unidos el cónsul jeneral E. Barlett: de Méjico don Juan de Dios Cañedo: del Ecuador don Francisco Roca, que habia pertenecido a la primera junta revolucionaria que se estableció en Guayaquil: de Nueva Granada don José del Cármen Triunfo: i por fin del Brasil Duarte da Ponte Riveiro.

Los diplomáticos europeos en particular, eran mui adictos

(1) El señor Vicuña Mackenna en sus Relaciones Históricas, 1er vól.

al jeneral Santa-Cruz, i habian sabido comunicar sus simpatías i sus odios a los nacionales de sus paises respectivos.

El comercio estranjero, ajeno por su situacion a las cuestiones de nacionalidad, simpatizaba con el gobierno que habia establecido i, en apariencia, afianzado la paz, en dos países de ordinario azotados por la anarquía i la guerra civil. Su mirada interesada, se contraia únicamente en el bien adquirido, es decir, en la paz; pero no tomaba en cuenta el precio de libertades, de independencia i de soberanía nacional, con que se habia comprado ese gran bien. «La oposicion de ilustres estranjeros, i la de todos ellos sin escepcion, decia el *Eco del Protectorado*, forman el grande argumento de la justicia de nuestra causa i el peso de la verdadera opinion pública en el esterior.» «Los estranjeros, añadia, han fallado esta causa en favor del gobierno protectoral de una manera quizas sin ejemplo; esta causa pertenece *al jénero humano* puesto que los hombres de todos los pueblos i naciones se interesan en su triunfo.»

Si su apoyo era lejítimo, considerado bajo el punto de vista de su egoismo, no lo era ménos el sentimiento de repulsion que sentian algunos peruanos, hácia el hombre que se habia adueñado de su patria por derecho de conquista i que la gobernaba con todos los atavíos de la dictadura militar. ¿Qué importaba la paz, a un corazon verdaderamente peruano, si solo se mantenia por medio de un ejército estranjero, que sofocaba con las armas toda manifestacion del espíritu nacional? La paz pública, ese bien inconmensurable, que solo saben apreciar los países que una vez la han perdido, debe estar subordinada a otro bien mayor aun, la independencia nacional, sin la cual, el órden no es mas que la tiranía i el reposo mas que la paz del cuartel.

Las naciones de Europa, i por consiguiente sus nacionales i enviados, apoyaban con su simpatía, las tentativas monárquicas del jeneral Santa-Cruz, i la adhesion que prestaban a su política, era en realidad, a la forma de gobierno que se queria implantar de un modo sutil, pero perceptible.

Estas consideraciones le hacian mirar con disgusto al ejército de Chile que proclamaba abiertamente, su anhelo de derribar el sistema de Confederacion. Desde el dia de su instalacion en el mando, empezó a sentir el jeneral Gamarra los efec-

tos de esa mala voluntad que no se daba siquiera el trabajo de encubrirse, i el jeneral Búlnes pudo conocer mui pronto los sentimientos que merecia a los enviados estranjeros. El cónsul jeneral de Francia se negó a visitarlo durante los dos meses i medio de su permanencia en Lima; detalle que aunque parezca insignificante, tiene una verdadera importancia en las relaciones internacionales.

El jeneral Gamarra no mantuvo su prudencia a la altura de su puesto, pues, manifestaba públicamente su disgusto por los europeos, en quienes veia a los partidarios irresponsables del jeneral Santa-Cruz. Esta situacion ya bastante tendida, vino a complicarse con el mal aconsejado decreto, en que se prohibia a los estranjeros el comercio de detalle, de que ya hemos hablado i que equivalía a desterrarlos del país.

La indignacion que este suceso produjo en la colonia europea cayó sobre el ejército de Chile, como el sostenedor de ese gobierno hostil. Desde ese momento se convirtió en odio la malquerencia que tenian por el ejército restaurador, i en celo entusiasta el afecto que prodigaban a Santa-Cruz.

La causa de Chile contó con un enemigo mas, i la del Protector se robusteció con el apoyo interesado de sus nuevos partidarios.

Búlnes apesar de estar afanado en las graves atenciones de su puesto, tuvo que resistir, dia a dia, a los esfuerzos de los estranjeros para suscitarle conflictos. Esta guerra de notas, en que se traducen estos hostiles sentimientos, es la que nos proponemos dar a conocer.

El dia anterior a la batalla de Guias se recibió en el cuartel jeneral chileno un oficio del ministro ingles, en que recordaba, bajo la forma de una cortesía aparente, que existia en Lima un cementerio británico, para el cual solicitaba el respeto del ejército. Aunque ese recuerdo i esa nota no tengan nada de irregulares en sí, revelaban una desconfianza que nada podia justificar. Para hacer mas perceptible aun su verdadero objeto, reiteró su nota el 24 del mismo mes, alegando que no le habia sido contestada; pero cuando ya su objeto aparente estaba obtenido, porque hacia tres dias a que el ejército chileno ocupaba a Lima i protejia con su moralidad al cementerio británico. La conducta observada por las fuerzas

chilenas en la ocupacion de la ciudad, debió haber alejado de su espíritu los temores que se empeñaba en manifestar.

Todo el Perú conocia las dificultades que habia encontrado para su alimentacion en el camino de Ancon a la capital, i el respeto que manifestara en esos momentos angustiados, hácia la propiedad peruana.

La ocupacion de Lima se habia efectuado, sin que hubiese habido motivo de deplorar ninguno de esos actos de violencia que son el cortejo ordinario de las ocupaciones militares. El jeneral Búlnes tenia razon de invocar ese precedente, que hablaba tan alto en favor de su ejército, cuando decia al cónsul norte-americano «que una prueba nada equívoca del respeto de los individuos del Ejército Restaurador, es el ejemplo de moral i disciplina, que la noche del 21 del pasado dieron al mundo entero al ocupar esta capital por asalto, i ésto apesar de que las tropas que se tienen por mas cultas, en tales momentos de conflicto i de horror, se entregan a los excesos mas lamentables». Estas palabras eran la mejor respuesta a la nota que le habia dirijido el cónsul norte-americano, en los primeros dias de su entrada a Lima, reclamando proteccion para la propiedad de sus nacionales, i manifestando el temor de que si la plaza del Callao «fuese tomada por asalto, o *rendida por convenio,* las ventajas del cambio ocasionasen el *saqueo* de las propiedades allí depositadas».

Lo que daba gravedad a esta nota era su coincidencia con una comunicacion del ministro ingles recientemente recibida, en que manifestaba la determinacion del gobierno británico de exijir, para sus súbditos, el respeto de los belijerantes i su intencion formal de hacerlos responsables de toda violacion de sus propiedades. Este lujo de precauciones, con un ejército que no daba el ménor motivo para ellas, era solo una manifestacion de hostilidad.

A las comunicaciones diplomáticas sucedieron, en breve, actos mas pronunciados i hostiles de parte de los nacionales europeos que, prevalidos de la difícil posicion del gobierno de Lima, atravesaban las avanzadas de Bellavista, llevando víveres a los sitiados del Callao o alentaban, públicamente, la oposicion contra el nuevo órden de cosas.

El ejemplo de los ajentes de Inglaterra i de Estados Uni-

dos, alentó al enviado del Ecuador a seguir su ejemplo. La ocasion, sin embargo, no fué bien elejida. Existian, a la sazon, en el ejército chileno dos soldados ecuatorianos, que se habian enrolado voluntariamente en Chile i comprometídose, como todos sus compañeros, a servir durante un tiempo determinado. Sea por el cansancio natural al riesgoso i pesado servicio que sobrellevaban en el Perú o que hubiesen contraido el compromiso por la ambicion del enganche, es lo cierto que los ecuatorianos deseaban desligarse de la situacion que voluntariamente se habian impuesto. Desgraciadamente el aburrimiento no ha sido jamas considerado como causa suficiente para invalidar un contrato, i la ordenanza militar, mas severa en este punto que la lejislacion civil, conmina con penas al que manifieste su descontento.

El cónsul jeneral del Ecuador, don Francisco Roca, se hizo el abogado de sus compatriotas i puso tanto calor en su defensa, que hubiera podido creerse que obraba por ajenas sujestiones o que tomaba ese incidente como un pretesto para provocar dificultades. Era, en verdad, un asunto bien trivial para enredarse en una cuestion diplomática, i mas le hubiera valido, si su reclamacion no encubriese ninguna intencion preconcebida, solicitar verbalmente de Búlnes la libertad de esos individuos. En el terreno diplomático, Búlnes estaba en el deber de no ceder. Aconsejábaselo su dignidad, i el temor de sentar un precedente que nada habria justificado. Su negativa produjo un debate acalorado, que el cónsul Roca condujo con ardor, por estar en cuestion, son sus palabras, «dos ciudadanos del Ecuador, *cuyas vidas son una propiedad de la nacion ecuatoriana*» (1).

Estas cuestiones de detalle, que de propósito deliberado hemos querido dar a conocer, para que se estime el espíritu que animaba al cuerpo diplomático de Lima respecto de la causa de Chile, fueron las primeras escaramuzas de una obstinada guerra.

Dijimos en el capítulo anterior, que el gobierno de Chile habia delegado en el jeneral Búlnes la facultad de bloquear los puertos del Perú que fuesen un embarazo para el éxito de su

(1) Nota de Roca a Búlnes.—Lima, 8 de setiembre de 1838.

empresa, derecho inherente a la guerra misma, por ser una de sus formas.

En virtud de esa autorizacion, Búlnes, decretó el bloqueo del Callao i trasmitió una copia de esa órden a los comandantes de las fuerzas navales de Francia, de Inglaterra i de Estados Unidos, junto con el decreto del gobierno de Chile que lo autorizaba para ello (1). Aunque esa nota no pasaba de ser un simple aviso, solicitaron, el mismo 10 de setiembre, una prórroga de cuatro dias para darse tiempo de concertar una respuesta comun i que no fué, en realidad, sino para ponerse de acuerdo en no reconocer el bloqueo; acto que importaba, por sí solo, el desconocimiento de los derechos de uno de los belijerantes i la inmiscion en una contienda, en que estaban llamados a ser simples espectadores.

La conferencia tuvo lugar en un buque de la estacion inglesa *President* montado por el almirante Ross, que se encontraba en perfecta armonía de sentimientos con su jefe Mr. Bedford Wilson.

El 13 de setiembre anunciaron oficialmente su negativa de reconocer el bloqueo, sin alegar ninguna razon en su apoyo.

(1) Circular dirijida a los comandantes de las fuerzas navales de Inglaterra, de Estados Unidos i de Francia en las aguas del Callao.—Cuartel jeneral del Ejército Restaurador.—Lima, setiembre 7 de 1838. —El señor Ministro de Estado en el departamento de guerra i marina de la República de Chile con fecha 30 de julio pasado, me dice lo siguiente:

«Como pudiera convenir al acierto de las operaciones del Ejército Restaurador del mando de U.S., establecer en estado de rigoroso bloqueo algunos de los puertos del enemigo o estrechar por la parte de mar el sitio de alguna plaza ocupada por él, S. E. el presidente confiere a U.S. por el presente oficio, la competente autorizacion para que en virtud de ella, declare U.S. a nombre del Gobierno el mencionado bloqueo, si lo exijieren así las circunstancias, haciendo U.S. apostar delante del puerto enemigo que va a bloquearse, la fuerza naval que sea necesaria i capaz de sostenerlo efectivamente, cuidando U.S. de que por falta de fuerza efectiva se susciten quejas i motivos fundados que den lugar a los capitanes de los buques mercantes estranjeros a eludir el bloqueo, el cual notificará US. préviamente a los jefes de las fuerzas navales neutrales estacionados en el puerto enemigo que ha de bloquearse i espresando en la notificacion el dia en que debe hacerse efectivo el bloqueo.»—*Ramon Cavareda.*

En virtud de la anterior autorizacion he dado las órdenes convenientes al comandante en jefe de la Escuadra de Chile, para que haga efectivo el bloqueo del puerto del Callao, desde el 10 del presente, reservándome indicarle juntamente con el señor jefe de la estacion naval a quien me dirijo los demas puertos que en lo sucesivo han de ser bloqueados. Todo lo que tengo el honor de comunicar al señor jefe de la estacion.... a quien saluda con la mas distinguida consideracion.—*Manuel Búlnes,*

Esta manera de proceder importaba mas que el desconocimiento de la soberanía de Chile, porque añadiendo a la negativa el desden, decian en su nota que espondrian, a su debido tiempo, los motivos de su conducta *a sus gobiernos respectivos!*

El jeneral Búlnes protestó de esa nota i de esa resolucion, desnuda de todo argumento en su apoyo, manifestando que equivalia a romper la neutralidad i a protejer la causa de los sitiados contra el Ejército Restaurador. Oponerse al bloqueo del Callao, era dejar espedita la comunicacion por mar de Orbegoso i su abastecimiento, o lo que es lo mismo, prolongar el sitio hasta la llegada del ejército boliviano. El laborioso empeño del jeneral Cruz; su penosa vijilancia i las privaciones que soportaba la division sitiadora habrian sido estériles, porque los recursos que no pasaban de un lado, habrian llegado del otro. El jeneral Búlnes contestó a esa declaracion diciendo que apesar de ella se hallaba en el rigoroso deber de cumplir las órdenes de su gobierno; pero «que deseando evitar todo jénero de duda i proceder con toda franqueza i lealtad, espera que los señores comandantes a quienes se dirije, se sirvan contestarle, de un modo terminante, si llevándose a debido efecto el bloqueo, están dispuestos a embarazarlo por la fuerza» (1).

---

(1) «Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Lima, a 15 de setiembre de 1838.—El infrascrito, Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador del Perú, ha recibido hoi a las once del dia la nota que con fecha 13 del corriente le dirijen los señores comandantes de las fuerzas navales en el Pacífico de S. M. B. de los Estados Unidos i de S. M. el Rei de los franceses. En ella, al acusar recibo de la nota en que el infrascrito les participa que en virtud de la autorizacion de su gobierno, segun la comunicacion que les transmitia, habia dado órden al comante en jefe de la Escuadra de Chile, hiciese efectivo el bloqueo del puerto del Callao con las fuerzas correspondientes desde el 11 del corriente; le comunican que reunidos a bordo de la fragata de S. M. B. *Presidente* para tomar en consideracion la referida nota: despues de una seria atencion, unánimemente han convenido que no pueden, en las actuales circunstancias políticas i militares del país, reconocer con respeto a los buques de las naciones a que pertenecen, la validez del bloqueo que se intenta establecer, reservándose el esplanar a sus respectivos gobiernos los principios en que esta resolucion está fundada.

En contestacion a dicha nota, el insfrascrito se halla en el caso de esponer que despues de haber dado a los señores comandantes de las fuerzas navales estranjeras un plazo suficiente solicitado por los ajentes diplomáticos de sus naciones, para que contestasen a su anterior comunicacion, era de esperar que, al hacerlo, no reconociendo la validez del bloqueo, adujesen algun principio en que fundar su negativa, en vez de darla desnuda de razones que se reservan esplanar a sus respectivos gobiernos.

Temerosos los comandantes de la responsabilidad que asumian con su arbitrario proceder, contestaron a Búlnes resumiendo en los dos puntos siguientes los fundamentos de su negativa: 1.° la declaracion de bloqueo no ha sido hecha por un decreto, sino por una simple notificacion, i 2.° el Callao pertenece al jeneral Orbegoso i no al jeneral Santa-Cruz, contra quien va dirijida la guerra.

Búlnes contestó estas razones victoriosamente, esponiendo que como era notorio, el jeneral Orbegoso habia declarado la guerra a Chile i que sin eso, bastaria saber que la plaza del Callao se mantenia en provecho del jeneral Santa-Cruz, para que el ejército i escuadra chilena, estuviesen autorizados para ponerle asedio, «salvo que los señores comandantes se hagan responsables de lo contrario» (1).

Es evidente que para un paso de tanta magnitud, pues nada ménos importa que poner en duda una de las mas altas funciones de la soberanía, debieran haberse espuesto fundadas causas, principios ciertos i admisibles, ya para discutirlas, ya para aceptarlas, si eran convincentes, o para rebatirlas, si carecian de una justa aplicacion.

Estos procedimientos de los señores comandantes, no pueden considerarse sino como una abierta intervencion entre dos belijerantes, en la que de un modo indiferente, bien que real i efectivo, se favorece a uno de ellos en perjuicio del otro, porque su denegacion equivale a facilitar a los sitiados los medios de que pueden necesitar para conservarse, prolongando así un sitio que podia terminar en breve por una capitulacion, i obligar al infrascrito a la dura necesidad de tomar por asalto el castillo a costa de torrentes de sangre; i por cierto que en este caso no se tienen en vista los deberes que el derecho internacional impone a los neutrales i la humanidad a todos.

No conociendo los motivos que han decidido a los señores comandantes a negar la validez del bloqueo en cuestion, cuando anticipadamente se les ha dado noticia de él; cuando hai suficientes fuerzas navales de Chile para hacerlo efectivo, i cuando no se presenta doctrina en que pueda fundarse una negativa tan contraria a una estricta neutralidad; el infrascrito tiene el rigoroso deber de cumplir las órdenes de su gobierno.

Empero, deseando evitar todo jénero de dudas i proceder con toda franqueza i lealtad, espera que los señores comandantes, a quienes se dirije, se sirvan contestarle de un modo terminante, si llevándose a debido efecto el bloqueo, están dispuestos a embarazarlo por la fuerza.

Saluda a los señores comandantes con su mas distinguida consideracoin.—*Manuel Búlnes.*»

(1) «Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Lima, 20 de setiembre de 1838.—Ayer ha recibido el infrascrito la nota, que con fecha del mismo dia, le han dirijido los señores comandantes de las fuerzas navales de S. M. B., de los Estados Unidos i de S. M. el Rei de los franceses en el Pacífico, en la que, contestando a la que el infrascrito les pasó con fecha 15, insisten en no reconocer la validez del bloqueo por la falta de formalidad en los medios por los cuales se pretende establecer, esto es,

La actitud de los ministros estranjeros si bien puede parecer estraña hoi dia, no debió sorprender al jeneral chileno ni al gobierno peruano, porque el Encargado de negocios de Inglaterra, al cual se habian adherido los demas ajentes diplomáticos residentes en Lima, habian sostenido las mismas opiniones en una correspondencia anterior, cambiada con don Benito Laso. Negáronse en aquella ocasion a reconocer el bloqueo del Callao decretado por Gamarra, fundándose, esta vez, en que el Perú no tenia suficientes fuerzas navales para hacerlo efectivo. El que podia bloquear no debia hacerlo a juicio del ministro ingles, i el que debia no podia hacerlo.

Con estas sutilezas de lójica i de discusion, entorpecia Mr. Bedford Wilson i sus compañeros de diplomacia i de hostilidad,

---

por una simple notificacion, i no por un decreto; i segundo, por falta de poderes para bloquear un puerto que no está en posecion actual del jeneral Santa-Cruz, cuyo gobierno i sus sostenedores mira Chile solamente como enemigos, alegando tambien que al querer tomar un puerto bajo del poder del gobierno del jeneral Orbegoso para entregarlo a su enemigo el gobierno de S. E. el jeneral Gamarra, el que suscribe se hace parte de una guerra civil, i que obrando como aliado de uno de los belijerantes, pretende impedir a los neutrales el derecho de continuar su pacífica e inocente comunicacion con ámbos belijerantes, i concluyendo con que no niegan el derecho que el infrascrito tiene de asediar i cortar la comunicacion con la fortaleza del Callao a fin de hacer rendir a su guarnicion, cuyo medio es tan eficaz como el bloqueo del puerto mismo.

El infrascrito, en contestacion a la referida nota, se ve en el deber de hacer presente a los señores comandantes a quienes se dirije, que haciendo uso del derecho que le confiere la guerra, que nadie puede disputar i que los señores comandantes no niegan, llevará adelante del modo que mas le convenga el sitio del castillo del Callao que ya tiene establecido, limitándose por ahora, con respecto al bloqueo del puerto que los señores comandantes no reconocen, a dar cuenta a su gobierno de esta singular negativa, sin perjuicio de hacer presente a los señores comandantes, lo que es importante que sepan con respecto al jeneral Orbegoso. 1.º, que es uno de los sostenedores del jeneral Santa-Cruz, i prueba capaz de disipar toda duda, es su conducta de algun tiempo a esta parte i sus actos oficiales; a ménos que los señores comandantes no se hagan responsables de lo contrario, i 2.º, que el jeneral Orbegoso ha declarado la guerra al ejército de Chile con fecha 14 de agosto último, como es notorio.

No terminará el infrascrito esta nota sin observar a los señores comandantes a quienes se dirije, cuanto ha estrañado que asienten como un hecho que, tomado por las tropas del Ejército Restaurador el puerto del Callao, ahora en poder del jeneral Orbegoso, sea entregado al gobierno de S. E. el jeneral Gamarra; porque las inferencias que se puedan tener no autorizan, de modo alguno, para hacer una aseveracion tan espresa.

El infrascrito saluda a los señores comandantes con su acostumbrada consideracion.—*Manuel Búlnes.*»

la accion de Chile i le creaba embarazos. En vano don Benito Laso le hizo notar que la escuadra chilena era *aliada* de su gobierno contra el jeneral Santa-Cruz, porque a ese contrato notorio, sellado con la sangre de Guias, opuso el cónsul ingles especiosas razones, que solo contribuyeron a poner de manifiesto la parcialidad de su criterio. Una de ellas era que el contrato de alianza no habia sido dado al público, ni comunicado oficialmente al cuerpo diplomático de Lima, apesar de que ellos, como todo el pueblo de la capital, pudieron presenciar la entrada triunfal del Ejército, cuyos jefes indistintamente chilenos i peruanos, se confundian en el triunfo como se habian confundido en el peligro (1).

Estas declaraciones repetidas en un tono áspero i altanero en la correspondencia de Wilson con Laso, significaban mas que una advertencia para el jeneral Búlnes, i formaban en realidad una seguridad anticipada, de que se desconocerian sus atribuciones como las del jeneral Gamarra.

A mas de estas discusiones, que traian irritados los ánimos entre el gobierno peruano i el Encargado de negocios de la Gran Bretaña, habia pendiente entre ellós otra grave dificultad, que contribuyó a hacer mas tirantes sus relaciones. El castillo de la Independencia, que comenzó a ser desarmado por el jeneral Salaverry i que fué mas tarde habilitado como almacen de aduana por el jeneral Orbegoso, tenia, a la sazon, una gran existencia de mercaderías, que pertenecian en su mayor parte a casas estranjeras. Sus dueños, i especialmente la casa de Gibbs, Crawley i Ca., la mas interesada en el asunto, temian que las necesidades de la guerra obligasen a los belijerantes a consumirlas o a destruirlas, i con ese objeto habian solicitado la proteccion del ministro británico (2).

El jeneral Gamarra, haciéndose partícipe de esa alarma justificada espidió un decreto (3) concediendo 8 dias para la estraccion de las mercaderías. Si el plazo no era tan largo como lo hubieran deseado los interesados, era el mayor que podia concedérseles en esas circunstancias. El gobierno peruano temia que

(1) La correspondencia entre Wilsson i Laso, está publicada en el *Eco del Protectorado*, núms. 142 i 143.
(2) Nota de Wilon a Laso.—Lima 1.° de setiembre de 1838.
(3) Lima, 30 de agosto de 1838.

los mismos buques que sirviesen para la estraccion de las mercaderías, condujesen víveres o municiones a los sitiados; suposicion justificada, por la parcialidad que manifestaba la colonia estranjera en favor de la causa enemiga.

Entre tanto la mala voluntad de los europeos contra el Ejército de Chile se habia hecho pública en Lima, e irritado vivamente a los que simpatizaban con la causa de la Restauracion. El resultado de esa lucha, producida por su hostilidad, fué que por la parte contraria se entregasen contra ellos a manifestaciones vituperables, alentándose cada uno, a su vez, con el decreto sobre el comercio al menudeo.

En esas circunstancias circuló en Lima una proclama anónima, escrita en el lenguaje violento tan comun en las épocas de trastorno i que no sabríamos si atribuir a uno de esos espíritus en delirio, que abundan en las convulsiones políticas, o a algun enemigo del Ejército de Chile. Hablábase en ella de *vísperas sicilianas* i de los que, «llegados como marineros se han apoderado de nuestras bellezas» (1). El cuerpo diplomático de Lima, haciendo una comedia indigna de su elevado carácter, finjió alarmarse con ese pasquin, que no merecia el honor de su atencion i se trasladó en cuerpo al palacio, a manifestar su inquietud al jeneral Gamarra, sin perjuicio de un protocolo i de dos protestas, que envió con el mismo objeto (2).

El resfriamiento i el disgusto que estos sucesos habian pro-

(1) Hé aquí esa proclama:

«Compatriotas: Os habeis sacudido con enerjía de Santa-Cruz i los ingleses i franceses, despues de haber convertido en un esqueleto nuestra nacion, trabajan incesantemente por anarquizaros para volveros a entregar a Santa-Cruz. Los franceses, infame polilla que solo Lima tolera, son los que siembran la discordia, i aunque os hacen ver que trabajan para Orbegoso, no es sino para Santa-Cruz. Despertad limeños. Si vais creyendo las frases con que os alucinan los gringos, no solo sereis esclavos de Santa-Cruz, sino tambien de ellos. Los ingleses i franceses se han llevado a su país todas nuestras riquezas i como habeis palpado, miserables marineros son dueños ya de los mas preciosos intereses del Perú i aun de nuestras bellezas.

Limeños: Los ingleses i franceses trabajan porque el ejército de Chile se vaya ¿i quién queda? Orbegoso. Orbegoso esclavo infame de Santa-Cruz: Orbegoso que no tiene fuerzas para batirlo ni libertaros, i entónces ¿quién os mandará? Santa-Cruz precisamente. Santa-Cruz que ha fusilado tanto limeño; Santa-Cruz que ha fusilado nuestro pabellon. Esto es lo que quieren los estranjeros.

Limeños: Preparad vuestras armas i estad listos cuando se os de la voz para repetir con ellos las Vísperas Sicilianas!»

(2) 10 i 20 de setiembre de 1838.

vocado entre el gobierno de Lima i los ajentes estranjeros, pesaban sobre el Ejército de Chile, espectador celoso, pero neutral de todas estas controversias.

Hemos dicho que el jeneral Búlnes manifestó la intencion de hacer efectivo el bloqueo; pero que deseando precisar su situacion, interrogó a los ministros, para saber si en tal caso, las escuadras inglesa, francesa, o norte-americana, estaban dispuestas a impedirlo por la fuerza, i entre tanto, ordenó (16 de setiembre) que se suspendiesen los efectos del bloqueo con los buques de dichas naciones.

De la discusion habida sacaba a salvo el jeneral Búlnes, el derecho de bloquear el Castillo de la Independencia, que sus contradictores no se atrevieron a disputarle; pero no el pueblo del Callao, i al efecto ordenó que se dejase espedito el paso del puerto a los buques norte-americanos, franceses e ingleses. Esta gran concesion nacía de las dificultades i peligros con que forcejeaba su causa.

Es inútil decir que esta serie de reclamos i de notas crearon una situacion mas tirante al Ejército chileno respecto de la colonia europea i de sus representantes en Lima.

Los ánimos estaban inquietos: los jenerales Búlnes i Gamarra se resentian de las ofensas i hostilidad de que eran víctimas, i el ministro Wilson, con los ojos vueltos al pasado, echaba de ménos esa cordialidad oficiosa e interesada a que lo habia acostumbrado el jeneral Santa-Cruz. Las relaciones diplomáticas habian llegado a ese período agudo, que es de ordinario precursor de funestos desenlaces. Cuando una situacion asume ese carácter, puede decirse que no hai dia ni hora segura: la mas lijera chispa, venida de cualquier parte, produce el incendio en los materiales aglomerados. Así sucedió en la época que historiamos.

A fines de setiembre, el jeneral Gamarra trabajaba activamente en la creacion de un escuadron de caballería, que llevaria el nombre de Húsares de Junin, i tanto para dotarlo de caballos, como para arrebatar al enemigo este poderoso elemento de guerra, solicitó de Búlnes el envío a palacio de algunas fuerzas, para establecer guardias en los puntos mas frecuentados de la ciudad. Con ese objeto le fué enviado, en las

primeras horas del 2 de octubre, el escuadron de Lanceros, al mando del sarjento mayor don José Inojosa.

El jeneral Castilla, que acababa de hacerse cargo del Ministerio de la guerra, i a cuyas órdenes iba a ponerse el Escuadron, distribuyó las guardias en distintas partes de la ciudad, i envió una, compuesta de seis soldados, un cabo, un sarjento i el alférez don Tristan Valdés, al puente de Lima. El ayudante del Ministerio de la guerra don Mariano Puche, a nombre del jeneral Castilla, ordenó testualmente a Valdés «que se recojiesen todos los caballos que pasasen por los puntos en que al intento se estableciesen guardias i se trajesen al patio del palacio i presentaran al señor coronel mayor de plaza, con la escepcion de que se dejara continuar su marcha al que presentara boleto con firma de ese dia, la misma que se distribuyó a los oficiales que mandaban las guardias e igualmente al que estuvo en la del Puente» (1).

Valdes estableció un centinela, armado de lanza, a la entrada del puente i situó el resto de su guardia en una callejuela de las inmediaciones, conocida con el nombre de Callejon de Romero.—El centinela recibió órden de detener a todos los jinetes i de entregarlos al sarjento de la guardia, que estaria siempre a caballo, a corta distancia de él. El sarjento debia apoderarse del caballo, en caso que el jinete no tuviese pasaporte, i darle una boleta para que pudiese, mas tarde, reclamar su valor.

Hallábase establecida la guardia en esta forma i con estas órdenes, cuando a las diez de la mañana, mas o ménos, acertó a pasar a caballo por el puente, el doctor escoses don Guillermo Mac-Lean. El soldado le ordenó detenerse en cumplimiento de su deber, i sea lo que no es creible, que no oyese sus repetidos gritos, o que se hubiese resuelto a no obedecerle, es lo cierto que el doctor apuró su cabalgadura, i se alejó del puente a gran galope. El centinela viéndose burlado, comunicó lo ocurrido al sarjento que, como hemos dicho, permanecia a corta distancia, el que lanzándose en su alcance consiguió aprehenderlo en una calle conocida con el nombre de Las Campanas.

Segun la esposicion de la mayor parte de los testigos, el

(1) Declaracion del teniente Puche.—Sumario para esclarecer el suceso del doctor Mac-Lean.

Por su parte Mr. Wilson no tenia suficientes datos para exijir el castigo del centinela. Es cierto que habia recibido la declaracion del doctor Mac-Lean; pero quién le hubiera podido asegurar, que esa declaracion no habia sido dictada por el deseo de venganza, i sobre todo, qué justicia civilizada acepta como prueba suficiente, en asunto criminal, la declaracion del ofendido? El ministro ingles hablaba en su nota de testimonios de personas respetables, pero que no nombraba, i queria en su anhelo inmoderado de provocar conflictos, exijir de Búlnes que aceptase como suficiente prueba el testimonio de personas anónimas!

Entre tanto el tribunal nombrado por el ministerio de la guerra apresuraba la investigacion del hecho, haciendo llamar a gran prisa a los principales testigos. Pocas horas despues del suceso compareció el alferes Valdés, que ratificó lo que habia asegurado en el parte enviado al jeneral Castilla. «A cosa de las 10 de la mañana, mas o ménos, dijo, apareció de la calle derecha del puente hácia arriba de él, un hombre que se dijo era médico, i haciéndole hacer alto el centinela por venir cabalgando a caballo, no quiso respetarlo, i al presentársele sarjento, previniéndole echara pié a tierra, le dió con el fuete que llevaba en la mano por el cuerpo, emprendiendo la carrera i seguido por la guardia se le hizo retrogadar i entónces atropelló al centinela que le contenia a efecto de que no pasara adelante» (1).

El sarjento, interrogado a su vez, manifestó la contusion que tenia en la mano, de resultas del golpe que le habia dado Mac-Lean i aseguró que el palo que le diera el soldado fué por haber atropellado i derribado con su caballo, al centinela que estaba de apié en el puente. El cabo i algunos soldados declararon aquel mismo dia. El consejo aguardó inutilmente hasta las 9 i media de la noche, la llegada de los vecinos del puente, que habian sido especialmente citados i a esa hora se retiró para reunirse, de nuevo, en las primeras horas del siguiente dia. No podia, pues, haberse procedido con mas actividad.

Hemos dicho ya que el ministro Wilson ofició al jeneral Búlnes sobre el suceso, i que éste no pudiendo dar mas crédito

(1) Declaracion de Valdés.—Sumario citado.

a la palabra de Mac-Lean que a la del comandante de la guardia, habia ofrecido castigar al soldado cuando se hubiese establecido su culpabilidad de un modo *legal.* Wilson se consideró ofendido de que en el Ejército de Chile imperase la justicia aun para un pobre soldado, i de que no se violasen con él todas las garantías protectoras de su derecho i de su deber, cuando así lo queria un ministro de Inglaterra!

A medio dia del mismo 2 de octubre, en el momento en que se activaba el esclarecimiento del hecho, Wilson envió una segunda nota al jeneral Búlnes, pidiéndole un pasaporte para un correo de legacion, que debia poner en manos del almirante ingles, sir Charles Ross, «una comunicacion con la ménos demora posible.» (1) El pasaporte le fué concedido, i desde ese momento consiguió Wilson poner al Ejército de Chile en la situacion mas angustiada que lo hubiera aquejado desde su llegada al Perú. La nota era una acusacion violenta contra el ejército restaurador i contra su jefe, i abultábase en ella, con la mayor exajeracion, la importancia del suceso del puente.

El almirante Ross no necesitaba que se le repitiesen, dos veces, los cargos contra el Ejército de Chile. Tan amigo de Santa-Cruz, como Wilson, estaba tan interesado como él en el mal éxito de su empresa, i por eso acojió solícito esa ocasion de intervenir con las armas en favor de la causa confederada. En el mismo dia 2, envió a Búlnes una nota altanera i descomedida, en que le decia que el doctor Mac-Lean, habia sido «asaltado insolentemente, herido, ademas maltratado i tambien robado su caballo por unos soldados del Ejército de Chile bajo el mando de U. S.,» i terminaba exijiendo «que su caballo le sea prontamente restituido i que se le diese *una reparacion instantánea* del ultraje». En otros términos, Ross exijia lo mismo que habia solicitado Wilson en su primera nota, esto es, el castigo del coracero, sin mas averiguacion que la palabra de Mac-Lean i con desprecio del parte i de la opinion del comandante de la guardia Esta exijencia, de por sí odiosa e inmoderada, que revestia en la nota de Ross el carácter de una amenaza, no hubiera podido ser atendida sin menoscabo de la justicia i de la dignidad del Ejército.

(1) Wilson a Búlnes.—Octubre 2 de 1838.

Hecho ya el suficiente escándalo, al rededor de un suceso que hubiera podido zanjarse verbalmente, i que no tenia la gravedad que maliciosamente se esforzaba en darle la Legacion Británica, el almirante Ross asumiendo una actitud mas resuelta, se determinó a intervenir con las fuerzas navales que tenia a sus órdenes.

En efecto a las 11 i media de la noche, en momentos en que la corbeta *Libertad*, mandada por Postigo, hacia su crucero ordinario al frente del Callao, atracó a su costado la corbeta de S. M. B. *Imogene*. Sorprendido Postigo de ese movimiento a una hora tan inesperada, hizo preguntar su significado al comandante ingles, a lo que contestó éste que, por órdenes de Lima, el almirante Ross habia determinado «que se situase con su corbeta en el punto que ocupaba i que la de la misma nacion *Samarán* habia pasado a Chorrillos con el mismo objeto» (1). El atropello no se detuvo aquí, pues en la mañana del siguiente dia, se presentó en la rada del Callao la fragata *Presidente* montada por el mismo Ross, quien por medio de una comunicacion trató de manifestar a Postigo que su movimiento no tenia ningun carácter de hostilidad contra la escuadra de Chile (2).

Sin embargo, un momento despues i como una burla de su palabra i de estas promesas, atracó su poderoso buque al costado de la *Libertad*, en el lado opuesto al que ocupaba la *Imogene* i comunicó a Postigo la órden de no moverse de su fondeadero hasta que se le diese la reparacion solicitada (3).

(1) Nota de Postigo a Búlnes.—2 de octubre de 1838.

(2) «Señor comodoro Postigo, comandante en jefe de las fuerzas navales de Chile.—A bordo de la *President*, octubre 3 de 1838.—Señor:—Habiendo algunos soldados chileno ultrajado i robado en Lima a un súbdito británico, se han dirijido a mí para que exija de las autoridades chilenas que ahí existen, una debida i completa reparacion.

Al apoderarme de este fondeadero aseguro a Ud. que no es de ninguna manera mi intencion de inferir a Ud. agravio, como tambien que no es mi ánimo intervenir, aun de la manera mas remota, en ninguna medida, ya sea de defensa o de ataque, que Ud. tome contra sus enemigos, conservándome estrictamente en el carácter neutral que siempre he deseado exista entre nosotros.

Tengo el honor de ser, señor, su mas obediente servidor.—*Charles Ross.*»

(3) «Señor comodoro Postigo, comandante en jefe de las fuerzas navales de Chile.—A bordo de la *President*, octubre 3 de 1838.—Señor:—No habiendo aun recibido contestacion satisfactoria del jeneral Búlnes por el ultraje i robo cometido en la persona de un súbdito británico, por algunos soldados del ejército chileno que está a sus órdenes, creo de mi

El atentado no podia ser mas brutal i Postigo no era hombre de soportarlo. Su corazon de chileno i de soldado estaba henchido de la mas jenerosa indignacion! Búlnes penetrado, por su parte, del mismo sentimiento, envió inmediatamente una nota al ministro ingles renovándole sus protestas de que el coracero seria castigado siempre que se esclareciese «el hecho de un modo legal.» «El paso dado por el señor contra-almirante, agregaba, que segun el comandante de la «*Imogene*» *ha sido ordenado por una comunicacion de Lima*, no puede ménos de mirarse como un atentado terrible *cuyas consecuencias pesarán solamente sobre el que haya podido dictarlas*» (1).

Wilson se trasladó a la Pólvora, en vitud de esta comunicacion, a conferenciar con el jeneral Búlnes, i un momento despues, vuelto nuevamente a su casa, solicitaba un pasaporte para un correo de legacion, que debia apersonarse con el jefe de las fuerzas inglesas en el Callao.

El correo tuvo una corta entrevista con el almirante, i a consecuencia de ella envió Ross nuevna nota a Postigo diciéndole que ya habia recibido del jeneral Búlnes todas las seguridades necesarias de que el delito seria castigado, i que suspendia en consecuencia la restriccion que le habia impuesto. Un momento despues los buques ingleses salian de la bahía del Callao, i dejaban a la escuadra chilena en la antigua libertad de sus operaciones.

¿Qué seguridades eran esas ,que habian variado tan súbitamente la actitud del almirante ingles? La nota de Búlnes, que no era sino la respuesta a su comunicacion del 2, se reducia a manifestarle su determinacion de castigar severamente a los soldados de la guardia si aparecian culpables, «*en la sumaria informacion del hecho que se ha mandado levantar, por ser este*

deber repetir a Ud. que no puedo permitir ningun movimiento de los barcos de su armada, de este fondeadero hasta que se me haya dado la debida reparacion.

Al mismo tiempo, debo manifestar a Ud, cuan satisfactorio me seria recibir la reparacion que me he visto obligado a pedir obedeciendo a un sentimiento de deber i por este medio evitar a Ud. inconvenientes en sus futuras operaciones. Me consideraré feliz en tal oportunidad de ofrecer a Ud. la seguridad de mi respeto.

Tengo el honor de ser, señor, su mas obediente servidor.—*Charles Ross.*»

(1) Casa de Pólvora, octubre 3 de 1838.

el medio mas legal para esclarecer la verdad.» En otros términos, esta nota venia a confirmar la actitud que Búlnes habia asumido desde el principio de la cuestion: conducta que el 3 habia parecido a Ross suficientemente parcial para justificar de su parte un verdadero atentado, i que el 5 le parecia bastante garantía para hacer innecesaria toda precaucion. De qué proviene esta falta de plan o esta incoherencia de lójica? Hé aquí lo que tratarémos de esplicar.

Hemos dicho que la órden del ministro Wilson, para suspender el bloqueo de la Escuadra bloqueadora, habia sido dada a consecuencia de su conversacion con Búlnes, en su cuartel jeneral de la Pólvora. El ministro se encontraba bajo la impresion de la amenaza que hacia pesar sobre él la nota que acababa de recibir. Búlnes dominado, a su vez, por una irritacion que desbordada de su espíritu, le hizo presente que la noche anterior habia hecho venir a Postigo, i le habia exijido, invocando sus sentimientos de caballero i de soldado, que no soportaria por mas tiempo la afrenta que le imponia la escuadra inglesa: que le ordenaba moverse al dia siguiente con sus buques, i en caso de encontrar oposicion, resistir la ofensa, primero con sus cañones i despues, si era necesario, con su santa bárbara. El ministro ingles, que conocia el arrojo temerario de Postigo, sabia que no era hombre de quedarse a medias palabras. Temeroso talvez de la responsabilidad en que incurriria ante su gobierno, en caso de perder alguno de sus buques por una cuestion infundada i personal, a la vez que del peligro que él mismo correria en Lima, si por su hostilidad se hubiese perdido la escuadra i fracasado la empresa de Chile, salió de la casa de Pólvora sin manifestar su opinion, pero visiblemente impresionado.

Un momento despues solicitaba el pasaporte para el correo de legacion i ese mismo dia se desenredaba este triste i vergonzoso asunto del modo que dejamos referido.

La brutalidad del atentado no habia detenido el curso de la investigacion judicial, que se proseguia con la actividad necesaria. Tres dias despues del suceso se habia interrogado a todos los que pudieron presenciarlo i sus declaraciones, si bien discrepan en detalles manifiestan, hasta no dejar duda que el doctor Mac-Lean se habia hecho reo de desobediencia i de ul-

traje. El fiscal en vista del sumario, solicitó el 5 de octubre, que se elevase a proceso contra Mac-Lean; pero el auditor ántes de dar su dictámen, exijió que se tomasen nuevas declaraciones lo que se practicó brevemente. Estas vinieron a corroborar los hechos sentados en el principio del sumario, en vista de lo cual el auditor, que lo era a la sazon el doctor Polar, ordenó que se juzgase en consejo de guerra la conducta del doctor ingles (1).

En presencia del nuevo rumbo que tomaba el asunto, el ministro Wilson envió a Ross una larga nota, que mas que otra cosa, era un alegato violento i apasionado contra el ejército chileno i contra los miembros del tribunal encargado de indagar el suceso, atribuyendo en su formacion una participacion directa al jeneral Búlnes con el objeto de encubrir la responsabilidad de sus soldados.

El almirante Ross se dirijió al cuartel jeneral chileno, en términos mas impropios aun, quejándose de la parcialidad de la justicia en contra del doctor Mac-Lean: de la ambigua conducta del gobierno peruano, que siendo el mas directamente interesado en hacer luz en el suceso, trataba solo de ocultar su responsabilidad, i llegando hasta avanzar estos conceptos indignos de una nota diplomática. «Habiendo, pues, negado solemnemente su participacion, decia, la única autoridad que hubiera podido decretar la leva militar de caballos en Lima i habiéndose disculpado por la captura de los caballos que fueron tomados, prueba que los coraceros chilenos deben ser considerados como ladrones, que arrebataron violentamente su caballo al doctor Mac-Lean, i lo despojaron de su propiedad.

«Las observaciones i resistencias (que se suponen haber sido hechas) por ese atentado ilegal, contra aquellos manifiestos violadores de la lei, ladrones de caballos, son no solo destituidas de todo fundamento, sino que constituyen un acto de lejítima defensa.» El almirante ingles terminaba su esposicion solicitando del jeneral Búlnes, que en conformidad a los deseos

(1) Excmo. señor:—El Auditor Jeneral dice: que si V. E. lo tiene a bien, debe este sumario elevarse, a proceso i seguirse la causa contra el doctor don Guillermo Mac-Lean hasta verse en Consejo de Guerra, como pide el juez fiscal, en su dictámen de fs. 28 que reproduce a fs. 41 vta.—Lima, octubre 13 de 1838.—*Doctor Polar.*

del Ministro de Relaciones Esteriores del Perú, procediesen a tranzar amigablemente la cuestion.

Búlnes le manifestó en su respuesta la estrañeza que le producian las suposiciones, tanto de él, como del ministro ingles, al avanzarse a hacer juicios sobre su intervencion en el sumario. «Solo me resta señor almirante, le decia, espresar a US. el sentimiento que me ha causado la necesidad de ver en el estracto que US. me ha pasado de la nota del señor Encargado de Negocios de S. M. B. las imputaciones injustas e inmerecidas que éste hace sobre mi conducta en el presente negocio, tomándose la libertad de calificar de malo mi procedimiento en el sumario indagatorio, siendo así que cualquiera que fuesen los vicios que quisiere notar en él, es manifiesto que no he tenido la menor intervencion en esta pieza i que por primera vez la he visto, despues que el mismo señor Encargado de Negocios.»

Contestando a las imputaciones contra la guardia del puente agregaba. «Una guardia establecida por la órden de la autoridad competente de este país i con la solemnidad i conforme a las reglas militares, no es posible considerarla, como con bastante sentimiento mio, lo indican las notas de US. i del señor Encargado de Negocios, como una partida de ladrones i de salteadores de caminos, ni tampoco habia mérito para resistirla, atropellarla i maltratar a sus individuos (dado caso que este hecho fuera cierto) estando en el mismo lugar los comandantes i autoridades superiores que debian enmendar así las órdenes mismas que ejecutase la guardia, como las tropelías e insultos que cometiese en su ejecucion.»

I por fin, refiriéndose a la transaccion que se le proponia, contestaba: «Yo no puedo entrar en transacciones sobre esta materia, porque me lo prohiben las leyes i las costumbres de mi país, i porque este proceso no tiene solo por objeto el desagravio particular del doctor Mac-Lean, o el acceder a las reclamaciones de los ajentes de S. M. B. sino el interes de la conservacion de la disciplina del ejército chileno.»

Esta nota escrita en los últimos dias de la ocupacion de Lima, en los mismos momentos en que Búlnes tenia que vivir con la vista puesta sobre el enemigo que marchaba a su encuentro, no fué la última de esta larga i ardiente discusion; pero el proceso no se llevó adelante por las operaciones militares.

Los acontecimientos que sobrevinieron, i en especial el triunfo de Yungai, cambiaron notablemente en nuestro favor, la disposicion de espíritu de la colonia inglesa de Lima, i al regreso del Ejército nadie se acordó de arreglar con el vencedor las cuentas que tenia pendientes cuando su situacion era precaria i angustiada,

En el curso de las negociaciones difíciles i laboriosas a que dió lugar el incidente del doctor Mac-Lean, se habrá notado la prudencia desplegada por el cuartel jeneral chileno: su enerjía llegado el momento: su respeto escrupuloso de la legalidad; su resolucion inquebrantable de no obedecer sino al fallo de la justicia. En cambio, de parte del ministro i del almirante británicos un lujo de violencia i de provocacion que hace contraste con la severa dignidad del jeneral chileno. A sus amenazas como a sus ofrecimientos de arreglo, no respondia sino invocando el fallo del tribunal nombrado por la lei; acudiendo a ella como a una compañera, que si no siempre es fuerte, siempre ennoblece al que se acoje a su sombra.

La cuestion Mac-Lean fué la mas ruidosa de las dificultades diplomáticas habidas durante la ocupacion de Lima; pero si fué la mas notable por los incidentes a que dió lugar, corre parejas por su significado de hostilidad, con la que suscitó la cancillería francesa, representada por M. Armando Saillard.

Hemos esplicado suficientemente que las funciones del Ejército de Chile en el Perú eran de simple ausiliar del gobierno de Lima; i que si bien ambas causas eran homojéneas, el ejército mantenia una actitud independiente respecto de las autoridades peruanas. El gobierno de Gamarra representaba la autoridad en el órden político i el Ejército chileno en lo militar.

Si la batalla de Guias i las demas circunstancias que mecieron la cuna de la nueva administracion, daban al jeneral Búlnes un ascendiente poderoso en sus consejos, era solo una influencia individual, privada, que nadie tiene el derecho de invocar en comunicaciones oficiales. El resorte administrativo funcionaba con la mayor independencia, como lo probaba el mismo suceso del doctor Mac-Lean, que puso de manifiesto dos voluntades i dos políticas; la que queria tranzar i la que no queria. En todo caso, el jeneral Gamarra gobernaba *de hecho*

en Lima i las autoridades subalternas tenian todas las inmunidades e independencia que le son habituales.

Sin embargo, el Cónsul frances insistia en reclamar del jeneral Búlnes por las medidas del jeneral Gamarra. Sucedia en Lima un hecho cualquiera, una riña, por ejemplo, entre un frances i la policía, i M. Saillard elevaba sus quejas al cuartel jeneral chileno, que era tan independiente de ella como el mismo cónsul frances. «Yo no puedo concebir, señor cónsul, le decia Búlnes en los primeros dias de setiembre, bajo qué principios, segun qué doctrinas se dirije una protesta al jeneral de un ejército por las medidas que una autoridad suprema i completamente independiente del ejército i su jefe, haya dictado, i mucho ménos creo que pueda tener apoyo alguno el aserto de que la responsabilidad de las que se han tomado sin conocimiento mio, como debe ser, recaigan sobre mí i por consiguiente sobre el pais a que yo pertenezco, por la sola razon de que mi Ejército ocupa la capital. Si yo, despues de su ocupacion por el Ejército Restaurador i so pretesto de protejer a esta república, me hubiese apoderado del mando supremo i hubiese reunido en mi mano todos los resortes del poder, entónces seria efectiva mi responsabilidad, i en último caso la de mi gobierno por las medidas que la administracion de que yo seria jefe hubiese dictado. Ahora, señor cónsul, soi solamente responsable de mis actos i de las operaciones del Ejército Restaurador» (1).

Sin embargo de estas declaraciones, M. Saillard se obstinaba en eximir de toda responsabilidad al gobierno del Perú i de recargar con ella al ejército de Chile. Cierto dia fué aprehendido un frances, llamado Pedro Bouteville, antiguo cochero de Santa-Cruz, por una partida peruana mandada por el comandante Arancibia, que dependia directamente del jeneral Gamarra. Saillard se dirijió al gobierno peruano i a Búlnes, solicitando de aquel la escarcelacion de Bouteville, que le fué concedida, i anunciando a éste que Chile seria responsable por la detencion de ese frances. Es de advertir que segun la informacion levantada por él mismo e inserta en una de sus propias notas «parece, decia, que los chilenos no se han hecho culpables de los malos tratamientos que ha sufrido el señor

(1) Nota del 8 de setiembre de 1838.—Búlnes a Saillard.

Bouteville, sino que son debidos a las órdenes del comandante Arancibia» (1).

Algunos dias despues añadia en la misma comunicacion en que hacia a Chile responsable de este suceso «que segun una nota que ha recibido parece que los chilenos no son culpables de su arresto ilegal;» i para llevar adelante sus caprichos o sus teorías, terminaba con estas palabras: «Chile tendrá que dar cuenta a mi pais de la detencion de este frances.» Sin embargo Búlnes no tenia derecho para investigar en su carácter oficial el motivo del arresto de Bouteville i ménos el de reparar la ofensa si la hubiera. Iguales declaraciones se renovaron por parte del Consulado en cada ocasion, repitiéndose tambien por parte del cuartel jeneral chileno las mismas protestas, de no aceptar la responsabilidad de actos ejecutados por un gobierno independiente.

La hostilidad del Encargado de negocios de Francia no se manifestaba solamente en sus comunicaciones diplomáticas, sino hasta en sus actos i relaciones sociales. Ménos conciliador que el Encargado de negocios de Inglaterra, no trataba siquiera de encubrir, con las formas de la urbanidad, el odio que profesaba al Ejército Restaurador. Por eso, a mediados de octubre, cuando se anunciaba en Lima la llegada del Ejército Protectoral i el de Chile se preparaba para resistirle, M. Saillard elejia ese momento, para dirijirse al cuartel jeneral chileno, exijiendo una reparacion por la prision de Bouteville. Su comunicacion no le fué contestada con la puntualidad debida, por el cúmulo de atenciones que se disputaban la atencion de Búlnes, lo que le dió pretesto para repetir su nota el 25 del mismo mes, exijiendo que le fuese contestada *en el mismo dia*, i teniendo cuidado de subrayar estas palabras para hacer mas comprensivo su alcance.

Las siguientes notas, si bien posteriores de algunos meses a los sucesos que narramos, manifestarán, mejor que nada, las verdaderas disposiciones de la cancillería francesa respecto de Chile. Hácesenos preciso, sin embargo, dar algunas esplicaciones para su mejor intelijencia. El jeneral Búlnes habia conocido al Encargado de negocios de Francia en el camino de Ancon a

(1) Nota de Saillard.—Octubre 7 de 1838.

la capital i empleado con él atenciones i respetos a que se manifestaba agradecido. Apesar de eso fué el único de todos los diplomáticos residentes en el Perú, que se negara a hacerle una visita de cortesía durante su primera permanencia en Lima, i a su regreso del norte, fué el último en cumplir con ese deber de etiqueta. Sin embargo, ofendido de que no le fuera devuelta tan luego como él la hizo, dirijió la siguiente nota al jeneral Búlnes:

«Señor comandante en jefe del Ejército de Chile en el Perú. —Lima, 23 de setiembre de 1839.—Jeneral: La política es la base de las relaciones que existen entre los gobiernos i sus ajentes. Dos veces habeis olvidado este principio, respecto del Encargado de Negocios i Cónsul Jeneral de Su Majestad el Rei de los Franceses. Tuvo la bondad, por motivos cuya delicadeza debisteis apreciar, de haceros una visita que no le habeis pagado, i con fecha 21 de Setiembre le habeis dirijido una carta, que no comienza con esa fórmula política que deben emplear los hombres colocados en vuestra posicion social. No pudiendo atribuir a error un hecho a que da gravedad vuestra manera de proceder, os devuelvo la carta Jeneral.

«Dignaos, si quereis que quede en mis archivos, añadir lo que es necesario, i saber que cuando llamais Cónsul a un Cónsul Jeneral, os apartais tanto de los usos aceptados, como dando a un Contra-Almirante, grado correspondiente al de Cónsul Jeneral de Francia, un calificativo que no estuviese en relacion con su posicion. Mi opinion en cuanto a los reclamos que he tenido el honor de dirijiros, respecto a los perjuicios que hayan sufrido mis compatriotas desde vuestra permanencia en el Perú, no ha variado i no debe variar. Dignaos recibir, Señor Jeneral, etc.—*A. Saillard.*»

El jeneral Búlnes le respondió en estos términos:

«Señor Cónsul Jeneral i Encargado de Negocios de S. M. el Rei de los franceses, etc., etc., etc.—Lima, a 27 de setiembre de 1839.—Sin intencion de entrar en contestaciones sobre la cuestion de visitas i ceremoniales que ha querido V. S. promover en su nota de 23 del corriente, no puedo ménos de observar, aunque lijeramente, como lo pide el caso, que no habiendo recibido de V. S. visita alguna a mi primera llegada a esta capital, i habiendo demorado V. S. esta atencion por mas de

cuatro meses despues de la segunda, me proponia por mi parte retardar el cumplido lo mas que fuese posible, es decir, hasta el tiempo en que se acercase mi partida de este país.

«En cuanto al ceremonial observado en la nota que ha tenido a bien devolverme V. S. de un modo algo disconforme con el principio que asienta V. S. mismo en su contestacion, no encuentro en qué pueda tacharse. Si es la inscripcion la que V. S. echa de ménos al principio, es una fórmula francesa, recientemente introducida en algunos países de América, que no se usa en el mio i de que yo no he hecho uso ni aun con la primera autoridad de este país. El título de cónsul que doi a V. S. en el contesto de mi citada nota, ha sido únicamente por evitar repeticiones demasiado largas, en el cuerpo del oficio, de los títulos de «Cónsul Jeneral i Encargado de Negocios de S. M. el Rei de los franceses cerca del Gobierno del Perú,» los que doi, sin embargo, a V. S. indistintamente en la conclusion de mi nota, en el membrete i en su cubierta.

«Si yo fuera a entrar con V. S. en recriminaciones sobre este punto, echaria de ménos en sus comunicaciones el tratamiento de Vuesa Señoría que le he dado i que me pertenece; el de jeneral en jefe del Ejército Restaurador que ha sustituido V. S. por el de comandante en jefe del Ejército chileno, segun el modo de los jefes del ejército que he vencido, tratamientos en que no me he parado para contestar cortesmente las comunicaciones de V. S. i para darle el tratamiento de Vuesa Señoría que es tan de uso entre nosotros, escribiendo de oficio a personas de distincion.

«Despues de ésto i del tono adoptado por V. S. en la nota a que contesto, i de la estraña devolucion de mi último oficio, creo deber cerrar toda comunicacion con V. S., indicándole, únicamente por consideracion al respetable gobierno de que es V. S. ajente en este país, que existe aquí mismo un ajente acreditado del Gobierno de Chile con quien ha debido entenderse V. S. sobre el asunto principal que ha dado lugar a estas contestaciones.—Dios guarde a V. S. muchos años.—*Manuel Búlnes.*»

Este vasto cuadro de las relaciones diplomáticas, que nos hemos esforzado en presentar a la historia con todas sus sombras i detalles, era uno de los mayores obstáculos que entorpe-

cian la accion del ejército de Chile durante su estadía en Lima. Solo la inquebrantable enerjía de su jefe, pudo mantener vivo el entusiasmo en el corazon del ejército en momentos en que todo conspiraba a desalentarlo. En vez de un enemigo, habia encontrado dos: el uno, adueñado del Callao inmovilizaba al ejército con su resistencia; el otro, observaba desde sus posiciones inaccesibles su rápida consuncion en la enfermiza Lima; un tercer enemigo, inmune por su carácter, minaba su causa en secreto i le traia desabrimientos mas serios que los que le produjeran sus enemigos declarados. Hubo un momento en que la causa de Chile pudo considerarse perdida; cuando se vió en la necesidad de resistir por la fuerza al ultraje del almirante ingles i que estuvo a punto de enredarse en una guerra con las fuerzas navales de Inglaterra. Fué aquel un período tan grave como laborioso para el jeneral en jefe, que hubo de contrarestar con la fuerza de su derecho a los que solo procedian con el derecho de la fuerza.

En esta tarea sembrada de obstáculos, corresponde una buena parte de honor i de trabajo al distinguido literato don Rafael Minvielle, secretario a la sazon del intendente jeneral del ejército, don Victorino Garrido.

Por fin, en los últimos dias de octubre se recibió en Lima la declaracion de guerra del gobierno de Chile al jeneral Orbegoso i la órden de bloquear el puerto del Callao, medidas que venian a llenar las formalidades que las legaciones, británica, norte-americana i francesa, habian considerado indispensable para reconocer el bloqueo.

Ya es tiempo de que alejando la vista de estas cuestiones injustas, la dirijamos a la guerra misma i al vasto teatro en que debia tener lugar el grandioso desenlace de una empresa que tocaba ya a su fin.

CAPÍTULO XI

Santa-Cruz en Lima.—Los corsarios.—Combate de Casma

Hemos referido en un capítulo anterior, la llegada de Santa-Cruz a Lima i su recibimiento triunfal por un pueblo fascinado de sus glorias i de su fausto monárquico. La batalla de Guias i la connivencia entre el Protector i los sitiados del Callao, habian decidido en su favor a los habitantes de la capital, que consideraban solidaria su causa con la de Orbegoso. Obedeciendo a ese criterio errado, mirábase al Ejército chileno como enemigo de la integridad del Perú i se le rechazaba con el odio patriótico que inspira a todo espíritu noble un ejército invasor i conquistador.

Dijimos tambien que una parte del ejército boliviano, mandada por el Protector, habia salido de Lima aparentemente en persecucion de las fuerzas chilenas, i que en realidad solo se contrajo a seguir con la vista su retirada, i embarque, para tener un pretesto de denunciar oficialmente el mal pié del enemigo *que huia ignominiosamente a su vista dejando resagados i dispersos.*

Apesar de sus palabras i de su júbilo aparente, Santa-Cruz comprendia las ventajas que el abandono de Lima reportaria a los contrarios, a la vez que la superioridad de su ejército servido por una marina respetable. Su espíritu inquieto, debió medir con el pensamiento, los estragos que haria a su causa i a su poder una rápida incursion en el sur i en Bolivia, defendi-

das por guarniciones de aparato, como eran los cuerpos de reclutas i los cívicos disfrazados de soldados.

Estas consideraciones i muchas otras, debieron empañar el brillante colorido del cuadro que se ofreciera a su vista el dia de su entrada a Lima, como lo prueban sus propuestas de paz, i rechazadas éstas, su vivísimo anhelo de improvisar fuerzas navales.

Una de las proposiciones del ministro Wilson en las conferencias de Huacho correspondía a esta inquietud; aquella en que Santa-Cruz pidió la igualacion del poder marítimo de los dos países o lo que era lo mismo el restablecimiento en su favor de las condiciones de la lucha. Hallábase ademas ansioso de conocer el plan de guerra del ejército de Chile, i lo preocupaba vivamente la idea de que pudiera modificarlo de un momento a otro, prevalido de su movilidad marítima.

«Los montes i las cordilleras de la Sierra (decia en altisonante lenguaje), los arenales i los bosques de la costa os facilitan la resistencia, haciendo útiles vuestras armas domésticas *para contrarestar la movilidad marítima a cuyo favor puede el enemigo substraerse de la presencia del ejército.*»

El principal objeto de sus atenciones en Lima, fué fomentar, de cualquier modo, la creacion de una escuadra; ya fuese azuzando las pasiones aventureras de algunos comerciantes estranjeros, o ya pidiendo a gran prisa dos embarcaciones a don José Joaquin de Mora, su actual ministro en Paris. No era la primera vez que el Protectorado tentaba este recurso. Habíalo tocado infructuosamente en 1837, ántes i despues de la desaprobacion del tratado de Paucarpata. A sus esfuerzos de otro tiempo añadia hoi los alhagos, ofreciendo elementos i recursos al que quisiera lanzarse en las aventuras de la guerra de corso, i llegando hasta solicitar personalmente a cada uno de los que pudieran secundar su pensamiento.

La colonia francesa suministró el mayor continjente de socios, i despues de marinos. Un frances, llamado Remy, antiguo boticario segun se dijo, ayudado por sus compatriotas Laurent, Nussard i otros, consiguió armar en poco tiempo dos embarcaciones dotadas de oficiales estranjeros, de tropa peruana, de armas i de cañones suministrados por el Protector.

La ocasion era oportuna para tentar uno de esos golpes brillantes, con que la fortuna sonrie aun a los que quiere perder. La escuadra de Chile estaba, a la sazon, repartida en la dilatada costa del Perú, i entregada a la ciega confianza de su indisputable superioridad.

No ha llegado aun el momento de relatar la campaña iniciada el dia en que los corsarios franceses se lanzaron a la mar, ni de referir los hechos que trasformaron a dos buques piratas en una escuadrilla temible para el comercio neutral. Bástenos, por ahora, dejar asentado que el corso era ya un hecho; que la Confederacion tenia ese nuevo elemento de fuerza i que la realizacion de esta medida deseada, desde tanto tiempo, fué uno de las mas importantes con que señaló Santa-Cruz su corta estadía en Lima.

Recorramos ahora, a la lijera, los principales medios de que se valió para dar enerjía i resistencia a su causa en peligro. Su atencion se contrajo principalmente a Lima, cuya opinion habia variado desfavorablemente a su respecto desde hacia algun tiempo. Muchos de los que salieron entusiastas a arrojar flores a su entrada, se manifestaban hoi descontentos de su conducta con Orbegoso, que saboreaba en las playas del Ecuador el acíbar del destierro i de su imprevision. Aunque tarde, se habia llegado a comprender la política de Santa-Cruz i la manera sagaz i solapada, con que habia minado al último hombre de prestijio que representara la Patria peruana. Estas consideraciones unidas al recuerdo de la revolucion de julio, debieron modificar la opinion de Lima i fué a causa de esto que Santa-Cruz creyó necesario prevenir los acontecimientos que pudieran sobrevenir en su ausencia, creando en la capital la Guardia Nacional, compuesta de infantería i de caballería (1).

Esta medida de un carácter defensivo, es de escasa importancia, comparada con las que se referian a la guerra misma. Su pensamiento no se apartaba un momento de las divisiones chilenas, que proseguian entretanto, su marcha al interior.

Apesar de que el jeneral Búlnes se internaba resueltamente en la Sierra, no habia determinado aun, con fijeza, el plan

(1) Decreto de Riva-Agüero.—Noviembre 15 de 1838.

de sus futuras operaciones. Sabia que estando «las cosas de la guerra sujetas a mil contrastes i continjencias» no era posible precisarlas con anticipacion.

Sin embargo, sus ideas a este respecto, en aquella época, eran las siguientes:

(Reservado.)—«Esta (la campaña, en la Sierra, decia a su gobierno) se abrirá en el mes de marzo venidero, época en que termina la estacion de las lluvias en aquellas rejiones. Entre tanto, se arreglará i disciplinará nuestro ejército, aumentándose con las altas de los hospitales, i el ejército peruano no solo logrará estos beneficios, sino tambien el incremento de dos batallones mas. Con semejante aumento de fuerzas nos encontraremos en estado de obrar con ventajas en estos lados de la Sierra, i de emprender al mismo tiempo por la parte del Sud, en connivencia con el batallon Chillan que se enviaria de Valparaiso i como 300 caballos que pido a V. S. para nuestra caballería, formando en todo una division de 3000 a 4000 hombres, *con que podria penetrarse hasta el Cuzco o la Paz segun convinjera*» (21 de noviembre).

El interes de Santa-Cruz por conocer ese plan, se revela en las publicaciones oficiales de su gobierno. Sus conjeturas i las de sus allegados están hábilmente espresadas en el *Eco del Protectorado*, que llegó a comprender, con bastante aproximacion, el pensamiento del enemigo. Solo pueden reducirse a tres, decia este periódico, las combinaciones que medita el ejército contrario: 1.ª aguardar en Huacho al ejército peruano i apoyar una de sus alas en la escuadra; 2.ª *marchar a Huaraz i reponerse para emprender sus operaciones*,—lo que sujiere al autor estas reflexiones alhagueñas: «Si esto se verificara, en realidad, a saber, la ocupacion de la Sierra i que allí quisieran sostenerse, marcharíamos a buscarlos *con la mitad del ejército del norte, seguros de vencerlos en ocho dias* con mui pocos esfuerzos de nuestra parte;» i 3.ª dividir su ejército en dos porciones, hacer con una la guerra en el Norte, i con la otra en el Sur, recibido que haya de Chile un refuerzo de caballos.

Pero ¿de qué provenia el marcado interes de Santa-Cruz por abrir la campaña? ¿Era acaso la seguridad del triunfo obtenido a poca costa, lo que aguijoneaba su espíritu i su ambicion?

Es que su situacion en Lima comenzaba a hacerse insoste-

nible, por las mismas causas que atormentaban nó ha mucho al ejército chileno. Sus soldados, oriundos de Bolivia, no resistian al clima insalubre de la capital. El ejército boliviano habia heredado la situacion difícil i precaria del ejército chileno, i la ciudad de Lima, era una red en que se habia dejado prender su vanidosa sencillez. Aparte de estas consideraciones, habia otras de un órden político. Santa-Cruz temia por la tranquilidad de Bolivia, que comenzaba a ajitarse contra él por las sujestiones del jeneral Ballivian, lo que lo hacia desear doblemente la terminacion de la campaña.

El jeneral Herrera esplicaba, algunos años mas tarde, en estos términos, los motivos que impulsaban a Santa-Cruz a buscar en un campo de batalla al ejército chileno: «La primera razon era, porque los franceses le habian prometido tomar la escuadra chilena en Casma, i 2.° porque ansiaba dar una batalla para tranquilizarse sobre Bolivia, pues este pais estaba descontento i Ballivian le habia dado inquietudes.

«El le habia ofrecido hacerlo presidente i sin embargo habia hecho a Calvo, paisano, que habia sido su ministro, etc.»

Esta resolucion mantenida en suspenso causaba males de consideracion a su ejército, que sufria, a la sazon, de los mismos quebrantos que habian atormentado al de Chile cuando aguardaba su bajada de la Sierra. Decidióse, por fin, con resolucion, a salir de esa actitud espectante. Su plan se redujo a una sola idea: a perseguir al ejército chileno, hasta darle alcance. Sus divisiones debian reunirse en un punto determinado i marchar resueltamente contra el enemigo.

Formado este propósito, no tardó en ponerlo en ejecucion. A mediados de noviembre salió de Lima, por el camino de Chancay, el coronel Carrasco (1) con 270 hombres, a espiar la marcha del Ejército Restaurador i sorprender una columna lijera de 40 soldados i algunos montoneros, mandados por el comandante Ponce. Mas o ménos al mismo tiempo, salió de Lima el jeneral don Pedro Bermudez, con una division formal compuesta de dos batallones de infantería i de un escuadron de caballería, que tomó posiciones cerca de Canta i continuó de ahí su marcha hácia la Sierra, por el camino de Cajatambo, inclinándose al

(1) Placencia dice equivocadamente el coronel Guilarte.

cerro de Pasco. Posteriormente salieron de Lima las divisiones de Herrera i de Moran, compuestas de 6 batallones en la misma direccion que las fuerzas de Bermudez. El jeneral don Juan Pardo de Zela conservaba su puesto de comandante militar de las provincias de Junin i de Huaylas.

Bástenos por el momento enumerar las principales disposiciones militares tomadas por Santa-Cruz. Conozcamos ántes sus trabajos en Lima, para completar el cuadro de las principales medidas con que trató de tornar a su favor una situacion que él mismo habia creado. Fué una de ellas declarar nulos, como de costumbre, los actos del gobierno anterior; hacer tabla rasa sobre todo lo que hubiese tocado la mano impura e ilejítima del jeneral Gamarra. Llamólo por otro lado a la reconciliacion, ofreciendo a los emigrados el olvido de su conducta pasada, sin mas que acojerse a la sombra de su poder. El único inconveniente de esta política magnánima, era que podia contraponerse con sus mismos actos, pues, *el dia anterior* habia dictado un decreto despojando de todos sus empleos a los que firmaron el acta de proclamacion del jeneral Gamarra. El presidente Riva-Agüero amenazaba el mismo dia con la pena capital al que se comunicase con los enemigos, en un decreto cuyo primer considerando merece recordarse a título de curiosidad histórica:

«Considerando: que los invasores chilenos i el intruso gobierno de la capital huyen despavoridos de las armas de la Confederacíon, hácia los pueblos del norte de la República cargos de la execracion del país i del peso de su afrenta i de su perfidia......» (1).

El clima de Lima i la escasez de recursos eran los grandes enemigos que Santa-Cruz tenia que vencer. La guerra habia vaciado sus arcas tan provistas en otro tiempo, lo que lo obligó a reducir en la mitad el sueldo de los empleados civiles i de finanzas. No se ocultaba a su mirada intelijente las resistencias que su causa encontraba entre muchos peruanos, desde que la espatriacion de Orbegoso habia venido a poner en claro la fé que se debia a su política i a sus promesas.

La opinion del pueblo se modificaba en su contra, lo que añadido a la necesidad de dar una apariencia de verdad a la

(1) Decreto de 15 de noviembre de 1838.

palabra solemne empeñada a Orbegoso, lo puso en la necesidad de espedir un decreto, convocando a un Congreso jeneral de los tres estados, que debia reunirse en Lima, en el Cuzco i en la Paz, quince dias despues de terminada la guerra, cuando ya hubiese orlado sus sienes con los laureles del triunfo. El Congreso debia resolver si la Confederacion merecia vivir o si debia morir. El único mérito de esta medida consistia en su inutilidad, llevada a la práctica. Si el Congreso se hubiese reunido al dia siguiente de una victoria, estaba fresco el recuerdo de las asambleas de Huaura i de Sicuani para calcular la dósis de libertad electoral, que el vencedor dejaria a sus súbditos; i si la campaña le fuese funesta, rodaria por sí solo, sin necesidad de Congreso, el fastoso andamio que sostenia el edificio de su ambicion i de su poder.

Hemos enumerado entre sus medidas mas importantes la creacion del corso, que de un simple deseo habia pasado a la categoría de un hecho consumado. El jeneral Búlnes informado de sus aprestos navales, envió al Callao al comandante Bynon con el *Aquiles*, a reforzar las dos pequeñas embarcaciones *Janequeo* i *Colocolo* que permanecian en aquel puerto, a la vez que a impedir que los corsarios se dirijiesen a las costas de Chile a hostilizar el comercio de cabotaje i aun el de intercambio, lo que habria introducido el pánico en el comercio marítimo de la costa que vivia al abrigo de su superioridad naval.

Los aprestos se continuaban a la sazon activamente en el Callao. El entusiasmo de los aventureros franceses era excitado hábilmente por el mismo Protector, i gracias a el, se lanzaron a la mar tres embarcaciones corsarias, la *Edmond*, la *Smack* i el *Perú*.

¿Qué compromisos mediaban entre Santa-Cruz i los armadores para que éstos se aventurasen, de su cuenta i riesgo, a correr los peligros de una guerra? Se comprenderá la dificultad de responder acertadamente a una pregunta que corresponde a un arreglo secreto, pasado entre dos interesados. Sin embargo, díjose entónces que el Protector, ademas de los recursos en dinero, en hombres, en buques, en cañones, etc., se comprometió a comprarles los cascos i cañones de los buques apresados, aseveracion que tiene todas las apariencias de la verdad, pues,

uno de los mas importantes fines que persiguiera con el corso, era aumentar su reducida escuadrilla.

En cuanto al espíritu de los aventureros que se enrolaron en la empresa, baste saber por qué medios se obtuvo su concurso. Hé aquí la proclama de enganche encontrada en el *Arequipeño.*

«Marineros: Es llegado el momento de enriquecerse en pocos dias, pues una fuerte escuadra se habilita para destruir a los infames chilenos, despues de cuya consumacion se os darán 200,000 pesos. Por cada cañon que quiteis a los enemigos se os darán 1,200 pesos. Por cada cien toneladas de trasporte que destruyais 1,000 pesos. Por cada prisionero de guerra 17 pesos, i a mas 1,000 si apresais 5 trasportes enemigos. Se os ofrece una onza de oro adelantada i tendreis a bordo buen rancho. Venid pues a engancharos en el Callao, en el callejon de Rios.»

Dijimos ya, que la ocasion era brillante para tentar a la fortuna. En la época a que hemos alcanzado, la corbeta *Libertad*, mandada por Postigo, navegaba con rumbo a Payta acompañando a la *Socabaya* que iba en mal estado: el *Aquiles*, el *Arequipeño*, la *Colocolo* i la *Janequeo* se dirijian al Callao: la corbeta *Valparaiso*, salió dos dias despues de la partida de Bynon, con el mismo rumbo i por consiguiente navegaba sola: el grueso de la Escuadra, compuesto del *Orbegoso*, la *Confederacion* i la *Monteagudo*, permanecia en Samanco donde estaba el comandante Simpson con algunos trasportes. Cada buque navegaba separado, sin abrigar ningun temor.

En estas circunstancias una escuadrilla enemiga, por pequeña que fuese, obrando con actividad, podia irrogar sérios perjuicios al comercio chileno i aun al ejército, sorprendiendo las embarcaciones de guerra que se alejaban de la escuadra. Esa actividad no haria falta a los audaces empresarios que perseguian en el mar la fortuna que la tierra les negara.

Bynón surjió enfrente del Callao en los últimos dias de noviembre, en momentos en que los buques corsarios estaban listos para zarpar. Algunos dias despues de su partida de Supe, habia marchado a reunírsele la corbeta *Valparaiso*, conduciendo pliegos del jeneral en jefe, pero a su llegada al Callao se supo que la escuadrilla de Bynon habia hecho rumbo al norte. ¿Qué mo-

tivo habia podido obligar a Bynon a suspender repentinamente el bloqueo i a abandonar el puesto que se le habia confiado?

Poco despues de su llegada al Callao, i reunido con la *Janequeo* i la *Colocolo*, que cruzaban a la altura de San Lorenzo, supo que el enemigo se preparaba para darse a la vela. En efecto, en la mañana del 24 de noviembre los corsarios que, a mas de su ordinaria tripulacion, llevaban 300 soldados de línea, seguidos de las fuerzas sutiles de la plaza, tan bien tripuladas como las embarcaciones mayores, salian a velas desplegadas de la bahía del Callao en demanda, al parecer, de la escuadrilla bloqueadora. La arrogancia de su marcha hizo creer al comandante Bynon que caminaban al asálto de su escuadra. Retiróse entónces mas afuera, para obligar a los corsarios a separarse de las embarcaciones menores que no hubieran podido seguirlo en su lijera marcha, i efectivamente llegaron a tiro de cañon de la escuadrilla chilena, que estaba apercibida para el combate. Cruzáronse algunas balas por ambas partes, i un momento despues los asaltantes se retiraron apresuradamente al Callao a reunirse con sus fuerzas sutiles, lo que pudieron efectuar en la rejion llamada de las *Calmas*.

Esta primera tentativa, si bien no tuvo ningun resultado lamentable para la escuadra chilena, reveló al comandante Bynon que su situacion en San-Lorenzo no era tan segura como lo habia sido hasta ese dia, i que no le seria posible vivir, como hasta entónces, al abrigo de su superioridad, sino de su vijilancia i de sus cañones. Esta razon lo decidió a abandonar momentáneamente el bloqueo, para tripular mejor sus embarcaciones.

El aislamiento de las divisiones de la escuadra impedia que los comandantes supiesen a punto fijo la situacion de las embarcaciones que no estaban bajo sus inmediatas órdenes. Bynon creia que la *Santa-Cruz* venia en marcha desde el sur i deseoso de evitarle una sorpresa, envió a su encuentro la goleta *Colocolo*, esponiéndola a su vez a ser sorprendida i tomada. Si una escuadrilla compuesta de 3 buques no se consideraba segura al frente del Callao, ¿en qué situacion quedaba una sola embarcacion de escasísimo poder? Esta medida no tiene mas esplicacion que la necesidad de dar aviso del peligro a otra embarcacion que se la suponia navegando en esas mismas

aguas, plagadas de corsarios. Algunos dias despues fué a reunírsele la goleta *Janequeo*.

En estas circunstancias, es decir, cuando Bynon abandonando el bloqueo se dirijia al norte, llegó al Callao la corbeta *Valparaiso* con pliegos del jeneral en jefe. Durante su ausencia, los corsarios enemigos se habian hecho a la vela con el propósito de visitar toda la costa hasta Payta.

Entre tanto, reunido Bynon con Simpson en la caleta de Barranca, recibió óden de regresar inmediatamente al Callao a continuar el bloqueo i juntarse con la *Valparaiso*, cuya suerte inspiraba a los marinos las mas dolorosas inquietudes. Bynon regresó en el mismo dia llevando, ademas de sus propias embarcaciones, el *Aquiles* i la *Santa-Cruz*.

Entre tanto el comandante Simpson habia variado nuevamente su fondeadero de Supe, i trasladádose a Samanco, que cambió a su vez por el de Santa. La escuadra buscaba, en vano, entre esas caletas áridas i pobres, un lugar apropiado para su permanencia sin poder hallarlo, pues, las costas del Perú eran tan inclementes con el ejército de Chile como sus ciudades i valles. A peticion del jeneral Vidal dejó en Barranca al bergantin *Arequipeño* que habia de servir de tema, al mas triste episodio de esta campaña naval, i tambien a su mas brillante revancha.

¿Veamos qué suerte corria la escuadrilla de Bynon, i los buques que quedaron a su espalda en su primera retirada? Todo dependia en ese momento de su actividad, porque el resto de la escuadra confiada en él, navegaba sin precauciones, conduciendo soldados i recursos. Bynon supo, en su marcha, por un buque aleman, que los corsarios habian abandonado su fondeadero del Callao i dirijídose al norte. Esta noticia lo arrojó en una perplejidad fácil de comprender. ¿Debia cumplir su comision, llevando el bloqueo a un puerto, en que ya no existian enemigos, o volveria sobre sus pasos, para evitar un fracaso seguro, a los trasportes i buques de guerra repartidos en el litoral? ¿Obrando así no esponía tambien a una sorpresa, a las embarcaciones que llevaba encargo de reunir?

Temeroso, tal vez, de que una segunda retirada se prestase a comentarios desfavorables a su bien sentado crédito continuó su marcha al Callao; pero ántes comunicó a Simpson, por medio de un bote, las noticias recibidas.

Algunos dias despues se reunió cerca del Callao con las tres embarcaciones que llevaba encargo de reunir i de protejer, i como las circunstancias hubiesen cambiado totalmente, por la salida de los corsarios, espuso a los comandantes, reunidos en consejo de guerra, los términos de su duda i de su inquietud, El consejo manifestó unánimemente la opinion de suspender el bloqueo por segunda vez, i de marchar en auxilio de las embarcaciones, que estaban en el norte. En conformidad de este acuerdo, la escuadrilla se hizo nuevamente a la vela en la mañana del 3 de diciembre, i tres dias despues surjió en Santa. Horas ántes de llegar a su fondeadero divisó Bynon tres enbarcaciones ocultas en la brumas del horizonte, i un momento despues pudo distinguir dos buques, que junto con hacer fuego sobre aquellas embarcaciones, izaban en su palo mayor el estandarte de Chile.

No referirémos todavía la causa de esas manifestaciones hostiles, ni podríamos hacerlo sin incurrir en un anacronismo histórico.

Hemos dicho, que el comandante Simpson habia dejado en Supe, a peticion de Vidal al bergantin *Arequipeño* i que los corsarios, sabedores de sus situacion aislada salian del Callao a media noche para ejecutar, con mejor éxito, la sorpresa que tenian proyectada.

El jeneral Vidal, que habia sabido por Bynon la apróximacion del enemigo, ordenó al comandante del *Arequipeño* que se hiciera a la vela para Samanco, donde estaba Simpson; pero apénas se empezaba a dar cumplimiento a esta órden, cuando se presentaron los corsarios a la vista del puerto, mandados por un aventurero frances llamado Blanchet. Los asaltantes fueron reconocidos con tiempo por el comandante del *Arequipeño,* quien en vez de pensar en la salvacion de su buque o en su defensa, solo trató de ganar la tierra, dejando el buque i la tripulacion a merced del enemigo. Blanchet se apoderó de el sin disparar un tiro.

Sea dicho en honor de nuestra marina, que el *Arequipeño* no pertenecia a Chile sino al Perú. Fué uno de los buques sorprendidos en el Callao por don Victorino Garrido en 1836, que habia sido restituido al Perú por el jeneral Búlnes en el tratado de subsidios que estipuló con Laso, en octubre de ese

mismo año. Por consiguiente el *Arequipeño* habia dejado de pertenecer a la escuadra de Chile i el gobierno peruano le habia nombrado un nuevo comandante. Pero, de todos modos, las consecuencias del desgraciado suceso, ya que no el deshonor, refluian sobre el ejército chileno, cuya superioridad disminuia en la misma proporcion en que aumentaba la del enemigo.

El suceso del *Arequipeño* vino a confirmar, aunque tarde, la certera prevision con que el gobierno de Chile no aprobó, sin reserva, esta cláusula del contrato de alianza, diciendo *que la entrega del Arequipeño i la de Santa-Cruz podria complicar las operaciones*. (1)

Los corsarios, orgullosos de su fácil triunfo, sacaron su presa de las aguas de Supe para dirijirse a Payta, donde se encontraba la *Libertad* i la *Socabaya* (2). Los principios de su campaña fueron tan alentadores i brillantes como fué de desastroso su fin. En la travesia se apoderaron de dos buques mercantes (*Saldivar* i *San Antonio*) que incendiaron, despues de tomados.

Pasaban a la altura de Santa cuando fueron vistos por la division de Simpson el que, midiendo mas su ardimiento que el número de sus enemigos, se lanzó a mar abierta en su persecucion i fué en ese momento cuando se avistó la escuadrilla conducida por el comandante Bynon. Este, sin pérdida de tiempo se lanzó en alcance de los corsarios, con tanto ímpetu como mala ventura, porque despues de haberlos perseguido inutilmente durante algunas horas, los perdió de vista en la noche.

Pero si la persecucion de la escuadra chilena no tuvo por resultado arrebatar el *Arequipeño* de manos de sus captores, Bynon consiguió siquiera, apoderarse de la goleta *San Antonio* i devolver la libertad a una parte de los prisioneros que se hallaban en ella.

La noticia de la captura del *Arequipeño* produjo en el Cuartel Jeneral chileno un pesar proporcionado al entusiasmo que despertó en el círculo oficial de Lima. La fausta nueva, llegada en la noche a la capital, fué comunicada al público en el

(1) Santiago, diciembre 12 de 1838.
(2) Parte de Blanchet.—*Eco del Protectorado*, núm. 138.

teatro por el mismo Protector, i recibida con el mayor alborozo i entusiasmo.

La escuadra aliada sufria el peso de la afrenta que aquel suceso arrojaba sobre élla. «Supongo a V. S., decia Búlnes a Postigo, (diciembre 29) en ese puerto (Santa) reunido al resto de la escuadra i suficientemente instruido de los acontecimientos navales que han tenido lugar desde là salida de V. S. del puerto de Huacho; acontecimientos deplorables i contra los cuales no ha podido hasta ahora tomarse medida alguna efectiva, para evitar los males i embarazos que ellas nos ocasionan i de que se resentirán todas las operaciones futuras de la presente campaña. Es necesario, pues, señor Comandante (ahora que se halla V. S. de nuevo al frente de la escuadra) no perder un momento en hacer por nuestra parte los mayores esfuerzos para remediar estos males i para vindicar al mismo tiempo el honor de la marina chilena, desgraciadamente atacado por solo dos corsarios.»

En esa misma época envió a la costa al Intendente Jeneral del Ejército don Victorino Garrido, para que arbitrase, de acuerdo con Postigo, todas las medidas tendentes a la seguridad de la escuadra.

Vueltos los corsarios al Callao despues de la captura del *Arequipeño*, Búlnes ordenó al comandante Postigo que, de acuerdo con Garrido, enviase cuanto ántes una fuerte division para bloquear a los buques enemigos en el centro mismo de sus recursos i de su poder. Comparadas estas advertencias con los sucesos, no puede ménos de reconocerse que resumen el plan que debió seguir nuestra escuadra i que su fiel ejecucion habria bastado para evitar los males que se deploraban. Búlnes temia con razon, que los corsarios, envanecidos con su triunfo, se dirijiesen a las costas de Chile a hostilizar el comercio de cabotaje; temia el mal efecto que esa incursion produciria en la opinion pública de Chile i los males que pudiera ocasionar la súbita aparicion del enemigo, en medio del comercio descuidado.

Para neutralizar estos peligros, salió con rumbo a Chile una escuadrilla de tres buques (el *Aquiles*, la *Janequeo* i la *Colocolo*) i de dos trasportes, a las órdenes de Bynon, que surjió en Talcahuano sin haber avistado enemigos i pasó de allí a Valparaiso.

A la sazon, el gobierno de Chile que habia reunido en Concepcion la division ausiliar que debia conducir el entónces coronel don Justo Arteaga, quiso aprovechar la llegada de los buques para escoltarla hasta el Perú. Sucedia esto a principios de enero de 1839, en los mismos momentos en que se jugaba en las montañas de Ancachs la suerte de la guerra. Los célebres combates que tuvieron lugar en el Perú, hicieron inútil el envío de ese refuerzo i el regreso de la escuadrilla.

Entre tanto Simpson, se habia marchado a Huanchaco despues de la partida de Bynon, en busca de algunos soldados peruanos que habia reunido Gamarra i La-Fuente i regresado con ellos a Santa, en los primeros dias de enero.

El interes de la claridad nos hace preciso llegar hasta el término de esta campaña marítima, a riesgo de trastornar el órden cronolójico de los sucesos.

Miéntras se realizaban en la costa los acontecimientos que pasamos a referir, sucedian en el interior del Perú, en las gargantas de la Sierra, hechos de un carácter mas trascendental. Sin embargo, ya que hemos acompañado a la escuadra en sus reveses, acompañémosla en sus triunfos. Despues seguiremos al ejército chileno en su marcha difícil i laboriosa i en su desquite jigantesco de Yungai.

Entre tanto, Postigo que, por órden de Búlnes, se habia reunido con el comandante Simpson en Santa, envió a éste a la caleta de Casma con una escuadrilla de tres buques, la *Confederacion*, la *Santa-Cruz* i la *Valparaiso*, a hacer provision de leña.

Simpson descansaba en la confianza de avisos recientes, que aseguraban que la escuadra enemiga permanecia fondeada en el Callao. Sin embargo, desembarcó en Casma los soldados del Carampangue que formaban la guarnicion de los buques al mando del esforzado teniente del mismo cuerpo, don Andres Campos, el que a su vez colocó un vijía en una altura que domina la bahía.

El primer dia (11 de enero) se hizo sin ninguna dificultad el carguío de la leña; pero en el medio dia del siguiente, el centinela apostado en la altura, dió parte que se divisaban velas en el horizonte. Simpson trató de subir el cerro para cerciorarse del anuncio por sí mismo; pero como el camino fuese

escarpado, i mui larga la distancia para llegar a la cumbre, se dejó rendir por la fatiga i retrocedió desde la mitad de la falda.

Suspendido inmediatamente todo trabajo i avisados los comandantes de la proximidad del enemigo, se tomaron disposiciones para resistirlo, colocando los buques en son de combate, distribuidos del modo siguiente: la *Confederacion* se situó al frente a guisa de avanzada, a una distancia proporcional de la *Valparaiso,* que tomó colocacion a su derecha i de la *Santa-Cruz* que ocupó una situacion análoga a su izquierda. En la base de este triángulo o mas apropiadamente, a retaguardia de la línea, se colocó el trasporte *Isabel* que conducia la leña.

El altivo marino, que debia inmortalizar su nombre en ese dia afortunado, era orijinario de Inglaterra, de donde vino, a principios del siglo, como tantos otros defensores de nuestra libertad naciente. Simpson sirvió algunos años a las órdenes de Cochrane, i cooperó a todas las grandes empresas que realizó el jenio i la audacia de ese marino ilustre.

Su nombre está vinculado a los mas importantes sucesos navales de la guerra de la independencia, por haber acompañado a Cochrane a Valdivia i al asalto de la *Esmeralda* i convoyado a San Martin en su marcha al Perú con el Ejército Libertador.

Desde entónces su crédito se fué estendiendo i sus servicios ejecutándose en la vasta esfera, que le iba abriendo, en proporcion creciente, el crédito de sus pasados i de sus actuales servicios. En Casma, Simpson se hizo digno de estos antecedentes; la misma distribucion de su línea, colocando a su buque de avanzada i en el centro del peligro, testifica la arrogancia i altivez de su carácter.

A las cuatro i media de la tarde de ese dia (12 de enero) el *Arequipeño,* penetró valientemente a la bahía, i despues de reconocer a poca distancia la posicion del enemigo, puso de nuevo su proa hácia la mar, donde se reunió con el resto de la escuadrilla. Los corsarios, con un arrojo digno de mejor causa, se decidieron a asaltar al abordaje a los buques chilenos, i a las 5 de la tarde, mas o ménos, penetraron al puerto sin hacer manifestacion hostil, hasta que estuvieron a distancia de tiro de fusil.

La escuadrilla de los corsarios se componia del *Arequipeño*, la *Edmond*, la *Mejicana* i la goleta *Perú*. Los dos primeros marchaban a la cabeza del convoi, con tal impetuosidad, que no pudieron detenerse a tiempo i pasaron rozando a la *Confederacion* que les hacia un fuego vivo de infantería i de artillería, i aun llegaron a enredarse con ella en los primeros momentos.

La tropa de Simpson, formada en la cubierta, hacia un fuego activo i violento sobre las tripulaciones enemigas, que pretendieron infructuosamente abordar la cubierta.

Desenredados de la *Confederacion*, despues de algunos esfuerzos, el *Arequipeño* i la *Edmond* pasaron a la segunda línea aproximándose a la *Santa-Cruz*, hasta el estremo de que el *Arequipeño* se enredó con ella, como le habia sucedido hacia un momento con la *Confederacion*.

Allí intentaron nuevamente tomar el buque al abordaje, sin que sus esfuerzos consiguiesen doblegar la tenaz i sangrienta defensa de los marinos i de los soldados de Campos.

Entre tanto, la *Mejicana* i el *Perú* bombardeaban a corta distancia a la *Valparaiso* i a la *Confederacion* que respondian con la misma enerjía.

En ese momento un espectador de tierra no habria podido ver sino un hacinamiento de buques confundidos entre sí; la *Edmond* cruzando sus fuegos de fusilería i de artillería con la *Confederacion*; el *Arequipeño*, enredado con la *Santa-Cruz*, haciendo supremos esfuerzos para deshacirse de ella.

«Era sin duda un espectáculo tremendo i sublime al mismo tiempo, dice un testigo ocular (1), el ver un grupo de cuatro buques (la *Edmond*, el *Arequipeño*, la *Santa-Cruz* i la *Confederacion*), todos a quema-ropa, enredados los tres primeros por un breve momento, i despues el segundo i tercero, haciendo un fuego infernal de cañon, de fusil, de granada de mano, i la gritería incesante de nuestra jente con el imponente *¡Viva Chile!* i la cubierta inundada de sangre i ardiendo, al mismo tiempo, con la pólvora derramada sobre ella.»

Despues de hora i media de combate, en que el *Arequipeño*

(1) Carta de don Santiago Ballarna al jeneral Búlnes.—Casma, 14 de enero de 1888.

no habia conseguido desasirse del buque que involuntariamente lo retenia prisionero; habiendo perecido Blanchet, víctima de su osadía, aparte de los perjuicios materiales que el cañoneo les habia causado, las embarcaciones enemigas se pusieron en fuga, dejando en nuestro poder al *Arequipeño*, i borrando así la afrenta que habia impuesto a la escuadra restauradora, su fácil aprehension en Supe.

Los buques chilenos, lastimados con los fuegos del enemigo no pudieron perseguirlos.

El comandante Simpson, al dar cuenta del suceso con justo orgullo al jeneral en jefe, recomienda especialmente a los comandantes de la *Santa-Cruz* i de la *Valparaiso*; al teniente Campos, que adquirió desde ese dia una una reputacion envidiable de soldado; al guarda marina don Domingo Prieto; al cabo del Carampangue José María Arestey; al soldado Tomas Cuevas i al distinguido coronel de injenieros don Santiago Ballarna, que permanecia a bordo por enfermo, privando así al Ejército Restaurador del ausilio de su intelijencia, de su celo i de su distinguido valor (1).

El resultado de este combate fué el rescate del *Arequipeño*; la muerte de su comandante i de 13 hombres del equipaje; 70 prisioneros, sin contar los heridos i muertos de las embarcaciones que emprendieron la fuga.

La escuadra aliada volvió por su honor comprometido en Supe 45 dias ántes.

El combate de Casma cierra dignamente la campaña a que fué provocada la marina chilena por los ajentes del jeneral Santa-Cruz.

Los corsarios se dirijeron precipitadamente al Callao donde desarmaron sus buques para conducirlos a Guayaquil, con bandera francesa.

Así fueron desbaratados, de un solo golpe, los esfuerzos perseverantes de Santa-Cruz para levantar el poder naval de la Confederacion i simultaneamente los cálculos interesados de los que se prestaron a servir de corsarios. El caprichoso destino que lo elevara un dia al colmo de los honores i del poder, parecia complacerse en deshacer su obra; al mismo

(1) Parte oficial.—Casma 13 de enero de 1839.

tiempo que Simpson daba el golpe de muerte a sus audaces tentativas en el mar, Búlnes asestaba a su poder terrestre un golpe tan brillante como decisivo. Ocho dias fueron bastantes para anonadarlo en mar i tierra i para reducirlo de la condicion de soberano a la de prófugo.

Profunda leccion que no debieran olvidar los que aspiran a aprovechar la fortuna, con que la Providencia corona sus esfuerzos, en el logro de su ambicion i no en el bien de sus pueblos!

La humanidad, cuya causa es comun i cuyos intereses son recíprocos, no permite por largo tiempo el ultraje de sus mas sagrados fueros. Las ofensas a un pueblo lastiman indirectamente a otro, i sin plan ni acuerdo preconcebido se arma la mano vengadora que devuelve a la civilizacion sus derechos.

Si no fuera otra la leccion que pudiera sacarse de esta historia, ella seria de por sí suficientemente provechosa. Santa-Cruz conquistó el Perú i lo avasalló: una parte de la América se consideró amenazada con su proceder i Chile fué el brazo vengador que, desbaratando sus planes, devolvió a la America su seguridad i al Perú su independencia.

CAPÍTULO XII

Marcha de los Ejércitos Restaurador i Protectoral a las provincias del norte

La necesidad de presentar en un haz todos los términos del gran problema que iba a decidirse en el norte, nos obligó a separarnos de los ejércitos rivales, en los momentos en que uno se ponia en marcha hacia Huacho, i en que el otro ocupaba la ciudad de Lima. Volvamos nuevamente la vista a esas dos grandes entidades, que anhelaban impacientemente terminar la contienda.

Dijimos que el jeneral Santa-Cruz se habia resuelto a buscar en el norte al ejército chileno i que con ese objeto habian salido de Lima tres columnas, mandadas por los jenerales Bermudez, Herrera i Moran.

El Ejército Restaurador habia desembarcado a su vez en Huacho donde se encontraban, a mediados de noviembre, las fuerzas chilenas i los batallones peruanos, tan incompletos i mal traidos, que solo por ironía merecian el nombre de tales. Envióselos al departamento de la Libertad a cargo del jeneral Lafuente que creó con la base de sus cuadros, los batallones Huaylas i Cazadores del Perú.

Los enfermos del ejército chileno fueron tambien enviados al norte: una parte a Trujillo a cargo del sarjento mayor don José García: los atacados de mal venereo, a Piura, i los de ménos gravedad quedaron en Huacho.

El jeneral don José María Raigada, que debia ayudar a Lafuente en la formacion de los batallones peruanos, fué nombrado comandante jeneral de la 1.ª division. Los peruanos emigrados de Lima, se repartieron en los pueblos del litoral, a donde quedó una division lijera mandada por el jeneral don Francisco Vidal, el mismo que influyó con Orbegoso por la alianza con el ejército chileno i que viendo frustradas sus patrióticas tentativas i envuelta la causa de su país en vergonzosas complicidades, se adhirió francamente al Ejército Restaurador. Su cooperacion era mui útil en esos momentos, no solo por su significado moral, sino por sus cualidades personales i por su influencia en esas provincias de que era oriundo. Gamarra lo nombró comandante jeneral de la costa, título mas pomposo que real, i Búlnes le confió una columna de 50 cazadores, de 25 carabineros i de 30 soldados peruanos. Mas bien que protejer la vasta faja de tierra que abarcaba su juridiccion, la columna lijera de Vidal tenia por objeto, servir de avanzada al Ejército Restaurador, manteniéndose en los parajes, que tenia que atravesar el enemigo para llegar hasta él.

El jeneral Gamarra, moviendose en la esfera de su accion, nombró varias autoridades militares para los pueblos de la costa i del interior, entre otros al coronel don Manuel Mayo para aposentador del ejército, es decir, encargado de acopiar víveres i forrajes en los lugares que hubiese de atravesar. Mayo llevó consigo algunos oficiales peruanos que ocuparon sucesivamente, en calidad de jefes militares, los valles mas abundantes de recursos.

Las medidas relativas al ejército no le hicieron olvidarse de las necesidades del comercio. La caleta de Huacho fué declarada puerto mayor, i se estableció en Nepeña la capitanía jeneral de marina, a cargo del capitan de navío don José Boterin.

Habiéndo llegado ya el momento de conocer las operaciones militares, echemos una mirada al territorio en que iban a maniobrar los ejércitos.

El antiguo departamento de Huaylas, llamado hoi de Ancachs, en recuerdo del triunfo de Yungai, (o de Ancachs) está situado al norte del departamento de Lima; limitado al éste por el rio Marañon, uno de los afluentes del Amazonas, que

nace en las planicies de la cordillera de la Viuda, en las inmediaciones del pueblo de Baños, i de las aguas apacibles del lago de Lauricocha. Intérnase por el norte en el departamento de la Libertad, miéntras por el oeste el mar limita sus costas i las baña con un apacible oleaje. Su litoral está sembrado de caletas de pequeña importancia, desprovistas de recursos, siendo las mas conocidas de entre ellas Santa, situada en la raya medianera con la provincia de la Libertad, i mas al sur, Samanco, Casma i Guarmey, que reciben su nombre de los rios que nacen en las montañas del interior. Sus puertos viven, puede decirse con el agua que arrastran los rios. Donde no alcanza su accion bienhechora, no hai sino el desierto, es decir, un territorio seco, mal sano, enfermizo. Otro rio, el mas caudaloso de todos i el mas interesante para nuestro objeto, cruza a lo largo la provincia, recojiendo el tributo de algunos afluentes secundarios i alimentándose con las aguas de lluvias que arrojan a su cauce las quebradas vecinas. Deslízase en medio de dos montañas elevadas i paralelas que le trazan su curso, i se inclina en seguida hácia el mar, donde se arroja en el mismo puerto de Santa.

La sinuosidad de los cerros que forman sus orillas i la formacion granítica de las montañas, hacen que las aguas de lluvia no sean absorbidas por el suelo, sino lanzadas a su cauce en forma de torrentes, lo que en ciertos momentos aumenta su caudal considerablemente.

Dos líneas de montañas cruzan paralelamente la provincia de norte a sur, i esos ramales desprendidos del gran cordon de los Andes, ligan por un anillo de granito al Cerro de Pasco, a Tarma, en una palabra, al departamento de Junin con el de Ancachs. Los Andes, en vez de ser, como de ordinario, la línea divisoria entre dos comarcas son aquí la solucion de continuidad entre dos provincias. El rio Santa se desliza a lo largo del cordon paralelo a la costa. Una distancia aproximativa, de dos a tres leguas separa las líneas de cordilleras i ese territorio intermedio es conocido por sus moradores con el nombre del Callejon.

El *Callejon* está cerrado, en su parte meridional, por los brazos de la cordillera que se estrechan en un punto llamado Chiquian, que viene a ser por esta circunstancia el nudo que

ata esas líneas de granito; uno de sus ramales se inclina al mar i el otro al cerro de Pasco. En el centro del semicirculo formado por los dos brazos, se halla la ciudad de Cajatambo; no léjos de ella i en la misma rejion Oyon; mas al sur, pero en la provincia de Lima, el pueblo de Sayan, que comunica con la capital por la quebrada de Cuyo.

El trayecto de Lima a Sayan no ofrece grandes dificultades i fué el que siguieron las columnas de Bermudez, de Herrera i de Moran.

Hemos dicho que el pueblo de Chiquian está situado en la interseccion de los dos ramales que forman el Callejon. Es éste un valle abundante de pastos, adornado por la naturaleza con el magnífico espectáculo de sus cerros nevados; dotado de una temperatura fresca i tónica. Los valles divididos i fertilizados por torrentes periódicos como el Buin, o por riachuelos permanentes como el Ancachs, que hoi da su nombre a la provincia, contribuyen con las montañas a armonizar ese cuadro a la vez alegre i grandioso.

Las principales ciudades de esa faja de tierra son Caraz, Yungai, Carhuaz, Recuai i Huaraz capital del departamento què, por su situacion en frente del portezuelo de Chacas da la mano a la rejion del otro lado del cerro, llamada entónces provincia de Huamalies.

Hé aquí como describe el sabio escritor Raymondi la impresion jeneral que produce el Callejon i la faja adyacente. «Bajamos al hermoso callejon de Huaylas, una de las mas bellas i pintorescas partes del Perú. Recorrimos, en toda su lonjitud, esta privilejiada quebrada en la cual aparecen sucesivamente Huaylas con sus abundantes sembrados; Caraz, con su estensa campiña de Yanahuara, donde al lado de las plantas de los países templados, se cultiva la caña dulce, propia de la zona tórrida: Yungai con su agradable clima, i la sublime vista de los elevados picos de la cordillera nevada, que dominan de cerca a la poblacion: Carhuaz con sus saludables baños termales de Chanco: Huaraz, capital del departamento i los agradables baños de Brioso; por último, Recuai i sus inmensos depósitos de ricos minerales. Despues de haber hecho el análisis de las aguas termales de Chanco, de Carhuaz i las de Brioso, inmediatas a Huaraz, i de haber entrado en las principales minas del distri-

to de Recuai, dirijí mis pasos hácia la provincia de Huari, situada al oriente de la Gran Cordillera Nevada. Subí, pues, por esa elevada cadena hasta el nivel de las nieves perpétuas; bajé al otro lado visitando el mineral de Tambillo; llegué al pueblo de Chavin para ver las importantes minas llamadas del *Castillo;* penetré en sus oscuros subterráneos; recorrí en todos sentidos, hasta donde me fué posible ese intrincado laberinto; ví la piedra esculpida con simbólicos dibujos, que a manera de columna sostiene las grandes piedras que forman el techo, en el punto donde cruzan las galerías, i levanté un pequeño plano de la parte en que habia logrado penetrar» (1).

La rejion de Huamalies, se estiende en direccion paralela al Callejon i tiene algunos pequeños pueblos, entre los cuales sobresalen Llata i Huarí. La comunicacion entre estas dos faldas de la montaña si no es fácil i rápida, no es tampoco peligrosa ni en estremo difícil. Hácese por los portezuelos que, a guisa de puentes de granito, separan i comunican dos provincias alternativamente, siendo los mas importantes de entre ellos, el de Chacas, en frente de Huaraz, el de Sihuas en frente de Corongo i el de Conchucos.

Esta rejion grandiosa oculta grandes peligros al que no ha adquirido el hábito de vivir en ella. Diríase que egoista de sus bellezas i tesoros, los esconde a la mirada interesada del que no la admira con el tierno afecto de hijo. En sus altas cimas, magníficas por su atrevimiento i elevacion, el ejército encontraria dificultad para respirar, por la rarefaccion del aire; otras veces, las emanaciones gaseosas de sus grietas, harian caer exánimes a hombres i bestias.

La marcha fué lenta; el andar trabajoso. El pobre soldado encontró muchas veces su tumba en esa decoracion majestuosa, que un momento ántes arrebataba su admiracion i su espíritu.

Uno de los ramales que forman el Callejon, se inclina al mar cerca de Caraz, como para dejar espedita la comunicacion con la costa. La posesion de Corongo i la de Caraz es decir, de los pueblos que corresponden a este estremo del Callejon i a su comunicacion con el mar, son de una inmensa importancia

(1) El Perú, por Antonio Raymondi, páj. 153.

para un ejército que, como el Restaurador, tuviera fraccionadas sus fuerzas entre el Callejon i la costa.

La posesion de uno de esos puntos por el enemigo, equivalía a interponerse entre dos partes del ejército, o lo que es lo mismo, a cortar su línea de operaciones.

Para resumir esta ojeada rápida sobre la topografía del departamento de Huaylas, lo dividiremos en tres fajas paralelas; una comprendida entre el mar i el primer ramal de la cordillera; la otra, el Callejon, o sea la rejion que media entre los cerros paralelos que cruzan de norte a sur la provincia; la tercera, el espacio adyacente entre los cerros i el rio de Marañon. La comunicacion entre una faja i otra se hace por los portezuelos. Conocemos el nombre de los principales pueblos de la primera rejion.

Los de la segunda, o sea del Callejon, están situados a lo largo del Santa i puede tambien decirse, que son hijos de sus aguas. La tercera rejion, tiene bajo el punto devista de nuestro asunto, un interes relativo, como un paso para llegár al teatro en que se iba a decidir la guerra.

No todos los valles en que está dividido el pintoresco Callejon, son igualmente fértiles i provistos de recursos. El de Recuai, por ejemplo, está situado en una vega estéril i malsana. Huaraz, mas abundante de pastos, no tiene tantos como Yungai i Caraz, que ofrecen mas comodidad para la caballería.

Con este somero conocimiento del territorio en que se decidió la campaña, podremos seguir, con mas claridad, las operaciones de los ejércitos que, aprestados para la lucha, se internaban en la Sierra. Las divisiones bolivianas seguian la marcha de las chilenas, miéntras el jeneral Santa-Cruz se hallaba retenido en Lima por las graves atenciones de su puesto.

Hemos enumerado, a la lijera, las principales medidas tomadas por el jeneral Gamarra durante su permanencia en Huacho, i que tenian en vista facilitar la marcha del ejército a Huaraz. Réstanos conocer de qué modo se verificó esa marcha; las precauciones tomadas, para evitar al grueso del ejército, sino una sorpresa, a lo ménos un ataque ventajoso de las divisiones enemigas, i la relacion que las distintas columnas guardaban entre sí para su mayor seguridad. La naturaleza del terreno que se iba a recorrer, puso al jeneral Búlnes en la

necesidad de redoblar su vijilancia, en esos caminos que le eran desconocidos, i donde una division estacionada de antemano, podia disputarle ventajosamente la entrada.

Sabíase ya que el jeneral Bermudez con una division compuesta de dos batallones i de un escuadron de caballería, (1) habia venido desde Lima por la quebrada de Cuyo, i se temia que por medio de una marcha precipitada, se apoderase de algunos desfiladeros vecinos a la Sierra o del portezuelo de Macas que abre paso al valle de Huaraz (2).

Debemos advertir, ademas, que el territorio pobre i escaso que separa a Huacho de Huaraz, oponia muchas dificultades al abastecimiento de la tropa, lo que hacia necesario enviarla por divisiones, para no esponerla a carecer de alimentos.

En este sentido, los servicios del coronel don Manuel Mayo, nombrado como dijimos, aposentador jeneral del ejército, fueron de la mayor utilidad, pues preparó i facilitó la marcha de las tropas recorriendo anticipadamente, los pueblos porque debian atravesar, i nombrando a su paso autoridades militares que crearon una corriente de opinion, favorable al Ejército Restaurador. A mediados de noviembre, llegó a Huaricanga, donde organizó la provision de víveres i de agua (3).

De allí pasó a Marca atravesando por Gulcan i Chalcayan, lugares escasos i pobres donde su actividad infatigable apénas alcanzó a reunir lo estrictamente necesario para el paso del ejército (4). En la cuesta de Marca, famosa por su *puna*, estableció ramadas, de trecho en trecho, para el abrigo del soldado, i dejó en calidad de comandante militar al capitan don Luis Arias, al mismo tiempo que enviaba a Recuai con igual comision al capitan don Nicolas Briseño.

Los servicios de Mayo, en esos momentos, fueron de los mas meritorios e importantes. Su celo i su actividad hicieron posi-

---

(1) El dice tres batallones a Vidal en carta fechada en Iguari, noviembre 22 i publicada en el *Tribuno del Pueblo*, núm. 58; pero creemos que era solo un recurso para inclinarlo a su causa por la superioridad de sus fuerzas.

(2) «I cuando se la considera (la marcha de Bermudez) decia Gamarra a Búlnes, con la mayor audacia, su objeto seria ponernos con anticipacion en las cabeceras de Recuai para disputarnos la entrada de Macas e impedirnos tomar a Huaraz»

(3) Huaricanga, noviembre 19 de 1838.

(4) Marca, noviembre 24 de 1838.

ble la terrible campaña que emprendió el Ejército Restaurador, contra la falta de alimentos i contra la hostilidad mortífera del clima.

La circunstancia de retirarse dando la espalda al enemigo, ponia a Búlnes en la necesidad de marchar siempre a retaguardia, por ser el sitio de mas peligro i el único espuesto a ser atacado por las divisiones bolivianas.

Ya conocemos las necesidades jenerales de aquella situacion i sus principales peligros; lleguemos, pues, a la relacion de las operaciones.

Como dijimos, el jeneral Vidal fué investido con el título de comandante jeneral de la costa, o mas propiamente de jefe de la columna de vanguardia del Ejército Restaurador.

El teatro de sus operaciones debia ser el territorio comprendido entre Huaura i la Sierra, que el enemigo tendria que atravesar para llegar al norte. La comision de Vidal se reducia a vijilar el camino de Lima i a dar parte de cualquier movimiento de tropas a la columna de Torrico. La escasez de sus fuerzas no le permitia resistir a un ataque, ni protejer el territorio que abarcaba su jurisdiccion. Su columna lijera, no tenia mas objeto que evitar una sorpresa a la division chilena, sirviéndole de avanzada, i por eso sus instrucciones se reducian a exijirle que vijilase la marcha del enemigo, para interponerse siempre con sus fuerzas, entre el ejército protectoral i la division de Chiquian.

Torrico llevaba consigo una columna compuesta de los batallones Portales i Carampangue i de 50 lanceros, con órden de ocupar a Chiquian pasando por Cajatambo i Ocros. Chiquian es, como dijimos, el punto de interseccion entre la provincia de Junin i la de Huaylas, i por consiguiente, su situacion en ese lugar estratéjico, tenia el doble objeto de ocupar la puerta de entrada del Callejon, i de contener al enemigo en caso que intentase un movimiento ofensivo por el cerro de Pasco.

La columna de Vidal i la division de Torrico, cerraban las únicas puertas por donde el jeneral Santa-Cruz hubiese podido penetrar a los disputados valles del interior. El jeneral Torrico iba encargado ademas de buscar a Bermudez hasta darle alcance, pues se le suponia equivocadamente con ménos fuerzas de las que llevaba en realidad.

No sabriamos acertar a dar la verdadera esplicacion de las razones que movieron a Torrico a dirijirse a Chiquian, sin buscar de antemano a Bermudez, como estaba decidido a hacerlo en los primeros dias de su marcha, segun lo manifiesta la siguiente carta:

«Urjentísima,—Mi jeneral i amigo: De acuerdo con los deseos de Ud., buscaré i atacaré a Bermudez. Creo que seria peligroso hacerlo en Lampian, porque naturalmente debe estar apoyado en alguna otra division, pero si se ha movido, lo perseguiré hasta encontrarlo. De todos modos yo obraré conforme a los datos que recoja, bien entendido que como no tenga una superioridad numérica conocidamente ventajosa, me lisonjeo con que lo batiré. Para esto es necesario que Ud. me envie, segun me ofrece, caballería; cincuenta hombres parece que bastan, principalmente si son de coraza i ojalá traigan caballos de marcha para conservar los de tiro.» (1)

¿Permaneció el jeneral Bermudez en su segura posicion de Lampian, o supo el jeneral Torrico que la division enemiga era mas numerosa de lo que al principio se creyera? Es probable que nuevas informaciones le dieran a conocer el verdadero poder de los contrarios, i que esta consideracion lo determinase a variar de parecer.

La division de Torrico marchaba por el mismo camino que el enemigo debia atravesar, poco tiempo despues, en su marcha a Huaráz. Ocupado el Callejon por las divisiones chilenas, no quedaba al jeneral Santa-Cruz otro camino espedito que el de Cajatambo i Chiquian, que recorria Torrico, pues el grueso del ejército chileno le habria disputado victoriosamente el paso de cualquiera de los portezuelos que dan acceso al Callejon. En su marcha debia encontrarse necesariamente con la columna chilena, que por esta circunstancia protejia de una sorpresa i servia de avanzada al cuartel jeneral que ocupaba a Huaráz.

No debemos olvidar en esta ojeada sobre la distribucion del Ejército Restaurador en la Sierra, la ocupacion de Recuai por el batallon Valparaiso. Su posicion intermedia entre Chiquian i Huaráz servia de anillo de comunicacion entre la division chi-

(1) Cochas, 23 de noviembre. Carta de Torrico.

lena i el cuartel jeneral, a la vez que de sitio de repliegue, para el caso de una sorpresa o de un ataque.

La division de Torrico era la avanzada del ejército chileno, como las fuerzas de Vidal lo eran de la suya. La série de columnas esparcidas en aquella parte del Perú, constituian una cadena estratéjica que se estendia desde Huaráz hasta el mar, pasando sobre las crestas de Chiquian, cuyo último eslabon era el cuartel jeneral chileno, que todo lo absorvia i concentraba en esa organizacion poderosa.

El resto del ejército marchaba en opuesta direccion. Una division, compuesta de los batallones Colchagua i Santiago, conducida por el jeneral Gamarra, caminaba a la vanguardia de las fuerzas restauradoras, i por consiguiente a retaguardia de las contrarias.

Entretanto, se temia que el enemigo se apoderase de alguno de los desfiladeros que conducen al valle de Huaraz i se envió con ese objeto la Artillería i el Rejimiento de Cazadores para que defendiesen, en caso necesario, la cuesta de Recuai. Esta columna marchó a la vanguardia de la division de Gamarra i ocupó, con anticipacion, el teatro grandioso i pintoresco en que iba a tener lugar el desenlace de la guerra.

A estas fuerzas avanzadas seguia el jeneral Búlnes con su escolta, el Estado Mayor, los jenerales Cruz i Castilla i los batallones Valdivia, Valparaiso i Aconcagua. La marcha del ejército al traves de ese territorio desprovisto de recursos, en que cada batallon tenia que llevar consigo *una punta de ganado* de los que fueron tomados por el teniente Gatica en el cerro de Huascata, fué lenta i fatigosa. La marcha se embarazaba por la escabrosidad de los caminos, por la escasez de alimentos, por la *puna* de las alturas, por las emanaciones mortíferas de la cuesta de Macas, que hacian caer exánimes, arrojando sangre, a hombres robustos i vigorosos, por el frio, por la falta de abrigos, i por fin por la escasez de zapatos, que era uno de los inconvenientes mas insuperables en esos terribles momentos.

Las fuerzas que caminaban en esa direccion llegaron a Huaráz en los primeros dias de diciembre (el 3) sin que nada de notable señalase su fatigosa marcha. Establecióse allí el cuartel jeneral, que tenia doblemente protejidos sus flancos por las

columnas de Torrico i de Vidal, i donde, al abrigo de su benigno clima, aguardaría las operaciones del enemigo, dejando la palabra al tiempo i a los acontecimientos.

La division de Torrico recorrió la distancia de treinta leguas que separa a Supe de Chiquian, sin mas novedad que la pérdida de nueve soldados, rezagados o desertores. Durante su descanso en Ocros, punto intermedio entre la Sierra i la costa, envió a Chiquian una fuerza de setenta i cinco hombres, mas o ménos, a las órdenes del mayor peruano Lopez, a sorprender al comandante don Manuel Revilla, a quien consiguió vencer en Huantar con veintidos soldados, matándole dos hombres i tomándole prisioneros otros dos.

Este suceso insignificante, dió ocasion a Revilla de comunicar a Santa-Cruz, i a éste de anunciar a la Confederacion, la noticia de un glorioso combate, apropósito del cual, dice testualmente Revilla, refiriéndose a la aprehencion de sus dos soldados, «esta es toda la ventaja que ha obtenido el enemigo con su fuerza de *ochocientos chilenos, contra treinta de la justa causa i con una preparacion de mas de tres dias.*»

Despues de este incidente la division de Torrico ocupó a Cihquian (30 de diciembre).

Dijimos que la ocupcion de Recuai por el batallon Valparaiso tenia bajo el punto de vista estratejico una grande importancia por la posicion de Torrico en Chiquian. Recuai es un punto intermedio entre aquel pueblo i Huaraz, i debia ser un punto de apoyo i de repliegue para las fuerzas de Torrico en caso de ser atacado por tropas superiores.

Reunido el ejército en Huaraz i satisfechas en parte sus necesidades materiales mas apremiantes, gracias a la actividad intelijente del jeneral Gamarra, pudo el jeneral Búlnes dedicarse por completo a la disciplina i organizacion de los batallones que tenia a su lado. Ya que conocemos la verdadera situacion de las fuerzas restauradoras de Huaraz, volvamos la vista al enemigo.

Hemos dicho que, frustradas las tentativas de paz, se resolvió el jeneral Santa-Cruz a salir de Lima en demanda dal ejército chileno. Holgábale la esperanza de terminar, cuanto ántes, una campaña que traia inquieto su patriotismo e incierto su poder.

Su resolucion fué probablemente motivada por haber comprendido los inconvenientes que trajera a su ejército la permanencia en la capital, que se mostraba tan inclemente con él, como hacia poco, con el ejército de Chile. Esta consideracion debió determinarlo a abrir definitivamente la campaña.

Hai quien ha atribuido a la retirada de Santa-Cruz de Lima idéntico propósito al que persiguiera Búlnes al internarse en la Sierra, es decir, veranear en una rejion mas apropiada por su clima al temperamento de sus soldados; pero seria necesario suponerlo desprovisto de todo sentido militar, para no comprender que dos ejércitos enemigos, ocupando el mismo territorio, estan espuestos a venir a las manos a cada momento. La razon ostensible alegada por sus ajentes, es su desprecio hacia el ejército chileno i el deseo de destruirlo cuanto ántes; pero el temor del enemigo, su fuga, es un recurso demasiado empleado en iguales circunstancias para que pueda ser tomado a lo sério.

Santa-Cruz hizo salir de Lima la primera division, compuesta de los batallones núms. 1.° i 4.° de Bolivia i de un escuadron de caballería, a las órdenes del jeneral don Pedro Bermudes, fijándo el pueblo de Chiquian como punto de reunion de todo su ejército. Bermudez siguió el camino de Churin, de Oyon, de Cajatambo i de Chiquian.

La division de Bermudez debia, cruzar la misma provincia i seguir, con corta diferencia, el mismo itinerario que la columna de Torrico; pero cuando este llegó a Chiquian, Bermudez no se habia movido todavía de sus posiciones formidables de Canta i de Sayan. La actividad del uno i la inmovilidad del otro dependian de su situacion respectiva. Torrico marchaba a corta distancia del grueso de su ejército lo que le permitia internarse sin peligro en la Sierra, al revez de Bermudez, que corria el peligro de ser cortado de su base de operaciones.

Posteriormente salieron de Lima, en la misma direccion las divisiones de Herrera i de Moran, compuesta aquella de los batallones 2.° i 3.° de Bolivia i ésta del Pichincha, Arequipa, Ayacucho i Cazadores del Centro. Estas fuerzas, que constituian un ejercito respetable, establecieron su cuartel jeneral en Chiquian, i habrian logrado sorprender i despedazar a Torrico, sin el esfuerzo temerario del araucano

Colpí que, con solo diez hombres, le dió tiempo de efectuar su retirada sobre Recuay.

Este episodio de sublime arrojo se ha llamado combate del Puente de Llaclla. Lo referiremos al contar los incidentes de la ocupacion de Chiquian por el jeneral Torrico.

Vemos ya en accion tres de los nombres mas esclarecidos del ejército de la Confederacion, a Moran, a Bermudez i a Herrera, con tres divisiones aguerridas, compuestas de los vencedores de Gramadal, de Socabaya i de Yanacocha. Esos soldados que eran el orgullo i la gloria del Protectorado iban a medirse en la Sierra, con los batallones chilenos, oscuros i sin pasado.

Santa-Cruz permenecia entre tanto en Lima con la artillería, el Estado Mayor, su guardia i la caballería. Su larga permanencia en la capital, a distancia de sus divisiones, daba mucho que pensar i que suponer en el Cuartel jeneral del ejército chileno. Era aquella la hora de las suposiciones, esa hora angustiada que precede casi siempre al desenlace de los acontecimientos. Esa ansiedad febril por conocer el plan del enemigo, era un resultado natural de sus grandes zozobras i de sus largas privaciones. Cada movimiento de las divisiones confederadas, era interpretado con el criterio mas opuesto. No nos será posible recojer todas las opiniones que se abrian paso en los vivaques, donde eran discutidas al calor del patriotismo i del peligro; pero no será talvez inoficioso esponer las opiniones que sustentaban los jefes mas prominentes, para conocer mejor todos los términos del terrible problema, cuya solucion se buscaba.

¿La marcha de las divisiones bolivianas debia tomarse como una prueba de que Santa-Cruz deseaba terminar la guerra, o era un simple movimiento estratéjico dirijido a interponerse entre la division de Torrico i la de Búlnes? Su ejército pasaria de Chiquian a la provincia de Huamalies, para interponerse en Corongo, entre el ejército chileno i el mar? i dado caso que viniese decidido a perseguir al ejército de Chile, cual seria su plan para destruirlo mas fácilmente?

De la solucion de estas dudas dependia la determinacion del plan de campaña del ejército de Chile. Las noticias contradictorias i abultadas que se recibian, contribuian a dificultar la

solucion del enigma que se complicaba doblemente, por la hostilidad de las poblaciones i de los campos.

El enemigo distribuyó sus fuerzas entre Chiquian, Huantar i Huarí. Esta colocacion de los cuerpos con inclinacion hacia el Norte ¿significaba que el Protector deseara concentrar sus fuerzas en Huarí, para dirijirse a Carhuaz por el portezuelo de Chacas, e interceptar al Cuartel jeneral chileno de Huaraz, de su caballería i artillería que estaban en Yungai?

Los jefes del ejército de Chile no estaban acordes en su manera de apreciar el plan del enemigo. Gamarra creia al principio que la marcha de Bermudez no debia considerarse como un indicio seguro de la apertura de la campaña. Atribuia a esa division el objeto de arrebatar los recursos al ejército chileno. «Ya dije a usted, decia a Búlnes, que si por Chancai no venia el grueso del ejército, nada habia que temer, pues la marcha de Bermudez debe considerarse respecto de nosotros como una mera hostilidad para quitarnos los recursos. I cuando se la considere con la mayor audacia, su objeto seria ponérsenos con anticipacion en las cabeceras de Recuai para disputarnos la entrada de Macas e impedirnos tomar a Huaraz. Este ciertamente seria un mal de consideracion, pero estaria evitado continuando la marcha esta tarde» (1), i agregaba: «Repito que si por Chancay no hai novedad, nada tenemos que recelar» (2).

(1) Gamarra a Búlnes—Noviembre 23.

(2) La carta de Gamarra es la siguiente:—Señor Jeneral don Manuel Búlnes.—Pativilca, noviembre 23 de 1838.—Mi querido Jeneral:—En virtud de la órden de Ud., han pasado aquí los batallones Colchagua i Santiago. De aquí regresó tambien la órden de Ud. para el jeneral Torrico a Supe i talvez no lo alcanzaria ya en el pueblo.

Ya dije que si por Chancai no venia el grueso del ejército, nada habia que temer, pues la marcha de Bermudez debe considerarse, respecto de nosotros, como mera hostilidad para quitarnos los recursos. I cuando se la considere con la mayor audacia, su objeto seria ponérsenos con anticipacion en las cabeceras de Recuai, para disputarnos la entrada de Macas e impedirnos tomar a Huaraz. Este, ciertamente seria un mal de consideracion, pero estaria evitado continuando la marcha esta tarde. Para hacerla sin riesgo me parece que la caballería deberia unírseme prontamente continuar su marcha hasta Huaraz apoyada por un par de batallones, miéntras por delante tomen Huaraz tres batallones. Que se averigue por los prácticos de los caminos si Torrico puede llegar primero a Chiquian, para que siga su marcha, i si nó que la haga con nosotros para que la hagamos con mas seguridad i ménos subsidios.

Por acá no hai recursos. Necesitamos apresurar la marcha. Cada columna debe traer su punta de ganado i si el enemigo nos busca por la

Su opinion se modificó cuando las divisiones de Herrera i de Moran salieron de Lima en la direccion de Bermudez, lo que indicaba un plan determinado de parte de Santa-Cruz. Reunidas las tres divrsiones en Chiquian, habia muchos que abrigaban todavía dudas sobre el pensamiento del Protector i mortificábales la idea de que el ejército boliviano marchando por un camino paralelo del Callejon (por Huamalies) e inclinándose al mar, en frente de Corongo, cortase las comunicaciones del cuartel jeneral con la costa, lo bloquease en el Callejon, donde se consumiria a la larga por la escasez de los alimentos (1).

Sierra, tengamos tiempo de colocarnos, hacer descansar un poco la tropa i caballos, proporcionarnos subsistencia i recibirlo. Pida Ud., pues, informes: i contésteme segun lo que se ha resuelto. Huaraz está amenazado por las montoneras i si logran entrar ántes que nosotros nos harán perder mucho. Vea Ud. las comunicaciones del coronel Aramburú i se persuadirá que nuestra marcha es urjente.

Repito que si por Charcai no hai novedad, nada tenemos que recelar. El jeneral Vidal puede colocarse en Supe donde lo considero seguro i puede seguir nuestra marcha si intentan cortarlo. Despues se puede tomar la provincia, que importa poco. Los treinta Cazadores que se le dejaron, se pueden en tal caso recojer.

Si hai amago por Chancai, pueden desembarcarse cuatro cientos peruanos escojidos con el coronel Frisancho, organizarse un batalllon de éstos, i de los restos de Cazadores i Lejion otro, con Laiseca i éste i Huaylas marchar a su anterior destino.. Tambien pueden desembarcar lo Húsares, pues con tal prevision dije a Ud. que el convoi viniese a fondear al puerto de Supe. En fin, Ud. arreglará eso i tendrá la bondad de avisar lo que se haya hecho a su afectísimo servidor.—*A. Gamarra.*

(1) Santa, diciembre 25 de 1838.—Mi mui distinguido jeneral:—Hace una hora que recibí dos cartas estimables de Ud., de 22 i 23. Mas de cien mil cartuchos de fusil han llevado ya en mas de sesenta mulas incluyendo municiones de artillería, botiquines, fierro, etc. Sesenta mulas sueltas llevó tambien el mayor Olivares para lo que Ud. necesita.

Aunque Ud. estará obrando en presencia de las cosas i de los movimientos del enemigo, sin perjuicio de que se hará cuanto Ud. previene i marcharán las tropas al punto consabido, no puedo dejar de observar a Ud. que el enemigo, por meterse en Conchucos no nos corta nuestro contacto. Éste procede del mar i de nuestras costas i la línea recta parte para el cuartel jeneral en Casma i Santa. El punto consabido está al norte, i aunque podria cortar al coronel Frisancho que viene a Huamachuco, este jefe podria replegarse sobre Trujillo para buscarnos por mar. Si Frisancho no pudiese reunírsenos obraria hácia el sur, apoyando nuestra caballería que algo haria. Entretanto, importa mas que yo me reuna a Uds. con mil hombres que llevo que Frisancho con quinientos. Fuera de esto, ¿qué forrajes, qué víveres hai en Corongo? ¿Habrá punto donde pueda estar el ejército cuatro dias? Dos mil i tantas cabalgaduras ¿qué comerán?

Entónces el enemigo que no se empeñará en buscarnos, nos dejará el tiempo necesario para parecer i obligarnos así a atacarlos en sus posiciones. No hai hasta Cajamarca ningun distrito capaz de mantener el ejér-

El jeneral Cruz pensaba que el enemigo atacaría por el portezuelo de Chacas, idea mui jeneralizada en ese momento.

Hé aquí su opinion espresada por él mismo.—«Señor don Manuel Búlnes.—Paltai, diciembre 4 de 1839.—Amigo: Hé recibido las dos de Ud. i supuesto el movimiento del enemigo sobre Huarí, me mantengo en mi opinion de que el enemigo no nos dá la batalla decisiva sino que lo único que intentará, será darnos un golpe con alguna division sobre nuestros flancos. Como el que mas temo es el de Chacas, destacaré hoi una compañía sobre el portezuelo si se proporcionan los individuos para cortar el camino, i a fin de que esta operacion tenga efecto como tan necesaria, me marcharé a Carhuas dentro de hora i media i tambien para reconocer el demas terreno i ribera del rio, aunque siendo cierta la marcha de los 3,000 hombres sobre Huarí, ya no pueden intentarlo sobre el flanco derecho, cerrando la puerta a ese punto desde el cual seria descubierto el movimiento.

Es de primera atencion el que haga poner Ud. el mayor cuidado sobre la quebrada de la izquierda de ese pueblo, que viene a salir a la posicion que habia señalado como fuerte: éste

---

cito i sus caballos por mas de tres dias, i entónces sí quedaremos cortados naturalmente hasta del escaso alimento que Huaylas nos proporciona.

Permaneciondo nuestro ejército en el actual valle, el que queda cortado es el enemigo. Puesto al oriente de la cordillera queda entre ésta, nuestro ejército i las montañas. Queda sin comunicacion con la costa i en estado de perder Pasco i Jauja, si nosotros destacamos una pequeña columna. El enemigo estaria en esta estacion lluviosa a puro vivac i nosotros bajo los techos de pueblos amigos.

Piense pues estas reflecciones, si aun es tiempo, aunque las indiqué hacen dias. Mi objeto no es hacer variar las medidas fuera de tiempo, pero en caso que el enemigo no se empeñe en una batalla, tendremos trabajos por falta de recursos. Estas tropas llegarán mañana i en siete dias mas estarán en Huaylas, en el mismo publo si Ud. no se ve precisado a dejar el valle ántes. Si fuese así es preciso volarme espreso porque tendré que moverlos por Virú, para mayor seguridad. Hai pues tiempo para que en cuatro dias reciba carta de Ud. i seguir a Huaylas o bajar a dicho Virú.

Mañana saldrá tambien el coronel Lopera a hablar con Ud. sobre todo esto. La retirada nos desmoraliza i desopina en los pueblos. Yo me haria matar en esa provincia, porque es la única capaz de sostenernos. Al jeneral Castilla no le escribo para hacer colocar este espreso. Que tenga, pues, esta carta por suya como es de Ud. la voluntad de su amigo verdadero.—*Gamarra.*

Vuélenme Uds. avisos a cada hora para variar mi direccion si fuese necesario.—Decirme pronto el últimatum.

es el punto que tiene de mas riesgo, i si fuera posible inutilizar sus avenidas, podria conservarse fuerza en ese punto que nos es, sin duda, mui importante. Tambien es preciso de que Ud. mantenga en la entrada del desfiladero, ántes de los baños, un batallon para tenerlo tomado con tiempo, pues, si los enemigos lo llegasen a tomar por la quebrada de la izquierda de que le tengo hablado, nos veríamos en la precision de empeñar un ataque con desventaja, tomándole a Ud. la retaguardia: en todo el camino hasta este punto no puede obrar mas que un batallon.

Aquí haremos cuanto esté de mi parte a fin de que tenga efecto el corte del camino de Chacas.

Buena salud le desea su amigo.—*Cruz*.

Torrico situado a la vanguardia, en Recuai, juzgaba la ocupacion de Chiquian como un engaño, destinado a dirijir hacia ese punto la atencion del ejército chileno i conducir entre tanto silenciosamente sus batallones a Conchucos (1).

---

(1) «Señor Jeneral don Manuel Búlnes.—Recuai, 23 de diciembre de 1838.—Mi jeneral i amigo:—Hace dos horas que escribí a Ud. dándole las noticias que he sabido de un modo mui seguro del enemigo. Creo firmemente que el ejército está haciendo sus movimientos para Conchucos, pues que la persona que da la noticia asegura que un batallon seguirá por el camino de López i que en Chiquian decian los jefes que de un momento a otro esperaban mas fuerzas; pero los oficiales i soldados decian que por ese camino no venia nadie mas. Haciendo, pues, mis composiciones de lugar con todos estos datos he calculado lo siguiente: el ejército marcha por Huamalies a Conchucos i esta division oculta el movimiento. Despues que haya el ejército pasado de Huarí, estos cuerpos seguirán al ejército, como ha sucedido con el batallon que estaba en Aguia, que ha emprendido su marcha para Aguamiro, de suerte que ya no hai mas batallones en Chiquian que el que está en este pueblo i otro que está en Huantar, distante una legua de Chiquian: jeneralmente se dice entre ellos que allí estarian un mes, pero esto no es creible, habiendo avanzado un cuerpo a tanta distancia i en direccion a Huamalies. Esta division trae diez cargas de municiones i está mandada por Moran i Bermudez.

He mandado esta mañana de parlamento al capitan Palma, con el pretesto de ofrecer canje de dos prisioneros, que tengo por dos enfermos que nos tomaron en Cajatambo; veremos si Palma encuentra algun otro jeneral que no sean los dos dichos, que en caso de encontrar otro, es prueba que ha llegado alguna otra division i entónces será preciso calcular de otro modo. Tambien he mandado dos oficiales de cívicos de este escuadron con direccion a Huarí, a saber si ha pasado mas de un batallon, pues que en caso de pasar dos, creo firmemente que es todo el ejército. En la retirada no nos han tomado mas que un soldado herido, i si este maldito oficial que mandó López hubiera tenido un poco de resolucion, lo tendríamos aquí tambien.

Cada vez estoi mas seguro en que López está salvo, pues que ellos de-

Nadie, a escepcion tal vez del coronel Placencia, media entónces las dificultades que embarazaban esa peligrosa marcha al traves de caminos fragosos, ni se daba cuenta de que el Ejército Restaurador, marchando en línea recta podria ocupar el paso de Conchucos antes que el ejército contrario.

Placencia abarcaba el conjunto de la situacion con la penetracion i claridad que le daba su larga práctica militar, i puede asegurarse que en esos momentos difíciles, ejerció una influencia, que no guardaba relacion con la inferioridad relativa de su puesto, En su cabeza blanqueada con la nieve de los años, bullía el entusiasmo que parece mas propio de la juventud que de la vejez. Su espíritu organizador i práctico atendía a todo: precavía con su vijilancia los peligros que rodeaban al ejército chileno: disipaba las dudas que circulaban en el campamento i contribuyó a fijar la opinion de sus jefes sobre el plan de guerra que fuera necesario adoptar (1).

---

cian que el batallon que salió para Aguamiro llevaba el objeto de tomarlo; pero López en Conchucos i con la tropa montada es imposible que lo tomen. Espero a Palma mañana i entónces con lo que él diga, podrá Ud. calcular con mas seguridad. Dice la persona que ha hablado conmigo que la tropa es mui mala, que son unos cholitos mui ruines i que ellos mismos decian que eran reclutas i que los iban a hacer pelear sin saber manejar el fusil.

Daré a Ud. repetidos avisos de todo con exactitud. Su afectísimo amigo Q. B. S. M.—*Juan Crisóstomo Torrico.*»

(1) «Señor Jeneral en Jefe don Manuel Búlnes.—Caras i diciembre 24 de 1838.—Mi apreciado jeneral:—Acabo de recibir la apreciable de Ud., fecha de ayer, con la copia de la que Torrico le ha dirijido. Su contenido acerca del movimiento que hacen los enemigos, admite muchas dudas. Puede suceder que hayan llamado la atencion por el frente para hacer un movimiento real i efectivo sobre Conchucos, para dirijirse a Corongo, con el objeto de cortar nuestra línea de comunicacion con Trujillo. Puede suceder que tal movimiento sea solo aparente o un amago para ver si desalojamos la quebrada. Pueden tener el intento de venirse hasta Chacas i dejarse caer sobre Carhuaz, que solo dista doce leguas, i últimamente, pueden situar su cuartel jeneral en Huamalies, teniendo su vanguardia en Chiquian i haciendo avanzar sobre Huarí alguna columna lijera, ya sea para perseguir a López, ya para sostener las montoneras que habian pedido ausilio a consecuencia del suceso de Sepúlveda.

En todos estos casos me parece debemos ponernos para poder juzgar con toda exactitud. Si sucede lo primero, i las diferentes noticias que traen los espías confirman un movimiento total de su ejército sobre Huarí, entónces ya no queda duda de su proyecto i con la mayor rapidez se debe mover el ejército sobre Carhuaz para poner a vanguardia la quebrada honda. En tal caso, si continuan la marcha hácia San Luis i Sihuas el ejército debe dirijirse a Corongo a tomar el desembocadero de dicho camino i a situarse en este punto, ántes que ellos lleguen a él. Previendo esto mismo, mandé desde Yungai dos espías a San Luis i le pre-

El coronel Placencia que deseaba vivamente la retirada del enemigo al Callejon, recibió con la mayor alegría la noticia de su movimiento a Huaraz, i escribió a Búlnes la siguiente carta, que resume el plan hábil i audaz que terminó la guerra:

«Señor jeneral en jefe don Manuel Búlnes.—Carás, enero 6 de 1839.—Mi apreciado jeneral: Llegó el caso que habiamos

---

vine al coronel Silva dirijiese otro u otros dos, por la quebrada honda; creo que no tardarán en volver i tanto por estos, como por lo que el jeneral Castilla haya enviado, podremos calcular sobre las verdaderas intenciones del enemigo.

Tambien he hecho marchar al capitan Barredo, para que active el acopio de víveres en los puntos de tránsito hasta Corongo i para que el sub-prefecto haga cortar los puentes de *Llacma* i *Llama* que están a vanguardia de Sihuas, en caso de saber que el enemigo viene por esa direccion. El movimiento de ellos es mui largo, miéntras que nosotros podremos ponernos desde aquí allá en tres dias. Todo lo que interesa es que se muevan los enfermos, para que no nos embaracen la marcha, que a cualquiera costa vayan hombres que nos den noticias. Creo que será mas fácil por Carhuaz saber cuanto ocurra sobre Conchucos.

Si sobreviniese cualesquiera de los casos en que me pongo, creo que el ejército no debe moverse, escepto en el tercero, que es de necesidad ocupe a Carhuaz para replegarse sobre este punto.

Ayer he escrito a Ud. avisándole de la excelente posicion que tenemos aquí i en la cual fracasaria indudablemente Santa-Cruz.

Mucho sentiré que no nos busque por el frente, porque en este punto la lográbamos cuanto se puede desear. Pero si se empeña en buscarnos por otra parte, le saldremos al encuentro i le buscaremos una i otra vez hasta que le demos en la cabeza.

Yo quisiera que mandase Ud. un parlamento, con cualquier pretesto, fechando la comunicacion en Recuai o mas adelante, para ver qué movimiento hacian, lo que tardaba la contestacion i lo que podia observar el oficial parlamentario. Por cualquiera de estos datos se podria conjeturar alguna cosa útil.

Si acaso se tuviesen datos ciertos de que el ejército enemigo se mueve sobre Huarí i Chacas, i que desaparece la fuerza que está en Chiquian, avíseme Ud., volando para pasar yo a Corongo a reconocer el territorio i ver cuál es la mejor posicion en que podamos esperarlos.

Mucho conviene que un ejército esté siempre en aptitud de moverse a la inmediacion de otro enemigo; pero nunca debe forzar mas sus veces marchas que cuando ve amagada su línea de comunicacion.

Creo que precisados a marchar a Corongo podríamos hacer las jornadas siguientes:—A Carhuaz, 6 leguas.—A Caraz, 5 leguas, un poco largas.—A Huaylas, 5 leguas.—A la Pampa, 8 leguas.—A Corongo, 3 leguas. Veremos si la de 8 leguas se puede acortar quedando en Yuramarca.

Deseo que Ud. lo pase bien i que disponga de su afectísimo i seguro servidor Q. B. S. M.—*A. Placencia.*»

....

«Señor Jeneral en Jefe don Manuel Búlnes.—Caras i diciembre 24 de 1838.—Mi apreciado jeneral:—Esta mañana escribí a Ud., largo sobre el contenido de la carta de Torrico, i la que ahora acabo de recibir de Ud., refiriéndose a la que últimamente le ha dirijido este jeneral, me hace creer que el movimiento de ese batallon ha sido con el objeto de perseguir a Lópes. Con todo, como no debemos reposar en confianza cuando los

previsto i para el cual estamos prevenidos. *Lo que importa es que se vengan los batallones lentamente, con una pequeña retaguardia que los tirotee i los vaya burlando, cortando todos los puentes chicos i grandes*, para que se consuman los forrajes que hai de Carhuaz a Yungai. Nada importa replegarse sobre el último escalon de la línea, cuando en dos o tres dias mas vamos a tomar una ofensiva vigorosa, que nos llevará hasta

---

enemigos están inmediatos, acabo de prevenir al comandante militar de Yungai, que mañana sin falta mande cívicos o paisanos con un oficial de confianza a cortar la *barcacoa* que hai entre las dos lagunas en el camino de *Yangüanuco* que está frente a Yungai: de este modo no quedará mas atencion que la de Carhuaz.

Al coronel Silva le previne, hace tres dias, que pusiese avanzadas i que hiciese el servicio de campaña, poniendo mucho cuidado sobre la quebrada honda. Al comandante militar de dicho pueblo le tengo oficiado que mande espías duplicados a Chacas i que me avise la cantidad que gasta.

Al coronel Baquedano le he escrito para que aproxime su caballada i ponga los caballos de una compañía a pesebre, haciendo cortar pasto i pidiendo un pienso de maiz diario.

Me parecia, mi jeneral, que no debiendo comprometer un choque la fuerza que hai en Recuai, lo mejor seria que se retirase, dejando una partida de caballería de observacion allí, i una compañía de infantería a este lado del puente de Recuai, para sostenerla i quemar el puente o cortarlo en caso que se aproximasen. De estos tres batallones, uno podia quedar en Carhuaz, dos venir a Yungai, o uno a Yungai i otro aquí, i de ese modo estaban mejor situados: la caballería estaba protejida i mas próxima, ya tuviésemos que batirnos aquí o marchar a Corongo.

Acaba de llegar un comerciante que viene de San Luis i salió de allá el 20 i dice que en Conchucos Alto no hai novedad: que solo Solares estaba en Huari con 300 montoneros, i que habiendo oido que venian tropas nuestras, se habia retirado sobre Huamalies, talvez a consecuencia del parte que haya dado, se moverá ese batallon.

El camino que hai por Huari a Corongo me asegura que es mui malo, que todo es [illegible], que hai jornadas de diez leguas i que le parece imposible que puedan transitar por allí caballería, porque no hai alfalfa i los lugares son mui miserables. Con todo, por conducto de este mismo sujeto, mañana mandaré otro espía a mas de los dos que fueron desde Yungai.

Ya dije a Ud. que habia dado órden para que se corten los puentes de *Llacma* i *Llama* en caso que los enemigos por Conchucos intenten dirijirse a Corongo i que mandé al oficial Barredo con este objeto.

El hospital lo mandaremos a Huaylas, porque es país mas sano i lo tendremos a una jornada a retaguardia. Ya tengo aquí un sirviente de hospital que fue de la division de Vidal, para que asista a algunos enfermos i marchará con ellos.

Dios quiera que entren por el Callejon, que aquí los aseguraremos: puede que la retirada de Recuai los aliente i los haga avanzar. Si los batallones existen en Chiquian, el grueso del ejercito no está léjos i mientras ellos no desaparezcan de ese punto, no hai movimiento formal sobre ninguna otra. Santa-Cruz no es de los que separan divisiones a distancia de dos o tres jornadas fuera de la línea de operaciones.

Deseo que Ud. lo pase bien i que disponga de su afectísimo i seguro servidor Q. B. S. M.—*A. Plasencia*.»

Chuquisaca. *Déjelos Ud. venir i ríase de ellos, pues ha conseguido meterlos en la trampa.*

«Hasta pasado mañana no llegará el batallon Cazadores.—Su mui afmo. amigo Q. B. S. M.—*A. Placencia.*»

¿Cuál de esos encontrados pareceres sustentaba el jeneral Búlnes? Sus comunicaciones al jeneral Torrico, revelan que abrigaba la seguridad de que el Ejército Protectoral venia resuelto a decidir la guerra, sorprendiendo desde luego la columna de Chiquian, para empeñar en seguida una batalla decisiva contra el cuartel jeneral de Huaraz. (1)

Como el deseo del enemigo era a la vez el suyo propio, Búlnes se decidió a atraerlo, manifestándole temor, para conducirlo insensiblemente hasta un campo de batalla que le fuese ventajoso. Todos sus actos posteriores tienen esta esplicacion. La série de contramarchas que ejecutará desde ese dia, serán otras tantas emboscadas en que ha de irse enredando el poder

(1) Al jeneral Torrico, jefe de la division de Chiquian.—Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Huaraz, diciembre 8 de 1838.—El jeneral comandante jeneral de vanguardia, don Francisco Vidal, ha dirijido a este ministerio jeneral, una comunicacion datada en Supe a 6 de diciembre del corriente año, cuyo tenor es el siguiente (aquí el oficio de Vidal).—El contenido de la anterior comunicacion, me da todo motivo para presumir que el enemigo con su movimiento sobre el jeneral Vidal, solo ha tratado de divertir nuestra atencion i ocultar su verdadero objeto, *que es, en mi concepto, el de atacar con fuerzas superiores, las que manda US.* Bajo este supuesto, luego que reciba US. la presente nota se replegará sobre Recuai, observando todas las precauciones convenientes para no esponerse a sufrir sorpresa alguna, i arreglando sus movimientos con concepto a la movilidad del enemigo, por manera que, en todo caso, se halle siempre la division de US. con tres jornadas de ventaja sobre la del enemigo.—Dios guarde a US.—*Manuel Búlnes.*

(Al mismo).—Cuartel Jeneral del Ejército Restaurador.—Huaraz, diciembre 14 de 1838.—Las noticias que he trasmitido a US. en mis últimas comunicaciones acreditan en mi opinion, *que los movimientos del enemigo solo pueden dirijirse contra US. en su principio*, i con semejantes fundamentos habia determinado que se replegase US. hácia estas cercanías. *Ahora, sin abandonar mi opinion sobre el objeto primitivo del enemigo* he tomado en consideracion los oficios de US. de 10 i 12 del corriente, i por lo que me dice US en ellos, acerca de la posicion i de las precauciones que toma para evitar cualquiera sorpresa, no puedo ménos de convenir en la permanencia de US. en esos parajes, miéntras la considere US. útil i conciliable con la seguridad de la division de su mando. Por mi parte, veo tambien, la necesidad i conveniencia de mantener alguna fuerza en observacion de los movimientos de los enemigos, por lo mismo que ellos se acercan; i en la confianza que me asisto respecto de US. descanso en la seguridad de que siempre conseguirémos este importante objeto, por medio de mis frecuentes i oportunas comunicaciones.—Dios guarde a US.—*Manuel Búlnes.*

militar del jeneral Santa-Cruz. El deseo de conducirlo a Yungai, de envalentonarlo manifestándole temor, es la clave de todos los grandes acontecimientos que iban a verificarse.

Dejemos a los ejércitos en presencia, armados respectivamente de su plan de campaña i dirijamos la vista a Lima donde una enfermedad retenia al jeneral Santa-Cruz a fines de diciembre.

Los preparativos para abrir la campaña se proseguian entretanto con la misma actividad i con mayor enerjía, pues, libre de toda inquietud por sus tres divisiones, que se hallaban reunidas en un paraje fortificado por la naturaleza, podia contraer toda su atencion a los últimos arreglos de la partida. Hé aquí sus mas importantes medidas.

El jeneral Vijil ocupó el departamento de Ica con 300 hombres; las fortalezas del Callao recibieron la misma guarnicion. La policía de Lima fué reorganizada bajo la base de tres compañías, dos de infantería i una de caballería, con el pié de 350 hombres. El resto de la Confederacion quedaba en manos de sus mas esclarecidos jenerales; pero la red del poder público se concentraba en la persona del Protector, que hacia servir al logro de sus fines a los hombres mas ilustres de Bolivia i del Perú. El mariscal Cerdeña quedó al mando de las provincias de Arequipa i Cuzco, comision de un alto significado político, porque Arequipa ha sido la fragua en que se ha calentado el hierro de las mas grandes revoluciones que han azotado al Perú.

El mariscal Cerdeña era conocido de los arequipeños desde el dia en que para infundir valor a los suyos en el puente de Uchumayo, inmediato a la ciudad, resistió armado de un fusil, como simple soldado, las cargas del impetuoso Salaverry, permaneciendo sereno i festivo bajo la lluvia de balas que lo envolvia en un sudario de muerte.

Ballivian, otro de los vencedores de Socabaya, obtuvo el mando de la division limítrofe del Perú con Bolivia, es decir, de los departamentos de la Paz, de Oruro i de Puno. El jeneral aleman Braun quedó en el sur de Bolivia conteniendo, con buen éxito, las incursiones del jeneral arjentino Heredia.

Tomadas estas precauciones, que debian evitar cualquier

trastorno durante su ausencia, proclamó Santa-Cruz a sus pueblos, anunciándoles su partida para el Ejército. (1)

El mismo dia (24 de diciembre) se dirijió a Chancay, haciéndose acompañar por un suntuoso cortejo, que cuadraba bien con sus hábitos fantásticos, compuesto de la division de Armaza, (batallones 1.° i 4.° de la guardia), de una numerosa caballería, de la artillería, del parque i de su brillante Estado Mayor. Era un espectáculo capaz de fascinar a espíritus ménos impresionables que los del pueblo de Lima.

¡Cuánto contraste entre esa partida brillante i su pronto regreso a la capital! Un mes, contado dia a dia, fué bastante para operar ese cambio total en su destino.

El 24 de enero, el Protector vencido i fujitivo, cubierto con el polvo recojido en una larga i precipitada marcha, lacerado su cuerpo con las fatigas de una fuga de 100 i tantas leguas a lomo de caballo, inquieto por su presente, angustiado por su porvenir, entraba a Lima vencido i silencioso, ofreciendo en espectáculo a la plebe el reves de ese desfile brillante que no se borraba aun de su memoria.

Así se burla la fortuna de sus protejidos de un dia, i así hu-

---

(1) El Supremo Protector de la Confederacion.

Limeños: Los restauradores que huyeron de la Capital al ruido solo del ejército, huyen sin cesar de donde quiera que se acercan las huéstes de la Confederacion. La sola presencia de la division Moran ha puesto en confusion i desorden a los dos mejores batallones del ejército chileno, en Chiquian. Su retaguardia ha sido batida i dispersa: sus equipajes abandonados i redimidos cuantos articulos habian sido *restaurados* por esa avidez insaciable que los distingue.

Los pueblos del norte, que son todavía la desgraciada presa de su furor, claman por el pronto socorro del ejército. Es tiempo de acudir a su llamamiento i librarlos de tan funesta dominacion. Al fin han de encontrarse obstáculos, que detengan a esos conquistadores fujitivos.

Limeños! Yo me alejo de vuestros muros mui satisfecho del sublime entusiasmo que habeis desplegado, i esperando que hareis mucho en la presente contienda, siempre que las ocasiones se os presenten. Vuestro patriotismo, la esperiencia de los tormentos, que os hizo sufrir la restauracion i la vijilancia del ejército, aseguran vuestro reposo. Nuestra marina que ha empezado felizmente sus primeros ensayos ofrece esperanzas lisonjeras en cooperacion del ejército, que marcha a concluir esta campaña, con ese heroismo que no ha desmentido jamás.

Trujillanos! Piuranos! Huarazinos! Pronto vereis a vuestros defensores. Esperadlos. Preparaos para contribuir a vuestra libertad. Ella es el estímulo mas activo de sus fatigas. Mostrad esa heróica constancia, desplegad esos esfuerzos que hicisteis en la guerra de la independencia. Ahora son mas necesarios.—*Andres Santa-Cruz*,—Cuartel jeneral en Lima, a 24 de diciembre de 1838.

milla con la misma facilidad con que levanta, el poder que crea su mano caprichosa!

El Protector se adelantó a Chiquian con la caballería por el mismo camino que habian seguido sus divisiones de vanguardia, dejando atras a la division de Armaza, que se le reunió en Chiquian el 2 de enero. Su viaje se realizó sin dar lugar a ningun suceso digno de recuerdo. El jeneral Búlnes habia sido advertido con anticipacion de que se separaria de Armaza para llegar mas pronto a Chiquian, i con el objeto de sorprenderlo habia enviado secretamente a la costa a don Manuel Asin con algunos soldados. La vijilancia de Asin i de Vidal no tuvo buen resultado, ni la del jeneral Gamarra, que preparaba con ese mismo objeto una columna peruana.

Reunido que fué su ejército en Chiquian, se puso en marcha con todas sus fuerzas hácia el Callejon (3 de enero) con la arrogancia del hombre que teme se le escape por momentos su presa i la victoria.

Con la marcha de Santa-Cruz a Huaraz la lucha puede considerarse empeñada.

Desde ese dia los ejércitos estarán separados por una corta distancia, guardando solamente el trecho indispensable para no venir a las manos. A una jornada del Ejército Protectoral, corresponderá otra del Restaurador; a una doble marcha de aquel, una doble marcha de éste, hasta que por fin, habiendo conseguido llevarlo, en alas de su vanidad, hasta las inmediaciones del campo que tenia preparado para destruirlo tomará vigorosamente la ofensiva, lo arrancará de sus posiciones con un empuje sin igual, i ceñirá sus cienes victoriosas con el laurel inmarcesible de Yungai.

Los ejércitos que iban a decidir la lucha no guardaban relacion entre sí, por su número ni por su composicion. La mayor parte de los batallones chilenos no tenian mas esperiencia de la guerra que la que habian podido adquirir en los meses trascurridos desde su desembarco en el Perú. Los batallones del enemigo, por el contrario, eran veteranos i aguerridos. La mayor parte de ellos habian hecho la campaña contra el jeneral Salaverry i soportado el fuego de los grandes combates que señalaron la conquista del Perú. Los oficiales superiores i muchos individuos de tropa, habian pertenecido a los ejércitos

de la independencia, i por eso era comun ver en las formaciones un gran número de soldados i de jefes con el pecho reluciente, con las medallas que habian conquistado en Ayacucho, en Junin, en Yanacocha, en Socabaya.

El ejército que, a guisa de columna viva, soportaba sobre sus hombros el sistema de Confederacion, habia sido atendido por Santa-Cruz de un modo preferente. El lujo de su vestido, la calidad de sus armas, la abundancia de sus bagajes, contrastaban con la pobreza de los batallones chilenos, provistos de armas ordinarias i antiguas, sin mas equipaje que la mochila vacía que colgaba de sus fornituras, que muchas veces no eran sino un pedazo de cuero cruzado en las espaldas sobre una manta descolorida. Su pobreza, su honorable pobreza, podriamos decir,—porque no debemos olvidar que este ejército miserable habia ocupado durante dos meses una ciudad populosa i rica, donde hubiera podido surtirse de todo lo que le faltaba—su miseria, repetimos, llegó al estremo de que habia soldados que carecian de zapatos en las marchas de la sierra, i que no tenian mas abrigo que la casaca que llevaban en el cuerpo, para protejerse del frio de esas glaciales alturas.

En todo sentido, el ejército chileno era inferior al del enemigo. La mayor parte de la tropa, se habia enrolado en los momentos que se preparaba la partida. Hubo batallon, como el Santiago, que se completó a bordo de los buques que lo llevaban al Perú, con los *voluntarios* que recojia la policía i que conducia *voluntariamente* a Valparaiso, con las manos atadas a la espalda i en grupos rodeados de soldados. Otro, como el Aconcagua, se formó con los batallones cívicos de la provincia, i la composicion de la mayor parte de los demas, corria parejas con la de aquellos.

En el Ejército Protectoral, los soldados eran veteranos i los jefes ilustres. Algunos de ellos ocupaban una pájina brillante de la historia americana, i pertenecian por sus hechos a la primera categoría de los grandes hombres de su pais. Bastará citar a Moran, ese soldado intrépido i glorioso, valiente entre los primeros, arrojado i magnánimo, cuyo nombre no se borrará del recuerdo de su patria adoptiva, si sabe rendir tributo a la intelijencia, al valor i al infortunio! Otro, el jeneral don Ramon Herrera, era en la época de la Restauracion un solda-

do prestijioso i de mérito, conocido en el ejército i en el Perú por sus servicios a la causa de la independencia americana. Al lado de éstos, una pléyade de hombres distinguidos, como Guarda, Pardo de Zela, Otero, Bermudez, aparte de otros de menor graduacion, i de los que colocados en una esfera subalterna, debian figurar mas tarde en primera escala en los anales de su patria.

Agregaremos a esta lista, los nombres de Ballivian, de Velasco, de Riva-Agüero, de Cerdeña, de Braun, de Tristan, de Vijil, de Miller, de Necochea que, si bien permanecian léjos de la Sierra, servian en otra esfera a la causa protectoral. Puede asegurarse que ningun ejército americano hasta ese dia, habia sido mas lucido por su composicion, por sus hombres i por sus recursos.

Ademas de todas estas diferencias, habia entre ámbos una marcada desproporcion numerica. El ejército protectoral tenia proximamente 7,000 hombres; el chileno en los primeros dias de enero, 3,800 mas o ménos. Este número se aumentó con 500 enfermos salidos de los hospitales, i con dos batallones peruanos, mas reclutas aun que los batallones chilenos. A mediados del mes, en los dias anteriores a Yungai, el Ejército Restaurador se componia próximamente de 5,000 hombres.

Desde la llegada del Protector a Chiquian, su ejército se dividió en la forma que debia adoptar definitivamente hasta la terminacion de la campaña. Se distribuyó en dos divisiones de infantería; una compuesta de las tropas bolivianas, mandada por el jeneral don Ramon Herrera, i otra, de los batallones peruanos, a las órdenes del distinguido jeneral don Trinidad Moran.

La division de Herrera se subdividió en dos brigadas; la primera compuesta de los batallones núms. 1 i 3 de Bolivia, fué confiada al jeneral don Pedro Bermudez i la segunda, de los batallones núms. 2 i 4, al jeneral don Mariano Armaza. Era jefe de Estado Mayor de esta division, el coronel Guilarte.

La artillería estaba a las órdenes del coronel Pareja, natural de Guayaquil i sobrino del jeneral español del mismo nombre, que trajo la guerra a Chile i al Perú en 1866. La caballería se componia de dos Rejimientos, Lanceros de la guardia i de

la Escolta, mandados en jefe por el distinguido jeneral don José M. Perez de Urdininea, que despues de haber figurado en alta escala durante la guerra de la independencia, se puso en 1838 al servicio del jeneral Santa-Cruz. El brillante rejimiento de Lanceros de la guardia, tenia por jefe al coronel boliviano Lara; por segundo al comandante Guerra, de oríjen boliviano, conocido en las filas con el nombre familiar de *tuerto* Guerra. En grados inferiores figuraban en el mismo rejimiento, los capitanes Barnechea de Potosí; Morales i Dulon de Chuquisaca.

El rejimiento de la Escolta, que se componia de dos escuadrones, era mandado, en primer lugar, por el comandante don Matias Saavedra, natural de Cochabamba i en segundo por el mayor Landa. Formaba en las filas de ese arrogante cuerpo el jóven oficial don José María Achá, que habia nacido en Cochabamba en 1809 i que 28 años mas tarde debia ocupar la primera majistratura de su patria. Estos rejimientos montaban los caballos que pertenecieron a la division del jeneral Blanco Encalada i que fueron vendidos al jeneral Santa-Cruz despues del tratado de Paucarpata.

El jefe del Estado Mayor de todo el ejército era el jeneral don Anselmo Quiroz.

El jeneral don Pedro Bermudez, comandante de la primera brigada de la division de Herrera, era un antiguo militar, oriundo de Tacna, que habia contribuido a la independencia del Perú, concurriendo a sus mas distinguidas funciones de armas, i encontrádose en Ayacucho como segundo jefe de un batallon de infantería.

El jeneral Armaza, jefe de la segunda brigada, orijinario de la Paz, era considerado como hombre de intelijencia i de valor. En 1829, cuando el jeneral don Pedro Blanco asumió violentamente el mando de Bolivia en perjuicio del jeneral Santa-Cruz, que habia sido elejido sucesor de Sucre, Armaza lo derribó del poder i le quitó la vida. Santa-Cruz premió su conducta haciéndolo, primero ministro de la guerra de su administracion i despues su amigo i protejido.

El batallon núm. 1, estaba mandado por el coronel don Fructuoso Peña, sobrino carnal de Santa-Cruz, nacido en la Paz, que pereció mas tarde en el patíbulo polítioo a donde fué

arrastrado por el jeneral Ballivian. Los principales oficiales de su cuerpo eran ademas de sus propios hermanos Tomas i Manuel, que inició la batalla de Yungay, el valiente oficial don José F. Santivañez i los de ménos graduacion Arrieta i Lemoine.

El batallon núm. 3, tenia por jefe al coronel uruguayo don Manuel Rodriguez Magariños, que habia sido uno de los principales ausiliares de Santa-Cruz en la formacion de las lojias masonicas de que sembró el sur del Perú, para favorecer su conquista. Aparte de eso, Rodriguez Magariños era reputado en el ejército, como un táctico distinguido: era el segundo en ese cuerpo, el jóven comandante Barron i servian a sus órdenes en grados subalternos, el valiente capitan Estrada, hijo de Chuquisaca: en la misma graduacion don Gonzalo Lanza, que ha sido mas tarde jeneral del ejército boliviano; Silveti que recibió en Yungai una herida en la cara: Laguna que pereció en Chuquisaca fusilado por el presidente Belzu: el *turco* Torres; i el valiente i hábil oficial chuquisaqueño don Severo Fernandez.

La 2.ª brigada o sea la de Armaza, se componia como dijimos de los batallones 2.° i 4.°

Aquel, era mandado como principal jefe por el coronel don Mariano Sierra, natural de Oruro, i como 2.° por el teniente coronel don Ildefonso San-Jinés, que ha ocupado mas tarde una posision espectable en Bolivia. El tercer jefe era el mayor Trigoso i los capitanes, Perez (Juan José), Viruete, Ansaldo i Pope.

El batallon número 4.°, colocado a las órdenes del coronel don Prudencio Deheza, tenia una oficialidad distinguida, sobresaliendo entre ella, el entónces capitan don Manuel Isidro Belzu, que comenzaba con todo el ardor de la juventnd su carrera ajitada i gloriosa, i los capitanes Carbonel, Marin, Alvarez Condarco, que seria mas tarde jeneral, Velasco, Rivera, i don Manuel Gregorio de Perez hijo de una distinguida familia de la Paz.

La division peruana, de que era jefe el jeneral Moran, se componia de cuatro batallones. Mandaba el Arequipa, que se llamaba asi por haber sido organizado en la ciudad de ese nombre, el coronel don Jil Espino, i como segundo jefe el coman-

dante don Mariano Ureta, sirviéndole de subalternos los oficiales Franco (Manuel María), Vega (Guillermo), Farfan, Luna i Vallejos.

El Ayacucho, que habia soportado el sitio del Callao, encerrado en la fortaleza de la Independencia, i que habia servido a Orbegoso de cuerpo de reserva en la batalla de Guias, tenia por jefe al comandante Morales.—El Pichincha, tan hermoso como el anterior, era mandado por el coronel Lobato i por el comandante Arnao.

Por fin, el batallon Cazadores del Centro, organizado en el Cuzco, obedecia las órdenes del valiente soldado i distinguido táctico don José Gabriel Telles, nacido en Potosí, que andando los años, debia ser ministro del jeneral Belzu, que figuraba como ya lo hemos dicho, en grado subalterno, en este ejército brillante.—El jefe de estado mayor de esta division, era el coronel peruano don José Quiroga.

Sobre todos estos jefes, de alta i pequeña graduacion, estaba el jeneral Santa-Cruz, que desde el dia de su llegada a Chiquian, desempeñó las funciones de jeneral en jefe. Iban a su lado, en distintas calidades, algunos hombres distinguidos como su ministro don Casimiro Olañeta; orador inagotable, fecundo en recursos, pero que estaba mas organizado para las luchas de la tribuna i del foro, que para las contiendas armadas. Era otro don Francisco de Paula Rodado hombre distinguido por sus conocimientos i servicios. Hecho jeneral en 1823 por el voto del congreso, se trasladó a Europa con Riva-Agüero i vino a Chile en 1826, de donde pasó al Perú i luego a Bolivia, para ponerse al servicio de Santa-Cruz.

Este era el cuadro somero del Ejército Protectoral. El Restaurador no estaba concentrado como él, sino repartido en varios puntos del Callejon, aparte de las fuezas peruanas que permanecieron en Trujillo hasta los primeros dias de enero.

Al rededor del jeneral Búlnes se agrupaban algunos peruanos ilustres, que resumian, en un cuadro pequeño pero brillante, toda la historia del Perú. Era el primero de todos, el Gran Mariscal don Agustin Gamarra, cuya vida borrascosa, pero iluminada con los destellos de la intelijencia i de la gloria, trataremos de dar a conocer en el curso de este libro. Sucedíale en nombradía i en importancia el jeneral don Ramon Castilla,

uno de los soldados mas intrépidos de la revolucion americana, dotado de una rara intelijencia i de una actividad infatigable. Sus servicios durante la campaña fueron de gran importancia. Sin él, habria sido talvez imposible facilitar al Ejército Restaurador en Lima i en el norte, los elementos de su vida.

Pero su obra, por importante que fuera, no salia de la semioscuridad en que, durante una guerra, se mantienen los servicios de organizacion, acaso de los mas importantes. La luz de la gloria militar apaga con sus ardientes fulgores, los trabajos modestos que hacen posible la victoria.

Castilla, nacido en la provincia de Tarapacá en los últimos años del siglo pasado, vino mui jóven a Chile i se estableció en Concepcion, con un pequeño comercio. Arrancado de sus tranquilas tareas por los primeros trastornos de la guerra de Independencia, se trasladó al Perú, donde prestó servicios militares de diverso carácter, hasta 1824. Al año siguiente concurrió a la batalla de Ayacucho.

Terminada la guerra i consolidada la obra de la revolucion, el nombre de Castilla fué ganando incesantemente prestijio e importancia. En 1835 era prefecto del departamento de Puno, cuando el jeneral Orbegoso, ocupado solo de asegurar el éxito de las elecciones que debian tener lugar en la República, salió de Lima hácia el sur, dejando desencadenarse tras de sí, la sangrienta revolucion, que habia de tener por resultado la conquista del Perú por Santa-Cruz. El jeneral Castilla, fastidiado de la marcha del gobierno, renunció su puesto de prefecto i se trasladó a Arequipa, donde reprochó personalmente a Orbegoso, el miserable estado a que habia reducido al Perú.

Desterrado de Arequipa i espuesto a ser fusilado, si el coronel Pezet hubiese cumplido la órden de Orbegoso, Castilla se retiró a Tacna, de donde fué sacado violentamente, a media noche, por órden de Braun i trasportado a Tarapacá, por un camino sembrado de enemigos i de emboscadas, que segun él refiere, le habian sido preparadas por Santa-Cruz (1).

Habiendo conseguido huir, se embarcó en una caleta de la costa para Arica, i de ahí se trasladó al Callao, abordo de la *Ariadna*, de donde regresó poco despues a Valparaiso.

(1) El jeneral de brigada don Ramon Castilla a sus conciudadanos.—Santiago, 1836.

Castilla, como la mayor parte de los peruanos que en esa época emigraron a Chile, adquirió estrechas relaciones de amistad con los hombres mas influyentes del gobierno del jeneral Prieto, que preveian la necesidad de espedicionar al Perú en un porvenir no mui lejano. En 1837 acompañó al jeneral Blanco a su campaña de Arequipa, i regresó con él, despues del tratado de Paucarpata. Enrolado nuevamente en la segunda, desempeñaba el ministerio de la guerra, desde la eleccion del jeneral Gamarra.

Estos nobles antecedentes, fueron coronados por una vida mas gloriosa aun. Llamado dos veces a desempeñar la primera majistratura de la república, Castilla marcó su paso por la administracion, con un sello glorioso e indeleble.

Su muerte fué como habia sido su vida. Viejo, achacoso, cubierto con la mortaja de las dolencias i de los años, su alma conservaba el fuego i los brios de su primera edad. En 1867, el viejo patriota—al frente por la última vez de una aventura política—sintiéndose desfallecer, se bajó de su caballo i reclinó sobre una manta, tendida en la arena del desierto, su cabeza gloriosa i fatigada. Un momento despues exhalaba el último suspiro, i moria como soldado i como revolucionario.

Su memoria ha pasado a ser la mas popular del Perú, i su nombre el tipo del héroe nacional. Sus jenialidades, sus respuestas, los rasgos de su carácter, de su valor i de su privilejiada intelijencia han llegado a formar una verdadera tradicion, que anima el miserable hogar de sus viejos soldados i que cria a los jóvenes en el recuerdo de sus virtudes i de su memoria.

Ademas de Gamarra, de Castilla i de Torrico (1) figuraba, en

(1) Torrico nació en Lima el 27 de febrero de 1808 i era hijo de un coronel español que servia en el ejército del Perú. Incorporado desde mui jóven, en la Academia militar, se enroló en el batallon Infante don Cárlos, perteneciente al Ejército Real, desde que empezaron a sentirse los primeros síntomas de la revolucion. Tomado al poco tiempo prisionero por los patriotas, fué agregado por San Martin al ejército revolucionario. En 1822, concurrió en clase de teniente del batallon Lejion Peruana, a los combates desgraciados de Torata i de Moquehua. Al año siguiente, marchó al sur con el batallon núm. 6, que formaba parte de la brillante division que hizo la campaña de Intermedios. Torrico que pertenecia a la columna de Gamarra, que debia dirijirse a Oruro, retrocedió como toda la columna hasta Arica, donde se embarcaron los miserables restos de ese ejército que se habia dejado vencer sin combatir.

las filas de la Restauracion, el pundonoroso jeneral Elespuru, hombre de nobles maneras i de dignos antecedentes, que perteneció, en el principio de su carrera, al ejército español i se adhirió despues a la Revolucion como los principales personajes del Perú: el jeneral Vidal, que era un guerrillero audaz, lleno de recursos i de prestijio en las provincias del Norte; el jeneral don José María Raigada, que habia servido en los ejércitos de la independencia i que llegaria, andando el tiempo, a encumbrados destinos.

En otra esfera, sobresalian los distinguidos coroneles don Alejandro Deustua, don Manuel Lopez, don Isidro Frisancho, don Juan Bautista Mejía; en el Estado Mayor i en el cuerpo de injenieros, el hábil coronel Placencia, el sarjento mayor don Francisco José Cañas, el teniente coronel don Juan Crisòstomo Mendoza, i tantos otros, que no seria posible enumerar sin pro-

---

Incorporado de nuevo en el batallon Lejion Peruana, concurrió siempre en clase de subteniente a las batallas de Junin i de Ayacucho. Incorporado depues al ejército del jeneral Sucre, acompañó a este soldado ilustre en la campaña al sur, que trajo por resultado la creacion de la república de Bolivia. Vuelto nuevamente al Perú, regresó en 1828 con el jeneral Gamarra, que llegó hasta la frontera de Bolivia i firmó los tratados de Piquiza.

En 1829, declarada la guerra a Colombia, se batió en el ejército peruano en la batalla de Portete, i regresó a Lima, con los desastrados restos de la division de La-Mar. Incorporado como segundo jefe en el batallon Zepita, cooperó a la revolucion que hizo Gamarra contra el jeneral La-Mar, lo que le valió un ascenso i el mando de su batallon. El año 1834 sobrevino una revolucion encabezada por Gamarra, en favor de Bermudez i contra el jeneral Orbegoso. Torrico se plegó a ella al principio i la abandonó poco despues. Separado de su cuerpo por Orbegoso, fué sustituido en él por el jeneral Salaverry, i despues borrado del escalafon militar. En 1855, tomó parte en favor de Salaverry, sublevado contra Orbegoso, i luego se le separó, disgustado de la poca confianza que le dispensaba el jóven i ardoroso caudillo.

En esa época emigró del Perú i se retiró a Chile, lo que le impidió concurrir a la segunda guerra de independencia que hizo el ejército de Salaverry contra el jeneral Santa-Cruz i que tuvo por resultado, la derrota, la persecucion i el patíbulo.

En 1837 se trasladó al Ecuador a negociar una alianza entre aquel país i Chile, i regresó con el jeneral Gamarra cuando se hacian los preparativos de la campaña que estamos empeñados en narrar.

Llamado despues a los mas altos destinos políticos, i honrado con las comisiones mas importantes que puede desempeñar un ciudadano, Torrico, se alejó del Perú en 1852, i fué a pasar el resto de sus dias en Paris, donde murió en 1875 (a).

(a) Todos los datos relativos a Torrico, los hemos sacado de unos apuntes sobre su vida, que escribió él mismo en Paris i que debemos a la jenerosidad de don José Domingo Cortés.

longar desmesuradamente este relato. Debemos hacer, sin embargo, una escepcion en favor del ilustre oficial salteño don Juan Antonio Ugarteche.

La mayor parte del ejército chileno permanecia, como hemos dicho, en el pintoresco pueblo de Huaraz. El distinguido paisajista Wood, nos ha dejado una vista de la plaza de Huaraz, durante su ocupacion por el ejército chileno. Era un vasto cuadrado o mas propiamente un terreno eriazo, rodeado de edificios bajos, en el antiguo estilo español. Uno de sus costados estaba ocupado por el cuartel que hospedaba a los batallones chilenos. Su arquitectura, si tal puede llamarse, consistia en una muralla larga e igual, provista de tragaluces en forma de semicírculo a gran altura del suelo. Sobre la puerta principal, unos altos corridos, que se ven sofocados por el inclinado techo de teja que parece cubrirlos.

En el otro costado, una iglesia parroquial de dos torres en principio, de pobre i desaseado aspecto. En el horizonte de esta plaza humilde, i casi sobre ella, destaca sus picos majestuosos la cordillera de los Andes, i el reflejo de sus nieves perpétuas envuelve al pueblo en una atmósfera trasparente i límpida.

Allí permaneció durante muchos dias el cuartel jeneral del ejército chileno, aguardando ávidamente la determinacion de Santa-Cruz. Los principales ayudantes del jeneral en jefe en ese lugar eran: el distinguido coronel Wood, que ha dejado un trazado de la marcha del Ejército Restaurador i de sus glorias, en los paisajes admirables tomados sobre los mismos sitios; el teniente coronel don Miguel O'Carrol, hermano del desgraciado jóven que fué enlazado por los seides de Benavides en el sitio del Pangal; el oficial peruano don Francisco Antonio Perez, cuñado del jeneral Salaverry; el valiente oficial chileno don José Manuel Lecaros; el apuesto i gallardo capitan del Portales don Santiago Amengual, i el jóven oficial de cazadores agregado a la secretaría del jeneral en jefe, don Nicolas José Prieto, que a pesar de sus cortos años no era un desconocido en las filas. Cuando el ejército iba en marcha del Naranjal a la Legua acercándose a Lima, el alferez Prieto, que marchaba a la vanguardia con un destacamento de 25 cazadores, se batió arrogantemente con una avanzada mucho mas numerosa del enemigo, i la puso en fuga.

Los principales ayudantes del jeneral Cruz eran: Ballarna, que, como lo hemos visto en la relacion del combate de Casma, permanecia en los buques por enfermo; el distinguido oficial don Cárlos Olavarrieta, que tampoco pudo terminar la campaña por el mal estado de su salud; los sarjentos mayores don Simon Molinares i don Andres Olivares, que veremos perecer gloriosamente en Yungai; el coronel arjentino don Isaac Tomphson que mandó en Maipo i en Tarpellanca el batallon núm. 1 de Coquimbo; el capitan don Rafael Soto Aguilar i el sarjento mayor don Juan de Dios Romero.

Los batallones que Búlnes tenia consigo en Huaraz eran, el Portales, el Carampangue, el Valdivia, el Aconcagua, el Santiago i el Colchagua. El Valparaiso estaba en el paso de Paltay.

El comandante del Portales era don Manuel García, antiguo i distinguido oficial, nacido en Santiago en 1802, que se incorporó al ejército en calidad de cadete en 1817. El año siguiente se contó entre los vencedores de Maipo. Despues de varios servicios de distinto carácter, como los que prestó en la pacificacion de Valdivia en 1821, formó parte de las dos espediciones que condujo el jeneral Freire a Chiloé, i se encontró a las órdenes del jeneral Aldunate en la toma del castillo de Roquecura.

Enviado despues al ejército del sur, que mandaba Borgoño, hizo varias espediciones contra los Pincheiras, hasta que en 1837, se incorporó en el ejército de Blanco, i a su regreso, formó parte con su batallon de la segunda espedicion que dirijia el jeneral Búlnes. Su inmediato jefe era el sarjento mayor don Juan Torres, soldado intrépido i ardoroso, pero áspero, que tenia encarnados en sus hábitos, los rijidos preceptos de la ordenanza militar.

Los principales oficiales subalternos, eran don Santiago Amengual, que ya hemos enumerado entre los ayudantes del jeneral en jefe: el capitan don José Miguel Araneda, recien salido de las aulas de la escuela militar, que dirijia con superior acierto el coronel Pereira. Araneda estaba llamado a ser uno de los jefes mas distinguidos del ejército, por su intelijencia, por su valor i lo que era mas raro, por su vasta instruccion militar. Figuraba en el mismo cuerpo i en el mismo grado, el

capitan don Pedro Silva, que recibió mas tarde en recompensa de sus servicios que databan desde Maipo, el puesto de jeneral. Pertenecia a las mismas filas, en clase de subteniente, don Cesáreo Peña i Lillo, que murió gloriosamente en la batalla de Loncomilla, mandando como segundo jefe el batallon Buin: el teniente don Ramon Palacios: el capitan don Manuel Antonio Faez: el entónces sarjento 1.° i hoi sarjento mayor don José Miguel Faez, orijinario de Santiago, que se distinguió en el puente de Llaclla: el valiente oficial don Lúcas Pizarro: el teniente don José María Ruiz, natural de los Anjeles, educado como Faez en la Escuela militar en tiempo del coronel Pereira, i el distingnido subteniente don José Antonio Campos.

El batallon Carampangue, émulo del Portales i su compañero en las fatigas i desabrimientos de Chiquian, tenia por jefe al teniente coronel don Jerónimo Valenzuela, nacido en Concepcion en 1790. Enrolado en el ejército de la Patria en 1817, se encontró en el asalto de Talcahuano i en la batalla de Maipo. En 1820 hizo la campaña libertadora del Perú a las órdenes de San Martin i sirvió despues con distincion, en el ejército del jeneral Sucre. Vuelto a Chile, acompañó a Freire a la segunda campaña de Chiloé en 1826, i despues se enroló en el ejército del sur, que sostenia con perseverancia i valor, pero con mediano éxito la sangrienta lucha a que lo provocaban la guerrillas de Pincheira.

El segundo jefe era el antiguo oficial don Manuel Zañartu, que habia pertenecido, como Valenzuela, a las filas de la Revolucion, i servido despues en el ejército del sur, en las campañas de Benavides i de Pincheira.

Los principales oficiales que tenia a sus órdenes eran los capitanes don José Antonio Vial, i don Guillermo Nieto: el esforzado subteniente don Juan Antonio Vargas, que fué mas tarde coronel: el capitan chillanejo don Cárlos Lezana, que no habria de empañar la ínclita nombradía de su pueblo: el distinguido jefe don José Vicente Urízar que pereció en la batalla de Loncomilla: el valiente araucano don Juan Colipí, cuyas portentosas hazañas refiriremos en brebe: i el sarjento don José 2.° Robles, que adquirió una envidiable nombradía en la batalla de Buin.

El batallon Valparaiso estaba mandado por el comandante

don Juan Vidaurre *el Leal*, que adoptó este apodo, desde el dia que el coronel del mismo nombre, traicionó la gratitud i la amistad, apresando al ministro Portales en la plaza de armas de Quillota.

Vidaurre nació en Concepcion en 1802. Cuando el bozo de los 15 años no asomaba aun en su rostro infantil, se alistó como cadete en un rejimiento de caballería i concurrió al desgraciado ataque de Talcahuano de 1817, al combate de caballería de Quechereguas, a la sorpresa de Cancha-Rayada, i a la gloriosa revancha de Maipo. En 1826 acompañó al jeneral Freire a Chiloé i cooperó eficazmente a arrebatar a la España ese último rincon de territorio i de autoridad, que conservaba en el Pacífico.

Su segundo jefe era don Manuel Tomas Martinez i sus principales subalternos, el ayudante mayor don Antonio de la Fuente, que fué mas tarde coronel i director de la Escuela militar: el subteniente don Manuel Antonio Marin, cuyo nombre aparece con honor en el sitio del Callao: i el festivo i simpático oficial don Ignacio Luco.

El batallon Santiago, puede decirse, que era hijo de la capital, pues sus soldados i oficiales pertenecian a la ciudad por su nacimiento i por sus relaciones. Mandada la distinguida juventud, que con una abnegacion propia de otra edad! habia corrido a enrolarse en las filas del ejército que iba a hacer la campaña, don José María de Sessé, en cuya frente juvenil se reflejaba el puro resplandor de Matucana. Entre los oficiales de ese cuerpo merecen un recuerdo especial, don José Antonio Guilizasti, hombre tan distinguido por su intelijencia, como por su valor: el ayudante mayor don Juan de la Cruz Larrain, perteneciente a una de las mas encumbradas familias de la República, i que debia manifestar en el curso de la campaña, el conjunto de nobles i altivas cualidades que son el distintivo de su raza: el teniente don Ramon Villalon, salido como muchos otros, de las aulas de la Escuela militar, de donde fué mas tarde profesor: el capitan don Antonio Gomez Gárfias: el subteniente, hoi coronel, don Rafael Fierro: el honrado e intelijente capitan don Antonio Videla Guzman, que se hizo matar en Loncomilla, por no sobrevivir a la injustificada deshonra de su nombre: los jóvenes don Cárlos Infante i don Martiniano Urriola, hijo del

coronel de este nombre: don Francisco Guzman que mereció el honor de ser recomendado en el parte oficial de la batalla de Matucana: el entónces subteniente i mas tarde coronel don Mauricio Barbosa: el jóven don José Nicolas Alamos: i por fin, uno de los mas distinguidos de todos, el pundonoroso capitan don Manuel Tomás Tocornal, hijo del ministro de Estado don Joaquin Tocornal.

Era comandante del batallon lijero Valdivia, en reemplazo de su jefe, que habia regresado a Chile por enfermo, el sarjento mayor don Pedro Gomez, nacido en Chiloé en 1801. Enrolado en 1829 en el ejército del sur, encargado de contener las correrías de los montoneros i de los indios, Gomez se encontró a las órdenes de Búlnes en el combate de las Lagunas de Pulanquen que terminó la guerra de los Pincheiras, i en las diversas campañas de pacificacion del territorio araucano que tuvieron lugar en 1834 i 1835.

Se distinguian entre los oficiales que tenia a sus órdenes, el intrépido jóven don Basilio Urrutia, hoi jeneral, que ha conquistado uno a uno sus grados militares, desde la plaza de soldado distinguido, por la obra de su clara intelijencia i de su distinguido valor. Era subteniente como Urrutia, otro valiente como él, don Joaquin Unzueta. Figuraban en el mismo cuerpo en clase de capitanes, don José Antonio Roa, nacido en los Anjeles en 1801, que habia figurado dignamente en todos los grandes combates que tuvieron lugar en la República desde 1817 hasta 1838, i con el mismo grado el valiente jóven don Agustin Márques, hoi coronel, de familia de soldados, que habia ilustrado su carrera, forzando heróicamente con su compañía, la entrada fortificada del puente del Rimac, el dia de la batalla de Guias.

El batallon Colchagua, mandado por Urriola, estaba destinado tambien a una justa nombradía. Su jefe nacido en Santiago en 1793, i enrolado en 1812 como soldado distinguido del batallon Granaderos de Chile, gozaba en el ejército de una merecida reputacion (1). Oficial de la independencia como la mayor parte de los jefes nombrados, Urriola era un soldado

(1) Sentimos no poder dar algunos datos sobre la vida del coronel Urriola, pero no los hemos encontrado en la Inspeccion Jeneral del Ejército por no existir su hoja de servicios.

intrépido, pero demasiado inclinado a poner su espada en la balanza de las contiendas políticas.

La artillería tenia un comandante jeneral, que lo era don Márcos Maturana, nacido en Santiago en 1799. Enrolado en el ejército en 1818, concurrió a la batalla de Maipo en el Escuadron de Húsares de la Muerte mandado por Manuel Rodriguez, i dos años despues acompañó al jeneral San Martin al Perú. Tomado prisionero, durante el sitio del Callao, i encerrado en Casas-Matas, salió de ellas para asistir al desastre de Moquegua. A su regreso a Chile formó parte de las dos espediciones que condujo el jeneral Freire a Chiloé, i contribuyó de un modo particular a la independencia del Archipiélago.

Sus servicios durante la guerra de la independencia, fueron solo el cimiento, puede decirse, de la alta nombradía que alcanzó este soldado benemérito. Desde 1826, figura en escala superior en todos los sucesos militares que tuvieron lugar en la República. Nombrado comandante jeneral de artillería en el ejército conservador del jeneral Prieto, contribuyó de un modo poderoso al éxito de la guerra civil. La campaña del Perú no fué todavía la coronacion de su carrera.

En 1851 le cupo defender el órden público i el principio de autoridad amenazado en la capital, haciendo una brillante defensa del cuartel de artillería, de que era jefe. Promovido a jeneral i años mas tarde al Ministerio de la Guerra, murió en Santiago en 1871 considerado por todos como un soldado arrogante e intrépido i como un militar cumplido i pundonoroso.

Entre sus oficiales subalternos sobresalia en primera línea el alférez, hoi jeneral, don Erasmo Escala, que apesar de sus cortos años comenzaba a labrarse en el corazon del ejército, el puro i acendrado prestijio de ha que gozado mas tarde. Un valor a toda prueba i una inquebrantable lealtad eran ya las dotes distintivas del alma del jóven oficial. Servian en el mismo cuerpo, i en grados superiores, el capitan don Márcos Antonio Cuevas, i el teniente don José Estévan Faez.

La caballería se componia de un rejimiento i de tres escuadrones.

Mandábala en jefe el coronel don Fernando Baquedano, naci-

do en Santiago en 1793. A la edad de 11 años se alistó, como soldado distinguido, en el rejimiento español de Dragones de la Reina.

Incorporado despues en la Gran Guardia, llegó en 1814 al puesto de alférez, habiendo pasado, de antemano, por todos los grados inferiores. Desde esa época se encontró en los hechos de armas mas gloriosos que tuvo que sostener el Ejército de la Patria: en el sitio de Chillan, a las órdenes del jeneral Carrera: en Quirihue, con Prieto: en Quilo, con O'Higgins, i sucesivamente en Chacabuco, asalto de Talcahuano, Cancha-Rayada, Maipo, i despues en Ochagavía i Lircai. Baquedano debia inmortalizar su nombre en la batalla de Yungai, donde lo veremos desplegar un heroismo, propio de su alma levantada.

Baquedano, a la vez que era comandante jeneral de toda la caballería, mandaba en jefe el rejimiento de cazadores, i tenia a sus órdenes al teniente coronel don Juan Manuel Jarpa, nacido en Chillan a principios del siglo, que servia en el Ejército desde 1823: al capitan don Manuel Teran, hijo de Nacimiento i valiente como todos sus paisanos: a los de la misma clase don José María Alvarado i don José Antonio Yañez, que habia sido el único oficial del núm. 1 de Coquimbo, que habiendo concurrido al combate de Tarpellanca, escapó del puñal de Benavides: al alférez, mas tarde jeneral, don José Vicente Venegas, cuyo nombre hemos visto figurar en la batalla de Guias: al jóven agregado al rejimiento, don Manuel Baquedano, su propio hijo, hoi jeneral, i por fin, al sarjento 2.° don Lúcas Villagra, que ha llegado a un puesto superior, por solo su entereza i su valor.

El Escuadron de Granaderos a caballo, no tenia jefe propio i estaba a las órdenes inmediatas del coronel Baquedano. Sus principales oficiales eran el capitan don Juan Navarro, de oríjen español, que pereció en Santiago el dia del motin militar del batallon Valdivia en 1851 (20 de abril): el oficial chillanejo don José Andres Gazmuri, que llegó al puesto de coronel.

Mandaba el escuadron de Lanceros el antiguo oficial don José Inojosa, que se incorporó al Ejército en 1823, i servian, entre otros, a sus órdenes el capitan don Cipriano Palma: el

ayudante mayor don José Toribio Pantoja: el teniente don Caupolican Plaza, i el alférez don Tristan Valdes.

Por fin i para concluir esta nomenclatura árida como un cuadro militar, mencionaremos al Escuadron de Lanceros de la Frontera, organizado i mandado por el teniente coronel don José Ignacio García que fué mas tarde jeneral. Nacido en Concepcion en 1806, García se enroló en el Ejército en 1817, i concurrió en clase de cadete del batallon núm. 3 a las batallas de Cancha-Rayada i de Maipo. En 1823 formó parte de la espedicion que condujo el jeneral Pinto al Perú i desde entnces hasta la época que historiamos, permaneció en el Ejército del sur, que trataba en vano de sofocar la guerra sangrienta i tenaz, a que lo provocaban los Pincheiras. Los principales oficiales que tenia a su lado, eran el sarjento mayor don Erasmo Jofré, hombre de sólido mérito, i de carrera distinguida: don Vicente Villalon: el esforzado teniente don Manuel Antonio Larrañaga, natural de los Anjeles; el capitan don Ignacio José Prieto, hoi jeneral, i el teniente don Rosauro Gatica, con quien cerraremos dignamente, esta larga lista de oficiales i de jefes que se hicieron acreedores al reconocimiento nacional.

Tal era, mirado desde sus puntos mas salientes, el cuadro de los principales oficiales chilenos en Huaraz en los primeros dias de enero de 1839. Al abarcar en una ojeada rápida los principales nombres de sus cuadros brillantes, no hemos querido sino presentar en un haz, ese ejército que auhelaba ansioso que llegara el momento de terminar la guerra. Su intenso deseo estaba a punto de cumplirse. El Protector venia en marcha de Chiquian hácia Huaraz, lo que manifestaba que estaba resuelto a atrapar alguna vez al enemigo, *que huia ignominiosamente a su vista!*

Sin embargo, ántes de asistir a ese drama glorioso que se iba a representar en brebes dias, nos vemos obligados a retroceder nuevamente hasta mediados de diciembre, es decir, a los momentos en que el jeneral Torrico aguardaba en Chiquian la llegada del enemigo, para completar así un vacío, que hubimos de dejar, para la mayor claridad de esta relacion.

Así reuniremos en un haz las diversas faces de una situacion complicada, en que no solo se encontraban en juego, para el

Ejército Restaurador las necesidades militares de la guerra, sino las dificultades de su subsistencia en la Sierra; el aislamiento en que lo mantenia la hostilidad de los pueblos; la carencia de noticias exactas sobre las disposiciones i movimientos del enemigo. A su vez el Ejército Protectoral, necesitaba tambien terminar cuanto ántes una lucha, cuyo desenlace i resultados se hacian cada dia mas oscuros.

La luz de los grandes acontecimientos que se preparaban, vendria a disipar el aparente caos de una situacion revuelta i difícil, i a resolver las dudas e inquietudes que se amontonaban al rededor de los ejércitos.

CAPÍTULO XIII

Columna de Vidal.—Torrico en Chiquian.—Gamarra en Trujillo.—Su vida

El objeto de la comision i de la columna confiada al jeneral Vidal fué, como dijimos mas arriba, evitar una sorpresa a la division de Torrico, manteniendo una activa vijilancia sobre las fuerzas enemigas.

Vidal comenzó por establecer un servicio de espionaje, i envió al mayor Moreira, con algunos soldados, a practicar un reconocimiento sobre el mismo campo de Bermudez, que permanecia cerca de Canta, fomentando las correrías de los montoneros, que llevaban sus depredaciones hasta los alrededores de Huacho.

A fines de noviembre, Vidal se trasladó a Pativilca sin motivo ostensible, separándose a mayor distancia del campamento de Bermudez, i haciendo, por consiguiente, casi imposible el desempeño de su comision. En el pueblo de Huaura, famoso en los anales del Protectorado, por haber sido el asiento del Congreso con que el conquistador pretendió lejitimar su obra despues de Socabaya, dejó Vidal al prefecto de Lima don José Valerio Gassols; al sub-prefecto don Juan Delgado, con el teniente Moreno del ejército de Chile i 12 cazadores.

Esta órden imprudente produjo sus naturales resultados: el piquete fué sorprendido, a los pocos dias, por el coronel Carras-

co, enviado espresamente por Bermudez con 168 hombres de línea (1). Todos los soldados chilenos, algunos oficiales peruanos pertenecientes al Estado Mayor del jeneral Vidal, el sub-prefecto Delgado i el teniente Moreno, cayeron prisioneros, escapándose únicamente el prefecto Gassols (2).

Despues de la sorpresa de Huaura, Carrasco continuó su marcha a Supe, que ocupó sin dificultad. Entre tanto, el jeneral Vidal, que habia sido prevenido de estos sucesos, marchaba en direccion de Supe para darle alcance; pero la flojedad de su marcha i su tardanza, dieron tiempo a Carrasco de replegarse a la division de Bermudez. Vidal regresó a Pativilca.

El lugar elejido era el ménos adecuado para la conservacion de la caballería, lo que lo obligó nuevamente a cambiar de posicion; pero en vez de situarse a vanguardia de la division boliviana, se trasladó a Huarmey, punto situado a 20 leguas de desierto de Pativilca i a 30 del cuartel jeneral.

Esta desgraciada retirada hacia imposible la vijilancia de Vidal sobre las fuerzas enemigas i dejaba descubierta la pesada division de infantería del jeneral Torrico. Nada justifica ni siquiera esplica ese movimiento impremeditado, que pudo influir en el éxito de la guerra de un modo funesto i decisivo.

Doblemos la hoja sobre esta pájina de la vida de un soldado por lo demas glorioso; no insistamos sobre sus faltas de un dia, que si la historia es un tribunal, no es un banquillo para fusilar reputaciones. Su permanencia en Huarmey fué corta, pues, convencido él mismo de la inutilidad de ocupar un pueblo que nadie pensaba atacar, se trasladó primero a Canta, dejando en Huarmey al mayor Moreira con una partida de observacion, i despues a Nepeña donde se reunió con el ejército peruano. De allí pasó al cuartel jeneral llevando 350 convalescientes chilenos i el batallon Huaylas, que venia de Trujillo a cargo del coronel Deustua (3).

(1) Dos compañías del Ayacucho, una del rejimiento de Lanceros de la Guardia i treinta montoneros.

(2) Parte de Carrasco.—*Eco del Protectorado*, núm. 135.—Carta de don José Toribio Perez a Búlnes.

(3) Señor Jeneral don Manuel Búlnes.—Nepeña, diciembre 28 de 1838.—Mi querido jeneral i amigo:—Despues de haber emprendido mi marcha de Casma para reunirme al ejército, segun Ud. me lo habia ordenado; i hallándome en este punto para seguirla, he sido detenido por S. E. el jeneral presidente, para que uniéndose a mí el batallon Huaylas

La division del jeneral Torrico, cuyo flanco quedaba descubierto con la marcha de Vidal a Huarmey, hubo de redoblar la vijilancia sobre los pueblos ocupados por las columnas enemigas. Apesar de que el movimiento de Vidal le creaba una situacion difícil, Torrico suplia esa desventaja con un aumento de precauciones i con la seguridad de su posicion. Hé aquí como esplicaba él mismo las condiciones estratéjicas de Chiquian: «Mi flanco derecho está cubierto por la naturaleza misma del terreno, i por una que otra parte por donde podrian hacer un movimiento los enemigos aunque mui largo i difícil. Nunca podria ser de modo que no fuera sentido por nosotros desde mucha distancia, pues que las autoridades de los pueblos por donde tienen que transitar, son amigas de la causa i me pasarian avisos volando, como lo acreditan las comunicaciones que incluyo. Por el frente está Cajatambo, pueblo mui comprometido par la causa de la Restauracion i que está a 15 leguas de este cuartel principal, i a mas de esto, el rio de Rapaychaca i el de Llaclla son una barrera mas que suficiente para detener al enemigo dos dias, que son los que necesito para estar en Recuay. Pudieran, es verdad, hacer un movimiento por Paellon, pero tienen que pasar cuando no por Cajatambo, al ménos por los pueblos inmediatos que todos nos pertenecen, i ademas tengo frecuentes espías en esa direccion. Por la izquierda, que está la provincia de Huamalies, no hai nada que temer, pues que a la fecha está por esos pueblos la columna del mayor Lopez, compuesta de 100 infantes montados i diez lanceros de vuelta de la comision que llevaron sobre el Cerro.»

En la misma nota añade: «He mandado construir ramadas a distancia de 6 leguas de este pueblo, camino cómodo, i caso que fuese atacado imprevistamente por fuerzas superiores a las

---

i demas tropa de la costa, verifique mi ingreso al cuartel jeneral, debiendo el dia de mañana marchar la infantería i el siguiente la caballería, que hoi se halla ocupada en herrar i reclavar las herraduras que faltan.

El señor ministro jeneral presentará a Ud. tres cartas con las últimas noticias por las cuales se enterará Ud. de los movimientos de los enemigos i su estado.

Deseo a Ud. salud, amado jeneral, i que mande a su obsecuente i apasionado amigo Q. B. S. M.—*Francisco Vidal.*

A. D.—El batallon Huaylas desembarcó ayer en Santa i de igual modo trescientos cincuenta hombres del ejército chileno, de los que se hallaban enfermos en los hospitales de Trujillo, ya restablecidos completamente.

mias, me retiraré a estas seis leguas donde puede reunirse el batallon Valparaiso que marchará otras seis i de este modo estaremos en la mayor seguridad» (1).

Se recordará que el jeneral Búlnes dejó en Recuay al batallon Valparaiso con el objeto de protejer la retirada de Torrico. Las medidas a que hace referencia la nota, eran el complemento indispensable de las adoptadas por Búlnes.

Luego que tomó posesion del pueblo de Chiquian, envió Torrico al Cerro de Pasco al mayor Lopez con las fuerzas que menciona la comunicacion anterior. Los 100 hombres de infantería cabalgaban en mulas, como el medio mas adecuado de viajar en esas rejiones fragosas, cruzadas de estrechos desfiladeros i de hondos precipicios.

Lopez llevó órden de permanecer en el Cerro el tiempo necesario para levantar una contribucion de guerra; para «arreglar política i militarmente los pueblos» i regresar cuanto ántes por Huamalies, para dar alcance al coronel Solares, que venia a esa provincia con una columna compuesta de algunos soldados de infantería i de las guardias nacionales de la provincia de Huanuco. En conformidad con sus instrucciones, Lopez sorprendió durante la noche la poblacion de Cerro, i se dirijió despues a la provincia de Huamalies, pasando por Huanuco viejo i Aguamiro.

La situacion de Lopez en esa provincia desafecta causaba viva inquietud en el cuartel jeneral chileno. Las noticias venidas de los pueblos, hostiles en su mayor parte a la causa de Chile, exajeraban la gravedad de su situacion. Torrico se esforzaba por calmar los temores que se abrigaban en Huaraz i gracias a sus esfuerzos habia conseguido permanecer en su puesto avanzado mucho mas tiempo del que hubiera deseado el jeneral Búlnes (2).

Pero como el enemigo continuara su marcha hácia el norte en número superior a las fuerzas de Chiquian, Torrico decidió trasladarse a Recuai, donde se encontraba el batallon Valparaiso.

Deseando, sin embargo, no precipitar su retirada i cerciorarse

(1) Nota de Torrico.—Chiquian, diciembre 10 de 1838.
(2) Notas de Búlnes de 8 i 12 de diciembre i de Torrico de 10 i 12 de diciembre.

de la aproximacion del enemigo i de sus fuerzas, envió diez soldados montados del Carampangue a las órdenes del alférez don Juan Colipí, araucano de raza, i de raza de valientes, hijo del cacique del mismo nombre, que se distinguió por su lealtad a la causa de la Patria (1).

Colipí era conocido como un oficial puntual i rudo en el cumplimiento de su deber; pero su porte marcial, la orijinalidad de sus maneras semi-civilizadas, su color tostado por el sol de las llanuras indíjenas en que corriera su niñez, le habian dado cierta notoriedad en el ejército.

La comision que le confiaba Torrico era del mas alto significado moral, pues, de sus informaciones dependia que abandonase el pueblo de Chiquian o que permaneciendo en él, se espusiese a ser sorprendido por las fuerzas protectorales. Colipí se propuso acercarse al enemigo hasta verlo por sí mismo, i efectivamente, al segundo dia de marcha, lo avistó entre Gorgorillo i Mangas, lo que avisó inmediatamente a Torrico, miéntras él avanzaba con sus diez denodados compañeros al punte del rio Llaclla, que los contrarios tendrian que atravesar para llegar a Chiquian.

Serian las once de la noche de aquel mismo dia (17 de diciembre) cuando fué visto i atacado por una descubierta de la division de Moran, compuesta de cincuenta soldados a lo ménos (2) pertenecientes a los batallones *Pichincha* i *Arequipa*, mandada por el mayor Morote. Colipí, viéndose en presencia de un número tan desproporcionado de enemigos no pensó en huir, sino que por salvar a la division de Torrico, se decidió a sostener el puente con sus diez hombres. Miéntras él impedia su paso, Torrico tendria tiempo de ponerse en marcha a Recuai, o de seguir a Huaraz.

---

(1) *El Boletin del Ejército Restaurador* da los siguientes datos sobre Colipí:—«Baste saber, entretanto, a nuestros lectores, que el alférez Colipí pertenece a una familia ilustre araucana, como hijo que es del célebre Ulmen Colipí, tan conocido en la guerra de Arauco como el mas poderoso amigo del gobierno de Chile; i que el mismo alférez Colipí recibió una educacion decente, bajo los auspicios de nuestro actual jeneral en jefe, permaneciendo a su lado por algunos años, hasta que entró en la milicia como soldado distinguido, en donde se ha hecho notar desde entónces por su viveza i ánimo denodado.»

(2) Moran dice cincuenta en su nota oficial, pero son tales las enexactitudes en que incurre, *a ciencia cierta*, que no nos es dado aceptar sus aseveraciones sin la mas prudente desconfianza.

El puente era tan estrecho que no podia ser atravesado sino por un solo hombre de frente i el rio estaba invadeable ese dia, lo que favorecia doblemente el audaz pensamiento del oficial chileno.

Morote quiso atravesarlo con su descubierta; pero Colipí, anulando su superioridad numérica con las ventajas de su posicion, le resistió a pié firme, haciendo un fuego nutrido durante cinco horas, que no causó grandes males por la oscuridad de la noche.

Sin la resistencia de Colipí en Llaclla, que permitió a Torrico recibir con tiempo anuncios de la marcha de Moran, su columna habria sido sorprendida. Animado únicamente del deseo de salvar a Torrico, Colipí no se fijaba en el número de los contrarios ni en el de los suyos; ni en el jeneral Moran, cuya division venia en marcha hácia ese mismo punto. Durante el combate, uno de sus soldados habia sido muerto i otro estaba espirante: solo quedaban nueve! Con ellos resistió, sin embargo, todo el tiempo necesario para que Torrico ejecutase su movimiento a Recuai.

Por fin, cuando las primeras luces del alba del 18 de diciembre, comenzaron a iluminar ese sitio de sublime i temerario sacrificio, Colipí se retiró al pueblo de Tiéllos, situado a corta distancia, creyendo que el resto de la division habia tenido tiempo de ponerse en salvo. Pero el último i noble rasgo de esa altiva naturaleza, fué cargar sobre sus hombros a su compañero herido i trasportarlo así hasta el vecino pueblo de Tiellos, para arrebatar a los contrarios el placer de recojer el último suspiro de su amigo infortunado.

El combate del puente de Llaclla, es un episodio ennoblecido por el valor i por la importancia de sus resultados. Debióse a él, la salvacion de las fuerzas de Torrico i sucesivamente, puede decirse, el éxito de la guerra. Colipí desempeñó ese dia las funciones encomendadas a Vidal, sirviendo de vanguardia a la division chilena de Chiquian. Sin embargo, el combate del puente, necesitaba ser completado con nuevos sacrificios.

Las fuerzas enemigas habian conseguido cortar a Colipí en Tiellos, lo que hacia que su situacion actual fuese mas precaria i angustiada que la del dia anterior. ¿Cómo salvó el esfor-

volo comentador se olvidó de esplicar como pudo suceder que el coronel Espino que tenia al enemigo a su vista, creyese tenerlo tras de sí, i que cuando lo veia en la barranca situada al frente, pudiese temer que estuviese batiéndose en Chiquian, «Esta circunstancia casual, agregaba el *Eco del Protectorado* (1) (refiriéndose al ruido de los cohetes) ha contribuido a que esa division no haya sido completamente batida i destruida como hubiese sucedido.»

Torrico continuó aquella misma tarde su tranquila retirada sobre Uchugüanuco, donde encontró el batallon Valparaiso que habia venido a reunírsele desde Recuai.

El enemigo, fatigado con su penosa marcha del dia, se contentó con hacer algunas insignificantes manifestaciones contra la retaguardia. La retirada sobre Recuai cansó algunas de las mulas que conducian los equipajes, lo que obligó al jeneral Torrico a abandonar la carga, para no fatigar con ella al soldado. De esta circunstancia casual tomó pié el enemigo, para decir que el batallon Portales iba *botando sus mochilas i dejando el camino regado de cuanto llevaba, que podia estorbarle la marcha* (2).

Torrico se alejó en la tarde del siguiente dia del pueblo de Recuai, sin haber perdido mas que un soldado muerto, un sarjento i tres hombres (3). Esta retirada que honra altamente al jeneral Torrico i a los comandantes don Manuel García i don Jerónimo Valenzuela, salvó la division de una pérdida cierta (4).

(1) Número de 23 de diciembre de 1838.
(2) Parte oficial de Moran.—Chiquian, 19 de diciembre de 1838.—*Estraordinario* del 23 de diciembre, publicado en el *Eco*.
(3) Parte oficial de Torrico.—Recuai, diciembre 19 de 1838.
(4) Hé aquí lo que decia Búlnes a su hermano sobre las operaciones e incidentes de la division de Torrico (19 de enero, Caraz):

«Al separarme de Huacho destaqué una division hácia la sierra a situarse en el pueblo de Chiquian, para observar los movimientos del enemigo, al mando del jeneral peruano Torrico. Este mandó cien hombres sobre Pasco, los cuales, despues de varias correrías, al fin se encontraron con otra division del enemigo compuesta de trescientos hombres en el puente de Llata i los batieron tan completamente, que los pocos que escaparon, lo hicieron al favor de sus piés i de los cerros, donde son unos gamos.

En el entretanto, una division fuerte del enemigo se avistó a la que mandaba Torrico, el que, conforme a la órden que tenia i a la vista del enemigo, emprendió su retirada sin ser molestado hasta el pueblo de Recuai; de allí la continuó a los seis dias a Huaraz, donde me hallaba con tres cuerpos, i el enemigo tomó entónces posicion de Recuai.»

Se recordará que dejamos a Colipí en Ticllos, cortado por la division enemiga. En Uchugüanuco se presentó al jeneral Torrico, con sus siete soldados i su compañero herido. Habia atravesado *por en medio del enemigo sin perder un hombre* (1). Tal fué la digna coronacion de su conducta en Llaclla. Su oportuno aviso previno a Torrico de la marcha de la division de Moran, i su resistencia en el puente le dió tiempo de preparar sus divisiones para la retirada. Colipí, en una palabra, con su magnífica i brillante defensa, impidió que los enemigos sorprendiesen a Chiquian (2).

Cuando se miden con el pensamiento las consecuencias que hubiera producido la sorpresa de Chiquian, es decir, la probable derrota i captura de los batallones chilenos, la arrogancia que el triunfo hubiese inspirado al vencedor, el desaliento consiguiente que hubiese llevado al vencido, la disminucion de las fuerzas chilenas en 600 hombres en el mas solemne momento de la guerra, el combate del puente de Llaclla adquiere su verdadero significado, i el sacrificio del esforzado Colipí, se realza con un brillo especial. Su arrojo fué dignamente recompensado por el jeneral en jefe i por el gobierno de Chile; pues éste, a propuesta de aquel, decretó a los vencedores una condecoracion especial, que debia solamente honrar a los *Once del puente de Llaclla!*

Para terminar con este noble episodio de la vida del alférez Colipí, no estará demas, dar a conocer la altiva e indíjena entereza de su padre el cacique Ulmen. A su regreso a Chile, el jeneral Búlnes lo hizo llamar a Concepcion, para felicitarlo por la bizarría de su hijo. Ulmen oyó con atencion, pero con frialdad la relacion de sus proezas, i como Búlnes le preguntara si no se enorgullecia del lustre que el jóven oficial del Carampangue habia echado sobre su raza, el indio le contestó con viveza estas únicas palabras:—¿De qué te estrañas, no sabias que era hijo mio?—Este rasgo de elocuencia araucana, prueba que el alma de esos dos hombres habia sido vaciada en el mis-

---

(1) Parte de Torrico.—Recuai, 19 de diciembre de 1838.

(2) El ejército boliviano creia ya tan segura la captura de la division de Torrico que el jeneral Bermudez escribia al mayor Lópes con fecha 18 de diciembre: «Torrico ha sido cortado i mañana no existirá su fuerza.»

mo molde. El hijo habria de ennoblecer mas aun su corta vida, con un rasgo mas heroico que el del puente de Llaclla.

Dejemos a Torrico en su segura posicion de Recuai con el batallon Valparaiso i dirijamos la vista a la columna que recorria las provincias de Cerro de Pasco i de Huamalies a las órdenes del mayor López. De regreso de Pasco, López se dirijió a Huanuco que ocupaba con sus fuerzas el coronel Solares. Para no entorpecer su marcha, envió a Chiquian con el producto de la contribucion sacada del pueblo de Cerro, ascendente a 1,500 pesos mas o ménos, al oficial del Portales don José María Ruiz con seis hombres, que fueron tomados a su paso por Aquía, i conducidos al cuartel jeneral de la division de Moran.

El coronel Solares habia trasladado sus fuerzas de Huari a Chuquibamba, despues de haber establecido en aquel lugar el mas activo espionaje sobre las posiciones chilenas, como lo acredita él mismo en un curioso parte (1). Lopez, interesado en darle alcance, dividió las suyas, dejando 70 hombres en el pueblo de Llata a cargo del capitan Guarda, i marchando él mismo con los 40 restantes al encuentro del enemigo. El objeto de esta operacion combinada, era engañar a los contrarios sobre el número de sus fuerzas i al abrigo de su error atraerlo, al combate. Guarda, debidamente prevenido, debia volar en su ausilio en caso de ataque, como lo haria él mismo, si el enemigo acometiese contra la columna de Guarda. Sucedió esto último. Solares, al saber la aproximacion de Lopez, habia cortado el puente que tiene el pueblo de Chuquibamba sobre el rio Marañon, angosto aun en ese punto, lo que obligó a Lopez a hacerlo atravesar a nado por su tropa.

Dejemos la palabra al mismo Lopez: «Estando a una legua de Llata, dice, se me avisó que los enemigos avanzaban sobre este punto i volví al instante, dejando órden a la tropa para

(1) «El 4 del presente mes ocupé esta provincia con mi columna i todos sus habitantes me recibieron con el mayor alborozo, creyendo *en mi columna el Anjel tutelar, para su salvacion de la rapacidad araucana:* todos se prestan gustosos para ser empleados i las cordilleras de Yanasallas. Cabis. Cayan, Portuchudo i Llanganuco, las tengo ocupadas con mas de 500 hombres cada una, igualmente que la de Viconga, Ipsac, Yanasallas e Ichicolla de la provincia de Huamalies, *al mando de oficiales de confianza que no me dejan pasar ni pájaros* i recibo partes diarios.»—Parte de Solares.—Huarí, diciembre 11 de 1838.

que me siguiese, i al llegar a la llanura de Taulli, encontré ámbas fuerzas en órden de ataque. En ese momento hicieron los enemigos un movimiento sobre el flanco izquierdo nuestro, para tomar las alturas de Chillin, colocándose en una quebrada por medio, i nosotros solo opusimos el frente para dar lugar a que nuestra retaguardia llegase. Cuando calculé a ésta cerca, mandé tirotearlos de frente con una pequeña partida, miéntras otra se colocaba sobre su flanco derecho, i el capitan Guarda pasaba el barranco i trepaba a la parte mas dominante del cerro. En este punto se empeñó un ataque mui sério i en él fué herido el capitan. Al mismo tiempo avanzaba yo con la compañía de tiradores i se restablecian las ventajas; pero los enemigos habian resuelto sostener este punto a todo trance. Las filas se estrecharon i se peleaba a la bayoneta i a pedradas con igual encarnizamiento durante diez minutos, cuando llegó nuestra caballería. Los diez hombres pié a tierra i con la lanza en la mano cargaron con arrojo inaudito; los enemigos empezaron a ceder i un momento despues estaban en derrota al cabo de tres horas de combate. Un jefe, un oficial i 32 soldados han sido muertos de los enemigos; hai ademas 17 heridos, 2 oficiales i 20 soldados prisioneros. 120 fusiles, 28 lanzas, 4 carabinas, muchas fornituras, cornetas, clarines, monturas, la caja militar i 50 caballos han caido en nuestro poder» (1).

---

(1) Copiamos a continuacion lo que decia oficialmente el enemigo sobre estos sucesos, para que se vea la diferencia que existe entre las comunicaciones oficiales:

«Posesionado el jeneral Moran de este punto, el 18, mandó el 19 una columna de tres compañía de Ayacucho, en persecucion de López, que con una compañía de Portales, otra de Carampangue i treinta coraceros se hallaba por los pueblo de Huamalies. En la víspera que esta columna alcanzase a López, tuvo éste un encuentro en Llata con las partidas de nacionales de Huanuco i veinte soldados que a las órdenes del coronel Solares defendian aquella provincia, las cuales han tenido ocho hombres muertos, incluso el sarjento mayor Fuentes i cinco la columna de López. En tales circunstancias llegó el teniente coronel Morales con las compañías del Ayacucho, a cuya aproximacion huyó precipitadamente López, dejando abandonado al capitan Guarda de cazadores del Portales, i cuatro soldados, todos heridos el dia anterior, 44 fusiles, 16 lanzas de sus muertos i desertores i todo su pequeño equipaje, incluso 506 pesos en dinero que López habia *restaurado* en los pueblos por donde pasó.

El coronel Solares que rehizo a poca distancia sus partidas, logró todavía alcanzar el dia 23 la retaguardia de López al paso de la cordillera de San Márcos i tomarles prisioneros nueve hombres, los cuales unidos a los anteriormente tomados desde la fuga de Torrico de este punto, llegan a 68 hombres, incluso 2 oficiales, todos chilenos. De manera que López

El combate de Llata tuvo lugar tres dias despues (21 de diciembre) de la ocupacion de Chiquian por los batallones de Moran, quien al dia siguiente de su llegada envió en persecucion de Lopez tres compañías del batallon Ayacucho, mandadas por el teniente coronel Morales. Lopez se encontraba despues de su reciente triunfo en situacion tan angustiada como al dia siguiente de una derrota. Sus reducidas fuerzas (una compañía del Portales i 14 lanceros) serian insuficientes para resistir al enemigo que traia consigo ademas de las tres compañías de línea, las guardias nacionales de Huanuco i algunas tropas formadas por Solares, ansiosas todas por lavar la afrenta de Llata. Reagravaba su crítica situacion el disgusto i flojedad con que los oficiales i soldados chilenos obedecian sus órdenes.

Lopez, luego que supo la marcha de Morales, determinó retirarse a Recuay, donde se hallaba a la sazon el cuartel jeneral de la division de Torrico. Durante su marcha, una de las partidas de la retaguardia fué alcanzada por el enemigo en el paso de la cordillera de San Márcos. La desproporcion numérica de ámbas fuerzas pudo traer graves embarazos

---

solo ha podido salvar ménos de la mitad de la fuerza con que fué destacado de su division, habiendo perdido la mayor parte de ellas en sus correrias, i todo lo que pudo *restaurar* en los pueblos que ha visitado para solo recibir desengaños amargos» (a).

¿A quién creer?

Como un desmentido a las aseveraciones de Quiroz, publicamos las siguientes cartas del jeneral Torrico a Búlnes, escritas en el seno de la confianza.

El mismo dia de la llegada de López a Recuai le envió por espreso la siguiente:

«Señor jeneral don Manuel Búlnes.—Recuai, 25 de diciembre de 1838. Mi jeneral i amigo:—No quiero demorar un momento mas, noticiar a Ud. de la llegada de López. Ha llegado en este momento i dentro de dos horas, diré a Ud. menudamente cuanto ha sucedido *en la accion que tuvo con Solares que ciertamente es mui gloriosa.*—Hasta dentro de dos horas se despide de Ud. su amigo Q. B. S. M.—*Juan Crisóstomo Torrico.*»

En otra carta de 27 de diciembre agregaba: «Los detalles que Ud. me pide sobre los últimos acontecimientos de la columna de López han marchado ya en la madrugada de hoi i mañana le remitiré el diario de todas sus operaciones: *por el verá Ud. el tino con que se han conducido las marchas i en jeneral todas las operaciones de aquella division.* Es sensible que no hubiese tenido los oficiales necesarios: a esta falta se debe no haber tenido un resultado mas productivo i mas brillante i a la desobediencia de los que tenia, el no haber batido a la columna de Morales, que lo hizo retirarse.» «Los dos bolivianos de que me habla Ud., como fueron aprehendidos i custodiados por paisanos, han desertado; pero López ha traido *entre sus prisioneros* un sarjento i tres o cuatro mas de aquella clase.»

(a) Parte del jeneral Quiroz.—Chiquian, 31 de diciembre de 1838.

i peligros a su division; pero no sucedió así, porque, aun ateniéndonos a las informaciones siempre abultadas de los contrarios, el resultado de ese encuentro fué que tomasen «nueve prisioneros.»

Lopez regresó a Recuay en los últimos dias de diciembre. Haciendo el cómputo de los resultados i desventajas recojidas por él en su penosa marcha, es justicia convenir que éstas son superadas por aquellos. A la lista de los recursos que condujo a Recuay i que sirvieron para el abrigo i abastecimiento del soldado; de la ocupacion militar de dos provincias, aunque momentánente, es preciso añadir el duro escarmiento que hizo sufrir en Llata a las fuerzas de Solares, disminuyendo en provecho del Ejército Restaurador el prestijio de que el enemigo gozaba en esas provincias.

Su ausencia, que duró mas de un mes, coincidió con la noticia de la marcha del enemigo hácia los mismos lugares ocupados por su columna, lo que traia doblemente inquieto el ánimo de sus compañeros, apesar de que la lealdad de Lopez i su conocimiento local, eran para todos una garantía de éxito i de seguridad.

El jeneral Bermudez, que segun parece traia de Lima una comision diplomática i militar, trató de seducir a Lopez como ya lo habia ensayado con Vidal, obteniendo en ambas ocasiones la misma negativa desdeñosa. A Vidal ofreció la amistad del Protector i el empleo de director de la casa de Moneda, a lo que respondió Vidal invocando el recuerdo del indulto de Miller despues de Socabaya i la sangrienta hecatombe que fué el premio de la jenerosa credulidad de los vencidos.

Con Lopez usaba otro lenguaje: deploraba su estravío en nombre de la patria; autorizábalo para que ofreciese a cada soldado 20 pesos, i 500 o el reconocimiento de sus grados, a cada oficial. Lopez respondió a sus insinuaciones indecorosas, enviando su correspondencia al jeneral en jefe, i a su seductor una altiva respuesta, propia de su arrogancia i de su honor. (1)

Durante la ausencia de Lopez habia estallado una sublevacion en Chavin, pueblo vecino de Chiquian i Búlnes habia en-

(1) Carta de López.—Baños, 14 de diciembre de 1838.—*Araucano*, núm. 442.

viado a sofocarla al capitan Sepúlveda, del Colchagua, (1) quien despues de restablecer el órden debia reunirse a Lopez, lo que no pudo realizar. En cumplimiento de su comision, tuvo que sostener algunos combates, especialmente el de Tambillo con los indíjenas armados de palos i piedras, que echaban a rodar desde las alturas.

Despues del regreso de Lopez el jeneral Torrico, permaneció poco tiempo en Recuay, observando las operaciones del enemigo.

El resto del ejército ocupaba a Huaráz, donde vivia cercado de las incertidumbres i falsas noticias, que habian pasado a ser crónicas de su situacion. El movimiento de las compañías de Morales en persecucion de Lopez, fué anunciado en Huaraz como un movimiento jeneral del enemigo sobre el departamento de Huanuco, lo que hizo creer a algunos que su plan era dirijirse a Conchucos. Sin embargo, se supo en esos mismos dias que el jeneral Santa-Cruz venia en marcha hácia Chiquian lo que equivalia a saber que esta larga guerra tocaba ya a su término.

Desde ese momento se hacia difícil la permanencia de Torrico en Recuay, por lo que se retiró a Huaraz guardando en sus marchas i en la colocacion de sus cuerpos el plan que le trazara el intelijente coronel Placencia. La conducta de Torrico i de sus inmediatos jefes chilenos en el tiempo que se mantuvieron alejados del Ejército Restaurador es digna del mayor encomio; su severa vijilancia i su valiente retirada es un título mas que añadir a la hermosa pájina de sus servicios militares.

---

(1) A propósito de este cuerpo debemos subsanar aquí un olvido o mas bien un error en que incurrimos en el capítulo anterior. Cuando recorrimos los principales nombres del ejército, nos olvidamos de mencionar los principales oficiales subalternos del batallon Colchagua i todos los del Aconcagua. Pertenecian a aquel cuerpo, a mas de Urriola, el sarjento mayor don Bartolomé Sepúlveda: los capitanes don Domingo Fuentealba don Tiburcio Frijolé, don Pascual Ortiz, don Miguel Breton, don Juan Urzúa, don Eusebio Gutierrez; i por fin, el subteniente don Agustin Fuenzalida.

En el batallon Aconcagua figuraba en primer lugar el coronel don Pablo Silva, en segundo el sarjento mayor don Francisco Anjel Ramirez, que fué intendente de Santiago durante la administracion Montt: el ayudante mayor don Márcos Aurelio Gutierrez, don José Ignacio Cabrera, don José María Castro, don Matías Gonzalez, don Manuel Calderon, don Bernardo Arriagada i el prolijo, estudioso i distinguido táctico don José María Si

Hé aquí como refiere el jeneral Torrico el cuadro jeneral de estas operaciones en un bosquejo de su vida, escrito por él mismo.

«El dia 23 el jeneral Torrico, que mandaba la vanguardia del ejército, se dirijió desde el pueblo de Pativilca al interior de la Sierra, siguiendo su marcha paralela con el grueso del ejército.

El dia 3 de diciembre se situó el jeneral Torrico en el pueblo de Chiquian, desde donde dirijió diversas partidas que tenian por objeto sacar recursos al enemigo, i dar tiempo al ejército para su reconcentracion.

El 18 de diciembre fué atacado el jeneral Torrico por cuatro columnas enemigas, en el pueblo de Chiquian, que intentaban envolverlo. No teniendo órden de batirse se retiró a Recuay i en seguida continuó la marcha hasta reunirse con el ejército en Huaráz. De este punto continuó el ejército su retirada hácia las posiciones que habia elejido a retaguardia.

El jeneral tuvo órden de protejer la retirada caso que el enemigo quisiera impedirla.»

Ya que hemos acompañado a Torrico hasta el cuartel jeneral, volvamos la vista a la costa donde se trabajaba con igual constancia, en provecho del Ejército Restaurador. El jeneral Gamarra habia puesto en juego toda su actividad en la organizacion de las fuerzas peruanas, i lo que era mas difícil, en proporcionarse recursos para el Ejército chileno. La distancia a que se encontraba del Callejon, no le impedia seguir con mirada atenta i sagaz los movimientos del ejército contrario, ni enviar al jeneral Búlnes advertencias oportunas, sancionadas por su larga práctica militar. Sus trabajos en Santa son dignos del mayor elojio. Gracias a su actividad pudo reunir en esa playa estéril, donde *no habia con que levantar diez cargas*, abundantes recursos i municiones de guerra; disciplinar, armar i vestir los cuerpos que creaba su vigorosa iniciativa.

El Ejército peruano estaba dividido, a la sazon, del modo siguiente. El jeneral don José María Raigada mandaba la 1.ª division, compuesta del batallon Cazadores del Perú, que fué formado en Lima por el jeneral Torrico i enviado a Cajamarca desde Huacho, para completar su organizacion, i del batallon Lejion Peruana, creado tambien en Lima por Torrico. La 2.ª

division, compuesta de los batallones Huaylas i Restaurador de la Libertad, era mandada por el jeneral don Juan Bautista Eléspuru. (1) El jeneral Lafuente habia organizado en el Norte el batallon Trujillo i el Rejimiento de Granaderos de la Libertad: en Nepeña habia dos escuadrones de caballería a las órdenes del coronel Coloma, ademas del cuadro del batallon Matucana, mandado por Frisancho.

Estas fuerzas eran mas nominales que efectivas, i estaban mas organizadas en el papel que en los cuadros. Era mas bien una base de organizacion que un ejército formado. Solo dos batallones, el de Cazadores del Perú con dotacion de 400 hombres i el de Huaylas con 600, concurrieron a la batalla de Yungai.

Eficazmente ayudado en esta tarea múltiple por el coronel Garrido, i por el jeneral Lafuente que permanecia en Trujillo, era, sin embargo, Gamarra el alma de esa actividad fecunda. El puerto de Santa se habia convertido en un verdadero arsenal de recursos i de pertrechos, de paños, de municiones, que eran enviadas en mulas al Cuartel Jeneral, junto con los convalescientes de los hospitales. En diciembre llegaron a Huaraz, enviados por Gamarra 100,000 tiros de fusil i 4 cañones de montaña.

Don Victorino Garrido fué el principal ausiliar de Gamarra durante su permanencia en Santa. Enviado a la costa por el jeneral Búlnes a vijilar las operaciones de la Escuadra, Garrido no se conformó con el desempeño esclusivo de su comision, sino que puso su intelijencia i su actividad, al servicio de la que desempeñaba Gamarra.

Los trabajos de uno i otro durante su estadía en el litoral, son tan unidos, tan homojéneos, que no seria posible dividirlos para asignar a cada uno la recíproca gloria a que se hicieron acreedores. Nada se hizo en Santa sin el concurso de ámbos. Uno i otro ponian en juego todos los resortes que les sujerian sus notables cualidades, i por su esfuerzo mútuo consiguieron servir al Ejército Restaurador en la medida de los recursos que enviaron a Caras i que daremos a conocer.

Garrido era orijinario de Sevilla, de donde vino en calidad

(1) Decreto de Gamarra.—Santa, diciembre 28 de 1838.

de empleado para la aduana de Arica. En ese tiempo la llama de la revolucion comenzaba a prender en el Perú, lo que lo determinó a quedarse en Chile i a abandonar su destino.

Dotado de gran intelijencia natural, de una admirable fecundidad de recursos, Garrido se dió a conocer desde su llegada a Chile. Inclinado a la política ardiente, por la actividad natural de su espíritu, se puso al servicio de la causa conservadora i ayudó al triunfo del jeneral Prieto en 1830. Ligado estrechamente con Portales, sirvió a su política i a sus planes, como consejero, como consultor i tambien como brazo de confianza.

Aparte de sus trabajos en administracion, en el arreglo de las oficinas de hacienda, en las aduanas, etc., Garrido fué enviado por Portales en 1836 a apoderarse de la Escuadra del Perú, despues que el jeneral Santa-Cruz nos habia declarado la guerra sin notificárnosla, enviando la guerra civil a bordo de su propia Escuadra. Garrido cumplió su comision, tomándose a media noche tres buques peruanos i firmó despues un tratado preliminar de paz, a bordo del buque ingles *Talbot*, que fué desaprobado por Portales.

Rotas las hostilidades con la Confederacion, Garrido acompañaba al Ejército Restaurador en calidad de intendente jeneral del ejército, i fué enviado a Santa a vijilar las operaciones de la Escuadra i a preparar recursos para las fuerzas que permanecian en Huaraz.

Entretanto, el enemigo se reunia en Chiquian i el jeneral en jefe que veia aproximarse el fin de la campaña, participaba sus temores al jeneral Gamarra i le manifestba la necesidad de reunir en un haz, todas las fuerzas dispersas del Ejército Restaurador. Con este objeto una division de la Escuadra condujo desde Huanchaco a Santa, 350 convalecientes chilenos, salidos de los hospitales de Trujillo; pero quedaron de éstos en la costa los que por la naturaleza de sus males no podian hacer largas marchas a pié, miéntras los demas, reunidos con los convalescientes de Nepeña ascendentes en todo, a 300 hombres mas o ménos, ingresaron a cargo del mayor Warnes al Cuartel Jeneral. Algunos dias ántes habian marchado en la misma direccion 60 hombres a cargo del mayor Olivares. Fué casi necesario emplear la fuerza para retener en la costa a los enfermos de gravedad venidos del Norte, que no bien supieron en

Trujillo que se preparaba una batalla, cuando por un movimiento de espontaneo i ardiente patriotismo se embarcaron en Huanchaco, deseando compartir con sus compañeros de Huaráz el peligro i la gloria de la jornada.

El batallon Huaylas mandado por el coronel Deustua siguió en breve sus pasos, lo que no tardó en realizar el batallon Cazadores del Perú a las órdenes del jeneral Raigada. Estas fuerzas que ascendian próximamente a 1,000 hombres, dejaban mucho que desear por lo que respecta a su organizacion i a la tropa.

El batallon Lejion Peruana, que formaba parte de la division mandada por Raigada, quedó en la provincia de Cajamarca. Los dos batallones peruanos i los convalescientes chilenos se dirijieron a la aldea de Corongo, inmediata a Caras, que era el punto de reunion de todas las fuerzas Restauradoras.

Gamarra siguió, en breve, los pasos de sus batallones, dejando en la costa una division de infantería i de caballería a cargo del coronel Coloma. Estas fuerzas, que serian engrosadas con las que condujese desde Trujillo el jeneral Lafuente i con las que trajera Iguain desde Piura, debian obrar por la costa, bajo las órdenes de Lafuente, para cortar la retirada al ejército de la Confederacion en caso de una derrota.

El plan de Gamarra era hábil i bien calculado. Hélo aquí tal como lo esponia Garrido, su íntimo confidente, al jeneral en jefe «Agregando a los dos escuadrones peruanos que hai en estas inmediaciones uno de los chilenos i 400 o 500 infantes peruanos ¿no seria utilísimo dirijir la caballería sobre Huacho i la infantería llevarla por mar, hasta el mismo punto o mas al sur si se quiere? ¿Esta fuerza que por su movilidad podria avanzar o retroceder segun fuese conveniente, no llamaria la atencion de Santa-Cruz sobre Lima, haciendo que se debilitase su ejército por la fuerza que desmembrase para perseguir la nuestra, so pena que de lo contrario pudiésemos penetrar hasta el mismo Lima?

«Mandándole a Santa-Cruz 600 hombres de caballería lo pondríamos en la absoluta necesidad de emplearla toda en perseguir a la nuestra i en este caso, no podria contar con un soldado de esta arma su ejército, lo cual lo espondria dema-

siado, o sino hacia uso de ella para perseguir a nuestra columna de la costa, barrería ésta con cuanto recurso quisiese. Por otra parte, haríamos el uso que debemos hacer de nuestros buques de guerra ya apareciéndonos sobre un punto, ya sobre otro i no permaneceríamos en un estado inmóvil, del cual no podemos sacar mas ventaja que la de conservarnos. Lo aseguro a Ud. que un par de 100 hombres sobre Pisco por 48 horas llamaria la atencion del enemigo i nos proporcionaria una docena de 1,000 pesos en aguardientes, plata i otras especies.

«Ultimamente, lo que mas importa es no dejar dormir al jeneral Protector i sus secuaces; hacer una guerra de duendes i convencerlo que el puesto que él quiera hacer creer que es mas seguro, es o está espuesto a ser penetrado por nosotros de un momento a otro. De lo contrario, si es que el enemigo no nos busca, vamos a estar tres meses por lo ménos en la mas completa inaccion, aniquilándonos sin buscar ningun jénero de recursos. Tan convencido estoi de que debemos abrir esta campaña luego que empiezen a descargar las aguas con fuerza, i tan persuadido de su utilidad, que me ofrezco a ir a ella a la inmediacion del jefe que vaya a cargo de tan bonita empresa. Digo luego que empiezen con fuerza las aguas, porque creo que si de la fecha en 20 dias no nos ha buscado el enemigo, no creo que ya nos busque.» (1).

El mismo dia decia Gamarra al jeneral Búlnes:

«Entre tanto aquí preparo los dos escuadrones peruanos para obrar por la costa con el apoyo de la escuadra i 300 infantes que traerá Iguain de Piura. Mucho nos importa, jeneral, una fuerte division por la costa. Sacaremos algo de Lima cuya opinion se mejora mucho i cortamos a Santa-Cruz sus recursos i comunicaciones.

«Me parece que el entrar en Lima i salir a las 24 horas solamente, nos dejaria utilidades morales mui importantes. Si a esta columna agregamos los 70 chilenos de caballería que tiene Vidal i que ahora se están herrando sus caballos en Nepeña para pasar al cuartel jeneral, hariamos una incursion brillante sobre la retaguardia del enemigo. Para esto debe Ud. contestarme volando, porque considero que estos 70 lan-

(1) Garrido a Búlnes.—Santa, diciembre 29 de 1838.

céros no hacen a Ud. falta en el ejército i aquí abririan brecha como suele decirse.» (1)

El jeneral Gamarra, penetrado de la importancia de esta operacion, marchó al cuartel jeneral a esponer verbalmente su plan al jeneral Búlnes, que si bien comprendia las ventajas que pudiera reportarle, tenia su atencion i su interes concentrado en las fuerzas de Chiquian. No podia tampoco ocultársele que ántes de cortar al enemigo *vencido* era necesario *vencerlo*.

Lafuente recibió orden de trasladarse al puerto de Huacho con las fuerzas peruanas creadas por él, donde encontraria al coronel Coloma. Sin embargo, el plan tan acariciado por el jeneral Gamarra, no pudo realizarse con la brevedad que él deseaba. Sea por la tardanza en la trasmision de las órdenes a Trujillo, o por la dificultad de movilizar una division, Lafuente no llegó al puerto de Huacho sino el 7 de febrero, diez i ocho dias despues que se habia sellado la ruina de la Confederacion con la sangre de Yungai.

Los trabajos del jeneral Gamarra en Santa, fueron de gran utilidad, como todos los que ejecutó en el curso de la campaña de la Restauracion. Sin el ausilio poderoso de sus consejos i de su esperiencia, el ejército chileno habria tenido que sufrir los inconvenientes naturales a la invasion de un pais, cuyo territorio, recursos i hombres le fueran desconocidos. Talvez ningun hombre público del Perú, tendria en ese momento, tanto conocimiento local, diremos, como el jeneral Gamarra. Su vida entera corrida en los azares de la política i de la guerra, sus desaciertos, sus desgracias, las pruebas a que habia estado sometido en el curso de su existencia borrascosa, le habian hecho adquirir un conocimiento cabal de su pais i de sus compatriotas.

Gamarra nació en el Cuzco en 1785. Su padre fué un escribano del mismo pueblo i su madre una india, segun se ha dicho. Hizo sus primeros estudios en las aulas del convento de franciscanos de San Buenaventura, donde no recibió mas instruccion que los conocimientos rudimentarios que podian enseñarse en una comunidad i en el Cuzco, durante la época colonial.

A los primeros síntomas de independencia en América, se

(1) Carta de Gamarra a Búlnes.—Santa, diciembre 29 de 1838.

enroló como soldado distinguido en el ejército del jeneral Goyeneche. Gracias talvez a la precocidad de su intelijencia, habia alcanzado en 1814 el puesto de sarjento mayor en el ejército real, distincion que no se prodigaba fácilmente a un americano, i ménos a un jóven desconocido i humilde, que carecia de la palanca de un noble oríjen o de valiosos empeños.

Sucesivamente fué ascendiendo en el mismo ejército hasta el grado de coronel, que tenia en 1820.

Cuando la idea revolucionaria pasó a ser una aspiracion definida i nacional, el coronel Gamarra, que con pocos sacrificios habria llegado a ocupar en el ejército español un puesto ambicionado i espectable, comenzó a trabajar ocultamente en favor de la independencia, i con ese objeto trató de sublevarse en Tupiza con algunos oficiales, entre los cuales mencionaremos a don José Miguel de Velasco.

Denunciada la conspiracion, Gamarra estuvo en peligro de sufrir el rigoroso castigo, con que los españoles querian contener la desercion que empezaba a minar sus filas; pero el hecho no le fué suficientemente probado. Sin embargo, desde ese dia decayó su prestijio en el ejército i la confianza que merecia a los jenerales españoles.

Al año siguiente (1821) marchó a Lima al mando del batallon Union Peruana a ponerse a las órdenes del virey La-Serna, que trataba de sostener el prestijio decaido i vacilante de la Metrópoli. Receloso de ver al mando de un cuerpo de ejército a un oficial dudoso i sindicado de conspirador, el virey lo separó de su batallon i lo nombró su edecan; pero Gamarra, que espiaba desde el año anterior una oportunidad de ponerse al servicio de la revolucion, se aprovechó de esa circunstancia para presentarse al jeneral San Martin (el 24 de enero de 1821) junto con los oficiales don José Miguel de Velasco i don Juan Bautista Elespuru.

San Martin, comprendiendo desde el primer momento las ventajas que podrian sacarse de un oficial de su mérito, lo envió a la Sierra a disciplinar las fuerzas desorganizadas, que levantaba contra el ejército español el célebre fraile arjentino don Félix Aldao.

Gamarra formó con ellas una division, en los mismos momentos en que dos columnas del enemigo, mandadas por Val-

des i Ricafort, trataban de operar su reunion en la Sierra. Gamarra, en vez de aguardarlos en los lugares que ocupaba para impedir su reunion, se retiró primero al cerro de Pasco i despues a Oyon, lo que se ha prestado a comentarios desfavorables contra sus cualidades militares i contra su valor. Sin embargo, no es posible pronunciar sobre esa operacion militar un juicio acertado, sin tener una idea cabal i comparativa de sus recursos i de las fuerzas del enemigo. Si Gamarra, retirándose a Oyon, salvó su columna de un combate desproporcionado i desastroso, léjos de merecer los conceptos desfavorables con que se le ha motejado, hizo obra de patriota i de buen militar, conservando al ejército revolucionario una base importante de fuerza i de recursos. Esta suposicion está, hasta cierto punto, confirmada con la órden que recibió poco despues de San Martin, de no comprometer accion hasta que fuese reforzado, lo que inclina a creer que, a juicio de San Martin, no estaba en condiciones de tentar la suerte de las armas con mediano éxito.

En ese momento salia del cuartel jeneral revolucionario de Huaura, con destino hácia la Sierra, una division numerosa a las órdenes del distinguido jeneral don Antonio Alvarez de Arenales, que se encontró en Oyon con Gamarra, a quien nombró jefe de Estado Mayor, despues de haber incorporado su columna en su division.

El jeneral Arenales, se puso de ahi resueltamente en marcha hácia Pasco i Jauja (21 de abril de 1821) en cuyas inmediaciones, se suponia a las fuerzas españolas de Valdes i Ricafort, cuando ya estos jefes se habian dirijido a Lima con su division, dejando en la Sierra, una columna poco numerosa al mando de Carratalá. Esta columna burló la actividad de Arenales. Apesar de su empeño por sorprenderla, i de sus sacrificios, pues para alijerar la marcha de su tropa llegó hasta prohibirles que llevasen mas bagajes que su mochila, Carratalá se retiraba incesantemente guardando una corta distancia con su perseguidor. Cansado de seguirlo inútilmente i sabiendo que se encontraba en el pueblo de Concepcion, en la vecindad de Jauja, envió a media noche a Gamarra con una columna de 500 soldados de caballería i de 200 infantes, que tampoco consiguió su objeto. Arenales, atribuyendo a la flojedad de

Gamarra la fuga de Carratalá, escribió a San Martin, pidiéndole lo separase de su division.

Apesar de estos contrastes, que entorpecian los primeros pasos de su carrera militar, Gamarra no se enajenó el aprecio de San Martin. En el año siguiente (enero de 1822) se formó en Lima una brillante division de 2000 hombres, que marchó a Ica a las órdenes del jeneral don Domingo Tristan, llevando como jefe de Estado mayor i como hombre de confianza, al coronel Gamarra. (1)

A la sazon, el jeneral Canterac se encontraba en la Sierra, con un ejército numeroso, i el virey permanecia en el Cuzco. La marcha de Tristan a Ica, tenia por objeto impedir la comunicacion de las fuerzas españolas con el litoral, de donde recibian sus principales refuerzos, traídos por los buques que llegaban clandestinamente a la costa.

La Serna, luego que supo la marcha de Tristan, hizo salir de la Sierra una division de 2,000 hombres a las órdenes del jeneral Canterac, que debia reunirse en los alrededores de Ica con una columna de 500 hombres, mandada por Valdes, que salió de Arequipa con ese mismo objeto. La marcha de Canterac fué tan sijilosa i precavida, que pudo llegar a Huaytará, pueblo situado en las inmediaciones de Ica i permanecer allí unos cuantos dias, sin que Tristan se hubiese apercibido de su marcha. Entretanto, Valdes no se encontraba tampoco a larga distancia.

Tristan, que recibió de improviso la noticia de la proximidad de Canterac, no pensó sino en retirarse con sus fuerzas a Pisco, para aproximarse a Lima. En vano el jeneral Gamarra le hizo ver la necesidad i la ventaja de retirarse a la Aguada de los Palos, donde estaria en mejor situacion militar, porque Tristan, aturdido con la inminencia del peligro, se puso en marcha a Pisco con su division. A pocos pasos de Ica, en la hacienda de la Macacona, sus columnas desmoralizadas como él, fueron sorprendidas i deshechas por el jeneral Canterac, que concluyó en una sola noche, con un ejército que costaba largo tiempo de preparacion i de sacrificios. La division patriota

(1) En sus instrucciones se le recomendaba «que en la parte militar obrase de acuerdo con el jefe del Estado Mayor.»

dejó en el sitio un gran número de muertos, 1,000 prisioneros 2,000 fusiles, bagajes, pertrechos, etc.

Tristan i Gamarra fueron sometidos, por este suceso, a un consejo de guerra, compuesto de los jenerales Alvarado, Herrera, Otero, Miller i de don Francisco Antonio Pinto, i condenados a suspension temporal de sus empleos. Sin embargo, el consejo no juzgó del mismo modo la importancia ni la falta de los dos acusados, pues terminó su dictámen «recomendando los servicios prestados a la causa por dicho coronel Gamarra, i lo interesante que aun puede ser al país.» (1) El defensor de Gamarra en esta ocasion fué el jeneral chileno don José Manuel Borgoño.

El desastre de la Macacona, por triste i doloroso que fuera, seria luego apagado por otro mas grande aun, que reduciendo a la nada un ejército formidable, estuvo a punto de comprometer la causa de la revolucion.

Hemos dicho en estas mismas pájinas, que en 1823, salió de Lima hácia el sur, una division de 5,000 hombres a las órdenes del jeneral Santa-Cruz, llevando como jefe de Estado mayor al jeneral Gamarra. Esa espedicion desgraciada es conocida con el nombre de campaña de Intermedios. Gamarra fué enviado por Santa-Cruz a Oruro con una division numerosa, miéntras él se quedaba con el resto de su ejército en el Desaguadero. Obligado por las operaciones del enemigo a reconcentrar sus tropas, Santa-Cruz se reunió en Oruro con Gamarra, i desde allí ejecutó una retirada desastrosa hácia la costa, que le valió la pérdida de su ejército i por poco, la de su reputacion militar.

La inmensa derrota de 1823, fué la Cancha-Rayada de las armas peruanas. A una noche tenebrosa i lóbrega, sucedió una alborada fantástica, iluminada con los intensos rayos de Junin i de Ayacucho. Gamarra, que a pesar de sus desgracias anteriores, no perdia la confianza del Libertador ni del Perú, fué nombrado nuevamente jefe de Estado Mayor del Ejército de Sucre, i como a tal, le cupo, segun algunos, el honor de elejir el campo de batalla de Ayacucho. El glorioso vencedor de ese dia, dando cuenta de la batalla a Bolívar, atribuia una

(1) Lima, 21 de mayo de 1822.

buena parte del éxito, «al celo constante con que el señor jeneral Gamarra, jefe del Estado Mayor Jeneral, ha trabajado en el combate i en la campaña.» (1) Despues de este triunfo decisivo, Gamarra se ocupó en completar la victoria, persiguiendo a los vencidos, i entró al Cuzco, su ciudad natal, a donde quedó en calidad de Prefecto. (2)

Como no es nuestro objeto hacer una biografía de Gamarra, sino presentar reunidos los hechos mas salientes de su vida, pasaremos por alto los años comprendidos entre 1824 i 1828, para llegar al momento en que fué nombrado por el gobierno del jeneral La-Mar, jefe de una division de observacion sobre Bolivia. El jeneral La-Mar i el Perú entero, que veian con desagrado la actitud un tanto dominante i avasalladora del Libertador, temieron que en caso de una guerra con Colombia, las fuerzas colombianas que tenia Sucre en Bolivia, tomasen partido contra el Perú, i fué con el objeto de neutralizar ese peligro, que Gamarra se situó con sus tropas en el Desaguadero.

Allí tuvo una entrevista con Sucre, en que trataron de preliminares de arreglo. Poco tiempo despues sobrevino en Chuquisaca un motin militar, que estuvo a punto de costar la vida al vencedor de Ayacucho, encabezada segun él decia «por dos sarjentos i un tucumano, pero tan miserable i traposo, que no tiene camisa.» I en seguida agregaba «luego tomaron parte unos cuantos tumultuarios, pero en tan poco número, tan sin opinion i sin sequito que puede, en verdad, calificárseles como una ruin canalla, como jente perdida i hambrienta.» (3) La carta en que Sucre emitia estos conceptos, era la repuesta a la que le habia dirijido Gamarra, anunciándole que penetraba, como lo hizo, en el territorio boliviano, para *colocarse entre la víctima i sus asesinos.*

El resultado de estos i de muchos otros incidentes que seria largo referir, fué que Bolivia se sometiera a la autoridad de

(1) Parte oficial de Sucre, Ayacucho, 11 de diciembre de 1824.

(2) Todos los datos anteriores los hemos tomado de la *Historia del Perú Independiente* de don Mariano Felipe Paz-Soldan, obra preciosa e indispensable para todo el que quiera investigar la historia del Perú.

(3) Carta de Sucre a Gamarra publicada en la Clave de Chile, número 11 del tomo 2.°

Gamarra, firmando los tratados de Piquiza. (1) A consecuencia de estos sucesos Gamarra fué reconocido en adelante en el Ejército peruano, con el título de Gran Mariscal de Piquiza.

Alejado todo peligro por el sur, i separado Sucre del gobierno de Bolivia, el jeneral La-Mar declaró la guerra a Colombia e hizo venir a Gamarra de Arequipa, donde se encontraba, para que lo acompañase en calidad de jefe de Estado Mayor. La-Mar se puso en campaña, dejando interinamente en la capital al conde de Vista Florida, don Manuel Salazar i Baquijano. Vencido el ejército peruano, mandado por él, en el Portete de Tarqui, La-Mar se retiró a Piura. Gamarra sublevó las tropas, depuso a La-Mar que se embarcó para Costa-Rica, al mismo tiempo que la La-Fuente, segundando su movimiento en Lima, deponia a Salazar i Baquijano i lo proclamaba en su lugar. Por esta circunstancia, se hizo Gamarra presidente i gobernó el Perú desde 1829 hasta 1834.

Ese año correspondia elejir el primer majistrado de la nacion. La convencion nacional designó como tal al jeneral Orbegoso, pero Gamarra que miraba la eleccion de Orbegoso como una hostilidad personal, desconoció lo obrado por la convencion i proclamó presidente al jeneral Bermudez.

A consecuencia de esto, Orbegoso se encerró en el Callao, i el jeneral Nieto, que estaba en Arequipa, tomó las armas para defender su causa. Gamarra salió de Lima para combatir a Nieto, mandando de antemano una division a las órdenes del jeneral don Miguel San Roman, que fué rechazado en los alrededores de Arequipa.

A consecuencia de la defeccion del jeneral Echeñique en Maquinhuayo, que entregó su tropa a Orbegoso haciéndola *abrazarse* con la division que tenia encargo de combatir i de

(1) Hé aquí las principales cláusulas de ese tratado:

«Tal fué, dice un eminente escritor nacional (a), el oríjen del convenio de Piquiza (6 de julio de 1828) en que los plenipotenciarios estipularon que los naturales de Colombia i en jeneral los estranjeros que estuviesen al servicio de las armas en Bolivia saliesen del territorio; que se reuniese el Congreso Constituyente de 1826, para recibir la renuncia que el jeneral Sucre debia hacer de la presidencia de la República; que Bolivia se abstuviese de entrar en relaciones diplomáticas con el Brasil en tanto que este imperio sostuviera la guerra con la República Arjentina, i que el Congreso designase la época en que las tropas peruanas debian evacuar el territorio de Bolivia.»

(a) Sotomayor Valdés, *Ensayo Historico de Bolivia*, páj. 61.

la sublevacion de sus propias fuerzas, Gamarra se vió en la necesidad de huir del Perú i de refujiarse en Bolivia.

Durante la guerra civil, el jeneral Nieto habia invocado el apoyo armado del jeneral Santa-Cruz, dando el primer paso en el camino de la intervencion vergonzosa i funesta que costaria tantas lágrimas al Perú i arrojando sobre la pureza de su patriotismo un borron impropio de su alta nombradía. Un comisionado boliviano que le fué enviado espresamente no pudo convenirse con él en las bases del tratado de subsidios.

Gamarra, que no debia ignorar estos manejos i que veia en la intervencion i enemistad de Santa-Cruz un peligro insuperable para el triunfo de su causa, tuvo la debilidad de presentar a Nieto un arreglo, basado en la fusion del Perú i de Bolivia, bajo la presidencia del jeneral Santa-Cruz. Talvez queria así detener el golpe de una invasion que se haria esclusivamente en provecho de sus enemigos; pero cualesquiera que sean las escusas o pretestos de su proceder, nada es capaz de atenuar la responsabilidad que se arroga un ciudadano, cuando provoca la intervencion estranjera en las contiendas puramente civiles de su patria.

Gamarra permaneció en Bolivia hasta 1835. Ese año, encendida de nuevo la guerra civil en el Perú, por la sublevacion del jeneral Salaverry, obtuvo de Santa-Cruz un ejército para invadir el Perú. Seria difícil saber las verdaderas intenciones que llevaba Gamarra cuando penetró al Perú en 1835, con el objeto aparente de preparar la venida de Santa-Cruz. Lo mas probable es que quisiese combatir al conquistador con sus mismas armas: vencerlo con la misma duplicidad de medios, que constituian su fuerza i su política. Santa-Cruz entró poco despues en transacciones con Orbegoso, i a consecuencia de ellas invadió el Perú. Su primer cuidado fué dirijirse contra el jeneral Gamarra, a quien venció completamente en Yanacocha.

Despues de este suceso Gamarra se retiró al Ecuador, donde permaneció hasta 1838. Despues del regreso del jeneral Blanco, vino a Chile con Torrico, i se enroló como él en la empresa jigantesca que acometió por segunda vez el gobierno de Chile, para devolver su independencia al Perú.

Tal es mirado en conjunto, el bosquejo de la vida política i militar de uno de los hombres que mas directamente han in-

fluido en los destinos del Perú. Cualquiera que sea el juicio que la posteridad pronuncie sobre este hombre superior, tendrá siempre que reconocer que ha sido de los primeros, sino el primero de todos los hombres públicos del Perú, por su gran intelijencia i por su habilísima penetracion. Si durante su carrera se desvió algunas veces del camino recto de la subordinacion militar, i si como mandatario no adoptó la política franca i clara de la verdad, hagamos mas bien cargos a su tiempo, i reconozcamos que esa era la única política posible en aquellas circunstancias. ¿Cuál de los que mas tarde han arrojado piedras sobre su memoria gloriosa, podria presentar su vida como un espejo en que se retratase la franqueza i la honradez política? ¿Quién podria sostener, con conocimiento de causa, que el doblez no era en aquellos años i en aquel país, el primer mérito del mandatario, i la infidelidad militar, el mas seguro escalon para llegar a la popularidad i a la gloria?

Los activos i fecundos trabajos del jeneral Gamarra en la costa, contribuyeron a modificar ventajosamente la situacion del ejército chileno. Su artillería se habia aumentado con 4 piezas; sus filas con dos batallones que, si bien no habian de desempeñar un papel de primer órden en el drama que iba a comenzar, sirvieron en la medida de sus fuerzas i de su poder a la causa de sus aliados. La infantería estaba dotada abundantemente de municiones de guerra, i el ejército entero beneficiaba de las remesas de paño, de vestuarios i de abrigos venidos de la costa.

Fortalecido el ejército con estos ausilios, Búlnes deseaba vivamente abrir la campaña; pero como su plan de guerra consistia en retirarse en presencia del enemigo, correspondia a Santa Cruz dar principio a las operaciones.

El 13 de diciembre, es decir, 38 dias ántes de la batalla de Yungay, el coronel Placencia i el mayor Molinares, habian sido comisionados por Búlnes para levantar un plano circunstanciado i estratéjico del Callejon, i al mismo tiempo para que estudiasen la posicion en que convendria empeñar la batalla. (1)

(1) «El 20, dice Placencia, reunidos en la casa alojamiento del jeneral en jefe, los jenerales Cruz, Castilla, Torrico i el coronel Placencia se resolvió, que conforme a lo que se habia determinado en la conferen-

Los oficiales designados, despues de un estudio prolijo i concienzudo, adoptaron con este objeto el campo de San Miguel. Sucedia esto el 23 de diciembre, el dia ántes que el jeneral Santa-Cruz se hubiese reunido con sus divisiones en Chiquian, i 23 dias ántes que los ejércitos se encontrasen en Yungai. Es este un dato de tal importancia que puede considerársele como la llave maestra, que ha de revelarnos el secreto de todas las operaciones subsiguientes. Sin él seria imposible penetrar el verdadero significado ni la mente de la guerra. Todos los movimientos posteriores del ejército tendrán por objeto atraer al enemigo al campo de San Miguel, manifestándole temor.

Para conseguir ese gran resultado, que equivalia a obligarlo a aceptar el combate en el sitio *estudiado i reconocido con anticipacion,* no omitió Búlnes ninguno de los recursos que le sujeria su natural astucia i la inminencia del peligro. Para alijerar el ejército i hacer mas rápidas sus contramarchas, se enviaron a Caraz los enfermos i bagajes, i se estableció en ese punto un hospital provisional, que diese cabida a los 300 enfermos venidos de Huaraz.

La artillería se trasladó a San Miguel, dirijida por el coronel Maturana, quien se ocupó en ensayar sus cañones i en estudiar militarmente el campo. Entre tanto, se reunian en Caraz los recursos de la quebrada, los víveres i animales de los pueblos del sur del Callejon. Las autoridades militares trataban de provocar en los pueblos de su jurisdiccion un levantamiento en masa contra el ejército contrario que, a haberlo conseguido, le habria creado una barrera insuperable en su fuga.

La caballería ocupaba a Yungay i a Caraz, i miéntras los caballos talaban esmeradamente todos los campos circunvecinos para arrebatar ese recurso al enemigo, los soldados se ocupaban en levantar trincheras i parapetos en el campo de San Miguel. Al mismo tiempo el jeneral Cruz, llevando a todas

---

cia del 15, marchase éste el mismo dia con el mayor Molinares a Carhuaz i a Corongo, i en todo este tránsito *reconociese una posicion defensiva* en que pudiesen jugar con buen éxito nuestras tres armas, principalmente la caballería; se conservase la línea de comunicacion con Santa i la Libertad sin esponernos a que por un rápido movimiento de los enemigos fuese cortada i se conciliasen con estas ventajas la proporcion segura de los recursos i forrajes necesarios para la subsistencia de la tropa i conservacion de los caballos» (a).

(a) Diario, páj. 78.

partes su minuciosa vijilancia, interceptaba los caminos estraviados que pudieran servir al enemigo, cortaba los puentes, ocupaba los desfiladeros, hacia saltar con pólvora el portachuelo de la *Quebrada Honda*, inutilizaba el camino de Yungay a Conchucos; medidas que obligarian al ejército contrario a marchar por el camino recto i que le hacian imposible el paso de una rejion a otra i el abandono del Callejon, lo que era a la vez que una hábil combinacion estratéjica, una resolucion enérjica i terrible, porque arrebatando al enemigo su retirada, se la arrebataba el ejército chileno a sí mismo: era un reto a muerte en que los combatientes tendrian que sucumbir en el campo o perecer por falta de recursos en ese territorio yermo i aislado.

El ejército chileno quemaba sus buques cortándose la retirada; la lucha tomaba desde ese instante un carácter decisivo.

Entre tanto, el jeneral Búlnes, deseoso de conocer el número de fuerzas que habia en Chiquian, sus jenerales, el pensamiento del enemigo i cerciorarse de la llegada de Santa-Cruz, ordenó al jeneral Torrico el envío a Chiquian del capitan del escuadron Lanceros don Cipriano Palma, en calidad de parlamentario. La bandera de paz que protejia la marcha del oficial chileno, seria el salvo conducto que debia ponerlo en presencia i en contacto con los batallones enemigos.

Su mision aparente tenia por objeto exijir el canje de dos cazadores de infantería, que quedaron enfermos en Cajatambo i que se suponia que hubiesen sido tomados por Moran. Este, declaró que los soldados estaban en su poder; pero que la hidalguía de su palabra empeñada con ellos, no le permitia devolverlos. Hé aquí sus propios términos: «Estos, cuando fueron tomados, habiéndoseles encontrado en clase de enfermos, i manifestado sus deseos de que se les permitiese vivir en el pais hasta tanto puedan regresar al suyo, no trepidé un momento en concedérselos i ahora no podria mandarlos sin violentar sus deseos i faltar a la concesion que les he hecho.» (1)

La declaracion no era tan hidalga como pudiera esperarse de

(1) Nota de Moran.—Chiquian, 24 de diciembre de 1838.—Las notas cambiadas entre Palma i Moran se hallan en el *Eco del Protectorado, Estraordinario* del 6 de enero.

un jeneral de su crédito, pues segun se supo despues, los soldados no habian caido prisioneros. Las aseveraciones de Moran no pasaban de ser una superchería. «De los 2 cazadores que quedaron enfermos en Cajatambo, (decia Torrico a Búlnes 4 dias despues) por los cuales se propuso el canje que no quiso admitir Herrera (Moran) protestando que querian ir a su tierra, uno ha llegado hoi aquí, pasando por Chiquian sobre los enemigos, i el otro, segun dice, se ha marchado con direccion a la costa. El que ha llegado aquí ha traido toda la figura de un juez de paz, pues habia cambiado su ropa. Ellos no han caido prisioneros, por lo que juzgará Ud. del crédito que se puede dar a los jenerales de la Confederacion.» (1) Este incidente será un dato mas para justificar nuestras precauciones i desconfianzas, cuando se trate de dar crédito a las palabras oficiales del Protectorado.

La reunion del jeneral Santa-Cruz a su ejército, fué considerada como señal segura de que las operaciones iban a empezar.

Adoptado el sistema de retirarse a su presencia, resolucion atrevida, porque supone en el que la dirije admirables cualidades militares i un gran dominio sobre su ejército, se tomaron, como dijimos, todas las medidas conducentes a su mejor resultado. Este conjunto de precauciones, alternativamente temerarias i prudentes, revelan bien el pensamiento que dominaba en el cuartel jeneral chileno. La marcha hácia el norte de todo lo que pudiese entorpecer los movimientos del ejército, fué considerada por el Protector como una prueba del terror que dominaba a nuestros soldados, lo que a fuerza de ser repetido por sus diarios, llegó a ser creido por su ejército.

Entretanto, nada se habia omitido para hacerlo caer en la celada de su propia vanidad. Los mas notables jefes del ejército chileno se habian puesto personalmente a la obra, vijilando por sí mismos la ejecucion de las medidas aconsejadas desde Huaráz, lo que hace decir al coronel Placencia «Todo lo que está al alcance de la intelijencia humana se ha previsto i se ha mandado poner en práctica, i parece imposible que la fortuna deje de favorecer con la victoria, mediante a que en

(1) Torrico a Búlnes.—Carta de Recuai, 27 de diciembre de 1838.

todos los casos de igual naturaleza se ha plegado siempre a la parte de quien llama su atencion con cálculos mas exactos i combinaciones mejor meditadas.»

Desde ese momento solo restaba al jeneral Búlnes esperar en Huaráz la marcha del enemigo para comenzar a realizar la suya. El momento no debia tardar. El jeneral Santa-Cruz habia llegado a Chiquian, deseoso de medirse con el ejército chileno. La hora de los grandes acontecimientos, de esos sucesos que se llaman Buin i Yungai, están próximos a sonar en el reloj del tiempo i del destino.

Los dos ejércitos permanecen a corta distancia, animados del mismo ardor, inflamados por el mismo entusiasmo. Oficiales i soldados desean medirse en buena i porfiada lid; solo resta dar un paso. Conocemos su composicion, sus recursos, el territorio. Demos ahora la palabra a los acontecimintos. Su inmensa claridad iluminará esta relacion con los resplandores de la gloria i del heroismo i a la manera de los volcanes que, en la oscuridad de la noche, aparecen ceñidos de una corona de luz, así los acontecimientos que pasamos a referir alumbran ese pasado oscuro, con la luz que no es la del fuego que destruye sino la del fuego que purifica, porque de esa colision inmensa i terrible, salió íntegra i pura la Independencia del Perú!

CAPÍTULO XIV

Batalla de Buin

En la mañana del 3 de enero el ejército Protectoral, mandado por Santa-Cruz, tomaba presuroso i seguro el camino de Huaraz. Tanto se le habia repetido que el ejército Chileno no se pondría al alcance de su valor, que ni la sombra de una duda empañaba la plácida confianza con que veia diseñarse en el porvenir el desenlace de la guerra.

El ejército de Chile se encontraba, a la sazon, repartido en toda la estension del Callejon. El pintoresco i de ordinario silencioso pueblo de Huaraz, estaba ocupado por el cuartel jeneral compuesto de los batallones Portales i Carampangue, Colchagua, Santiago, Valdivia, Aconcagua i del Escuadron Lanceros.

El batallon Valparaiso, mandado por el jeneral Cruz, se habia situado en Paltay, posicion estratéjica que cubre el camino montañoso de Carhuaz, pero regresó al cuartel jeneral, cuando se supo que el Protector habia ocupado el pueblo de Recuay. Los batallones peruanos Huaylas i Cazadores del Perú, ocupaban a Caras base i estremo de la linea, donde se encontraba el jeneral Gamarra de regreso de la costa: los rejimientos de Cazadores, de Granaderos i de Carabineros a caballo permanecian en el valle de Yungai, a la par grandioso i pintoresco. La artillería maniobraba en el campo de San Miguel, desde que esa

posicion fué reconocida como la mas aparente para empeñar un combate.

El ejército Chileno abultado i aparatoso por el considerable número de sus batallones, tenía solamente 4,100 hombres de tropa, escasos, i 420 oficiales, mas o menos, de jeneral a alferez. Los dos batallones peruanos que habian sufrido las bajas consguientes al cambio de climas i a las fatigas de una larga marcha, constaban mas o menos de 900 hombres.

Estas fuerzas se hallaban repartidas i escalonadas en un espacio aproximativo de ocho leguas. Las que permanecian en Huaraz, bajo las inmediatas órdenes del jeneral Búlnes, ascendian, con corta diferencia, a 3,200 hombres.

La retirada de todas estas fuerzas hácia Caras, iba encaminada a unir en un haz estratéjico i militar el Callejon i la costa, de que Caras era solo el anillo de comunicacion.

Búlnes, en su marcha retrógrada, debia recojer los cuerpos situados en los pueblos del tránsito, i así sucederia que a medida que el enemigo acrecentara su audacia i su seguridad, el ejército chileno aumentaria su número i poder. El jeneral Gamarra tenia en Caras uno de los estremos de este cordon estratéjico, si bien el mas alejado del peligro; i el jeneral Búlnes, colocado a retaguardia con sus mejores cuerpos, ejecutaria las retiradas en presencia del enemigo.

En esa situacion aguardaba el Ejército Restaurador la llegada de los contrarios. Las fuerzas protectorales habian sufrido desde el principio de su marcha los retardos consiguientes al mal estado de los caminos i puentes, que el ejército chileno habia destruido en su retirada. La escases de víveres lo obligaba, por otra parte, a acelerar su marcha a Huaraz, i sucesivamente hácia San Miguel, i la destruccion de los puentes i caminos, le confirmaba el temor que deliberadamente le manifestaba el ejército chileno.

Así se confirmaban los cálculos de Búlnes, i así el plan de guerra adoptado por él, comenzaba a producir el resultado que su prevision i sagacidad le indicaran!

Nada digno de recuerdo ocurrió en la pesada marcha que tuvo que vencer el ejército confederado para llegar a Recuai. Los soldados bolivianos trepaban, con su ajilidad incomparable, las escarpadas cimas de los cerros del tránsito. Entre tan-

to Búlnes, que habia sido informado de su marcha, habia enviado a Recuay una partida de observacion compuesta de 25 soldados de caballería a cargo del teniente coronel Manrique, que pudo cerciorarse por sí mismo de la llegada de los contrarios.

Seguro ya de que el enemigo habia llegado a Recuay, Búlnes creyó que el Protector se detuviese ahí el tiempo necesario para hacer descansar su tropa de la penosa marcha que acababa de ejecutar. Sin embargo, Santa-Cruz, que estaba noticiado por los habitantes de los pueblos i de los campos de cuanto hacia el ejército chileno, creyó poderlo sorprender en Huaraz e hizo con ese objeto una doble marcha, que Búlnes no podia preveer, i que tampoco supo.

La lucha se continuaba en condiciones mui desiguales. Santa-Cruz sabia cuanto pasaba en nuestras filas, i Búlnes que no contaba con la adhesion de los habitantes, no podia organizar un servicio de espionaje al rededor del enemigo. Inconveniente tanto mas grave, cuanto que en las peligrosas retiradas, que se habia propuesto ejecutar, corria a cada momento el riesgo de ser atacado i sorprendido!

A pesar de que, como dijimos, no se imajinaba en Huaraz que el enemigo se moveria tan pronto de Recuay, habia enviado los batallones de infantería, por escalones, en direccion de Yungai, i en órden de antigüedad, quedándose él en Huaraz con sus ayudantes Amengual, Lecaros i Perez, i unos pocos soldados de Lanceros, que eran su escolta ordinaria.

Rendido por la fatiga i el sueño, pues las dos noches anteriores habia vijilado personalmente las avanzadas del campamento, se recostó despues de la partida de la tropa en una vivienda del cuartel, situado, como hemos dicho, en un ángulo de la plaza principal. Los ayudantes, en prevision de la llegada del enemigo, enviaron un vijía a observar el camino de Recuay, desde una altura inmediata, el que no bien se habia apartado unos pocos pasos del pueblo, cuando, sin tener tiempo sino para dar un grito, anunció que las columnas protectorales desembocaban sobre la aldea. Búlnes, apenas alcanzó a saltar sobre su caballo, i cuando los batallones confederados entraban a la plaza por un costado, él se retiraba por el otro, hasta el estremo de que hubo un instante en que la plaza de

Huaraz, que apénas tiene una cuadra de ancho, estuvo ocupada por fuerza de los dos ejércitos.

Desde ella le fué dado ver i observar por sí mismo esos arrogantes batallones, que creian haber hecho un pacto con la victoria.

La permanencia del ejército boliviano en Huaraz fué mas corta que su estadía en Recuay, pues en la mañana del siguiente dia abandonó su nuevo campamento, para continuar la persecucion; pero el Protector mas ávido de popularidad que de descanso, ocupó ese corto rato de solaz en redactar el parte oficial que debia conducir a Lima la noticia de la *fuga vergonzosa* del enemigo. «Muchos enfermos en los hospitales, *dispersos, pasados* i *prisioneros*, decia, han quedado en nuestro poder, con algunas cargas que alcanzó la columna lijera. *El mayor cuidado del enemigo en su fuga ha sido romper todos los puentes que dan pasos precisos al rio de este Callejon, que hoi es caudaloso, i solo así ha podido detener en alguna manera la activa persecucion de nuestras columnas.* Mañana lo seguiremos hasta obligarlo a aceptar una batalla que rehusa o a que aumente la desorganizacion si continúa huyendo.» (1)

Como rezan las palabras del parte que hemos trascrito, Santa-Cruz cumplió la suya saliendo a las 8 de la mañana del siguiente dia en persecucion de Búlnes, que talvez en los mismos momentos se ponia en marcha desde Marcará, donde habia acampado la noche anterior hácia el pueblo de Carhuaz.

El ejército chileno proseguia su marcha por cuerpos escalonados, que guardaban una distancia proporcional entre sí. Cuatro batallones componian la vanguardia, que estaba a las órdenes inmediatas del jeneral Cruz, i que formando, puede decirse, una division independiente, marchaba a bastante distancia de la retaguardia colocada a las órdenes de Búlnes.

Los cuerpos de Cruz avanzaban en este órden: a la cabeza, o mas próximo a Yungai el Aconcagua, i sucesivamente el Santiago, el Colchagua i el Valparaiso. En la division de Búlnes cubria la retaguardia el batallon Carampangue, el mas vete-

(1) Parte del jeneral Quiróz, Huaraz, 5 de enero.—*Eco estraordinario* del 11 de enero.

rano de todos, i despues Valdivia i Portales. Cerraba la marcha, en el estremo de la retaguardia, en el sitio de mas peligro, i de mas vijilancia, el jeneral Búlnes, con los jenerales Castilla i Torrico, don Victorino Garrido, que acababa de reunírsele, sus ayudantes don Francisco Antonio Perez, don José Manuel Lecaros i don Santiago Amengual, el animoso cura don Vicente Orrego capellan castrense i una pequeña escolta de Lanceros.

El ejército contrario avanzaba incesantemente, llevando a su cabeza, en calidad de vanguardia, la division del jeneral Moran. A las 3 de la tarde de ese dia, i cuando ya los 4 batallones, mandados por el jeneral Cruz, se habian puesto en marcha para Yungai, la partida de observacion, que se mantenia en el camino que debia atravesar el ejército enemigo, fué atacada por el coronel Zavala edecan del Protector; apresado el mayor Funes, i conducido a la presencia del jeneral Santa-Cruz. Funes tuvo la culpable dedilidad de revelar al enemigo la verdadera situacion de Búlnes en Carhuaz, la escasez de sus fuerzas, la distancia que lo separaba de su vanguardia, i la facilidad de destruirlo por un ataque audaz i repentino. Alentado el enemigo con estos datos apresuró su marcha, para sorprender su retaguardia, si era posible, en el mismo pueblo de Carhuaz.

Entretanto uno de los oficiales de la partida de observacion, escapado de la sorpresa, llevó a Carhuaz la noticia de la proximidad del ejército contrario, lo que determinó la inmediata partida de los batallones Carampangue i Valdivia, que permanecian ahí hasta ese momento, miéntras Búlnes acompañado por Castilla, i sin llevar escolta ni ayudantes, salia a hacer un reconocimiento personal de la situacion del enemigo i de sus fuerzas.

El Ejército protectoral marchaba en la forma siguiente: a la vanguardia, la division del jeneral Moran, sirviéndole de avanzada las compañías de cazadores de sus batallones: a continuacion la division de Herrera, escalonada por cuerpos que guardaban entre sí una pequeña distancia: a retaguardia el jeneral Santa-Cruz con la caballería, la artillería, el parque i el Estado Mayor.

Luego que tuvo noticia de la peligrosa situacion de Búlnes,

por la delacion de Funes, organizó su plan de ataque del modo siguiente: el jeneral don Manuel de la Guarda, recibió órden de cargar el costado izquierdo del enemigo, con las compañías de cazadores de la division de Moran: el coronel Guilarte de atacar por la derecha con tres compañías de la division de Herrera: i el jeneral Moran, de romper el centro de las fuerzas, que Guarda i Guilarte debian envolver por sus costados, debiendo secundar esta operacion combinada el resto del ejército que seguia los pasos de su vanguardia. (1)

Búlnes no podia adoptar otra medida militar que reunir, en cuanto fuera posible, sus batallones dipersos i apoderarse de una posicion ventajosa para hacer mas eficaz su defensa. Con ese objeto, llamó por toques de corneta que era la señal convenida al batallon Portales, que iba en marcha, i dió órden de reunírsele al batallon Valparaiso, que estaba a bastante distancia.

No léjos de Carhuaz i casi en sus inmediaciones, hai un riachuelo conocido con el nombre de Buin, cuyo cauce, seco de ordinario, se alimenta con las aguas de lluvias que le arrojan las quebradas vecinas. En dias de temporal, el Buin se convierte en un torrente caudaloso, que arrastra consigo todo lo que se opone a su paso. Un puente rústico, formado de unas cuantas tablas juntas, pero ni siquiera clavadas i sin baranda, unia sus dos riberas, en el camino real que va de Carhuaz a Yungai, es decir, en el camino histórico, cuyas etapas inmortales vamos recorriendo. A legua i media de distancia de este lugar hácia la cordillera, habia un puente sólido de piedra.

El Buin arrastra sus aguas bulliciosas entre las faldas de los cerros que en aquel lugar formaban una quebrada estrecha

(1) El jeneral Quiróz, da cuenta en estos términos del órden de ataque del ejército contrario:

«El jeneral Guarda fué dirijido con la columna lijera de la 1.ª division a flanquearle por su izquierda; miéntras que el jeneral Moran con el resto de su division, que hallándose de servicio ocupaba la vanguardia, marchaba de frente. Tres compañías lijeras de la division Herrera a las órdenes del coronel Guilarte fueron dirijidas a flanquear su derecha. La 2.ª i 3.ª division apoyaban el movimiento de la 1.ª, siguiendo su retaguardia. Aunque la distancia que nos separaba era mas de una legua, el enemigo fué alcanzado a las dos horas de marcha en las alturas de Huaullan en que la fortuna le proporcionó mui fuertes e inespugnables posiciones.» Parte oficial del jeneral Quiróz, Huaullan, 7 de enero de 1839. —*Eco*, número estraordinario de 13 de enero.

de flancos escarpados, en cuyo fondo apénas habia el espacio suficiente para el trazado del camino público.

Este angosto paso es conocido con el nombre de Huaullan i las colinas del opuesto lado del torrente con el de Buin.

En la orilla norte, o sea en la que corresponde a Yungai, hai una planicie pequeña designada con el nombre de Hacienda del mal paso, donde escasamente podian desplegar los tres batallones que iban a entrar en accion. Por todos lados cerros elevados; alturas que se ocultan mutuamente, i se confunden en un cáos granítico i majestuoso.

Las dificultades de la marcha al traves de cerros escarpados, se aumentó con una lluvia torrencial, como solo puede verse en esos lugares durante la estacion de verano. Al agua sucedió el granizo, i a éste una tempestad de viento i de truenos que todo lo confundia i desbarataba en esos terribles momentos. La fuerza del agua i del granizo desvandaba las filas, inundaba los caminos, miéntras el cielo, cubierto con negros nubarrones, se iluminaba a cada instante con el zig-zag de los relámpagos i de los rayos. Los soldados dispersos i confusos no pensaban sino en protejer de la tempestad sus armas i municiones. (1)

Como la dispersion aumentara por instantes, hasta el estremo de que los cuerpos habian perdido su formacion i que se veia sembrado el camino de grupos de soldados que no podian avanzar sin la mayor dificultad, Búlnes se detuvo un instante en las alturas de Huaullan, para operar su reunion. Sin esta operacion preliminar todos los soldados que no hubiesen al-

---

(1) Hé aquí como describia la tempestad el *Boletin del Ejército Restaurador*, periódico ambulante, redactado por don Miguel de la Barra:

«Una furiosa tempestad se forma i rompe en un momento bajo el bello cielo de Carhuaz: retumba el trueno en las elevadas montañas i responde en el profundo i estrecho valle: cae el granizo con fuerza, brama el viento, hínchase el rio i en pocos momentos se convierten en torrentes los caminos i avenidas, desatándose las aguas en cascadas sobre ellas i rodando enormes piedras i ramas de árboles por entre los piés de los caballos i de los soldados: éstos agachan la cabeza i se vuelven contra el viento a pesar de la espuela i esfuerzos del jinete: aquéllos descansan un momento i continúan alegres el camino, luchando con el agua a las rodillas contra todos los obstáculos i superando los precipicios. Un solo pensamiento parece preocuparlos. El jeneral en jefe habia quedado en el pueblo protejiendo con su escuadron la salida del ejército a la vista del enemigo i el escuadron habia vuelto hacia tiempo i el jeneral no se divisaba.»

canzado a atravesar el puente del Buin, habrian caido en poder del enemigo.

Miéntras se ocupaba en Huaullan de la reunion de sus fuerzas, las columnas enemigas asomaban por las sinuosidades de la quebrada, en la colocacion que les habia asignado Santa-Cruz, pero llevando a su cabeza las compañías de cazadores de todos los cuerpos, desplegadas en guerrillas. Búlnes, viéndose alcanzado, se preparó para la defensa.

Reunida su division, no pensó sino en atravesar el torrente, para salir de la situacion angustiosa en que se encontraba. Tenia al frente el ejército de Santa-Cruz, que ascendia próximamente a 7,000 hombres, en cambio de 1,400 que componian su division, i a retaguardia un torrente impetuoso e invadeable, donde en caso de un descalabro no quedaria a sus tropas escasas mas alternativa que buscar triste i segura muerte en las aguas del Buin. En tales condiciones no podia pensar en resistir sino para salvar los batallones que tenia a sus órdenes, de ningun modo para vencer.

Puede asegurarse que el dia de Buin fué, para el ejército de Chile, el mas riesgoso de toda la campaña. La pérdida de los tres batallones escojidos que conducia el jeneral en jefe, i de él mismo, habria importado la destruccion jeneral del resto del ejército. El orgulloso vencedor, conducido hasta Yungai en alas de la victoria, habria destruido sin gran dificultad, ese ejército a que su reciente derrota hubiese arrebatado de un golpe su entusiasmo, su brazo i su cabeza. Jamás estuvo el ejército chileno mas cerca de una pérdida total. Un momento de desaliento, un atraso en las marchas, el menor signo de debilidad en el jefe encargado de conducirlo, habria bastado para introducir en las filas el desaliento, precursor del pánico i de la derrota.

Inmediatamente que se divisaron las columnas enemigas el batallon Valdivia, que por ser el mas lijero del ejército, reemplazó en la retaguardia al Carampangue, se desplegó en guerrillas para tirotearlo i dar tiempo al Portales i al Carampangue de atravesar el puente. Hasta ese momento no aparecia el grueso del ejército contrario, sino la descubierta de cazadores que abria su marcha, i que miéntras cruzaba sus fuegos de guerrilla con el Valdivia, daba tiempo a los batallones de pasar

el torrente i de formarse en línea paralela en el opuesto lado. Realizado ese peligroso movimiento, el Valdivia empezó a batirse en retirada, conservando la formacion en pelotones que habia adoptado un momento ántes, i llegó al costado de Buin en los momentos en que los batallones enemigos comenzaban a coronar las altas crestas del desfiladero.

Cuando el Valdivia empezaba a organizar su formacion en el costado de Buin, el enemigo rompió un vivo fuego de artillería sobre el centro de nuestra línea, dando así principio a la batalla.

Separados los ejércitos por el caudaloso torrente, todos los esfuerzos de Santa-Cruz se redujeron a forzar el puente para alcanzar nuestra retaguarda en sus posiciones de Buin, pero el empuje de sus soldados i su heroismo se estrellaron inútilmente en la serenidad i en el arrojo de los batallones chilenos.

Búlnes formó su línea desplegada a lo largo del riachuelo, colocando en medio al batallon Carampangue, el Valdivia a su derecha; el Portales a su izquierda, i confiando el cuidado especial del puente a la compañía de cazadores del Carampangue.

El enemigo, a su vez, estableció la suya situando en el camino real, i en la direccion del puente, dos piezas de artillería, dirijidas por el coronel Pareja: en sus costados i en una altura vecina, las compañías de cazadores de todos sus batallones; en el fondo el resto de su ejército, a cuya cabeza estaba el batallon Ayacucho, a las órdenes inmediatas del jeneral Moran, a quien llamaba Gamarra «el alma, la cabeza i el brazo del Protectorado.»

En esa colocacion i separados los ejércitos por una cortísima distancia, se empeñó la batalla jeneral a las 3 i media de la tarde, mas o ménos. El fuego de fusilería i de artillería, que se hacia cada vez mas intenso, repercutia con voces sonoras en las montañas circunvecinas, haciendo mas horrible ese cuadro de desolacion i de muerte.

De ambas partes se desplegaba lujo de constancia i de valor. El jeneral Guarda, a la cabeza de su division lijera, se lanzó contra el puente con desesperacion, pero su columna fué envuelta por los fuegos de fusilería de nuestros batallones, i su valiente jefe cayó herido de un balazo en las

inmediaciones del Buin. Sus soldados, desatentados con los fuegos i con la pérdida de su jeneral, se replegaron nuevamente a sus posiciones.

El batallon Ayacucho, mandado por «el espantoso Moran», hacia iguales prodijios, pero con la misma desventura.

Los esfuerzos de uno i otro fueron inútiles. El puente, que en aquel momento era el verdadero objeto del combate, permanecia en nuestro poder.

Al rededor de él se ejecutaban proezas dignas de esta encarnizada lucha. Un peloton de soldados de todos los cuerpos, permaneció durante la batalla, del lado de Huaullan, defendiendo su entrada. Destacaba entre ellos su figura indíjena i altiva el teniente Colipí, que mereció ser llamado «el héroe de los puentes.» Rodeadò de unos cuantos hombres, cargó en repetidas ocasiones contra las fuerzas enemigas, alentando a los suyos con esa vocería salvaje i aterradora que se conoce con el nombre de *chibateo*, i llevando su temeridad hasta atacar en compañía del teniente del Portales don Matías Aguirre con *seis hombres* una avanzada del enemigo en su propio campamento.

De ese grupo de valientes merece un recuerdo especial el sarjento mayor don Juan Torres: el capitan don Manuel Antonio Faez, los tenientes don Matías Aguirre i don José María Gallardo, los subtenientes don Juan de Dios Goñi i don Fermin Alvarado, i entre los primeros por su conducta sino por su grado, el sarjento don José 2.° Robles, que mereció ser designado en primer lugar, en la órden del dia, de gloria i de recompensa, que dió el jeneral Búlnes al ejército el 10 de enero, en la pampa de San Miguel.

Ya que hablamos de las principales hazañas de ese dia, no debémos omitir la que ejecutó la avanzanda del puente en el principio del combate. Un peloton de soldados, fatigados con la marcha desde Marcará, i desbaratados con la lluvia, habia sido cortado por un grupo de enemigos que se empeñaba inútilmente en rendirlo. Viendo eso los soldados del Portales que formaban parte de la avanzada, se precipitaron en su defensa, seguidos por los que estaban a su alrededor i consiguieron sacar la compañía de manos de los enemigos. En ese momento un cabo chilote con 8 soldados, fué cortado por los contrarios, pero en vez de rendirse, acometió contra sus oponentes,

i trabada la lucha cuerpo a cuerpo, llegó hasta defenderse con los dientes, mordiendo a un sarjento que trataba de apresarlo. (1)

El enemigo por su parte hacia iguales esfuerzos. El jóven i gallardo capitan boliviano don Juan José Perez, que mandaba la compañía de cazadores del batallon núm. 2, se arrojó con unos pocos soldados al torrente para llegar a las posiciones chilenas; pero arrastrados por la fuerza del agua, algunos de los suyos perecieron i él salvó la vida con gran dificultad. (2) Tampoco debemos silenciar la espresa recomendacion que hace Santa-Cruz, en su parte oficial, de los capitanes Leuper de Cazadores del Centro i de Ureta de Ayacucho, (3) que segun dice atravesaron el puente con solo 4 soldados repasándolo en seguida, a pesar de que el hecho nos parece improbable porque durante casi toda la batalla permaneció allí la avanzada de que hemos hablado i que por su mayor número le habria cerrado el paso.

El combate se proseguia entretanto con la misma enerjía. Los batallones cruzaban sus fuegos incesantemente, sin que la resolucion de los nuestros se entibiase un momento, ni retrocediesen una pulgada de las posiciones que habian adoptado al principio.

Entretanto los batallones que iban en marcha a Caraz, i que habian recibido aviso de estos sucesos, contramarchaban rápidamente, i el Valparaiso que estaba mas próximo, se reunió con Búlnes, cuando las primeras sombras de la tarde comenzaban a cubrir la cuesta de Buin con su manto plomizo.

En prevision de que la concentracion de los dos ejércitos lo obligase a empeñar una batalla jeneral, Búlnes colocó en la reserva al batallon Carampangue. El fuego incesante habia agotado las municiones del Valdivia, que ocupaba lo que llamaremos, la primera línea. Este cuerpo fué relevado por el Valparaiso, que «avanzó en columna en un órden admirable,» (4) a pesar de la resistencia del enemigo.

Llegada la noche se reunió el batallon Colchagua, pero no

(1) Relacion del jeneral Herrera ya citada.
(2) Relacion del jeneral Herrera.
(3) Parte de Santa-Cruz, Huaullan, enero 7 de 1839.
(4) Parte oficial de Búlnes, Yungai, 7 de enero de 1839.

canzó a tomar parte en el combate, porque en esos mismos momentos, el enemigo apagaba sus fuegos i se retiraba a los cerros de retaguardia de la cuesta de Huaullan.

Alentado Búlnes con el resultado del dia, i con la enerjía de que habian dado prueba sus soldados, pensó atacar esa misma noche, el campamento de Santa-Cruz, i terminar de una vez la guerra, por un asalto en sus mismas posiciones. Este golpe temerario, que estuvo resuelto a ejecutar, no pudo realizarse, porque Colipi, viendo retirarse al enemigo, cortó el puente sin que se le hubiese ordenado, obedeciendo solo a la órden jeneral que traian los oficiales de retaguardia desde Recuay, de destruir todo lo que pudiese facilitar la marcha del ejército confederado.

Si Búlnes hubiese conseguido realizar su pensamiento, es probable que Yungai se hubiese anticipado de 14 dias i que aquel hubiese sido el último de esta larga i fatigosa guerra.

La ruptura del puente por Colipi, determinó al jeneral Búlnes a continuar su retirada a Yungai, que efectuó ese mismo dia a las 11 de la noche, habiendo aguardado 4 horas algun movimiento del enemigo. Durante ese tiempo se recojieron los heridos que eran 220 mas o ménos i se arrojaron 93 muertos al torrente. (1)

El jeneral Búlnes dando cuenta de esta célebre jornada, recomendaba el mérito particular contraido por el jeneral Castilla, por el comandante don Manuel García, i por los sarjentos mayores don Manuel Zañartu, don Pedro Gomez i don Juan Torres.

Tal fué el combate de Buin; lucha desesperada i sangrienta que costó numerosas víctimas al ejército chileno, i un número proporcional al enemigo. Todo conspiraba ese dia contra él: su inferioridad numérica i los preliminares del combate habrian llevado el terror, a cualquiera otro ejército de espíritu ménos arrogante i levantado. Sus aspiraciones, dirijidas no a vencer sino a contener las fuerzas enemigas para no ser vencido, fueron coronadas de éxito, pues consiguió realizar el

(1) Para fijar con exactitud el número de heridos i de muertos, nos hemos dado el trabajo de comparar las listas de revista, de ántes i despues de la batalla, que existen en la Inspeccion Jeneral del Ejército.—Herrera dice en su Relacion que el ejército contrario tuvo 70 muertos.

movimiento audaz i salvador que lo hizo ganar la opuesta orillà del Buin, en su principio, e impedir al enemigo el paso del puente en su fin. En cambio, el Ejército Protectoral obrando con mayor audacia i mejor suerte, pudo terminar la guerra aquel dia, o por lo ménos, destruir la reducida division que la casualidad ponia a su alcance.

El combate del Puente de Buin, tuvó para el ejército chilenn dos grandes ventajas. Fué la primera haber impedido que tres batallones cayesen en poder de Santa-Cruz, i haber conseguido poner a raya con escasísimas fuerzas al mismo Protector i a todo su ejército, lo que infundiria en los pechos chilenos una confianza proporcional al desaliento que llevaria al corazon de los bolivianos.

Debióse quizás a esto que Santa-Cruz no se atreviera a revolar los verdaderos detalles del suceso de Buin, sino que paliando por medio de engaños el duro reves infrinjido a su orgullo militar, escribiera un parte oficial plagado de inexactitudes i de errores. La noticia de combate de Buin corrió en el primer momento en alas del *Eco del Protectorado* (su diario oficial) como un glorioso triunfo de su causa. El jeneral Riva-Aguero ordenó que se echasen a vuelo las campanas de Lima; pero luego que conoció sus detalles hizo suspender el repique *por no ser el suceso tan importante como en un principio se creyera.*

Hé aquí una carta de Búlnes a su hermano, que resume su impresion sobre el combate de Buin:—«Esta (la retirada) dió lugar a que fuese alcanzada por el enemigo mi retaguardia en el puente de Buin, i a un fuerte ataque sostenido por los batallanes *Carampangue*, *Valdivia* i *Portales*, bastante diminutos en fuerzas por haber mandado adelante sus rancheros, asistentes i muchos desvandados, a causa de la furiosa tempestad que sufríamos, i de la cual no te podrás formar idea. Los enemigos tenian sobre el campo todo su ejército i dos piezasde artillería; pero nuestros soldados no solo se defendieron con una bizarría admirable, sino que repasando el puente atacaron a la bayoneta al enemigo i cantaron victoria con el dolor de no poderla concluir, por haberse cortado el puente por Colipí.» (1)

(1) Yungai, 19 de enero de 1839.

El jeneral Búlnes no descocia la importancia de su porfiado triunfo, como lo acreditan las siguientes líneas, escritas bajo la impresion i al calor de las glorias de Yungai. «Con el coronel Urriola te remití diez colecciones del *Boletin*, que te habrán instruido de los acontecimientos que precedieron a aquella memorable jornada (Yungai) incluso la accion del puente de Buin, en la que tres batallones nuestros combatiendo contra fuerzas i posiciones ventajosas, disputaron i contuvieron en aquel paso a todo el ejército enemigo, con un fuego vivísimo i sostenido por mas de cuatro horas, causándole pérdidas de consideracion i haciendo por nuestra parte acciones de increible valor.

«Es sensible que el parte de esta accion de Buin, mas importante en mí concepto que la del 21 en Lima, vaya a llegar al mismo tiempo con la noticia de la última decisiva de Ancachs que llamará naturalmente toda la atencion.» (1)

La opinion pública de Chile no dió al suceso de Buin la importancia a que es acreedor, abismada como se hallaba con la noticia de Yungai; pero tampoco se dejó engañar por las audaces aseveraciones de los diarios enemigos.

El parte del jeneral Santa-Cruz llegó a Chile cuando aun no se tenia la menor noticia del suceso. Sin embargo, el pueblo entero, aleccionado como estaba con el recuerdo de Matucana i de Llata, de la retirada de Lima, i de cuantos sucesos componen el cuadro de esta campaña, no aceptó sin beneficio de inventario la declaracion del enemigo.

A las 11 de la noche del 6 de enero, Búlnes se puso en marcha con su division hácia el norte. Desde el pueblo de Yungai, célebre en los análes de nuestra historia, dirijió a sus soldados la siguiente proclama que, dados los acontecimientos subsiguientes, reviste el carácter de la mas alta prevision.

«*¡Soldados del ejército unido!*—Vuestros compañeros de la reserva han vencido ayer en el puente de Buin. Tenian contra sí la superioridad del número, la de las armas, la posicion i i hasta los elementos; pero todo lo han superado con heroica constancia, i con su acostumbrado valor. Gracias les sean dadas por la Patria.

(1) Cajatambo, 12 de febrero de 1839.

¡Soldados!—Ya no se dirá de vosotros que no sabeis ganar triunfos contra posiciones fuertes i elevadas, apesar de las pruebas que habeis dado de lo contrario. Que los viles satélites del Boliviano se refujien enhorabuena entre quebradas i rocas, que a esas guaridas de los cobardes os llevará vuestro entusiasmo i sabreis escarmentarlos como en Buin.

¡Soldados!—Os anuncio un próximo triunfo: él será grande i glorioso como lo es vuestro valor; otro esfuerzo mas de vuestra parte i desaparecerá de este precioso suelo la detestada Confederacion! Sabeis que he participado siempre de vuestros riesgos i privaciones, i os daré como hasta aquí el ejemplo, conduciendoos a la victoria.—Yungai, enero 7 de 1839.—*Manuel Búlnes.*

Tres dias mas tarde hizo publicar en la órden del dia del ejército lo siguiente: «El señor jeneral en jefe, testigo de la brillante comportacion de los batallos *Carampangue*, *Valdivia* i *Portales*, en la accion del puente de Buin, ha acordado a los individuos de tropa que se distinguieron en élla particularmente, un escudo de ventaja, con el goce de la pension del primer premio, cuyo escudo será de paño encarnado, figura oval orlado, con un cordon de seda amarilla, i en su centro la inscripcion «*se distinguió entre los valientes del puente de Buin;*» i a los oficiales el mismo escudo, bordado con hilo de oro, sin el goce de la pension.

Al sarjento del batallon Carampangue, José Segundo Robles, recomendado en primer lugar, i cuyo individuo recibió dos heridas, se le asciende a sub-teniente de infantería, con agregacion a su mismo cuerpo, en el cual se le propondrá la colocacion efectiva en la primera vacante.»

El 27 de febrero del mismo año, el gobierno de Chile aprobó el uso del escudo a que se refiere esta órden: la opinion nacional cubrió con su aplauso todavía mas valioso a los vencedores en Buin, i el ejército entero celebró gozoso aquel dia precursor de una jornada brillante.

CAPÍTULO XV

Batalla de Yungai

En la mañana siguiente del suceso de Buin, el jeneral Búlnes se reunió con el jeneral Gamarra, que alarmado el dia anterior con el rumor del combate, se habia puesto en marcha hácia Buin con el batallon Huaylas, la caballería i la artillería; pero que advertido a tiempo del resultado de la batalla regresó a Caraz en el mismo dia. Gamarra i Búlnes volvian a verse despues de una separacion de dos meses, que no habian sido estériles para la causa de la Restauracion.

Cuán diversa era su situacion cuando se separaron en Huaraz! Hoi el jeneral Santa-Cruz habia penetrado a la celada del Callejon: su ejército sufria las consecuencias de las marchas forzadas, de la escasez i del clima, i acababa de esperimentar un rudo golpe que traia abatido su propio orgullo i el de sus jenerales.

Las fuerzas del ejército Restaurador se aumentaron, en esos mismos dias, con el batallon Cazadores del Perú, conducido desde el norte por el jeneral don José María Raigada. El Protector, entre tanto, permanecia en Carhuaz, sin dar mas señales de vida, que un reconocimiento que hizo practicar por el jeneral Herrera i en virtud del cual adquirió la certidumbre de que nuestro ejército estaba en San Miguel.

Su actitud reciente contrastaba con la presteza i alegría con que habia ejecutado su marcha hasta Buin.

A pesar de sus anuncios de victoria, comenzó desde entónces

a acariciar en su espíritu el pensamiento de abandonar el Callejon i de aguardar al enemigo en otro lugar. Desgraciadamente para su causa, era pasada la hora de las vacilaciones. El ejército Restaurador, reunido a seis leguas de distancia, se habria precipitado sobre él i obligádolo a batirse contra su voluntad.

El *Eco del Protectorado*, dando cuenta de la batalla de Yungai, decia, refiriéndose a las dificultades que el ejército Protectoral habia tenido que vencer en sus marchas. «*No era prudente buscarle* (al ejército chileno) *i la razon nos aconsejaba detener nuestra marcha, reorganizarnos, reforzarnos i suspender la campaña hasta mejor ocasion. Así lo habia resuelto S. E. el Supremo Protector* i el ejército marchó a Yungai para observar mas de cerca al enemigo.»

Estos acertados, si bien tardíos propósitos, están en contradiccion con sus declaraciones anteriores. Hasta ese momento sus órganos de publicidad habian repetido en todos los tonos que el Protector iba en alcance del ejército chileno.

«El mayor cuidado del enemigo en su fuga, decia *el dia anterior al combate de Buin* el jeneral Quiroz (jefe del Estado Mayor del ejército confederado) ha sido romper todos los puentes que dan pasos precisos al rio de este Callejon, que hoi es caudaloso, i solo así ha podido detener en alguna manera la activa persecucion de nuestras columnas. *Mañana le seguiremos hasta obligarle a aceptar la batalla que rehusa*, o a que se aumente la desorganizacion si continúa huyendo.» Comentando este parte decia el *Eco* (1), cuando aun no se sabia en Lima el suceso de Buin. «Partiendo de este principio, no creemos aventurar lijeramente nuestro parecer, cuando desde ahora espresamos el convencimiento en que estamos de que avistar a los enemigos i destrozarlos todo será uno.»

Estas opiniones eran repetidas profusamente por todos los que de un modo mas o ménos directo recibian sus inspiraciones del Protector o de sus jenerales. Cuánta diferencia entre estas reiteradas promesas i las palabras del jeneral Santa-Cruz *en el mismo parte de Buin*, documento que traspira la inquietud de su autor, junto con el deseo de cohonestar su de-

(1) Número estraordinario del 11 de enero de 1839.

rrota. «Desde que S. E. vió los enemigos, dice, consintió en concluir ayer la campaña por una derrota cierta; pero el puente cortado, un torrente impetuoso e intransitable por la incesante lluvia los ha salvado, dándoles lugar a continuar su fuga i a que sigan desvastando el país por algunos dias mas. El ejército que ha hecho cuatro marchas mui fuertes, comiendo i durmiendo mui mal, i caminando siempre en medio de la lluvia i de una ruta espresamente asolada por el enemigo, *tiene la necesidad de descansar* en el pueblo de Carhuaz para continuar sus operaciones *cuando lo permita la estacion de las lluvias* que verdaderamente es ya mui penosa.»

El Ejército Protectoral ocupó su permanencia en Carhuaz en reconstruir el puente cortado por Colipí, miéntras sus partidas dispersas le proporcionaban recursos.

Entretanto el ejército chileno aprovechaba en la fortificacion de su propio campamento, los dias de reposo que le dejaba la inmovilidad del enemigo. Las distintas armas estudiaban las ventajas e inconvenientes de cada posicion, reconocian el campo en todos sus detalles, fortificaban los sitios estratéjicos, levantaban trincheras, hacian jugar la artillería; en una palabra, preparaban el campo a la medida de sus deseos i de su accion.

El campamento de San Miguel, ocupado a la sazon por el ejército chileno i a donde se empeñaba Búlnes por atraer a su rival, se llamaba así por estar situado en la Hacienda de San Miguel. El lugar designado como campo de batalla, es un valle de mediana estension, que apoya su espalda en el pueblo de Caraz; que está limitado de un lado por las desiguales i escarpadas faldas de los Andes i del otro, por el Santa que desliza sus aguas entre riberas de verdura. Rio de por medio está el pueblo de Huacra, que solo se comunica con San Miguel por un puente de cuerdas. Las cerranías de los Andes estrechan la llanura casi en su mayor parte, formando valles de desigual tamaño, i una ancha planicie en que están situadas las casas del fundo.

Este era el sitio elejido para empeñar la batalla. Por el frente el valle continúa sin interrupcion hasta el rio de Ancachs, que despues de arrastrar durante un largo trecho una vida débil e incierta, se arroja en el Santa, de que es

afluente. En la parte posterior del rio, está situado el pueblo de Yungai. El valle descrito, tiene desde San Miguel hasta Yungai una estension aproximada de dos leguas. Lo que interesa por el momento a nuestro objeto, es fijar la atencion en la planicie que rodea a las viviendas del fundo.

La batalla de Yungai tuvo lugar del otro lado del Ancach, en las inmediaciones del pueblo de aquel nombre; pero no habiendo alcanzado todavía a la parte culminante de esta relacion, postergaremos la descripcion del sitio histórico en que se midieron los ejércitos.

El campo de San Miguel habia sido durante cierto tiempo el punto de mira de las operaciones del ejército chileno. Todo su anhelo consistia en atraer al enemigo a ese sitio, que era el centro de la guerra. Los acontecimientos, de cualquier naturaleza e importancia, no se pesaban sino por su relacion o converjencia con la marcha hácia ese lugar, que no se perdia de vista, i como San Miguel era el centro de las operaciones, las casas del fundo eran el centro de la línea.

Cada batallon de infantería levantó un parapeto de tierra en frente de su posicion respectiva. Los trece dias que duró la ocupacion de San Miguel fué un tiempo angustioso i ajitado para el ejército. Las tropas, ocupadas en adquirir un conocimiento cabal del campo i en su fortificacion, aguardaban con inquietud, el dia que debia poner fin a sus desventuras i fatigas, o que las sumiria de nuevo en una série de desabrimientos i de trabajos

El Protector, entretanto, enviaba desde Carhuaz, columnas avanzadas para reconocer la situacion del ejército chileno. Por fin, el 13 de enero, abandonó definitivamente el pueblo de Carhuaz i ocupó a Yungai.

En estas circunstancias se presentó en el campamento de San Miguel el Coronel Guilarte, que ocupa una pájina gloriosa de esta historia, invitando al jeneral Búlnes a una entrevista a nombre de Santa-Cruz. Búlnes, que comprendia el objeto de su mision lo despidió sin acceder a la entrevista de que éste bien poco se cuidaba; pero sin permitirle penetrar al Cuartel Jeneral, que le importaba mas.

Habian llegado las cosas a cierto estado de tension i de gravedad, que solo la guerra i el imperio de la fuerza podia

poner órden en éllas. Búlnes no podia abandonar el objeto que venia persiguiendo con tanto ahinco i sacrificios, i al jeneral Santa-Cruz no le era dado poner término pacífico a una campaña, en que se hallaba comprometido el orgullo de su ejército por una parte, i el pais con sus pasiones inflamadas por la otra. Por consiguiente aquella entrevista o era un pretesto para ganar tiempo, o un medio de hacer penetrar al seno i al secreto de nuestras fuerzas a su valiente i sagaz parlamentario.

Las medidas de mútua vijilancia i precaucion continuaron durante algunos dias, sin dar lugar a ningun incidente notable, a no ser la sorpresa de una partida avanzada, mandada por el ayudante Mendoza.

Entretanto, el ejército chileno empezaba a sufrir en San Miguel los efectos del rigor del clima i de la escasez de alimentos.

Los víveres que habia traido de Lima comenzaban a agotarse, i la provincia, recorrida en todos sentidos por columnas del ejército contrario, no podia proporcionarle nada. Apesar de que esta situacion empeoraba cada dia, Búlnes se resistia a empeñar una batalla, para obrar en conformidad con el plan seguido desde Recuai, que era aguardar al enemigo en San Miguel i esperar un ataque en ese campo estudiado i elejido.

El jeneral Santa-Cruz, colocado entre sus compromisos pasados, i sus actuales angustias, necesitaba manifestar a los suyos la confianza i el anhelo de combate a que los habia acostumbrado. Con ese objeto se habia trasladado a Yungai i hecho personalmente, desde una altura inmediata, un reconocimiento de nuestro campo.

Las noticias que llevó a sus jenerales i que fueron trasmitidas a San Miguel, por las adhesiones de la causa de Chile, no dejaron lugar a duda sobre su resolucion de no moverse de su campamento.

«El 17 por las noticias que recibimos de Yungai, dice Placencia, fuimos advertidos de que el jeneral Santa-Cruz habia venido el dia anterior con varios jenerales a reconocer nuestro atrincheramiento i que habia espuesto que nuestra posicion era inespugnable, advirtiendo que teníamos grandes fosos, minas i obras avanzadas de fortificacion.

«Esta resolucion exitó la risa de los jenerales, jefes i oficiales

del ejército, pues no existiendo dichas obras, pero ni aun el foso que correspondía a la altura del parapeto, colejimos desde luego que el anteojo Protectoral no solo tenia la calidad conocida del aumento, sino la desconocida de *suposicion.*» Hubo un momento en que Búlnes pensó sorprender a Santa-Cruz en Carhuáz, haciendo pasar el ejército chileno por el puente de piedra que tiene el torrente de Buin, a una legua de distancia de aquel en que se libró la batalla, o atacarlo por su retaguardia, dirijiéndose hacia Recuai por el villorrio de Huacra, proyecto que se consideró difícil de realizar sino impracticable, por el mal tiempo, la escasez de víveres i por la dificultad de trasportar los hospitales, i bagajes de la artillería. Nada quedaba que hacer sino buscar al enemigo en sus propios atrincheramientos.

Los principales personajes del ejército estaban en desacuerdo respecto de la resolucion que fuera necesario adoptar. Gamarra i demas jenerales peruanos, creian preferible continuar la retirada hacia la provincia de la Libertad, donde suponian equivocadamente que existian los recursos necesarios para la subsistencia de la tropa i pareciales una obra temeraria asaltar a Santa-Cruz en las fuertes posiciones que habia adoptado en los alrededores de Yungai.

Búlnes i Cruz, que pensaban de otro modo, convinieron en prepararse para la batalla, sin perjuicio de oir la opinion de una junta de guerra en que se manifestó unanimemente por los jefes peruanos, la imprudencia de semejante medida. (1)

(1) El coronel Placencia incurre en un error *a sabiendas* cuando dice en su *Diario Militar* (pájina 107) «que los jenerales de la junta resolvieron unánimemente que se marchara en busca del ejército de la Confederacion, que ocupaba a Yungai.»—Lo único que hai de positivo sobre esto, es que Búlnes i Cruz, en el consejo que tuvo lugar en San Miguel, se contentaron con escuchar la opinion opuesta de Gamarra i demas jefes peruanos; habiendo ya convenido en desentenderse del parecer del consejo i en pasar adelante. Esta es una de las muchas ocasiones en que el coronel Placencia, con mengua de su alto crédito i distinguido talento, puso su pluma, ya no al servicio de la verdad ni de la historia, sino de la vanidad del pueblo peruano.

El coronel don Nicolas José Prieto, cuyo testimonio invocamos de preferencia, nos escribia hace algun tiempo: «En la última junta de guerra, que se celebró en el campamento de San Miguel para deliberar sobre el partido que debia tomarse, si seguir la retirada hasta el departamento de la Libertad o atacar a Santa-Cruz en sus posiciones de Ancach, los dos jenerales chilenos estuvieron por lo último, esto es por dar la ba-

Los dos ejércitos permanecieron durante una semana separados por un espacio de dos leguas, sin que a ninguno de ellos le fuese dado retroceder, sin esponerse a ser obligado a combatir. El jeneral Santa-Cruz, habia hecho fortificar su campo de Yungai con parapetos de piedra i barro, que servirian de defensa a los batallones de infantería.

Seria difícil describir la ansiedad, el sobresalto, la preocupacion, que en esos dias solemnes reinaba en los campamentos, desde la fogata del soldado, hasta la tienda de los jenerales. Todos vivian bajo la impresion aterradora de un suceso próxima, cuyo alcance i resultados era dificil preveer.

De las dos partes se empleban medidas rigorosas de precaucion. Un jeneral hacia todos los dias la descubierta en el campamento enemigo, i del nuestro se enviaban por la llanura columnas lijeras a reconocer la situacion de los contrarios.

---

talla desde luego. Si alguno de los jenerales peruanos fué de esta opinion, seguramente seria Castilla, porque los demas, segun lo oí decir entónces, estuvieron por la retirada, etc.»

Esta misma relacion la oimos manifestar al jeneral Búlnes en la intimidad de su hogar, única parte donde se permitia dar rienda suelta a su memoria i a sus recuerdos.

El ilustre jeneral Cruz contaba con su minuciosidad ordinaria, en los últimos años de su vida, lo sucedido en el campo de San Miguel.

«Seis dias ántes de la batalla, decia, fuí atacado de una fiebre. Dos ántes de que se diera, vino Búlnes a verme; yo me encontraba todavía en cama, aunque ya estaba curado i Manuel (Búlnes) me preguntó cómo estaba. Le respondí, bien.—Como es tan desconfiado no me creyó i abrió la ventana de mi dormitorio para cerciorarse del estado verdadero de mi salud. Me miró la cara, me examinó los ojos con una minuciosidad que me molestó, i cuando estuvo seguro de que estaba en mi juicio, de que la fiebre habia pasado, cerró la puerta del cuarto i me dijo: José María, tú conoces nuestra posicion i deseo que me digas si piensas que debemos buscar a Santa-Cruz en sus posiciones para darle la batalla o que debemos retirarnos. Debemos hacer lo primero le respondí sin perder tiempo.—Lo mismo queria él que se hiciera, i entónces me dijo: pero es preciso esperar a que tú puedas concurrir. Yo le repliqué que podia hacerlo en el dia, etc.» «En el consejo, Gamarra i todos los peruanos opinaron por la retirada; ni él ni yo dimos nuestra opinion, pero tomamos todas las medidas para que la batalla tuviera lugar al dia siguiente.»

Esta relacion, escrita por uno de los oyentes, nos ha sido confirmada en toda su parte sustancial por don Aníbal Pinto, que oyó repetírsela varias veces a su suegro, el jeneral Cruz.

El error de concepto que sufrieron el jeneral Gamarra i sus distinguidos auxiliares no afecta su justa nombradía, ni su reputacion militar. No valia, pues, la pena de que el canónigo don Juan Gualberto Valdivia, que ha escrito un libro de historia, con el esclusivo objeto de falsearla, supusiese que el jeneral Castilla concibió la idea de asaltar a Santa-Cruz en Yungai; que Gamarra se adhirió a ella, i que siendo como era, director de la guerra, Búlnes no tuvo mas que hacer, sino «ceder gustoso.»

Al mismo tiempo se llenaban las vacantes de los oficiales muertos o heridos en Buin, con los chilenos, que guiados por su patriotismo, soportaban voluntariamente las privaciones de la campaña, siguiendo los pasos del ejército. Entre otros se incorporó en esos dias, en las filas del Portales, en calidad de subteniente, el antiguo oficial del Maipo don José Antonio Campos, «en consideracion (dice el decreto) a su brillante comportamiento en la accion de Llata.»

Por fin en la tarde del 19 de enero, el jeneral Búlnes, montado en el hermoso caballo, que el gobierno de Chile le envió en recompensa de Guias, se presentó a su ejército, que estaba formado al frente de las casas de San Miguel i lo arengó diciéndole: que el jeneral Santa-Cruz habia ofrecido volver vencedor a Lima el 24 de enero i que estando para concluir el plazo, se habia resuelto a ponerlo al dia siguiente en situacion de cumplir su promesa. Un grito unísono, espontáneo, de *¡Viva Chile! ¡Viva el jeneral Búlnes!* fué la contestacion de la tropa.

Los jefes de cuerpos recibieron, esa misma tarde, la órden de estar prontos para marchar al dia siguiente a Yungai. Aquella noche todo quedó preparado para la batalla que debia librarse al siguiente dia i en que se habia de decidir la libertad del Perú i la existencia de la Confederacion Perú-Boliviana.

El 20 de enero, las bandas de música rompieron a diana tocando la cancion nacional de Chile i simultaneamente los batallones tomaron la colocacion que se les habia asignado, escepto el Aconcagua, que fué enviado a la vanguardia, miéntras el resto del ejército, fraccionado en divisiones, mas honorarias que efectivas, seguia sus pasos en un órden metódico i regular.

Ya hemos dado una idea jeneral del valle de San Miguel Restanos solo echar una mirada al sitio que va a servir de campo de batalla, i a las principales posiciones del enemigo. La vasta llanura de dos leguas de largo que media entre el rio de Ancach i el pueblo de Caraz, i que está encerrada en toda su estension entre el Santa i la cordillera, estaba a la sazon dividida en dos predios que se llamaban de San Miguel i de Punyan. Las cerranías de la cordillera, que son bastante elevadas, se agachan delante de las majestuosas alturas del segundo cordon, entre cuyas cimas, destaca su cabeza nevada el volcan de Huantucan.

Los cerros situados a la izquierda del valle se unen i escalonan entre si.

El de Punyan, uno de los principales, se comunica por sus faldas con el Pan de Azúcar, el que a su vez se unia con el de Ancach, situado a un costado de las posiciones de Santa-Cruz, por los caminos que con ese objeto se habian practicado en sus faldas.

El cerro de Pan de Azúcar, llamado así por su perfecta analojía con el objeto de su nombre, dista quince cuadras mas o ménos del cauce del Ancach, i por consiguiente, de la línea de batalla del Ejército Protectoral. Su formacion escepcional es un capricho de la naturaleza, que parece haberse injeniado en revestir a ese valle con el doble atavío de la hermosura i de la grandeza.

El jeneral Santa-Cruz habia establecido sobre la cima de los cerros un cordon de tropas, que formaba hasta cierto punto una division independiente por tener su base i centro de accion en el cerro de Pan de Azúcar, donde permanecia el jeneral Quiroz con 3 compañías.

Otra compañía, la del núm. 1 de Bolivia, mandada por el capitan Peña, se situó en la altura de Punyan, i otra mas, ocupaba la quebrada que la separa del Pan de Azúcar, con el objeto de protejer la retirada de Peña, hasta la cima del escarpado cerro que le servia de base.

De este modo Punyan i Pan de Azúcar formaban entre sí un cordon militar i estratéjico cuya base de apoyo era la columna lijera de Quiroz, siéndolo a la vez de esta el Ejército Protectoral, situado al pié de la montaña de Ancach. El cuartel jeneral enemigo se comunicaba con el Pan de Azúcar por los senderos de los cerros, entre cuyas hendiduras nace el torrente de Ancach.

El Pan de Azúcar es hasta cierto punto inaccesible. En sus faldas escarpadas no hai un camino para llegar a la cima, sino angostos senderos, que desaparecen de trecho en trecho. Hai momentos en que no es posible avanzar de pié i en que los soldados inmortales que lograron escalarlo, tuvieron que apoyarse en sus fusiles o tomarse unos a otros, para no rodar en el abismo. Domínalo una planicie pequeña, rodeada de trin-

cheras, donde estaba instalado el jeneral Quiroz con sus fuerzas. (1)

La altura de Punyan es mas accesible que la de Pan de Azúcar, pero tan elevada como ella. En el fondo del valle habia unas viviendas de campo, con anchos corredores segun la antigua costumbre española.

El Pan de Azúcar está situado a 2 kilómetros, mas o ménos, de las posiciones que habia adoptado Santa-Cruz, i separado de ellas por el torrente de Ancach, que felizmente para el ejército

(1) Hé aquí como describe el campo de San Miguel el distinguido coronel Prieto.

«Del cordon de cerros que teníamos sobre nuestro flanco izquierdo i se estiende de sureste a noroeste, formando el primer plan de la alta Sierra Nevada, que es la continuacion de la cordillera de los Andes, se desprende el torrente de Ancach, el cual corre de noreste a suroeste, i va a desaguar en el rio Santa, que a su vez corre mas o ménos paralelamente a aquel cordon de cerros, i cubria por consiguiente nuestro flanco derecho, como ya lo he indicado, encerrando el estrecho espacio medianamente llano i dominado por el Pan de Azúcar, en que se desplegaron nuestras fuerzas. El terreno de Ancach se precipita por el fondo de una ancha i profunda quebrada, cuyas orillas son sumamente escarpadas. Este se pasaba por un puente rústico, colocado en frente del camino real, pero que el enemigo habia tenido cuidado de destruir con anticipacion, practicando mas arriba varios senderos para el pasaje de sus tropas, i por los cuales pasaron los batallones bolivianos 3.° i 4.° de la Guardia, con el propósito de protejer su pobre division del Pan de Azúcar, lo que no pudieron conseguir, porque fueron valiente i vigorosamente rechazados por el Portales, el Valparaiso i el Colchagua, ayudados en tiempo por el Aconcagua, que acababa de hacer su descenso de la montaña de Punyan por el lado opuesto, i los bolivianos se vierou así casi entre dos fuegos.

«Para acabar de describir a Ud. el infernal terrene en que tuvo lugar lo que, hace hoi 38 años, se ha llamado la batalla de Yungai, agregaré que a nuestra retaguardia no nos quedaba, en caso de un descalabro, mas refujio que el campamento i el pueblo que acabábamos de dejar. Despues de esto, i uua vez vuelta la espalda al enemigo, no habríamos tenido delante de nosotros sino el desierto a que ya me he referido; a la derecha una cadena de altas montañas; a la izquierda el Santa, rio caudaloso e invadeable; por todas partes las galgas i el palo cobarde de los indios, i en fin, el hambre, la fatiga, la miseria, la muerte. Así es que esta consideracion, la idea sola de la situacion, tanto mas horrible que los destrozos i los estragos del campo de batalla, que la suerte adversa de las armas nos reservaba; esta idea que en esos momentos preocupaba tanto el espíritu del jeneral como el del último soldado, nos hizo formar a todos el propósito de morir peleando, ántes que ir a ser víctimas del hambre o mártires de la cobardía i del salvajismo de los indios. I en efecto, vencidos, los serranos nos habrian muerto a palos; vencedores, nos recibieron en Yungai en la tarde del 20 de enero con la mesa puesta i llenos los mates de chicha. Las jentes tímidas e ignorantes de la Sierra, se echaban de rodillas a nuestro paso, pidiéndonos perdon, porque temian que las fuésemos a matar. ¡El chileno no profanó nunca su espada en la sangre del habitante indefenso!»

chileno, no venia ese dia caudaloso, i cuyo profundo caucé tiene próximamente 15 metros de altura. El barranco del Ancach, constituye de por sí una barrera casi insuperable, i en todo caso un obstáculo poderoso para la retirada de un ejército que lo ponga a su retaguardia.

Entre el rio i las posiciones de Santa-Cruz, habia una planicie, que fué el campo de batalla, cerrada de un lado por el Santa, del otro por las faldas de los cerros, al frente por el Ancach, i abierta solamente en su fondo que da acceso al pueblo de Yungai, por donde pudieron salvarse los restos desorganizados del ejército enemigo.

En esa llanura de tres cuadras de ancho por cinco de largo, mas o ménos, se empeñó la batalla de Yungai. El torrente de Ancach, es intransitable para la caballería, a no ser por un sendero estrecho, practicado en el lugar donde se arroja en el Santa, i la infantería misma, encontraria dificultad para atravesar el áspero barranco que encajona el lecho de sus aguas.

El Ejército Protectoral, que tenia escalonada una columna de cazadores de 600 hombres en las crestas de Punyan i de Pan de Azúcar, tenia su línea de infantería protejida por *pircas* de piedra; apoyada su derecha en el cerro de Ancach, su izquierda en el Santa i su retaguardia en el pueblo de Yungai. En medio de sus cuerpos desplegados en batalla, habia tres piezas de artillería, i en una eminencia, situada en las primeras faldas del cerro, otra pieza mas, que dominaba con sus fuegos el Pan de Azúcar i la hacienda de Punyan.

Los cuerpos de infantería se habian desplegado a lo largo de los parapetos en la forma siguiente. Componian el ala derecha los cuerpos bolivianos o sea la division de Herrera, i la izquierda la division peruana del jeneral Moran. El batallon núm. 3 de Bolivia, mandado por el jeneral don Pedro Bermudez, ocupaba lo que podríamos llamar la estrema derecha de la línea, apoyando uno de sus flancos en el cerro de Ancach: el núm. 4, puesto a las órdenes del valiente coronel don Feliciano Deheza se apoyaba en el núm. 8 por un lado, i en la artillería del coronel Pareja por el otro. El resto de la division o sea los batallones núm. 1 i núm. 2; mandado éste por don Mariano Sierra, i aquel por el coronel don Fructuoso Peña,

sobrino de Santa-Cruz, formaban la reserva del ala derecha, que permanecia a corta distancia de las trincheras.

El ala izquierda mandada por el jeneral don Trinidad Moran, compuesta de los cuerpos peruanos de su division, tenia desplegados en su primera línea tres batallones, protejidos por parapetos como el ala boliviana.

En su derecha, i apoyándose en la artillería de Pareja, que separaba por mitad las dos divisiones, estaba el batallon Ayacucho, mandado por el entónces coronel i mas tarde jeneral i presidente de Bolivia, don Agustin Morales; a su izquierda medio batallon Pichincha, porque la otra mitad habia salido en los dias anteriores, a las órdenes del coronel Carrasco, para interponerse entre Santa i Caraz i cortar así la retirada de los fujitivos i vencidos de Yungai! A la izquierda del Pichincha estaba el Arequipa, a las órdenes de su jefe don Jil Espino, apoyándose en el rio Santa. El batallon Cazadores del Centro a las órdenes del comandante don José Gabriel Telles, formaba la reserva de la division de Moran.

En el fondo de esta línea, i a una distancia equivalente de las dos divisiones permanecia la caballería, mandada por el jeneral Perez de Urdininea i detras de los dos hermosos rejimientos de Lanceros i de la Escolta, se habia situado el jeneral Santa-Cruz, en una posicion que le permitia observar el cuadro jeneral de la batalla i atender con la eficacia i prontitud necesaria al cerro de Pan de Azúcar, en que permanecia Quiroz con su division lijera.

El Ejército Restaurador a su vez, salia del campamento de San Miguel, distribuido en cuatro divisiones mandadas por los jenerales peruanos. Componiase la primera, o sea la de vanguardia que estaba a las órdenes de Torrico, de ocho compañías lijeras de infantería i de un escuadron de Cazadores; la segunda mandada por Elespuru de los batallones Carampangue, Portales, Cazadores del Perú i dos piezas de artillería; la tercera, a las órdenes de Vidal, de los batallones Colchagua, Valparaiso i Huaylas con seis piezas de artillería, i la cuarta o sea la caballería cerraba la marcha a las órdenes del jeneral Castilla. Sobre todas estas divisiones permanecia el jeneral Cruz, en calidad de jefe de estado mayor, i Búlnes como jeneral en jefe.

Esta distribucion no duró sino el espacio comprendido entre San Miguel i Yungai, i el ejército combatió por cuerpos i no por divisiones.

Cuando los primeros redobles de tambor, batian la marcha del ejército, el dia 20 de enero a las cinco de la mañana, el jeneral Santa-Cruz organizaba su línea en la forma que hemos descrito, i el jeneral Quiroz, jefe de su division avanzada se aprontaba para resistir a los primeros esfuerzos del enemigo.

La situacion adoptada por los dos ejércitos era sumamente desproporcionada. Santa-Cruz ocupaba dos posiciones elevadas, Punyan i Pan de Azúcar, fortificadas de antemano, i provistas de todo lo necesario para una larga defensa. El resto de su ejército estaba defendido por una triple barrera: primero por el Pan de Azúcar, desde donde Quiroz podia embarazar la marcha de nuestras columnas i cortar su retirada: en seguida por el áspero i elevado barranco de Ancach, i en tercer lugar por sus fortificaciones, que si no eran bastante poderosas para resistir al fuego de artillería, era todo lo que se necesitaba para los batallones de infantería.

El número de ambos combatientes tampoco guardaba proporcion entre sí. Santa-Cruz tenia ocho batallones, que componian en su totalidad 6,000 hombres a lo ménos (1), i Búlnes seis batallones chilenos, ascendentes, entre oficiales i soldados a 4,467 hombres, fuera de dos cuerpos peruanos de reclutas,

---

(1) El jeneral Herrera dice en los Apuntes que hemos citado, que Santa-Cruz tenia 4,900 hombres en Yungai. Por mas respetable que sea la opinion de Herrera, atribuimos este dato al deseo de cohonestar una derrota que afecta su crédito militar, el honor de su causa i de su país.

Santa-Cruz en su Manifiesto solo confiesa haber tenido a sus órdenes ese dia 4,052 hombres, dato mas inexacto aun que los cálculos de Herrera. Búlnes dice en su parte oficial que las fuerzas de Yungai, sin contar con los 600 hombres de Quiroz, ascendian a 5,500, lo que hace un total de 6,100, para todo el ejército. Es de suponer que este dato le haya sido comunicado por los prisioneros.

Su ejército no podia bajar de 6,000 hombres. Tenia 8 batallones, que venian de su base de recursos, i que es consiguiente tuvieran su dotacion casi completa: dos rejimientos de caballería que ascendian a 650 hombres, i 5 baterias de artillería, que necesitaban, a lo ménos para el servicio de sus piezas, 200 hombres. Calculando en 650 plazas la dotacion de cada batallon, número bajo evidentemente, tendríamos en 8 batallones 5,200 hombres. Agregando la caballería i la artillería serian 6,050, i añadiendo a esto los oficiales tendríamos con exeso el número de 6,500 hombres.

que tenian próximamente 800. Las fuertes posiciones del enemigo, puede decirse, que duplicaban su número.

Al reves de él, el ejército chileno tendria que combatir en campo abierto; trepar las cimas escabrosas de sus cerros, poner a retaguardia un barranco escarpado que imposibilitaria su fuga, pero que a la vez, arrebatandole toda esperanza de retirada, lo pondria en la necesidad de vencer.

La division de Pan de Azúcar, que segun dijo mas tarde Santa-Cruz era la llave de la batalla, debia bajar de su altura inaccesible cuando el ejército chileno se hubiese comprometido con toda su línea, i tomarlo entre dos fuegos. Desgraciadamente para él, los soldados chilenos ejecutaron ese prodijio de heroismo que se llamó la toma de Pan de Azúcar, que al principio provocó su risa desdeñosa, luego su asombro i por fin su desesperacion, porque todo su minucioso plan se desbarataba de un golpe.

Cuando el ejército Restaurador salia de su campamento de San Miguel para dirijirse a Yungai, envió a su vanguardia, como hemos dicho, el batallon Aconcagua, mandado por su comandante don Pablo Silva, con órden de desalojar las fuerzas enemigas de la altura de Punyan. El Aconcagua trepó con dificultad el escabroso cerro ocupado por la compañía del capitan Peña i la puso en fuga, a pesar del fuego que le hacia la fuerza de Quiroz.

Entre tanto, el resto del ejército continuaba su marcha por el fondo de la llanura i llegaba al pié del Pan de Azúcar i a las casas de la hacienda de Punyan. Allí se formó una columna lijera de 400 hombres, compuesta de algunas compañías de cazadores, cuyo mando se confió al comandante del Carampangue, don Jerónimo Valenzuela, a cuyo lado marchaba, en calidad de agregado, el coronel don Juan Antonio Ugarteche. El jefe titular de esta columna fué el jeneral de division del Perú, don Juan Bautista Elespuru, i decimos titular, porque

---

Por lo que hace al ejército chileno podemos hablar con exactitud, porque hemos consultado las listas de revista, que se conservan en la Inspeccion Jeneral del Ejército. De ellas hemos sacado el número de 4,467 hombres, entre oficiales i soldados; a los que se deben agregar 800 de los batallones peruanos, lo que forma un total de 5.267. hombres, que se batieron en Yungai bájo las banderas de la Restauracion.

Elespuru permaneció en el fondo del valle observando desde la distancia su prodijioso ascenso.

Ya conocemos los distinguidos antecedentes militares del comandante Valenzuela, i su sola designacion para ejecutar tan atrevida empresa, manifiesta el concepto que merecia al jeneral en jefe.

La columna que atacó el Pan de Azúcar se componia de 4 compañías de cazadores, mandadas por sus respetivos capitanes: la del Carampangue por don Guillermo Nieto; la del Santiago por don Manuel Tomás Tocornal; la del Valparaiso por don Nicolas Sanchez i la sesta compañía del batallon Cazadores del Perú. Acompañaba al Carampangue i especialmente al capitan Nieto, la *sarjento Candelaria*, que llegaria a la cima, alentando a sus compatriotas en la medida de su valor, de su caridad i de su entusiasmo.

A las 9 de la mañana la columna aguardaba al pié de Pan de Azúcar la voz de mando que debia precipitarla al asalto.

A esa hora el jeneral Búlnes le dió órden de principiar el ataque contra las 5 compañías que, bajo las órdenes de Quiroz i del coronel Guilarte, permanecian en la cima. Inmediatamente el valeroso Ugarteche derribó de un balazo la mula que montaba, diciendo *que si era vencido no queria huir i si vencedor tendria muchas mulas!*

La columna se dispersó alrededor del cerro por todos los costados que miraban al valle ocupado por el ejército chileno, i un momento despues, ejecutaba esa asombrosa ascension, que provocó la admiracion de sus mismos oponentes.

El enemigo, atrincherado en la cima, lanzaba enormes piedras *(galgas)*, que rodando por la ladera, arrastraban consigo a los asaltantes. Al mismo tiempo hacia un vivísimo fuego sobre los soldados chilenos, que trepando sus faldas casi perpendiculares, en medio de un sol abrasador, estaban obligados a arrastrarse sobre sus manos i piés, apoyándose en sus fusiles.

Las compañías avanzaban, sin embargo, sin que nada amenguase su esfuerzo i resolucion. Su ilustre jefe, el comandante Valenzuela, las animaba a continuar, exitándolas con el ejemplo de su propia osadía. Los soldados, vencidos por la fatiga i por el sol, continuaban su marcha, sin prestar atencion a la

superioridad de los contrarios, sino a las inspiraciones de su patriotismo i valentía.

En estas circunstancias, una bala tronchó la existencia del comandante Valenzuela, que rindió allí mismo al cielo su alma enérjica. Sucedióle el sarjento mayor don Andres Olivares, que la condujo a la carga con el mismo esfuerzo que su predecesor, siendo tambien muerto como él. Las compañías, obedeciendo la voz de sus respectivos oficiales, llegaron por fin a la cumbre de ese cerro, cuyos bordes destilaban la preciada sangre de tantos ilustres chilenos. Trabóse allí la lucha con nuevo ardor i mayor resolucion; cruzáronse las columnas a la bayoneta; peleóse con un encarnizamiento de que la historia presenta raros ejemplos. Las compañías chilenas, diezmadas todas, reducidas algunas a poco mas de la mitad de su número, muertos en otras casi todos sus oficiales, mandadas algunas, como la del Carampangue por su sarjento 2.°, por haber perecido todos sus superiores jerárquicos, se enredaron en lucha desesperada con los soldados de Quiroz, que se entregó a la fuga despues de una resistencia valerosa.

Entre tanto el sarjento del batallon Valparaiso, José Segundo Alegría, precipitándose a las trincheras en lo mas recio del fuego, clavó la bandera de Chile en esa posicion defendida i disputada con tanto heroismo. (1)

Los que no murieron en la cima cayeron en la ladera. Atolondrados con la derrota, los soldados bolivianos, huian en todas direcciones i se precipitaban a carrera tendida por las escabrosas faldas del cerro. Algunos rodaban por la pendiente; otros morian aplastados por las piedras que los vencedores arrojaban sobre ellos, como ellos lo hicieran hace un momento con los asaltantes, i el resto caia bajo los fuegos de los soldados que les apuntaban por la espalda. Así murió el jeneral Quiroz, pero no fusilado por la espalda, sino de frente, con la muerte digna de un soldado i de un valiente.

El cerrillo, que era hace poco el adorno del valle, transformado por un momento en el teatro de un sangriento combate cuerpo a cuerpo, pasó a ser el sepulcro de 550 bolivianos, del

(1) Se nos asegura que este hombre, que con justicia podemos llamar ilustre, vive pobre i en clase de sarjento en el puerto de Constitucion.

jeneral Quiroz i de un gran número de chilenos que compraron con sus vidas la gloria de esa jornada.

El episodio de Pan de Azúcar terminó a las 10 de la mañana, mas o ménos. A esa hora la primera posicion estaba vencida, i el enemigo intimidado con el espectáculo sangriento que se habia ofrecido a su vista.

Santa-Cruz, que observaba el combate desde la reserva de sus posiciones, se resistia a la evidencia, riéndose de los que le insinuaban el temor, de que esa altura pudiera ser tomada, Atemorizado, sin embargo, al ver la perseverancia coronada de éxito de las compañías chilenas, se apoderó de su espíritu una preocupacion sombría, que lo dominó durante toda la batalla.

Miéntras la columna de Valenzuela inmortalizaba su nombre i su heroismo, salió de las posiciones bolivianas, en protecion de Quiroz, el batallon núm. 4 dividido en dos trozos, mandados por Belzu i Deheza.

El jeneral Búlnes, que permanecia entre tanto en la llanura, asistiendo como simple espectador al desenlace del combate del cerro, envió contra el batallon núm. 4, que acababa de pasar el Ancach, al batallon Colchagua a las órdenes de Urriola. Este ocultó su tropa detras de unos matorrales espesos que cubrian la llanura, i cuando el enemigo estaba a corta distancia hizo una descarga cerrada, que despedazó sus filas.

Sea dicho en honor de ese cuerpo, que a pesar de que ese disparo repentino destrozó sus valerosos cuadros, se detuvo inmóvil i arrogante en el mismo sitio donde acababa de dejar una tercera parte de su tropa. Un momento despues se precipitó sobre el Colchagua, a la bayoneta, i lo hizo vacilar, lo que determinó la partida de 5 compañías del Portales, que marcharon en su defensa. El capitan don José Miguel Araneda, que mandaba la 1.ª compañía, fué tambien el primero que venciendo todos los obstáculos, arremetió contra el núm. 4. El ataque simultáneo de los dos cuerpos puso en fuga al batallon boliviano, que lanzándose al barranco del Ancach, revuelto con sus perseguidores, condujo puede decirse, los batallones chilenos, a sus posiciones de Yungai.

El Carampangue fué el primero que se precipitó al foso que sirve de lecho al torrente i que trepó su borde opuesto con su-

ma dificultad. Siguiéronle sucesivamente el batallon Colchagua, el Portales, el Aconcagua, el Valdivia, Cazadores del Perú que tenia 380 plazas, i medio batallon Huaylas. Desde ese momento se empeñó la batalla jeneral con gran enerjía por ámbas partes.

Los batallones chilenos enfrentaron las posiciones enemigas i desplegaron sus columnas apoyando su derecha en el rio Santa, i su espalda en el Ancach. La reserva compuesta de los batallones Santiago, Valparaiso, de la otra mitad del Huaylas i de la caballeria, permaneció en el opuesto lado del barranco aguardando el momento de entrar en accion.

Puestas así frente a frente las dos líneas, comenzaron a cruzarse los fuegos de artillería i de fusilería con una actividad aterradora.

Nuestros batallones soportaban a pié firme la lluvia de balas que partia de los parapetos i a pesar de su situacion desventajosa, no cedian un palmo de terreno, de ese campo que comenzaba a cubrirse de cadáveres.

El campo de batalla se habia convertido en teatro del mayor encarnizamiento i del mas ciego furor. Las filas de los dos ejércitos estaban diezmadas: ilustres víctimas habian caido en los dos campos, i los soldados chilenos, que arrostraban el peligro a pecho descubierto, llevaban la peor parte en ese torneo sangriento.

Contribuyó en gran manera a mantener la unidad de sus filas, la mala direccion de la artillería boliviana, cuyas balas pasaban por alto del ejército sin ofenderlo. Del mismo modo puede asegurarse que el éxito de la batalla de Yungai, se debió en gran parte a la precision de disparos del comandante Maturana, uno de los mas valientes soldados del ejército de Chile, que cuenta tantos nombres ilustres en sus anales. Maturana dirijía por sí mismo las piezas de cañon situadas en medio del valle e introducia la turbacion i el desórden en las filas contrarias.

Durante gran parte de la batalla no se hizo alteracion notable en las filas. Los movimientos se reducian al paso de un cuerpo a la primera línea, o al retroceso de otro a la segunda. El jeneral Cruz dirijía ordinariamente esas operaciones peligrosas, conduciendo los batallones a la situacion que les asig-

naba el jeneral Búlnes, con la altiva i fria serenidad, que era el distintivo de su valor.

El jeneral Cruz, fué el auxiliar mas poderoso que tuvo Búlnes en la batalla de Yungai. El valiente jefe permaneció en lo mas récio del combate, haciendo guardar el órden de las filas, indicando los puntos débiles del enemigo, retirando a veces personalmente un cuerpo demasiado comprometido para reemplazarlo por otro, en una palabra, atendiendo con su prolijidad, con su intelijencia i con su valor, a las necesidades de la lucha.

El jeneral Búlnes, a su vez, recorria la línea como Cruz alentando el ardor de sus soldados, recorriendo los puntos débiles, forzando, se puede decir, la valerosa resistencia de ese ejército, que se batia sin desmayar a costa del cansancio i del enemigo.

Gamarra no asistió al campo de batalla sino en los primeros momentos. Montaba un hermoso caballo colorado i vestia una capa de terciopelo rojo, bordada de oro que habia pertenecido a los Virreyes del Perú. Si hubiese permanecido en el combate, su traje resaltante habria sido el blanco de los contrarios, i muerto él, el ejército chileno se habria encontrado al dia siguiente de su triunfo sin autoridad nacional que centralizase el poder público.

Búlnes pidió a Gamarra que se retirase de la batalla, i aun llegó a manifestarle que no permitiria que se quedase allí, porque si perecia en el combate, el Perú interpretaria su muerte como un hecho intencional para colocarse en su lugar, i en ese caso Yungai léjos de ser el último dia de la guerra, seria el primero de otra mas larga i desastrosa.

Gamarra cedió a estas consideraciones i se retiró al otro lado del Ancach, donde permaneció en la reserva al lado del comandante Sessé, que se complacia en recordar, 30 años mas tarde, la tranquilidad i la fé en la victoria que no le abandonó un solo momento.

El resto de los oficiales peruanos se batia en dispercion al frente de los diversos cuerpos, sobresaliendo entre los mas valiente los coroneles Deustua i Frisancho. Estos jefes que mandaban los dos cuerpos peruanos que tomaron parte en el combate, eran los únicos que tenian mando efectivo.

Las divisiones formadas en San Miguel se habian despedazado, desde que la columna de Cazadores marchó al asalto de

Pan de Azúcar, i principalmente desde que los cuerpos se dispersaron, dirijidos por sus coroneles, para arrojarse al torrente, despues de la fuga de las fuerzas bolivianas que venian en ausilio de Quiroz. En el campo de Yungai no hubo para nuestros soldados mas voz de órden que la que recibian de Búlnes por intermedio de Cruz, ni mas jefes que los respectivos comandantes de sus batallones. Esto no impidió que los oficiales peruanos, se batiesen de un modo distinguido, pero como agregados i no como jefes.

A las 2 i media de la tarde, mas o ménos, el batallon Portales, avanzado de la línea, que soportaba desde hacia cinco horas, como los demas cuerpos, el fuego incesante del enemigo bajo un sol abrazador, empezó a ceder. Diezmadas sus filas, abrumado por el fuego i el cansancio, el arrogante cuerpo habia empezado a batirse en retirada, cuando el batallon núm. 3 de Bolivia, mandado por el jeneral Bermudez, saltando de las trincheras a la pampa, arremetió contra el a la bayoneta. Los dos batallones revueltos en horrible confusion, cruzaban sus armas i se retiraban unos pocos pasos para volver a embestirse, hasta que el Portales se puso en retirada abrumado por el ataque simultáneo del núm. 3, i por los fuegos de las trincheras.

El desaliento del Portales produjo una confusion contajiosa en los demas cuerpos, que estaban tan fatigados como el, i todos juntos comenzaron a batirse en retirada.

En esas circunstancias fué cortado por un grupo de enemigos el arrogante oficial don Matias Aguirre, que estaba siempre de los mas avanzados en el peligro. Acosado por los contrarios que le exijian que se rindiera, Aguirre, dando grandes voces de *¡Nó me rindo canallas!*, se defendia contra ocho hombres mas o ménos, que querian ultimarlo.

Durante la lucha quebró su espada, i siguió defendiendose con el mango; pero un momento despues, i habiendo ya trascurrido cerca de 5 minutos, fué aprehendido i salvado, por el ayudante don Juan Francisco Herrera, sobrino del jeneral del mismo nombre.

En esos momentos la caballería boliviana, que habia permanecido en la reserva, movió sus cuadros compactos sobre el campo de batalla con intencion de cortar al ejercito chileno, al

mismo tiempo que los batallones contrarios bajaban a la llanura a atacarlo de frente. Fué ese el momento mas critico del combate, el eje del drama que costaba torrentes de sangre. De su solucion dependia el éxito de la lucha i de la campaña.

En esas circunstancias, el jeneral Búlnes dió órden de atravesar el barranco al batallon Valparaiso, a cuya presencia el Portales recobró nuevo aliento, prorrumpiendo en esclamaciones de *¡viva Chile, vivan los primos!* que asi llamaban a los soldados del Valparaiso por haberse formado ambos cuerpos de los cuadros disueltos del rejimiento Maipo.

Casi al mismo tiempo pasaban el Ancach, el batallon Santiago, i el medio batallon Huaylas, que apoyaron los esfuerzos del Carampangue.

El Valparaiso se interpuso entre las fuerzas chilenas que se replegaban al Ancach i las tropas bolivianas que movian sus cuadros ufanos sobre el campo de Yungai. Su intrepidez, para resistir al ataque combinado de las fuerzas enemigas, restableció en nuestro favor las condiciones de la lucha. Las tropas bolivianas detuvieron su marcha i los contrarios, repuestos de su pasajero desaliento, volvieron con nuevos brios al combate.

Un momento despues le seguia en su paso peligroso la caballería, que habia permanecido todo el dia en acecho del otro lado del torrente, a guisa del leon que observa desde su posicion elejida la marcha i los movimientos de su víctima. Mandábala el coronel don Fernando Baquedano, que aguardaba impaciente desde hacia seis horas esa voz de carga, que no se dejaria repetir dos veces.

Búlnes, que habia conducido al batallon Valparaiso a su glorioso puesto de peligro, repasó nuevamente el Ancach i fué entónces, cuando poniéndose a la cabeza de la caballería, se precipitó de salto al profundo cauce que la separaba del enemigo. Los soldados lo siguieron de uno en uno, i apénas se habia reunido en la opuesta ribera el primer escuadron de Cazadores, cuando el coronel Baquedano, llevado de su temeridad, se lanzó con él a la carga contra todas las fuerzas enemigas.

Refiérese que el jeneral Cruz, que dirijia en su calidad de jefe

del estado mayor los movimientos de los cuerpos, quiso evitar ese ataque tan infructuoso como heróico, pero que contestándole Baquedano que cargaba de órden del jeneral en jefe, el frio i valiente soldado se cubrió la vista con las manos para no presenciar la horrible matanza de ese puñado de valientes.

El choque fué espantoso. Los Lanceros de Bolivia i la Escolta de Santa-Cruz destrozaron al escuadron chileno, que se puso en retirada.

Rehecho en las orillas del Ancach, donde se encontraban reunidos, los dos escuadrones de Cazadores, el de Lanceros, el de Carabineros de la Frontera i el de Granaderos, Baquedano marchó con todos ellos a la carga.

En esos momentos el teniente de Carabineros don Rosauro Gatica, cuyo nombre no es la primera vez que mencionamos con honor en estas pájinas, precipitándose al medio del peligro, levantó en el aire en la punta de su lanza a un oficial superior del enemigo, lo que alentó a sus soldados que respondieron con un enérjico *viva!* a ese acto de heroismo. Entretanto Baquedano, que habia sido herido en la primera carga pero que no desmayaba, buscaba al coronel Lara comandante del rejimiento de Lanceros de Bolivia, provocándolo en alta voz a combate singular.

Ya que recordamos estos actos de supremo heroismo no debemos silenciar los nombres de los capitanes de Lanceros don José Antonio Palacios i don Cipriano Palma, que arremetieron contra el enemigo con un entusiasmo que causó la admiracion del jeneral Cruz, que secundaba valerosamente estos movimientos temerarios.

Baquedano, puesto al frente de toda la caballería, cargó por segunda vez contra el enemigo que lo aguardaba formado en línea, con una arrogancia digna de mejor suerte, i su ataque fué tan récio que la caballería boliviana, fué a apoyarse en desórden en su infantería que permanecia a corta distancia. Un tercer ataque mas obstinado que todos los anteriores puso fin a esa escena de tenacidad i de heroismo, que se representaba desde hacia seis horas.

Baquedano, abriéndose un claro de cadáveres al traves de las filas de la infantería, fué a detenerse en la reserva que estaba

situada a retaguardia. Los caballos fogosos i enardecidos derribaban cuanto encontraban a su paso i desorganizaban las filas. Los enemigos, atacados por todas partes, no pensaron en resistir, sino que evitando como podian los golpes mortíferos que recibieran por do quier, corrieron a refujiarse a sus trincheras.

Allí intentaron prolongar la defensa, pero los batallones chilenos saltando los atrincheramientos sin disparar un tiro, los arrojaron a la bayoneta de esas murallas, que les habian servido de abrigo durante todo el dia.

El jeneral Santa-Cruz huyó del campo de batalla, entregando a su propia suerte los restos desorganizados de su valiente ejército.

En ese momento de suprema angustia solo tuvo tiempo para decir al jeneral Herrera, que volase a Chile a terminar la guerra por un tratado. No le fué dado, empero, satisfacer ese postrer deseo, porque los acontecimientos se encargaron de terminar con estrépito la obra comenzada en Ancach. Sus tropas sin unidad, sin plan i sin cabeza tomaron un momento despues el camino de Yungai, cuyos habitantes presenciaron la fuga i aprehension de ese ejército, que se mostraba hacia poco tan ufano i confiado.

Viendo el jeneral Gamarra que el ejército enemigo se retiraba en confusion, lanzó al aire su sombrero de dos puntas, gritando, en medio de su escolta, *Viva el gran mariscal de Ancach!* título con que fué conocido, desde ese dia, el jeneral Búlnes en el escalafon del Perú.

Apénas terminaba la batalla, cuando el jeneral en jefe redactaba de carrera la primera noticia de su triunfo que envió a Chile con el coronel Urriola i una proclama a su ejército, en que no se encontrará como de costumbre una sola injuria a su enemigo vencido.

Hé aquí esas comunicaciones escritas entre el humo de la pólvora i el confuso i desordenado ruido de los últimos disparos. (1)

---

(1) Junto con el parte oficial, Búlnes i Gamarra enviaron a Prieto las cartas que publicamos a continuacion, escritas en el estilo desaliñado, propio de la emocion i de la victoria:

SEÑOR MINISTRO DE ESTADO I DEL DESPACHO DE LA GUERRA DE LA REPÚBLICA DE CHILE.

¡VIVA CHILE!

Campo sobre Yungai, 20 de enero de 1839.

Sobre el campo de batalla en que he vencido completamente al enemigo en fuerza de seis mil hombres mandado por el mismo Santa-Cruz, solo tengo tiempo para decir a V. S. que la Confederacion ha quedado disuelta de hecho en cinco horas de un combate reñidísimo i sangriento i que los valientes que tengo el honor de mandar, i cuyo heroismo no tiene ejemplo,

---

SEÑOR DON JOAQUIN PRIETO.

Campo de batalla, enero 20.

Amado primo:

Son las 4 de la tarde de este dia, a cuya hora soi vencedor sobre el ejército de Santa-Cruz, de tal modo que le puedo asegurar a Ud. que la campaña es terminada: como que luego, luego le noticiaré a Ud. de sus pormenores. Urriola adelantará este conocimiento. Prepárese Ud. para dispensar premios a un ejército que por su valor sin igual i moralidad es sin ejemplo. Siempre, siempre de Ud.—*Manuel Búlnes.*

EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DON JOAQUIN PRIETO.

Yungai, enero 20 *de* 1839.

Mi respetable amigo:

Al fin hemos triunfado completamente sobre el ejército de Santa-Cruz, compuesto de 6,000 hombres. El heróico ejército chileno, nuestro jeneroso auxiliar, se ha llenado de gloria. Cinco horas de combate encarnizado, venciendo posiciones inaccesibles, han probado que el soldado chileno es el mas valiente del mundo. Felicito, pues, a Ud. i felicito a la Nacion Chilena por tan feliz suceso, i doi a Ud. las gracias por sus esfuerzos distinguidos para esta lucha a nombre de la Nacion Peruana, que ya es independiente. Del mismo campo de batalla saluda a Ud. su mas fiel amigo.—*Agustin Gamarra.*

Estas cartas se publicaron en el *Araucano* núm. 443.

han arrancado al enemigo, de posiciones casi inaccesibles, su artillería, parque i todo.

A esta hora, que son las cuatro de la tarde, se continúa la persecucion de los poquísimos que al rededor de sus jenerales huyen en varias direcciones.

El coronel Urriola, cuyo jefe recomiendo a la consideracion del Gobierno, instruirá a V. S. de los pormenores de esta gloriosa jornada, interin tengo tiempo de dar a V. S. el parte circunstanciado.—*Manuel Búlnes.*»

Hé aquí su proclama.

Soldados del Ejército Unido.—Cuando me dirijí a vosotros la última vez, desde este mismo sitio, os anuncié una victoria próxima i decisiva, i ántes de quince dias habeis conseguido la mas espléndida i gloriosa que ha visto la América. Habeis luchado contra posiciones inespugnables, vencido las elevaciones mas escarpadas, i pisado sobre las nubes para tomarlas. Habeis hecho mas que vuestro deber i aun sobrepasado mis esperanzas. El golpe mortal a la Confederacion está dado: el estandarte protectoral, las banderas de su guardia, i cien trofeos mas, están hoi en nuestro poder i el Perú, respira hoi dia, i la América toda, libre de inquietudes i zozobras, os saluda como a los campeones i el antemural de su independencia.

Soldados.—No os tengo que recomendar la moderacion despues de la victoria; bastantes pruebas de ellas i de vuestra jenerosidad habeis dado en el campo de batalla. Os recomiendo, sí, el órden i la disciplina, ahora mas que nunca necesarias.—*Manuel Búlnes.* (1)

---

(1) Hemos vacilado de ocuparnos de las ridículas afirmaciones del canónigo de Arequipa, don Juan Gualberto Valdivia, sobre la batalla de Yungai, i lo haremos lijeramente como lo exije su autor i la materia.

En 1863. Valdivia publicó en un diario de Lima, un comunicado anónimo dirijido al jeneral Búlnes, invocando su lealtad para que le respondiera sino era cierto que en la batalla de Yungai habia pensado huir; que habiendo encontrado al jeneral Castilla le dijo *nos han sobado*, i que éste, tomando desde ese momento la direccion de la batalla, obtuvo el triunfo. Como se ve, la pregunta no podia ser mas injuriosa, ni mas propia del que recurrió al anónimo para empañar la justa gloria del vencedor de Yungai *miéntras vivió*, i que solo *despues de su muerte* se ha atrevido a tomar en público la responsabilidad de esas aserciones.

El comunicado no llegó, segun entendemos, a noticia del jeneral Búlnes, sino por la respuesta que le dió en el *Ferrocarril*, el antiguo subteniente del Valparaiso don Ignacio Luco, que respondió a esas afirmacio-

La batalla fué igualmente sangrienta para los dos ejércitos. «El enemigo ha perdido en la gloriosa jornada de Ancach, decia oficialmente Búlnes, 2 jenerales i mas de 1,400 soldados muertos, entre los cuales se cuenta considerable número de oficiales; tres jenerales, 9 coroneles, 155 oficiales de todas graduaciones i 1,600 soldados prisioneros, sin contar con las partidas de dispersos que diariamente se presentan: 7 banderas; toda su artillería i parque; 2,500 fusiles, cajas de cuerpo, botiquines, i todo el material de su ejército, pudiendo asegu-

---

nes, pidiendo para su autor anónimo, un lugar en el Manicomio de Lima.

¿Es posible que, de buena fé, esperase Valdivia obtener una respuesta del jeneral Búlnes, al dicho anónimo, i a lo ménos injurioso, que se le dirijia sin responsabilidad, desde un diario del Perú? Sin embargo, el canonigo arequipeño, llega hasta dar por sentados los hechos de su carta, porque no han sido contradichos por Búlnes! «A está nota, dice, no contestó el señor jeneral Búlnes, ni alguna otra persona, quedando, por consiguiente, en su verdadero lugar los acontecimientos de la batalla de Ancach.»

El canónigo Valdivia ha tomado al pié de la letra aquello de *que quien calla otorga*, i no se ha acordado de lo que, con mas exactitud, dice Breton de los Herreros: *Quien calla no dice nada!*

El hecho a que se refiere la carta es el siguiente: «A la una del dia, dice Valdivia, el ejército de la Confederacion habia obtenido grandes ventajas en el centro, hasta el punto de haber hecho retroceder por un momento sobre nuestra izquierda al *rejimiento Cazadores de los Andes*, que habia marchado al trote para apoyar al *rejimiento* Portales i al batallon Huaylas, que no habian sido rechazados en lo mas recio del ataque, lo que dió lugar a que US. (Búlnes) mandase suspender las operaciones i ponerse en retirada sobre San Miguel, legua i media a retaguardia del campo de batalla —En tales momentos, el jeneral Castilla encontró en retirada, de órden de US., a los coroneles Sessé del batallon Santiago i Vivero, agregado al Huaylas i les previno volviesen a la pelea: volvieron sobre la línea a continuar el ataque. Poco tiempo despues *Castilla se encontró con US. en el mismo sendero en que habia encontrado en retirada a los coroneles Sessé i Vivero.*—US. iba de vanguardia en retirada; i despues de una interjeccion militar le dijo US. a Castilla, que marchaba hácia la línea: «Nos han derrotado, vamos a San Miguel a continuar el ataque.» Castilla contestó: «No estamos en ese caso, ni hemos venido a correr; el desfiladero es fuerte i la pampa mui ancha para poder llegar sin ser derrotados hasta San Miguel. No nos queda otro arbitrio que formar un charco de sangre para que se ahogue en él con nosotros el ejército de Confederacion.»

Incontinenti (agrega) Castilla movió sobre la derecha los batallones referidos i el escuadron Lanceros de Chile i le preguntó a Gamarra si podia sostenerse con el Santiago, Huaylas i Lanceros un cuarto de hora mas i como Gamarra contestara que se sostendria una hora, Castilla dió órdenes al comandante jeneral de *la* 1.ª *division* Eléspuru, i al *comandante de la reserva*, coronel Frisancho, «que la formaba el escuadron Carabineros i su batallon.»—Castilla entonces con el Santiago i el Escuadron Lanceros rehizo el combate i obtuvo el triunfo.

Tal es la relacion de Valdivia en su parte sustancial.

rarse que solo Santa-Cruz ha escapado con algunos jefes bien montados i ciento i tantos hombres de caballería que fugaron en diferentes direcciones, la mayor parte desarmados i heridos.»

El ejército chileno, a su vez, tuvo una pérdida aproximativa de 1,300 muertos mas o ménos, entre ellos el jeneral Eléspuru, el comandante Valenzuela i el sarjento mayor Olivares.

Desde luego llama la atencion en ella la aparicion de cuerpos, que por cierto no fueron conocidos de nuestros soldados, como el *rejimiento Cazadores de los Andes*, de nueva i flamante invencion, *como el 5 de Bolivia*, que nombra en otro lugar i que tampoco existió. Choca en seguida su desconocimiento completo del plan de la batalla i de la distribucion de los cuerpos.

El momento crítico a que se refiere es aquel en que el batallon Portales se ponia en retirada, perseguido a la bayoneta por el núm. 3 de Bolivia, i en que su movimiento producia un desaliento comunicativo en las filas.—La llegada del Valparaiso restableció la lucha i luego la terminaron las cargas de la caballería de Baquedano.

El pensamiento de retirarse a San Miguel que Valdivia atribuye a Búlnes es una suposicion antojadiza. El ejército chileno tenia tras de sí un barranco de 15 metros, con bastante agua en el fondo, lo que hacia *de todo punto imposible* una retirada en buen órden. El enemigo habria bajado de sus trincheras a la pampa i convertido esa retirada en una espantosa dispersion.

Valdivia dice que alcanzaron a ponerse en marcha a San Miguel el Santiago i el Huaylas. Para desbaratar esta asercion bastará recordar que esos cuerpos estaban en la reserva, del lado de Punyan, i fuera del alcance del enemigo, que por consiguiente, en caso de pensar en retirarse, no se habria movido a la reserva, que ningun peligro corria, sino que se la habria dejado en su lugar para protejer la retirada de los soldados que consiguiesen atravesar el Ancach. Esto es elemental: no se discute. Ántes de pensar en lo que está seguro, debió pensarse en lo que estaba en peligro, i tanto mas cuanto que dejando a la reserva en su lugar, era la *única* manera de protejer de algun modo el paso de los demas cuerpos.

Si Castilla, en lo mas recio del fuego, encontró a Búlnes en el camino de Caras, él de dónde venia? Qué hacia en el trayecto de Ancach a San Miguel, cuando el ejército Restaurador moria valientemente en Yungai por defender su causa?

Las afirmaciones de su panejirista, léjos de ser un motivo de gloria para Castilla lo son de deshonor. Si fuese cierto lo que afirma Valdivia, Castilla habria estado escondido la mayor parte de la batalla. A esta consecuencia falsa e injusta, conduce el deseo de adulterar los hechos.

Por fin, lo que no deja lugar a duda sobre el valor de sus afirmaciones, es que el batallon Santiago, que segun supone, sostuvo todo el peso de la batalla, no entró al fuego sino cuando ya estaba terminada, como lo prueba el hecho de no haber tenido un solo muerto.

Por lo que hace a la arrogancia de Castilla para con Búlnes, confesamos que no podemos tomarla a lo serio.

Castilla, dando valor a Búlnes, comunicándole enerjía, reconviniéndolo en medio de un combate, son delirios de un espíritu preocupado i enfermizo que, volvemos a decir, no podemos tomar a lo serio.

El jeneral Quiroz del ejército de la Confederacion se contó en el número de los muertos: Bermudes i Guarda quedaron prisioneros: Moran huyó herido hácia Lima. Nada escapó a esa victoria decisiva: ni la correspondencia secreta de Santa-Cruz, que fué encontrada en su cartera, ni la bandera recamada de oro de la Confederacion, ni la tienda de campaña del Protector que sirvió esa misma noche a su feliz vencedor. Ese triunfo inmenso, insólito, que desquiciaba de un solo golpe el edificio de la Confederacion colmaba la gloria de Búlnes i sus deseos. No le restaba sino completarlo con la aprehension de los fujitvos i con la actividad de su persecucion.

La batalla si bien decisiva en sí misma, lo fué mas aun por la actividad que desplegó el ejército chileno en la aprehension de los dispersos. Huian éstos en partidas errantes i desorganizadas, sin jefes, obedeciendo solo a las inspiraciones de su propio miedo. Los jenerales i oficiales huian como los soldados, imitando el ejemplo que les diera el jeneral Santa-Cruz en la misma tarde de la batalla.

Esta segunda parte del combate, o llámese la persecucion, es tan indispensable en la guerra, como el valor, como la intelijencia i como cualquiera de las cualidades que contribuyen a asegurar su buen éxito.

Sucede, de ordinario, que las grandes batallas, que entrañan en sí grandes resultados, se hacen estériles por la inactividad del vencedor despues del triunfo. Nuestra guerra de independencia puede suministrarnos muchos ejemplos a este respecto. El heroismo desplegado en Chacabuco se hizo infructuoso por la neglijencia del vencedor en perseguir a los vencidos, i esa jornada célebre, que pudo poner término a la contienda, trajo envuelta en sus arcanos de gloria i desventura las derrotas sangrientas de Talcahuano i de Cancha Rayada. En una palabra, la sangre de estas batallas i la de Maipo mismo hubiera podido ahorrarse, si despues de Chacabuco se hubiese perseguido con actividad al enemigo. La conducta de los vencedores de Maipo, fué en gran parte, la causa que dió vida i fuerza a la guerra desorganizada que se prolongó durante algunos años en el sur. La neglijencia de Balcarce; su desconocimiento del territorio i de los hombres, dió pábulo i vida al período luctuoso en que Vicente Benavides paseó por una par-

te del territorio chileno, sus hordas ansiosas de sangre i de botin.

Búlnes, que comprendia toda la fuerza de estas razones, envió en la tarde del 21 de enero al jeneral Cruz a Carhuáz con tres batallones (Portales, Cazadores i Huaylas) i un escuadron, miéntras el resto de la caballería se ocupaba en la aprehension de los dispersos.

Una parte de los fujitivos recorria los campos sembrado en ellos el terror, arrojando sus armas, ocultándose a la mirada de los pueblos; pero dos grupos de soldados tan atemorizados como el resto, sino tan desvandados, huian hacia el sur, componiendo entre si un total de 900 hombres, divididos en dos columnas mandadas alternativamente por el coronel Sagarnaga, i por los jenerales Pardo de Zela, Otero i Herrera. Estas fuerzas marchaban hácia Lima, donde creian encontrar los recursos i simpatias que el norte les negaba, con intencion de reunirse a las tropas bisoñas que componían el ejército del sur que estaba a las órdenes del mariscal Cerdeña. Se recordará tambien que el jeneral Santa-Cruz envió hácia la costa algunos dias ántes de la batalla de Yungai a su edecan el coronel Carrasco llevando, entre otros objetos, el de apoderarse de los recursos de la provincia de Huaylas, lo que añadido a la guarnicion de Lima i del Callao ascendente a 1,000 hombres mas o ménos, que mandaba el jeneral Vijil, constituian el cuadro de fuerza con que podía aun ilusionarse aquel poder espirante.

La atencion del jeneral chileno se dirijia, de preferencia, a las fuerzas fujitivas que habian escapado del desastre, pues, la guarnicion de Lima tenia frente de sí la columna de Coloma que estaba en Huacho i la fuerte division del jeneral Lafuente, a quien se suponía reunido a Coloma.

El pensamiento del enemigo era precipitar su marcha al sur, apoyarse en el ejército del centro, i despertar en su favor el bélico entusiasmo de los pueblos del sur de Bolivia.

Pero la Confederacion habia caido para siempre! El golpe de Yungai traia vacilantes, sino doblegados, los ánimos mas altivos. Una reaccion jeneral de descontento se habia producido en los dos países confederados, i sus habitantes, inclinados al triunfo i a la fuerza, respetaban el hecho consumado i lo aplaudian.

Las tropas repartidas en los alrededores de Yungai, aprehendieron un gran número de fujitivos, que huian poseidos del pánico, creyendo que caer prisioneros i morir en el cadalso seria todo uno.

La presencia del jeneral Búlnes en el campo de batalla, que vijilaba personalmente la reunion de los heridos de cualquier campo que fuesen; el interes afectuoso con que los invitaba a sobrellevar sus males; su respeto hácia los muertos, en quienes no veia a amigos ni enemigos sino a víctimas de su conviccion, de sus errores o de su heroismo, contribuyó a tranquilizar las pasiones exaltadas de los vencidos.

Los heridos fueron transportados a la iglesia de Yungai, miéntras el jeneral Búlnes se encargaba de enterrar con toda la decencia posible, a los que habian terminado su jornada.

Satisfecho este sagrado deber, el jeneral en jefe necesitaba asegurar las consecuencias de su triunfo completando, por una marcha rápida hácia el sur, el resultado de sus sacrificios i de tanta sangre vertida. Sus esfuerzos en este sentido fueron la coronacion apropiada de la obra jigantesca que llevaba ya tantos meses de duracion.

Acompañemos, entretanto, al vencedor en las primeras emociones de su triunfo. Su espíritu enérjico, se sintió dominado por la magnitud de su obra. Léjos de buscar en sí mismo la esplicacion de este gran resultado, prefería atribuirlo a causas estrañas a sus esfuerzos personales i a su voluntad. Ajeno a las sujestiones de la vanidad, sin dejarse tocar por las adulaciones interesadas que son el cortejo del triunfo, no pensaba sino en abandonar la escena pública i retirarse a su hogar.

«Esta, (dice a su hermano, refiriéndose a la reparacion que recibia Chile con el triunfo de Yungai,)esta será la única ventaja que consigamos i yo me volveré sin otra alguna, sumamente contento i satisfecho de lo obrado, a retirarme a mi campo.»

«Te aseguro, le decia poco tiempo despues, que la campaña i el conocimiento que con haber salido fuera del pais he logrado de lo que es el mundo no me hacen desear otra cosa que una vida retirada.»

Sin embargo, su falta de vanidad no le permitia desconocer la importancia del triunfo ni medir sus consecuencias.

Hé aquí lo que escribia sobre él al jeneral O'Higgins.

«*Huaraz 27 de enero de 1839.*

«Respetado jeneral i amigo:

«Nuestros comunes esfuerzos por la paz han sido desgraciadamente infructuosos, como Ud. sabe, i la obstinacion del jeneral Santa-Cruz le ha conducido a su ruina. Créame Ud. jeneral, que en el mismo campo de batalla hubiera accedido de nuevo a una paz honrosa para evitar el derramamiento de sangre americana, a no haberse cerrado la puerta a toda negociacion despues del ningun suceso de las jenerosas i liberales propuestas hechas en Huacho por el Plenipotenciario chileno. ¿Qué hacer pues en tal caso, sino empeñarse en atraer al enemigo a una batalla decisiva, que terminase con un solo golpe tantas desgracias?

Este grande objeto (me es sumamente satisfactorio decir a Ud.) lo he conseguido, de un modo que ha sobrepasado mis esperanzas, en la memorable jornada de 20 del corriente, de que supongo a Ud. instruido, a la fecha, por varios conductos; mas por mucho que hayan ponderado a Ud. lo grande i glorioso de esta batalla i lo decisivo de sus resultados, es imposible que nadie llegue a hacerse cargo de la realidad, sin haber examinado con ojo ejercitado las inaccesibles posiciones que hemos vencido, i sin presenciar el arrojo i entusiasmo indescriptible de nuestros soldados. La batalla duró como cinco horas i media i todas las armas i todos los individuos se distinguieron a porfía, dejando todo el numeroso ejército enemigo muerto, herido o prisionero, sin poder escapar mas que el jeneral Santa-Cruz i unos trescientos hombres de caballería, que iban heridos muchos de ellos, i que continuaban dispersándose en su tránsito. Ello es que tenemos en nuestro poder como doscientos oficiales prisioneros, incluso los jenerales Guarda i Bermudes, i un número considerable de jefes; que murió en la accion el jeneral Quiróz; que salió herido Bermudes. Estandartes, banderas, parque, tren, bagaje, caja militar, etc., han caido igualmente en nuestro poder. En fin, mi jeneral, nada ha que-

dado de la Confederacion en todo el norte i a nadie puede ocultarse que, despues de tan completa derrota, seguirán la misma suerte el sur i aun Bolivia sin ningun esfuerzo de nuestra parte.

Sin embargo, he mandado marchar hace dias una parte del ejército hácia Jauja i yo mismo sigo con el resto, a fin de quitar de una vez hasta la mas remota esperanza a los enemigos de nuestra causa. Entretanto, el jeneral Lafuente se encamina por la costa con una fuerte division, i todo me hace creer, no pasará mas de un mes, sin que tenga el gran gozo de abrazar a Ud., mi respetado jeneral, en el seno de la mas perfecta paz, que es todo el fin de mis deseos i la única aspiracion del Gobierno de nuestro país.—*Manuel Búlnes.*»

La respuesta del glorioso veterano no se dejó esperar.

«SEÑOR JENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO UNIDO RESTAURADOR, DON MANUEL BÚLNES.

Lima, 26 de febrero de 1839.

Señor, mi querido jeneral i respetable amigo:

Sabiendo que Ud. conoce demasiado mi ansiedad por la paz i mi inalterable opinion de que el soldado valiente es siempre humano, i por consiguiente opuesto a las calamidades de la guerra, no es necesario, mi apreciado jeneral, esplicarle el placer con que he leido su estimable carta de 27 del pasado, que acabo de recibir i especialmente el pasaje en que me dice «créame Ud. que en el mismo campo de batalla hubiera accedido de nuevo a una paz honrosa para evitar el derramamiento de sangre americana.»—Estos sentimientos eminentemente nobles i jenerosos, mi querido amigo, ha gravado en su corazon el Supremo Regulador de las Victorias, que con tanta benevolencia le concedió el triunfo; yo venero sus altos designios i creo hacer a Ud. tanto honor como el espléndido vencimiento, cuya importancia i magnitud, esté Ud. cierto, sé apreciar como merecen.

No me es desconocido el valor heróico que Ud. i su in-

vencible ejército, ostentaron en ese dia memorable, pues que he oido relaciones en lenguaje mas fuerte, que el que la modestia de Ud. le ha permitido hacer uso; las he oido con la mas alta satisfaccion de algunos de los que por seis horas fueron sus oponentes i fueron inmediatos espectadores de las proezas de Ud., i quienes no se retiraron del campo de batalla hasta que toda esperanza de resistencia era en vano. Indudablemente, ellos han manifestado en su penoso relato la verdad con franqueza i sinceridad, haciendo la mas ámplia justicia a Ud., a nuestro amigo i compañero el jeneral don José María de la Cruz i a su invencible ejército restaurador. No queda mas que oir, que saber, ni desear, sino es la paz jeneral i de que se evite, como tengo fundamentos inequívocos, no haya mas efusion de la preciosa sangre de los vencedores de Ancach.

Bajo estos sentimientos fué que escribí a Ud. la adjunta carta, que por falta de conducto seguro ha sido detenida sobre mi mesa por cerca de un mes. A los contenidos de esa carta añadiré, que no ha ocurrido cosa alguna notable que pueda alterar mi opinion respecto a la practicabilidad de terminar con el Alto Perú una guerra ruinosa, principalmente cuando segun todas las probabilidades el jeneral Santa-Cruz debe separarse de un teatro que le ha sido tan funesto. Una paz honrosa promoverá a un grado superior el bienestar i felicidad, no solamente de Chile i el Perú sino tambien de toda la América del Sur; porque sin ella, seria riesgoso envolverse en un estado de convulsion, revolucion i anarquía que suele seguir a los grandes triunfos. La sola idea me llena de horror, al mismo tiempo que la esperiencia no me permite cerrar los ojos al peligro evidente con que la causa del órden i de gobiernos estables es por todas partes amenazada. Conozco la situacion del Perú, lo político, lo civil i lo militar, i sus aspiraciociones i me atormenta la imajinacion la anarquía, ese monstruo de tantas cabezas, siempre pronto a devorar todo lo que puede i alcanza a empuñar. ¡Que Dios nos preserve de su poderosa destruccion, son diariamente mis humildes ruegos al Señor i los votos sinceros del que le desea, mi querido jeneral, salud, prosperidad i es su amigo verdadero—*Bernardo O'Higgins.*

Donde se revela mejor la importancia que atribuia a su

triunfo, es en su correspondencia con su hermano. Su palabra dominada i retenida por las necesidades de su puesto espectable, recobraba su espansion natural, un segundo hogar, por decirlo así, en sus cartas familiares, que iluminan los rincones mas ocultos de su alma. «Es verdad que esta última, decia a su hermano, (refiriéndose a la batalla de Yungai,) merece eclipsar no solo las demas de esta campaña i cuantas se han dado en el Perú, sino tambien en toda la América meridional.

«Tres posiciones formidables i escarpadísimas, tomadas sucesivamente al enemigo a fuerza de constancia i arrojo, i un empeño jeneral en posiciones no ménos inatacables, i en las que peleamos cuatro mil hombres contra mas de seis mil, perfectamente disciplinados i provistos de todo abundantemente i disputado palmo a palmo el terreno con bastante valor i enerjía por parte de ellos, harán siempre de la batalla de Ancach la mas gloriosa i completa que pueda citarse bajo todos aspectos; porque nada estaba en nuestro favor, escepto el valor i el empuje sin igual de nuestros soldados. Los del enemigo, es menester confesarlo, que han llenado cumplidamente su deber, i que sin debilidad, sin traicion i sin pasarse siquiera uno de ellos, solo han sucumbido a un coraje i entusiasmo desconocido en las guerras de la independencia i en las demas que han tenido lugar en nuestro país. En fin, todo ha quedado en nuestro poder, artillería, parque, banderas, caja militar, bagajes, papeles del Estado Mayor i hasta la correspondencia privada i secreta de Santa-Cruz i de sus jenerales, sin que haya escapado mas que aquél i los jenerales Moran, Herrera i Otero: los demas, Quiroz i Armaza muertos, Guarda i Bermudes heridos i prisioneros; Urdininea con doscientos oficiales, muchos de ellos jefes, todos prisioneros. En fin, nada queda a la Confederacion en todo el Norte del Perú, mas que una columna recluta con que protejía en Lima el jeneral Vijil la fuga de Santa-Cruz, quien dejó la capital, con direccion al Sur el 28 del pasado despues de una carrera increible por la estension i naturaleza del terreno que atravesó en ménos de cuatro dias. Ahora nos hallamos en marcha con todo el ejército hácia el valle de Jauja, caminando por medio de los elevadísimos i escarpados Andes Peruanos, respecto de los cuales no son nada los nuestros; pero nuestros soldados son tan

pacientes como bravos i vencen las dificultades con su constancia i alegría ordinarias. Desde el Valle de Jauja a donde se repondrán i descansarán algun tanto, espedicionaremos al Sur, segun las circunstancias. Por mi parte, en la impaciencia de destruir los últimos restos de las fuerzas enemigas que quizás puedan reunirse, de las que existian entre Cuzco, Arequipa i Bolivia, quisiera volar a aquellas rejiones para concluirlo todo de una vez i volver pronto a la patria; pero no lo permite el estado de nuestro ejército despues de tantas fatigas i trabajos.

«Es imposible formarse idea de las privaciones, escasez i contradicciones de todo jénero por que hemos pasado para llegar a tan gran resultado; el de poner a nuestra patria en el más alto punto de honor i gloria. Esta será la única ventaja que consigamos, i yo me volveré sin otra alguna, sumamente contento i satisfecho de lo obrado a retirarme a mi campo.»

En carta posterior le decia:

«Todo, todo estaba en contra nuestra, querido Francisco; el país era enemigo nuestro; Santa-Cruz gozaba de un poder estraordinario, lo mismo eran sus recursos. El ejército, el mas lucido que se ha visto en América por su disciplina i largo tiempo de servicio de sus individuos; el entusiasmo era admirable; su fuerza de cerca de seis mil hombres equipados de cuanto puede necesitarse, i todo él con el formidable poder de ser jefe concluyó en un solo dia. Te admirarias i aun confundirias si llegases a conocer las posiciones que tuvimos que vencer, como la alegría i desprecio con que lograron hacerlo nuestros soldados, a pesar de los muchos que morian a medida que íbamos avanzando.

«Maipo ha sido una guerrilla en comparacion de esta gran batalla, disputada con tanta temeridad por una i otra parte. Yo quedé por muchos dias como electrizado de contento, al ver la proteccion que me dispensa la fortuna i los elojios que de toda esta jente i del ejército he recibido i aun recibo, suponiéndome una cooperacion que no alcanzo a conocer haya sido tan estraordinaria como se me dice.»

Entretanto el coronel Urriola que llevó a Chile la primera noticia de Yungai, habia sido recibido con el agasajo i entusiasmo debidos a su comision. A la inquietud de la lucha sucedia el alborozo del triunfo. El Gobierno se hizo órgano del sen-

timiento público, otorgando un ascenso jeneral a todos los oficiales vencedores; permitiéndoles aceptar la colocacion que Gamarra les ofreció en el ejército peruano, a la vez que el título de gran mariscal de Ancach dado al jeneral Búlnes en el «campo de batalla», i el de jeneral de division del Perú, al ilustre jeneral chileno don José María de la Cruz.

Todas las clases sociales rivalizaron en entusiasmo por el triunfo i en gratitud a los vencedores. El Gobierno, que se sentia abrumado con la responsabilidad de esa guerra, i que segun su propia confesion, no podia mirar al porvenir sin la mas viva inquietud, tenia doble motivo para celebrar esa victoria que levantaba el crédito de Chile en el esterior i su propio crédito en el interior.

Su entusiasmo no tuvo límites cuando se impuso de todos los detalles del sangriento i disputado triunfo: decretó el indulto de la cuarta parte de la condena de todos los reos rematados de la República: ordenó que se regalase al vencedor una espada de oro con empuñadura de brillantes; que se erijiese a la entrada de Santiago, por el camino de Valparaiso, un barrio con el nombre de Yungai, i en él un arco de triunfo con la siguiente inscripcion:

«El pueblo chileno
consagra
este monumento
a la gloria
del Ejército de Chile
que, bajo el mando del jeneral Búlnes,
hizo la campaña del Perú
i triunfó en
Yungai
en 20 de enero de 1839.»

Mas o ménos en el mismo tiempo enviaba al ejército la siguiente comunicacion:

«*Santiago, febrero 23 de 1839.*

Por el oficio de V. S., fecha 20 del pasado, ha llegado a noticia del Gobierno la espléndida victoria obtenida por el ejérci-

to Restaurador sobre las tropas enemigas en el campo de Yungai. La magnitud de este triunfo, timbre exelso de las armas nacionales, puede solo compararse a la importancia inmensa de los intereses que estaban vinculados en él i a la bravura incomparable de ese ejército que bajo la direccion de V. S. se ha hecho el orgullo, el ornamento mas precioso de la República.

El pueblo de Chile, sumido en el mas puro i exaltado regocijo, tributa a esa porcion preciosa de ciudadanos que militan por la causa comun, el tierno reconocimiento que le inspiran sus sacrificios, i celebra con trasportes de entusiasmo la gloria inmarcesible de que se ha cubierto.

Constituido por mi posicion en órgano de estos sentimientos, tengo la grata satisfaccion de asegurar que miéntras el gobierno prepara los premios que se deben a tan ilustres defensores, puede V. S. i el benemérito ejército que lo obedece contar con la eterna gratitud de un pueblo agradecido. Sírvase V. S. insertar esta nota en la órden jeneral i aceptar mi mas alta i distinguida consideracion.—*Ramon Cavareda.*

Poco tiempo despues acusándole recibo del parte de Yungai le decia oficialmente.

Santiago, abril 13 de 1839.

La magnitud del júbilo que ha causado al gobierno i en jeneral a todos los habitantes de la República el contenido de la nota de V. S. de 20 de enero último, solo puede compararse a la grandeza del triunfo que el Ejército Restaurador, conducido por V. S., obtuvo en aquel memorable dia sobre las huestes del titulado Protector.

Tan glorioso acontecimiento, debido a los esfuerzos i sacrificios de aquel ejército i de su digno jeneral, al paso que ha revindicado el honor nacional vilmente ultrajado por el usurpador, asegura a la República de un modo estable todos los beneficios de la paz.

El tino con que V. S. ha dirijido sus pasos desde su arribo a esas costas i el convencimiento del gobierno de su acierto en la eleccion que hizo de V. S. para llevar a cabo tan árdua empre-

sa, le hicieron presajiar desde un principio este feliz resultado; mas los que han acaecido posteriormente como una consecuencia precisa de la memorable batalla, realzan los timbres que V. S. tiene adquiridos por sus eminentes servicios en favor de la Nacion, que le deberá en mucha parte el de su prosperidad i esplendor futuros.

El gobierno me ordena manifestar a V. S. su reconocimiento a nombre de la Nacion, i V. S. lo espresará así a todos los individuos que componen el virtuoso ejército de su mando etc.—Dios guarde a V. S.—*Ramon Cavareda.*

El Ministro de Hacienda don Joaquin Tocornal, que habia heredado en el gobierno la influencia de Portales, escribió a Búlnes, manifestándole el desahogo que el triunfo traia a su espíritu oprimido con el peso de una responsabilidad aterradora.

Estas comunicaciones eran la respuesta del gobierno de Chile a la nota del gobierno peruano, en que respondiendo con anticipacion a las mezquinas susceptibilidades de amor propio que habian de abrirse paso en la historia del Perú, otorgaba, como era de justicia, la gloria de esta feliz campaña al único que tenia el derecho de reclamarla: al jeneral Búlnes. Lean este documento los detractores interesados de las glorias chilenas e inspírense en su patriotismo franco e imparcial.

EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE ESTADO EN EL DEPARTAMENTO DE RELACIONES ESTERIORES DE LA REPÚBLICA DE CHILE.—«REPUBLICA PERUANA.—MINISTERIO JENERAL.

Huaraz, enero 28 de 1839.

Exmo. Señor:

He recibido del excelentísimo señor Presidente de la República peruana, el honroso i grato encargo de remitir a V. E. en copia certificada, el parte que con fecha de ayer le ha dirijido el señor gran mariscal del Perú, jeneral en jefe del Ejército Unido don Manuel Búlnes, i en cuyo inmortal documento, estan consignados los detalles del mas completo i espléndido

triunfo, que las armas del Ejército Unido Restaurador alcanzaron el 20 de enero, sobre las de la titulada Confederacion Perú-Boliviana, situadas en las elevadísimas i fuertes posiciones de Isarcui, Ancach, Punyan i Pan de Azúcar, de donde, despues de un choque tremendo i sangriento, que duró por mas de seis horas, fueron desalojadas, hechas pedazos i perfectamente destruidas por la bravura i denuedo heroico de los soldados de la Restauracion. En los pormenores de esta batalla para siempre célebre, i la mas gloriosa que ha vista la América, debo referirme en todo al adjunto parte del referido señor Gran Mariscal del Perú, jeneral en jefe, don Manuel Búlnes.

Así, señor Ministro, han coronado la fortuna i la victoria los fructuosos sacrificios de Chile i de su ilustrado gobierno en la presente guerra, siendo los resultados inmediatos de tan plausible suceso, la estirpacion del poder absoluto, que la conquista, la mas torpe traicion, i una perfidia inaudita habian erijido, i con la derrota i ruina del cabecilla, el renacimiento de la independencia i de las instituciones liberales del Perú i Bolivia, bajo la sombra tutelar del pabellon chileno. Tan inestimables i grandes bienes, comprados a costa de la sangre preciosa de los soldados chilenos, i de una porcion escojida de peruanos fieles, que han dejádo esmaltado con élla el campo de batalla, el gobierno a quien tengo la honrosa mision de servir de intérprete, se complace con la lisonjera idea de esperar que estrecharan eternamente los indisolubles vínculos que nos unirán en adelante con nuestra íntima i jenerosa amiga la República chilena, como imperativamente lo exije el honor, el deber i la gratitud.

A pesar que el Presidente provisorio de la República peruano, Gran Mariscal don Agustin Gamarra, ha concurrido en persona a todos los sucesos de la campaña, i estuvo tambien presente en la batalla que ha restituido al pais su independencia i derechos, sin embargo el Presidente me manda declarar paladinamente ante las repúblicas Americanas i ante el mundo entero, que todo es debido a los talentos, práctica en la guerra, i jénio previsor del Gran Mariscal de Ancach, jeneral en jefe del Ejército Unido: bien está que el Presidente se reservó siempre la suprema direccion de la guerra, conforme a la Constitucion del pais; pero quiso de propósito dejar desar-

rollarse i brillar las admirables prendas militares de aquel ilustre jefe; i ninguna mira privada tiene S. E. cuando confiesa, en honor al mérito relevante i al valor, que una sola disposicion, un solo paso, no ha sido dado por el jeneral en jefe en todo el curso de la campaña que no haya merecido su mas completa aprobacion: en una palabra, señor Ministro, es la espada victoriosa del jeneral Búlnes la que ha demolido el trono de hierro del ominoso Protector de la Confederacion Perú-Boliviana.

El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres, de armas, banderas, municiones, cajas de cuerpos, equipajes i los despojos bélicos, en fin, de un ejército de siete mil hombres, provisto con prodigalidad: dos jenerales enemigos han sido muertos, tres tomados prisioneros, entre éllos dos heridos, con el vice-presidente del titulado estado Nor-Peruano, i los jefes, oficiales e individuos de tropa que espresa el parte adjunto, incluso el Coronel Guilarte, herido. El ejército unido, despues de proveer a todo ésto, sigue su marcha triunfante a los departamentos del sur i confines de la Confederacion. Solo el jeneral Santa-Cruz, con un pequeño séquito, ha conseguido salvar, ántes de terminarse el combate, a merced de los buenos caballos que tenia apostados a su retaguardia por si llegaba este caso; pero es mas que probable que, o sea entregado por los mismos cómplices de sus criminales exesos, o si consiguiese reunir algunos restos miserables i depósitos de reclutas que tiene en el Sur para intentar una nueva resistencia, sea víctima de su loca temeridad.

Todos los individuos del ejército, sin escepcion de clases, han rivalizado en esta memorable jornada, en denuedo i bizarría; el parte del señor jeneral en jefe consagra estos nombres ilustres a la admiracion i reconocimiento de la América i de todos los hombres amigos de la independencia i de los derechos de los pueblos; pero no puedo dispensarme de hacer una mencion especial de la rara intrepidez del benemérito señor Gran Mariscal, jeneral en jefe del ejército don Manuel Búlnes, de la serenidad imperturbable del señor jeneral en jefe del E. M. J., don José María de la Cruz, en medio del peligro; del arrojo admirable del señor coronel de Cazadores a caballo don Fernando Baquedano, i del impetuoso denuedo de los tenientes

coroneles don Manuel García, comandante del Batallon Portales, i don Juan Vidaurre Leal, del Valparaiso, como tambien del bizarro comportamiento del sarjento mayor don Pedro Gomez, comandante accidental del batallon Valdivia.

En fin, Señor Excmo., la independencia del Perú i Bolivia queda afianzada bajo la salvaguardia del Ejército Unido, i garantizado el reposo de Chile i seguridad de todas las secciones sud-americanas: hé aquí en compendio los resultados de la victoria de Ancach.

Dígnese V. E. elevar este plausible acontecimiento a noticia del Excmo. Señor Presidente de la República, dándole las gracias a nombre de mi nacion i gobierno, por los inmensos bienes que va a resultar al Perú por fruto de esta inmortal jornada, i admitir la distinguida consideracion i respeto con que me suscribo de V. E. atento obediente servidor.—*Ramon Castilla.*

Las felicitaciones del Perú se cruzaban con las de Chile. Las Municipalidades de toda la República se reunian espontáneamente para hacer llegar a Búlnes la espresion de su agradecimiento i patriotismo, distinguiendose entre ellas las de Santa Rosa, de San Felipe, de Quillota, de la Ligua, de Petorca, de San Fernando, de Chillan, de San Antonio. La de Valparaiso acordaba dar un baile en su honor: la aldea de Larqui cambiaba su nombre por el de Búlnes. Los hombres de todos los partidos le hacian llegar sus felicitaciones; desde Beauchef i Viel, hasta el dictador Rosas.

Los cuerpos lejisladores se asociaban a estas manifestaciones, a pesar de la reserva que les imponia su situacion. «Las proezas, fatigas i servicios, decia oficialmente el Senado al Presidente de la República, de los jefes, oficiales i demas individuos del ejército Restaurador, han colmado las esperanzas de la Patria. El Senado aprecia la delicadeza que os ha hecho callar en esta parte de vuestro discurso un nombre glorioso que es el orgullo de Chile. Pero el valor i pericia del jeneral don Manuel Búlnes, no son mas que una parte de las cualidades eminentes que él ha hecho brillar en todo el curso de la campaña, i que tan necesarias eran para triunfar de prevenciones injustas i para sostener la disciplina en medio de privaciones i padecimientos sin ejemplo. La República le debe

una gratitud eterna i el Senado se apresurará a testificársela.»

«Los vencedores de Yungai, decia la Cámara de Diputados, donde quedó sepultada la obra de la usurpacion i de la intriga, i a cuyo fuerte brazo debe hoi Chile la paz i tranquilidad de que disfruta, son ciertamente dignos de la gratitud nacional, nada hai mas justo que la ereccion de un monumento que recuerde a las jeneraciones venideras, el valor con que estos insignes guerreros han defendido en los combates los derechos de la Patria.»

El jeneral Búlnes, que recibia a profusion esas manifestaciones alhagüeñas, permanecia en la misma situacion de espíritu en que se encontraba al dia siguiente de Yungai. Ajeno a la vanidad como a la falsa modéstia, deseaba solo volver a Chile i gozar en el secreto de su hogar de la estimacion de sus conciudadanos.

El Presidente Prieto le habia escrito manifestándole que deseaba que solicitase algo para manifestarle su agradecimiento por un hecho concreto. Búlnes se contentó con pedir la reincorporacion de los oficiales dados de baja por la revolucion de 1830 i en efecto, a los pocos dias, espidió un decreto dando de alta en el ejército a los jenerales don Francisco Antonio Pinto i don Francisco de la Lastra.

Faltaba aun el ilustre jeneral O'Higgins que permanecia en el Perú desde 1823, saboreando el pan de la ingratitud i del destierro.

Búlnes solicitó que se le devolviesen sus títulos i honores antiguos. La respuesta de Prieto fué un decreto concebido en estos términos.

Santiago 8 de agosto de 1839.

El antiguo capitan jeneral del ejército del Chile don Bernardo O'Higgins queda restituido a esta graduacion con la antigüedad correspondiente a su primitivo nombramiento. Rejístrese etc.—PRIETO.—*Ramon Cavareda.*

Así satisfacia el vencedor de Yungai las justas i nobles aspiraciones de su corazon! Así colmaba su gloria de soldado

empleando en beneficio de sus compañeros perseguidos la influencia de su victoria. No conocia a los vencidos de 1830; nada le ligaba a éllos sino un sentimiento de conmiseracion i de justicia. La satisfacion del bien cumplido i la tranquilidad de ilustres hogares, era lo único a que aspiraba en la alborada de su triunfo! . . .

Respecto del Perú sus intenciones i las de su gobierno no habian variado. Búlnes pensaba entónces como el dia de su desembarco i en breve se le presentaria la ocasion de anunciarle desde Lima el cumplimiento de su palabra empeñada.

Entretanto, el gobierno de Chile con una lealtad que le honra, hacia llegar al Perú al dia siguiente de Yungai, estas hermosas palabras:

«Léjos de pensar en poner obtáculos a la prosperidad del Perú, la miramos como conducente a la nuestra. ¡Que el Perú sea rico i floreciente, es uno de los primeros intereses i uno de los votos mas ardientes de Chile! Jamás seremos los aliados de la anarquía ¿Qué bien pudiera resultarnos de que los inmensos recursos naturales de nuestros vecinos fuesen devorados por ese monstruo que ha cubierto de escombros tantas hermosas naciones del continente americano? Contribuir al órden jeneral, asegurar de este modo la estabilidad de la instituciones domésticas, es el deber de todos los mienbros de esta nueva familia de Estados.»

«No deseamos para nuestros puertos mas ventajas que las que deben a la naturaleza. Ní apetecemos privilejios, ni consentiremos en escepciones hostiles.

«Dominar al Perú, imponerle constituciones o jefes contra su voluntad libremente espresada, seria desmentir vergonzosamente la divisa de las banderas que hemos desplegado en esta lucha: la independencia peruana, la destruccion de una obra que no ha sido lejitimada por los sufrajios del pueblo peruano.»

CAPÍTULO XVI

Consecuencias de la batalla de Yungai

Despues de la batalla de Yungai el jeneral Búlnes se puso en marcha a Carhuáz con una division de cinco batallones i de dos escuadrones de caballería, dejando en Yungai a los heridos con los jenerales Gamarra, Castilla i Cruz, que se le habia reunido nuevamente.

En virtud de las medidas tomadas en la tarde del triunfo se habia conseguido reunir cerca de ochocientos dispersos, i apoderarse en Recuai de 70 cargas de vestuarios, que pertenecian al ejército vencido.

Hemos dicho que el jeneral Torrico se dirijia a marchas forzadas hácia el valle de Jauja con los batallones peruanos Huaylas i Cazadores del Perú. Seguíalo, si bien a una larga distancia, una columna compuesta de los batallones, Aconcagua i Valdivia a las órdenes de Cruz, i mas atras, el jeneral Búlnes con el resto del ejército.

El jeneral Gamarra se trasladó a Huacho con el propósito de ocupar a Lima a la cabeza de la division peruana de La-Fuente i de dar alcance a Vijil. La caballería, que no podia marchar sin herraduras por los senderos fragosos que conducen al Cerro de Pasco, quedó al cuidado de los prisioneros i de los heridos en los pueblos del Callejon.

Torrico no encotraba mas dificultades que las que le oponia

CAPÍTULO XVI

Consecuencias de la batalla de Yungai

Despues de la batalla de Yungai el jeneral Búlnes se puso en marcha a Carhuáz con una division de cinco batallones i de dos escuadrones de caballería, dejando en Yungai a los heridos con los jenerales Gamarra, Castilla i Cruz, que se le habia reunido nuevamente.

En virtud de las medidas tomadas en la tarde del triunfo se habia conseguido reunir cerca de ochocientos dispersos, i apoderarse en Recuai de 70 cargas de vestuarios, que pertenecian al ejército vencido.

Hemos dicho que el jeneral Torrico se dirijia a marchas forzadas hácia el valle de Jauja con los batallones peruanos Huaylas i Cazadores del Perú. Seguíalo, si bien a una larga distancia, una columna compuesta de los batallones, Aconcagua i Valdivia a las órdenes de Cruz, i mas atras, el jeneral Búlnes con el resto del ejército.

[illegible] jeneral Gamarra se trasladó a Huacho con el propósito [illegible] ar a Lima a la cabeza de la division peruana de La[illegible] [illegible] dar alcance a Vijil. La caballería, que no podia [illegible] aduras por los senderos fragosos que condu[illegible] co, quedó al cuidado de los prisioneros i de los del Callejon.

[illegible] mas dificultades que las que le oponia

la naturaleza del terreno, pues la columna enemiga huia incesantemente.

Deseando someter a los fujitivos por la persuacion envió como parlamentario un oficial prisionero que tampoco consiguió su objeto. (1)

Las columnas vencidas se dirijian apresuradamente al sur, por el camino de Tarma i de Ayacucho, para llegar a Lucanas donde se encontraban las fuerzas que habia sacado de Lima el jeneral Vijil. Torrico, obstinado en darles alcance ántes de que operasen su reunion, adelantó una columna lijera a las órdenes del coronel Lopera.

Entretanto, la victoria se hacia cada dia mas decisiva, con la aprehension de los jefes mas distinguidos del enemigo. El jeneral Armaza fué tomado prisionero en Gorgorillo por la columna de Torrico i falleció en la misma noche en su prision, sin que podamos decir a punto fijo si fué un accidente casual o si tuvo participacion en el, un oficial peruano a quien se supone autor del atentado.

Algunos dias despues, Torrico recibió un parlamentario que pedia garantias para el jeneral Herrera, que se encontraba enfermo en San Jerónimo, i las garantias le fueron concedidas. Su conducta en esta ocasion guardó armonía con la que usaba el jeneral Búlnes, que, por su benignidad con los jefes u oficiales que la suerte ponia a su alcance, mereció que le manifestasen su agradecimiento en cartas que conservamos en nuestro poder, que son a la vez un timbre de honor para el vencedor i uno de los mas nobles caractéres de esta guerra. Así habia llegado el jeneral Torrico a Ayacucho persiguiendo al enemigo, que se habia reunido en Nazca con la atemorizada tropa que Vijil habia sacado de Lima.

Los jenerales Búlnes i Cruz seguian entretanto con sus divisiones respectivas, los pasos de Torrico. Su marcha no fué señalada sino por la aprehension de algunas partidas del enemigo, entre otras de la columna de Carrasco, compuesta de dos compañías de infantería. Carrasco comprendia demasiado la importancia de los últimos sucesos para que dejase de conocer que la ruina de la Confederacion Perú-Boliviana era un hecho

(1) Carta de Torrico a Búlnes.—Cerro, 8 de febrero de 1839.

irremediable. Cediendo, pues, a un sentimiento de humanidad, se negó a proseguir inutilmente la guerra i se presentó al jeneral Búlnes en Carhuaz (23 de enero), exijiendo algunas garantías que le fueron concedidas.

La marcha de Búlnes no ofreció despues nada de notable. Los batallones avanzaban con su disciplina ordinaria, borrando del ánimo de los pueblos del tránsito la reputacion siniestra que les habia hecho Santa-Cruz.

Las dos divisiones seguian la columna de Torrico como ésta siguiera los pasos de la avanzada de Lopera, i a mediados de febrero (18 i 19) establecieron su cuartel jeneral en Jauja, ocupando con sus cuerpos las localidades mas aparentes situadas entre Jauja i Huancayo.

La caballería fué moviéndose paulatinamente del Callejon hácia Jauja a medida que le llegaban las herraduras, miéntras los enfermos, seguian con los prisioneros los movimientos de la caballería, mandada por el coronel Baquedano, que se reunió en Tarma con las divisiones de vanguardia.

Reunidas todas las fuerzas chilenas en la meseta de Jauja, que domina los valles del centro i del litoral, era preciso aguardar el desarrollo de los acontecimientos para bajar al sitio en que su presencia fuera mas necesaria. Desde esa atalaya de granito, presenció el Ejército chileno el cuadro de confusion i de desórden que se produjo a sus pies, i que no era sino la agonía del poder colosal a que su esfuerzo i denuedo habia asestado el golpe de muerte en Yungai.

Nada se sabia aun de Santa-Cruz, ni de sus miras. Las últimas noticias que se tenian de él eran los chismes i referencias contadas en los pueblos del tránsito, por los testigos de su precipitada fuga. Apénas se habia detenido en los pueblos el tiempo necesario para cambiar su cabalgadura o para comer. Así caminó por espacio de cuatro dias, recorriendo en tan corto tiempo mas de cien leguas peruanas a lomo de caballo. En la noche del 24 de Enero hizo su entrada furtiva a la capital, acompañado de Olañeta, de los coroneles Jil Espino, Solares, Pareja, Morote, Arrisueño, dos edecanes i cuatro soldados. (1)

(1) *Araucano*, núm. 449.

Nada se sabia en Lima de los sucesos del Norte i quiso la casualidad o el destino, que estuviese reservado a Santa-Cruz ser el heraldo de su propia desgracia,

El Protector, sin embargo, haciendo un último i finjido esfuerzo proclamó a la Confederacion ofreciéndole continuar la resistencia, (1)

---

(1) El Supremo Protector. — *Perú-Bolivianos:* Una adversidad pública me obliga a dirijiros la palabra para hacérosla conocer. Os la diré con la franqueza que demandan vuestros nobles sentimientos. No trato de disminuirla ante vosotros con ofensa de vuestro patriotismo, cuando es necesario repararla con vuestra constante cooperacion. El ejército del Norte, que marchaba a restituiros la libertad i dignidad nacional, ha sufrido un contraste entre los anuncios mas probables de victoria i se ha retardado el dia de la revindicacion de la patria. Una insigne traicion, estallada en los críticos momentos del combate, ha sido el desgraciado acontecimiento que nos priva hoi del triunfo, dándolo a vuestros pretendidos conquistadores. La Divina Providencia ha querido talvez exaltar vuestras virtudes llamándoos a grandes esfuerzos, que no dejareis de hacer, cuando están comprometidos el honor, la independencia de la patria i vuestra personal seguridad.

Pueblos:—El ejército no se ha perdido todo: sus numerosos restos marchan reunidos a ocupar el valle de Jauja. El ejército del Centro i el del Sud se conservan intactos, i mui en breve, unidos a las fuerzas que salvaron de Yungai, presentarán al enemigo nuevas invencibles huestes vengadoras, que solo exijen vuestra eficaz cooperacion para obtener una segura victoria. Entretanto, las fortalezas del Callao contienen todos los elementos necesarios para asegurar el fundamento de vuestra independencia. Son inespugnables: serán invencibles.

Conciudadanos:—Habeis visto cuantas veces i por cuantos medios he solicitado la paz, cediendo todo lo que pudiera ceder por terminar una guerra destructora. Los enemigos, que pretestaron como esclusivo objeto de la invasion mi autoridad i el sistema confederado, se han descubierto al mundo, dando pruebas irrefragables de que solo quieren esclavizaros i hacerse los señores de vuestro suelo. Ellos han desechado todas las proposiciones.

No es la Confederacion, ni mi persona, ni interes alguno que no sea libraros del yugo de la conquista, el que me conserva hoi con las armas en la mano. Acepten los enemigos el medio de que quede disuelta la Confederacion por la espresion de la representacion nacional; acepten mi renuncia de toda intervencion en el Perú i aun la de la vida pública. Vuelvan a Chile deponiendo los planes de dominacion, i vereis al jeneral Santa-Cruz sacrificarlo todo, ménos vuestra dignidad, i desaparecer de la escena política por concurrir a la paz que jamás se cansará de buscar como término de sus empeños. Empero, si sordos a la voz de la justicia i tenaces en sus escandalosas pretensiones, llevan adelante el empeño de dominaros, ¿qué nos toca hacer? Humillaremos la cerviz a su yugo? Nos daremos por vencidos i nos abatiremos a sus plantas? Tenemos recursos i tenemos patriotismo: lidiaremos i venceremos, ántes que ser esclavos del déspota chileno, ántes que verlo dueño de nuestros hogares, cebado en nuestros intereses, destruyendo nuestras familias i gozándose en el llanto de los pueblos, en los clamores de las víctimas.

Compatriotas:—No lo dudeis: esos mismos emigrados que concurrieron a la victoria de vuestros opresores en la batalla, no pueden mirarlos sin

Su palabra altisonante no llamaria nuestra atencion, ni tampoco sus aseveraciones i promesas, porque son las ordinarias artes con que, en circunstancias análogas, se pretende resucitar el patriotismo amortiguado, o la adhesion vacilante de un pueblo; pero sí, repararemos la escusa indigna con que pretendió cohonestar su derrota. Sus inculpaciones contra el honor de Guilarte, el valiente defensor de Pan de Azúcar, a cuya *traicion* atribuye el mal éxito de la batalla de Yungai, es un espediente propio de la desgracia vulgar.

Los cargos de Santa-Cruz no han sido bastantes para arrojar la mas lijera sombra sobre la limpia memoria de aquel valiente soldado. Guilarte resistió en Pan de Azúcar cuanto le fué dable; tal es al ménos el testimonio escrito en su cumbre con la sangre de sus 600 defensores.

La noticia del desastre produjo un trastorno jeneral en las rejiones oficiales de Lima. El temor que poseia al Protector se comunicó a todos sus allegados, sin que ninguno tuviese la enerjía suficiente para levantar su ánimo siquiera a la esperanza. El Presidente Riva-Agüero, cuyo palacio habitaba Santa-Cruz i donde habia revelado por primera vez los pormenores del desastre, derramando lágrimas, segun dice una relacion contemporanea, se embarcó en el Callao con los jenerales Miller i Necochea.

Moran, el soldado mas altivo en la fortuna como en la adversidad, se hizo cargo de la defensa del Callao. Vijil que estaba en Miraflores, fué llamado a Lima por el Protector para la custodia de su persona.

San-Cruz comprendía demasiado que no podía continuar la guerra con sus escasos elementos, i lo único que perseguía organizando ese aparato de resistencia, era arrancar al vencedor condiciones mas ventajosas. Deseoso ademas de salir de Lima, cuya opinion temía, hablaba en todas ocasiones de organizar la

horror cuando ven en su triunfo la desgracia de sus compatriotas, la de ellos mismos, la de la patria. Llegará dia en que aun ellos cooperarán a vuestra salvacion. Salvaremos, sí, nuestro sagrado territorio: nos queda el partido de pelear para vencer, i no hai pueblo que no triunfe cuando se arma en su propia defensa. La constancia unida al patriotismo asegura el triunfo, que os anuncio hoi con nuevos motivos de confianza. Yo no omitiré sacrificio personal que contribuya a tan necesario resultado. —*Andres Santa-Cruz.*—Lima, 25 de enero de 1839.

defensa en el Sur, valiéndose del ejército de Cerdeña; lo que no pasaba de ser un recurso o un pretesto para cohonestar su retirada de la capital.

La opinion de Lima comenzaba a causarle la mayor inquetud; sabía tambien que la columna de La Fuente no tardaría en llégar, lo que lo traia doblemente preocupado e inquieto. En vano trataba de ocultar su temor organizando manifestaciones de adhesion al réjimen vencido, como fué aquella en que «los Tribunales, el Cabildo Eclesiástico i padres de familia» manifestaron sus simpatías «a la amable independencia» i al gobierno existente. Con estos pobres recursos, pretendia ganar tiempo para encubrir su retirada de Lima, que se asemejaba a una verdadera fuga.

Pocos dias despues se puso en marcha para Arequipa, que segun su propósito, debia ser la primera etapa de su viaje por el Sur-Perú i Bolivia, i que por la fuerza de las cosas, mas poderosa que la voluntad de los hombres, seria la última de su angustiada carrera política. En efecto salió de Lima el 28 de enero dejando la ciudad a cargo de Vijil, con una columna de 500 hombres, i el Callao a cargo del jeneral Moran con 400 hombres mas o ménos.

Estas fuerzas eran insuficientes para oponerse a la marcha de la division de La-Fuente, a que se habia reunido el jeneral Gamarra, i que se componia de los batallones Trujillo, Lejion, i de un escuadron de caballería. El último de los batallones nombrados navegaba aun en el transporte *Rancagua*, que surjió en Huacho algunos dias despues.

Cuando La-Fuente llegó con el batallon Trujillo a Chancai, el jeneral Vijil se retiró con sus tropas a Cañete. No teniendo enemigo delante de sí, La-Fuente se presentó a las puertas de Lima (17 de febrero) donde salió a recibirlo el pueblo entusiasmado, aclamándolo con el mismo jubilo con que recibió en noviembre a Santa-Cruz. Una semana despues (el 24 de febrero) el Presidente Gamarra hizo su entrada solemne a Lima seguido de la Municipalidad i de todas las clases sociales que lo victoreaban sin cesar.

El favor del pueblo le volvia como en los mejores dias de su vida. El viejo soldado, debió sentirse rejuvencido con ese retorno inesperado de la fortuna. ¿Por qué no se satisfizo su am-

bicion con ese entusiasmo patriótico, sino que lanzándose nuevamente en la era de los desabrimientos i peligros hubo de encontrar la derrota i la muerte en Ingaví? Todo le sonreia en aquel momento i hubiérase dicho que el jenio del desórden plegaba sus alas i se desterraba del Perú.

La division del jeneral Vijil reconoció su autoridad por medio de una acta, a la que respondió Gamarra enviando tres comisionados para arreglar las bases de la capitulacion, que solo tuvo lugar despues de algunos incidentes que referiremos en brebe.

Volvamos un momento la vista al ejército vencedor. El jeneral Gamarra no permaneció en Lima sino el tiempo indispensable para dictar las primeras medidas de organizacion i marchó enseguida a Tarma, por la via de San Mateo, donde se reunió con el Ejército chileno.

El ejército vencedor, que permanecia aun en sus posiciones de la Sierra, aguardaba con un interes igual a sus pasados sufrimientos i actuales penurias, el momento de regresar a su patria. Sin embargo, su tarea no estaria concluida sino cuando el Sur-Perú hubiese reconocido la autoridad de Lima, i cuando Bolivia aceptando el fallo de Yungai, renunciase a sus pretensiones sobre el Perú.

Entretanto, el jeneral Torrico no abandonaba la esperanza de aprehender a los fujitivos que venia persiguiendo desde el Callejon i habia enviado contra ellos al coronel don Alejandro Deustua con 500 soldados, miéntras él preparaba el resto de su division para marchar al Cuzco. El batallon Valdivia, que se habia agregado a su columna, permaneció en Ayacucho por haberse negado el jeneral Búlnes a que marchase mas al Sur, temiendo que su presencia resucitase las antiguas aprehensiones de conquista que el enemigo se empeñaba en despertar. Las fuerzas fujitivas avanzaban sin cesar, inclinándose hácia la provincia de Lucanas, para reunirse con las fuerzas de Vijil que permanecian en Nazca.

Entretanto, habian tenido lugar en el Sur-Perú i en Bolivia acontecimientos de tanta magnitud, que habian cambiado radicalmente la faz de la situacion, i arrebatado toda esperanza a las pocas fuerzas que permanecian fieles al Protector. Una revolucion jeneral, que habia conmovido igualmente al ejército

i al pueblo, había arrancado de raiz el árbol vacilante que cubria la fortuna incierta del jeneral Santa-Cruz. La Confederacion Perú-Boliviana habia desaparecido de la América. Santa-Cruz se habia embarcado furtivamente en un buque que lo conducia al estranjero, i un nuevo gobierno, hijo de la nueva situacion, habia recojido la herencia del antiguo.

Estos sucesos que daremos a conocer mas detalladamente decidieron a las fuerzas de Otero i de Vijil a solicitar un armisticio de Deustua, que les fué concedido, como igualmente el nombramiento de comisionados, por ámbas partes, para arreglar la capitulacion. Los comisionados no tardaron en llegar a un arreglo conciliatorio (13 de marzo) que desaprobó el jeneral Gamarra, exijiendo el reconocimiento liso i llano de su autoridad sin mas garantías que las de su clemencia i bondad. (1)

La última cláusula del convenio, determinaba que seria sometido a la aprobacion del gobierno peruano. Sin embargo, era tal la desmoralizacion que las noticias del Sur habian introducido en las divisiones fujitivas, que sus jefes sin esperar la ratificacion del pacto, desarmaron la tropa i entregaron sus armas a Deustua.

El Gobierno de Lima, viendo desarmada la division, se negó a aprobar el tratado, i le impuso su voluntad, exijiéndole que se rindiese sin condiciones.

Resignose, pues, el jeneral Otero a su nueva suerte con la misma magnimidad i firmeza con que se habia defendido cuando tuviera recursos i poder. La capitulacion de Vijil i de Otero fué el último incidente del drama de la Restauracion del Perú. La plaza del Callao que, segun dijimos anteriormente, quedaba en armas contra el gobierno de Lima se habia rendido algunos dias ántes (6 de marzo). Bastó que llegase al Norte la noticia de los sucesos del Sur, para que el jeneral Moran reconociese la autoridad de Gamarra i enviase a la capital dos comisionados a entenderse con los delegados del gobierno. Verificado el arreglo, Moran se trasladó a Lima, a solicitar la aceptacion de La-Fuente; pero la guarnicion, sabien-

(1) Acta de Coracora.—Nota de Castilla al Prefecto de Ayacucho.—Tarma, 4 de abril.

do sus tentativas en favor de la paz, se sublevó contra él desconociendo la validez del pacto i llamándolo traidor. (1)

Los soldados se precipitaron por las calles, injuriando a su jeneral a grandes voces, atropellando a los habitantes, destruyendo cuanto encontraban a su paso, como hubieran podido hacerlo las hordas de Benavides o de Arauco. Los oficiales atemorizados, se refujiaron en los buques, i la tropa no teniendo ya ni esa sombra de autoridad que respetar, se entregó al desenfreno i al pillaje. Pelotones de soldados unidos con la hez del pueblo, recorrian las calles, ofreciendo a la América el espectáculo de su ferocidad i al mundo entero un ejemplo de lo que son capaces las pasiones populares cuando se las deja a su albedrío.

El infortunado Moran, en quien parecia haberse cebado la adversidad de un modo que no correspondia a su bravura ni a sus grandes cualidades, se refujió en una fragata inglesa, que dió pasajero albergue a su suerte desventurada. La tropa del Callao continuaba su obra de depredacion i fué necesario que el almirante ingles enviase a tierra cien hombres armados para restablecer el órden i la seguridad.

A la sazon habia salido de Lima hácia el Callao una division mandada por La-Fuente, cuya vanguardia, dirijida por el coronel Coloma, reemplazó a la tropa inglesa i se hizo dueña de la plaza. (2)

Indignado Moran de la conducta de su antigua tropa se presentó en el Callao al lado del jeneral La-Fuente. (3)

La ocupacion militar del Callao desligó a Gamarra de toda obligacion para con sus antiguos dominadores. El pacto que

(1) Tratado del Callao, 7 de marzo de 1839.

(2) «Somos 19 de marzo, decia Búlnes a su hermano, i acaba de llegarme de Lima la noticia de que el Callao ha sido ocupado por nuestras tropas despues del mayor desórden que tuvo lugar en la guarnicion, batiéndose entre unos i otros a consecuencia de que el jeneral Moran, que era el jefe superior de la plaza, pasó a Lima a tratar con Gamarra i convino con éste en no sé qué clase de capitulacion. Uno de los jefes subalternos desaprobó lo convenido i principió a batir la fuerza que se manifestaba obediente a su jefe principal.

«El resultado de todo ha sido que toda la tropa se ha dispersado i los jefes se han metido a bordo de los buques de guerra, dejando la fortaleza a disposicion del Gobierno. Así concluyen las cosas por este país, siendo siempre los acontecimientos estraordinarios.»

(3) Parte de La-Fuente.—Callao, marzo 8 de 1839.

les acordaba garantías en cambio de su rendicion voluntaria, no tenia valor desde que la plaza habia sido rendida por las armas. De ese modo el jeneral Gamarra, al inaugurar el primer período de su gobierno, no sentia recargada su autoridad con ningun compromiso. El antiguo enemigo de la unidad peruana habia desaparecido i su accion era libre i espedita. En una palabra, el Perú entero gozaba de la plenitud de su soberania e independencia.

Véamos por qué medios i en virtud de qué acontecimientos se habia consumado la ruina de la Confederacion Perú-Boliviana?

Dejamos al jeneral Santa-Cruz en marcha para el Sur. Las autoridades de Arequipa i sus amigos le habian organizado un recibimiento popular, que contrastaba con su situacion i angustias. A mediados de febrero (el 14) hizo su entrada a la ciudad, en medio de un concurso numeroso, pero en cuya actitud i ademanes, se dejaba traslucir la estincion de la popularidad que lo habia rodeado hasta hace poco.

La llegada de Santa-Cruz coincidió, dia a dia, con la entrada de Salaverry a Arequipa despues de la derrota de Socabaya. Tres años cabales habian bastado para operar ese cambio total en su destino.

El vencedor de Socabaya era hoi el vencido de Yungai. El pueblo que presenció, dos años ántes, su entrada triunfante, era hoi testigo de su angustiosa inquietud, i el patíbulo, que con mano temeraria, levantara en la plaza de Arequipa, debió aparecer como una sombra fatídica a su espíritu atemorizado.

La semejanza no se detuvo en esto, pues obligado Santa-Cruz a retirarse de Arequipa hubo de tomar el mismo camino, i alojarse en los mismos lugares en que lo hizo Salaverry, como si la mano de la víctima se hubiese complacido en conducirlo por el camino de su venganza i de su crímen.

Esta coincidencia no pasó desapercibida para el pueblo de Arequipa, que interpretaba algunos fenómenos físicos como manifestaciones de la voluntad divina. «El 19 por la tarde, dice un diario de la época, (1) cayó un rayo a distancia de una

(1) *Republicano.*—Arequipa, 26 de febrero de 1839.

cuadra de la casa donde se alojó Santa-Cruz i que derribó un álamo que se levantaba con orgullo. Presajio de lo que debíamos esperar i de que el golpe se preparaba contra algun grande de la tierra! Este suceso llenó de asombro a la poblacion en cuyas antiguas tradiciones no se encontraba ejemplar alguno de rayos caidos sobre ella.»

Pero veamos qué acontecimientos pusieron a Santa-Cruz en la necesidad de recorrer como prófugo el camino que habia recorrido cuatro años ántes en alas de la victoria? Desde su llegada, el pueblo se manifestó hostil i ajitado. Grupos mas o ménos numerosos discutian públicamente la batalla de Yungai, atribuyendo su mal éxito a la incapacidad de Santa-Cruz i ese pueblo impresionable pasa prontamente de la palabra a la accion. Sus enemigos soplaban la hoguera del descontento a medida que se recibian los detalles del desastre i todas las clases de la poblacion recorrian las calles exijiendo la salida del Perú del hombre que las habia conducido a tal estremo. Don Pedro José Gámio era el alma de esa ajitacion popular.

Santa-Cruz que habia sido prevenido a tiempo de la actitud del pueblo i del ejército, envió a Islai un oficial de confianza a solicitar la proteccion del vice-cónsul ingles, para el caso de que los acontecimientos lo obligasen a abandonar el país. Al mismo tiempo arreglaba sus asuntos mas importantes; ocultaba sus papeles privados para ponerlos al abrigo de un ataque, de que no se consideraba seguro por haber perdido la confianza en su propia guardia.

Encontrábase en esta situacion cuando el pueblo, cediendo a esa oscilacion natural que lo conduce insensiblemente del desórden a la revolucion, se precipitaba por las calles como un aluvion furioso i turbulento; se apoderaba de la caballada del coronel Hurtado que pastaba en Yanahuara i se presentaba, por fin, en actitud amenazante delante de la casa de Santa-Cruz, exijiendo que quitase la bandera de la Confederacion que flameaba en su puerta, i que tuvo que arriar.

Envalentonado el pueblo con esa prueba de debilidad obtuvo, por medio de amenazas, que vivase a Chile, a Búlnes i a Gamarra.

Nos resistiríamos a creer que un hombre de su importancia hubiese caido en tal grado de pusilanimidad i de temor, sino

tuviésemos a la vista una carta de Gámio al jeneral Búlnes, «El pronunciamiento de Arequipa, le decia, ha sido lo mas heróico, pues el pueblo se fué sobre Santa-Cruz que estaba custodiado por mas de 1,100 hombres, le obligó a victorear a Gamarra, a Chile i a usted; le dió la bandera de la Confederacion, i entregada que fué por él mismo, la hizo pedazos a su presencia, colocando en su lugar la peruana i la chilena.» (1)

A la sazon, otra parte del pueblo se hallaba congregada en el templo de San Agustin, escuchando la palabra ardiente de algunos jóvenes revolucionarios que lo llamaban a las armas, i un momento despues se presentaba al jeneral Santa-Cruz exijiéndole que nombrase Prefecto de Arequipa a don Pedro José Gámio.

Santa-Cruz accedió al deseo de los comisionados, i Gámio condujo al pueblo a un cabildo abierto.

Entretanto, alarmado Santa-Cruz con el carácter de estas manifestaciones i sin tener un pedazo de terreno firme debajo de sus piés, pues a su llegada a Arequipa (el 14) habia recibido noticias de la revolucion de Velasco i de Ballivian, dimitió oficialmente el Protectorado i la presidencia de Bolivia. (2) Sus declaraciones repetidas de que volvia a la vida privada en su carácter de ciudadano boliviano, (3) no consiguieron deponer la cólera del pueblo, lo que lo determinó a dirijirse a Islai escoltado por el batallon Cuzco.

El pueblo que se habia apoderado de las armas de la Maestranza hizo fuego sobre el batallon hasta las afueras de la ciudad. No considerándose seguro en el seno de sus fuerzas, aprovechó el sueño de la tropa i la oscuridad, para arrancarse de sus soldados en Congata, sin ser sentido, dejando envuelto en las redes de una conspiracion militar a su valiente defensor el coronel Larenas. Cuando la tropa se apercibió de su fuga se precipitó sobre su jefe i lo ultimó.

Instruido Gámio de estos sucesos envió doce hombres de caballería a cargo del mayor peruano don Julio Brousset, a perseguir a Santa-Cruz que habia llegado a Islai i refujiádose en

(1) Arequipa, marzo 6 de 1839.
(2) Decretos de 20 de febrero de 1839.—Arequipa.
Nota do la misma fecha al Gobierno de Bolivia.
(3) Proclamas a los pueblos de Bolivia i del Perú.

casa del vice-cónsul Crompton, que habia acordado con el comandante del buque ingles *Samarang* el modo de salvarlo. En momentos en que el piquete peruano entraba al pueblo, una partida de 50 hombres, mas o ménos, de la marina británica rodeaba el consulado, i un instante despues acompañaba a Santa-Cruz a la playa donde fué recibido por un bote de la *Samarang* que lo condujo a la embarcacion.

Así salió del Perú abandonando sus estados i poder el jeneral Santa-Cruz, teniendo que recurrir a fuerzas estranjeras para la proteccion de su persona, por no haber encontrado entre su antiguo ejército que alcanzó hasta 15,000 hombres, un grupo de amigos abnegados que le sirviese de guardia i de custodia.

La conducta del vice-cónsul provocó, como es natural, enérjicas reclamaciones de las autoridades del Perú, que vieron en su proceder una violacion del territorio i de la neutralidad. El prefecto Gámio, mas directamente ofendido, terminó por desconocerlo en su carácter público i por negarle el derecho de usar la bandera de su Nacion.

Aquel dia fué para Santa-Cruz el último de su gobierno. La Confederacion se derrumbó para no levantarse mas, i fué tan profundo su descrédito que apesar de las oscilaciones de la política en Bolivia i en el Perú, ningun partido se ha atrevido en adelante a inscribirla en su programa. Fué aquel un sistema artificial, que no debia durar sino lo que Santa-Cruz. Creado i concebido para aumentar su poder, fundado sobre las armas, no estaba organizado para resistir al menor vaiven de la fortuna, ni a la ruina de su autor. Así se comprede que desapareciera sin arrancar un suspiro ni dejar un recuerdo, i que haya pasado a la historia, como una de esas fantasias que se permiten los militares victoriosos o los políticos afortunados.

El levantamiento de Arequipa fué, solamente, una de las manifestaciones con que se anunció el inmenso trastorno que trajo por tierra el edificio de la Confederacion. Bolivia no soportaba sino bajo la presion de la fuerza el réjimen político a que la habia condenado Santa-Cruz, i que léjos de contribuir a su prosperidad no habia servido sino para engrandecer a

Perú (1) a costa de sus tesoros, de su sangre i de sus recursos.

El Perú tampoco aceptaba gustoso ese gobierno estranjero que ofendia el mas noble de los sentimientos humanos, el amor patrio bien comprendido. Su territorio estaba ocupado por tropas bolivianas; la autoridad i el poder en manos de los protejidos que venian desde Bolivia ligados a la fortuna del jeneral Santa-Cruz; sus hombres públicos mas importantes, no hallando cabida en su patria, habian emigrado al estranjero, escepto aquellos ménos afortunados que encontraron la muerte en los combates, en las tierras calientes de Chiquitos o de Mojos, o en el patíbulo.

Desde que el jeneral Santa-Cruz abandonó las provincias del sur, dejándolas desguarnecidas, comenzaron a manifetarse en el Sur-Perú i en Bolivia, los primeros síntomas del descontento que invadiría en breve a todas las esferas sociales. En la época a que hemos alcanzado, la revolucion estaba hecha i estendia sus lazos i comprometimientos a todos los pueblos de Bolivia i del Sur-Perú. Los autores e inspiradores del movimiento eran los jenerales Velasco i Ballivian.

La ciudad de Potosí fué la primera en dar el grito de alarma pronunciándose (14 de febrero) contra el Protector, a instigaciones del célebre hombre de estado don José María Linares. Siguióla en breve «la heroica capital de Puno» nombrando Prefecto al jeneral don Miguel San Roman (17 de febrero). El Cuzco no tardó en adherirse a estas manisfetaciones, que habian ganado anticipadamente a su causa los cuerpos de tropas situados en Vilque, Cavana i Cavanilla. El pueblo de Santa-Cruz espresó los mismos sentimientos: el ejército entero apoyó el cambio político reconociendo la autoridad de Velasco en Bolivia i de Gamarra en el Perú. (2)

(1) El acta del pronunciamiento de Potosí empieza con la siguiente cláusula: «Art. 1.° No se admite la Confederacion Perú-Boliviana, porque en ella la Patria pierde su independencia: se hace colonia del Perú.»

(2) Hé aquí una nota del jeneral Búlnes al Gobierno de Chile, dándole cuenta de estos sucesos:

«La gran batalla de Ancach, me es satisfactorio anunciarlo a V. S., continúa produciendo los grandes frutos que empezamos a recojer en tan memorable jornada, i la marcha del ejército hácia el Sur es verdaderamente una marcha triunfal, en la que no encuentra mas obstáculos que vencer, sino los que le oponen la naturaleza fragosísima del terreno

El nuevo Presidente de Bolivia inauguró su gobierno declarándose en paz con Chile i con la República Arjentina, i restableciendo la situacion política al estado en que se hallaba en 1834. La Confederacion quedaba pues deshecha i el objeto de la guerra conseguido. Nada faltaba a la importancia de la batalla ni a la gloria del vencedor, sino que la jenerosidad de

---

i las escaceses de unos pueblos agotados por largos años de desórdenes i guerras.

«Apénas puse el pié en el celebrado valle de Jauja, cuando se anunció la insurreccion de los cuatro departamentos del Sur del Perú contra la dominacion protectoral i la fuga del jefe de la Confederacion Ahora me hallo en estado de confirmar a V. S. tan importantes nuevas i aun de añadir que la misma insurreccion se nos asegura, haber ocurrido en la Paz i otros pueblos de Bolivia.

«Voi a hacer a V. S. una lijera reseña de estos acontecimientos importantes.

«El 16 del próximo pasado ocurrió el movimiento de Puno con la deposicion del Prefecto i jeneral Larrea, i el nombramiento en su lugar del jeneral San-Roman que habia promovido i encabezado el mismo movimiento. La guarnicion, bajo las órdenes del jeneral Ballivian, se componia de los batallones 6.° de Bolivia i el Zepita (peruano): este último reconoció i se sometió desde luego a las nuevas autoridades, i en cuanto al primero protestó el jeneral Ballivian que observaria la mas estricta neutralidad i que aguardaria para retirarse las órdenes de su Gobierno. La revolucion recibió al dia siguiente (el 17) la sancion popular i la única legalidad que podia dársele en las circunstancias, por medio del acta que acompaño a V. S. no habiendo costado la menor oposicion ni el mas pequeño derramamiento de sangre. Agrego un número del *Constitucional* de Puno i varias proclamas del jeneral San-Roman.

«Arequipa se hallaba guarnecida únicamente por el batallon Cuzco, con el que se retiró el jeneral Santa-Cruz el 20 de febrero, acompañado del jeneral Cerdeña, temeroso sin duda, de la escitacion popular que se habia empezado a manifestar con la noticia de su derrota. Así es que el mismo dia se verificó la insurreccion, quedando proclamado Prefecto provisorio del departamento don Pedro José Gámio, como lo verá V. S. por la adjunta copia de una nota del mismo Prefecto. Se asegura que los jenerales Santa-Cruz i Cerdeña se embarcaron en una de las caletas mas cercanas de Arequipa. Tampoco ha sido señalado este movimiento por ningun accidente desagradable. No así el del Cuzco, que segun parece empezó el 13 i solo acabó el 22 por la obstinada resistencia que opuso al pueblo el jeneral Tristan, siempre enemigo encarnizado de la independencia de su patria. Una capitulacion que acompaño a V. S. impresa, fué el único medio de que cesase el desórden. La adjunta copia de una comunicacion oficial sobre los acontecimientos del Cuzco i una proclama del nuevo comandante jeneral don Pascual Aravena, me escusan entrar en pormenores i bastará saber a V. S. que todo el departamento continúa tranquilo i reconoce la autoridad del jeneral Gamarra.

«Lo mismo sucede en el de Ayacucho, cuya capital se halla ocupada por la division de vanguardia del ejército Restaurador, bien que en este departamento existia todavía la pequeña fuerza de Otero, desmembrada por los muchos oficiales de ella que se han presentado a la primera columna de operaciones i en el peor estado de desaliento i miseria. Hai todo motivo para suponer que, en semejantes circunstancias i rodeada

sus miras i propósitos fuese reconocida por sus mismos enemigos, lo que no tardó en suceder, como puede verse por la siguiente carta del jeneral Velasco:

«ILUSTRISIMO SEÑOR JENERAL EN JEFE DEL EJERCITO DE CHILE, RESTAURADOR DEL PERU, DON MANUEL BULNES.

Chuquisaca, 28 de marzo de 1839

Mi estimado i mui distinguido jeneral.

Tengo el mayor placer de felicitar a Ud. por la batalla de Yungai. La victoria allí reportada, ha sido ciertamente célebre en su doble relacion con la guerra i con la política. Se ha cubierto Ud. de gloria i la ha dado a su Nacion, vengándola del oprobioso tratado de Paucarpata. Tenga Ud. su retribucion en la gratitud jeneral, i quiera especialmente aceptar la mia i la de toda esta república. Por una casualidad han tenido lugar los sucesos de Yungai i Bolivia, como si hubieran sido combinados.

El 9 de febrero, aprovechando yo mi llamamiento, bien estraño, a mandar el ejército del sur, del que me recibí pocos dias ántes, proclamé la salvacion de la patria con el feliz resultado de haber correspondido simultáneamente a mi voz todos los departamentos de la República. De consiguiente era nuestro empeño hacernos fuertes, i el 23, en que recibí en Potosí, de marcha para el norte, la célebre noticia de la victoria de Ud. en Yungai, el 20 del mes anterior, tenia yo casi la seguridad de batir a Santa-Cruz, de quien era preciso creer que

---

por todas partes de la insurreccion contra Santa-Cruz, se haya entregado a la fecha a las fuerzas que iban en su persecucion.

«De este modo, señor Ministro, ha terminado completamente en el Norte i Sur del Perú la guerra de independencia en una campaña de 5 meses i con solo dos batallas parciales i una jeneral, i se ha puesto en conmocion hasta la misma Bolivia, de donde habian salido las huestes que habian sojuzgado i oprimido por tres años a todo el Perú. Se halla pues, terminada la grande obra que emprendió Chile i que ha ejecutado su ejército tan felizmente i con tan escasos medios.

«Felicito con este motivo al Presidente, felicito a V. S. i al país entero.»

regresase precipitadamente, abandonando la campaña del norte de Lima, al tener aviso de nuestra conmocion.

Ud. nos ha ahorrado la sangre que nos habría costado el desengaño de aquel i de su impotente orgullo. Pero al ménos han servido nuestros pronunciamientos i nuestra actitud militar, para abatir la esperanza de su despecho, en las numerosas fuerzas de que todavía habria podido disponer en el sur del Perú, para prolongar la guerra contra el Ejército Unido. Congratulemonos mutuamente, i si la unidad de sentimientos es la mejor base de la amistad, yo me complazco en ofrecerla a Ud. de mi parte, suscribiendome su mui atento i obsecuente servidor.—*José Miguel de Velasco.*»

Búlnes le respondió en estos términos: (1)

«EXMO. SEÑOR JENERAL DON JOSÉ MIGUEL DE VELASCO, PRESIDENTE DE BOLIVIA ETC. ETC. ETC.

Lima 24 de mayo de 1839.

Mi respetable jeneral.

Nada podia lisonjearme tanto, despues de los triunfos que he tenido la buena suerte de conseguir, como el testimonio de haber hecho algo útil a la humanidad, i éste lo he recibido de esa porcion interesante de ella. La República Boliviana i Ud., se han dignado ser el órgano de semejante testimonio, acompañandolos con los mas delicados i espresivos sentimientos de aprobacion i amistad. Reciba Ud. toda mi gratitud i mis deseos de corresponder a tan benévolos ofrecimientos.

Por lo que toca a Ud. mismo, la parte que ha tenido en esta segunda emancipacion de su patria, ha correspondido ciertamente a toda su ilustre carrera en el curso de la primera guerra de la independencia, i es de esperarse que Bolivia, bajo el benéfico influjo del gobierno de Ud., recupere el reposo i la

(1) Al mismo tiempo se cambiaron comunicaciones oficiales entre los Gobiernos de Bolivia i de Chile, que están concebidas en el mismo espíritu de las cartas trascritas.

dignidad de que en mala hora se habia visto privada por la desmedida ambicion de un hijo desnaturalizado.

Tales son mis ardientes deseos, señor jeneral; i con ellos i mis sinceros votos por la felicidad de Ud., me es altamente honroso suscribirme desde ahora su buen amigo i atento, obediente servidor.—*Manuel Búlnes.*»

La noticia de estos sucesos sorprendió agradablemente al ejército chileno que permanecia en la Sierra, aguardando el desenlace de los acontecimientos. Desde ese momento su tarea estaba terminada, i conseguido el objeto que determinó su partida al Perú.

Su papel esclusivamente militar terminó con la batalla de Yungai i esta jornada célebre que ponia el remate a su obra, marca la transicion de las operaciones militares con las operaciones políticas: deslinda la accion del jeneral Búlnes con la del jeneral Gamarra. Así lo comprendió aquel, delegando la autoridad que investía sobre las fuerzas peruanas, i conservando solo el puesto de jeneral en jefe del ejército chileno.

Su permanencia en la Sierra no tenia para que prolongarse. A principios de abril de 1839 movió sus batallones sobre Lima i el 18 del mismo mes hizo su entrada a la ciudad, reuniendo en su persona las miradas curiosas i apasionadas de todo un pueblo.

Sucesivamente fueron llegando los cuerpos de tropas mandados por sus jefes respectivos. Su marcha trabajosa, fatigada, su aspecto enfermiso, su traje descuidado i raido, hacia contraste con el prestijio i poesia de su valor i de su victoria. La ciudad de Lima festejó a los restauradores chilenos con el agazajo amable i espontáneo, que parece un don de su clima.

Los vencedores entregados a los regocijos de la paz, aguardaron el apresto de la espedicion que debia conducirlos a Chile, lo que no tardó en suceder como lo hemos de referir en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XVII

Estadía en Lima.—Regreso a Chile.—Entrada triunfal a Santiago

La segunda ocupacion de Lima fué, para el ejército chileno, el reverso de lo que habia sido la primera. La antigua hostilidad se hábia transformado en una popularidad simpática, que se prodigaba a todos los instantes. Una opulencia relativa hacía mas agradable su vida, que se habia arrastrado, hasta hace poco, en la miseria i en el abandono.

Esa atsmósfera fascinadora, impregnada de entusiasmo i de admiracion, era hasta cierto punto incompatible con el rigor i disciplina que se requiere en el estranjero con un ejército vencedor, lo que hacia desear mas vivamente a Búlnes el pronto regreso a Chile.

Habian cesado ademas los motivos de su estadía en el Perú. Un congreso estaba a punto de reunirse en Huancayo i era preciso probar, con los hechos, que el ejército chileno no trataria de imponerse a la representacion nacional.

Los aprestos de la partida se hacian en el mar con la mayor actividad. Los buques de guerra recibian su dotacion de víveres. Los mercantes se aprestaban para la conduccion de la tropa, i el ejército seguia esos preparativos con la mas viva ansiedad. Por fin, a mediados de junio habia organizada una escuadrilla, en que se embarcó el jeneral Cruz con los batallones Carampangue, Valparaiso, Santiago i Aconcagua, con una

compañía de artillería i con los escuadrones de Carabineros i de Lanceros.

La travesía, que no fué señalada por ningun incidente notable, terminó el 11 de julio, dia en que los espedicionarios fueron recibidos en Valparaiso entre los brazos de una poblacion entusiasmada. (1)

Mientras tanto, el gobierno peruano, que estaba obligado a cubrir al ejército el pago de sus sueldos durante el tiempo de la campaña, se movia en todas direcciones, esforzándose por obtener recursos de un pais esquilmado por la guerra i las convulsiones políticas. Sus ajentes consiguieron reunir una parte del valor de los sueldos i cubrir en un tanto la deuda contraida con los restauradores.

A mediados de octubre, la escuadrilla que habia repatriado a la primera division, se encontraba de regreso en el Perú i lista nuevamente para darse a la vela. El 19 de ese mes, el jeneral en jefe, seguido de todo el resto del ejército, acompañado de las autoridades i pueblo de Lima, se embarcaba en el Callao, dando un adios al Perú i una suprema confirmacion a sus promesas anteriores. «Las promesas de Chile i las mias, decia a los *peruanos*, se hallan cumplidas i satisfechas. El Presidente de mi República os habia dicho: «Caigan para siempre los usurpadores americanos, i vuelvan a sus hogares los soldados de Chile, sin dejar en vuestro suelo mas recuerdos de la guerra, que la amistad que hallan estrechado con vosotros, i el desinteres con que os hayan dejado en el libre ejercicio de vuestra soberanía»; i yo, al pisar las playas de Ancon, os aseguré que venia—como el restaurador de vuestra independencia, i como el amigo mas sincero i desinteresado de la nacion peruana.—Sabeis que he hecho todo lo que he podido para merecer este doble título, i solo me resta despedirme de vosotros. Unido en adelante al Perú con los vínculos mas sagrados, séame permitido hablar de paz i órden en el momento solemne de dejarlo. Sí, amigos, la ausencia de estos preciosos bienes ha causado todas vuestras pasadas desgracias: ellos deben cicatrizar ahora las heridas de la patria, i ser

(1) No insertamos la proclama de Búlnes a la 1.ª division (Lima, 22 de junio de 1839) ni la de Prieto al recibirla (19 de julio de 1839), por no alargar demasiado esta relacion.

como la base de la nueva sociedad peruana, que renace a su sombra: ellos i vuestro patriotismo os llevarán en breve por el camino de los sólidos adelantamientos i mejoras sociales, a aquel alto grado de prosperidad a que es llamado naturalmente este precioso suelo. Tales son al ménos mis vivos deseos».

El Ejército Restaurador se habia alejado del Perú sin llevar mas botin que el recuerdo de su gloria i de sus sacrificios. La campaña iniciada hacia mas de un año, habia colmado las esperanzas de los guerreros i las aspiraciones de la política. Sueños de gloria, delirios de poder, todo se habia obtenido en ese paseo triunfal, que comenzó en Ancon i terminó en Yungai.

Sin embargo, el vencedor nada habia exijido en cambio de su victoria. Dueño un momento del Perú, no lo fué sino el tiempo preciso para devolverlo a la plenitud de su independencia i poder. Su paso no fué marcado con las lágrimas del despojo ni de la violencia, i fué tan respetuoso i moderado en sus relaciones con el pueblo peruano como fuera de recio i de indomable en el combate. Su separacion del Perú, fué estimada en todo el mundo, como un acto de elevada política i de americanismo.

La navegacion hasta Talcahuano i en seguida a Valparaiso se efectuó sin dar lugar a nada de notable.

El desembarco de la segunda division i del jeneral en jefe en Valparaiso, tuvo lugar en medio de la ovacion popular mas entusiasta. El pueblo en masa, confundidos los rangos sociales, se precipitó al paso del vencedor de Yungai, ajitando sus pañuelos, atronando el aire con sus vivas, cubriéndole de flores. Do quiera que se le viese, su camino era invadido por el pueblo i saludado con los mas frenéticos aplausos.

El jeneral Búlnes habia alcanzado a la cumbre de la mayor popularidad a que un hombre público puede aspirar en Chile. Su nombre corria de boca en boca; sus acciones eran familiares i conocidas de todos.

Su permanencia en Valparaiso duró el tiempo indispensable para organizar la partida del ejército a Santiago. La capital de la República se preparaba, a su vez, a recibir a los vencedo-

res con un lujo de entusiasmo que no ha sido sobrepasado mas tarde.

Asistamos a ese espectáculo de agradecimiento nacional que cerrará dignamente estas pájinas ilustradas con el sacrificio i la victoria; pero acompañemos ántes por un momento al gobierno en las emociones de su triunfo.

La campaña, que acababa de terminar de un modo tan glorioso, habia tenido en suspenso al espíritu público i al gobierno de Chile. El ejército del Perú jugaba ademas de su propia suerte, la estabilidad del gobierno, que por mas radicado que estuviese en la opinion, no habria podido resistir a una eventualidad desgraciada. Por esa razon Yungai, no solo era una victoria nacional, sino su propia victoria.

Su cooperacion valerosa, su enerjia, su fé en medio del desaliento popular, le daban motivo para considerar esa campaña, como una obra que si no le era personal, no carecia de derechos para reclamarla como suya.

Antes de cerrar definitivamente esta relacion, examinemos un momento, en virtud de qué medidas económicas, con que recursos financieros se habia podido llevar a cabo la empresa de Chile?

Hoi, como ha dicho con exactitud un escritor nacional, esos recursos parecerian ridículos. Baste saber que el gobierno, que tenia solamente de entradas 2.532,462 pesos, no recurrió a ninguna contribucion estraordinaria, contentándose con levantar un empréstito voluntario de 105,000 pesos! que fué luego cubierto por el óbolo del patriotismo, i señalando un plazo corto i a bajo interes, a los deudores morosos del Estado. «Apénas puede ser creido, decia al Congreso, con lejítimo orgullo, el ministro de Hacienda don Joaquin Tocornal. Las rentas nacionales, repito con placer, han bastado para todo, etc. Ellas están libres i descargadas de toda obligacion en el interior de la República, de manera que despues de haber desplegado recursos suficientes en una larga i porfiada lucha, la paz vuelve i nos encuentra intactos, i en todo el vigor de nuestras fuerzas.»

Con estos recursos financieros se equipó i armó la primera espedicion, que fué desbaratada en Quillota por la mano san-

grienta de Vidaurre; se repararon los males de la revuelta; se alistó el ejército que condujo el jeneral Blanco al Perú i que repatrió despues de Paucarpata «menoscabado en su fuerza, desmejorado en su armamento, desnudo de equipaje i alcanzando al Estado en considerables sumas.» (1)

Siempre con esos mismos recursos se formó la segunda espedicion, se envió de resfuerzo el batallon Auxiliares, se equiparon los batallones Talca, Chillan, i dos escuadrones de granaderos, i por fin abasteció durante dos años a diez buques de guerra que con el auxilio del ejército «trastornaron la faz del continente,»

Parece increible que esos grandes esfuerzos nacionales se hayan podido realizar con elementos tan exiguos, i lo que es mas admirable, (i que el mismo celoso ministro hacia notar a la cámara) que apesar de que no se habia interrumpido de un solo dia el pago de los servicios públicos, hubo un sobrante en la arcas nacionales, para amortizar 25,000 pesos de los 105,000, que se obtuvieron por empréstito.

El gobierno tenia, pues, derecho de ver en la campaña del Perú, una doble gloria militar i administrativa, i para asociarse a las manifestaciones de júbilo que el patriotismo de Santiago prodigaba a los vencedores.

Era el 19 de noviembre. La primavera comenzaba a vestir los árboles con su ropaje matizado i pintoresco. La ciudad se vestia de gala. El pabellon nacional ondeaba al frente de todas las casas, miéntras en la Alameda una multitud compacta, aguardaba ansiosa el momento en que asomasen las primeras columnas del ejército.

Entre los álamos se habian colocado palcos, adornados con guirnaldas de flores, para las alumnas de todos los colejios, i varios arcos triunfales realzados con versos alusivos a la campaña trazaban el camino que recorrerian los vencedores.

Al pié de estos arcos o bajo de ellos, se ajitaba una multitud inquieta, compacta, compuesta de todo lo que tenia Santiago de mas alto i de mas bajo, desde el centro hasta el arrabal. Todas las categorías sociales se borraban por un mo-

---

(1) Tocornal, Memoria de Hacienda, 1839.

mento i se refundian, por decirlo así, dentro de la gran ídea de la patria.

Entretanto, el jeneral Búlnes que habia alojado la noche anterior en la finca de don Francisco Ruiz Tagle, adonde habia ido a buscarlo una comision de ciudadanos, entre quienes se encontraba el Presidente Prieto, asomaba a medio dia, en uno de los estremos de la alameda, a la cabeza de sus soldados, montado en su caballo de batalla, fiel compañero de sus angustias i peligros.

Simultaneamente rompieron la marcha triunfal todas las bandas de música: las alumnas de todos los colejios, vestidas de fiesta, entonaron a una voz la cancion de Yungai, a que hacia coro la multitud con ese aplauso unísono pero discordante como el entusiasmo popular.

En pos de Búlnes desfilaron todos los cuerpos de la segunda division, i a medida que se presentaba cada uno, los *vivas!* redoblaban; al mismo tiempo las familias de los soldados, rompiendo las filas, se abrazaban de sus deudos, i formaban escenas en que el amor i el patrotismo se confundian en un solo sentimiento de alegría.

No faltaron en ese momento episodios dolorosos que, como una nota discordante, vinieron a turbar el eco de ese concierto entusiasta; eran las familias de las víctimas, que se acercaban a las filas a indagar los detalles de su desgracia, i cuyos llantos lastimeros se confundian con las esclamaciones frenéticas de la multitud. La larga fila de los vecedores, envuelta en ese océano humano, cubierta de flores, estrechada con efusion, encontraba dificultad para avanzar. La grita se redoblaba cuando aparecia alguno de esos personajes idealizado por la imajinacion popular, como la sarjento Candelaria, como el coronel Baquedano, cuya faz tostada sobresalia de la fila de sus arrogantes Cazadores. Maturana, hacia desfilar sus piezas lucientes que tantas veces habia empañado en el combate, i los jefes de los batallones de infantería rompian esas olas humanas al son de los aires marciales que los habian conducido al sacrificio i a la victoria. Así llegaron hasta la Plaza de la Independencia, de donde se retiraron a sus respectivos cuarteles a deponer sus armas victoriosas.

Un mes despues el gobierno disolvia el Ejército Restaurador i enviaba a su jeneral la siguiente honrosa nota:

Santiago, diciembre 23 de 1839.

Habiendo correspondido dignamente el jeneral en jefe del Ejército Restaurador del Perú, don Manuel Búlnes, a la ilimitada confianza que el gobierno depositó en él, al conferirle el mando de dicho ejército, a cuya acertada direccion i ardiente celo por el honor nacional se debe la completa destruccion de las huestes de la titulada Confederacion Perú-Boliviana, i como un consiguiente necesario el pleno goce de la soberanía i derechos de que hoi disfrutan aquellas republicas, se declara a dicho jeneral exonerado desde esta fecha de aquel cargo i perdiendo el mencionado ejército la espresada denominacion, tomará en lo sucesivo la de *Ejército permanente de la República* bajo las bases que se dictarán por decreto separado, con areglo a la lei de 16 de setiembre del presente año; mas queriendo el gobierno manifestar la alta satisfaccion que le merece el acertado tino i eminentes servicios, acreditados por el mencionado jeneral con testimonios tan repetidos, como públicos i notorios, viene en nombrarlo desde hoi, *jeneral en jefe del ejército permanente, inspector jeneral de él i de la guardia cívica de la República.*

Tómese razon i comuníquese.—PRIETO.—*Ramon Cavareda.*

La campaña del Perú habia terminado. Los soldados regresaban a sus hogares a animarlos con la relacion de sus victorias. La narracion de sus proezas de sus sufrimientos i de sus peligros, llegó a formar por algun tiempo la leyenda de esa época brillante.

El período que hemos descrito, iluminado con los mas vivos colores de la poesía i del valor, pasará a la historia como una de las grandes épocas de Chile; época en que lucieron alternativamente el valor civil de los mandatarios i del pueblo i el valor militar del guerrero. La campaña del Perú aseguró, por largo tiempo, el ascendiente de Chile en toda la América del Sur i puso de relieve las sóbrias i nobles virtudes que aseguraron su triunfo, virtudes que llevadas al campo de las pacíficas

contiendas civiles habian de asegurar nuestro ascediente i predominio en la paz, como lo aseguraron en la guerra. La obediencia i subordinacion de que nuestro ejército dió tan nobles pruebas, serian, trasportadas a las contiendas de la paz, la simiente del órden i del respeto de la lei.

La América fijó desde ese dia en nosotros su atencion solícita i no se desentendió en adelante de Chile como acostumbraba hacerlo. Chile, a su vez, conquistó el puesto que le correspondia en el concierto americano i salió súbitamente de su condicion oscura e ignorada. La magnitud de sus sacrificios no pasó desapercibida para nadie. Todos estimaron en su justo valor el esfuerzo vigoroso que tuvo necesidad de hacer al dia siguiente de Paucarpata, para llevar nuevamente la guerra i la invasion al seno de dos paises poderosos i organizados, i en que habia pagado su tributo a la desgracia una distinguida figura americana.

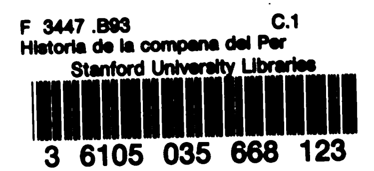
El prestijio que el tratado de Paucarpata dió al jeneral Santa-Cruz, hubiera sido el cimiento de su obra, i engrandecida la Confederacion, nuestra existencia hubiera sido efímera e incierta. Amenazados cada dia por ese poder invasor que no habria olvidado la ofensa que se le quisiera inferir en hora de debilidad, hubiera sido necesario recurrir tarde o temprano a la guerra, para conquistar nuestro ascendiente desconocido. Yungai fué una satisfaccion del pasado i una garantía del porvenir; fué el crédito de Chile en el esterior i la paz pública en el interior.

Bajo otro punto de vista, Yungai vino a ser el complemento de la guerra de la independencia. La revolucion de 1810 aseguró nuestra libertad esterior, sacando a la vida a una nacion que habia vivido por tres siglos entre los pañales de la colonia. La campaña de 1838, nos dió la importancia política i continental; un puesto respetable en América, i como resultado lejano pero no ménos indudable, la paz pública, que comienza a rejenerar nuestras costumbres al amparo de la libertad, que vivifica i engrandece todo.

FIN

ÍNDICE

PLANOS



	DATE DUE		
		STANFORD LIBRARIES	
		JUN 29 1988	
		I.L.L.	

